





Gobierno **Bolivariano**  
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular  
para la **Cultura**



*los ríos profundos*  
*Clásicos*

---

# Juan Cristóbal

TOMO II



ROMAIN ROLLAND

---

# Juan Cristóbal

---

TOMO II

Editorial Latinoamericana, México, 19'

Traducciones al pie de página:

Alemán: Jesús Manuel Arellano

Griego, latín, italiano y francés: María Virginia Guevara

© Romain Rolland

© Fundación Editorial el perro y la rana, 2008

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio

Caracas - Venezuela, 1010

TELEFS.: (58-0212) 377-2811 - 8084986

CORREO ELECTRÓNICO:

[elperroylaranaediciones@gmail.com](mailto:elperroylaranaediciones@gmail.com)

EDICIÓN AL CUIDADO DE

Coral Pérez

TRANSCRIPCIÓN

Morella Cabrera

CORRECCIÓN

Ybory Bermúdez

Coral Pérez

DIAGRAMACIÓN

Mónica Piscitelli

MONTAJE DE PORTADA

Francisco Contreras

DISEÑO DE PORTADA

Carlos Zerpa

IMAGEN DE PORTADA

“Musique” par Nöttermann,

Lithographié par Pirodon

ISBN 980-396-457-7

LF 4022007920690

La *Colección Los ríos profundos*, haciendo homenaje a la emblemática obra del peruano José María Arguedas, supone un viaje hacia lo mítico, se concentra en esa fuerza mágica que lleva al hombre a perpetuar sus historias y dejar huella de su imaginario, compartiéndolo con sus iguales. Detrás de toda narración está un misterio que se nos revela y que permite ahondar en la búsqueda de arquetipos que definen nuestra naturaleza. Esta colección abre su espacio a los grandes representantes de la palabra latinoamericana y universal, al canto que nos resume. Cada cultura es un río navegable a través de la memoria, sus aguas arrastran las voces que suenan como piedras ancestrales, y vienen contando cosas, susurrando hechos que el olvido jamás podrá tocar. Esta colección se bifurca en dos cauces: la serie *Clásicos* concentra las obras que al pasar del tiempo se han mantenido como íconos claros de la narrativa universal, y *Contemporáneos* reúne las propuestas más frescas, textos de escritores que apuntan hacia visiones diferentes del mundo y que precisan los últimos siglos desde ángulos diversos.

Fundación Editorial



elperroylarana





# *La rebelión*



¡Libre! ¡Se sentía libre!..., ¡libre de los demás y de sí mismo! La red de pasiones que le envolvía desde hacía un año acababa de romperse bruscamente. ¿Cómo? No podía darse cuenta de ello. Las mallas habían cedido al empuje de su ser. Se trataba de una de esas crisis de crecimiento, durante las cuales las naturalezas robustas desgarran violentamente la envoltura muerta del año anterior, el alma antigua, dentro de la cual se ahogaban.

Cristóbal respiraba con entera libertad, sin comprender lo que le había sucedido. Cuando volvió, después de acompañar a Gottfried, entraba por la gran puerta de la ciudad un torbellino de cierzo helado. La gente, bajaba la cabeza para preservarse del huracán. Las jóvenes que iban a su trabajo, luchaban a pesar suyo contra el viento que les levantaba las faldas; se paraban un momento para respirar, con la nariz y las mejillas coloradas, y llenas de ira. Cristóbal, en cambio, reía lleno de satisfacción y no pensaba en la tormenta. Pensaba únicamente en la otra de que acababa de librarse. Miraba el cielo de invierno, la ciudad envuelta en nieve y la gente que pasaba haciendo esfuerzos para preservarse de la tormenta; miraba en torno suyo, pero no sentía lazo alguno entre sí mismo y el exterior. Se hallaba solo... ¡Solo! ¡Qué felicidad es estar solo consigo mismo! ¡Qué dicha verse libre de las cadenas, de la tortura de los recuerdos y de la alucinación de las caras detestadas o queridas! ¡Qué felicidad vivir al fin sin verse presa de la vida, y dueño por completo de sus acciones!

Volvió a su casa cubierto de nieve. Se sacudió como un perro y, al pasar junto a su madre, que estaba barriendo el pasillo, la levantó del suelo, lanzando gritos inarticulados y cariñosos,

como los que se dirigen a los niños. La anciana Luisa luchaba por desasirse de los brazos de su hijo, que estaba cubierto de nieve que iba derritiéndose, y le llamó: ¡tonto!, riendo al mismo tiempo con risa infantil.

12 Subió los escalones de cuatro en cuatro. Apenas podía verse en su espejito, a causa de la oscuridad del día, pero su corazón rebosaba de júbilo. Su cuartito, estrecho y bajo, donde apenas podía moverse, le parecía un reino. Cerró la puerta con llave y rió lleno de satisfacción. Al fin iba a verse de nuevo a solas. ¡Cuánto tiempo hacía que estaba perdido! Tenía ansia de sumergirse nuevamente en sus pensamientos, como un bañista en el agua. Aparecía a sus ojos como un gran lago que se esfumaba a lo lejos entre una bruma azul y dorada.

Tras una noche de fiebre y de calor bochornoso se hallaba a la orilla, sintiendo bañadas sus piernas por la frescura del agua, y el cuerpo acariciado por la brisa de una mañana de estío. Se echó a nadar sin saber adonde iba, pero poco le importaba. Sólo sentía la alegría de nadar a la ventura; se callaba, riendo, y prestando oído a los mil rumores de su alma, en la que sentía como un hormigueo de seres. No lograba distinguir nada y se le iba la cabeza. Sólo experimentaba una dicha deslumbradora. Gozaba sintiendo en sí mismo aquellas fuerzas desconocidas; y dejando perezosamente para más tarde el poner a prueba su energía, se sentía invadido por el embotamiento de una pereza orgullosa, producida por aquella floración interior que, comprimida desde hacía meses, estallaba súbitamente como una primavera. Lo llamó su madre a almorzar. Bajó, con la cabeza trastornada, como si hubiera pasado un día en el campo; pero resplandecía en él un júbilo tal, que Luisa le preguntó qué tenía. No respondió, pero la cogió por la cintura y la obligó a dar una vuelta bailando alrededor de la mesa, donde humeaba la sopera. Luisa, falta de aliento, le llamó loco.

—¡Válgame Dios! —dijo con inquietud, juntando las manos—, ¡apuesto a que estás enamorado de nuevo!

Cristóbal lanzó una carcajada y echó su servilleta por alto.

—¡Enamorado! —exclamó—. ¡Válgame Dios! ¡Ni pensar! ¡Ya tengo de sobra! ¡Puedes estar tranquila! ¡Se acabó! ¡Se acabó por toda la vida! ¡Qué gusto!

Después se bebió un gran vaso de agua.

Luisa le contemplaba tranquilizada y movía la cabeza sonriendo.

—¡Esos son juramentos de borracho! —dijo—. Duran hasta la noche.

—¡Siempre es algo! —respondió él, con buen humor.

—Ya lo creo —dijo Luisa—. Pero, ¿qué es lo que te pone tan contento?

—Estoy contento y nada más.

Con los codos apoyados en la mesa y sentado frente a ella, quiso contarle lo que se proponía hacer en adelante. Le escuchaba ella con afectuoso escepticismo, y él le hizo notar cariñosamente que la sopa se enfriaba. Sabía muy bien que su madre no entendía lo que él decía, pero, ¡qué le importaba! Hablaba consigo mismo.

Se contemplaban sonriendo: hablaba él, y ella casi no le escuchaba. Aunque estaba muy orgullosa con su hijo, no daba gran importancia a sus proyectos artísticos; pero pensaba en su interior: “Es feliz y esto es lo esencial”. Mientras se embriagaba con sus propias palabras, contemplaba el rostro querido de su madre, con el pañuelo negro severamente apretado alrededor de la cabeza, con sus blancos cabellos, sus ojos llenos de vida que le envolvían en cariñosas miradas y su admirable e indulgente calma. Cristóbal leía todos sus pensamientos, y le dijo en tono de broma: “Todo lo que te estoy contando te es completamente indiferente, ¿no es verdad?”.

Ella protestó débilmente:

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera!

Entonces, Cristóbal, la abrazó, diciéndole.

—¡Sí, sí, no lo niegues! Tienes razón. Me basta con que me quieras. No necesito que me comprendáis, ni tú ni nadie. Ahora no necesito de nadie ni de nada. Lo tengo todo dentro de mí mismo...

—Vamos —dijo Luisa—. ¡Ya tiene otra locura! En fin, puesto que no puedes vivir sin ellas, prefiero ésta.

\* \* \*

¡Qué felicidad tan deliciosa la de dejarse flotar sobre el lago de su pensamiento!...

14 Tendido en el fondo de una barca, con el cuerpo bañado por el sol y el rostro acariciado por el ligero y fresco airecillo que riza la superficie del agua, se duerme flotando en el cielo. Bajo su tendido cuerpo y bajo la barca que se mece, siente las ondas profundas y moja en ellas su mano con indolencia. Descubre vislumbres de seres extraños que desaparecen cual relámpagos. A éstos siguen otros y luego otros, pero nunca son los mismos. Contempla risueño el espectáculo fantástico que se desarrolla en su ser; se regocija con su propio pensamiento y no siente la necesidad de fijarlo en ninguna parte. ¿A qué escoger entre aquel sinnúmero de sueños? ¡Tiempo le queda!... Ya lo hará más tarde. Cuando quiera no tendrá más que echar sus redes para sacar los monstruos que ve brillar en el agua. Los deja pasar... ¡Ya los cogerá más tarde!

Flota la barca a merced del viento tibio y de la corriente insensible. Reinan la calma, el sol y el silencio.

\* \* \*

Al fin deja caer lánguidamente las redes. Inclinado sobre el agua que cabrillea, las sigue con la mirada hasta que desaparecen. Pasados algunos minutos de lánguida inacción, tira de ellas sin prisa; a medida que las va sacando se hacen más pesadas; en el momento de sacarlas se detiene para tomar aliento. Sabe que tiene su presa, pero ignora qué presa es y prolonga el placer de la incertidumbre.

Se decide al fin y aparecen fuera del agua los peces de irisadas corazas que se retuercen cual un nido de serpientes. Contémploslos con curiosidad, los revuelve con la mano y quiere

apoderarse de los más hermosos; pero apenas han salido del agua, cuando palidecen sus matices y ellos mismos se deshacen entre los dedos. Arrójalos de nuevo al agua y vuelve a pescar otros. Siente mayor ansia de ver, uno tras otro, todos los sueños que se agitan en su ser, que de fijarse en ninguno: le parecen más hermosos cuando flotan libremente en el transparente lago...

Seguía pescando peces de todas clases, cada uno más extravagante que el otro. Hacía meses que se iban acumulando en él las ideas sin que sacase partido de ellas. Tenía riquezas para gastar a manos llenas. Pero todo aquello se hallaba mezclado. Su pensamiento era un cajón de sastre, la tienda de un chamarilero judío en la que se hallaban amontonados en la misma pieza objetos raros, telas preciosas, hierro viejo y andrajos. Todo le divertía por igual, y no sabía distinguir qué es lo que más valía. Era aquello como rumor de acordes, sinfonía de colores que sonaban cual campanas, armonías que zumbaban como abejas y melodías risueñas como labios de enamorado. Todo eran visiones de paisajes, de rostros, de pasiones, de almas, de caracteres y de ideas literarias y metafísicas. Todo se volvía grandes proyectos, tan enormes como imposibles, tetralogías, decalogías, con pretensiones de pintarlo todo por medio de la música y de comprender mundos. Lo más frecuentemente experimentaba sensaciones oscuras y fulgurantes, evocadas de súbito por una nada, por el sonido de una voz, por una persona que pasaba por la calle, por el chapoteo de la lluvia, todo lo cual formaba una especie de ritmo interior. Muchos de aquellos proyectos sólo existían de nombre; la mayor parte se reducían a uno o dos rasgos cuando más, pero esto bastaba. Como las personas muy jóvenes, se figuraba haber creado lo que pensaba crear.

\* \* \*

Pero era demasiado vivo para contentarse largo tiempo con aquel humo. Se cansó de la posesión ilusoria y quiso dar cuerpo a sus sueños. ¿Por cuál debía empezar? Todos le parecían igualmente importantes. Les daba vueltas, los rechazaba y los

volvía a acariciar... Pero no, ya no eran los mismos, pues no se dejaban sorprender dos veces; cambiaban constantemente, entre sus manos y a su misma vista, mientras los miraba. Había que apresurarse, pero no podía, le confundía su lentitud en el trabajo. Hubiera querido ejecutarlo todo en un día, y la obra más insignificante le ofrecía las mayores dificultades para la ejecución. Lo peor era que se descorazonaba cuando, estaba aún en  
16 los comienzos. Pasaban sus sueños y pasaba también él mismo, mientras hacía una cosa sentía no hacer otra. Le parecía que le bastaba escoger un asunto hermoso para que dejase de inspirarle interés. De esta suerte iban resultando inútiles todas sus riquezas. Sus pensamientos no tenían vida sino a condición de que no tocase a ellos, todo cuanto tocaba dejaba de vivir. Era aquello el suplicio de Tántalo; tenía al alcance de su mano frutas que se convertían en piedras tan pronto como las cogía y cerca de sus labios, agua fresca que huía cuando se bajaba hacia ella.

Para calmar su sed, quiso beber en las fuentes ya conquistadas en sus obras antiguas... ¡Qué repugnante bebida! Al primer trago la arrojó echando pestes. ¡Cómo! ¿Era suya aquella música insípida, aquella especie de agua tibia? Volvió a leer sus composiciones y aquella lectura le alteró, no comprendía nada de ella, ni siquiera cómo había podido escribirla. Sentía rubor y hasta le ocurrió una vez, después de leer una página más insignificante que las demás, volverse para ver si no había nadie en su habitación, e ir a ocultar su rostro en la almohada, como un niño que se avergüenza. Otras veces lo ridículo de sus obras le parecía tan bufón que, olvidando que eran suyas, exclamaba, reventando de risa: ¡Qué idiota!

Pero nada le afectaba tanto como las composiciones en que había pretendido expresar sentimientos apasionados: pesares o alegrías amorosas. Saltaba en la silla cual si le hubiese picado una mosca; daba puñetazos en la mesa y se golpeaba la cabeza rugiendo de cólera. Se apostrofaba en términos groseros, tratándose de puerco, de vil, pordiosero, de animal de bellota y de payaso. Tenía para un cuarto de hora con el rosario de sus epítetos. Al fin, colorado como una amapola y después de tanto gritar, se plantaba delante de su espejo, se cogía la barba y decía:



—¡Mira, mira, imbécil, qué cara de asno tienes! ¡Ya te enseñaré a mentir, ganapán! ¡Al agua! ¡Al agua! ¡Bandido!

Metía la cara en la jofaina, la mantenía bajo el agua hasta que le faltaba la respiración, y, cuando la sacaba amoratada, con los ojos fuera de las órbitas y soplando como una foca, corría a su mesa, sin cuidarse de enjugar el agua que chorreaba en torno suyo; cogía las composiciones malditas y las rompía furiosamente, gruñendo:

—¡Toma, canalla! ¡Toma, toma!

Entonces se sentía como aliviado de un gran peso.

Lo que más le irritaba en sus obras era la falta de verdad. No había en ellas el menor sentimiento, sino una fraseología aprendida de memoria, una retórica de escolar: hablaba del amor como un ciego de los colores; hablaba de oídas repitiendo las sandeces corrientes. Y no era sólo el amor, sino todas las pasiones las que habían servido de temas a semejantes declamaciones. Sin embargo, siempre se había esforzado por ser sincero. Pero no basta querer ser sincero; es preciso poder serlo, y, ¿cómo sería esto posible cuando no se conoce aún nada de la vida? Lo que acababa de descubrirle la falsedad de semejantes obras, lo que había abierto bruscamente un abismo entre él y su pasado, era el experimento de la vida porque había pasado durante seis meses. Había salido del mundo de los fantasmas; ahora poseía una medida real a la que podía referir todos sus pensamientos para apreciar su grado de verdad o de mentira.

El asco que le inspiraron sus composiciones antiguas, producidas sin pasión, hizo que, gracias a su habitual exageración, se decidiese a no escribir nada mientras no se hallase obligado a ello por una necesidad apasionada; y, abandonando su persecución de las ideas, juró renunciar para siempre a la música si no se le imponía la creación musical de un modo irresistible.

\* \* \*

Hablaba de esta suerte porque sabía muy bien que se aproximaba la tormenta. El trueno cae donde y cuando quiere, pero hay

cimas que lo atraen. Ciertos lugares y ciertas almas son nidos de tormentas: las crean o las aspiran desde todos los puntos del horizonte y, a semejanza de ciertos meses del año, ciertas edades de la vida se hallan tan saturadas de electricidad que se producen en ellas los rayos, si no a capricho, por lo menos en el momento previsto.

18 El ser todo entero adquiere la mayor tensión. Con frecuencia se va preparando la tempestad durante días y días. Tapiza el blanco cielo una especie de ardiente vapor. No se siente el menor soplo. El aire inmóvil fermenta y parece hervir. La tierra se calla, anonadada por una especie de letargo. Zumba el cerebro febril: toda la naturaleza aguarda la explosión de la fuerza, que se va acumulando, y el choque del martillo que se alza pesadamente para caer de golpe sobre el yunque de las nubes. Cruzan el cielo grandes, oscuras y cálidas sombras; sopla un viento de fuego; se estremecen todos los miembros del cuerpo como las hojas de un árbol... Luego vuelve a reinar el silencio y sigue formándose el rayo en el cielo. Hay en esta espera una angustia voluptuosa. A pesar del malestar que nos oprime, se siente circular por las venas el fuego que abrasa al universo. El alma embriagada hierve en el horno como las uvas en la cuba. Trabajan incesantemente millares de gérmenes de vida y de muerte. ¿Qué saldrá de allí? Ella lo ignora, y como la mujer encinta se calla, con la mirada vaga, escucha ansiosa el estremecimiento de sus entrañas y piensa: “¿Qué nacerá de mí?”.

A veces la espera resulta vana; se disipa la tormenta sin estallar, y se despierta uno con la cabeza pesada, desilusionado, nervioso y descorazonado. Pero no importa; ya estallará más tarde. Si no es hoy, será mañana; cuanto más tarde, más violenta será...

¡Hela aquí! Surgen las nubes de todos los repliegues del ser. Forman masas espesas de un negro azulado, surcadas de vez en cuando por frenéticos relámpagos y avanzan con vertiginoso y pesado vuelo, cerrando el horizonte del alma. De pronto dejan caer sus dos alas sobre el ahogado cielo y apagan la luz. ¡Es una hora de locura!... Los elementos irritados, saliendo furiosos de la jaula en que los mantienen encerrados las leyes que establecen el equilibrio del espíritu y la existencia de las cosas, reinan informes

y colosales, en la noche de la conciencia. Siéntese una especie de agonía, se pierde el apego a la vida y sólo se aspira al fin, a la muerte que libera...

¡Y de pronto brilla el relámpago!

Cristóbal aullaba de alegría.

\* \* \*

19

¡Alegría furiosa! ¡Sol que ilumina todo lo que es y ha de ser! ¡Alegría divina de crear! No hay alegría semejante. No hay seres dignos de este nombre sino aquellos que crean. Todos los demás son sombras que flotan en la tierra, extranjeros en la vida. Todos los goces de la vida se reducen a los goces de crear: amor, genio, acción, llamaradas de fuerza, salidas del mismo y único foco. Aun aquellos que no pueden hallar puesto en torno de la inmensa hoguera —los ambiciosos, los egoístas, los viciosos estériles—, procuran calentarse a sus pálidos reflejos.

\* \* \*

Crear, en el orden de la carne o en el orden del espíritu, es salir de la prisión del cuerpo, es lanzarse al huracán de la vida, es ser Él que Es. Crear es dar muerte a la Muerte.

¡Ay del ser estéril, que se queda solo y perdido en medio de la tierra contemplando su cuerpo agostado y la noche que le invade y de la que no ha de salir jamás la menor llama de vida! ¡Ay del alma que no se siente fecunda, llena de vida y de amor como un árbol en flor, en la primavera! El mundo puede colmarla de honores y de dichas: ¡sólo corona un cadáver!

\* \* \*

Cuando Cristóbal se sentía herido por los rayos de aquella luz, recorría su cuerpo una descarga eléctrica y temblaba de estupor. Era como si en alta mar y en medio de la noche, viese de pronto tierra. O como si, al cruzar por entre una multitud,

se fijasen en él de pronto dos ojos profundos. Con frecuencia le ocurría esto después de las horas de postración en que su espíritu se agitaba desesperadamente en el vacío. Pero con más frecuencia aún, en los momentos en que pensaba en otra cosa, mientras hablaba con su madre o se paseaba por la calle. En este último caso, le impedía cierto respeto humano manifestar demasiado ruidosamente su alegría. Pero en su casa, nada podía retenerle.

20 Pateaba, gritaba con aire de triunfo; su madre le conocía muy bien y había acabado por saber lo que aquello significaba. Decía a Cristóbal que era como una gallina que acababa de poner un huevo.

Sentíase completamente invadido por la idea musical. Ya adoptaba ésta la forma de una frase aislada y completa; ya, y esto era lo más frecuente, la de una gran nebulosa que envolvía una obra entera, con su estructura, sus líneas generales que se destacaban en la sombra con nitidez escultórica y se dejaban adivinar a través de un velo, rasgado acá y acullá por frases resplandeciente. No era aquello más que un relámpago; a veces se sucedían otros muchos, y cada uno de ellos, iluminaba algún rincón oscuro en medio de la noche. Pero de ordinario aquella fuerza caprichosa, después de manifestarse de improviso, volvía a ocultarse durante varios días en sus misteriosas madrigueras, dejando en pos de sí una estela luminosa.

Este goce de la inspiración era tan vivo que Cristóbal cobró asco a todo lo demás. El artista experimentado sabe muy bien que la inspiración es rara y que corresponde a la inteligencia completar la obra de la intuición; pone sus ideas bajo la viga del lagar y les hace soltar hasta la última gota del jugo divino que las hincha —hasta en ocasiones no teme remojarlas con agua clara—. Cristóbal era demasiado joven y tenía sobrada confianza en sí mismo para no despreciar estos recursos miserables. Se había forjado el sueño imposible de no producir nada que no fuese enteramente espontáneo. Si él mismo no se hubiese puesto una venda en los ojos, hubiera comprendido fácilmente lo absurdo de su designio. Se hallaba entonces sin duda en un período de abundancia interior, en el que no se notaba ningún intersticio ni vacío por donde

podieran deslizarse el hastío o la nada. Todo servía de pretexto a aquella fecundidad inagotable: cuanto veían sus ojos, cuanto oían sus oídos y cuanto chocaba con su ser en la vida corriente; cada mirada y cada palabra hacían brotar en su alma gran cosecha de ensueños. En el cielo sin límites de su pensamiento veía circular millones de lechosas estrellas, ríos de vivientes claridades. Y, sin embargo, aun entonces había momentos en que todo se apagaba de pronto. Y aunque no persistiese la oscuridad, y aunque no tuviese tiempo de sufrir demasiado con los prolongados silencios del alma, no dejaba de inspirarle secreto espanto aquella potencia desconocida que acudía a visitarle, le abandonaba, volvía y desaparecía..., ¿quién sabe por cuanto tiempo? ¿Volvería acaso? Su orgullo rechazaba semejante pensamiento y decía: “Esa fuerza soy yo. El día en que deje de existir acabaré yo también y me mataré”. No dejaba de temblar, pero este temor era un goce más.

Sin embargo, sin no había peligro alguno, por el momento, de que el manantial se agotase, ya podía darse cuenta Cristóbal de que jamás bastaría para alimentar una obra completa. Las ideas se presentaban casi siempre en estado informe, en bruto; había que desprenderlas penosamente de la ganga. Además, se presentaban siempre sin ilación, a saltos y por sacudidas; para ligarlas entre sí había que mezclar con ellas un elemento de inteligencia reflexiva y de voluntad fría, a fin de que todo ello constituyese un ser nuevo. Cristóbal era demasiado artista para no hacerlo, pero no quería convenir en ello; ponía cierta mala fe en persuadirse de que se limitaba a transcribir su modelo interior, cuando constantemente se veía obligado a transformarlo más o menos para hacerlo inteligible. Más aún: le ocurría a veces faltar por completo su sentido. Por mucha que fuese la violencia con que le hiriese la idea musical, le hubiera sido con frecuencia imposible decir lo que ésta significaba. Surgía de pronto de los subterráneos del ser, mucho más allá de los linderos en que empieza la conciencia; y, en aquella fuerza enteramente pura, que no se ajustaba a la medida común, no llegaba a reconocer la conciencia ninguna de las preocupaciones que la agitaban, ninguno

de los sentimientos humanos que logra definir y clasificar: alegría y dolores se veían mezclados con una pasión única e ininteligible, porque era superior a la inteligencia. Sin embargo, ésta, las comprendiese o no, tenía necesidad de dar un nombre a dicha fuerza y de relacionarla con una de esas construcciones lógicas que el hombre fabrica infatigablemente en la colmena de su cerebro.

22 De esta suerte se convencía Cristóbal —o a lo menos pretendía convencerse—, de que el oscuro poder que le agitaba tenía un sentido determinado que estaba de acuerdo con su voluntad. El libre instinto, nacido de la inconsciencia profunda, se veía obligado a acoplarse, de buen o mal grado, bajo el yugo de la razón, con ideas claras que ninguna relación tenían con él. De esta suerte, la obra resultaba una yuxtaposición falaz de uno de los grandes asuntos que había concebido el espíritu de Cristóbal y de aquellas fuerzas salvajes que tenían un sentido muy distinto que él mismo ignoraba.

\* \* \*

Andaba a tientas con la cabeza baja, arrastrado por fuerzas contradictorias que luchaban en su interior y que proyectaban al acaso, en obras incoherentes, una vida al mismo tiempo potente y brumosa que él no sabía expresar, pero que sentía con orgulloso placer.

La conciencia de su vigor nuevo hizo que se atreviese a mirar de frente por vez primera todo lo que le rodeaba, todo lo que le habían enseñado a honrar, todo lo que respetaban sin haberlo discutido, y lo juzgó en seguida con insolente libertad. Se desgarró el velo y descubrió la mentira alemana. Toda raza y todo arte tiene su hipocresía, el mundo se alimenta de un poco de verdad y de gran cantidad de mentira. El espíritu humano es débil y no puede digerir la verdad enteramente pura; es preciso que su religión, su moral, sus Estados, sus poetas y sus artistas se la presenten envuelta en mentiras. Estas se acomodan al espíritu de cada raza, varían de una a otra: ellas hacen tan difícil el que los pueblos se comprendan, y tan fácil el que se desprecien mutuamente. La verdad es la misma en todas partes; pero cada pueblo

tiene su mentira a la que llama su idealismo; todos los que a él pertenecen lo respiran desde su nacimiento hasta su muerte: se ha hecho para él una condición de vida; sólo algunos genios logran desprenderse de él, a consecuencia de crisis heroicas, durante las cuales se encuentra solos en el libre universo de su pensamiento. Una ocasión insignificante reveló bruscamente a Cristóbal la mentira del arte alemán. Si hasta entonces no la había visto, no era porque dejase de tenerla constantemente ante los ojos; pero estaba demasiado cerca y carecía de perspectiva. Al presente se le aparecía la montaña porque se había alejado de ella.

23

\* \* \*

Se hallaba en un concierto de la *Städtische Tonhalle*. Tenía lugar dicho concierto en una vasta sala ocupada por diez o doce filas de mesas de café, unas doscientas o trescientas. En el fondo se hallaba el escenario, donde estaba la orquesta. Había en torno de Cristóbal oficiales estrechamente ajustados en sus largas y oscuras levitas, con sus anchas caras afeitadas, coloradas, serias y burguesas. Había señoras que hablaban y reían estrepitosamente con exagerada naturalidad; honradas jóvenes que sonreían enseñando sus blancos dientes, y hombres gruesos de largas barbas y anteojos, los cuales parecían enormes arañas de redondos ojos. Se levantaban a cada nuevo vaso para brindar y realizaban este acto con religioso respeto; su rostro y su color cambiaban en aquel momento; se hubiera dicho que estaban diciendo misa, ofreciendo libaciones y bebiendo el cáliz con cierta mezcla de solemnidad y de bufonada. La música se perdía en medio de las conversaciones y del ruido de las vasijas. Sin embargo, todo el mundo se esforzaba por comer sin hacer ruido. El *Herr Konzertmeister*, un viejo alto y de encorvada espalda, con una barba blanca que le caía como una ancha cola y una larga nariz aguilena, provista de anteojos, parecía un filólogo. Todos aquellos tipos eran familiares para Cristóbal desde hacía largo tiempo. Pero aquel día —sin saber por qué—, sentía tendencias a ver en ellos caricaturas. Hay, en efecto, días en que sin razón aparente

nos salta de pronto a la vista lo grotesco de los seres y de las cosas que no echamos de ver en la vida ordinaria.

24 Comprendía el programa de la orquesta la obertura de *Egmont*, un vals de Waldteufel, la *Peregrinación de Tannhäuser a Roma*, la obertura de *Las Alegres Comadres*, de Nicolai, la marcha religiosa de *Atalía* y una fantasía sobre la *Estrella del Norte*. La orquesta ejecutó con la mayor corrección la obertura de Beethoven, y el vals, con gran brío. Durante la *Peregrinación de Tannhäuser*, se oía destapar las botellas. Un hombre gordo, sentado en la mesa inmediata a Cristóbal, llevaba el compás de las *Alegres Comadres*, remedando a Falstaff. Una señora de edad, bastante corpulenta, con un vestido azul celeste, un cinturón blanco, unos lentes de oro sobre su roma nariz, brazos colorados y amplio talle, cantó con voz potente unos *Lieder* de Schumann y de Brahms. Arqueaba las cejas, echaba miradas de soslayo, parpadeaba, movía la cabeza a derecha e izquierda, mostraba en su ancha faz de luna llena una sonrisa que parecía estereotipada. Empleaba una mímica exagerada, muy propia de un café cantante, y que contrastaba con la majestuosa honradez que resplandecía en ella; aquella madre de familia cantaba como una loquilla la juventud y la pasión; la poesía de Schumann adquiría de esta suerte cierto vago y soso perfume de *nursery*. El público estaba extasiado. Pero la atención llegó a su colmo cuando ocupó la escena la sociedad coral “De los Hombres alemanes del Sur” (*Süddeutschen Männer Liedertafel*) que alternativamente susurraron y mugieron trozos de orfeón llenos de sensibilidad.

Eran cuarenta que cantaban como cuatro; se hubiera dicho que se habían propuesto hacer desaparecer de su ejecución toda huella de estilo propiamente coral: era, por decirlo así, una búsqueda de pequeños efectos melódicos, de matices tímidos y llorones, de pianísimos expirantes con bruscos y estruendosos sobresaltos como redobles de tambor; una falta de plenitud y de equilibrio y un estilo dulzón que hacían pensar en Bottom:

“Dejadme imitar al león. Rugiré tan dulcemente como una paloma. Rugiré de suerte que parezca un ruiñeñor”.



Cristóbal escuchaba desde el principio con creciente estupor. Nada de aquello era nuevo para él. Conocía los conciertos, la orquesta y el público. Sin embargo, todo se le apareció bruscamente como falso. Todo, hasta lo que más le encantaba, aquella obertura de *Egmont*, cuyo desorden pomposo y cuya correcta agitación le producían en aquel instante el efecto de una obra falta de franqueza. Seguramente no oía a Beethoven ni a Schumann, sino a sus ridículos intérpretes y a aquel público de rumiantes, cuya profunda estupidez se difundía en torno de las obras como una bruma pesada. No importa; había en aquellas obras, aun en las más hermosas, algo que le inquietaba y que jamás había sentido. ¿Qué era este algo? No se atrevía a analizarlo, considerando como un sacrilegio el discutir a sus muy queridos maestros. Pero, por más que hacía para no querer ver, había visto y, a pesar suyo, seguía viendo; como la *Vergognosa* de Pisa, miraba por entre sus dedos.

25

Veía el arte alemán completamente al desnudo. Todos —los grandes tontos— descubrían sus almas con tierna complacencia. La emoción se desbordaba, la nobleza moral corría a chorros, el corazón se derretía en efusiones sin fin; se habían abierto todas las esclusas de la temible sensibilidad alemana, que diluía la energía de los más fuertes y ahogaba a los débiles bajo sus capas grisáceas: era aquello una inundación en cuyo fondo dormía el pensamiento alemán. Y, ¡qué pensamiento! ¡A veces el de un Mendelssohn, de un Brahms, de un Schumann y, en su seguimiento, el de toda aquella legión de insignificantes autores de *Lieder* enfáticos y llorones! Todo era arena; no había roca. Aquello era una arcilla húmeda e informe. Con frecuencia le parecía todo ello tan cándido e infantil, que Cristóbal no podía creer que el público dejase de notarlos. Miraba en torno suyo, pero sólo veía rostros llenos de beatitud, convencidos de antemano de las bellezas que estaban oyendo y del placer que éstas debían procurarles. ¿Cómo se hubieran permitido juzgar por sí mismos? Sentían el más profundo respeto hacia aquellos nombres consagrados. ¿Acaso no lo respetaban todo? Se mostraban respetuosos con su programa, con sus lentes y consigo mismos. Se echaba de ver que mentalmente trataban de “Excelencia” a todo lo que, de cerca o de lejos, se refería a ellos.

Cristóbal consideraba alternativamente al público y las obras. Estas reflejaban al primero y el primero a las segundas. Cristóbal se sentía acometido de ganas de reír y hacía muecas, procurando contenerse. Pero, cuando “los hombres del sur” llegaron a cantar con gran solemnidad la *confesión ruborosa de una joven enamorada*, no pudo contenerse más y soltó la carcajada. Por todas partes gritaron indignados: “¡Silencio!”. Sus  
 26 vecinos le miraron con espanto, y aquellas plácidas caras escandalizadas pusieron el colmo a su alegría: rió tanto que lloraba de risa. Al fin se enfadó el público y gritó: “¡Afuera!”. Se levantó y se marchó encogiéndose de hombros y acometido de frenética risa. Su salida fue un escándalo. Aquello fue el principio de las hostilidades entre Cristóbal y su ciudad natal.

\* \* \*

Una vez en su casa, después de semejante prueba, Cristóbal se apresuró a releer las obras de los músicos consagrados por la fama, y quedó consternado al echar de ver que algunos de los maestros a quienes él prefería, habían mentido. Se esforzó por dudar primero y por hacerse la ilusión de que se equivocaba. Pero no había medio. Sentíase asombrado de la enorme medianía y de la gran mentira que constituyen el tesoro artístico de un gran pueblo. ¡Cuan pocas páginas resistían al examen!

A partir de aquel momento, emprendió, presa de la mayor emoción, la lectura de otras obras y de otros maestros que le eran igualmente queridos... ¡Peor que peor! Se sentía como embrujado y por todas partes encontraba la misma decepción. Respecto a algunos maestros, sintió en verdad desgarrársele el alma; le parecía que perdía a un amigo muy querido, o como si echase de ver de pronto que el citado amigo, en quien había puesto toda su confianza, le estaba engañando desde hacía años. Esto le hizo llorar. De noche no dormía y continuaba atormentándose. Se acusaba a sí mismo de falta de criterio o de haberse vuelto enteramente idiota. Pero no, admiraba más que nunca la resplandeciente belleza del día, y sentía con más frescura y

entusiasmo que nunca la generosa exuberancia de la vida; su corazón no le engañaba...

Durante largo tiempo no se atrevió a tocar a los maestros que eran para él los mejores, los más puros, y que formaban como el *Sancta Sanctorum*. Temblaba de poner en tela de juicio la fe que había puesto en ellos. Pero, ¿cómo resistir al implacable instinto de un alma animosa y verídica que quiere llegar hasta el fin y ver las cosas tal como son, aunque esto haya de hacerle sufrir? Abrió pues las obras sagradas e hizo entrar en batalla la última reserva, la guardia imperial... A la primera ojeada se convenció de que no se hallaban más inmaculadas que las demás, y no tuvo valor para continuar. Llegó un momento en que se detuvo, cerró el libro y, como el hijo de Noé, cubrió con un manto la desnudez de su padre. Después de la prueba, sentíase abatido en medio de aquellas ruinas. Hubiera preferido perder un brazo a tocar aquellas santas ilusiones. Su corazón estaba de pésame. Pero había en él tan abundante savia y tal renuevo de vida, que no se alteró su confianza en el arte. Con la cándida presunción de la juventud empezó a vivir de nuevo, como si nadie hubiera existido antes. En medio de la embriaguez de su nueva fuerza, echaba de ver —no sin razón tal vez— que, con muy escasas excepciones, no hay casi ninguna relación entre las pasiones vivas y la expresión que el arte ha procurado darles. Pero se equivocaba al pensar que él mismo era más afortunado o más verídico cuando las expresaba. Como se sentía enteramente invadido por sus pasiones, érale fácil hallarlas a través de lo que escribía; pero nadie sino él las hubiera reconocido bajo el imperfecto vocabulario de que se servía para designarlas. Muchos artistas, a quienes condenaba, se hallaban en el mismo caso. Habían sentido y expresado sentimientos profundos pero había muerto con ellos el secreto de su lengua.

Cristóbal no era psicólogo, ni se paraba en estas razones; lo que estaba muerto para él, lo había estado siempre. Revisaba todos sus juicios sobre lo pasado con esa injusticia segura de sí misma y despiadada de la juventud. Ponía al desnudo las almas más nobles sin mostrar ninguna piedad respecto a sus ridiculeces. Ya condenaba la melancolía burguesa, la fantasía distinguida y

el elegante vacío de Mendelssohn; ya las cuentas de vidrio y las lentejuelas de Weber, con su sequedad de corazón y su emoción cerebral; ya a Liszt, músico de figurón, acróbata de circo, neoclásico y feriante, mezcla de dosis iguales de nobleza verdadera y de nobleza falsa, de idealismo sereno y de repugnante virtuosismo; ya a Schubert, anegado bajo su misma sensibilidad, como bajo unos cuantos kilómetros de agua transparente e insípida. Tam-

28 poco perdonaba su crítica a los viejos de las edades heroicas, a los semidioses, a los profetas, a los padres de la Iglesia. Ni aun el gran Sebastián, el hombre dos o tres veces secular que llevaba en sí mismo el presente, el pasado y el porvenir, resultaba puro de toda mentira, de toda estupidez de la moda y de toda charla de escuela. Aquel hombre que había visto a Dios y que vivía en Dios, le parecía a veces a Cristóbal insípido, dulzón y rocoso. Había, en sus cantatas, arias de amorosa y devota languidez —*diálogos del alma que coquetea con Jesús*— que causaban náuseas a Cristóbal; creía ver querubines mofletudos con rollizas pantorrillas y flotantes ropajes. Además, experimentaba el sentimiento de que el genial Cantor escribía siempre encerrado en su habitación y le faltaba aire a su música; no había en ella esas grandes corrientes del exterior que se notan en otros músicos tal vez menos grandes, pero más hombres que él, como Beethoven o Händel. Lo que más le mortificaba en todos, y especialmente en los clásicos, era su falta de libertad; en sus obras casi todo revelaba artificio. Ya se trataba de una emoción amplificadas mediante todos los recursos ordinarios de la retórica musical, ya de un simple ritmo, de un dibujo ornamental, repetido, vuelto del revés, combinado en todos los sentidos de un modo mecánico. Estas construcciones simétricas y machaconas —sonatas y sinfonías, clásicas o neoclásicas—, irritaban a Cristóbal que se mostraba en aquellos instantes poco sensible a la belleza del orden y de los planes vastos y bien concebidos. Le parecía aquello más bien obra de albañiles que de músicos.

No se ha de creer por eso que se mostrase menos severo con los románticos. Es una cosa curiosa y de que él mismo se admiraba antes que nadie; no había músicos que le causasen más irritación que los que habían pretendido ser y habían sido, realmente,

los más libres, los más espontáneos, y menos artificiosos; los que, como Schumann, habían vertido, gota a gota y minuto por minuto en sus innumerables obrillas, su vida toda entera. Se encarnizaba contra ellos con tanta mayor ira, cuanto que reconocía en los mismos su propia alma adolescente y todas las candideces que había jurado arrancar de ella. Seguramente, el cándido Schumann no podía ser motejado de falsedad, pues nunca decía nada que no hubiera sentido en realidad. Pero, precisamente su ejemplo hacía comprender a Cristóbal, que el peor género de falsedad en el arte alemán no se manifestaba cuando sus artistas querían expresar sentimientos que no experimentaban, sino más bien cuando pretendían expresar sentimientos que realmente experimentaban, pero que eran falsos. La música es un espejo implacable del alma. Cuanta más candidez y buena fe posee un músico alemán, más pone de manifiesto las flaquezas del alma alemana, su fondo indeciso, su sensibilidad muelle, su falta de franqueza, su idealismo algo taimado, su incapacidad para conocerse a sí misma y para atreverse a mirarse de frente. Este falso idealismo era el flaco aun de los más grandes: de Wagner. Al releer sus obras, Cristóbal rechinaba los dientes. *Lohengrin* le parecía tan falso que causaba grima. Aborrecía aquella caballería de pacotilla, aquella santurronería hipócrita, aquel héroe sin miedo y sin corazón, encarnación de una virtud egoísta y fría que se admira y se complace en sí misma. Conocía demasiado, por haberlo visto en la realidad, aquel tipo de fariseo alemán presumido, impecable y duro, que adora su propia imagen, ante la cual no teme sacrificar todas las demás. *El Buque Fantasma* le abrumaba con su sentimentalismo masivo y su mortal fastidio. Los bárbaros decadentes de la *Tetralogía* mostraban, en materia de amor, una insipidez intolerable. Segismundo, robando a su hermana, cantaba con voz de tenor una romanza de salón; Sigfrido y Brunilda, como un buen matrimonio alemán, en la *Götterdämmerung*<sup>\*</sup>, se manifestaban mutuamente,

29

\* Se refiere a la *Tetralogía* de *El anillo del Nibelungo*: El oro del Rin, La Valquiria, Sigfrido y El Crepúsculo de los Dioses.

y sobre todo manifestaban a vista del público, su pasión conyugal, pomposa y parlera. En aquella obra se habían dado cita todos los géneros falsos: falso idealismo, falso cristianismo, falso germanismo, falsa leyenda, falsa religión y falsa humanidad. Jamás se ostentó en el teatro un convencionalismo más exagerado que el de Wagner, que pretendía destruir todos los convencionalismos. Ni la vista, ni el espíritu, ni el corazón podían soportar el engaño  
 30 un solo instante; para soportarlo era preciso estar decidido a ello, y así sucedía. Alemania se deleitaba con aquel arte anticuado e infantil, arte de brutos desencadenados, de doncellas místicas y de ñoñerías.

Y por más esfuerzos que hacía Cristóbal, apenas oía aquella música, se sentía arrebatado, como los demás, y tal vez más que los demás, por el torrente y la voluntad diabólica del hombre que lo había desencadenado. Reía, temblaba, y sentía subir el fuego a sus mejillas; sentía pasar, a través de su propio ser, heroicas cabalgatas y pensaba que los que llevaban en sí mismos aquellos huracanes podían permitírsele todo. ¡Qué gritos de alegría exhalaba, cuando, en las obras sagradas que hojeaba tembloroso, hallaba su emoción de otro tiempo siempre animada de igual ardor, sin que nada llegase a empañar la pureza de lo que amaba! Eran gloriosos restos que salvaba del naufragio. ¡Qué felicidad experimentaba! Le parecía que salvaba una parte de sí mismo, y, en efecto, así era. Aquellos grandes alemanes, contra los que se encarnizaba, ¿no eran parte de su sangre, de su carne y no formaban lo más aquilatado de su ser? Al mostrarse severo con ellos, se mostraba severo consigo mismo. ¿Quién los amaba más que él? ¿Quién sentía más profundamente que él la bondad de Schubert, la inocencia de Haydn, la ternura de Mozart y el gran corazón heroico de Beethoven? ¿Quién se había refugiado con más frecuencia que él entre las rumorosas selvas de Weber y las profundas sombras de las catedrales de Juan Sebastián, que erguían en el cielo gris del norte, por encima de la llanura alemana, su mole de piedra y sus torres gigantescas, de caladas agujas? Pero aquellas mentiras le hacían sufrir y no podía olvidarlas. Las atribuía a la raza, y lo que tenían de grande, a ellos mismos. En esto hacía mal.

Grandeza y debilidades pertenecían por completo a la raza cuyo pensamiento poderoso y turbio corre como el más caudaloso río de música y de poesía al que acude a beber Europa.

¿Y en qué otro pueblo hubiera encontrado la pureza cándida que le permitía en aquel momento condenarlo con tanta dureza?

Ni siquiera lo sospechaba. Con la ingratitud de un niño mimado, esgrimía contra su madre las armas que de ella había recibido. Más tarde, más tarde, había de comprender cuánto le debía y cuan profundamente la amaba.

Pero atravesaba un período de reacción ciega, contra todos los ídolos de su infancia. Se echaba y les echaba en cara, el haber creído en ellos con apasionado abandono, y no era malo que así fuese. Hay una edad en la vida en que hay que atreverse a ser injusto, en que hay que atreverse a hacer tabla rasa con todas las admiraciones y todos los respetos consagrados, y negarlo todo, mentiras y verdades, es decir, todo aquello cuya verdad no hemos reconocido personalmente. Merced a su educación entera, y a todo lo que ve y oye en torno suyo, el niño absorbe tal cantidad de mentiras, mezcladas con las verdades esenciales de la vida, que el primer deber del adolescente, que pretende ser hombre sano, estriba en arrojarlo todo, en vomitarlo todo.

\* \* \*

Cristóbal atravesaba esta crisis de enérgico asco. Su instinto le impulsaba a eliminar de su ser todos los elementos indigestos que le embarazaban.

Ante todo, había que desembarazarse de la empalagosa sensibilidad que goteaba del alma alemana como un subterráneo húmedo y mohoso. ¡Luz! ¡Luz! Hacía falta un aire rudo y seco que barriese las miasmas del pantano, el insípido relente de aquellos *Lieder*, de aquellos *Liedchen*, de aquellos *Liedlein* tan numerosos como las gotas de la lluvia y en los que se derrama libremente el *Gemüt* germánico, aquellos innumerables *Sehnsucht* (Deseo), *Heimweh* (Nostalgia), *Aufschwung* (Vuelo), *Trage* (Súplica), *Warum?* (¿Por qué?), *an den Mond* (A la luna), *an die*

32 *Sterne* (A las estrellas), *an die Nachtigall* (Al ruiseñor), *an den Frühling* (A la primavera), *an den Sonnenschein* (A la luz del sol); aquellos *Frühlingslied* (Canto a la primavera), *Frühlingslust* (Placer de la primavera), *Frühlingsgruss* (Saludo a la primavera), *Frühlingsfahrt* (Viaje de primavera), *Frühlingsnacht* (Noche de primavera), *Frühlingsbotschaft* (Mensaje de primavera); aquellos *Stimme der Liebe* (Voz del amor), *Sprache der Liebe* (Palabra del amor), *Trauer der Liebe* (Tristeza del amor), *Geist der Liebe* (Espíritu del amor), *Fülle der Liebe* (Plenitud del amor), aquellos *Blumenlied* (Canto de las flores), *Blumenbrief* (Carta de las flores), *Blumengruss* (Saludo de las flores); aquellos *Herzeleid*. (Pena del corazón), *Mein Herz ist schwer* (Mi corazón está turbado), *Mein Herz ist betrübt* (Mi corazón está en problemas); *Mein Aug' ist trüb* (Mi vista está turbada); aquellos diálogos cándidos y pueriles con la *Röselein* (rosita), con el arroyuelo, con la tórtola y la golondrina, aquellas preguntas extravagantes. ¿Debería carecer de espinas el escaramujo? ¿Ha hecho su nido la golondrina con un esposo viejo o acaba de desposarse hace poco? Todo ese diluvio de ternura sosa, de emoción insípida y de melancolía y poesía insustanciales... ¡Cuántas bellezas profanadas! ¡Cuántas cosas exquisitas empleadas sin ton ni son! Porque lo peor era que todo esto resultaba inútil, se reducía a la costumbre de desnudar su corazón en público, propensión necia y afectuosa de los buenos alemanes a hacer ruidosas confidencias. ¡No decir nada y hablar constantemente! ¿No había de acabar nunca esta charla inútil? ¡Ea! ¡Se acabó! ¡Cállense las ranas del pantano! Donde Cristóbal echaba de ver con más crudeza la mentira, era, especialmente, en la expresión del amor, pues en este punto se hallaba con mayor actitud para compararlo con la verdad. Este convencionalismo de los cantos de amor, lacrimosos y correctos, no respondían en manera alguna ni a los deseos del hombre, ni a los del corazón femenino. Sin embargo, los que habían escrito todo aquello habían debido amar a lo menos una vez en la vida. ¿Era posible que hubiesen amado de aquella suerte? ¡No, de ninguna manera! Habían mentido sin cesar y se habían engañado a sí mismos; sólo se habían propuesto idealizarse... es decir, tener



miedo de contemplar la vida frente a frente y mostrarse incapaces de ver las cosas virilmente y tales como son. Por todas partes se observaba la misma timidez, la misma falta de franqueza viril, el mismo entusiasmo frío, la misma solemnidad pomposa y falsa, en el patriotismo, en la bebida y en la religión. Los *Trinklieder* (Cantos para beber), eran prosopopeyas dirigidas al vino o a la copa: *Du herrlich Glas...* (“Tú, noble copa...”) La fe, que es lo que debía haber de más espontáneo en el mundo y que debía 33 brotar del alma como un manantial imprevisto y repentino, era un artículo manufacturado, una mercancía corriente. Los cantos patrióticos estaban compuestos para rebaños de carneros dóciles y que balaban a compás... ¡Aullad, pues! ¿Cómo? ¿Es que vais a continuar mintiendo, idealizando, hasta en medio de la borrachera, de las matanzas y de la locura? Cristóbal había llegado a cobrar odio a todo idealismo. Prefería a esta mentira la brutalidad descarada. En el fondo, era más idealista que los demás y no tenía ni podía tener enemigos más verdaderos que aquellos realistas brutales a quienes creía preferir.

Le cegaba la pasión, sentíase helado por la niebla, por la mentira anémica, por las “ideas fantasmas sin sol”. Ansiaba el sol con todo el vigor de su ser. No veía en su desprecio juvenil hacia la hipocresía que le rodeaba —o a lo que él aplicaba este nombre—, la profunda sabiduría práctica de la raza, que se había fabricado poco a poco su grandioso idealismo para dominar sus instintos salvajes o para sacar partido de ellos. No son las razones arbitrarias, las reglas morales y religiosas ni los legisladores, hombres de estado, sacerdotes y filósofos, los que transforman el alma de una raza y le imponen con frecuencia una segunda naturaleza, sólo la obra de los siglos de pruebas y desgracias templan para la vida a los pueblos que desean vivir.

\* \* \*

Entretanto, Cristóbal seguía componiendo, y sus composiciones no se hallaban exentas de los defectos que echaba en cara a los demás. Esto obedece a que la creación era en él una

necesidad irresistible, que no se sometía a las reglas que su inteligencia dictaba. No se crea obedeciendo a la razón, sino por necesidad. Además, no basta haber reconocido la mentira y el énfasis inherentes a la mayor parte de los sentimientos, para poder evitarlos; hacen falta largos y penosos esfuerzos; no hay nada más difícil que ser enteramente sincero en la sociedad moderna, con la abrumadora herencia de hábitos perezosos, transmitidos de generación en generación. Esto es especialmente difícil para los individuos y los pueblos que tienen la manía indiscreta de dejar hablar a su corazón, de hacerle hablar —sin tregua— cuando muy frecuentemente lo mejor que haría sería callar.

En esto, el corazón de Cristóbal era muy alemán; no había aprendido aún la virtud de callar; por otra parte, no era propia de su edad. Había heredado de su padre la necesidad de hablar y de hablar metiendo ruido. Tenía conciencia de ello y luchaba contra esta tendencia; pero semejante lucha paralizaba en parte sus fuerzas. Análoga lucha tenía que sostener contra otro hábito, no menos molesto, heredado de su abuelo, es decir, la dificultad extraordinaria en explicarse con exactitud. Hijo de virtuoso, sentía en sí mismo el peligroso atractivo del virtuosismo: placer físico, placer inspirado por la destreza, la agilidad y la actividad muscular satisfecha; placer que se siente en vencer, en deslumbrar, en subyugar personalmente al público; placer muy excusable por otra parte en un joven, pero que, sin embargo, es mortal para el arte y para el alma. Cristóbal lo conocía: lo tenía en la sangre, lo despreciaba y, sin embargo, se dejaba llevar de él...

Hostigado al mismo tiempo de esta suerte por los instintos de su raza y por los de su genio, abrumado por la carga de un pasado parásito que se aferraba a él y de que no lograba deshacerse, adelantaba tropezando y estaba mucho más cerca de lo que él creía de todo lo que anatematizaba. Todas sus obras de entonces eran una mezcla de verdad y de hinchazón, de vigor lúcido y de tartajosa necedad. Sólo en ciertos momentos lograba su personalidad romper la envoltura de aquellas personalidades muertas que impedían todos sus movimientos.

Estaba solo. No tenía ningún guía que le ayudase a salir del atolladero. Cuando se creía fuera de él, se hundía cada vez más. Caminaba a ciegas, desperdiciando el tiempo y las fuerzas en desdichados ensayos. No había prueba por que no tuviese que pasar, y en medio del desorden de aquella agitación creadora, no se daba cuenta de lo que tenía más valor entre todas sus creaciones. Se empeñaba en proyectos absurdos de poemas sinfónicos, que tenían pretensiones filosóficas y dimensiones monstruosas. Su espíritu era demasiado sincero para acariciarlos largo tiempo; después de haber bosquejado una sola parte, los abandonaba con repulsión. Otras veces se proponía traducir en oberturas las obras más inaccesibles de la poesía. Entonces andaba a trompicones en un terreno que no era el suyo. Cuando él mismo trazaba sus escenarios —porque no se paraba en barras—, eran verdaderas borricadas; y cuando la emprendía con las grandes obras de Goethe, de Kleist, de Hebbel o de Shakespeare, todo lo entendía al revés. No era por falta de inteligencia, sino de espíritu crítico; no sabía comprender a los demás, pues se hallaba demasiado preocupado consigo mismo: por todas partes encontraba su alma cándida y llena de hinchazón.

35

Al lado de estos monstruos nada viables escribía gran cantidad de obritas que eran la expresión inmediata de emociones pasajeras, las más eternas de todas: pensamientos musicales, *Lieder*. En esto como en todo, se mostraba en apasionado desacuerdo con las costumbres corrientes. Se apoderaba de las poesías más célebres, ya puestas en música, y tenía la impertinencia de querer hacer algo distinto y más lleno de verdad que lo hecho por Schumann y Schubert. Ya se proponía devolver su carácter individual, determinado y al mismo tiempo vago, a las figuras poéticas de Goethe: a *Mignon* y al *Arpista de Wilhelm Meister*. Ya la emprendía con ciertos *Lieder* amorosos que el escaso genio de los artistas y la sosería del público, mediante un acuerdo tácito, se habían acostumbrado a revestir de un sentimentalismo dulzón; y los desnudaba, devolviéndoles su áspera y sensual rudeza. En una palabra, pretendía hacer que las pasiones y los seres viviesen para sí mismos, y no para servir de juguetes a las familias alemanas

que buscan fáciles enternecimientos, sentadas el domingo alrededor de la mesa de algún *Biergarten*.

36 Pero de ordinario, encontraba demasiado literarios a los poetas, aun a los más ilustres, y buscaba de preferencia textos más sencillos, de antiguos *Lieder* o de viejas canciones religiosas que había leído en un libro piadoso. Se guardaba muy bien de conservarles su carácter coral y las trataba de un modo audazmente laico, libre y lleno de vida. Otras veces se trataba de palabras del Evangelio y de proverbios, y hasta en ocasiones, de palabras oídas en la calle, de fragmentos, de diálogos populares, de reflexiones infantiles, textos informes y prosaicos en que con frecuencia sólo había el sentimiento puro. Trabajando con estos materiales, se hallaba a sus anchas y a veces llegaba a una profundidad que jamás había alcanzado en sus demás composiciones y de que él mismo no se daba cuenta. Buenas o malas, y frecuentemente más malas que buenas, el conjunto de estas obras estaba lleno de vida. No todo era nuevo ni mucho menos. Cristóbal se mostraba a veces vulgar a causa de su misma sinceridad. Le ocurría repetir formas ya empleadas porque expresaban perfectamente su pensamiento, pues él sentía así y no de otra manera. Por nada del mundo hubiera intentado ser original: le parecía que era preciso ser muy mediano para dejarse dominar por semejante idea. Procuraba ser él mismo y decir lo que sentía, sin preocuparse de si lo que decía lo había dicho o no otro antes que él. Tenía el orgullo de creer que era esta la mejor manera de ser original y que Juan Cristóbal no había existido ni existiría más que una vez. Con la magnífica imprudencia de la juventud, se figuraba que hasta que él llegó no se había hecho nada y le parecía que todo estaba por hacer o rehacer. El sentimiento de esta plenitud interior, de una vida ilimitada que se abría ante sus ojos, le producía un estado de felicidad exuberante y algo indiscreta. Era aquello una especie de júbilo, que podía alternar hasta con la tristeza, pues nacía de su exceso de vida, de su fuerza, madre de toda felicidad y de toda virtud. ¡Vivir! ¡Vivir demasiado!... El que no siente en sí esta embriaguez de fuerza, este júbilo de vivir —aun en medio de la desgracia—, no es un artista. Esta es la piedra de toque. La

verdadera grandeza se reconoce en el poder de gozar lo mismo en las alegrías que en las penas. Un Mendelssohn o un Brahms, dioses de las nieblas de octubre y de la lluvia menuda, no conocieron nunca este poder divino. Cristóbal lo sentía dentro de sí mismo, y hacía gala de su alegría con imprudente candidez. No veía en ello malicia, y sólo deseaba compartirla con los demás. No echaba de ver lo mortificante que era semejante alegría para la mayor parte de los que no la experimentan nunca y la envidian siempre. Por lo demás, no se cuidaba mucho de agradar o desagradar; estaba seguro de sí mismo y nada le parecía más sencillo que comunicar a los demás su convicción de que había de vencer. Instintivamente comparaba su riqueza con la pobreza general de los fabricantes de notas; y creía que le sería muy fácil hacer reconocer su superioridad. Más aún, demasiado fácil. No tenía más que darse a conocer, y, en efecto, así lo hizo.

37

\* \* \*

Todo el mundo lo esperaba.

Cristóbal no había ocultado sus sentimientos. Desde que tuvo conciencia del fariseísmo alemán, que no quiere ver las cosas como son, se había impuesto el deber de observar una sinceridad absoluta, continua, intransigente, y de aplicarla a todo sin guardar consideraciones a la obra ni a las personas, ni aun a sí mismo. Y como no podía hacer nada sin caer en algún extremo, llegaba hasta la extravagancia; decía enormidades y escandalizaba a personas mil veces menos cándidas que él. Era, en verdad, prodigiosamente cándido. Confiaba al primero que se le presentaba sus ideas relativas al arte alemán, con la satisfacción de un hombre que no quiere reservar para sí inapreciables descubrimientos. No se figuraba que pudiesen dejar de agradecersele. Cuando acababa de reconocer lo estúpido de una obra consagrada por la fama, sin pensar más que en su idea, se apresuraba a dar parte en ella a cuantos se encontraba, ya fuesen músicos de la orquesta, ya aficionados amigos suyos. Enunciaba los juicios más extravagantes, con la satisfacción pintada en su semblante.

Al principio no le tomaron en serio, y se reían de sus salidas, pero no tardaron en observar que volvía demasiado a la carga, con insistencia de mal gusto. Se hizo evidente que Cristóbal creía en sus paradojas, y esto pareció ya menos divertido. Su conversación era a veces peligrosa; en pleno concierto solía manifestar su ruidosa ironía o expresaba su desdén hacia los gloriosos maestros del modo menos velado y sin mirar donde se hallaba.

38 En la pequeña ciudad todo era objeto de conversaciones: y no se perdía ni una sola de sus palabras. Le guardaban cierta enemistad por su conducta del año pasado. No habían olvidado la manera escandalosa con que había hecho gala de sus relaciones con Ada, ni las consecuencias que habían tenido. Él mismo no se acordaba ya; unos días borraban la memoria de otros, y se hallaba ya muy lejos de lo que había sido dos meses antes. Pero otros se acordaban, por él, es decir, los que ejercen como función social en todas las ciudades pequeñas el cargo de anotar escrupulosamente todas las faltas, todas las tachas, todos los sucesos tristes, feos y desagradables, que se refieren a sus vecinos, a fin de que nada se pierda. Las nuevas extravagancias de Cristóbal vinieron a asociarse naturalmente con las antiguas, en el registro a cuyo frente figuraba su nombre. Se ponían de relieve unas a otras. A los resentimientos de la moral ofendida se agregaron los del buen gusto escandalizado, y los más indulgentes decían de él:

—Procura singularizarse.

Pero la mayor parte afirmaban:

—¡Total *verrückt!* (Completamente loco).

Empezaba a difundirse una opinión no menos severa y más peligrosa aún, opinión cuyo ilustre origen era una garantía de éxito. Se decía que en el castillo, adonde Cristóbal seguía yendo regularmente por sus funciones oficiales, había tenido el mal gusto de expresarse, en presencia del mismo gran duque, con irritante imprudencia acerca de los venerados maestros; se decía que había llamado al *Elías* de Mendelssohn, “padrenuestros de clérigo hipócrita” y había calificado ciertos *Lieder* de Schumann: *Backfish Musik* (Música de colegial); y esto precisamente cuando los augustos príncipes acababan de afirmar la admiración que les

inspiraban dichas obras. El gran duque había puesto fin a tales impertinencias, diciéndole con sequedad:

—Nadie diría, oyéndole hablar, que es usted alemán.

Esta palabra vengadora, caída de tan altos labios, llegó hasta las últimas capas; y todos los que creían tener motivos de queja contra Cristóbal, ya a causa de su éxito, ya por cualquiera otra razón más personal, no dejaron de recordar que, en efecto, no era un alemán puro. Recordaban que su familia paterna era originaria de Bélgica. Nada de extraño tenía, pues, el que aquel inmigrado denigrase las glorias nacionales. Esta explicación lo aclaraba todo y el amor propio germánico hallaba en ella razones para tenerse en más al mismo tiempo que para despreciar a su adversario.

39

A esta venganza enteramente platónica, suministró el mismo Cristóbal alimentos de más sustancia. Cuando uno está expuesto a ser criticado, es imprudente meterse a criticar a los demás. Un artista más hábil y menos franco, hubiera mostrado más modestia y más respeto hacia sus predecesores. Pero Cristóbal no veía razón alguna que le obligase a ocultar su desprecio de la medianía y la satisfacción que le inspiraba su propia fuerza. Esta satisfacción se manifestaba de un modo inmoderado. Aunque siempre había tenido desde la infancia la costumbre de replegarse en sí mismo por no tener a nadie a quien abrir su pecho, había experimentado últimamente cierta necesidad de expansión. Era aquello demasiada alegría para él solo; no le cabía en el pecho; si no hubiera manifestado su júbilo, hubiera reventado. A falta de un amigo, había tomado por confidente a su compañero en la orquesta, el segundo *Kapellmeister*, Segismundo Ochs, joven wurtembergués, buen muchacho y algo taimado, que le tributaba un respeto excesivo. No desconfiaba de él y, aun cuando hubiera desconfiado, ¿cómo hubiera podido pensar nunca que pudiese haber algún inconveniente en confiar su satisfacción a un indiferente y hasta a un enemigo? ¿No debían más bien agradecersele? ¿No trabajaba también por ellos? Traía la felicidad para todos, amigos y enemigos. No sospechaba que no hay nada más difícil que hacer aceptar a los hombres una felicidad nueva; casi preferirían una

desgracia antigua; necesitan un alimento rumiado y más que rumiado desde hace siglos. Pero lo que es sobre todo para ellos intolerable, es la idea de deber semejante dicha a otro. No perdonan esta ofensa sino cuando no tienen otro remedio; y en todo caso se arreglan para hacérselo pagar con creces. Había, pues, mil razones para que las confianzas de Cristóbal no fuesen acogidas de buen grado por nadie. Pero había, además, mil y una para que  
 40 no lo fuesen especialmente por Segismundo Ochs. El primer *Kapellmeister*, Tobías Pfeiffer, no debía tardar en tomar el retiro, y Cristóbal, a pesar de su juventud, tenía todas las probabilidades en su favor para ocupar el empleo. Ochs era demasiado buen alemán para no reconocer que Cristóbal merecía dicho cargo, puesto que tenía a la corte de su parte. Pero tenía demasiada buena opinión de sí mismo para no creer que él lo hubiera merecido mucho más si la corte le hubiese conocido mejor. Por eso acogía con extraña sonrisa los desahogos de Cristóbal, cuando éste llegaba por la mañana al teatro con cara que pretendía mostrarse seria, pero en la que resplandecía el júbilo a pesar suyo.

—¿Qué tal? —le decía socarronamente, al pasar a su lado—. ¿Tenemos alguna nueva obra maestra? Cristóbal le cogía el brazo:

—¡Oh!, ésta es superior a todas... ¡Si la oyeses! ¡Lléveme el diablo! Pero te aseguro que es demasiado hermosa. ¡No existe aún nada semejante! ¡Que Dios ayude a los pobres que la oigan! Después de oírla, sólo puede sentirse el deseo de morir.

Estas palabras no caían en saco roto. En lugar de sonreír o de burlarse amistosamente del entusiasmo infantil de Cristóbal, que hubiera sido el primero en burlarse y en solicitar excusa, si le hubieran hecho comprender lo que tenía de ridículo, Ochs se extasiaba irónicamente y excitaba a Cristóbal a soltar otras enormidades que, después de separarse de él, se apresuraba a repetir por todas partes exagerando lo que tenían de grotesco. En el pequeño círculo de los músicos se regodeaban grandemente y todos aguardaban con impaciencia la ocasión para juzgar las desdichadas obras. Estaba condenado de antemano.

Al fin, aparecieron. Cristóbal había escogido entre el fárrago de sus obras una obertura para la *Judith* de Hebbel, cuya



salvaje energía le había atraído como por una especie de reacción contra la atonía alemana, aunque comenzaba ya a entusiasmarle algo menos, pues tenía como la intuición de lo ridículo, que era el tener genio siempre y a toda costa. Había agregado una sinfonía, que llevaba el título enfático del Boecklin de Basilea: *El Sueño de la vida*, y el epígrafe “Vita somnium breve”<sup>1</sup>. Completaban el programa una serie de *Lieder* suyos, con algunas obras clásicas y un *Festmarsch* de Ochs, que Cristóbal le había ofrecido unir al programa de su concierto por compañerismo, aunque comprendía su escaso valor.

41

Poco se sabía de los ensayos. Aunque la orquesta no comprendió absolutamente nada en las obras que ejecutaba y aunque cada uno, en su fuero interno, se sintiese desconcertado por las singularidades de aquella nueva música, no habían tenido tiempo para formar opinión de ella antes de que el público hubiese dictado su fallo. Por otra parte, la petulancia de Cristóbal se imponía a los artistas, dóciles y disciplinados como todo buen músico alemán. Las únicas dificultades provinieron de la cantante. Era la dama vestida de azul del concierto de la *Tonhalle*. Era una celebridad del canto en Alemania. Aquella madre de familia interpretaba los papeles de Brunilda y Kundry en Dresde y en Bayreuth, con una indiscutible amplitud de pulmones. Pero, si había aprendido en la escuela wagneriana el arte, de que dicha escuela se enorgullece con justo título de articular bien, disparando las consonante a través del espacio y haciendo caer las vocales como golpes de maza sobre el público que las escucha con la boca abierta, no había aprendido, en cambio, lo cual nada tiene de extraño, el arte de mostrarse natural. Daba personalidad a cada palabra: todo iba recalcado; las sílabas parecían caminar con pies de plomo, y en cada frase había una tragedia. Cristóbal le rogó que moderase algo su energía dramática. Ella procuró hacerlo al principio con buena voluntad; pero su pesadez natural y la necesidad de gritar triunfaron de sus esfuerzos. Cristóbal se puso nervioso. Hizo notar a la respetable dama que él se había

---

1. La vida es un breve sueño.

propuesto hacer hablar a los seres vivos, y no al dragón Fafner con su bocina. Ella acogió muy mal semejante insolencia, como es de suponer. Respondió que, a Dios gracias, sabía lo que era cantar, que había tenido el honor de interpretar los *Lieder* del maestro Brahms, en presencia de dicho gran hombre, que no se cansaba de oírseles repetir.

—¡Tanto peor, tanto peor! —gritó Cristóbal.

42 Le pidió ella con altanera sonrisa que le explicase el sentido de aquella exclamación enigmática, y él le respondió que, como Brahms no había sabido en su vida lo que era naturalidad, sus elogios equivalían a la peor de las censuras, y que aunque él, Cristóbal, fuese poco cortés algunas veces, según ella se lo había hecho notar con razón, jamás se hubiera permitido decirle nada tan desagradable.

Continuó la discusión en este tono, y la dama se obstinó en cantar a su manera con un tono patético abrumador y con efectos de melodrama —hasta el día en que Cristóbal declaró, fríamente, que estaba convencido de que no había medio de que cambiase, pues hubiera tenido que cambiar de naturaleza; pero puesto que los *Lieder* no podían ser cantados en la forma debida, quedarían sin cantar y los quitaría del programa—. Era la víspera del concierto; todo el mundo contaba con los *Lieder*: ella misma había hablado de ellos y era bastante inteligente en música para poder apreciar ciertas cualidades. Cristóbal acababa de hacerle una afrenta, y como temía que el concierto del día siguiente pusiese el sello a la fama del joven, no quería indisponerse con un astro naciente; se sometió, pues, de pronto y, durante el último ensayo, se prestó dócilmente a cuanto exigía Cristóbal. Pero estaba completamente resuelta a salirse con la suya en el concierto.

\* \* \*

Llegó el día fijado. Cristóbal estaba enteramente tranquilo. Se sentía demasiado lleno de su música para poderla juzgar. Se daba clara cuenta de que sus obras se prestaban al ridículo en ciertos pasajes. Pero, ¿qué le importaba? No se puede escribir

nada grande sin exponerse a caer en ridículo. Para llegar al fondo de las cosas, hay que desafiar los respetos humanos, la cortesía, el pudor y el temor de las mentiras sociales, bajo cuyo peso se ahoga el corazón. Si no se quiere asustar a nadie, y alcanzar éxito, hay que resignarse a permanecer toda su vida en una medianía convencional y dar a los mediocres una verdad mediocre, mitigada y diluida, que es la única que son capaces de asimilar; hay que mantenerse por debajo de la vida. Sólo se llega a ser grande cuando se pasa por encima de semejante inquietud, y eso hacía Cristóbal. Podían silbarle, pero estaba seguro de que no le oirían con indiferencia. Se complacía en pensar la cara que pondría tal o cual de sus conocidos al oír tal o cual página algo atrevida. Esperaba oír agrias críticas, pero de antemano se burlaba de ellas. En todo caso, hubiera sido preciso ser ciego o sordo, para negar que sus obras revelaban una fuerza —amable o no, ¡qué importa!—. ¡Amable, amable! Dicha fuerza era todo. Una vez en marcha, lo arrastraría todo consigo como el Rin.

43

Sufrió un primer desencanto. El gran duque no asistió. El palco ducal sólo estuvo ocupado por comparsas: algunas damas de honor. Cristóbal experimentó una sorda irritación y pensó para sí: Ese imbécil se ha picado conmigo. No sabe qué pensar de mis obras: teme comprometerse. Se encogió de hombros, aparentando no hacer caso de semejante tontería. Pero otros hicieron caso de ella; era una primera lección y una amenaza para lo porvenir.

El público no había mostrado mucho más interés. Más de la tercera parte del teatro estaba vacía. Cristóbal no podía menos de recordar con amargura los llenos de sus conciertos de niño. Si hubiera tenido más experiencia no se habría maravillado del cambio; hubiera hallado natural que acudiese menos gente a oírle cuando ejecutaba buena música que cuando la ejecutaba mala; porque a la mayor parte del público, lo que le interesa es el músico, no la música. Y es por demás evidente que un músico que es un hombre y se parece a todo el mundo, ofrece menos interés que un músico de calzón corto o en traje infantil, que impresiona el sentimentalismo y divierte a los papanatas. Cristóbal, después de haber esperado en vano que se llenase la

sala, se decidió a empezar. Se esforzaba por convencerse a sí mismo de que valía más aquello: pocos amigos, pero buenos. Su optimismo no fue de larga duración. Los trozos se iban desarrollando en medio del silencio. Hay un silencio del público en el que se siente palpar el cariño pronto a desbordarse. Pero en este caso no había nada de ello. Era el sueño completo, la nada. Se adivinaba que cada frase iba a caer en un abismo de indife-

44 rencia. Cristóbal, vuelto de espaldas al público y ocupado con su orquesta, no dejaba, sin embargo, de darse cuenta de lo que pasaba en la sala, gracias a esas antenas interiores de que está dotado todo verdadero músico y que le permiten echar de ver si la música que está ejecutando encuentra eco en los corazones que la rodean. Continuaba llevando el compás y tratando de animarse a sí mismo, helado por la ola de hastío que subía de la sala y de los palcos que tenía detrás.

Al fin terminó la obertura y la sala aplaudió, pero lo hizo cortés y fríamente, sin ningún exceso. Cristóbal hubiera preferido que le silbaran... Un solo silbido le hubiera bastado, algo que diese señal de vida o a lo menos de reacción contra su obra... Pero, ¡nada! Miró al público, el cual se miraba a su vez. Cada uno buscaba una opinión en los ojos de su vecino, pero como no la hallaba, volvió a reinar la indiferencia.

Continuó el concierto y le tocó el turno a la sinfonía. A Cristóbal le costó mucho trabajo llegar hasta el fin. Varias veces estuvo a punto de tirar la batuta y de largarse. Aquella apatía general se iba apoderando de él. Acababa por no comprender lo que dirigía; experimentaba la impresión neta de la caída en el hastío insondable. Ni siquiera oyó los irónicos cuchicheos que esperaba en determinados pasajes: el público estaba sumido en la lectura del programa. Cristóbal oyó volverse al mismo tiempo todas las páginas con un crujido seco y reinó de nuevo el silencio hasta el último acorde, en que los mismos cortesés aplausos dieron a entender que habían comprendido que se había acabado la pieza. Sin embargo, resonaron tres o cuatro aplausos aislados cuando cesaron los demás; pero no despertaron ningún eco y se callaron como avergonzados: el vacío apareció más vacío aún, y

aquel ligero incidente sirvió para dar alguna luz al público, con respecto al fastidio que había experimentado.

Cristóbal se había sentado en medio de la orquesta sin atreverse a mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Tenía ganas de llorar y al mismo tiempo se estremecía de cólera. Hubiera querido levantarse y gritar a todo el público:

—¡Me estáis cargando de un modo soberano! ¡Ya no puedo más!... ¡Idos todos a paseo!

45

El público se iba despertando poco a poco: esperaba la aparición de la cantante, a la que tenía costumbre de aplaudir. En medio de aquel océano de obras nuevas por donde navegaba sin brújula, ella representaba, a lo menos, una certeza; era una tierra conocida y sólida, donde no había peligro de perderse. Cristóbal adivinó exactamente este pensamiento y rió socarronamente. La cantante echó de ver igualmente la actitud del público. Cristóbal lo comprendió al ver su ademán de reina, cuando fue a avisarle que había llegado su turno. Se miraron con cierta hostilidad. En lugar de ofrecerle el brazo, Cristóbal se metió las manos en los bolsillos y la dejó entrar sola. Ella pasó, furiosa y descompuesta, y él la siguió con aire de fastidio. Tan pronto como apareció, el público le prodigó una ovación: era aquello un desahogo para todo el mundo; los rostros se iluminaban, el público se iba animando, y todo el mundo dirigía sus gemelos al escenario. Segura de su éxito, empezó a cantar los *Lieder*, pero a su manera, y sin hacer ningún caso de las observaciones que Cristóbal le había dirigido la víspera. Este, que la acompañaba palideció. Había previsto la rebelión y al primer cambio que la cantante introdujo, le dijo colérico, golpeando en el piano:

—¡No!

Ella continuó, y él siguió gritándole en voz baja y con furia:

—¡No, no! ¡No es eso!...

Irritada por aquellos furibundos gruñidos que el público no podía oír, pero que no se le escapaban a la orquesta, ella persistía, retardando con exceso y haciendo silencios y calderones. Él seguía tocando sin hacer caso, y al fin acabaron por ir cada uno por su lado. El público no lo echaba de ver: hacía largo

tiempo que se había convencido de que la música de Cristóbal no tenía por objeto agradar al oído ni brillar por la exactitud; pero Cristóbal, que no era del mismo parecer, hacía muecas de endemoniado, y acabó por estallar. Se paró en seco en medio de una frase, y gritó con toda su fuerza:

—¡Basta!

La cantante, arrastrada por su propio impulso, continuó  
46 aún medio compás, pero a su vez se detuvo.

—¡Basta! —repitió secamente.

Reinó un momento de estupor en la sala. Pasados algunos segundos, dijo con tono glacial:

—¡Volvamos a empezar!

Ella le miraba, estupefacta; le temblaban las manos y hubo un momento en que pensó tirarle su cuaderno a la cabeza; después del suceso no llegó nunca a comprender por qué no lo había hecho. Pero estaba abrumada por la autoridad de Cristóbal, cuyo tono no admitía réplica; volvió, pues, a empezar y cantó todo el ciclo de los *Lieder* sin cambiar un matiz ni un solo movimiento; porque comprendía muy bien que él se mostraría implacable, y se estremecía ante la idea de una nueva afrenta.

Cuando hubo acabado, el público la llamó con frenesí. No eran los *Lieder* lo que aplaudía —aunque hubiera cantado otros, la hubieran aplaudido del mismo modo—; sus aplausos se dirigían a la cantante célebre y curtida en las lides musicales; sabía que podía admirarla con toda seguridad y, por otra parte, mostraba empeño en reparar el efecto de la algarada anterior. Sin estar completamente seguro de ello, había comprendido vagamente que la cantante se había equivocado; pero le parecía indecente el que Cristóbal se lo hubiese hecho notar. El público pidió que repitieran, pero Cristóbal cerró resueltamente el piano.

Ella no echó de ver esta nueva insolencia. Estaba demasiado turbada para pensar en repetir. Salió precipitadamente, se encerró en su camarín, y, durante un cuarto de hora, desahogó su corazón dando rienda suelta al rencor y a la ira que en él se habían acumulado; nada faltó en el cuadro: crisis nerviosa, torrente de lágrimas, invectivas indignadas e imprecaciones

contra Cristóbal. A través de la puerta se oían gritos de furor. Los amigos que lograron verla fueron luego refiriendo el caso y declarando que Cristóbal se había conducido como un sinvergüenza. No tardó en difundirse por la sala semejante opinión. Así es que, cuando Cristóbal volvió a su puesto para dirigir el último trozo, el público se mostraba descontento. Pero dicho trozo no era suyo: era el *Festmarsch* de Ochs que Cristóbal había añadido a su programa por amistad. El público —que por otra parte se encontraba a su gusto con aquella música vulgar— halló un medio muy sencillo de demostrar su desaprobación a Cristóbal sin llegar hasta el atrevimiento de silbarle; aclamó a Ochs con ostentación, y pidió dos o tres veces que saliese el autor, el cual se apresuró a darle gusto. Con esto terminó el concierto.

47

Fácilmente se comprenderá que el gran duque y todos los cortesanos —tratándose de aquella modesta ciudad de provincia, chismosa y aburrida—, no perdieron el menor detalle de lo ocurrido. Los periódicos afectos a la cantante, no aludieron al incidente, pero estuvieron acordes en ensalzar el arte de aquella, contentándose con mencionar, a título de informe, los *Lieder* que había cantado. Con respecto a las demás obras de Cristóbal, sólo consignaron algunas líneas, casi idénticas en todos los periódicos: ciencia del contrapunto, escritura complicada, falta de inspiración y de melodía, escrito con la cabeza y no con el corazón, ni asomos de sinceridad, pujos de originalidad... Seguía un párrafo acerca de la verdadera originalidad, la de los maestros ya muertos y enterrados, como Mozart, Beethoven, Loewe, Schubert y Brahms, “que son originales sin haberse propuesto serlo”. Como por transición natural, hablaban luego de revivir en el Teatro Granducal el *Nachtlager von Granada* de Conradino Kreutzer y se extasiaban hablando largamente de aquella música tan deliciosa, fresca y juguetona como el primer día.

En resumen, las obras de Cristóbal hallaron, aun en los críticos mejor dispuestos, una falta total de comprensión y algo de asombro —en los que lo estaban menos, una hostilidad taimada que preparaba sus armas para más tarde—; por último, en el público en general, que no seguía las indicaciones de ningún

crítico, amigo o enemigo: el silencio. Excusado, es decir, que el gran público, abandonado a su propia inspiración, no piensa nada.

\* \* \*

Cristóbal estaba aterrado.

48 Su fracaso no tenía, sin embargo, nada de sorprendente. Había tres probabilidades contra una para que sus obras desagradasen. No tenían suficiente madurez. En segundo lugar eran demasiado atrevidas para que las comprendiesen al primer golpe. Y, por último, todo el mundo se alegraba de poder dar una lección a aquel joven impertinente. Pero Cristóbal no tenía la suficiente calma para admitir la legitimidad de su derrota. Le faltaba, sobre todo, la serenidad que inspira al verdadero artista la dolorosa experiencia de la persistente falta de comprensión de los hombres y de su incurable estupidez. Su cándida confianza en el público y en el éxito, que creía lograr porque lo merecía, se vino a tierra. Hubiera considerado muy natural tener enemigos, pero lo que más le desconcertaba era el no tener ni un amigo. Aquellos en quienes confiaba y los que hasta entonces habían parecido interesarse por sus obras, no habían tenido para él ni una palabra de aliento después del concierto. Trató de sondearlos, pero respondían con palabras vagas. Insistió a fin de conocer su verdadero pensamiento, y los más sinceros le opusieron como argumento sus obras anteriores, sus tonterías del principio. Durante su vida debía oír más de una vez condenar sus obras nuevas en nombre de sus obras antiguas, y esto por las mismas personas que, algunos años antes, condenaban sus obras antiguas cuando eran nuevas: es la regla ordinaria. Cristóbal no estaba acostumbrado a ella y protestó enérgicamente. Bueno que no le quisiesen; lo admitía y hasta le causaba cierto placer, pues no tenía interés en ser amigo de todo el mundo. Pero que pretendiesen quererle y no permitiesen crecer, que pretendiesen obligarle a seguir siendo niño toda su vida, era cosa intolerable. Lo que era bueno a los doce años no podía serlo a los veinte; y confiaba en no permanecer en el mismo estado, sino en seguir cambiando siempre... ¡Qué imbéciles los que pretenden



detener la vida!... Lo que tenían de interesante sus composiciones infantiles, no eran sus candideces de niño, sino la fuerza que revelaban para lo porvenir. ¡Y pretendían matar este porvenir!... No, jamás habían comprendido lo que era, no le habían querido ni antes ni después; sólo preferían lo que había en él de vulgar y débil, lo que tenía de común con los demás, pero no su propia originalidad: su amistad se fundaba en una equivocación.

Tal vez exageraba. Es muy frecuente el caso de la gente de buena fe que es incapaz de admirar una obra nueva y que la admira con sinceridad cuando tiene ya veinte años de existencia. La vida nueva tiene un aroma demasiado fuerte para su flaco cerebro; es preciso que dicho aroma se evapore con el transcurso del tiempo. La obra de arte sólo empieza a ser inteligible para ellos cuando se halla cubierta por la costra que van formando los años.

Pero Cristóbal no podía admitir que no le comprendiesen cuando era *presente* y que le comprendiesen cuando era *pasado*. Prefería creer que no le habían comprendido nunca. Esto le irritaba. Cometi6 la ridiculez de querer hacerse comprender, de explicarse, de discutir, aunque esto a nada conducía: hubiera sido preciso reformar el gusto de la época. Pero para él no había nada imposible. Estaba resuelto a hacer de grado o por fuerza una limpia completa en el gusto alemán. Le faltaba la posibilidad, pues no había de ser con algunas conversaciones, en las que apenas hallaba palabras para explicarse y en que se expresaba con exagerada violencia acerca de los grandes músicos y hasta acerca de sus interlocutores, con lo que no podía convencer a nadie. Sólo conseguía crearse mayor número de enemigos. Hubiera necesitado poder preparar su pensamiento a sus anchas y obligar después al público a oírle...

Y precisamente en el momento oportuno vino a ofrecerle medios para ello su estrella, su mala estrella.

\* \* \*

Se hallaba en el restaurante del teatro, rodeado de un círculo de músicos de la orquesta a los que escandalizaba con sus juicios

artísticos. No todos eran de igual parecer, pero a todos les chocaba por igual aquella libertad de lenguaje. El anciano Krause, hombre honrado y excelente músico, que quería sinceramente a Cristóbal, hubiera querido dar nuevo rumbo a la conversación: tosía, esperando una ocasión para soltar un retruécano. Pero Cristóbal no oía y seguía cada vez más animado. Krause se desconsolaba, pensando para sí:

50 —¿Qué necesidad tiene de decir todo eso? ¡Válgame Dios! ¡Puede uno pensar esas cosas, pero no hay necesidad de decirlas!

Lo más curioso del caso es que él también pensaba “esas cosas”; a lo menos las presentía y las palabras de Cristóbal despertaban en él no pocas dudas, pero no tenía valor para declararlas y sobre todo para darle su aprobación en voz alta, ya por miedo de comprometerse, ya por modestia o ya por desconfianza de sí mismo. Weigl, el corno, no se metía en tales averiguaciones; quería admitir fuese lo que fuese, y como fuese, bueno o malo, ya una estrella o ya una farola: todo era igual para él; en su admiración no había altos ni bajos: admiraba, admiraba y admiraba. El admirar era para él una necesidad vital, y sufría cuando trataban de limitársela.

El violonchelista Kuh sufría más aún. Le gustaba de preferencia la mala música. Sentía el mayor entusiasmo por todo lo que Cristóbal satirizaba con sus sarcasmos e invectivas; por instinto escogía las obras más convencionales; su alma era un depósito de emoción lacrimosa y pomposa. Seguramente no mentía al afirmar su cariñoso culto a todos los falsos grandes hombres. Sólo se equivocaba, aunque inocentemente, cuando trataba de persuadirse de que admiraba a los verdaderos genios. Hay “brahmines” que creen hallar en su dios la inspiración de los genios pasados y admiran a Beethoven en Brahms. Kuh iba más lejos aún: admiraba a Brahms en Beethoven.

Pero, el que más indignado se mostraba con las paradojas de Cristóbal, era el contrabajo Spitz. Más que su instinto musical, se sentía ofendido por ellas su servilismo natural. Un emperador romano quería morir de pie. Spitz quería morir de bruces, como había vivido, pues era su posición natural; se deleitaba en

arrastrarse a las plantas de todo lo que tenía carácter oficial y consagrado; y salía de sus casillas cuando pretendían impedirle el hacer a sus anchas el papel de lacayo.

Así, pues, Kuh gemía, Weigl hacía desesperados ademanes, Krause decía retruécanos y Spitz gritaba con voz chillona. Pero Cristóbal, imperturbable, gritaba más alto que los demás y decía enormidades acerca de Alemania y de los alemanes.

En una mesa inmediata le escuchaba un joven que reventaba de risa. Tenía los cabellos negros y ensortijados, hermosos e inteligentes ojos, una nariz voluminosa que, al llegar al fin, no podía decidirse a ir a la derecha o a la izquierda y prefería extenderse por ambos lados, los labios gruesos y una fisonomía inquieta y viva que seguía las palabras de Cristóbal, pendiente de sus labios, reflejando cada palabra con atención simpática y burlona, haciendo risueñas muecas y sintiendo a cada momento agitado su cuerpo por una risa convulsiva. No tomó parte en la conversación, pero no perdió una sola palabra de ella. Manifestó especial alegría al ver a Cristóbal, atascado en una demostración y hostigado por Spitz tartamudear, mascullar, lleno de ira, hasta dar con la palabra que buscaba, que era una roca para aplastar a su adversario. Su satisfacción no tenía límites cuando Cristóbal, arrastrado por la pasión más allá de lo que se proponía, proclamaba paradojas monstruosas que hacían rugir a su auditorio.

Se separaron, al fin, cansados de sentir y de afirmar cada uno su superioridad. En el momento en que Cristóbal, que se había quedado de último, iba a cruzar los umbrales, se le acerca el joven que con tanto gusto le había escuchado. Él no se había fijado aún en aquel extraño que, descubriéndose cortésmente y sonriendo, se presentó a sí mismo:

—Franz Manheim.

Se excusó por haber seguido la discusión tan indiscretamente, y le felicitó por la maestría con que había pulverizado a sus adversarios. Aún se reía sólo de pensar en ello. Cristóbal le miró satisfecho, pero con algo de desconfianza:

—¿Habla usted en serio? —preguntó—. ¿No se burla usted de mí?

El otro hizo las mayores protestas, y el rostro de Cristóbal fue iluminándose:

—En ese caso, cree usted que tengo razón, ¿no es verdad? ¿Es usted de mi parecer?

—Le diré a usted —respondió Manheim—; en realidad, de verdad, no soy músico, ni entiendo nada de música. La única música que me agrada, y lo que voy a decirle a usted no es demasiado lisonjero, es la suya... En fin, esto le probará que, sin embargo, no tengo demasiado mal gusto...

—¡Oh, oh! —dijo Cristóbal con aire de duda, aunque sintiéndose lisonjeado—, eso no es una prueba.

—¡Se muestra usted difícil! ¡Bueno! Estoy de acuerdo con usted: no es una prueba. Así, pues, no me arriesgo a criticar lo que usted dice de los músicos alemanes; pero en todo caso, es tan cierto hablando de los alemanes en general, de los viejos alemanes, de todos esos idiotas románticos, con su pensamiento rancio, su emoción lacrimatoria y sus machuqueos seniles, que pretenden imponer a nuestra admiración ese “eterno ayer, que ha sido y será siempre, y que será ley mañana”, porque lo es hoy...

Luego recitó en alemán los versos de ese famoso pasaje de Schiller:

... *Das ewig Gestrige,  
Das immer ward und immer wiederkehrt.*

—¡Y él el primero! —interrumpió el joven, en medio de su recitación.

—¿Quién? —preguntó Cristóbal.

—El bombero que ha escrito esos versos. Cristóbal no comprendía, pero Manheim seguía diciendo:

—En primer lugar, yo desearía que cada cincuenta años se procediese a una limpia general del arte y del pensamiento, y que no se dejase subsistir nada de lo antiguo.

—Eso es algo radical —dijo Cristóbal, sonriendo.

—¡Oh, no, se lo aseguro a usted! Cincuenta años me parecen todavía demasiado; habría que decir treinta, y aún tiro

muy largo... Es una medida de higiene, pues nadie pretende conservar en su casa la colección de sus abuelos. Una vez muertos, se los envía, con mucha cortesía, sin embargo, a que se pudran en otro sitio, y se les ponen piedras encima para estar seguros de que no han de volver. Las almas delicadas ponen también flores. No veo inconveniente en ello; lo mismo me da. Lo único que yo pido es que me dejen tranquilo. Yo las dejo tranquilas a mi vez. ¡Vaya cada uno por su lado, unos con los vivos, otros con los muertos!

53

—¡Hay muertos que tienen más vida que los vivos!

—De ninguna manera. Más exacto sería el afirmar que hay vivos que están más muertos que los mismos muertos.

—Tal vez. En todo caso, hay algunas cosas viejas que son aún jóvenes.

—Pues bien, si son aún jóvenes, las encontraremos sin auxilio de nadie... Pero no lo creo. Lo que ha sido bueno una vez, no puede serlo de nuevo. Sólo es bueno el cambio. Lo que hay que hacer, ante todo, es desembarazarse de los viejos. Hay demasiados viejos en Alemania. ¡Mueran los viejos!

Cristóbal escuchaba estas salidas con gran atención y se esforzaba por discutir las; simpatizaba en parte con ellas y reconocía en las mismas algunos de sus pensamientos. Sin embargo, experimentaba cierto malestar en oírlas en forma tan exagerada y caricaturesca. Pero como suponía en los demás su propia seriedad, decía para sí que acaso su interlocutor, que parecía más instruido que él y hablaba con más desembarazo, tendría razones para ello, y que sacaba consecuencias lógicas de sus principios. El orgulloso Cristóbal, a quien tanta gente no podía perdonar el tener fe en sí mismo, estaba dotado por el contrario de una modestia cándida, que con frecuencia le hacía víctima de los que habían recibido mejor educación que él, siempre, sin embargo, que se contentasen con no alardear de ella a fin de evitar una discusión embarazosa. Manheim, que se divertía con sus propias paradojas, y que en el calor de la disputa llegaba a conclusiones extravagantes de que él mismo se reía interiormente, no estaba acostumbrado a que le tomasen en serio; le puso de buen humor el trabajo que se tomaba Cristóbal para discutir sus infundios, o

mejor dicho, para comprenderlos, y, sin dejar de burlarse, agradecía la importancia que aquél le daba: le hallaba a un tiempo ridículo y encantador.

54 Cuando se separaron, eran los mejores amigos, y Cristóbal no se sorprendió poco al ver, tres horas más tarde, en el ensayo del teatro, salir por la puertecilla que daba paso a la orquesta, la cabeza de Manheim, radiante y cómica, haciéndole misteriosas señales. Acabado el ensayo, salió Cristóbal a su encuentro. Manheim le cogió del brazo:

—¿Puede usted disponer de un momento?... Oiga usted. Se me ha ocurrido una idea. Acaso la encontrará usted absurda. ¿Por qué no escribe usted lo que piensa acerca de la música y de los músicos? En lugar de gastar la saliva en arengar a cuatro mamarrachos de la orquesta, que sólo sirven para soplar y rascar tripas, ¿no haría usted mejor en dirigirse al público en general?

—¿Si no haría mejor? ¿Si querría?... Ya lo creo. Pero, ¿dónde quiere usted que escriba? ¡Vaya unas cosas que tiene usted!

—¡A eso vamos! Tengo algo que proponerle... Algunos amigos y yo, Adalberto von Waldhaus, Rafael Goldenring, Adolfo Mai y Luciano Ehrenfeld, hemos fundado una revista, la única revista inteligente de la ciudad: *Dionisos*, seguramente la conoce usted... todos le admiramos a usted, y nos alegraríamos de contarle entre nosotros. ¿Quiere usted encargarse de la crítica musical?

A Cristóbal le llenó de confusión una proposición tan honrosa: ardía en deseos de aceptar; sólo temía no mostrarse digno del cargo, pues no sabía escribir.

—No se preocupe usted por eso —dijo Manheim—, estoy seguro de que sabe usted hacerlo perfectamente. Además, desde el momento en que usted sea crítico, tendrá de su parte todos los derechos. No hay que andar con miramientos con el público, no lo hay más bestia. No basta ser artista: un artista es una especie de cómico a quien se puede silbar, mientras que un crítico es el que tiene derecho para decir: “Sílbense ustedes a ese hombre”. El público deja en sus manos el trabajo de pensar. Piense usted todo lo que quiera, o por lo menos haga usted como que piensa.

Con tal que usted de su pasto a esos gansos, importa muy poco la calidad del mismo, pues ellos se lo tragan todo.

Cristóbal acabó por consentir, dándole las gracias con la mayor efusión. Puso como única condición que tendría derecho para decirlo todo:

—¡Naturalmente, naturalmente! —dijo Manheim—. Libertad absoluta. Cada uno de nosotros es completamente libre.

55

\* \* \*

Fue a buscarle al teatro por tercera vez después de la función para presentarle a Adalberto von Waldhaus y a sus amigos, que le acogieron cordialmente.

A excepción de Waldhaus, que pertenecía a una de las antiguas y nobles familias de la comarca, todos eran judíos y muy ricos: Manheim era hijo de un banquero; Goldenring, de un propietario de viñedos afamados; Mai, de un director de establecimientos metalúrgicos, y Ehrenfeld, de un gran joyero. Sus padres pertenecían a la vieja generación israelita, laboriosa y tenaz, apegada al espíritu de su raza, que iba labrando su fortuna con áspera energía que le procuraba más goces que la misma fortuna. Los hijos parecían nacidos para destruir lo que los padres habían edificado: se burlaban de las preocupaciones familiares y de aquella manía de convertirse en hormigas económicas y guardadoras.

Se las echaban de artistas, hacían gala de despreciar la fortuna y de tirarla por la ventana. Pero en realidad no corría este peligro en sus manos, y por más locuras que hiciesen, no llegaban nunca a perder por completo su lucidez de espíritu y su sentido práctico. Por lo demás, los padres estaban a la mira y les tiraban de la rienda. El más pródigo, Manheim, hubiera hecho con sinceridad donación de todo lo que poseía, pero jamás poseía nada; y aunque echaba pestes contra la avaricia de su padre, en su interior se reía y consideraba que hacía bien. En fin de cuentas, no había más que Waldhaus, que, siendo dueño de su fortuna, se gastaba

lindamente el dinero y sostenía con sus fondos la revista. Era poeta y escribía “polímetros”, con el estilo de Amo Holz y de Walt Whitman, versos alternativamente muy largos y muy cortos, en que desempeñaban un papel muy importante los puntos dobles y triples, los guiones, los blancos, las mayúsculas, las cursivas y las palabras subrayadas, no menos que las alteraciones y repeticiones de una palabra, de una línea y de una frase entera. Intercalaba  
 56 en ellos palabras de todas las lenguas, pretendía hacer en verso —jamás se supo por qué razón— impresionismo a lo Cézanne. A decir verdad, poseía un alma bastante poética, que sentía con distinción cosas insípidas. Era sentimental y seco, cándido y dandy; sus versos laboriosos afectaban una negligencia llena de despreocupación. Hubiera sido un buen-poeta de salón. Pero hay demasiados de esta clase en las revistas y salones, y él quería ser solo. Se le había metido en la cabeza echárselas de gran señor que se halla muy por encima de las preocupaciones de casta. Sin embargo, las tenía en mayor número que nadie, aunque no quería confesárselo a sí mismo. Se había complacido en no rodearse sino de judíos, en la revista que dirigía, para dar que hablar a los suyos, que eran muy antisemitas y para demostrarse a sí mismo su libertad de espíritu. Con sus colegas empleaba un tono de igualdad cortés. Pero, en el fondo sentía hacia ellos un desprecio tranquilo y sin límites. No ignoraba que se alegraban mucho de poderse servir de su nombre y de su dinero, y los dejaba hacer para tener la satisfacción de despreciarlos.

Ellos le despreciaban a su vez por aquella libertad que les dejaba, pues sabían muy bien que redundaba en su provecho. Era aquello de toma y daca. Waldhaus les daba su nombre y su fortuna, y ellos le llevaban en cambio su talento, su inteligencia de los negocios y la clientela. Eran mucho más inteligentes que él. No quiere esto decir que tuviesen más personalidad; tal vez tenían menos aún; pero en aquella modesta ciudad eran, como sucede siempre y en todas partes —merced a la diferencia de su raza que desde hace siglos los aísla y aguza su facultad de observación burlesca— eran, repito, las inteligencias más avanzadas, y las más sensibles a lo ridículo de las instituciones apollilladas y de los



pensamientos decrepitos. Sólo que, como su carácter era menos libre que su inteligencia, esto no les impedía, al mismo tiempo que se burlaban, procurar sacar el mayor partido de aquellas instituciones y de aquellos pensamientos más bien que pensar en reformarlos. A pesar de sus profesiones de fe independientes, eran, lo mismo que el noble Adalberto, modestos esnobs de provincias, hijos de familia, ricos y despreocupados que hacían literatura por deporte y por *flirt*. Se alegraban mucho de poder echárselas de matamoros; pero eran buenos muchachos y no se metían sino con algunas personas inofensivas o que suponían incapaces de poderles perjudicar jamás. Se guardaban muy bien de romper lanzas con una sociedad en la que sabían habían de entrar algún día, para hacer en ella tranquilamente la vida de todo el mundo aceptando todas las preocupaciones que habían combatido. Y cuando se arriesgaban a dar una campanada o a hacer algo sonado, cuando se resolvían a atacar con la visera calada algún ídolo del día —que empezaba a vacilar en su trono—, tenían el mayor cuidado en no quemar sus naves para poder reembarcarse en caso de peligro. Cualquiera que fuese por otra parte el éxito de la campaña, una vez terminada, pasaba largo tiempo antes de que empezasen otra, los filisteos podían dormir tranquilos. Lo único que buscaban los nuevos *Davidsbündler* era hacer creer que hubieran podido ser terribles si hubieran querido. Pero el caso es que no querían. Preferían tutear a los artistas y cenar con las actrices.

Cristóbal no se encontró bien en aquel medio. Allí no se hablaba sino de mujeres y de caballos y, aun así, hablaban sin gracia y de un modo acompasado. Adalberto se expresaba con una voz sin timbre y lenta, y con una cortesía refinada, aburrida y capaz de aburrir. Adolfo Mai, el secretario de la redacción, pesado, rechoncho, con la cabeza hundida entre los hombros, tenía aspecto brutal y quería siempre tener razón; hablaba autoritariamente acerca de todo, no escuchaba nunca lo que le respondían, y parecía despreciar la opinión de su interlocutor y hasta a su interlocutor mismo. Goldenring, el crítico de arte, que padecía constantemente contracciones nerviosas y cuyos ojos parpadeaban perpetuamente

detrás de sus anchos anteojos —para imitar sin duda a los pintores cuyo trato frecuentaba—, llevaba el cabello largo, fumaba en silencio, mascullaba algunos restos de frases que no acababa nunca y hacía en el aire, con el pulgar, vagos signos. Ehrenfeld, bajito, calvo y risueño, tenía la barba rubia, el rostro fino y ajado, la nariz aguileña, y escribía en la revista los artículos de modas y la crónica mundana. Decía cosas muy crudas, con voz acariciadora; 58 tenía ingenio perverso y con frecuencia innoble. Todos aquellos jóvenes millonarios eran anarquistas como es consiguiente; es el lujo supremo el renegar de la sociedad cuando se posee todo, pues de esa suerte se libra uno de tener que agradecer nada. Lo mismo haría un ladrón que, después de haber desvalijado a un transeúnte, le dijese: “¿Qué haces ahí? ¡Vete! ¡Ya no te necesito!”.

Cristóbal sólo sentía simpatía hacia Manheim, entre todos los del grupo. Era, seguramente, el más interesante de los cinco; se divertía con todo lo que decía y con lo que decían los demás; tartamudeando, chapurreando, canturriando, burlándose siempre y diciendo retruécanos, era incapaz de seguir un razonamiento, ni de saber exactamente lo que él mismo pensaba; pero era buen muchacho, incapaz de guardar rencor y desprovisto de ambición. A decir verdad no era muy franco: siempre representaba un papel; pero lo hacía inocentemente y sin hacer daño a nadie. Se dejaba arrastrar por todas las utopías por extrañas que fuesen, aunque las más de las veces eran generosas. Era demasiado listo y burlón para darles entero crédito; sabía perfectamente conservar la sangre fría aun en medio de sus arrebatos y no se comprometía nunca en la aplicación de sus teorías. Pero necesitaba tener una manía o tema: era para él cosa de juego. Por el momento, andaba a vueltas con la chifladura de la bondad. Naturalmente no le bastaba ser bueno, sino parecerlo. Hacía profesión de bondad, la remedaba en sus acciones. Por espíritu de contradicción contra la actividad fría y dura de los suyos, y contra el rigorismo, militarismo y filisteísmo alemanes; era tolstoiano, nirvaniano, evangelista, budista —no estaba demasiado seguro de ello—; apóstol de una moral muelle y desarticulada, indulgente, amiga de echar bendiciones, fácil de observar, que perdonaba con efusión todos

los pecados, sobre todo los voluptuosos, no ocultando su predilección por ellos, pero que se mostraba mucho más severa con las virtudes, es decir, una moral que no era más que un tratado de placer, una asociación libertina de condescendencias mutuas, que se complacía en ceñirse la aureola de la santidad. Había en esto cierta hipocresía que no olía muy bien a los olfatos delicados y que hasta hubiera sido francamente nauseabunda si se la hubiera tomado en serio. Pero no lo pretendía y se complacía en sí misma. Por otra parte, aquel cristianismo desvergonzado sólo aguardaba una ocasión para ceder el puesto a otra chifladura, cualquiera que fuese, como la de la fuerza bruta, la del imperialismo, o la de los “leones que ríen”.

59

Manheim estaba siempre representando una comedia, y la representaba con toda su alma; adoptaba alternativamente todos los sentimientos que no poseía, hasta que llegase la hora de convertirse en un buen judío como los demás, imbuido en el espíritu de su raza. Era muy simpático y en extremo cargante.

\* \* \*

Cristóbal fue, durante algún tiempo, una de sus chifladuras. Para él no había otra cosa, y pregonaba su nombre a son de trompa por todas partes. Aturdía a su familia con sus diti-rambos. Según él, Cristóbal era un genio, un hombre extraordinario, que componía música muy divertida, que hablaba sobre todo de ella de un modo admirable, que tenía mucho ingenio y que, además de todo esto, era buen mozo. Tenía una hermosa boca y dientes magníficos. Agregaba que Cristóbal le admiraba. Acabó por llevarle a comer una noche a su casa.

Cristóbal se halló en compañía del padre de su nuevo amigo, el banquero Lotario Manheim, y de la hermana de Franz, llamada Judit.

Era la primera vez que entraba en un hogar israelita. Aunque bastante numerosa en la pequeña ciudad y aunque por su riqueza, su cohesión y su inteligencia, ocupaba un puesto importante en ella, la sociedad judía vivía algo aparte de la otra. Por lo

demás, el pueblo abrigaba siempre, con respecto a ella, preocupaciones tenaces y una secreta hostilidad, de carácter bonachón, pero injuriosa. Estos sentimientos eran los de la familia de Cristóbal. Su abuelo no quería a los judíos; pero la ironía del destino había hecho que sus dos mejores discípulos para la música —uno llegó a ser compositor y el otro ejecutante ilustre— fuesen israelitas, y el buen hombre consideraba esto como una desgracia; porque había momentos en que hubiera querido abrazar a aquellos dos excelentes músicos, pero luego recordaba con tristeza que habían puesto a Dios en cruz y no sabía cómo conciliar estos sentimientos inconciliables. Al fin acababa por abrazarlos, inclinándose a creer que Dios les perdonaría porque habían amado mucho la música. El padre de Cristóbal, Melchor, que se las echaba de *esprit fort*, sentía menos escrúpulo en tomar el dinero de los judíos y hasta le parecía muy bien; pero se burlaba grandemente de ellos y los despreciaba. En cuanto a su madre, no estaba segura de no cometer un pecado cuando iba a servir en sus casas como cocinera. Por otra parte, los judíos con quienes había tenido ella que habérselas, se mostraban bastante orgullosos: sin embargo, no les guardaba rencor, pues no se lo guardaba a nadie; sentía la mayor compasión por aquellos desgraciados a quienes Dios había condenado. A veces se enternecía al ver pasar a la señorita de la casa o al oír las alegres risas de los niños.

—¡Qué lástima de señorita tan linda! ¡Qué lástima de niños! ¡Qué desgracia! —pensaba para sí.

Cuando Cristóbal le anunció que debía comer aquella noche en casa de los Manheim, no se atrevió a decirle nada, pero se sintió el corazón oprimido. Pensaba que no había que dar crédito a todo lo malo que se decía de los judíos —se habla mal de todo el mundo—, y que había gente honrada en todas partes, pero que era, sin embargo, preferible y más conveniente que cada uno se quedase en su casa, los judíos a un lado y los cristianos a otro.

Cristóbal no abrigaba ninguna de aquellas preocupaciones. Gracias a su espíritu de reacción perpetua contra el medio social en que vivía, sentíase más bien atraído por aquella raza diferente. Pero no la conocía; sólo había tenido escasas relaciones con los

elementos más vulgares de la población judía, como los tenderos y el populacho que hormigueaba en ciertas calles entre el Rin y la catedral, y que, merced al instinto de rebaño que existe en todos los hombres, seguía formando una especie de pequeño *ghetto*. Le ocurría con bastante frecuencia dirigir sus correrías hacia aquel barrio, espiando al paso, con miradas curiosas al par que simpáticas, a ciertas mujeres de mejillas hundidas, de labios y pómulos salientes, de sonrisa a lo Vinci, algo envilecida, y cuyo lenguaje grosero y descompuesta risa venían desgraciadamente a destruir la armonía del rostro en reposo. Hasta en la hez del pueblo, en aquellos seres de gordas cabezas, de ojos vidriosos, de caras con frecuencia bestiales, rechonchos y cortos de piernas, aquellos descendientes degenerados de la más noble de las razas, conservaban aún en medio del fango pesado y fétido, extrañas fosforescencias, que brillaban de pronto como fuegos fatuos que bailan sobre la superficie de las lagunas. Sorprendía a veces miradas maravillosas, inteligencias luminosas y como una especie de sutil electricidad que se desprendía del fango y que fascinaba e inquietaba a Cristóbal. Se figuraba que había allí dentro hermosas almas que luchaban por romper sus cadenas, grandes corazones que procuraban salir del fango; y hubiera querido hallarlos y darles la mano; los quería sin conocerlos, aunque sin dejar de temerlos algo. Pero nunca había tenido intimidad con ninguno. Sobre todo, nunca se le había presentado ocasión de tratar de cerca a la sociedad judía.

La comida en casa de los Manheim tenía, pues, para él todo el atractivo de la novedad y hasta del fruto prohibido. La Eva que le presentaba dicho fruto lo hacía más sabroso. Desde el punto y hora que entró, Cristóbal sólo tuvo ojos para Judit Manheim. Pertenecía a una especie distinta de todas las mujeres que hasta entonces había conocido. Alta y esbelta, algo flaca, pero de sólida complexión, con el rostro encerrado en un marco de cabellos negros, no muy largos, pero espesos, y que cubrían en parte las sienes y la frente huesosa y dorada; era algo miope, tenía los párpados gruesos y los ojos ligeramente abombados, la nariz bastante fuerte y de ventanas dilatadas, las mejillas poco

abultadas y que revelaban inteligencia, la barba gruesa y la tez bastante subida, y presentaba un hermoso perfil, enérgico y neto; mirada de frente, la expresión de su fisonomía era algo más vaga, indecisa y compuesta; los ojos y las mejillas resultaban desiguales. Se revelaba en ella una raza enérgica y aparecían como echados confusamente en el molde de dicha raza elementos múltiples, inarmónicos, de calidad ambigua y desigual, una mezcla  
62 de elementos muy hermosos y muy vulgares. Su belleza residía, especialmente, en su boca silenciosa y en sus ojos, que parecían más profundos a causa de su miopía, y más sombríos a consecuencia de sus azuladas ojeras.

Hubiera sido preciso hallarse más acostumbrado que Cristóbal a contemplar aquellos ojos, que eran los de una raza más bien que los de un individuo, para poder leer bajo su velo húmedo y ardiente el alma real de la mujer que tenía en su presencia. Descubría el alma del pueblo de Israel en aquellos ojos ardientes y sombríos, que acaso no se daban cuenta de lo que simbolizaban. Se sentía perdido. Sólo bastante más tarde, y poco a poco, después de haberse extraviado con frecuencia en la contemplación de aquella pupila, logró dar de nuevo con el camino de aquel mar oriental. Ella le miraba y nada empeñaba la lucidez de su mirada; parecía que no se le escapaba nada de aquella alma cristiana. Él se daba cuenta de ello y sentía, bajo la seducción de aquella mirada femenina, una voluntad varonil, clara y fría, que lo estudiaba con una especie de brutal indiscreción. Sin embargo, ésta no tenía nada de malévolo. Tomaba posesión de él, no a la manera de una coqueta, que pretende seducir, sin cuidarse de saber a quién seduce. Coqueta, lo era más que nadie; pero tenía conciencia de su fuerza y dejaba a su instinto natural que la ejerciese por sí mismo, sobre todo cuando tenía que habérselas con una presa tan fácil como Cristóbal. Lo que más le interesaba era conocer a su adversario: todo hombre, todo desconocido, era para ella un adversario, con quien más tarde, si había lugar a ello, podía firmar un pacto de alianza; quería saber lo que había en su interior. Siendo la vida un juego, en que gana el más inteligente, se trataba de conocer las cartas de su adversario, sin mostrar las

suyas. En conseguirlo disfrutaba como el deleite de una victoria. Poco le importaba que pudiese sacar o no partido de ella. Lo hacía por puro deleite. Tenía la pasión de la inteligencia, pero no de la inteligencia abstracta, aunque poseía un cerebro bastante sólido para cultivar con éxito, si hubiera querido, cualquier ramo de la ciencia. Hubiera sido, mucho mejor que su hermano, el verdadero sucesor del banquero Lotario Manheim. Pero prefería la inteligencia viva, la que se aplica al estudio de los hombres. Gozaba con penetrar en lo profundo de un alma y con aquilatar su valor; ponía en ello tanta atención escrupulosa, como la judía de Matsys en pesar sus escudos; sabía, merced a una adivinación maravillosa, hallar en un momento el flaco de su adversario, las tachas y flaquezas que son la clave del alma, y apoderarse de los secretos; era su manera de sentirse dueña de ellos. Pero no se deleitaba largo tiempo con su victoria y no sacaba partido de su presa. Una vez satisfechos su curiosidad y su orgullo, dejaba de mostrar interés y pasaba a otro asunto. Toda aquella fuerza resultaba estéril. En aquella alma, tan llena de vida, había algo muerto. Llevaba en sí el genio de la curiosidad y del hastío.

\* \* \*

Así, pues, miraba a Cristóbal, que la miraba a su vez. Apenas hablaba. Le bastaba una imperceptible sonrisa que plegaba la comisura de sus labios. Cristóbal se sentía hipnotizado. Aquella sonrisa desaparecía de vez en cuando. El rostro se tornaba frío y la mirada indiferente; atendía al servicio y hablaba al criado con tono glacial, parecía que había dejado de escuchar. Después se iluminaba nuevamente su mirada, y tres o cuatro palabras llenas de precisión demostraban que lo había oído y comprendido todo.

Revisaba fríamente el juicio de su hermano acerca de Cristóbal. Conocía la insustancial charla de Franz; su ironía halló materia para ejercitarse cuando vio aparecer a Cristóbal, cuya belleza y distinción le había ponderado tanto —parecía que Franz poseía un don especial para ver lo contrario de la realidad; o tal vez experimentaba un placer paradójico en creerlo—; pero

al estudiar mejor a Cristóbal, reconoció, sin embargo, que no era falso todo lo que había dicho Franz; y a medida que adelantaba en su exploración, hallaba en Cristóbal una fuerza algo vaga aún y mal equilibrada, pero robusta y atrevida, y experimentaba un vivo placer en ello, pues sabía mejor que nadie cuan rara es la fuerza. Supo hacer hablar a Cristóbal sobre todo lo que quiso, descubrir su pensamiento y hacer que él mismo mostrase los  
64 límites y las deficiencias de su espíritu; le hizo tocar el piano; no le gustaba demasiado la música, pero la comprendía; y adivinó perfectamente la originalidad musical de Cristóbal, aunque su música no le inspiraba ninguna clase de emoción. Sin alterar en nada la fría cortesía de sus modales, dio a entender por medio de algunas observaciones breves y exactas, aunque en modo alguno lisonjeras, el creciente interés que le inspiraba Cristóbal.

Este lo echó de ver y se sintió orgulloso de ello, porque comprendía el valor de un juicio semejante y la importancia de su aprobación. No ocultaba el deseo que sentía de conquistarla y lo hacía con una candidez que hacía sonreír a sus tres huéspedes: no hablaba sino a Judit y para Judit, y no se ocupaba de los otros dos, cual si no existiesen.

Franz le oía hablar, bebía sus palabras con la vista y con los labios, con cierta mezcla de admiración y de burla, y de vez en cuando hacía esfuerzos por dominar la risa, cambiando ojeadas burlonas con su padre y su hermana, que con ademán impasible hacía como que no las notaba.

Lotario Manheim —un robusto anciano algo encorvado por la edad, con la tez colorada y los cabellos canosos y cortos y el bigote y las cejas muy negros, de rostro abultado, pero enérgico y socarrón, que revelaba una vitalidad potente— había estudiado también a Cristóbal durante la primera parte de la comida con burlona simpatía; y él también había reconocido inmediatamente que aquel mozo tenía algo dentro. Pero no se interesaba por la música ni por los músicos: no era éste su fuerte ni entendía de ello y no lo ocultaba. Es más, se vanagloriaba de su incompetencia: cuando un hombre de esta clase se declara ignorante en esta materia, lo hace por vanidad. Como Cristóbal, por su



parte, manifestaba claramente, con una descortesía desprovista de malicia, que podía prescindir sin gran pena de la compañía del banquero; y como la conversación de la señorita Judit Manheim bastaba por completo para ocupar su atención durante la velada, el viejo Lotario, a quien divertía aquel espectáculo, se había instalado junto al fuego y se entregaba a la lectura de su periódico escuchando vagamente, con cierta ironía, las extravagancias de Cristóbal y su música extraña, que le hacía a veces reír en silencio con sólo pensar que pudiese haber gente que comprendiese aquello y hallase algún placer en oírlo. Ni siquiera se tomaba el trabajo de seguir la conversación; confiaba en la inteligencia de su hija, la cual le explicaría más tarde lo que valía exactamente el recién venido. Ella desempeñaba a conciencia su tarea.

65

Cuando se marchó Cristóbal, preguntó Lotario a Judit:

—¿Qué tal? ¿Lo has confesado a fondo? ¿Qué me dices del artista?

Ella rió, reflexionó un momento, hizo su balance y dijo:

—Es algo destornillado, pero no es tonto.

—Bueno —dijo Lotario—, eso mismo me ha parecido. En ese caso, ¿crees que puede triunfar?

—Sí, lo creo. Es muy fuerte.

—Está muy bien —dijo Lotario, con esa magnífica lógica de los fuertes, que sólo se interesan por los que lo son—; habrá, pues, que ayudarle.

\* \* \*

Cristóbal, por su parte, se marchó lleno de admiración hacia Judit Manheim. Sin embargo, no estaba enamorado, como lo creía Judit. Ambos se equivocaban igualmente con respecto a sus sentimientos, guiada ella por su agudeza y él por su instinto, que hacía en él veces de ingenio. Cristóbal estaba ofuscado por el enigma de aquel rostro y por la intensidad de su vida cerebral; pero no se sentía enamorado. Sus ojos y su inteligencia se hallaban fascinados, pero no su corazón. ¿Por qué? Hubiera sido difícil decirlo. ¿Acaso porque entreveía en ella algo vago e inquietante? En otra

ocasión, hubiera sido esto para él un motivo más para enamorarse: nunca es más fuerte el amor que cuando tiene por objeto aquello que comprende que le ha de hacer sufrir. Si Cristóbal no amaba a Judit, no era por culpa de ninguno de los dos. La verdadera razón, bastante humillante para ambos, es que se hallaba aún sobrado cerca de su último amor. La experiencia no le había hecho más prudente, pero había amado tanto a Ada y había en  
66 aquella pasión tanta abnegación, tanta fe, tanta energía y tantas ilusiones, que en aquel momento no le quedaba bastante para sentir una nueva pasión. Antes de que se encendiese una nueva llama, era preciso que se restaurase en su corazón un nuevo altar: hasta entonces no podía experimentar sino llamaradas pasajeras, restos del incendio, que brotaban por casualidad y que, después de lanzar un resplandor breve y brillante, se apagaban por falta de alimento. Seis meses más tarde, tal vez hubiera amado a Judit nuevamente.

Hoy día no veía en ella más que una amiga, que le producía en verdad alguna turbación, pero se esforzaba por dominarla, porque le recordaba a Ada. Era un recuerdo que carecía de atractivos y prefería no pensar en él. Lo que le atraía en Judit, era lo que la diferenciaba de las demás mujeres, y no lo que tenía de común con ellas. Era la primera mujer inteligente que había conocido.

Inteligente, lo era de pies a cabeza. Su belleza misma —sus gestos, sus movimientos, sus rasgos, sus labios, sus ojos, sus manos y su elegante delgadez— era el reflejo de su inteligencia, nadie se hubiera fijado en ella y hasta seguramente hubiera parecido fea a muchos. Esta inteligencia encantaba a Cristóbal. La creía más amplia y libre de lo que era; no podía aún descubrir lo que había en ella de engañoso. Sentía ardientes deseos de confiarse a ella y de hacerla partícipe de sus pensamientos. Encerrado dentro de sí mismo, no había encontrado nunca nadie que se interesase por sus sueños. ¡Qué alegría hubiera sido hallar una amiga! La falta de una hermana había sido uno de los grandes pesares de su infancia; le parecía que una hermana le hubiera comprendido mejor que ningún hermano. Y después de haber visto a Judit, sentía renacer la esperanza infantil e ilusoria de una

amistad fraternal. No pensaba en el amor. No sintiéndose enamorado, le parecía el amor una cosa mediocre comparado con la amistad.

Judit no tardó en darse cuenta de sus sentimientos y se sintió ofendida. No amaba a Cristóbal y había excitado numerosas pasiones entre los jóvenes de la ciudad, ricos y de las mejores familias, para no sentirse lisonjeada en saber que Cristóbal se había enamorado de ella. Pero, al convencerse de que no era así, había experimentado algún despecho. Le agradecía sin duda, y no le sorprendía, que le confiase sus proyectos; aunque le mortificaba algo el ver que sólo podía ejercer sobre él una influencia intelectual: la influencia pasional tiene mucho más mérito para un alma femenina. Ni aun esa ejercía. Cristóbal obraba a su antojo y Judit tenía un espíritu dominante. Estaba acostumbrada a modelar a su antojo los pensamientos bastante dúctiles de los jóvenes que conocía. Como los consideraba mediocres, no sentía gran placer en ejercer su dominación. Tratándose de Cristóbal, el interés era mayor, porque era mayor la dificultad. Sus proyectos la tenían sin cuidado; pero le hubiera gustado dirigir aquel pensamiento nuevo, aquella fuerza mal desbastada y darle valor; claro es que a su manera y no a la de Cristóbal, a quien no procuraba comprender. Se había dado cuenta inmediatamente de que no lo lograría sin luchar; había observado en Cristóbal toda la clase de preocupaciones y de ideas que le parecían infantiles; eran, según ella, malas hierbas que se prometía arrancar, pero no arrancó ni una sola. Ni siquiera obtuvo la más ligera satisfacción de amor propio. Cristóbal se mostró intratable. No estando enamorado, no tenía motivo para cederle ni una parte de su pensamiento.

Ella tomó interés en el asunto y por instinto trató de conquistarle durante algún tiempo. Muy poco faltó para que Cristóbal, a pesar de la lucidez de espíritu de que entonces gozaba, se dejase coger de nuevo. Los hombres se dejan fácilmente engañar por lo que lisonjea su orgullo y sus deseos; y un artista es dos veces más fácil de engañar que otro hombre, porque tiene más imaginación. Sólo dependió de Judit envolver a Cristóbal en un peligroso coqueteo que hubiera dado de nuevo con él en tierra

y más completamente que antes. Pero, según su costumbre, se cansó pronto y juzgó que la conquista no valía la pena. Cristóbal empezaba a fastidiarle, pues ya no le comprendía.

No le comprendía más allá de ciertos límites. Para ir más lejos no bastaba su admirable inteligencia; hubiera sido preciso tener corazón, o por lo menos, lo que durante algún tiempo puede darnos la ilusión del mismo, esto es, el amor.

68 Comprendía perfectamente las críticas de Cristóbal acerca de las personas y de las cosas; le divertían y las hallaba bastante verdaderas, pues ella misma las había concebido. Pero, lo que no comprendía era que aquellos pensamientos pudiesen ejercer alguna influencia sobre la vida práctica, cuando su aplicación era peligrosa o molesta. La actitud de rebelión que Cristóbal adoptaba contra todo y contra todos, no conducía a nada; no era cosa de que él se figurase que iba a reformar el mundo. Entonces, ¿a qué perder el tiempo en darse de cabezadas contra la pared? Un hombre inteligente juzga a los demás hombres, se burla de ellos en secreto y los desprecia en parte, pero obra como ellos —algo mejor únicamente—; es el único medio de dominarlos.

El pensamiento es un mundo y la acción otro. ¿Qué necesidad hay de hacerse víctima de sus propios pensamientos? Conviene pensar con verdad, pero ¿a qué decir lo que se piensa? Puesto que los hombres son bastante necios para no poder soportar la verdad, ¿a qué obligarlos a ello? Aceptar su flaqueza, plegarse a ella al parecer y sentirse libre en el fondo de su corazón desdeñoso, constituye un placer secreto. Se dirá que es un placer de esclavo inteligente. Está bien. Pero, esclavo por esclavo, puesto que siempre hay que venir a parar a esto, y de nada sirve protestar, vale más serlo por su propia voluntad y evitarse luchas ridículas e inútiles. Por lo demás, lo peor de las esclavitudes es ser esclavo del pensamiento y sacrificárselo todo. No hay que engañarse a sí mismo. Ella veía claramente que si Cristóbal se obstinaba, como parecía resuelto, en aquel camino de intransigencia agresiva contra las preocupaciones del arte y del espíritu alemán, acabaría por malquistarse con todo el mundo y hasta con sus protectores; caminaba fatalmente a la derrota. No comprendía

por qué parecía encarnizarse contra sí mismo y arruinarse por su gusto.

Para comprenderlo hubiera sido necesario que pudiese comprender también que él no se proponía como fin el éxito, sino simplemente su fe. Creía en el arte, en su arte y en sí mismo, como en realidades superiores no sólo a todo motivo de interés, sino a su misma vida. Cuando algo impacientado por sus observaciones, se lo dijo con cierto cándido énfasis, ella empezó por encogerse de hombros, sin tomarlo en serio. En aquellas frase sólo veía palabras huecas como las que estaba acostumbrada a oír a su hermano, que periódicamente anunciaba resoluciones absurdas y sublimes, que se guardaba muy bien de poner en práctica. Después, cuando vio que Cristóbal era verdaderamente víctima de su propia fraseología, le consideró como loco y dejó de interesarse por él. 69

A partir de aquel momento, no se tomó ningún trabajo para hacerse valer y se mostró tal cual era; es decir, mucho más alemana y alemana de la clase media, de lo que parecía a primera vista y de lo que ella misma se figuraba. Se echa en cara sin razón a los israelitas el no pertenecer a ninguna nación y el no formar de un extremo a otro de Europa, sino un solo pueblo homogéneo e impermeable a las influencias de las diferentes naciones, en medio de las cuales acampan. En realidad, no hay raza que se amolde más fácilmente al país en que vive; y si hay muchos rasgos comunes entre un israelita francés y otro alemán, son más numerosos los que los diferencian y que proceden de su nueva patria, cuya manera de pensar adoptan con rapidez increíble; más aún, a decir verdad, antes adoptan la manera de pensar que el pensamiento mismo. Pero el hábito es una segunda naturaleza en todos los hombres; y, aun en la mayor parte, la sola y única naturaleza; resulta de aquí que la mayoría de los ciudadanos autóctonos de un país, harían muy mal en reprochar a los israelitas la falta de un espíritu nacional profundo y razonado que ellos mismos no poseen en modo alguno.

Las mujeres son siempre más sensibles a las influencias exteriores y se adaptan con más rapidez a las condiciones de la vida y varían con ellas; por eso las mujeres de Israel adoptan

en toda Europa, a veces con exageración, las modas físicas y morales del país en que viven, sin perder, sin embargo, su perfil y ese sabor vago, pesado y persistente. A Cristóbal le había llamado esto mucho la atención y encontraba en casa de Manheim, tías, primas y amigas de Judit. Por poco que tuviesen de alemanas algunas de aquellas caras de ojos ardientes y nariz curva, de facciones abultadas y de sangre roja que circulaba bajo una  
70 piel espesa y morena, por poco aptas que pareciesen casi todas para ser alemanas —todas eran más alemanas de lo conveniente; tenían la misma manera de hablar y de vestirse y a veces hasta la exageración—. Judit era muy superior a todas, y la comparación hacía resaltar lo que había de excepcional en su inteligencia y lo que constituía en ella su obra personal. Sin embargo, no dejaba de tener los defectos de las otras. Mucho más libre que ellas —casi absolutamente libre—, en el terreno de la moral, no lo era de ningún modo en el social; o a lo menos, su interés práctico se imponía a su razón libre. Tenía fe en el mundo, en las clases y en las preocupaciones, porque, después de todo, redundaban en ventaja suya. Por mucho que se burlase del ingenio alemán, seguía la moda de Alemania. Comprendía su inteligencia la mediocridad de tal o cual artista de fama, pero no dejaba de respetarlo, por lo mismo que era afamado; y si personalmente se hallaba en relaciones con él, le admiraba, porque esto lisonjeaba su vanidad. Le gustaban poco, las obras de Brahms y en secreto casi le tenía por un artista de segundo orden; pero como su gloria se le imponía y como había recibido cinco o seis cartas suyas, resultaba evidente para ella que era el mayor músico de la época. No tenía la menor duda acerca del valor real de Cristóbal y de la estupidez del primer teniente Detlev von Fleischer; pero le lisonjeaba más la corte que éste se dignaba hacer a sus millones que la amistad de Cristóbal; porque un oficial necio no deja por eso de ser un hombre de otra casta, y es más difícil para una judía alemana que para otra mujer cualquiera entrar en dicha casta. Aunque ella no se pagaba de semejantes tonterías feudales y aunque sabía muy bien que si se casaba con el primer teniente Detlev von Fleischer, sería él el honrado, hacía lo posible por conquistarle; se humillaba hasta echar

amables ojeadas a aquel cretino y llegaba hasta lisonjear su amor propio. La judía orgullosa, que tenía mil razones para serlo, la hija inteligente y desdeñosa del banquero Manheim, aspiraba a descender, a ser una de tantas entre aquellas pequeñas burguesas alemanas a quienes despreciaba.

\* \* \*

71

La experiencia duró poco. Cristóbal perdió sus ilusiones respecto a Judit, casi tan rápidamente como las había concebido. Conviene reconocer que Judit no hizo nada para impedirlo. Desde el día que una mujer de temple semejante le juzga a uno o aparta sus ojos de él, deja de existir para ella. Ya no existimos a sus ojos y no siente ningún empacho en desnudar su alma en nuestra presencia, con ese tranquilo impudor con que se desnuda delante de su perro, su gato u otro animal doméstico. Cristóbal comprendió el egoísmo de Judit, su frialdad y la poca elevación de su carácter. No había tenido tiempo de dejarse subyugar por completo. Sin embargo, lo estaba ya lo bastante para hacerle sufrir y producirle una especie de fiebre. Sin amar a Judit, amaba lo que ella hubiera podido o debido ser. Sus hermosos ojos ejercían sobre él una fascinación dolorosa: no podía olvidarlos, aunque ahora estaba convencido de la insensibilidad del alma que dormía en el fondo de los mismos, continuaba considerándolos según los forjaba su deseo y según los había visto en un principio. Era una de esas alucinaciones de amor sin amor que ocupan tanto lugar en el corazón de los artistas cuando no se hallan completamente absortos por su obra. Una cara que pasa, basta a veces para producírsela. Ven en ella toda la belleza que posee, que ella misma ignora y de que no se cuida. Y la aman tanto más cuanto que saben que a ella no le importa nada. La aman como una cosa hermosa que va a morir sin que nadie haya conocido su mérito, ni siquiera su existencia. Acaso se equivocaba, y Judit Manheim hubiera podido no ser más de lo que era, pero Cristóbal había tenido por un instante fe en ella y el encanto persistía: no podía juzgarla de un modo imparcial. Todo lo que había en ella de hermoso le parecía exclusivo de

la joven y constituir su ser por entero. Todo lo que tenía de vulgar lo achacaba a su doble raza judía y alemana, y tal vez lo atribuía más a la segunda que a la primera, porque era la que más le había hecho sufrir.

72 Como no conocía aún ninguna otra nación, el espíritu alemán era para él una especie de víctima expiatoria a la que atribuía todos los pecados del mundo. El desengaño que le causaba Judit era una razón más para combatirlo, pues no le perdonaba haber cortado las alas a un alma semejante. Tal fue su primer encuentro con Israel, en el que había fundado grandes esperanzas, figurándose que hallaría en aquella raza fuerte y aislada un aliado en la lucha que emprendía; pero perdió esta esperanza. Con esa movilidad de intuición apasionada que le hacía saltar de un extremo a otro, se persuadió inmediatamente de que aquella raza era mucho más débil de lo que se decía y mucho más abierta —tal vez demasiado— a las influencias exteriores. Además de su propia debilidad, padecía todas las de las demás, que había ido recogiendo en su larga peregrinación. No era seguramente en ella en la que podía encontrar el punto de apoyo para la palanca de su arte. Antes bien, corría peligro de hundirse con ella en la arena del desierto.

Descubierto el peligro y no sintiéndose bastante seguro de sí mismo para desafiarlo, dejó bruscamente de ir a casa de los Manheim. Fue invitado varias veces, pero se excusó sin alegar razones. Como los había visitado hasta entonces con excesiva frecuencia, no pudieron menos de notar el cambio repentino que achacaron a su originalidad; pero ninguno de los tres Manheim dejó de creer que entraban por algo en aquella ausencia los hermosos ojos de Judit, y esto dio motivo a que se cambiasen bromas en la mesa, entre Lotario y Franz. Judit se encogió de hombros, diciendo que era aquélla una gran conquista y rogó secamente a su hermano “que no le diese la lata”. Pero no desdenó medio alguno para lograr que volviese Cristóbal. So pretexto de pedirle ciertos informes relativos a la música, que nadie sino él podía suministrarle, le escribió y al final de la carta hizo una alusión amistosa a lo escaso de sus visitas y al mucho placer



que tendrían en verle. Cristóbal respondió dándole los informes pedidos y, excusándose con sus muchas ocupaciones; no volvió a parecer por la casa. Se encontraban a veces en el teatro, pero Cristóbal apartaba con obstinación los ojos del palco de los Manheim y fingía no ver a Judit, que tenía siempre dispuesta para él su más encantadora sonrisa. Sin embargo, no insistió la joven, y, como no sentía gran interés por él, juzgó inconveniente que aquel musiquillo le hiciese emplear inútilmente su coquería. Si quería volver, ya volvería. Si no, se pasarían sin él...

73

En efecto, así fue, y su ausencia no produjo un gran vacío en las recepciones de los Manheim. Pero Judit, a pesar suyo, guardó rencor a Cristóbal. Hallaba muy natural no hacer caso de él cuando estaba presente; hasta le permitía que mostrase algún desvío. Pero que semejante desvío llegase a romper toda clase de relaciones le parecía propio de un orgullo estúpido y de un corazón más egoísta que enamorado. Judit no toleraba en los demás sus propios defectos. No por eso dejó de seguir con la mayor atención todo lo que Cristóbal hacía y escribía. Aparentando indiferencia, sonsacaba a su hermano acerca del asunto, hacía que le refiriese sus conversaciones con Cristóbal y sembraba, durante el relato, observaciones irónicas e inteligentes que no perdonaba ningún rasgo ridículo e iban poco a poco destruyendo el entusiasmo de Franz, sin que él lo echase de ver.

\* \* \*

Al principio todo fue a pedir de boca en la revista. Cristóbal no había adivinado aún lo mediocre de sus colegas; y éstos, desde el momento que se había asociado con ellos, le reconocían genio. Manheim, que le había descubierto, iba diciendo por todas partes, aunque sin haber leído una línea suya, que Cristóbal era un crítico admirable, que hasta aquel día había errado la vocación y que él se la había descubierto. Anunciaron sus artículos de antemano en términos misteriosos que excitaban la curiosidad, y su primera crónica fue, en efecto, en medio de la atonía

de la pequeña ciudad, como una piedra que cae en medio de una charca de patos. Se titulaba: *Demasiada música*.

74 “Demasiada música, demasiada bebida y demasiadas comilonas”, escribía Cristóbal. Se come, se bebe y se oye sin hambre, sin sed y sin necesidad, por pura glotonería. Es un régimen propio de los patos de Estrasburgo. Este pueblo padece bulimia. Poco le importa lo que le den: *Tristán* o el *Trompeter von Säkkingen*, Beethoven o Mascagni, una fuga o un paso doble, Adam, Bach, Puccini, Mozart o Marschner: no sabe lo que come; lo importante es comer. Ni siquiera encuentra placer en ello. No hay más que verle en el concierto. ¡Y luego vendrán habiéndonos de la alegría alemana! Esta gente no sabe lo que es la alegría: ¡está siempre alegre! Su alegría, lo mismo que su tristeza, se derrama como la lluvia: es alegría en polvo; es átomo y carece de vigor. Permanecerían horas enteras absorbiendo sonidos y más sonidos y sonriendo con vaguedad. No piensan en nada ni sienten nada: son esponjas. La verdadera alegría o el verdadero dolor —es decir, la fuerza— no se distribuyen durante horas como la cerveza de un tonel, se apoderan de nosotros y nos anonadan; y después no tiene uno ganas de beber nada; ¡ya tiene uno bastante!

—¡Demasiada música! Os matáis y la matáis. Lo primero es cuenta vuestra, no tengo nada que ver en ello. Pero por lo que hace a la música, ¡poco a poco! No permito que envilezcáis lo más hermoso que hay en el mundo, poniendo en el mismo platillo de la balanza las cosas santas y las ignominias, dando, como lo hacéis actualmente, el prelude de *Parsifal* entre una fantasía sobre la *Hija del Regimiento* y un cuarteto de saxófonos, o un *adagio* de Beethoven entre un *cake-walk* y una porquería de Leoncavallo. Os envanecéis de ser la gran nación música. Pretendéis tener afición a la música, pero, ¿a qué música? ¿A la buena o a la mala? Ambas las aplaudís igualmente. Es preciso que escojáis. ¿Qué es lo que preferís en realidad? No lo sabéis vosotros mismos, ni queréis saberlo; tenéis sobrado miedo de adoptar una resolución o de comprometeros. Llévase el diablo vuestra prudencia. Decís que os halláis por encima de todos los partidos. Sólo que para vosotros, ese por encima, equivale a por debajo.

Les citaba a este propósito los versos del viejo Godofredo Keller, el rudo burgués de Zurich, uno de los escritores de Alemania que más estimaba por su vigorosa lealtad y su áspero sabor al terruño:

*Wer über den Parteien sich wähnt mit stolzen Mienen  
Der steht zumeist vielmehr beträchtlich unter ihnen.*

75

(“El que se ilusiona con altivos ademanes de hallarse por encima de todos los partidos, se queda más bien por debajo de ellos de un modo definitivo”).

—Tened el valor de ser verídicos —seguía diciendo—, y de ser feos. Si os gusta la mala música, decidlo francamente. Mos-traos tal cual sois. Desembarazad vuestra alma del repugnante afeitado de todos vuestros compromisos y equívocos. Lavadla con agua corriente. ¿Desde cuándo no os habéis mirado en un espejo? Voy a demostrároslo. Compositores, ejecutantes, directores de orquesta, cantantes, y tú, querido público, vais a saber de una vez quiénes sois... Sed todo lo que queráis, pero por todos los diablos del infierno, sed sinceros. Sed sinceros aun cuando los artistas y el arte —y yo el primero—, tengamos que sufrir por ello. ¡Si no pueden vivir juntos el arte y la verdad, desaparezca el arte! La verdad es la vida, y la mentira es la muerte...”.

Esta declaración juvenil, exagerada, rígida y de bastante mal gusto, dio, naturalmente, lugar a protestas. Sin embargo, como todo el mundo se sentía atacado en general, pero nadie en particular, nadie se dio por aludido. Por lo demás, todo el mundo se cree o se proclama el mejor amigo de la verdad; no había, pues, peligro de que atacasen las conclusiones del artículo. Sólo mortificó el tono general del mismo; todo el mundo estaba de acuerdo en calificarlo de inconveniente, sobre todo, viniendo de un artista casi oficial. Algunos músicos empezaron a agitarse y a protestar con acritud, pues preveían que Cristóbal no se contentaría con lo hecho. Otros, creyéndose más hábiles, felicitaron a Cristóbal por su acto de valor; no eran de los que menos se inquietaban por sus artículos venideros.

Una y otra táctica tuvieron el mismo resultado. Cristóbal había tomado carrera y nada podía detenerlo. Según lo había prometido, todo cayó bajo su férula, autores e intérpretes.

Los primeros acuchillados fueron los *Kapellmeister*. Cristóbal no se atenia a consideraciones generales respecto al arte de dirigir la orquesta. Citaba por sus nombres a sus colegas de la ciudad o de las ciudades inmediatas, y, si no los citaba, las alusiones eran tan claras que no había peligro de engañarse. Todos reconocían al apático director de orquesta de la corte, Aloys ven Werner, anciano prudente, cargado de honores, que tenía miedo de todo, que contemporizaba con todo, que no se atrevía a dirigir una observación a sus músicos y seguía dócilmente el movimiento que adoptaban, que no aventuraba en sus programas nada que no estuviese consagrado por veinte años de éxito o que no llevase por lo menos el sello oficial de alguna dignidad académica. Cristóbal aplaudía irónicamente sus osadías; le felicitaba por haber descubierto a Gade, Dvorák y Tchaikowsky: se extasiaba hablando de su inmutable corrección, de su invariabilidad metronómica, del juego eternamente *fein-nuanciert* (delicadamente matizado) de su orquesta. Le proponía que, para su próximo concierto, orquestase la *Escuela de la velocidad* de Czerny, y le excitaba a que no se fatigase ni se apasionase tanto, y a que cuidase de su preciosa salud. Otras veces prorrumplía en gritos de indignación a propósito de la manera cómo había dirigido la *Heroica* de Beethoven.

¡Un cañón, un cañón! ¡Ametralladme a toda esa gente!... Pero ¿no tenéis la menor idea de lo que es un combate, de la lucha contra la estupidez y la ferocidad humanas, y de la fuerza que consigue hollarlas con alegre risa? ¿Cómo lo habéis de saber? Sois el blanco de sus tiros. Todo el heroísmo que poseéis lo empleáis en escuchar o en ejecutar, sin bostezar, la *Heroica* de Beethoven —porque se ve claramente que os fastidia. Confesad, pues, de una vez, que os causa mortal fastidio—, o en exponeros a una corriente de aire, con la cabeza descubierta y el espinazo encorvado, ante el paso de algún señor serenísimo.

No tenía bastantes sarcasmos para esos pontífices de los conservatorios que interpretan a lo “clásico” las grandes figuras del pasado.

—¡Clásico! Esa palabra lo dice todo. ¡La pasión libre, arreglada y expurgada para uso de las escuelas! La vida, esa inmensa llanura barrida por los vientos, encerrada entre las cuatro paredes de un patio de liceo. ¡El ritmo salvaje y altivo de un corazón impetuoso, reducido al tic-tac monótono de un compás de compasillo, siguiendo tranquilamente su trotecillo cochinerero, cojeando y apoyándose imperturbablemente en la muletilla del golpe de batuta!... Para gozar de la belleza del océano tendríais necesidad de encerrarlo en un frasco con pececitos colorados. No comprendéis la vida sino cuando la habéis asesinado.

Si no se mostraba blando con aquellos “fósiles”, como él los llamaba, era más duro aún con los titiriteros de la orquesta, con los *Kapellmeisters* ilustres que iban de vez en cuando a hacer admirar en sus giras artísticas la redondez de sus brazos y los afeites de sus manos; con los que ejercitaban su virtuosismo a costa de los grandes maestros, esforzándose en desfigurar las obras más reconocidas y en hacer cabriolas a través del aro de la *Sinfonía en do menor*. Los trataba de viejas coquetas, de *prima-donnas* de la orquesta, de zíngaros y de funámbulos,

Los ejecutantes *virtosi* le suministraban naturalmente abundante materia. Cuando tenía que juzgar sus sesiones de prestidigitación, se daba por recusado. Decía qué semejantes ejercicios de mecánica caían bajo el dominio del Conservatorio de Artes y Oficios, y que sólo podían evaluar el mérito de semejantes trabajos gráficos que consignasen la duración, el número de notas y la energía empleada; tarea impropia de la crítica musical. A veces desafiaba a un maestro célebre del piano que acababa de vencer, en un concierto de dos horas, las más tremendas dificultades con la sonrisa en los labios —a que ejecutase un andante infantil de Mozart—. Seguramente no desconocía el placer que procura la dificultad vencida. Él mismo lo había gustado también y era para él una de las alegrías de la vida. Pero le parecía grotesco no ver más que la parte material y acabar por reducir a ella todo el

78 heroísmo del arte. No perdonaba a los leones y a las panteras del piano. Pero tampoco se mostraba muy indulgente con los honrados pedantes, célebres en Alemania que, preocupados, con razón, con la idea de no alterar el texto de los maestros, reprimían cuidadosamente todo arranque de entusiasmo, y, como E. d'Albert y H. de Bülow, cuando recitan una cantata apasionada, parece siempre que están dando una lección de dicción. Le llegó su vez a los cantantes. Cristóbal tenía mucho que decirles por su bárbara pesadez y su énfasis provinciano. No se trataba únicamente del recuerdo de sus recientes dificultades con la dama vestida de azul, había también el rencor que habían ido acumulando en su ánimo tantas y tantas representaciones, que habían sido para él un verdadero suplicio, en el que no se sabe quién había sufrido más, si los oídos o la vista. No podía tener el crítico bastantes términos de comparación para sospechar la fealdad de la *mise en scene*, de los desdichados trajes y de los colores chillones. Le chocaban únicamente la vulgaridad de los tipos, de los gestos y de las actitudes, la falta de naturalidad en el juego escénico, la ineptitud de los actores para encarnar sus personajes y la estúpida indiferencia con que pasaban de un papel a otro, con tal que estuviese escrito próximamente en el mismo registro de voz. Se exhibían alternativamente, en los papeles de Isolda y Carmen, opulentas matronas, regocijadas y rechonchas. Amfortas desempeñaba el papel de Fígaro, pero lo que naturalmente mortificaba más la sensibilidad de Cristóbal era la fealdad del canto, sobre todo en las obras clásicas, en las que es elemento esencial la belleza melódica. Ya no se sabía cantar en Alemania la perfecta música de fines del siglo XVIII; ni siquiera se intentaba. El estilo neto y puro de Gluck y de Mozart, que parece, como el de Goethe, completamente bañado en la luz italiana, ese estilo que empieza ya a alterarse y tornarse vibrante y trémulo con Weber, ese estilo ridiculizado por las pesadas caricaturas del autor del *Crociato*, se había visto anonadado por el triunfo de Wagner. Por el cielo de Grecia había pasado el vuelo de las Valkirias, con sus estridentes gritos. Las pesadas nubes de Odin ahogaban la luz. Nadie pensaba ya en cantar música, sino en cantar los poemas.

Se daban de barato fealdades y negligencias de detalle y hasta notas falsas, so pretexto de que lo importante era el conjunto de la obra, el pensamiento...

—¡El pensamiento! Hablemos de él. ¡Cualquiera diría que lo comprendéis..., lo comprendáis o no, respetad a lo menos su forma. ¡Ante todo, la música debe ser y permanecer música!

Por otra parte, el gran esmero que los artistas alemanes pretendían consagrar a la expresión y al pensamiento profundo, era, según Cristóbal, una burla completa. En efecto, ponían en todo y por todas partes, por igual, expresión y pensamiento. Hubieran sido capaces de hallar pensamiento lo mismo, ni más ni menos, en un calcetín de lana, que en una estatua de Miguel Ángel. Todo lo tocaban con igual energía. En el fondo, y para la mayor parte, lo esencial de la música era, según él, el volumen del sonido y el ruido musical. El placer de cantar, tan potente en Alemania, era, en cierto modo, un placer de gimnasia vocal. Se trataba de hincharse de aire y de expulsarlo con vigor durante largo tiempo y a compás. A guisa de cumplimento, otorgaba a una gran cantante un diploma de buena salud.

No se contentaba con sacudir el polvo a los artistas. Saltando de la escena a la sala, la emprendía con el público que asistía, con la boca abierta, a semejantes ejecuciones artísticas. El público, desconcertado, no sabía si debía reír o enfadarse. Tenía completamente derecho para hablar de injusticia, pues había puesto el mayor cuidado en no tomar parte en ninguna batalla de arte. Se mantenía prudentemente alejado de toda cuestión palpitante y, por miedo de equivocarse, lo aplaudía todo. Ahora bien, Cristóbal le echaba en cara como un crimen el aplaudir... Aplaudir las malas obras, ¿esto hubiera sido ya demasiado! Pero Cristóbal iba más lejos aún, pues le echaba en cara el aplaudir las obras maestras:

—¡Farsantes! —les decía—, ¿pretenderíais hacer creer que sentís todo ese entusiasmo?... ¡Bah! ¡A mí no me la pegáis! Demostráis exactamente lo contrario de lo que queréis probar. Aplaudid si queréis las obras o las páginas que, en cierto modo, merecen aplauso. Aplaudid los finales ruidosos que se han

escrito, como decía Mozart, para “las orejas largas”. Ahí podéis despacharos a vuestro gusto, pues están previstos los rebuznos y forman parte del concierto. Pero, ¡después de la *Missa Solemnis* de Beethoven!... ¡Desdichados!... ¡Acabáis de asistir al Juicio Final! Habéis visto desarrollarse el *Gloria* enloquecedor como una tempestad en el océano, habéis visto pasar la tromba de una voluntad atlética y desenfadada, que se detiene, se desgarrar, se ase a las nubes, se aferra a dos manos encima del abismo y se lanza nuevamente al espacio a todo volar. La borrasca brama y se retuerce. Y en lo más fuerte de la tormenta una brusca modulación, una centella que rasga las tinieblas del cielo, cae sobre el mar lívido como una placa de luz. Es el final; el vuelo furioso del ángel exterminador, se para por completo y sus alas quedan clavadas por tres relámpagos. Todo zumba y tiembla en torno vuestro: el ojo extraviado mira con fijeza hacia adelante, palpita el corazón, falta el aliento, los miembros están paralizados... ¡Y apenas suena la última nota cuando os sentís ya alegres y regocijados, gritáis, reís, criticáis y aplaudís!... Ya se ve que no habéis oído, sentido ni comprendido absolutamente nada. Los sufrimientos de un artista son para vosotros un espectáculo. Admiráis como delicadas pinturas los sollozos de agonía de un Beethoven. Seríais capaces de gritar: “¡Otra vez!” en la crucifixión. Un alma grande lucha, durante toda su vida, en medio del dolor, para divertir, durante una hora, a un público de papanatas.

De esta suerte comentaba, sin darse cuenta de ello, la gran frase de Goethe, aunque sin alcanzar todavía a su altiva serenidad:

“El pueblo convierte en juego lo sublime. Si lo viese tal como es, no tendría fuerza para arrostrar su presencia”.

Menos mal si se hubiera contentado con esto. Pero como, arrastrado por su impulso, pasó por encima del público y fue a caer, como una bala de cañón, en el santuario, en el tabernáculo, en el refugio inviolable de la medianía, es decir, en la crítica. Atacó a sus colegas. Uno de ellos había tenido la osadía de criticar al mejor de los compositores vivos, al representante más avanzado de la nueva escuela, Hassler, autor de sinfonías de programa, a



decir verdad, bastante extravagantes, pero llenas de genio. Cristóbal, que, como tal vez se recordará, había sido presentado al maestro en su niñez, conservaba siempre hacia él un cariño secreto en agradecimiento del entusiasmo y emoción que sintiera en otro tiempo. Le sacó fuera de sus casillas el ver a un crítico estúpido, cuya ignorancia conocía, dar lecciones a un hombre de semejante talla y llamarle al orden y a los buenos principios.

—¡El orden! ¡El orden! —exclamó—. No conocéis otro orden que el de la Policía. El genio no se deja llevar por los senderos trillados. Él crea el orden y erige su voluntad en ley.

Después de esta orgullosa declaración, se apoderó del desventurado crítico, y poniendo de relieve todas las borricadas que había escrito desde hacía algún tiempo, le dio una soberana paliza.

Toda la crítica sintió la afrenta. Hasta entonces se había mantenido fuera del palenque, pues no quería exponerse a recibir sofiones. Los críticos conocían a Cristóbal y sabían que, además de ser competente, no tenía muy buen carácter. Cuando más, algunos de ellos habían expresado discretamente el sentimiento de que un compositor de tan altas dotes se extraviase en un oficio que no era el suyo. Cualquiera que fuese su opinión —si es que tenían alguna— y por mucho que les ofendiese la de Cristóbal, respetaban en él su propio privilegio, de poder criticarlo todo sin ser criticados. Pero, cuando le vieron romper brutalmente el pacto tácito que los ligaba, reconocieron inmediatamente en él un enemigo del orden público. Todos, de común acuerdo, juzgaron intolerable que un joven se permitiese faltar al respeto a las glorías nacionales, y empezaron contra él una campaña encarnizada. No escribieron largos artículos ni entraron en discusiones seguidas; no podían aventurarse de buen grado en semejante terreno, tratándose de un adversario que disponía de mejores armas que ellos, aunque un periodista tenga la facultad especial de poder discutir sin tener en cuenta los argumentos de su adversario y hasta sin haberlos leído; pero una larga experiencia les había demostrado que, como el lector de un periódico es siempre de la opinión del mismo, hubiera sido debilitar su crédito con los

lectores el hacer siquiera como que discutían; era preciso afirmar y mejor aun negar —la negación tiene doble fuerza que la afirmación; es una consecuencia directa de la ley de la gravedad. Es más fácil hacer caer una piedra que tirarla al aire—. Se atuvieron, pues, preferentemente a un sistema de ligeras notas péfidas, lacónicas e injuriosas, que se repetían cada día y en lugar muy visible, con incansable obstinación. Ponían en ridículo al insolente Cristóbal, sin nombrarle nunca, pero designándole con bastante claridad. Desfiguraban sus palabras, a fin de hacerlas absurdas; referían acerca de él anécdotas, cuyo fundamento era a veces verdadero, pero el resto de las cuales era un tejido de mentiras hábilmente calculadas, para indisponerle con toda la ciudad o, más bien, con la corte; atacaban hasta su persona, sus rasgos, su modo de vestir, y trazaban caricaturas que, a fuerza de repetirse, acababan por tener algún parecido.

\* \* \*

Todo esto hubiera sido indiferente para los amigos de Cristóbal, si su revista no hubiera recibido algunos rasguños en la contienda. A decir verdad, eran, más bien, una advertencia: no se pretendía comprometerla a fondo en la disputa; tenían principalmente por objeto separarla de Cristóbal; se admiraban de que comprometiese de tal suerte su buen nombre, y daban a entender que, si no tomaba otro camino, se verían obligados, por mucho que les costase, a emprenderla igualmente con el resto de la redacción. Alborotó el gallinero un principio de hostilidad bastante anodina contra Adolfo Mai y Manheim. Este último la tomó a broma; creía que semejantes ataques pondrían de mal humor a su padre, a sus tíos, a sus primos y a su innumerable familia, que se arrogaban el derecho de vigilar todo lo que hacía y de escandalizarse por ello. Pero Adolfo Mai tomó la cosa más en serio y echó en cara a Cristóbal que comprometía la revista. Cristóbal le mandó a paseo. Los demás, como no se veían atacados, más bien se alegraban de que Mai, que se las echaba con ellos de pontífice, recibiese algunos tolondrones. Waldhaus experimentó una secreta complacencia:

dijo que no había combate sin heridas. Naturalmente partía del principio de que no debía recibir las él personalmente; por su situación de familia y por sus relaciones, se creía al abrigo de los golpes y no veía con malos ojos el que los judíos, sus aliados, recibiesen algunos palos. Ehrenfeld y Goldenring, indemnes hasta entonces, no se hubieran molestado por algunos ataques, pues eran capaces de defenderse. Lo que les era más sensible era la obstinación con que Cristóbal se encarnizaba en indisponerlos con todos sus amigos y sobre todo con sus amigas. A los primeros artículos tuvieron no poco que reír y no hallaron mala la broma: admiraban el vigor de Cristóbal en romper los vidrios. Creían que bastaría una palabra para moderar su ardor y su combatividad —a lo menos para poner a cubierto de sus golpes a aquellos y a aquellas que ellos le designasen—. Pero Cristóbal no hacía caso ninguno: no escuchaba ninguna recomendación y seguía atacando furiosamente. Si no le iban a las manos, no habría medio de vivir en la ciudad. Sus amiguitas habían ya ido llorosas y furibundas a lamentarse a la revista. Ellos echaron mano de toda su diplomacia para persuadir a Cristóbal a que atenuase algunos de sus juicios, pero él no cambió en nada su táctica. Se incomodaron ellos y Cristóbal también, pero siguió impertérrito. Waldhaus, a quien divertía la inquietud de sus amigos que no le afectaba en nada, tomó el partido de Cristóbal para llevarles la contra. Tal vez era más capaz que ellos de apreciar la generosa extravagancia de Cristóbal, que se arrojaba con la cabeza baja contra todos, sin prepararse retirada ni refugio para lo porvenir. En cuanto a Manheim, se divertía espléndidamente con el escándalo: le parecía una excelente broma el haber introducido aquel loco entre gente tan sensata, y se retorció de risa, lo mismo al ver los golpes que Cristóbal asestaba que los que recibía. Aunque, bajo la influencia de su hermana empezaba a creer que decididamente Cristóbal estaba algo tocado, no dejaba de quererle más: tenía necesidad de hallar algo ridículo en los que le eran simpáticos. Continuó, pues, sosteniendo a Cristóbal con Waldhaus en contra de los demás.

Como no dejaba de tener sentido práctico, a pesar de todos sus esfuerzos para hacerse la ilusión de lo contrario, tuvo

la percepción clara de que sería ventajoso para su amigo hacer causa común con el partido músico más avanzado del país.

84 Había en la ciudad, como en la mayor parte de las poblaciones alemanas, una *Wagnerverein*\* que representaba todas las ideas nuevas contra el partido conservador. Y en verdad no se corría ya gran riesgo en defender a Wagner, pues su gloria se hallaba ya reconocida por todos y sus obras figuraban en el repertorio de todos los teatros de Alemania. Sin embargo, su victoria era más bien debida a la imposición de la fuerza que a la libre aceptación; y en el fondo de su corazón, la mayoría seguía siendo obstinadamente conservadora, sobre todo en las pequeñas ciudades, como aquella, que se había mantenido en parte al abrigo de las grandes corrientes modernas y orgullosas de su antigua fama. Por otra parte, reinaba allí, más que en otras ciudades, esa desconfianza, innata en el pueblo alemán, contra toda novedad; esa especie de pereza en sentir algo verdaderamente sincero y vigoroso, que no hubiese sido ya rumiado por varias generaciones. Se echaba esto de ver en el poco favor con que eran acogidas —si no las obras de Wagner, que nadie osaba ya discutir—, todas las obras nuevas inspiradas en el espíritu wagneriano. Por eso los *Wagnervereine* habrían realizado una empresa bastante útil si hubiesen puesto empeño en defender por todas partes las fuerzas jóvenes y originales del arte. Lo hicieron a veces, y Bruckner o Hugo Wolf hallaron en algunos de ellos sus mejores aliados. Pero con sobrada frecuencia pesaba sobre los discípulos el egoísmo del maestro y del mismo modo que Bayreuth sólo servía para la glorificación monstruosa de un solo hombre, las sociedades filiales de Bayreuth eran pequeñas iglesias donde eternamente se celebraba la misa en honor del Dios único. Cuando más, se admitía en las capillas laterales a los discípulos fieles que aplicaban al pie de la letra las doctrinas sagradas y adoraban prosternados, con el rostro en el polvo, a la divinidad única de múltiples rostros: música, poesía, drama y metafísica.

Esto era precisamente lo que ocurría con la *Wagnerverein* de la ciudad. Sin embargo, procuraba guardar las formas; hacía

---

\* La Unión Wagner.

esfuerzos por alistar en sus filas a los jóvenes de talento que parecían poder serle útiles, y hacía largo tiempo que tenía echado el ojo a Cristóbal. Hasta le había sondeado discretamente, pero Cristóbal no había hecho caso, porque no sentía en manera alguna la necesidad de asociarse con nadie; no comprendía qué necesidad impulsaba a todos sus compatriotas a agruparse siempre como rebaños y a no poder hacer nada solos, ni cantar, ni pasearse, ni beber. Sentía aversión a todos los *Vereinswesen*. Pero, después de todo, se hallaba más dispuesto a favor de una *Wagnerverein* que de cualquier otro. A lo menos, era un pretexto para excelentes conciertos; y aunque no compartía todas las ideas de los wagnerianos en materia del arte, estaba más cerca de ellos que de otras agrupaciones musicales. Podía, al parecer, hallar un terreno de inteligencia común con un partido que se mostraba tan intransigente como él con Brahms y con los “brahmines”. Consistió, pues, en ser presentado por mediación de Manheim, que conocía a todo el mundo. Sin ser músico, formaba parte de la *Wagnerverein*. El Comité directivo no había dejado de seguir la campaña que Cristóbal hacía en la revista. Algunas de las ejecuciones que había llevado a cabo en el campo contrario le habían parecido demostrar que el crítico tenía buenos puños y que sería bueno tenerle a su servicio. Cristóbal había lanzado de vez en cuando algunos dardos poco respetuosos contra el ídolo santo, pero habían preferido no darse por entendidos. Y acaso, estos primeros ataques bastante inofensivos no habían sido extraños, aunque no convinieran en ello, al apresuramiento que habían puesto en acaparar a Cristóbal antes de que tuviese tiempo de afinar la puntería. Fueron con la mayor amabilidad a solicitar su permiso para ejecutar algunas de sus melodías en uno de los conciertos de la asociación. Cristóbal accedió muy lisonjeado: asistió a la *Wagnerverein*, e impulsado por Manheim, acabó por dejarse inscribir.

Había a la sazón, a la cabeza del mismo, dos hombres, uno de los cuales gozaba de cierta notoriedad como escritor, y el otro, como director de orquesta. Ambos tenían en Wagner una fe mahometana: el primero, Josías Kling, había compuesto un

86 Diccionario de Wagner, *Wagnerlexikon*, que permitía conocer en seguida la opinión del maestro *de omni re scibili*<sup>2</sup>. Era la obra magna de su vida. Hubiera sido capaz de recitar de sobremesa, capítulos enteros del mismo modo que los burgueses provincianos de Francia recitaban en otro tiempo cantos de la *Pucelle*. Publicaba además en el *Bayreuther Blätter* artículos acerca de Wagner y del espíritu ario. Dicho se está que Wagner era para él el tipo del ario puro, que había hallado en la raza alemana un refugio inviolable contra las influencias corruptoras del semi-tismo latino y especialmente francés. Proclamaba la derrota definitiva del impuro espíritu francés. Sin embargo, no cejaba ni un solo día en el rudo combate, cual si se sintiese constantemente amenazado por el eterno enemigo. Sólo reconocía en Francia un gran hombre, el conde de Gobineau. Kling era un vejete pequeño, muy cortés y que se ruborizaba como una señorita. La otra columna de la *Wagnerverein*, Erico Lauber, había sido director de una fábrica de productos químicos hasta los cuarenta años. Después lo había dejado todo para hacerse director de orquesta. Lo había logrado a fuerza de voluntad y porque era muy rico. Era un fanático de Bayreuth. Se contaba que había ido allá a pie, desde Munich, con sandalias de peregrino. Era una verdadera curiosidad aquel hombre que había leído mucho, ejercido diferentes oficios y mostrado siempre una personalidad enérgica, convertido en materia de música, en un carnero de Panurgo; toda su originalidad se había empleado, en este punto, en mostrarse algo más estúpido que los demás. No estando muy seguro de sí mismo en materia de música para fiarse de sus sentimientos personales, seguía servilmente las interpretaciones que daban de Wagner los *Kapellmeister* y los artistas oficiales de Bayreuth. Hubiera querido hacer reproducir, hasta en sus menores detalles, la *mise en scene* y los trajes multicolores que encantaban el gusto pueril y bárbaro de la pequeña corte de Wahnfried.

Pertenecía a la especie de aquel fanático admirador de Miguel Ángel que reproducía en sus copias hasta las grietas de

---

2. De todas las cosas que pueden saberse.

la pared y hasta las manchas de musgo que, habiéndose agregado con el tiempo a la obra sagrada, se habían hecho sagradas a su vez.

Cristóbal no debía tener grandes simpatías hacia aquellos dos personajes, pero eran hombres de mundo, afables y bastante instruidos. La conversación de Lauber no dejaba de ser interesante cuando no versaba sobre música. Era, por otra parte, un chiflado, y esta clase de hombres no desagradaban demasiado a Cristóbal. Le consolaban algo de la abrumadora vulgaridad de la gente razonable. No sabía todavía que no hay nada más cargante que un hombre que desbarra, y que la originalidad es aún más escasa en esos que muy erróneamente se llaman “originales” que en el resto del rebaño. Porque esos “originales” son simples maniáticos, cuyo pensamiento queda reducido a una máquina de reloj.

Josías Kling y Lauber, deseosos de conquistar a Cristóbal, se mostraron en un principio llenos de atenciones con él. Kling le consagró un artículo elogioso, y Lauber puso el mayor empeño en seguir todas sus indicaciones para sus obras, que dirigió en un concierto de la sociedad. Cristóbal lo agradeció mucho. Desgraciadamente, el efecto de aquellas obsequiosidades perdió mucho por la falta de inteligencia de los que se las prodigaban. No tenía la facultad de hacerse ilusiones acerca de las personas, por el mero hecho de que le admirasen. Era exigente. Tenía la pretensión de que no le admirasen precisamente por lo contrario de lo que él era, y no estaba muy lejos de considerar como enemigos a los que eran sus amigos por equivocación. Así es que no agradeció nada a Kling el que tratase de descubrir en él un discípulo de Wagner y el que buscase puntos de contacto entre las frases de sus *Lieder* y ciertos pasajes de la *Tetralogía* que no tenían de común más que ciertas notas de la escala. Y no hubiera experimentado el menor placer en oír una de sus obras como emparedada —juntamente con una imitación sin valor de algún estudiante wagneriano— entre dos enormes bloques de dramas del maestro.

No tardó en ahogarse en aquella pequeña capilla. Era otro conservatorio tan estrecho como los otros y más intolerante,

porque era más nuevo en el campo del arte. Cristóbal empezó a perder sus ilusiones acerca del valor absoluto de una forma de arte o de pensamiento. Hasta entonces había creído que las grandes ideas llevan por todas partes su luz consigo mismas. Echaba de ver ahora que por mucho que cambiasen las ideas, los hombres seguían siendo los mismos y que, en definitiva, sólo había que tener en cuenta a los hombres, pues las ideas eran lo que ellos. Si habían  
88 nacido mediocres y serviles, el genio mismo se empequeñecía al pasar por sus almas y el grito de libertad de los héroes al romper sus cadenas se convertía en el acto de servidumbre de las generaciones futuras. Cristóbal no pudo menos de expresar sus sentimientos, y no dejó pasar ninguna ocasión de atacar el fetichismo alemán. Declaraba que no hacían falta ídolos ni clásicos de ninguna clase y que únicamente tenía derecho a llamarse heredero de Wagner el que fuese capaz de hollarle bajo sus plantas para seguir su camino, mirando siempre adelante y nunca hacia atrás, y el que tuviese el valor de dejar que muriese lo que debía morir y de mantenerse en comunión ardiente con la vida. La necedad de Kling hizo a Cristóbal mostrarse agresivo y notar las faltas y ridiculeces que hallaba en Wagner. Los wagnerianos no dejaron de atribuirle grotescos celos con respecto a su dios. Cristóbal, por su parte, no dudaba de que aquellos mismos hombres que ensalzaban a Wagner después de muerto, hubieran sido los primeros en ahogarle en vida; en lo cual se equivocaba. Un Kling y un Lauber habían tenido también sus horas de iluminación y habían figurado en la vanguardia veinte años antes. Después, como la mayor parte de la gente, habían acampado definitivamente allí. El hombre tiene tan poco vigor que a la primera subida se para falto de aliento; muy pocos tienen ánimo suficiente para continuar su camino. La actitud de Cristóbal no tardó en enajenarle a sus nuevos amigos. Su simpatía era un mero trato o convenio: para que estuviesen con él había que estar con ellos; y era demasiado evidente que Cristóbal no cedería nada por su parte; no se dejaba alistar. Le trataron con frialdad. Los elogios que él se negaba a tributar a los dioses mayores y menores, consagrados por el clan, le fueron rehusados a su vez. Se mostraron menos obsequiosos en acoger sus obras, y algunos empezaron a



protestar al ver su nombre con demasiada frecuencia en los programas. Se burlaban de él por detrás, y la crítica iba en aumento; Kling y Lauber, con su tolerancia, parecían asociarse a ella. Sin embargo, se hubieran guardado muy bien de romper con Cristóbal: en primer lugar, porque los cerebros renanos se complacen con las soluciones mixtas, con las que nada resuelven y que tienen el privilegio de prolongar indefinidamente una situación ambigua; y además, porque esperaban, a pesar de todo, hacerle instrumento suyo, ya que no por la persuasión, por lo menos por cansancio.

89

Cristóbal no les dejó tiempo para ello. Cuando creía notar que un hombre sentía en el fondo antipatía hacia él, pero que no quería declararlo y procuraba hacerse ilusiones, a fin de seguir en buenas relaciones con él, no paraba hasta lograr demostrarle que era su enemigo. Después de una velada en la *Wagnerverein* en la que había encontrado como un muro de hipócrita hostilidad, no pudo contenerse y envió a Lauber su dimisión, sin explicación alguna. Lauber no comprendió una palabra, y Manheim acudió a casa de Cristóbal para procurar arreglarlo todo. A las primeras palabras, estalló la cólera de éste:

—¡No, no y no! ¡No me hables más de esos seres! ¡No quiero ni verlos!... No puedo, no puedo, me inspiran un asco espantoso: casi me es imposible mirar de frente a uno cualquiera de ellos.

Manheim se reía con todas sus ganas y se preocupaba menos de calmar la exaltación de Cristóbal que de gozar de aquel espectáculo.

—Ya sé que no tienen nada de hermosos —le dijo—; por eso no es cosa de hoy. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

—Nada, que estoy harto... Sí, riéte, búrlate de mí... Está convenido que estoy loco. La gente prudente obra con arreglo a las leyes de la lógica y de la sana razón. Soy un hombre que sólo obra según sus propios impulsos. Cuando es inevitable la descarga, cueste lo que cueste; tanto peor para los demás, si les escuece. ¡Y tanto peor para mí! No he nacido para vivir en sociedad. En adelante no quiero pertenecer sino a mí mismo.

—Supongo, sin embargo, que no tendrás la pretensión de prescindir de todo el mundo —dijo Manheim—. Tú no puedes

ejecutar tu música solo. Necesitas cantores, cantantes, una orquesta, un director de orquesta, público y alabarderos.

Cristóbal seguía gritando:

—¡No, no y no!

Pero la última frase le hizo dar un salto:

—¡Alabarderos! ¿No te avergüenzas de decir esa palabra?

—No hablo de alabarderos pagados, aunque, a decir verdad,  
 90 es hasta ahora el único medio que se ha encontrado para revelar al público el mérito de una obra. Pero, de todas maneras, hacen falta alabarderos: éstos son el corro de amigos del autor, convenientemente adiestrados por él. Cada autor tiene su corrillo, y para esto es para lo que sirven los amigos.

—¡Yo no quiero amigos!

—¡Entonces te silbarán!

—¡Que me silben!

Manheim estaba en sus glorias.

—Ni siquiera te durará mucho ese placer, porque no se representarán tus obras.

—Pues bien, tanto mejor. ¿Crees que yo tengo interés en hacerme un hombre célebre? Sí, estaba en camino de dirigirme a toda vela en esa dirección... ¡Qué falta de sentido! ¡Qué locura! ¡Qué imbecilidad!... ¡Como si la satisfacción del orgullo más vulgar fuese una compensación suficiente para los sacrificios de toda clase —molestias, sufrimientos, infamia, humillaciones, envilecimientos, concesiones innobles—, que son el precio de la gloria! ¡Carguen conmigo todos los diablos si siento aún en mi cerebro semejante preocupación! ¡Se acabó todo eso! ¡No quiero tener que habérmelas ni con el público ni con la publicidad. La publicidad es una canalla infame. Quiero ser un simple particular y vivir para mí y para los que me son queridos...

—Eso es —dijo Manheim, con ironía—. Hay que tomar un oficio. ¿Por qué no haces zapatos?

—¡Oh, si yo fuese zapatero como el incomparable Sachs! ¡Qué alegremente arreglaría mi vida! Sería zapatero durante la semana, músico los domingos, pero sólo en la intimidad, para mi satisfacción y la de un par de amigos. ¡Eso sería vivir!...

¿No me conduzco como un loco sacrificando el tiempo y el trabajo al magnífico placer de servir de presa a las críticas de los imbéciles?... ¿No sería mucho mejor y más hermoso ser estimado y comprendido por algunas personas honradas que oído, criticado o adulado por millares de idiotas?... No me dejaré coger más por el diablo del orgullo y por el deseo de la gloria... ¡Puedes confiar en mi palabra!

—Seguramente —dijo Manheim.

Entretanto, pensaba para sí:

—Dentro de una hora dirá todo lo contrario.

Al fin añadió, tranquilamente, por vía de conclusión:

—Según eso nos arreglaremos con el *Wagnervereiner*, ¿No es verdad?

Cristóbal alzó los brazos al cielo:

—¡No valía la pena que yo me desgañitara durante una hora para decirte lo contrario! ¡Te repito que no volveré más a poner allí los pies! ¡Me inspiran horror todos esos *Wagnervereine*, todos esos *Vereine*, todos esos apriscos de carneros, que han de reunirse para balar juntos. Ve a decir de mi parte a esos carneros, que yo soy un lobo, que tengo dientes y que no sirvo para pacer.

—Está, está bien, se les dirá —dijo Manheim, marchándose, encantado del empleo de la mañana. Al mismo tiempo iba pensando:

—¡Está loco, loco, loco de remate!

Su hermana, a quien se apresuró a referir la conversación, se encogió de hombros y dijo:

—¡Loco! ¡Ya quisiera hacerlo creer! ¡Es estúpido y se halla dominado por un orgullo ridículo!

\* \* \*

Entretanto, Cristóbal continuaba su rabiosa campaña en la revista de Waldhaus. No lo hacía porque hallase gran placer en ello. La crítica le cargaba, y estaba a punto de enviarlo todo a paseo. Pero se obstinaba, porque hacían lo posible por cerrarle la boca, y él no quería dar su brazo a torcer.

Waldhaus empezaba a inquietarse. Mientras no habían llegado hasta él los golpes del combate, había asistido a la pelea con la flema de un dios del Olimpo. Pero hacía algunas semanas que los demás periódicos parecían echar en olvido el carácter inviolable de su persona; habían empezado a atacarle en su amor propio de autor, con exquisita perversidad, en la que Waldhaus hubiera podido reconocer, si hubiera tenido más olfato, la garra de un amigo. En efecto, aquellos ataques obedecían a las taimadas instigaciones de Ehrenfeld y de Goldenring. No veían otro medio para decidirle a poner fin a las polémicas de Cristóbal. Habían acertado. Waldhaus declaró enseguida que Cristóbal empezaba a llenarle el gorro de guijas y dejó de sostenerle. Toda la redacción se ingenió desde aquel momento para hacerle callar. Pero, ¡cualquiera puede ir a ponerle el bozal a un perro que está devorando su presa! Todo cuanto le decían, sólo servía para excitarle más. Los llamaba gallinas, y declaraba que lo diría todo, todo lo que tenía el deber de decir. Si querían echarle a la calle, podían hacerlo. Toda la ciudad sabría que eran tan cobardes como los demás, pero él no se iría espontáneamente. Se miraban consternados, y reprochaban agríamente a Manheim el regalo que les había hecho llevándoles aquel loco. Manheim, siempre risueño, se comprometió a amansar a Cristóbal por sí solo; y apostó a que, desde su próximo artículo, el crítico bajaría el diapasón. Le oyeron con incredulidad; pero los hechos demostraron que Manheim no había hecho vanos alardes.

El artículo siguiente de Cristóbal, sin ser un modelo de cortesía, no contenía ninguna observación desagradable para nadie. El medio empleado por Manheim era muy sencillo; todos se admiraron inmediatamente de no haber caído antes en ello. Cristóbal no leía nunca lo que escribía en la revista, y apenas si corregía las pruebas, muy de prisa y mal. Adolfo Mai, le había dirigido más de una vez observaciones agrídulces sobre este punto, diciéndole que una errata de imprenta deshonor a una revista. Cristóbal, que no consideraba la crítica enteramente como un arte, respondía que aquéllos a quienes criticaba, le comprenderían de sobra. Manheim se aprovechó de la ocasión: dijo que Cristóbal tenía razón,

que la corrección de pruebas era un oficio de cajista, y se ofreció a descargarle de este peso. Cristóbal estuvo a punto de deshacerse en manifestaciones de agradecimiento, pero todos le dijeron de común acuerdo que semejante arreglo les haría un favor, evitándole a la revista una pérdida de tiempo. Cristóbal abandonó, pues, a Manheim la corrección de sus pruebas, suplicándole que la hiciese con cuidado. Manheim no dejó de hacerlo, pues era un juego para él. Primeramente, se arriesgó con prudencia a suavizar algunos términos, y a atenuar acá y acullá algunos epítetos malsonantes: alentado por el éxito, llevó más adelante sus experimentos, y empezó a arreglar las frases y el sentido de los artículos, desplegando en este ejercicio una verdadera maestría. Todo el arte consistía en conservar el fondo de la frase y su aire característico, haciéndole decir exactamente lo contrario de lo que Cristóbal había querido decir. Manheim se tomaba más trabajo para desfigurar los artículos de Cristóbal que el que hubiera empleado en escribirlos él mismo; en su vida había gozado tanto. Pero se complacía con el resultado: ciertos músicos a quienes Cristóbal perseguía constantemente con sus sarcasmos, se hallaban estupefactos al verle dulcificarse poco a poco, y acabar por alabarlos. La revista estaba en sus glorias. Manheim leía a sus compañeros sus lucubraciones, y esto daba lugar a un coro de carcajadas. Ehrenfeld y Goldenring decían a veces a Manheim:

—¡Cuidado! ¡Vas demasiado lejos!

—¡No hay peligro! —respondía Manheim.

Y continuaba su tarea con nuevo ardor.

Cristóbal no notaba nada. Iba a la revista, dejaba su original y no volvía a preocuparse de él. A veces llamaba aparte a Manheim y le decía:

—Lo que es esta vez, les digo cuántas son cinco a esos canallas. Lee un poco...

Manheim leía.

—¿Qué tal? ¿Qué te parece?

—Terrible, amigo mío. No quedan ni los rabos.

—¿Qué te parece que van a contestar?

—¡Oh! ¡Va a armarse un gran escándalo!

Pero el caso es que no había escándalo alguno. Por el contrario, los rostros se llenaban de satisfacción alrededor de Cristóbal; personas a quienes aborrecía, le saludaban en la calle. Cierta día llegó a la revista inquieto y hosco; echando sobre la mesa una tarjeta, preguntó:

—¿Qué significa esto?

94 Era la tarjeta de un músico a quien acababa de dar una paliza y que le había escrito debajo de su nombre:

“Con la expresión de su más vivo agradecimiento”.

Manheim respondió riendo:

—Es un cumplido irónico.

Cristóbal se sintió aliviado de un gran peso.

—¡Vamos! Tenía miedo de que le hubiese gustado mi artículo.

—Está furioso —dijo Ehrenfeld—; pero no quiere dar su brazo a torcer: se las echa de hombre superior y bromea.

—¿Bromea?... ¡Valiente cerdo! —dijo Cristóbal, con creciente indignación—. Voy a consagrarle otro artículo, ya veremos si le quedan ganas de reír.

—¡No, no! —dijo Waldhaus inquieto—. No creo que se burle. Es más bien un acto de humildad propio de un buen cristiano: le dan un bofetón en una mejilla y presenta la otra.

—¡Tanto mejor! —dijo Cristóbal—. ¡Ah, cobardón! ¡Puesto que la quiere, no se irá sin su paliza!

Waldhaus trataba de interponerse, pero los demás reían.

—¡Déjale! —decía Manheim.

—Después de todo —decía Waldhaus, calmándose de pronto—, ¡qué más da un palo más o menos!...

Se marchaba Cristóbal y sus compañeros se entregaban a risas desordenadas y a hacer cabriolas. Una vez calmado su buen humor, decía Waldhaus a Manheim:

—Así como así ha faltado poco para... Te ruego que andes con cuidado. Vas a hacer que descubra nuestro juego.

—¡Bah!—decía Manheim—. Tenemos aún muchos días por delante... Además, le estoy creando amigos.

## II *Hundiéndose más y más*

Cristóbal había llegado a este punto de sus experimentos poco hábiles para reformar el arte alemán cuando acertó a pasar por la ciudad una compañía de cómicos franceses. Sería más justo decir un rebaño, porque, según la costumbre, era una gavilla de pobres diablos recogidos acá y acullá y de actores jóvenes desconocidos, muy satisfechos con dejarse explotar con tal que les hiciesen representar. Iban uncidos todos al carro de una cómica ilustre y de edad madura que hacía una gira por Alemania y que, hallándose de paso en la pequeña capital, iba a dar tres representaciones.

En la revista de Waldhaus se metía mucho ruido con esto. Manheim y sus amigos se hallaban al corriente de la vida literaria y mundana de París o pretendían hallarse; repetían entre sí los chismes recogidos en los periódicos de los bulevares y que no siempre acertaban a comprender: representaban el ingenio francés en Alemania. Era suficiente para quitar a Cristóbal el deseo de conocerlo más. Manheim le daba la lata con sus elogios de París, donde había estado ya varias veces y donde tenía una parte de su familia: por lo demás, tenía familia en todos los países de Europa, y en todas partes había tomado dicha familia la nacionalidad y las maneras del país. Aquella tribu de Abraham contaba un baronet inglés, un senador belga, un ministro francés, un diputado del Reichstag y un conde pontificio; y todos, aunque unidos y llenos de respeto hacia el tronco común de que habían salido, eran sinceramente ingleses, belgas, franceses, alemanes o romanos: porque su orgullo no ponía en duda que el país que habían adoptado era el primero de todos. Por pura paradoja

Manheim era el único que se complacía en preferir todos los países donde no se hallaba. Hablaba, pues, con entusiasmo y con frecuencia de París. Pero, como no decía más que extravagancias y como, para hacer el elogio de los parisienses, los representaba como una especie de guillados, borrachos y escandalosos que pasaban el tiempo en divertirse y en hacer revoluciones sin pensar nunca seriamente, Cristóbal se sentía poco atraído por la bizantina y decadente república de allende los Vosgos. Se figuraba de buena fe que París era en gran parte como lo representaba un grabado cándido que había visto en la portada de un libro recientemente aparecido en una colección de arte alemán: en el primer plano veíase el Diablo de Nuestra Señora, acurrucado sobre los tejados con esta leyenda:

*Insatiable vampire, l'éternelle Luxure  
Sur la grande Cité convoite sa páture*<sup>3</sup>.

Como buen alemán, sentía desprecio hacia los galos libertinos y hacia su literatura, de la que sólo conocía algunas bufonadas algo verdes, como el *Aguilucho*, la *Señora Sans-Gêne* y algunas canciones de café-concierto. El esnobismo de la pequeña ciudad donde la gente más notoriamente incapaz de interesarse por el arte, se apresuró a inscribirse ruidosamente en las listas de abono, produjo en él una afectación de indiferencia desdeñosa hacia la gran comediante. Aseguró que no daría un paso para ir a oírla. Érale tanto más fácil cumplir su promesa cuanto que las localidades estaban a un precio muy elevado y él no tenía medios para costearlas. El repertorio que la compañía francesa llevaba a Alemania comprendía dos o tres piezas clásicas, pero se hallaba compuesto, en su mayor parte, de esas estupideces que constituyen por excelencia el artículo parisiense de exportación: porque no hay nada más internacional que la medianía. Cristóbal conocía la *Tosca*, que debía ser la primera obra puesta en

---

3. Insaciable vampiro, la eterna lujuria sobre la gran ciudad codicia su prado.



escena por la comedianta; la había oído traducida, adornada con todas las gracias ligeras que puede prestar a una obra francesa una compañía de un modesto teatro renano, y al ver a sus amigos dirigirse al teatro, se alegraba con burlona sonrisa, de no verse obligado a ir a oírla de nuevo. Sin embargo, no dejó de prestar oído atento, como quien no quiere la cosa, a los relatos entusiastas de la fiesta que hicieron al día siguiente. Estaba rabioso de haberse privado hasta del derecho de contradecir, por haberse negado a ver aquello de que todo el mundo hablaba.

97

El segundo espectáculo anunciado debía ser una traducción francesa de *Hamlet*. Cristóbal no había nunca perdido una ocasión de ver una pieza de Shakespeare, era para él, lo mismo que Beethoven, un manantial inagotable de vida. *Hamlet* le había servido de gran consuelo en el período de turbación y de tumultuosas dudas que acababa de atravesar. No obstante el temor que sentía, de verse de nuevo reproducido en aquel espejo mágico, sentíase fascinado por él y daba vueltas alrededor de los carteles del teatro sin querer reconocer que ardía en deseos de comprar una localidad. Pero era tan cabezudo que, después de lo que había dicho a sus amigos, no quería dar su brazo a torcer y se hubiera quedado en su casa aquella noche como la anterior, si en el momento en que volvía melancólicamente a ella, no se hubiera encontrado, casualmente, con Manheim.

Este le cogió del brazo y le refirió, lleno de ira, pero sin cesar de bromear, que acababa de caer inopinadamente en su casa una vieja parienta, una hermana de su padre con toda su tribu y que se veían obligados a quedarse en casa para recibirla. Él había tratado de escurrir el bulto, pero su padre no entendía de burlas en las cuestiones de etiqueta familiar y de las consideraciones que se deben a los parientes; y como era preciso tener contento a su padre, sobre todo en aquellos momentos, a causa de un sablazo que le preparaba, había tenido que ceder y renunciar a la representación.

—¿Tenían ustedes ya los billetes? —preguntó Cristóbal.

—¡Ya lo creo! Un palco excelente; y para colmo de desdicha, tengo que llevárselo, precisamente voy a ello, a ese cretino de

Grünebaum, el socio de mi padre, para que vaya a pavonearse en él con su esposa y la tonta de su hija. ¡Qué gusto!... A lo menos, estoy buscando algo desagradable que decirles. Pero lo mismo les da, con tal que les lleve los billetes; aunque preferirían, seguramente, que dichos billetes fueran de Banco.

Detúvose, bruscamente, con boca abierta, mirando a Cristóbal:

98 —¡Oh! ¡Feliz idea! ¡Es lo que necesito!

Y añadió:

—Cristóbal, ¿vas al teatro?

—No.

—Pues es preciso que vayas. Es un favor que te pido, y no puedes negármelo.

Cristóbal, no comprendía.

—¡Pero si no tengo asiento!

—¡Ahí lo tienes! —dijo Manheim, con aire triunfante y poniéndole a la fuerza el billete en la mano.

—¿Estás loco? —dijo Cristóbal—. ¿Y el encargo de tu padre?

Manheim, reía a más no poder.

—Bonito se pondrá —dijo.

Y limpiándose los ojos, añadió, por vía de conclusión:

—Le daré el sablazo mañana por la mañana, al levantarse, y antes de que se entere de nada.

—No puedo aceptar —dijo Cristóbal, sabiendo que aquello le sería desagradable.

—No sabes nada, ni eso te importa.

Cristóbal, había desdoblado el billete, entre tanto:

—¿Y qué quieres que haga yo con un palco de cuatro asientos?

—Lo que quieras. Puedes dormir, bailar si quieres o llevar mujeres. Debes conocer algunas, y en caso de necesidad, se te podrían prestar.

Cristóbal alargó el billete a Manheim.

—No, decididamente tómalo.

—De ninguna manera —dijo Manheim, retrocediendo algunos pasos—. Si te fastidia, no puedo obligarte a ir; pero no volveré a cogerlo. Puedes echarlo al fuego, y hasta si quieres conducirte como hombre virtuoso, llevárselo a los Grünebaum. Eso no me importa. ¡Buenas noches!

Diciendo esto, se largó, dejando a Cristóbal en medio de la calle con el billete en la mano.

Quedó éste bastante embarazado. Se decía a sí mismo que sería conveniente llevar el palco a los Grünebaum, pero esta idea no le llenaba de entusiasmo. 99

Volvió a su casa sin saber qué hacer, y cuando se le ocurrió mirar la hora, vio que apenas le quedaba tiempo para vestirse e ir al teatro. Hubiera sido de todos modos una solemne tontería dejar que se perdiera el billete. Propuso a su madre llevarla, pero Luisa declaró que prefería irse a la cama. Partió, pues, satisfecho en el fondo como un muchacho, con la idea de la velada que iba a pasar. Sólo una cosa le fastidiaba, y era, la de no tener con quien compartir aquel placer. No experimentaba ningún remordimiento con respecto a Manheim padre o a los Grünebaum, cuyo palco iba a disfrutar, pero sí lo sentía respecto de aquellos que hubieran podido divertirse en su compañía. Pensaba en el placer que hubieran tenido algunos jóvenes como él, y le parecía penoso no procurárselo. Se devanaba los sesos y no veía a quién podría ofrecer el billete. Por otra parte, era tarde y había que apresurarse.

Al entrar en el teatro, pasó cerca de la taquilla cerrada, donde había un anuncio que decía que no quedaba ni una sola localidad. Entre las personas que se volvían, despechadas, observó a una joven que no podía decidirse a salir y miraba con envidia a los que entraban. Tenía un traje muy sencillo, de luto, no era muy alta, pero su cara delgada tenía un aspecto delicado. Por lo pronto, no se fijó en si era fea o bonita. Había pasado por delante de ella, pero se detuvo un momento, se volvió y, sin pararse a reflexionar, le preguntó a quemarropa:

—Señorita, ¿no ha encontrado usted asiento?

Ella se ruborizó y dijo con acento extranjero:

—No, señor.

—Tengo un palco y no sé qué hacer de él. ¿Quiere usted disfrutar de él en mi compañía?

Ella se ruborizó más aún y dio las gracias, excusándose por no poder aceptar. Cristóbal, contrariado por su negativa, se excusó por su parte y trató de insistir, pero no logró persuadirla, aunque era evidente que la joven sentía vivos deseos de ello. Se hallaba muy perplejo, pero al fin, tomó una brusca resolución:

—Oiga usted, hay un medio de arreglarlo todo —dijo—. Tome usted el billete. Yo no tengo interés en ver la función, pues ya la he visto. (Esto no era cierto). A usted le procurará más placer que a mí. Acéptelo usted, se lo ofrezco con el mayor gusto.

La joven se conmovió tanto con semejante ofrecimiento, y, sobre todo, con la manera cordial con que se lo hacía, que casi se echó a llorar. Balbució con agradecimiento, diciendo que no consentiría en privarle de aquel placer.

—¡Pues bien, en ese caso, venga usted! —dijo sonriendo.

Parecía tan bueno y tan franco, que se avergonzó de haber rehusado, y dijo con cierta confusión:

—Acepto. Muchas gracias.

\* \* \*

Entraron. El palco de los Manheim era un palco de frente muy descubierto; aunque lo hubieran pretendido, hubiera sido imposible quedar disimulados en él. Inútil es decir que su entrada llamó la atención. Cristóbal hizo a la joven que se colocase en primera fila y se quedó algo detrás para no molestarla. Ella se mantenía erguida y tiesa y no se atrevía a volver la cabeza, hallándose horriblemente intimidada. Hubiera dado cualquier cosa por no haber aceptado. A fin de dejarle tiempo de reponerse, Cristóbal, que, por otra parte, no sabía de qué hablar con ella, hacía como que miraba a otro lado.

A cualquier lado que mirase érale fácil observar que su presencia, en compañía de aquella desconocida, y en medio de la brillante concurrencia de los palcos, excitaba la curiosidad y

los comentarios de la misma. Lanzó miradas furiosas a los que le miraban. Le causaba rabia el que se obstinase en fijarse en él, siendo así que él no se fijaba en nadie. No podía figurarse que la curiosidad indiscreta tuviese por objeto, más bien que a él, a su compañera, y de un modo más ofensivo. Para mostrar su completa indiferencia por todo lo que pudiesen decir o pensar, se inclinó hacia su vecina y le dirigió la palabra. Ella pareció tan asustada, sin atreverse a alzar la vista ni a contestar un sí o un no, que Cristóbal se compadeció de su timidez y se metió en su rincón. Felizmente, empezaba la función.

101

Cristóbal no había leído el cartel, ni se había preocupado por averiguar qué papel desempeñaba la gran actriz: pertenecía a esa gente cándida que va al teatro para ver la pieza y no por los actores. No se había preguntado si la ilustre comediante desempeñaba el papel de Ofelia o el de reina; si se le hubiera preguntado, hubiera optado por el de reina, a causa de la edad de las dos matronas; pero jamás hubiera podido ocurrírsele que pudiera desempeñar el de Hamlet. Cuando lo vio, oyó aquella vocecilla de muñeca mecánica, permaneció algún tiempo en la duda y se preguntó si soñaba...

—Pero, ¡cómo! ¿Qué es eso? —decía a media voz—. Sin embargo, no es...

Y cuando tuvo que convencerse de que “era, sin embargo, Hamlet”, soltó un *terno*, que felizmente no comprendió su vecina, porque era extranjera, pero que comprendieron perfectamente en el palco de al lado, porque inmediatamente le mandaron con indignación que se callase. Se retiró al fondo del palco para echar pestes a su gusto. Estaba irritadísimo. Si hubiera sido justo, hubiera rendido homenaje a la elegancia del disfraz y al poderoso esfuerzo de la naturaleza y del arte que permitía a aquella mujer sexagenaria mostrarse en traje de adolescente y “hasta parecer linda”, a lo menos, a ojos complacientes. Pero él odiaba todo esfuerzo violento y todo lo que contraría y falsea la naturaleza. Quería que una mujer fuese una mujer y un hombre —esto no es muy común hoy día—. El disfraz infantil y algo ridículo de la Leonora de Beethoven érale ya desagradable, pero el de Hamlet, excedía toda

ponderación en materia de absurdos. ¡Hacer de aquel robusto dinamarqués gordo y pálido, colérico, astuto, razonador y alucinado, una mujer, y ni siquiera una mujer, porque una mujer que desempeña un papel de hombre no será nunca más que un monstruo; hacer de Hamlet un eunuco o un vago andrógino, hacía falta toda la abyección de la época, toda la estupidez de la crítica, para que se pudiese soportar un solo día sin silbidos semejantes tonte-  
 102 rías!... La voz de la actriz acabó de poner a Cristóbal fuera de sí. Poseía esa dicción cantante y martilleante, esa melopea monótona que, desde la época de la *Champmeslé* y del *Hotel de Borgoña*, parece haber merecido siempre la preferencia del pueblo menos poético del mundo. Cristóbal se desesperaba y le daban ganas de andar a gatas.

Había vuelto la espalda al escenario, y hacía muecas de ira vuelto contra la pared, como un muchacho puesto en penitencia. Muy felizmente para él, su compañera no se atrevía a mirarle, pues si le hubiera mirado, le hubiera tomado por un loco. De repente cesaron las muecas de Cristóbal. Se quedó inmóvil y silencioso. Acababa de hacerse oír una hermosa voz musical, juvenil, femenina, grave y dulce. Cristóbal prestó atento oído. A medida que la voz hablaba, se volvía en su asiento para ver al pájaro que hacía oír semejante gorjeo. Entonces vio a Ofelia. Seguramente no tenía nada de la Ofelia de Shakespeare. Era una hermosa muchacha, alta, robusta y esbelta como una joven estatua griega: Electra o Casandra. Rebosaba vida por todas partes. A pesar de los esfuerzos que hacía para no salir de su papel, la fuerza juvenil y regocijada que difundía su cuerpo, se notaba en sus movimientos, en sus gestos y en sus ojos pardos que reían a pesar suyo.

Tal es el poder de un cuerpo hermoso que Cristóbal, implacable poco antes a causa de la interpretación de Hamlet, no pensó, ni por un momento, en lamentar que Ofelia no se pareciese en nada a la imagen que de ella se había formado, y sacrificó sin remordimiento ésta a aquélla. Es más, con la inconsciente mala fe de la gente apasionada, halló una verdad profunda en el ardor juvenil que ardía en el fondo de aquel corazón de virgen casta y

turbada. Pero, lo que consumaba el encanto era la magia de la voz, pura, cálida y aterciopelada; hacía el efecto de un hermoso acorde. Parecía que envolvía cada sílaba el risueño acento del mediodía con sus sonoros ritmos, como un perfume de tomillo o de hierbabuena. ¡Extraña visión de una Ofelia de la tierra de Arles, que traía consigo algo de su sol de oro!

Olvidándose de su vecina, Cristóbal se había sentado a su lado en la delantera del palco y no apartaba los ojos de la hermosa actriz cuyo nombre ignoraba. Pero el público, que no iba allí para oír a una desconocida, no hacía caso de ella y sólo se decidía a aplaudir cuando hablaba el Hamlet hembra. Esto hacía que Cristóbal gruñese y los llamase “asnos” en voz baja que se oía a diez pasos.

Sólo cuando cayó el telón después del primer acto, recordó la existencia de su compañera de palco y, al verla siempre tan acobardada, se sonrió al pensar lo mucho que la había asustado con sus extravagancias. No se equivocaba: aquella joven que la casualidad había puesto en contacto con él durante algunas horas, poseía una timidez casi enfermiza. Había sido preciso que se encontrase en un estado de exaltación anormal, para que se hubiese atrevido a aceptar la invitación de Cristóbal. Apenas aceptada hubiera deseado, a cualquier precio, poder desembarazarse del compromiso y hallar un pretexto para huir. Lo peor había sido cuando se había visto convertida en objeto de la curiosidad general; y su malestar había ido creciendo a medida que oía a su espalda —pues no se atrevía a volverse— las sordas imprecaciones y los gruñidos de su compañero. Todo lo temía de su parte, y cuando fue a sentarse a su lado, se sintió helada de espanto. ¿Qué nueva excentricidad iba a cometer? Hubiera querido estar cien estados debajo de tierra. Retrocedía instintivamente, como si tuviese miedo de tocarle.

Pero, todos sus temores se desvanecieron cuando, llegado el entreacto, le oyó decir con buen humor:

—Soy un vecino muy desagradable: ¿no es verdad? Pido a usted mil perdones.

Le miró entonces la joven y vio su bondadosa sonrisa que poco antes le había decidido a aceptar su ofrecimiento.

Juan Cristóbal continuó:

—No sé ocultar lo que pienso... Aunque hay que confesar que es demasiado fuerte... ¡Esa mujer, esa vieja!...

Diciendo esto hizo una nueva mueca de asco.

Ella sonrió, y dijo en voz baja:

—A pesar de todo, esto es hermoso.

Se fijó en su acento, y le preguntó:

—¿Es usted extranjera?

—Sí —dijo ella.

Fijándose luego en su modesto traje añadió:

—¿Institutriz?

Ella contestó ruborizada:

—Sí.

—¿De qué país?

La joven respondió:

—Soy francesa.

Él hizo un gesto de asombro:

—¿Francesa? ¡Jamás lo hubiera creído!

—¿Por qué? —preguntó ella, tímidamente.

—¡Es usted tan... seria! —dijo.

La joven pensó que en boca de su interlocutor estaba aquello lejos de ser un cumplido.

—Hay muchas como yo en Francia —dijo avergonzada.

Contemplaba su carita honrada, su abombada frente, su naricilla recta, su barba fina, sus flacas mejillas y sus cabellos castaños. No la veía, pues pensaba en la hermosa actriz, y repitió:

—¡Es curioso que sea usted francesa! ¿De veras, es usted del mismo país que Ofelia? ¡Nadie lo diría!

Y añadió, después de un momento de silencio:

—¡Qué hermosa es!

No se fijó en que parecía establecer entre la actriz y su vecina una comparación desfavorable para ella. Lo comprendió muy bien la joven, pero no guardó rencor a Cristóbal, pues pensaba como él. Por su parte, trató éste de obtener de la joven, algunos



detalles acerca de la actriz; pero ella no sabía nada. Se veía muy bien que estaba poco al corriente de las cosas del teatro.

—Debe ser para usted un gran placer oír hablar francés—le preguntó.

Creía bromear, pero había puesto el dedo en la llaga.

—¡Ah! —dijo ella con un acento de sinceridad que le produjo viva impresión—. ¡Cuánto bien me hace esto! ¡Me ahogo aquí!

105

La miró con más atención y notó que sus manos se crispaban ligeramente y que parecía angustiada. Pero inmediatamente pensó ella que semejantes palabras podrían ser algo ofensivas para él.

—¡Oh!, dispense usted, no sé lo que digo.

Él se echó a reír con toda franqueza.

—No tiene usted que pedir perdón. Tiene usted mil veces razón. No hace falta ser francés para ahogarse aquí. ¡Uf!

Se encogió de hombros, aspirando con fuerza el aire.

Pero la joven estaba avergonzada de haberse espantado tanto y guardó silencio. Por otra parte, acababa de notar que, en los palcos inmediatos, espían su conversación; él lo observó también con marcada ira. Cesaron, pues, la conversación, y mientras acababa el entreacto, salió Cristóbal al pasillo. Las palabras de la joven seguían resonando en sus oídos, pero se hallaba distraído: la imagen de Ofelia ocupaba su pensamiento. Acabó de apoderarse de él en los actos siguientes, y, cuando la bella actriz llegó a la escena de la locura y a las melancólicas canciones de amor y de muerte, supo su voz hallar acentos tan conmovedores que el joven se sintió trastornado. Comprendió que iba a echarse a llorar como un chiquillo. Furioso contra sí mismo, pues le parecía esto una señal de debilidad —no admitía que un verdadero artista pudiese llorar—, y no queriendo servir de espectáculo, salió bruscamente del palco. Los pasillos y el salón de descanso estaban vacíos. En medio de su agitación bajó las escaleras del teatro y salió a la calle sin darse cuenta de ello. Tenía necesidad de respirar el aire frío de la noche, y de andar de prisa por las calles sombrías y medio desiertas. Se halló al fin a orillas

de un canal, echado de codos sobre el pretil y contemplando el agua silenciosa en la que bailaban en medio de las sombras los reflejos de los faroles. Su alma se hallaba en la misma situación, se sentía sumida en la misma oscuridad y experimentaba los mismos sobresaltos. No podía ver en el fondo de la misma, sino un gran regocijo que bailaba en la superficie. Dieron la hora los relojes. Le hubiera sido imposible volver al teatro a oír el final de la obra. ¿Presenciar el triunfo de Fortinbras? No le inspiraba ningún entusiasmo... ¡Valiente triunfo! ¿Quién piensa en envidiar al vencedor? ¿Quién desearía hallarse en su lugar, después de verse hartado de todos los salvajismos de la vida feroz y ridícula? Toda la obra es una requisitoria formidable contra la vida. Pero palpita en ella una vida tan poderosa, que la tristeza se convierte en alegría y la amargura produce embriaguez...

Cristóbal volvió a su casa sin cuidarse de la joven desconocida a quien había dejado en el palco y cuyo nombre ni siquiera sabía.

\* \* \*

Al día siguiente por la mañana fue a ver a la actriz al hotel de tercer orden al que la había relegado el empresario con sus camaradas, mientras que la gran comedianta paraba en el primer hotel de la ciudad. Le hicieron pasar a un saloncito poco aseado en que se veían sobre el piano abierto los restos del desayuno, juntamente con algunas horquillas y algunas hojas de música rotas y sucias. En la habitación inmediata cantaba Ofelia a voz en cuello, como una chiquilla, únicamente por el placer de hacer ruido. Interrumpió el canto un momento, cuando le anunciaron la visita, para preguntar con voz alegre, sin cuidarse de que la oyesen en la habitación inmediata:

—¿Quién es? ¿Qué quiere ese señor? ¿Cómo se llama? ¿Cristóbal?... ¿Cristóbal qué?... ¿Cristóbal Krafft? ¡Vaya un nombre!

Lo repitió dos o tres veces articulando con fuerza las erres.

—¿Es joven o viejo? ¿Parece amable?... Está bien, voy en seguida.

Se puso nuevamente a cantar:

*Rien n'est plus doux que mon amour* <sup>4</sup>.

Revolviendo en todo el cuarto y echando pestes contra una horquilla de concha que se le había perdido. Se impacientó y prorrumpió en denuestos. Aunque no la veía, Cristóbal seguía con el pensamiento todos sus gestos a través del tabique y se reía a solas. Al fin, oyó acercarse los pasos de la joven, se abrió impetuosamente la puerta y apareció Ofelia.

107

Estaba a medio vestir, con un peinador sujeto a la cintura, con los brazos desnudos, que salían de las anchas mangas, y con los cabellos mal peinados, cuyos bucles le caían sobre los ojos y las mejillas. Reían sus hermosos ojos pardos, reía su boca, reían sus mejillas, y hasta un amable hoyuelo que tenía en medio de la barba reía también. Con su hermosa voz, grave y armoniosa, pidió perdón por presentarse de aquel modo. Sabía que no tenían nada que perdonarle, sino al contrario, mucho que agradecerle. Se figuró que se trataba de un periodista que se proponía entrevistarla. En lugar de una desilusión, sintió un vivo placer cuando Cristóbal le dijo que iba únicamente por su cuenta y porque la admiraba de veras. Ella era buena muchacha, cariñosa, se alegraba de agradar, de gustar, y no hacía nada por ocultarlo: la visita de Cristóbal y su entusiasmo la hacían completamente feliz: aún no la habían echado a perder las lisonjas. Se mostraba tan natural en todos sus movimientos y modales, y hasta en su infantil vanidad y en el cándido placer que sentía en agradar, que no experimentó ni el menor embarazo. Al cabo de pocos minutos parecían ambos antiguos amigos. Él chapurraba algo el francés, y ella algunas palabras de alemán. Al cabo de una hora se habían comunicado todos sus secretos. La joven no pensaba en manera alguna en despedirle. Aquella meridional robusta y alegre, inteligente y expansiva, que se hubiera muerto de fastidio en medio de sus estúpidos compañeros y de un país cuya lengua

---

4. No hay nada más dulce que mi amor.

no conocía, si no hubiera sido por la alegría natural que formaba su carácter, estaba contentísima de hallar con quien hablar. En cuanto a Cristóbal, era para él un bien indecible hallar, en medio de sus ridículos burgueses, tan poco sinceros, aquella muchacha del mediodía, llena de savia popular. No conocía aún lo ficticio de estas naturalezas, que, a diferencia de los alemanes, no tienen ni en el espíritu ni en el corazón sino lo que manifiestan, y con frecuencia ni aun eso.

Pero a lo menos era joven. Vivía y decía con franqueza, y hasta en crudo, lo que pensaba. Lo juzgaba todo con libertad, y sus juicios estaban llenos de frescura y novedad. Parecía que participaba algo del carácter del mistral de su país, que barre las brumas. Poseía excelentes dotes. Aunque falta de cultura y de reflexión, comprendía inmediatamente y con todo su corazón —hasta el punto de sentirse sinceramente emocionada— las cosas bellas y buenas; pero un momento después se reía a carcajadas. Seguramente era coqueta y sus ojos eran expresivos, no le desagradaba enseñar sus brazos y su garganta por la abertura del peinador, y hubiera deseado trastornar a Cristóbal, pero lo hacía por puro instinto, sin cálculo alguno por su parte; prefería más aún reír, hablar alegremente como buen camarada, libremente y sin cumplidos. Le refirió las miserias íntimas de la vida teatral, sus pequeñeces de Jezabel —así llamaba a la gran comediente—, que mostraba el mayor interés en no permitirle brillar. Él le confió los motivos de queja que tenía acerca de los alemanes: ella batió palmas e hizo coro con el joven. Por otra parte, era buena y no quería hablar mal de nadie; pero esto no le impedía hacerlo, y, al mismo tiempo que se acusaba sinceramente de malignidad cuando se burlaba de alguien, poseía buena dosis de humor burlón, y ese don de observación realista y bufonesca propio de la gente del mediodía. No podía resistir a su influencia y hacía retratos muy mordaces. Sonreía alegremente con sus labios pálidos, que dejaban en descubierto sus pequeños y blancos dientes. En su rostro, algo descolorido por los afeites, brillaban los ojos grandes y ojerosos. Echaron de ver de pronto que hacía más de una hora que estaban hablando. Cristóbal propuso a Corina —tal era su nombre de teatro— ir a

buscarla por la tarde para hacerle conocer la ciudad. Le encantó a ella la idea, y se citaron para después de comer. Cristóbal acudió puntual a la cita. Cosima estaba sentada en el saloncito del hotel y tenía en la mano un cuaderno en que leía en voz alta. Le acogió sonriente, sin interrumpir su lectura, hasta que hubo terminado su frase.

Después le hizo señas para que se sentase a su lado en el canapé:

—Póngase usted aquí y no hable; estoy repasando mi papel y tengo aún para un cuarto de hora.

Seguía ella en el manuscrito, con la punta del dedo, leyendo muy de prisa y a la ventura, como una muchacha ansiosa de acabar. Se ofreció él a tomarle su lección de memoria. Ella le dio el cuaderno y se levantó para repetir. Mascullaba o repetía cuatro veces el fin de una frase antes de empezar la siguiente. Sacudía la cabeza mientras recitaba su papel y sembraba las horquillas por la habitación. Y cuando tropezaba con una palabra difícil de retener, tenía impacencias de niña mal educada. A veces se le escapaba algún juramento y alguna palabrota muy común y muy corta con que se apostrofaba a sí misma. Cristóbal se hallaba sorprendido de aquella mezcla de talento y de niñería. La joven solía hallar entonaciones conmovedoras y exactas, pero en lo mejor de un parlamento en que parecía poner todo su corazón, se le ocurría soltar palabras sin sentido. Repetía su lección como un papagayo, sin inquietarse por lo que aquello significaba, lo cual daba lugar a burlescos retruécanos. Esto nada le importaba y cuando lo echaba de ver, se reía a carcajadas. Al fin dijo: “¡Se acabó!”. Le arrancó el cuaderno de las manos, lo tiró a un rincón de la habitación, y dijo:

—¡Basta de trabajo! ¡Ha dado la hora, vámonos de paseo!

Cristóbal le preguntó, por escrúpulo, sintiendo alguna inquietud con respecto a su papel:

—¿Cree usted que lo sabrá?

Ella respondió con seguridad:

—¡Ya lo creo! ¿Para qué sirven los apuntadores?

Pasó a su cuarto. Entretanto, se sentó Cristóbal ante el piano y tocó algunos acordes. Ella gritó desde la habitación inmediata:  
—¡Oh! ¿Qué es eso? Siga usted tocando. ¡Qué bonito es!

Acudió en seguida mientras se sujetaba el sombrero y él siguió tocando. Cuando acabó le rogó que continuase. Se extasiaba lanzando esas interjecciones menudas y graciosas a que están tan acostumbradas las francesas y que prodigan igualmente a propósito de *Tristán* y de una taza de chocolate. Esto hacía reír a Cristóbal, pues contrastaba con las exclamaciones enormes, enfáticas y macizas de sus alemanes. Eran dos exageraciones contrarias: la una tendía a hacer de un juguétillito una montaña, y la otra, de una montaña un juguétillito. Ambas eran igualmente ridículas; pero por el momento la primera le parecía más amable por oírla en una boca amada. Corina quiso saber qué era lo que tocaba, y cuando supo que era de su composición, lanzó gritos de entusiasmo.

Él le había dicho ya en su conversación de por la mañana que era compositor, pero la joven no se había fijado en ello. Se sentó a su lado y le exigió que tocase todo lo que había compuesto. Olvidaron el paseo. Y no era aquello simple cortesía de su parte, pues adoraba la música y poseía un instinto admirable que suplía lo escaso de su instrucción. Él no la tomó en serio al principio y le tocó sus melodías más fáciles. Pero habiendo tocado por casualidad una página de las que él estimaba más, vio que era también la que ella prefería sin que él le hubiese dicho nada, y esto le procuró una agradable sorpresa. Con el cándido asombro de los alemanes cuando encuentran un francés excelente músico, le dijo:

—Es curioso, ¡qué buen gusto tiene usted! ¡Nunca lo hubiera creído!

Corina se le rió en sus barbas.

A partir de aquel momento, puso cuidado en escoger sus obras más difíciles para probar sus alcances, pero ella no parecía desconcertada por aquellos atrevimientos expresivos; y, después de una melodía muy especialmente llena de novedad, de cuyo mérito había llegado casi a dudar Cristóbal, porque no había

nunca logrado hacer que gustase en Alemania, ¡cuál no fue su asombro cuando Corina le rogó que la empezase de nuevo y, levantándose, empezó a cantar las notas de memoria, sin equivocarse casi en nada!

Se volvió Cristóbal hacia la joven y cogiéndole las manos con efusión, exclamó: ¡Pero si es usted una gran música!

Ella se echó a reír y le explicó que había empezado su vida teatral como cantante en un teatro de ópera de provincia, pero que un empresario de los que organizan giras artísticas había reconocido sus disposiciones para el teatro poético y la había impulsado a seguir aquella carrera. Cristóbal exclamó: ¡Qué lástima!

—¿Por qué? —dijo la joven—. Se hizo explicar el sentido de sus *Lieder*; él le decía las palabras alemanas, y ella las repetía, remedando hasta la manera de mirar y de pronunciar las palabras. Cuando trataba después de cantarlas de memoria, cometía errores graciosísimos y, cuando no sabía, inventaba palabras de sonoridades guturales y bárbaras, que les hacían reír a ambos. Ella no se cansaba de hacerle tocar ni él de tocar para darle gusto, y de oír su linda voz. Corina no conocía las tretas del oficio y cantaba como una niña, pero su voz tenía algo de frágil y conmovedor. Le decía ella francamente lo que pensaba. Aunque no sabía explicar por qué le gustaba o no le gustaba una cosa, sus juicios tenían siempre alguna razón oculta. Y, cosa curiosa, precisamente en las páginas más clásicas y más estimadas en Alemania, es en las que se sentía más cohibida: hacía algunos cumplidos por cortesía, pero se veía que no salían del corazón. Como carecía de cultura musical, no tenía tampoco ese placer que procura inconscientemente a los aficionados y hasta a los artistas lo ya oído, y que les hace con frecuencia reproducir sin darse cuenta de ello, o preferir, en una obra nueva, formas o fórmulas que ya les habían gustado en obras antiguas. Tampoco tenía el gusto alemán por el sentimentalismo melodioso —o, a lo menos era distinto su sentimentalismo: cuyos defectos no conocía él aún—. No se extasiaba con los pasajes algo sosos preferidos en Alemania. No logró distinguir lo más mediano que había en los *Lieder*, una melodía

que él hubiera querido poder destruir, porque sus amigos sólo le hablaban de ella deseosos de poderle hacer algún cumplimento. El instinto dramático de Corina, le hacía preferir las melodías que reflejaban con franqueza una pasión bien determinada, y eran éstos precisamente los que él estimaba más. Sin embargo, no dejaba de manifestar la poca simpatía que le inspiraban ciertas rudezas de armonía, que parecían naturales en Cristóbal; experimentaba una especie de violento choque al oírlas, se paraba y preguntaba “si era así”. Cuando él le respondía que sí, se decidía a saltar el paso difícil, pero hacía una ligera mueca que no dejaba de notar Cristóbal. Con frecuencia prefería ella pasar aquel compás y él lo repetía en el piano.

—¿No le gusta a usted esto? —le preguntaba.

Ella le respondía, frunciendo la nariz:

—Eso es falso.

—No —contestaba él riendo—. Es exacto. Reflexione usted en lo que dice.

Pero ella seguía moviendo la cabeza con aire de duda.

—Puede ser, pero me suena a falso.

Le chocaban también algo los grandes cambios de voz en la declamación alemana.

—¿Por qué habla usted tan fuerte, puesto que está usted solo? ¿No teme usted que los vecinos le oigan? Parece —no tome usted a mal la comparación— que está llamando a alguien que se halla lejos.

Él no se incomodaba: reía de buen grado y reconocía que no le faltaba razón. Estas observaciones le divertían, pues hasta entonces nadie se las había hecho. Convinieron en que la declamación cantada deforma con mucha frecuencia la palabra natural a la manera de un cristal de aumento. Corina pidió a Cristóbal que escribiera para ella la música de una pieza, en la que recitaría con acompañamiento de orquesta, cantando de vez en cuando algunas frases. Le causó gran entusiasmo esta idea, a pesar de las dificultades que presentaba para realizarla en la escena, porque la voz musical de Corina le parecía muy a propósito para ello, e hicieron proyectos para lo porvenir.



No faltaba mucho para las cinco cuando pensaron en salir. En aquella estación la noche llegaba pronto. No había, pues, que pensar en pasarse. Corina tenía ensayo en el teatro y nadie podía asistir a él. Le hizo prometer que iría a buscarla al día siguiente, después de mediodía, para dar el proyectado paseo.

\* \* \*

113

Al día siguiente estuvo a punto de renovarse la misma escena. Halló a Corina delante de su espejo encaramada en un alto taburete, con las piernas colgando. Estaba probándose una peluca. Se hallaban en la habitación una camarera y un peluquero de la ciudad al que hacía algunas recomendaciones acerca de un bucle que quería que estuviese más levantado. Mientras se miraba en el espejo, veía en él a Cristóbal que sonreía: ella le sacó la lengua. El peluquero se marchó con la peluca y ella se volvió alegremente hacia Cristóbal, diciéndole: ¡Buenos días, amigo mío! Al mismo tiempo le presentó la mejilla para que la besase. Él no esperaba semejante prueba de intimidad, pero se guardó muy bien de no aprovecharla. Ella no daba tanta importancia a semejante favor, que consideraba como un simple saludo.

—¡Oh!, estoy contenta —dijo—; la cosa irá bien esta noche (hablaba de su peluca). No puede usted figurarse lo desconsolada que estaba. Si hubiera usted venido esta mañana, me hubiera compadecido.

Él le preguntó por qué.

Porque el peluquero parisiense se había equivocado y le había enviado una peluca que no convenía a su papel.

—Era enteramente lisa y sin gracia —decía—. Cuando la vi, lloré como una Magdalena. ¿No es verdad, señora Desiré?

—Cuando entré —dijo ésta— me dio miedo el estado en que se encontraba la señora. Estaba pálida como una muerta.

Cristóbal se echó a reír, y Corina, que le vio en el espejo, dijo indignada:

—¿Le hace a usted reír eso?, hombre sin corazón.

Y se echó a reír a su vez.

Le preguntó qué tal había sido el ensayo de la víspera.

114 Todo marchó admirablemente. Ella hubiera querido que hubieran hecho más cortes en los papeles de los demás y menos en el suyo. Hablaron de tal suerte, que se les pasó una buena parte de la tarde. Se vistió luego despacio, divirtiéndose en pedir a Cristóbal su parecer acerca de su traje. Cristóbal alabó su elegancia y le dijo cándidamente, en su jerga franco-alemana, que jamás había visto a una persona tan “lujuriosa”. Le miró ella al principio desconcertada, pero al fin prorrumpió en una enorme carcajada.

—¿Qué he dicho? —preguntó él—. ¿No es así como se dice?

—Sí, sí —gritó ella riendo a más y mejor—. Así se dice precisamente.

Salieron al fin, y su traje llamativo y su palabra exuberante llamaban la atención. Ella lo miraba todo con sus ojos de francesa burlona, sin preocuparse de disimular sus impresiones. Lanzaba carcajadas ante los escaparates de las tiendas de modas o ante las tiendas de tarjetas postales ilustradas, donde se veían confundidas escenas sentimentales, escenas bufas y atrevidas, las prostitutas de la ciudad, la familia imperial, el emperador con casaca roja o con casaca verde, o vestido con traje de marino, teniendo entre las manos el timón del barco *Germania* y desafiando al cielo. Lo mismo le sucedía al ver un servicio de mesa adornado con la adusta cabeza de Wagner o al contemplar en el escaparate de un peluquero, una cabeza de hombre, de cera. Manifestaba una hilaridad poco decorosa ante el monumento patriótico que representaba al viejo Emperador con capa de viaje y casco, en compañía de la Prusia, de los Estados alemanes y del genio de la guerra, completamente desnudo. Se fijaba al paso en todo lo que podía ser motivo de burla en la fisonomía de las personas, en su andar o en su modo de hablar. Sus víctimas no podían equivocarse al ver la maliciosa mirada que escudriñaba sus ridiculeces. Su instinto simiesco le hacía a veces imitar, sin darse cuenta de ello con los labios y con la nariz, las muecas que sorprendía en los transeúntes; hinchaba los carrillos para repetir fragmentos de frases o palabras que había cogido al vuelo y cuya

sonoridad le parecía burlesca. Se reía Cristóbal con toda su alma sin que le molestasen en modo alguno sus impertinencias, porque él usaba la misma libertad. Felizmente, su reputación no tenía mucho que perder; de otra suerte semejante paseo hubiera bastado para echarla a pique.

Visitaron la catedral, Corina quiso subir hasta lo alto del campanario, a pesar de sus altos tacones y de su vestido de cola que iba barriando los escalones y que acabó por engancharse en un recodo de la escalera. No se alteró por ello, sino que tiró sin miramiento, crujió la tela y ella siguió subiendo, recogándose las faldas; poco faltó para que no tocasen las campanas. Desde lo alto de las torres declamó versos de Víctor Hugo, de los que él no comprendía una palabra, y cantó una canción popular francesa. Después de esto imitó al almuédano de los musulmanes. Iba cayendo el crepúsculo. Bajaron de nuevo a la iglesia, en donde la espesa sombra iba subiendo a lo largo de los gigantescos muros, en lo alto de los cuales brillaban las mágicas pupilas de las vidrieras. Cristóbal vio arrodillada en una de las capillas laterales, a la joven que había sido su compañera de palco en la representación de *Hamlet*. Estaba tan absorta en su oración que ella no le vio; tenía una expresión tan dolorosa que le llamó la atención. Hubiera querido decirle algunas palabras, a lo menos saludarla; pero Corina le arrastró como un torbellino.

Se separaron poco después. Tenía ella que prepararse para la función que empezaba temprano, según costumbre de Alemania. Apenas acababa Cristóbal de volver a su casa, cuando llamaron a la puerta para entregarle esta esquelita de Corina:

“¡Qué suerte, Jezebel está enferma! No hay función... ¡Viva la libertad! Venga usted, amigo mío, comeremos juntos. Su amiga,

Corineta.

P. D. ¡Traiga usted mucha música!”.

Le costó algún trabajo comprender la esquila, pero cuando la comprendió, se alegró tanto como Corina y se dirigió

inmediatamente al hotel. Temió hallar a toda la compañía reunida para comer; pero no vio a nadie. La misma Corina había desaparecido. Al fin oyó su voz sonora y risueña, en el fondo de la casa. Se puso a buscarla y logró descubrirla en la cocina. Se le había metido en la cabeza hacer un plato de su cosecha, uno de esos platos meridionales cuyo aroma exuberante llena todo un barrio, y sería capaz de despertar a las piedras. Estaba en los mejores términos con su patrona, y chapurreaban juntamente una espantosa jerigonza, mezcla de alemán y francés, que no tenía nombre de ninguna lengua. Reían a carcajadas y se daban a probar mutuamente sus productos. La aparición de Cristóbal aumentó el escándalo. Quisieron impedirle la entrada, pero él se defendió y logró también probar el famoso plato. Hizo una ligera mueca, por lo cual le trató ella de bárbaro teutón y dijo que no valía la pena de darse tanto trabajo por él. Subieron juntos al saloncito, donde estaba puesta la mesa, con sólo dos cubiertos, para él y para Corina. No pudo menos de preguntar dónde estaban sus compañeros. Corina le respondió con indiferencia:

—No lo sé.

—¿No cenan ustedes juntos?

—¡Jamás! ¡Ya es bastante vernos en el teatro! ¡No faltaba más sino que tuviéramos que vernos también en la mesa!

Difería esto tanto de las costumbres alemanas, que no pudo menos de admirarse y alegrarse.

—¡Yo creía —dijo— que eran ustedes un pueblo sociable!

—¡Cómo! —dijo ella—, ¿acaso no soy yo sociable?

—Sociable quiere decir que vive en sociedad. ¡Para eso hay que vernos a nosotros! Hombres, mujeres y niños forman parte de alguna sociedad, desde su nacimiento hasta su muerte. Todo se hace en sociedad: se come, se canta y se piensa. Cuando la sociedad estornuda, cada uno estornuda a su vez. No se bebe un vaso de cerveza a no ser en compañía de la sociedad.

—Eso debe de ser muy divertido —dijo Corina—. ¿Y por qué no en el mismo vaso?

—¿No es eso fraternal?

—¡Cargue el diablo con la fraternidad! Yo quiero ser “fraternal” con los que me gustan, pero no con los demás... ¡Qué asco! ¡Eso no es una sociedad, sino un hormiguero!

—¡Calcule usted cuán a gusto debo estar aquí, pensando como usted!

—¡Véngase usted a nuestro país!

Él no deseaba otra cosa. Le hizo algunas preguntas acerca de París y de los franceses, y ella le dio informes que no estaban muy de acuerdo con la realidad. A su charla de meridional se unía el deseo instintivo de deslumbrar a su interlocutor. De creerla, en París todo el mundo vivía con la mayor libertad, y, como todo el mundo era inteligente, nadie abusaba. Cada uno hacía lo que le agradaba, pensaba, creía y tenía sus preferencias, sin que nadie tuviese nada que oponer. No era seguramente allí donde podía verse a la gente meterse en los asuntos de los demás, espiar las conciencias o tratar de dirigir los pensamientos. Allí, los hombres políticos no se metían en asuntos de letras y de artes, ni distribuían las cruces, puestos y dinero a sus amigos y clientes. No existían cenáculos que dispusiesen de la reputación y del éxito, ni periodistas que se dejasen comprar, literatos que se diesen con el incensario en las narices cuando no podían romperse la cabeza con él. Allí no ahogaba la crítica a los talentos desconocidos, ni se deshacía en adulaciones con los talentos consagrados. Allí no era el éxito un dios que lo justificase todo y que impusiese la adoración pública. Las costumbres eran suaves, afectuosas y llenas de obsequiosidad. No había acritud en las relaciones ni había nunca lugar a la maledicencia. Cada uno ayudaba a los demás.

Cualquier recién llegado que tuviese mérito, estaba seguro de hallar manos amigas y de ver allanarse el camino ante su paso. El puro amor de lo bello llenaba por completo a aquellas almas de franceses caballerescos y desinteresados, y su único lado ridículo era su idealismo que, no obstante su reconocido ingenio, les hacía ser víctimas de los demás pueblos.

Cristóbal la escuchaba con la boca abierta y en verdad no le faltaba motivo para maravillarse. Corina misma se maravillaba de lo que decía. Había olvidado lo que había dicho a Cristóbal el

día antes acerca de las dificultades de su vida pasada y él mismo tampoco se acordaba de ello.

118 Sin embargo, Corina no se preocupaba únicamente de hacer amar su patria a los alemanes: no tenía menos interés en hacer amar su persona. Una velada entera, sin *flirt*, le hubiera parecido austera y algo ridícula. Hacía lo posible por soliviantar a Cristóbal, pero era trabajo perdido, pues él no se daba cuenta de ello. No sabía lo que era flirtear. O amaba o no amaba. Cuando no amaba, se hallaba a mil leguas de pensar en el amor. Le inspiraba Corina viva amistad, se hallaba bajo el encanto de aquella naturaleza meridional tan nueva para él, de su amable gracia, de su buen humor y de su inteligencia viva e independiente: eran éstas razones más que sobradas para inspirar amor; pero “el espíritu sopla donde quiere”, y no soplaba por aquel lado. En cuanto a fingir amor, no sintiéndolo, jamás se le hubiera ocurrido.

A Corina le divertía su frialdad. Sentada a su lado, ante el piano, mientras él tocaba las piezas que había llevado, le había echado el brazo por el cuello y, para seguir la música, se inclinaba hacia el teclado apoyando casi su cara en la de su amigo. Él sentía el roce de sus párpados y veía muy cerca el rabillo de sus ojos burlones, su amable y animado hociquillo y el ligero vello que adornaba sus risueños labios. Ella esperaba, pero Cristóbal no comprendió. Corina le impedía tocar: es todo lo que se le ocurría. Maquinalmente se desaprendió y apartó su silla. Como un momento después se volviese hacia ella para dirigirle la palabra, vio que hacía esfuerzos por contener la risa. Se reían los hoyuelos de sus mejillas. Apretaba los labios haciendo esfuerzos para no soltar una carcajada.

—¿Qué le pasa a usted? —dijo asombrado.

Le miró Corina y prorrumpió en una ruidosa carcajada.

Él no comprendía una palabra.

—¿Por qué se ríe usted? ¿Acaso tengo monos en la cara?

Cuanto más insistía, más se reía, y cuando parecía estar a punto de acabar de reír, le bastaba contemplar su aire de asombro para reanudar sus carcajadas. Se levantó, corrió al canapé que estaba al otro extremo de la habitación y ocultó la cara entre los

cojines, para reír a su gusto; la risa agitaba todo su cuerpo. A su vez se sintió contagiado por la risa, se dirigió hacia ella y le dio algunos golpecitos en la espalda. Cuando Corina se hartó de reír, alzó la cabeza, se limpió los ojos y le alargó ambas manos.

—¿Qué buen muchacho es usted!

—No soy ni más bueno ni más malo que los demás.

Ella seguía riendo de vez en cuando, sin soltarle las manos.

—¿No es seria la francesa? —dijo, pronunciando la palabra como Cristóbal. 119

—Se burla usted de mí —dijo con buen humor.

Ella le miró con cariño, le sacudió enérgicamente las manos, y dijo;

—¿Somos amigos?

—Amigos —respondió él, devolviéndole el apretón.

—Cuando Corineta no esté aquí, ¿pensará usted en ella? ¿No le guardará rencor a la francesa por su poca seriedad?

—¿Y usted, no se lo guardará al bárbaro teutón por su simpleza?

—Por eso se le quiere... ¿Vendrá usted a verla a París?

—Se lo prometo... ¿Y usted, me escribirá?

—Se lo juro. Diga usted también: “Se lo juro”.

—Se lo juro.

—No, así no, hay que extender la mano. Ella imitó el juramento de los Horacios e hizo prometer a Cristóbal que escribiría para ella una pieza, un melodrama que se traduciría en francés y se representaría en París. Debía partir al día siguiente con su compañía. Él se comprometió a ir a verla a los dos días, a Francfort, donde debían dar una representación. Siguieron charlando juntos. Regaló a Cristóbal una fotografía que la representaba con el busto casi desnudo. Se separaron alegremente besándose como hermanos. Y a decir verdad, desde que Corina se convenció de que Cristóbal la quería mucho, pero que decididamente no estaba enamorado de ella, resolvió quererle también como a un buen camarada.

Ambos pasaron tranquilamente la noche. Él no pudo ir a despedirla al día siguiente, porque tenía ensayo a la misma hora,

pero al otro día se arregló, como se lo había prometido, para ir a Francfort. Sólo había dos o tres horas de ferrocarril. Corina no creía en la promesa de Cristóbal, pero este la había tomado muy en serio, y allí estaba a la hora de la función. Cuando, durante el entreacto, fue a llamar a la puerta del camerino donde se estaba vistiendo, prorrumpió la joven en alegres exclamaciones de sorpresa y se echó a su cuello con su exuberancia habitual. Le agradecía sinceramente el que hubiese ido; pero desgraciadamente para Cristóbal, se hallaba mucho más entusiasmada en aquella ciudad de judíos ricos e inteligentes, que sabían apreciar su belleza presente y su éxito futuro. A cada momento llamaban a la puerta del camarín, que abría para dar paso a sus admiradores que le dirigían sosos requiebros con áspero acento. Corina coqueteaba naturalmente con ellos y guardaba luego el mismo tono afectado y provocador para hablar con Cristóbal, a quien causaba esto viva irritación. Por otra parte, no le producía el menor placer el tranquilo impudor con que procedía en su presencia a los detalles de su tocado, algunos de los cuales hasta le inspiraban profundo asco. Estuvo a punto de marcharse sin despedirse de ella, inmediatamente después de la representación; pero, cuando le dijo adiós, excusándose por no poder asistir a la cena que debían ofrecerle al terminar la función, manifestó Corina tanta pena y expresada con tanta gracia, que no llevó a cabo su resolución. Hizo que le llevaran un horario del ferrocarril para demostrarle que podía y hasta debía permanecer aún una hora larga en su compañía. Él, que sólo deseaba dejarse convencer, asistió a la cena y hasta supo escuchar sin demasiado fastidio las vulgaridades que allí se dijeron, y no mostrar demasiada irritación por los melindres que hacía con el primer monigote que se presentaba. No había medio de guardarle rencor. Era una buena muchacha sin educación moral, perezosa, sensual, amiga del placer, y puerilmente coqueta; pero al mismo tiempo tan leal y tan buena que no era posible enfadarse por sus defectos, que nacían de una naturaleza tan espontánea y sana. Sentado en frente de ella, oyéndola hablar, contemplaba Cristóbal su rostro animado, sus hermosos ojos brillantes, y su sonrisa italiana, sonrisa en que hay una mezcla de



bondad, de agudeza y sensualidad. La veía con más claridad que antes. Ciertos rasgos le recordaban a Ada; por ejemplo, ciertos gestos, ciertas coqueterías sensuales, algo groseras, propias del eterno femenino. Pero lo que más le gustaba en ella, era la naturaleza meridional y generosa, que no se muestra avara de sus dones, que se divierte en fabricar no bellezas de salón e inteligencias de novela, sino seres armoniosos, cuyo cuerpo y espíritu están hechos para desarrollarse al aire libre y al sol. Cuando Cristóbal se marchó, se levantó ella de la mesa para despedirse de él aparte. Se besaron nuevamente y renovaron sus promesas de escribirse y de verse.

121

Tomó el tren para volver a su casa. En una de las estaciones intermedias, aguardaba el tren que iba en sentido inverso del suyo. Precisamente, en el vagón que estaba parado en frente del suyo, en un coche de tercera, vio Cristóbal a la joven francesa que había asistido con él a la representación de *Hamlet*. Ella vio también a Cristóbal, y ambos quedaron sorprendidos. Se saludaron en silencio y permanecieron inmóviles, sin atreverse a mirarse. Sin embargo, con una rápida ojeada había visto Cristóbal que la joven tenía una toca de viaje y una vieja maleta a su lado.

No se le ocurrió la idea de que abandonaba aquel país, sino de que iba a hacer una breve excursión. No sabía si debía hablarle: vaciló, preparó las palabras que quería dirigirle, e iba a bajar el cristal de la ventanilla para decirle algunas palabras, cuando sonó la señal de partida. Renunció, pues, a hablarle. Pasaron algunos segundos antes de que el tren se pusiese en marcha. Se miraron frente a frente; se hallaban respectivamente solos en su vagón, con la frente apoyada contra el cristal, y, en medio de la noche que los rodeaba, se sondeaban mutuamente con la vista. Los separaba una doble ventana. Si hubieran extendido el brazo, hubieran podido tocarse sus manos. ¡Qué cerca y qué lejos! Se movieron pesadamente los vagones. Ella le seguía mirando, no sintiendo ya timidez, precisamente en el momento que se separaban. Estaban tan absortos en su mutua contemplación, que no pensaron ni aun en saludarse por última vez. Ella se alejaba lentamente. Él la vio desaparecer y el tren que la conducía se perdió

en la oscuridad de la noche. Como dos mundo errantes, habían pasado un momento, uno junto a otro, en el espacio infinito, y se alejaban tal vez para la eternidad.

122 Cuando la joven desapareció, sintió Cristóbal el vacío que aquella mirada desconocida acababa de abrir en su ser; no comprendió por qué, pero el vacío existía. Soñoliento, con los párpados medio cerrados, recostado en un extremo del vagón, sentía en sus ojos el contacto de aquellos ojos, y todos sus demás pensamientos, se borraban para sentirlos mejor. La imagen de Corina mariposeaba por fuera de su corazón, como un insecto que revolotea al otro lado de los cristales; pero él no la dejaba entrar. La halló, sin embargo, de nuevo, al salir del vagón, a su llegada, cuando el aire fresco de la noche y su paso por las calles de la ciudad dormida, le hicieron salir de aquella especie de entorpecimiento. Sonreía al recordar a la graciosa actriz con una mezcla de irritación y de placer, según que recordaba alternativamente sus maneras afectuosas o sus coqueterías vulgares.

—¡Qué diablo de francesas! —gruñía riendo por lo bajo, mientras se desnudaba sin ruido a fin de no despertar a su madre.

Entonces, recordó una frase que había oído la noche del palco:

—Hay otras también.

Su primer encuentro con Francia, planteaba ante él el enigma de su doble naturaleza; pero como todos los alemanes, no se inquietaba por resolverlo y repetía tranquilamente, pensando en la joven del vagón:

—No parece francesa.

¡Como si correspondiese a un alemán definir lo que es francés y lo que no lo es!

\* \* \*

Francesa o no, le preocupaba, porque a media noche se despertó con el corazón oprimido: acababa de recordar la maleta colocada en el asiento del vagón junto a la joven; y bruscamente cruzó por su mente la idea de que la viajera se había marchado

definitivamente. A decir verdad, hubiera debido ocurrírsele esta idea desde el primer momento, pero no había pensado en ello. Sentía una sorda tristeza, se encogió de hombros en la cama, y dijo para sí:

—¿Qué puede importarme eso? Nada tengo que ver con ello. Después se volvió a dormir.

Pero al día siguiente, la primera persona con quien tropezó al salir, fue Manheim, que le llamó “Blücher” y le preguntó si se había propuesto conquistar toda la Francia. Gracias a aquella gacetilla viviente supo que la historia del palco había tenido un éxito que excedía a toda ponderación, y a todas sus esperanzas:

—¡Gracias a ti! ¡Gracias a ti! —gritaba Manheim—. Eres un grande hombre y yo soy a tu lado un pigmeo.

—¿Qué es lo que he hecho? —dijo Cristóbal.

—¡Eres admirable! —repuso Manheim—. ¡Te tengo envidia! ¡Soplarle el palco en sus barbas a los Grünebaum, e invitar en su lugar a su institutriz francesa, eso es el colmo ¡Jamás se me hubiera ocurrido!

—¿Era la institutriz de los Grünebaum? —dijo Cristóbal, estupefacto.

—Sí, échatelas de inocente, te lo aconsejo... Papá está furioso; los Grünebaum, ¡no te digo nada! No se han andado con chiquitas y han echado a la calle a la muchacha.

—¡Cómo! —gritó Cristóbal—, ¿la han despedido? ¿Despedido por mi causa?

—Pero, ¿no lo sabías? —dijo Manheim—. ¿No te lo ha dicho ella?

Cristóbal estaba inconsolable.

—Amigo mío, no pases tan mal rato —dijo Manheim—, la cosa no tiene importancia. Además, era cosa de esperar tan pronto como los Grünebaum llegasen a saber...

—¿El qué? —gritaba Cristóbal.

—¡Que era tu querida, par diez!

—Ni siquiera la conozco. No sé quién es.

Manheim se sonrió, como diciendo:

—¿Tú crees que me mamo el dedo?

Cristóbal se incomodó. Pidió a Manheim que le hiciese el honor de creer lo que él afirmaba. Manheim dijo:

—En ese caso, la cosa es aún más cómica.

Cristóbal estaba furioso y hablaba de ir a ver a los Grünebaum, de decirles lo que venía al caso y de justificar a la joven. Manheim lo disuadió de ello.

—Amigo mío —le dijo—, todo lo que les digas sólo conseguirá convencerlos más aún de lo contrario. Además, es demasiado tarde. La muchacha está ya lejos.

Cristóbal, con la muerte en el alma, procuró hallar la pista de la joven francesa, pues quería escribirle y pedirle perdón, pero nadie sabía una palabra de ella. Los Grünebaum, a quienes se dirigió, le mandaron a paseo; ellos mismos no sabían adonde había ido, ni se preocupaban por ello. La idea del daño que había causado por querer hacer bien, atormentaba a Cristóbal como un torcedor continuo. Se unía a esto una misteriosa atracción que ejercían sobre él en silencio aquellos ojos que habían desaparecido. Atracción y remordimiento parecieron borrarse, arrastrados por la ola de los días y de los pensamientos nuevos, pero persistieron oscuramente en el fondo de su alma. Cristóbal no olvidaba a la que llamaba su víctima y había jurado que la volvería a ver. Sabía que tenía muy pocas probabilidades de ello, y, sin embargo, estaba seguro de que así sucedería. En cuanto a Corina, jamás respondió a las cartas que le escribía; pero tres meses después, cuando menos lo esperaba, recibió de ella un telegrama de cuarenta palabras, en que decía mil disparates, aplicándole cariñosos calificativos y preguntándose si seguían queriéndose siempre. Después, y tras un nuevo silencio de cerca de un año, recibió una carta borrajada con su enorme letra infantil y con pretensiones, en que le dirigía algunas palabras afectuosas y cómicas.

Después se acabó. No le había olvidado, pero no tenía tiempo de pensar en él.

\* \* \*

Hallándose aún bajo el encanto de Corina y entusiasmado con las ideas que habían cambiado acerca del arte, soñó Cristóbal con escribir la música de una obra en que Corina representaría y cantaría al mismo tiempo, es decir, una especie de melodrama poético. Este género del arte, que en otro tiempo gozó de tanto favor en Alemania, que fue admirado apasionadamente por Mozart y practicado por Beethoven, Weber, Mendelssohn, Schumann y todos los grandes clásicos, había caído en el mayor descrédito después del triunfo del wagnerismo, no contentos con proscribir todo melodrama nuevo, se aplicaban a arreglar melodramas y óperas antiguas; borraban con cuidado toda huella de diálogo hablado y escribían para Mozart, Beethoven o Weber recitados de su cosecha. Estaban convencidos de que prestaban de esta suerte un servicio a la gloria de los maestros, y de que completaban su pensamiento emporcando piadosamente sus obras.

125

Cristóbal, a quien las críticas de Corina habían hecho sentir con más vigor y frecuencia la fealdad de la declamación wagneriana, se preguntaba hacía ya tiempo si no era un verdadero contrasentido y un pecado contra la naturaleza acoplar en el teatro y encadenar juntos en el recitado la palabra y el canto: era lo mismo que si quisiesen enganchar en el mismo coche un caballo y un pájaro. La palabra y el canto tenían cada uno su ritmo. Podía comprenderse, en rigor, que un artista sacrificase cualquiera de estas dos artes, a sus preferencias, pero tratar de juntarlas era sacrificarlas a ambas: era pretender que el canto dejase de ser canto y encerrase su caudalosa corriente entre las monótonas orillas de un canal y que la palabra dejase de ser palabra y cubriese sus hermosos y desnudos miembros con pesadas y ricas telas que paralizasen sus gestos y pasos. ¿Por qué no dejarles a ambos su espontaneidad y la libertad de sus movimientos? Es semejante a una hermosa muchacha que camina alegre y con paso ágil a lo largo de un arroyuelo y que va soñando al andar; el bullicioso murmullo del agua mece sus ensueños y, sin darse cuenta de ello, va ajustando poco a poco sus pasos y su pensamiento al ritmo del arroyuelo. Libres ambas de esta suerte, música y poesía, caminarían juntas soñando y comunicándose sus ensueños. Seguramente no toda música ni toda poesía

se prestaban a semejante unión. Lo grosero de los ensayos que hasta entonces se habían hecho y de su interpretación daba armas a los adversarios del melodrama. Durante largo tiempo había compartido Cristóbal esta repugnancia. La estupidez de los autores que se encargaban de estos recitados hablados con acompañamiento instrumental, sin cuidarse del mismo, sin procurar fundir con él su voz, sino, al contrario, procurando que no se oyese más que a ellos, era capaz de irritar todo oído musical. Pero, después de haber gustado la armoniosa voz de Corina, aquella voz líquida y pura que se movía en la música como un rayo de luz en el agua, que adoptaba todos los contornos de la frase melódica y que era como un canto más fluido y más puro, había logrado entrever la belleza de un arte nuevo.

Tal vez tenía razón, pero carecía aún de experiencia suficiente para aventurarse sin peligro en un género que —si se quiere que sea hermoso y verdaderamente artístico—, es el más difícil de todos. Este arte reclama muy especialmente una condición esencial: la perfecta armonía de los efectos combinados del poeta, del músico y de los intérpretes. Cristóbal no se preocupaba de ello y se lanzaba con aturdimiento a un arte desconocido cuyas leyes sólo había llegado a presentir.

Su primera idea había sido revestir de música una obra fantástica de Shakespeare o la segunda parte de *Fausto*. Pero los teatros se mostraban poco dispuestos a hacer el ensayo que encontraban costoso y absurdo. No dudaban de la competencia de Cristóbal en materia de música, pero les causaba risa que se permitiese tener ideas acerca de la poesía y del teatro: no le tomaban en serio. El mundo de la música, y el de la poesía, parecían dos estados completamente extraños entre sí y animados de secreta hostilidad. Para penetrar en el Estado poético, fue preciso que Cristóbal aceptase la colaboración de un poeta, y no le fue posible escoger este colaborador. Él no hubiera consentido en ello, pues desconfiaba de su gusto poético y había llegado a persuadirse de que no comprendía una palabra de poesía; en realidad no comprendía nada de las poesías que admiraban en torno suyo. Con su honradez y obstinación habituales, se había empeñado a veces en

procurar sentir la belleza de tal o cual trozo, pero siempre había salido con las manos en la cabeza y avergonzado de sí mismo: decididamente no era poeta. A decir verdad, admiraba con pasión a ciertos poetas de otro tiempo y esto le consolaba en parte. Pero, sin duda no los admiraba como era preciso admirarlos. ¿No se había permitido una vez expresar la extraña idea de que sólo son grandes poetas los que siguen siendo grandes aun después de traducidos en prosa, y hasta en prosa extranjera, y de que las palabras no tienen más valor que el del alma que expresan? Sus amigos se habían burlado de él, y Manheim le había tratado de hortera. No había intentado defenderse. Como veía diariamente por el ejemplo de los literatos que hablan de música el ridículo en que incurren los artistas que pretenden juzgar de un arte distinto del suyo, se resignaba —aunque no muy convencido, en el fondo, de su incompetencia poética—, y aceptaba a ojos cerrados los juicios de los que suponía más al corriente que él en el asunto. Por eso se dejó imponer, por sus amigos de la revista, la colaboración de uno de ellos, personaje del cenáculo decadente, Esteban von Hellmuth, que le llevó una *Ifigenia* de su cosecha. Era aquella la época en que los poetas alemanes —como sus colegas de Francia— se ocupaban en rehacer todas las tragedias griegas. La obra de von Hellmuth era una de esas extraordinarias piezas greco-alemanas en que se mezclan Ibsen, Homero y Oscar Wilde; sin olvidar, por supuesto, algunos manuales de arqueología. Agamenón aparecía como neurasténico, Aquiles impotente, y ambos se desconsolaban profundamente por su estado; como es natural, sus quejas no mejoraban nada. Toda la elegía del drama se hallaba concentrada en el papel de Ifigenia, una Ifigenia neurótica y pedante, que daba lecciones a los héroes, declamaba furiosamente, exponía al público su pesimismo aprendido en Nietzsche y, ansiosa de morir, se degollaba a sí misma prorrumpiendo en carcajadas.

No había nada más contrario al espíritu de Cristóbal que aquella literatura enfática de ostrogodo degenerado que se disfrazaba de griego. Todos le decían que era una obra maestra, y él fue cobarde y se dejó persuadir. A decir verdad, estaba tan lleno de su

música que pensaba más en ella que en el texto. Le servía éste de lecho por donde dejaba correr las ondas de sus pasiones. Estaba lo más lejos posible de ese estado de abnegación y de personalidad inteligente que conviene al traductor musical de una obra poética. Pensaba únicamente en sí mismo, y ni aún se acordaba de la obra, aunque se guardaba muy bien de confesarlo. Por otra parte, se hacía ilusiones, viendo en el poema una cosa muy distinta de lo que contenía. Como le ocurría en su infancia, había llegado a forjarse en su cabeza una pieza muy otra de la que tenía a la vista. Sólo en el curso de los ensayos, echó de ver la obra tal cual era. Un día que presenciaba una escena, le pareció tan estúpida que creyó que los actores la desfiguraban, y tuvo la pretensión no sólo de explicársela en presencia del poeta, sino de explicársela al poeta mismo que defendía a los intérpretes. El autor se engalló y dijo muy picado que pretendía saber lo que había querido escribir. Cristóbal no se apeaba de su burro, y sostenía que Hellmuth no comprendía una palabra. La hilaridad general le hizo comprender que se ponía en ridículo. Calló pues, conviniendo en que después de todo, no era él el que había escrito los versos. Entonces comprendió la abrumadora nulidad de la obra, y quedó como aplastado; se preguntaba cómo había podido equivocarse de aquel modo, se llamaba imbécil y se tiraba de los cabellos. Por más que hacía para tranquilizarse a sí mismo: “Tú no entiendes nada de eso, no es cosa tuya, métete en tu música”, se sentía tan avergonzado por ciertas estupideces y sensiblerías enfáticas, así como por la patente falsedad de las palabras, gestos y actitudes, que había momentos en que le faltaban las fuerzas para levantar la batuta, y sentía ganas de ocultarse en la concha del apuntador. Era demasiado franco y muy poco diplomático para disfrazar su pensamiento. Todo el mundo lo echaba de ver: sus amigos, los actores y el autor. Hellmuth le decía con forzada sonrisa:

—¿Tampoco tiene esto el honor de agradar a usted?

Cristóbal respondía francamente:

—A decir verdad, no.

—¿No lo había leído usted al componer la música?



—Sí —decía cándidamente Cristóbal—, pero me equivocaba, había comprendido otra cosa.

—Es lástima que no escribiese usted mismo lo que comprendía.

—¡Oh! ¡Si yo hubiera podido! —decía Cristóbal.

El poeta, mortificado, criticaba por venganza la música. Se quejaba de que la música lo invadía todo, e impedía oír los versos.

129

Si el poeta no comprendía al músico ni éste al poeta, los actores no comprendían a ninguno de los dos, ni les importaba un comino. Buscaban únicamente en sus papeles, acá y acullá, frases que les sirviesen para sus efectos habituales. No trataban de adaptar su declamación a la tonalidad del trozo y al ritmo musical: ellos iban por un lado y la música por otro; se hubiera dicho que cantaban constantemente fuera de tono. Cristóbal rechinaba los dientes, y hacía inútiles esfuerzos por darles la nota: ellos le dejaban gritar y seguían imperturbablemente, pues ni siquiera comprendían lo que exigía de ellos.

Cristóbal lo hubiera enviado todo a paseo a no estar los ensayos tan adelantados y a no sentirse contenido por el temor de un pleito. Manheim, a quien comunicó su estado de desaliento, se burló de él:

—¿Qué importa eso? —le respondió—. Todo va a pedir de boca. ¿Que no os comprendéis uno a otro? ¿Qué tiene eso de particular? ¿Quién ha comprendido jamás una obra, fuera de su autor? ¡Y hasta es una suerte si la llega a comprender él mismo!

A Cristóbal le atormentaba la estupidez del poema que, según decía, haría fracasar su música. Manheim no tenía dificultad en reconocer que el poema no tenía sentido común y que Hellmuth era un cernícalo; pero esto le tenía sin cuidado: Hellmuth daba buenas comidas y tenía una mujer muy linda. ¿Qué más necesita la crítica? Cristóbal se encogía de hombros, diciendo que no tenía tiempo para escuchar tonterías.

—Pero si no son tonterías —decía Manheim, riendo—. ¡Vea usted lo que es la gente grave! No tiene la menor idea de lo que importa en la vida.

Y aconsejaba a Cristóbal que no se preocupase tanto por las cosas de Hellmuth, sino que pensase en las suyas. Hasta le incitó a que hiciese algún reclamo. Cristóbal se negó a ello con indignación. A un *reporter* que fue a solicitar una *interview*, acerca de su vida, le respondió furioso:

—¿Qué le importa a usted?

130 Y cuando le pedían su fotografía para una revista, estallaba de ira, gritando que, a Dios gracias, no era emperador para exponer su cabeza a la curiosidad de los transeúntes. Era imposible ponerle en relación con los salones influyentes, pues no respondía a las invitaciones, y cuando, por casualidad; tenía que aceptar, se olvidaba de asistir o lo hacía de tan mal talante que parecía haberse empeñado en mostrarse desagradable con todo el mundo. Para colmo de desdicha, se indispuso con su revista dos días antes de la representación.

\* \* \*

Sucedió lo que tenía que suceder. Manheim había continuado revisando los artículos de Cristóbal, y no se andaba con remilgos para borrar líneas enteras. Cierta día tropezó Cristóbal en un salón con un pianista presumido a quien había dado una paliza y que se acercó a darle las gracias con su más amable sonrisa. Respondió él brutalmente que no había de qué, mientras que el otro insistía, confundiéndose en protestas de agradecimiento. Cortó Cristóbal la conversación, diciéndole que si estaba satisfecho del artículo, era cuenta suya, pero que no lo había escrito seguramente para darle gusto, y le volvió la espalda.

El pianista le tomó por un ente original y se fue riendo. Pero Cristóbal, que recordaba haber recibido poco tiempo antes una tarjeta en que le daba las gracias otra de sus víctimas, sintió cruzar por su mente una sospecha. Salió, fue a comprar en un kiosco de periódicos el último número de la revista, buscó su artículo y lo leyó. Por el momento, estuvo a punto de creer que se había vuelto loco, pero al fin comprendió, y, loco de rabia, corrió a las oficinas del *Dionisos*.

Se hallaban allí Waldhaus y Manheim, conversando con una actriz amiga suya. No tuvieron necesidad de preguntar a Cristóbal la causa de su llegada. Éste, tirando sobre la mesa el número de la revista, y sin pararse a tomar aliento, los apostrofó con inaudita violencia, gritando, tratándolos de sinvergüenzas, de bandidos, de falsarios y aporreando el pavimento con una silla. Manheim trataba de reír y Cristóbal quiso darle un puntapié en el trasero. Manheim se refugió detrás de la mesa riendo a carcajadas, pero Waldhaus tomó la cosa muy en serio. Muy digno y tieso, procuraba darle a entender, en medio de aquel escándalo, que no permitía que le hablasen de aquella manera, y alargaba su tarjeta a Cristóbal, diciéndole que aquello no acabaría así. Pero él le tiró la tarjeta a las narices, gritándole: “¡Mamarracho!... ¡No tengo necesidad de su tarjeta para saber quién es usted!... ¡Es usted un granuja y un falsario!... ¿Se figura usted que me voy a batir con usted?.. ¡Lo que usted merece es una paliza!...”

131

Se oían las voces desde la calle, y como la gente se paraba a escuchar, Manheim cerró las ventanas. La actriz, asustada, trataba de huir; pero Cristóbal cerraba el paso. Waldhaus, pálido y sofocado, y Manheim, tartamudeando y bromeando, trataban de responder, pero Cristóbal no les dejaba hablar. Se desahogó diciéndoles cuantas injurias pudo hallar a mano y no se fue hasta que le faltaron alientos y denuestos. Waldhaus y Manheim no recobraron la voz hasta que se fue; Manheim no tardó en reponerse, pues las injurias se deslizaban sobre él como el agua sobre las plumas de un pato, pero Waldhaus se sentía muy llagado; su dignidad se hallaba ofendida, y lo más mortificante, era que había habido testigos; jamás le perdonaría. Sus colegas le hicieron coro. En toda la revista, sólo Manheim continuó dando la razón a Cristóbal; se había divertido a su costa hasta más no poder y no creía pagar demasiado caros con algunas injurias los buenos ratos que se había dado a su costa. Aquella había sido una broma de primer orden; si se la hubieran dado a él, hubiera sido el primero en reírse de ella. Por eso, estaba dispuesto a estrechar la mano de Cristóbal, como si nada hubiese pasado; pero Cristóbal era más rencoroso y se negó a todo arreglo. Manheim no se resintió

por ello: Cristóbal era un juguete del que había sacado todo el partido posible y ya empezaba a entusiasmarse con otro nuevo. Todo acabó entre ellos, lo cual, no impidió que Manheim siguiese diciendo cuando hablaban de Cristóbal en su presencia, que eran amigos íntimos.

Y tal vez se lo creía.

132 Dos días después de la ruptura tuvo lugar la primera representación de *Ifigenia*, que fue un completo fracaso. La revista de Waldhaus alabó el poema y no dijo una palabra de la música. Los demás periódicos y revistas, le pegaron a más y mejor. Se rió y se silbó. La obra fue retirada después de la tercera representación, pero las burlas no acabaron tan pronto. Todo el mundo se alegraba de tener aquella ocasión para vengarse de Cristóbal, y, durante varias semanas, *Ifigenia* siguió siendo inagotable asunto de burlas. Se sabía que Cristóbal no tenía ya armas para defenderse y se aprovechaban de ello. Lo único que contuvo un poco a la crítica, era su situación en la corte. Aunque sus relaciones con el gran duque, que le había dirigido repetidas veces observaciones de que él no había hecho caso, se habían enfriado bastante, seguía yendo de vez en cuando al castillo, y esto le procuraba para con el público una especie de protección oficial más aparente que real. Él mismo se encargó de destruir su última trinchera.

\* \* \*

A Cristóbal le dolían mucho las críticas, pues no se dirigían únicamente contra su música, sino contra su idea de una forma de arte nuevo que nadie se tomaba el trabajo de comprender. Era mucho más fácil disfrazarlo para ridiculizarlo a su gusto. No tenía aún la cordura suficiente para convencerse de que la mejor respuesta que se puede dar a los críticos de mala fe, es no hacerles caso y continuar creando. Había adquirido, desde hacía algunos meses, la costumbre de no dejar pasar ningún ataque injusto sin responder a él. Escribió un artículo en que no dejaba hueso sano a ninguno de sus adversarios. Los dos periódicos a quienes se dirigió, se lo devolvieron, excusándose, con irónica cortesía, de

no poder publicarlo. Cristóbal no se dio por vencido. Se acordó de un periódico socialista de la ciudad que le había hecho proposiciones. Conocía a uno de los redactores, con quien charlaba de vez en cuando. Cristóbal experimentaba gran placer en hallar a alguien con quien poder hablar libremente del poder, del ejército y de las preocupaciones opresivas y arcaicas. Pero la conversación no podía adquirir grandes vuelos, porque el socialista siempre sacaba el tema de Karl Marx, que era absolutamente indiferente para Cristóbal. Además, observaba en las palabras de aquel hombre libre, aparte de un materialismo que le desagradaba mucho, un rigor pedantesco, un despotismo en el pensar, un culto secreto de la fuerza y un militarismo al revés que no diferían mucho de lo que oía constantemente en Alemania.

133

Sin embargo, pensó en él y en su periódico cuando vio que las demás redacciones le cerraban las puertas. Se hizo cargo perfectamente de que aquel paso produciría un escándalo, pues el periódico era violento, agresivo, y se veía constantemente perseguido; pero Cristóbal no lo leía, sólo pensaba en lo atrevido de las ideas, que no le asustaban, y no en la bajeza del lenguaje, que le hubiera repugnado. Por otra parte, le causaba tanta ira el hipócrita acuerdo de los demás periódicos para ahogar su voz, que tal vez no hubiera retrocedido, aun cuando hubiera sabido mejor a qué a atenerse. Quería hacer ver a la gente que no era tan fácil desembarazarse de él. Llevó, pues, el artículo a la redacción socialista, donde le recibieron con los brazos abiertos. Al día siguiente, apareció el artículo, y anunciaba el periódico, en términos enfáticos, que se había asegurado el concurso del joven maestro, ciudadano Juan Cristóbal Krafft, cuyas ardientes simpatías en pro de las reivindicaciones de la clase obrera eran muy conocidas.

Cristóbal no leyó ni la nota ni el artículo, porque aquella mañana, que era un domingo, se había ido, antes de amanecer, a dar un paseo por el campo. Se sentía muy bien dispuesto. Al ver salir el sol, gritó, rió, saltó y bailó. ¡Nada le importaban ya ni la revista ni los críticos! Reinaba la primavera y, con ella, la música del cielo y de la tierra, la más hermosa de todas. ¡Se acabaron las

sombrías salas de conciertos, asfixiantes y hediondas, los vecinos desagradables y los músicos insípidos! Se percibía por todas partes la maravillosa canción de las murmuradoras frondas, y cruzaban por los campos, a manera de olas, los embriagadores efluvios de la vida, que por todas partes rompía la corteza terrestre y salía de su tumba.

134 Volvía de su paseo, sintiendo zumbar en su cabeza la luz y la música, cuando su madre le entregó una carta que acababa de llegar de palacio durante su ausencia. La carta, escrita en forma impersonal, avisaba al señor Krafft que fuese por la mañana al castillo. La mañana había pasado, era cerca de la una y Cristóbal no se inquietó por ello.

—Es demasiado tarde —dijo—. La dejaré para mañana.

Pero su madre le dijo con inquietud:

—¡No, no! No es posible dejar para mañana una cita de Su Alteza; hay que ir en seguida. Tal vez se trata de un asunto importante.

Cristóbal se encogió de hombros:

—¿Importante? ¡Cómo si esos señores pudiesen tener algo importante que decirle a uno!... ¡Seguramente me expondrá sus ideas acerca de la música! ¡Valiente diversión!... ¡Con tal que no se le ocurra rivalizar con Siegfried Meyer<sup>5</sup>, y no vaya a enseñarme también un *¡Himno a Aegir!* ¡Te aseguro que no me morderé la lengua y que le diré: “Ocupaos de política, pues sois el amo y en ese terreno siempre tendréis razón, pero no os metáis en cosas de arte en el que habéis de mostraros sin penacho, sin casco, sin uniforme, sin dinero, sin títulos, sin abuelos y sin gendarmes! Y ¿qué será entonces de vos?”.

La buena de Luisa, que todo lo tomaba en serio, alzó los brazos al cielo:

—¡No le dirás eso! ¡Estás loco, loco de atar!

Se divertía él en aumentar su inquietud, abusando de su credulidad, hasta que la dosis de extravagancia fue tan fuerte que

5. Mote que los periodistas alemanes de oposición aplican entre sí al Emperador (Nota de la edición original).

Luisa acabó por comprender que se burlaba de ella y dijo encojiéndose de hombros:

—¡Cuánta tontería dices, hijo mío!

Él la besó riendo, pues estaba de muy buen humor. Durante su paseo había hallado un excelente tema musical y lo sentía agitarse en su interior como un pez en el agua. No quiso dirigirse al castillo sin comer, pues se sentía con gran apetito. Luego, cuidó Luisa de su aseo, pues él volvía a mortificarla pretendiendo que estaba perfectamente con su traje de diario y sus zapatos llenos de polvo. Esto no le impidió mudarse y embetunar él mismo sus zapatos, silbando como un mirlo e imitando todos los instrumentos de la orquesta.

Cuando hubo acabado, su madre le pasó revista y le arregló gravemente el nudo de la corbata. Por caso extraordinario se mostraba muy paciente, porque estaba contento de sí mismo, lo cual no le ocurría con frecuencia. Se puso en camino, diciendo que iba a robar a la princesa Adelaida, la hija del gran duque, mujer bastante linda, casada con un principillo alemán y que había ido a pasar algunas semanas con sus padres. Cuando él era muchacho le había demostrado alguna simpatía a la que él había correspondido. Luisa pretendía que estaba enamorado de ella y él fingía estarlo para distraerse.

No tenía prisa por llegar e iba parándose en las tiendas y en la calle para acariciar al perro de un amigo; el can tomaba tranquilamente el sol como él, tendido en una acera. Pasó la inofensiva verja que rodeaba la plaza del Castillo, gran cuadrado desierto rodeado de casas, con dos surtidores de agua medio dormidos y dos parterres simétricos y sin sombra, separados por una calle enarenada y muy cuidada y que tenía a ambos lados dos filas de naranjos; en medio se veía la estatua de un gran duque desconocido, en traje de Luis Felipe, sobre un pedestal en cuyas cuatro esquinas había alegorías de virtudes. No se veía más que un paseante sentado en un banco y que se dormía leyendo su periódico. En la verja de entrada del castillo se hallaba el inútil cuerpo de guardia. Detrás de los fosos de aparato dormían dos cañones, bostezando en dirección de la ciudad. A Cristóbal le pareció cómico todo ello.

Penetró en el castillo sin preocuparse por adoptar una actitud más oficial. Apenas si dejó de tararear; pero allá en su interior seguían bailando sus pensamientos. Dejó su sombrero en la mesa del vestíbulo, interpelando familiarmente al anciano *usher* a quien conocía desde la infancia, pues el buen hombre prestaba ya sus servicios cuando Cristóbal hizo su primera visita al castillo en compañía de su abuelo, la noche del concierto de Hassler. Pero el viejo siempre respondía con buen humor a las salidas algo irrespetuosas de Cristóbal, adoptó aquel día aspecto huraño. Cristóbal no hizo caso. Más adelante, ya en la antecámara, encontró a un empleado de la cancillería muy hablador y que de ordinario le prodigaba demostraciones de amistad. Le sorprendió el apresuramiento con que el indicado funcionario pasó esquivando toda conversación. No se fijó, sin embargo, en tales impresiones y, continuando su camino, solicitó ser introducido.

Entró al final de la comida. Su Alteza se hallaba en uno de los salones. Recostado en una chimenea, fumaba hablando con sus invitados, entre los que Cristóbal divisó a su princesa que fumaba también; negligentemente retrepada en un sillón, hablaba en voz muy alta con algunos oficiales que formaban círculo en torno suyo. La reunión no podía ser más animada. Todos estaban muy alegres, y Cristóbal oyó al entrar la risa poco elegante del gran duque. Pero el príncipe dejó de reír al ver a Cristóbal y, lanzando un gruñido, se fue derecho a él.

—¡Al fin viene usted! —gritó—. ¿Al fin se digna usted a venir? ¿Se figura usted que se va a burlar de mí todavía? Es usted una mala persona, señor mío.

Cristóbal quedó tan estupefacto con aquel disparo a boca de jarro, que tardó algo en poder articular una palabra. Sólo pensaba en su retraso, que no podía legitimar semejante violencia y balbuceó:

—Alteza, ¿qué he hecho?

Su alteza no le escuchaba, y seguía diciendo con arrebatado acento:

—¡Cállese usted! ¡No he de permitir que me insulte un bribón!



Cristóbal, palideciendo y ahogándose, casi no podía hablar. Al fin hizo un esfuerzo y gritó:

—¡Alteza! ¡No tenéis derecho!... ¡No tenéis derecho para insultarme sin decirme qué falta he cometido!

El gran duque se volvió hacia su secretario, que sacó un periódico de su bolsillo y se lo alargó. Estaba tan irritado, que la cólera no le dejaba explicarse, contribuyendo no poco a ello, los vapores de los vinos generosos. Se plantó delante de Cristóbal y, agitando furiosamente ante su rostro el periódico desdoblado y arrugado, como hace un torero con su capa, le dijo:

—¡Ahí tiene usted sus porquerías, caballero!... ¡Merece usted que se las refriegen por las narices!

Cristóbal reconoció el periódico socialista:

—No veo qué mal hay en ello —dijo.

—¡Cómo! ¡Cómo! —rugió el gran duque—. ¡Vaya una desvergüenza!... Este periódico de bandidos que me insultan diariamente, que vomita contra mí injurias inmundas...

—¡Monseñor —dijo Cristóbal—, no lo había leído!

—¡Miente usted! —gritó el gran duque.

—¡No quiero que digáis que miento! —dijo Cristóbal—. ¡No lo había leído, pues no me ocupo más que en la música! Además, tengo derecho para escribir donde quiera.

—¡Usted no tiene derecho, a no ser el de callarse! He sido demasiado bueno con usted y le he colmado de beneficios, lo mismo que a su familia, aunque otra cosa me aconsejaba su mala conducta y la de su padre. Le prohíbo que siga escribiendo en un periódico enemigo mío. Le prohíbo, además, en general, escribir absolutamente nada en lo porvenir, sin autorización mía. Ya estoy harto de sus polémicas musicales. No admito que el que disfruta de mi protección pase el tiempo atacando todo lo que estiman las personas de gesto y de corazón, los verdaderos alemanes. ¡Mejor haría usted en escribir música menos mala, o si esto no le es posible, en trabajar sus escalas y sus ejercicios! ¡Reniego de un Bebel musical, que se complace en difamar todas las glorias nacionales y en revolucionar los espíritus! ¡Ya sabemos lo que es bueno, a Dios gracias! No hemos esperado para saberlo

a que usted nos lo diga. ¡Por lo tanto, señor mío, dedíquese usted a su piano y déjenos usted en paz!

Aquel hombrón miraba a Cristóbal frente a frente con ojos insultantes. Cristóbal, lívido, intentaba hablar. Se movían sus labios y al fin tartamudeó:

—¡No soy vuestro esclavo y escribiré lo que quiera!...

Se ahogaba y estaba a punto de llorar de vergüenza y de ira; le temblaban las piernas, y, al hacer un brusco movimiento con el codo, echó al suelo un objeto que había sobre un mueble junto a él. Se dio cuenta de que estaba en ridículo y, en efecto, oyó reír. Mirando hacia el fondo del salón, vio como a través de una bruma, a la princesa que presenciaba la escena, cambiando con sus vecinos reflexiones de irónica conmiseración. Entonces, acabó por perder la conciencia de lo que pasaba. El gran duque gritaba, Cristóbal gritaba más fuerte sin saber lo que decía. El secretario del príncipe y otro funcionario se acercaron a él para hacerle callar, pero los rechazó; mientras gritaba, agitando un cenicero que había cogido, maquinalmente, del mueble en que se había apoyado. Oía al secretario que le decía:

—¡Vamos, suelte usted eso! ¡Suelta usted eso!

Él mismo se oía gritar palabras incoherentes y golpear con el cenicero en el borde de la mesa.

—¡Salga usted! —rugió el gran duque en el colmo de la ira—. ¡Salga usted! ¡Fuera de aquí!

Los oficiales se habían acercado al príncipe y trataban de calmarle. El gran duque, apopléjico, con los ojos desencajados, gritaba que echasen fuera a aquel ganapán. A Cristóbal se le subió la sangre a la cabeza y estuvo a punto de dar un puñetazo en la cara al gran duque; pero se sentía abrumado por un caos de sentimientos contradictorios: la vergüenza, el furor, un resto de timidez, de fidelidad germánica, de respeto tradicional y de hábitos de humildad en presencia del príncipe. Quería hablar y no podía. Quería obrar y no le era posible; no veía ni oía; así es que se dejó empujar y salió.

Pasó por entre los criados impasibles que, agrupándose en la puerta, no habían perdido ni una palabra de la disputa. Los

treinta pasos que tuvo que dar para salir de la antecámara, le parecieron una eternidad. La galería se iba alargando a medida que él avanzaba. ¿No llegaría a salir nunca? La luz exterior que veía brillar allá en el fondo a través de la puerta vidriera, era su salvación. Bajó la escalera tropezando y olvidando que llevaba la cabeza descubierta. El anciano *usher* le llamó para que cogiese su sombrero. Necesitó hacer un esfuerzo supremo para salir del castillo, atravesar el patio y llegar a su casa. Castañeteaban sus dientes. Cuando abrió la puerta, su madre se quedó espantada al ver su aspecto y su temblor. La rechazó, negándose a responder a sus preguntas, subió a su habitación, se encerró y se acostó. Sentía tales escalofríos que no acertaba a desnudarse; su respiración era entrecortada y tenía todo el cuerpo molido... ¡Oh! ¡Qué placer no ver más, ni sentir, ni tener que sostener aquel miserable cuerpo, ni que luchar contra la innoble existencia, y caer sin aliento y sin pensamiento en el no ser!... Después de desnudarse con mil apuros, tirando la ropa en tomo suyo, se metió en la cama y se cubrió hasta los ojos. No se oía el menor ruido, a no ser el que hacía la pequeña cama de hierro sacudida por el temblor que le agitaba.

Luisa escuchaba junto a la puerta; llamó, en vano, suavemente, pero no obtuvo la menor respuesta; aguardó espiando ansiosamente en silencio y, al fin, se alejó. Volvió una o dos veces durante el día y otra vez por la noche, antes de acostarse. Pasó el día y luego la noche; la casa seguía muda. Temblaba Cristóbal presa de la fiebre. De vez en cuando lloraba, y, en medio de la noche, se incorporaba a veces para amenazar con el puño a la pared. A eso de las dos de la madrugada saltó de la cama sudando a mares, y medio desnudo, en un ataque de locura. Quería ir a matar al gran duque. Se sentía devorado de odio y de vergüenza; su cuerpo y su corazón se retorcían en aquella hoguera. Nada de aquella tempestad transpiraba al exterior; ni una palabra ni un sonido. Apretando los dientes, todo lo encerraba en sí mismo.

Al día siguiente por la mañana bajó como de costumbre, pero estaba destrozado. No dijo nada, y su madre no se atrevió a preguntarle nada: estaba ya enterada de lo ocurrido por las conversaciones de la vecindad. Todo el día permaneció sentado en una silla junto al fuego, mudo, febril, agobiado como un viejo: cuando estaba solo, lloraba en silencio.

140 Por la tarde le hizo una visita el redactor del periódico socialista que, naturalmente, estaba al corriente del suceso y deseaba detalles. Cristóbal, agradeciendo su visita, la interpretó cándidamente como una prueba de simpatía y como un deseo de excusarse por parte de los que le habían comprometido; así es que puso todo su amor propio en no parecer sentir nada de lo ocurrido y dijo todo lo que ulceraba su corazón: era un alivio para él espontanearse con un hombre que, como él, sentía odio a la opresión. El otro le excitaba a hablar, pues veía en aquel suceso un buen negocio para su periódico y asunto para un artículo escandaloso cuyos elementos esperaba obtener de Cristóbal a no ser que éste mismo lo escribiese; porque ya suponía que después de tal escándalo el músico de la corte pondría al servicio de la “causa” su talento de polemista, que era muy apreciable, y sus documentos secretos acerca de la corte, que lo eran más aún. Como no alardeaba de extraordinaria delicadeza, presentó la cosa sin artificio y con toda crudeza. Cristóbal experimentó cierta repulsión y declaró que no escribiría nada, alegando que todo ataque de su parte contra el gran duque sería interpretado en aquellos momentos como una venganza personal y que se hallaba obligado a la mayor reserva, más aún ahora que estaba más libre que cuando, no estándolo, corría riesgo en decir lo que pensaba. El periodista no comprendió semejantes escrúpulos: juzgó a Cristóbal hombre de pocos alcances y clerical en el fondo, y pensó, sobre todo, que tenía miedo. Así, pues, dijo: En ese caso, déjenos usted obrar; soy yo quien escribiré y usted no tendrá que ocuparse en nada.

Cristóbal le suplicó que se callase, pero no tenía medios para obligarle a ello. Por otra parte, el periodista le hizo notar que el asunto no era puramente personal suyo: el insulto alcanzaba al

periódico que tenía el derecho de vengarse. A esto no tenía nada que responder, lo único que pudo hacer Cristóbal fue pedirle que le diese su palabra de que no abusaría de ciertas confianzas hechas al amigo y no al periodista. El otro se la dio sin dificultad, pero no por eso quedó Cristóbal más tranquilo; se daba cuenta demasiado tarde de la imprudencia que había cometido. Cuando se halló solo fue recordando todo lo que había dicho y se estremeció. Sin reflexionar un minuto, escribió al periodista conjurándole de nuevo a que no refiriese lo que le había confiado. El desdichado lo repetía de nuevo en parte en su carta.

141

Al día siguiente, lo primero que leyó, al abrir el periódico con ansia febril, fue su historia, que aparecía en la primera página con todos sus detalles. Allí se hallaba desmesuradamente aumentando todo lo que había dicho la víspera. Sus palabras habían sufrido esa deformación especial que experimentan todos los objetos que pasan por el cerebro de un periodista. El artículo atacaba con bajas invectivas al gran duque y a la corte. Ciertos detalles que en él se daban eran demasiado personales y conocidos únicamente de Cristóbal para que no le atribuyesen inmediatamente la paternidad de todo el artículo.

Este nuevo golpe le abrumó. A medida que iba leyendo inundaba su rostro un sudor frío. Cuando hubo acabado, se quedó como loco. Quiso correr al periódico, pero su madre se lo impidió, temiendo, no sin razón, la violencia de su carácter. Él mismo la temía; comprendía que si iba allá, liaría alguna barbaridad, y se quedó, pero para cometer otra. Dirigió al periodista una carta llena de indignación, en que le echaba en cara su conducta en términos ofensivos, desmentía lo afirmado en el artículo y rompía con el partido. Dicha carta no fue publicada. Cristóbal volvió a escribir al periódico, intimándole que publicase la carta. Entonces, le enviaron copia de su primera epístola, escrita la misma noche de la entrevista, y que era la confirmación de ella; le preguntaban si había que publicarla también. Comprendió que se hallaba a merced de ellos. Posteriormente, tuvo la desgracia de encontrarse en la calle con el indiscreto periodista y no pudo menos de declararle todo el desprecio que le inspiraba. Al día

siguiente, el periódico, sin el menor pudor, publicó una gacetilla insultante en que se hablaba de esos domésticos de la corte que aun después que los echan a la calle, siguen siendo criados y no son capaces de ser libres. Algunas alusiones al reciente suceso no dejaban duda alguna de que se trataba de Cristóbal.

\* \* \*

142

Cuando fue cosa evidente para todos que Cristóbal no tenía ya ningún apoyo, se encontró de pronto con una abundancia de enemigos que jamás hubiera sospechado. Todos aquéllos a quienes había herido, directa o indirectamente, ya con críticas personales, ya combatiendo sus ideas y sus gustos, tomaron inmediatamente la ofensiva y se vengaron con usura. La masa del público, cuya apatía había procurado sacudir Cristóbal, contemplaba muy satisfecha la lección que recibía el insolente joven, que había pretendido reformar la opinión y turbar el sueño de la gente honrada. Cristóbal era hombre al agua, y todos hicieron lo posible por que no volviese a sacar la cabeza.

No cayeron todos a una sobre él. Empezó uno tentando el terreno y, como Cristóbal no respondía, redobló los golpes. Entonces siguieron los demás, unos por pura diversión, como esos perrillos que se entretienen en ensuciar los mejores sitios. Era éste el escuadrón volante de los periodistas incompetentes que, no sabiendo nada, procuran hacerlo olvidar, a fuerza de adular a los vencedores y de injuriar a los vencidos. Aportaban otros al combate el peso de sus principios y pegaban sin tasa ni medida; donde ellos habían pasado, no quedaba nada. Era ésta la gran crítica, la crítica que mata.

Por fortuna para Cristóbal, no leía los periódicos. Algunos amigos fieles habían tenido el cuidado de enviarle los más injuriosos, pero él los dejaba amontonarse en su mesa sin pensar en abrirlos; sólo, al fin, llamó su atención una gran señal roja que encuadraba un artículo: leyó en él que sus *Lieder* semejaban gruñidos de animal salvaje, que sus sinfonías parecían salir de una casa de locos y que su arte era un arte histérico, compuesto de

espasmos de armonía con que pretendía ocultar su sequedad de corazón y su nulidad de pensamiento. El crítico, muy conocido, terminaba de esta suerte:

“El señor Krafft ha dado en otro tiempo, como periodista, algunas pruebas extraordinarias de su estilo y de su gusto, que excitaron generales risas en los círculos musicales. Entonces le aconsejaron amistosamente que se entregase de preferencia a la composición. Los últimos productos de su musa han demostrado que este consejo, aunque bien intencionado, era malo. El señor Krafft debería decididamente hacerse *reporter*”.

143

Después de esta lectura, que impidió a Cristóbal trabajar durante toda la mañana, se dedicó naturalmente a rebuscar los demás periódicos hostiles para acabar de perder la cabeza. Pero Luisa, que tenía la manía de hacer desaparecer todo lo que andaba rodando so pretexto de “poner orden”, los había quemado ya. Se irritó mucho al principio, pero luego experimentó cierto alivio, y, presentando a su madre el periódico que quedaba, le dijo que hubiera hecho mejor en hacer lo mismo con aquel.

Tuvo otras afrentas que le fueron mucho más sensibles. Una sociedad afamada de Francfort, a la que había enviado el manuscrito de un Cuarteto, se lo devolvió, rechazándolo por unanimidad y sin darle explicaciones. Una orquesta de Colonia, que parecía dispuesta a ejecutar una obertura suya se la devolvió igualmente al cabo de pocos meses, alegando que era inejecutable. Pero la peor prueba que tuvo que sufrir procedió de una sociedad de su mismo pueblo. El *Kapellmeister* de la misma, H. Euftrat, que dirigía la orquesta, era bastante buen músico; pero como otros muchos en su caso, su espíritu no sentía ninguna curiosidad. Padecía —sin que esto alterase en lo más mínimo su salud—, esa pereza propia de su corporación, que consiste en repetir hasta la saciedad obras ya conocidas y en huir como de la peste de toda obra verdaderamente nueva. Jamás se cansaba de organizar festivales en que hacían el gasto Beethoven, Mozart o Schumann, en cuyas obras no tenía más que dejarse llevar por el runrún de los ritmos familiares. En desquite, le era insoponible la música de su época. No se atrevía a declararlo y hasta se

las echaba de protector de los jóvenes de talento; a decir verdad, cuando le presentaban una obra ajustada a patrón antiguo, una especie de calco de obras que habían sido nuevas hacía cincuenta años, la acogía muy bien y hasta ponía cierta ostentación en ejecutarla y en imponerla al público. Esto no alteraba ni el orden de sus efectos ni la emotividad rutinaria del público. En cambio, sentía una mezcla de desprecio y de odio hacia todo lo que pretendía alterar aquel admirable orden y producirle una nueva fatiga. Cuando el innovador no tenía probabilidades de salir de la sombra, dominaba a este sentimiento el desprecio. Si tenía probabilidades de triunfar, se convertía en odio, se entiende hasta el momento del triunfo definitivo.

Cristóbal no se hallaba aún, ni mucho menos, en tales condiciones. Así es que quedó muy sorprendido, cuando le hicieron saber, de un modo indirecto, que Herr H. Euphrat se alegraría mucho de tocar alguna cosa suya. Le causó tanta más extrañeza cuanto que sabía que el *Kapellmeister* era un amigo íntimo de Brahms y de otros a quienes había maltratado grandemente en sus crónicas. Como era un buen muchacho, supuso en sus adversarios los mismos sentimientos generosos que él hubiera podido experimentar en semejante ocasión. Supuso que al verle abrumado por la desgracia querían demostrarle que se hallaban muy por encima de mezquinos rencores. Le conmovió mucho el paso en cuestión y escribió a H. Euphrat una carta llena de efusión enviándole un poema sinfónico. El otro le respondió, por mano de su secretario, con una carta fría pero cortés, en que le acusaba recibo de su envío y agregaba que, conforme a las reglas de la sociedad, la sinfonía sería próximamente distribuida a la orquesta y sometida a la prueba de un ensayo de conjunto antes de ser aceptada para la audición pública. La regla era la regla, y Cristóbal no tenía más remedio que inclinarse. Después de todo se trataba de una formalidad que tenía por objeto librarse de las lucubraciones de los aficionados, sobrado molestos a veces.

Dos o tres semanas después recibió Cristóbal el aviso de que iba a ensayarse su obra. En principio, estos ensayos se hacían a puerta cerrada y el mismo autor no podía asistir a ellos. Pero



gracias a una tolerancia universalmente admitida, se hallaba siempre presente, sólo que no se hacía ver. Todo el mundo lo sabía, pero fingía no saberlo. El día del ensayo fue un amigo a buscar a Cristóbal y le introdujo en la sala, colocándole en el fondo de un palco. Mucho le sorprendió que en aquel ensayo a puerta cerrada estuviese la sala casi completamente llena por una multitud de *dilettanti*, de ociosos y críticos, que circulaban y se agitaban sin dejar de charlar. La orquesta parecía ignorar su presencia.

145

Se empezó por la *Rapsodia* de Brahms para contralto, coro de hombres y orquesta, sobre un fragmento del *Harzreise im Winter*, de Goethe. Cristóbal, que detestaba el sentimentalismo majestuoso de esta obra, dijo para sí que tal vez esta era una venganza cortés de parte de los “brahmanes” que le obligaban a oír una composición que con tanta frecuencia había criticado. Esta idea le causó risa, y aumentó su buen humor cuando, después de la rapsodia, ejecutaron otras dos producciones de músicos conocidos a quienes había combatido. Vio claramente la intención. Y sin poder disimular algunas muecas, creyó que, después de todo, estaban en su derecho y, a falta de la música, aplaudió la intención. Hasta se divirtió asociando sus aplausos irónicos a los del público, que hizo a Brahms y a sus congéneres una manifestación entusiasta. Le tocó al fin su turno a la sinfonía de Cristóbal. Algunas miradas dirigidas desde la orquesta y desde la sala hacia su palco, le hicieron comprender que conocían su presencia. Trató de ocultarse y esperó con esa angustia que experimenta todo músico en el momento en que se levanta la batuta del director de orquesta y en que la fuerza del río musical se recoge en silencio, preparándose a romper el dique. Jamás había oído su obra ejecutada por una orquesta. ¿Cómo iban a vivir los seres que él había soñado? ¿Cuál sería el sonido de sus voces? Los sentía como si rugiesen en el fondo de su ser, e inclinado sobre aquel abismo de sonidos, esperaba estremeciéndose lo que había de salir de él.

Lo que salió fue una cosa sin nombre, una papilla informe. En lugar de las robustas columnas que debían sostener el frontón del edificio, los acordes se sucedían unos después de otros, como

muros que se derrumban: no se veía otra cosa que polvo. Cristóbal quedó por un momento indeciso sin acertar si era su música la que ejecutaban. Buscaba la línea y el ritmo de su pensamiento: no los reconocía. Caminaba titubeando y tartamudeando como un borracho que se va agarrando a las paredes; sentíase abrumado de vergüenza, como si a él mismo le viesan en semejante estado. No importaba que supiese que aquello no era lo que él había escrito: cuando un imbécil intérprete desnaturaliza nuestro pensamiento, siempre se siente alguna duda y se pregunta uno consternado si le cabe alguna responsabilidad en aquella estupidez. El público no se lo pregunta nunca: cree en el intérprete, en los cantores, en la orquesta que tiene costumbre de oír, lo mismo que cree en su periódico: no pueden equivocarse; si dicen absurdos, es porque el autor es absurdo. Dudaba tanto menos en aquel momento, cuanto que experimentaba vivo placer en creerlo. Cristóbal trataba de persuadirse de que el *Kappellmeister* se daba cuenta de semejante desorden y de que iba a hacer parar la orquesta y a empezar de nuevo. Ni siquiera tocaban acordes los instrumentos. El coro no empezó a tiempo, sino con un compás de retraso y continuó así algunos minutos hasta que se paró tranquilamente para vaciar su instrumento. Ciertas notas de los oboes habían desaparecido totalmente. Al oído más ejercitado le hubiera sido imposible dar con el hilo del pensamiento musical, ni imaginar que hubiese allí algún pensamiento. Caprichos de instrumentación, salidas humorísticas, adquirieron carácter grotesco por el mero hecho de lo grosero de la ejecución. Aquello era el colmo de la tontería, la obra de un idiota, de un bromista que no sabía una palabra de música. Cristóbal se tiraba de los cabellos. Quiso interrumpir el ensayo, pero se lo impidió el amigo que le acompañaba, asegurándole que *Herr Kapellmeister* sabría muy bien reparar los errores de ejecución; que, además, no debía Cristóbal mostrarse, y que una observación suya causaría el peor efecto. Obligó a Cristóbal a retirarse al fondo del palco, y así lo hizo. Pero se daba de puñetazos en la cabeza, y cada monstruosidad le arrancaba un ahogado grito de indignación y de dolor.

—¡Miserables! ¡Miserables!... —gemía. Y se mordía las manos para no gritar.

A la sazón, empezaba a llegar hasta él, juntamente con las notas falsas, el rumor del público, que se mostraba agitado. Al principio, sólo fue como un estremecimiento; pero, al fin, no le quedó duda a Cristóbal. Todos reían. Los músicos de la orquesta habían dado la señal; algunos no ocultaban su hilaridad. El público, seguro ya de que la obra era ridícula, reía a más y mejor. La alegría fue general, y redoblaba cada vez que reaparecía un motivo muy rítmico que los contrabajos acentuaban de un modo burlesco. Únicamente el *Kapellmeister*, imperturbable, seguía llevando el compás en medio de aquella cencerrada.

147

Al fin se acabó el concierto: hasta las mejores cosas se acaban. El público tomó entonces la palabra, prorrumpió en una explosión de regocijo que duró varios minutos. Los unos silbaban, los otros, aplaudían irónicamente, los más chistosos gritaban: “¡Otra!”. Una voz de bajo, que salía del fondo de un palco de proscenio, se puso a remedar el motivo grotesco. Otros bromistas le imitaron a su vez. No faltó quien gritara: “¡El autor!”. Hacía largo tiempo que aquel público ingenioso no se había divertido tanto.

Después que calmó un poco el tumulto, el *Kapellmeister*, impasible, volviéndose hacia el público, aunque fingiendo no verle, hizo una señal a la orquesta para indicar que quería hablar. Gritaron algunos: “¡Silencio!”. Y, en efecto, todo el mundo se calló. Esperó un momento más, y, al fin, dijo con su voz neta, fría e incisiva:

—Señores: yo no hubiera seguramente dejado ejecutar esta *cosa* hasta el fin si no hubiera querido, siquiera una vez, poner en berlina al señor que se ha atrevido a escribir cosas vergonzosas acerca del maestro Brahms.

Dicho esto, se bajó del escenario y salió en medio de una delirante ovación. Quisieron llamarle nuevamente y las aclamaciones se prolongaron durante dos minutos más. Pero no volvió. La orquesta se iba y el público se decidió a irse también. El concierto se había acabado. Había sido aquel un buen día.

148 Cristóbal había salido ya. Apenas vio al miserable director de orquesta abandonar su atril, se lanzó fuera del palco, bajando de dos en dos las escaleras del primer piso, para alcanzarse y abofetearle. El amigo que le había acompañado, corrió tras él y trató de retenerle, pero Cristóbal le atropello y estuvo a punto de echarlo a rodar por la escalera. Tenía razones para creer que el personaje en cuestión era cómplice del lazo que le habían armado. Felizmente para H. Euphrat y para él mismo, la puerta que conducía al escenario estaba cerrada, y sus furiosos puñetazos, no lograron hacerla ceder. Entretanto, el público empezaba a salir de la sala y Cristóbal no podía permanecer allí. Huyó, pues.

Se hallaba en un estado indescriptible. Andaba a la ventura, moviendo los brazos, mirando con los ojos desencajados y hablando en voz alta como un loco. Trataba de contener sus gritos de indignación y de ira. La calle estaba casi desierta. La sala del concierto había sido construida el año anterior en un barrio nuevo extramuros de la ciudad y Cristóbal huía por instinto hacia el campo a través de los terrenos baldíos en que se alzaban algunas barracas aisladas y algunos andamios de casas en construcción, rodeados de empalizadas. Le acometían pensamientos sanguinarios. Hubiera querido matar al hombre que le había hecho semejante afrenta... Por desgracia, aun cuando le hubiera matado, no hubiera podido alterar en nada la animosidad de toda aquella gente, cuya risa injuriosa, resonaba aún en sus oídos. Eran demasiados y no podía nada contra ellos. Hallándose divididos acerca de muchas cosas, estaban todos de acuerdo para ultrajarle y abominar de él. Aquello era más que falta de comprensión: era odio. ¿Qué les había hecho pues? Tenía en su interior cosas muy buenas, de esas que hacen bien y dilatan el corazón. Había querido decirlas para que los demás gozasen de ellas, pues creía que iban a ser tan felices como él. Si no gustaban de ellas, a lo menos, debían agradecerle la intención; podían en rigor hacerle algunas amistosas advertencias, para demostrarle que se había equivocado; pero de esto a la perversa alegría con

que insultaban sus pensamientos odiosamente desfigurados, hollándolos bajo sus plantas y procurando matarle con el arma del ridículo, había demasiada distancia. ¿Cómo era aquello posible? En medio de su exaltación, exageraba más aún su odio, atribuyendo a aquellos seres mediocres una seriedad de que eran incapaces. Se preguntaba sollozando: “¿Qué les he hecho?”. Se ahogaba, se sentía perdido, lo mismo que la primera vez que tropezó, siendo niño, con la perversidad humana.

149

Y como echase una mirada en torno suyo y a sus pies, notó bruscamente que había llegado al borde de la acequia del molino, al sitio en que se había ahogado su padre. Y, en aquel momento, le ocurrió la idea de ahogarse también. Sin esperar a más, se dispuso a tirarse al agua. Pero cuando ya se inclinaba sobre la orilla, fascinado por el tranquilo y claro espejo del agua, se puso a cantar a más y mejor que un pajarillo en un árbol que estaba cerca. Murmuraba el agua. Se oía el ondular de los trigos en flor, bajo la blanda caricia del aire; temblaban los álamos. Detrás de las tapias del camino, llenaban el aire con su perfumada música las abejas de unas colmenas invisibles. Al otro lado de la acequia soñaba una vaca de hermosos ojos franjados de ágata. Una niña rubia, sentada en lo alto de un ribazo, con un pequeño cuévano de mimbres a la espalda, como un angelito con sus alas, soñaba también, dejando colgar sus piernas desnudas y canturriando un aire que no tenía sentido alguno. A lo lejos, allá en la pradera, saltaba un perro blanco, describiendo grandes círculos.

Cristóbal, apoyado contra un árbol, escuchaba y miraba la tierra cubierta con su traje de primavera, y sintiéndose invadido por la paz y la alegría de aquellos seres, empezaba a olvidar... De pronto estrechó entre sus brazos el hermoso árbol contra el que se apoyaba, se tiró al suelo y metió la cabeza entre la hierba, riendo nerviosamente, lleno de felicidad. Se envolvían, le impregnaban y le penetraban como una esponja toda la belleza, la gracia y el encanto de la vida, y pensaba allá en su interior:

—¿Por qué eres tan hermosa, y ellos —los hombres— tan feos?

¡No importa! La amaba, y comprendía que le seguiría amando siempre, y que nada podría desprenderlo de ella. Besó la tierra con embriaguez, cual si besase la vida: ¡Te poseo! ¡Eres mía! No pueden arrancarme de tus brazos. Pueden hacerme lo que les dé la gana. ¡Pueden hacerme sufrir!... ¡Sufrir es también vivir!

Cristóbal se puso de nuevo a trabajar animosamente. No quería tener nada que ver con los literatos, los hombres de fama, los retóricos, los charladores estériles, los periodistas, los críticos, los explotadores y los traficantes del arte. En cuanto a los músicos, no perdería el tiempo tampoco en combatir sus preocupaciones y sus envidias. ¿Abominaban de él? ¡Pues él también abominaba de ellos! Tenía que realizar su obra y la realizaría. La corte le había devuelto la libertad, a Dios gracias. Agradecía a la gente su hostilidad, pues de esta suerte podría trabajar en paz. Luisa le aprobaba con toda su alma. No tenía ninguna ambición. No era una Krafft, no se parecía ni al padre ni al abuelo, y no deseaba en modo alguno para su hijo, honra ni reputación. Seguramente se hubiera alegrado si le hubiera visto rico y famoso; pero si había que comprar tales ventajas a costa de excesivos disgustos, prefería renunciar a ella. A consecuencia de la ruptura con la corte, había sentido más la pena de Cristóbal que el sujeto en sí mismo, y en el fondo se alegraba de que hubiese cortado sus relaciones con la gente de las revistas y los periódicos. Sentía hacia el papel impreso una desconfianza de aldeana. Todo aquello no servía, sino para hacer perder el tiempo y hacer pasar malos ratos. Había oído a veces a los jóvenes de la revista hablar con Cristóbal, y había quedado espantada de su maldad; de todo maldecían y cuantos más horrores vomitaban, más contentos estaban. No le gustaban ni pizca. Seguramente eran muy inteligentes y muy sabios, pero no eran buenos, y se alegraba de que su Cristóbal no se tratase con ellos. Abundaba en el sentir de su hijo. ¿Qué necesidad tenía él de ellos? —Pueden decir y pensar de mí

lo que quieran —decía Cristóbal—, pero no pueden impedirme ser quien soy. ¿Qué me importan su arte y su pensamiento? Para mí son cero.

\* \* \*

Es muy hermoso renegar del mundo, pero el mundo no deja fácilmente que reniegue de él un joven jactancioso. Cristóbal era sincero, pero se hacía ilusiones, pues no se conocía bien. No era un monje, ni tenía temperamento para renunciar a la sociedad; sobre todo, no estaba en edad de ello. Al principio no sufrió gran cosa: se hallaba engolfado en la composición, y mientras duró el trabajo no echó de menos nada. Pero cuando se encontró en el período de depresión que sigue a la terminación de la obra y que dura hasta tanto se apodera del espíritu una idea nueva, miró en torno suyo y quedó helado al contemplar su abandono. Se preguntó por qué escribía. Mientras uno escribe no se le ocurre semejante pregunta: hay que escribir, la cosa no admite discusión. Después se halla uno en presencia de la obra creada; se ha acallado el instinto poderoso que la hizo brotar de nuestras entrañas: no se comprende por qué ha nacido, apenas si se reconoce uno en ella; es casi una extraña y aspira uno a olvidarla. Pero esto no es posible mientras no se haya publicado ni ejecutado, mientras no haya gozado de su vida propia. Hasta entonces es como el recién nacido pegado a su madre, algo vivo, que tenemos necesidad de amputar a todo coste para vivir. Cuanto más componía Cristóbal, más crecía en él la opresión de aquellos seres, creación suya que no podían ni vivir ni morir. Constituían como una pesadilla. ¿Quién le libraría de ella? Se agitaban aquellos hijos de su pensamiento como empujados por una fuerza oscura; aspiraban desesperadamente a desprenderse de él, a difundirse por las otras almas, como las semillas vivaces y fecundas que el viento esparce por el universo. Había de permanecer siempre encarcelado en su propia esterilidad. Sería para volverse loco. Puesto que se le cerraba toda salida: teatros y conciertos; y puesto que por nada en el mundo se hubiera rebajado a dar el menor paso cerca de los

152 directores que ya le habían rechazado una vez, no le quedaba otro recurso que publicar lo que había escrito; pero no podía lisonjearse de hallar con más facilidad un editor que una orquesta. Las dos o tres tentativas que hizo, con la mayor torpeza posible, le bastaron; antes que exponerse a una nueva negativa o que discutir con uno de aquellos negociantes en música y tolerar su aire protector, prefirió costear por completo la edición. Era una locura: tenía una pequeña reserva que procedía de su sueldo en la corte y de algunos conciertos; pero se había agotado el manantial de donde salían sus recursos y había de pasar largo tiempo antes de hallar otro. Hubiera debido mostrarse bastante prudente para no malgastar aquel modesto peculio que debía ayudarle a pasar el período difícil en que se hallaba comprometido. No solamente no lo hizo, sino que, como aquella reserva era insuficiente para cubrir los gastos de la edición, no temió endeudarse. Luisa no se atrevía a decir una palabra; juzgaba aquello una locura y no comprendía que se gastase el dinero para ver su nombre impreso en un libro; pero puesto que aquello le permitía conservarle a su lado y además ayudaba a Cristóbal a no impacientarse, se consideraba muy feliz con verle contento.

En lugar de ofrecer al público composiciones de género conocido, de éxito seguro y al alcance suyo, escogió Cristóbal, entre sus manuscritos, una serie de obras enteramente originales y por las que tenía el mayor interés. Eran piezas para piano donde alternaban *Lieder* a veces muy breves y de corte popular, con otros muy desarrollados y casi dramáticos.

Todo ello formaba una serie de impresiones regocijadas o tristes que se encadenaban naturalmente y que traducían alternativamente ya el piano, ya el canto solo o acompañado. “Porque —decía Cristóbal— cuando sueño no me formulo siempre lo que siento. Sufro y soy feliz, sin necesidad de palabras para expresarlo; pero llega un momento en que es preciso que lo exprese, y canto sin darme cuenta de ello. A veces sólo se trata de palabras vagas, de frases descosidas y a veces de poemas enteros; luego vuelvo a soñar. Así transcurre el día, y, precisamente, eso es lo que yo he querido representar. ¿A qué vienen esas colecciones compuestas



únicamente de cantos o de preludios? No hay nada más ficticio ni menos armonioso. Hay que dejar al alma en libertad”. Había, pues, dado por nombre a la serie: *Un día*. Las diversas partes de la obra llevaban subtítulos que indicaban, brevemente, la sucesión de los sueños anteriores. Cristóbal les había agregado dedicatorias misteriosas, iniciales, fechas que él sólo podía comprender y que le recordaban horas poéticas o rostros queridos: la risueña Corina, la indolente Sabina, y la francesita desconocida. Además de esta obra, escogió unos treinta *Lieder* suyos de los que más le agradaban, y, por consiguiente, de los que agradaban menos al público. Se había guardado muy bien de servirse de sus melodías más “melodiosas”; se sirvió, en cambio, de las más características; sabido es que las personas vulgares tienen siempre gran miedo a todo lo “característico”. Lo que más les agrada es lo que tiene carácter.

153

Aquellos *Lieder* estaban escritos con letra de antiguos poetas de la Silesia del siglo XVII, que Cristóbal había leído por casualidad en una colección popular y cuya lealtad le encantaba. Prefería, sobre todo, dos de ellos que parecían hermanos, dos seres llenos de genio y ambos muertos a los treinta años: el encantador Pablo Fleming, que viajó libremente por el Cáucaso y vivió en Ispahán, que conservó un alma pura, amorosa y tranquila en medio de los horrores de la guerra, de las tristezas de la vida y de la corrupción de su época, y Juan Cristóbal Günther, el genio desarreglado que consumió su vida en la orgía y la desesperación. De Günther había interpretado los gritos de provocación y de vengadora ironía contra el Dios enemigo que la aplasta, y las furiosas maldiciones del Titán encadenado que vuelve el rayo contra el cielo. De Fleming había tomado los cantos de amor de Anemone y Basilene, suaves y deliciosos como flores y la Ronda de las Estrellas, el *Tanzlied* (canto de baile), de los corazones limpios y gozosos, y el soneto heroico y tranquilo “A sí mismo” (*An Sich*) que Cristóbal recitaba como una oración matutina. También le encantaba el optimismo sonriente del piadoso Pablo Gerhardt. Era para él como una especie de oasis en medio de sus tristezas. Le deleitaba aquella visión inocente de la naturaleza en Dios: las

frescas praderas en que se pasean gravemente las cigüeñas entre tulipanes y blancos narcisos a orillas de los riachuelos que cantan sobre las guijas; el aire transparente por donde pasan las golondrinas de grandes alas y las bandadas de palomas; la alegría de un rayo de sol que se abre paso a través de la lluvia; el cielo luminoso que ríe entre nubes, la majestuosa serenidad de la tarde y el reposo de los bosques, de los rebaños, de las ciudades y de los campos. Había tenido la impertinencia de poner en música de nuevo varios de aquellos cánticos espirituales que se cantaban aún en las comunidades protestantes, guardándose muy bien de conservarles su carácter de coral. Como este le inspiraba horror, les había dado una expresión libre y llena de vida. El viejo Gerhardt se hubiera tal vez estremecido ante el diabólico orgullo que respiraba en la nueva composición, ciertas estrofas de su *Lied* del *Viajero Cristiano* o ante la alegría pagana que se desbordaba como un torrente de su *Canto de estío*.

Se hizo la publicación y, como es natural, contra lo que aconsejaba el buen sentido. El editor a quien pagaba Cristóbal para hacer la impresión de sus *Lieder* y guardarlos en depósito, no tenía más título para ello que el de ser su vecino. No disponía de material suficiente para un trabajo de aquella importancia. La publicación tardó meses y hubo equivocaciones y correcciones costosas. Cristóbal, que no entendía nada en materia editorial, dejaba que le cobrasen una tercera parte más de lo que el trabajo valía; así es que los gastos excedieron en mucho a las previsiones.

Por último, cuando se acabó la publicación, se encontró Cristóbal con una edición enorme y sin saber qué hacer de ella. El editor no tenía clientela, ni dio un paso para dar a conocer la obra. Su apatía estaba de acuerdo, por otra parte, con la actitud de Cristóbal. Como le había pedido, por cumplir, que le escribiese algunas líneas de reclamo, replicó Cristóbal que no quería nada de reclamo, que si su música era buena, ya daría que hablar. El otro respetó religiosamente su voluntad; encerró la edición en el fondo de su almacén y la tuvo tan bien guardada que en seis meses no se vendió un ejemplar.

\* \* \*

Mientras el público se decidía a acudir, Cristóbal tuvo que hallar un medio para reparar la brecha que dicha publicación había hecho en su modesto caudal. No había que mostrarse difícil, porque tenía que vivir y pagar sus deudas. No sólo eran éstas mayores de lo que había previsto, sino que echó de ver, además, que la reserva con que contaba era menos importante de lo que él había calculado. ¿Había perdido dinero sin darse cuenta de ello o —lo que era infinitamente más probable— había ajustado mal sus cuentas? Jamás había sabido hacer una suma. Poco importaba, en todo caso, el saber la causa de la falta de dinero; el hecho es que faltaba. Luisa tuvo que hacer milagros para ayudar a su hijo. Experimentó éste un punzante remordimiento y procuró pagarle lo más pronto y a toda costa. Se echó a buscar lecciones por penoso que le fuese ofrecer sus servicios y verse a veces rechazado. Su fama había decaído mucho y le costó gran trabajo encontrar algunos discípulos. Así es que aceptó con la mayor alegría el puesto que le ofrecieron en un colegio.

155

Era éste una institución semi-religiosa. El director, hombre fino, había sabido ver, sin ser músico, todo el partido que se podía sacar de Cristóbal, sin grandes gastos, en aquella situación. Se mostraba afable y pagaba poco. Habiéndole hecho Cristóbal una tímida observación, le dio a entender el director, con benévola sonrisa, que, no teniendo ya título oficial, no podía aspirar a más. ¡Triste trabajo! Se trataba, más bien que de enseñar música a los alumnos, de hacerles concebir, lo mismo que a sus padres, la ilusión de que la sabían. Lo principal era ponerlos en disposición de cantar en las ceremonias a que asistía el público. Poco importaba el medio. Cristóbal se hallaba descorazonado; ni siquiera le quedaba el consuelo de decirse que, obrando de aquel modo, realizaba una obra útil; su conciencia se lo echaba en cara como un acto de hipocresía.

Trató de dar a los niños una instrucción más sólida, de hacerles conocer y apreciar la música seria; pero a los discípulos, poco les importaba esto. Cristóbal no lograba hacerse escuchar,

le faltaba autoridad y, a decir verdad, no era a propósito para enseñar a los niños. No se interesaba por sus canturrias y quería explicarles en seguida la teoría de la música. Cuando tenía que dar una lección de piano, ponía ante el alumno una sinfonía de Beethoven que tocaba con él a cuatro manos.

156 Naturalmente la lección no marchaba a pedir de boca. Prorrumpía en gritos de cólera, echaba al discípulo del piano y tocaba él solo en su lugar. Lo mismo hacía con sus lecciones particulares fuera del colegio. No tenía ni un adarme de paciencia: decía, por ejemplo, a una jovencita que se las echaba de distinguida y aristocrática, que tocaba como una cocinera; o también escribía a la madre, diciéndole que renunciaba a la lección, pues le causaría la muerte el continuar más largo tiempo dando lecciones a un ser tan falto da talento. Con esto no marchaban los negocios. Los pocos discípulos que tenía le abandonaban, y no conseguía conservar ninguno más de dos meses. Su madre le sermoneaba y él mismo se hacía cargos. Luisa le hizo prometer que a lo menos no rompería con el colegio en que había entrado; porque si llegaba a perder aquel empleo, no tendría de qué vivir. Por eso, a pesar de su poco entusiasmo, se sometía al yugo, con puntualidad ejemplar; pero, ¿cómo ocultar su pensamiento, cuando algún discípulo, que era un verdadero asno, se equivocaba por la décima vez en un pasaje, o cuando tenía que hacer aprender a su clase algún coro insípido para el próximo concierto? Porque ni siquiera le dejaban la elección del programa, desconfiaban de su gusto. Puede creerse que no mostraba el mayor celo. Sin embargo, se obstinaba, silencioso y huraño, no dejando adivinar la ira que le dominaba, sino por algún puñetazo que daba en la mesa y que hacía sobresaltarse a los discípulos. Pero a veces la píldora era demasiado amarga y no podía más. En medio del trozo interrumpía a los cantores, diciéndoles:

—¡Dejemos eso! ¡Dejemos eso! ¡Voy a tocar algo de Wagner!

Ellos no pedían más, y se ponían a jugar a las cartas a espaldas suyas. No faltaba nunca alguno que fuese con el cuento al director, el cual repetía a Cristóbal que no estaba allí para

hacer admirar la música a sus discípulos, sino para hacérsela cantar. Recibía los sermones a regañadientes, pero los aceptaba, porque no quería romper. ¿Quién le hubiera dicho, hacía algunos años, cuando se anunciaba brillante y segura su carrera —precisamente, cuando todavía no había hecho nada—, que se vería reducido a tales humillaciones cuando empezaba ya a valer algo?

Entre las mortificaciones de amor propio que le produjo su empleo en el colegio, no fue de las menos penosas para él la de las visitas obligatorias a sus colegas. Hizo dos, a la ventura, y salió tan fastidiado, que no tuvo valor para continuar. Los dos privilegiados no se lo agradecieron en modo alguno; pero los otros se creyeron ofendidos. Todos miraban a Cristóbal como inferior a ellos, lo mismo en cuanto a situación que en cuanto a inteligencia, y adoptaban con él cierto aire protector. A veces esto le mortificaba terriblemente, porque parecían tan seguros de sí mismos y de la opinión que habían formado de él, que acaso llegaba a compartirla. Se sentía estúpido a su lado. ¿Qué hubiera podido decirles? Ellos estaban satisfechos de su oficio y no veían nada más allá. No eran hombres. ¡Si, a lo menos, hubieran sido libros! Pero no eran más que notas puestas en los libros, comentaristas filológicos. Cristóbal esquivaba las ocasiones de tropezar con ellos, pero a veces no tenía más remedio. El director recibía un día al mes, por la tarde, y quería que nadie faltase. Cristóbal, que había esquivado la primera invitación, sin dar excusas, se hizo el muerto, animado por la falaz esperanza de que no notarían su ausencia, pero al día siguiente fue objeto de una observación agridulce. A la reunión siguiente, se decidió a ir, siguiendo los consejos de su madre, pero fue con tanto entusiasmo, como si asistiese a un entierro.

Asistió a una reunión de profesores del colegio y de otras escuelas de la ciudad, con sus mujeres e hijas. Amontonados en un salón demasiado pequeño se hallaban agrupados jerárquicamente y no hicieron caso alguno de él. El grupo más inmediato hablaba de pedagogía y de cocina. Todas aquellas mujeres de profesores tenían recetas culinarias que daban a conocer a sus amigas con pedantismo exuberante y tieso. Los hombres no se interesaban

menos que ellas en estas cuestiones y no se mostraban menos competentes. Estaban tan orgullosos de los talentos domésticos de sus mujeres, como estas, del saber de sus maridos. De pie junto a una ventana, recostado contra la pared, no sabiendo que postura tomar, procurando sonreír neciamente o tomando aspecto sombrío, con la mirada fija y los brazos contraídos, Cristóbal se fastidiaba de lo lindo. A algunos pasos de él, y sentada en el hueco de la ventana, había una mujer joven a quien nadie hablaba y que se fastidiaba como él. Ambos miraban a la sala, pero no se miraban. Sólo notaron su presencia pasado algún tiempo, en el momento en que, no pudiendo dominar ni uno ni otro el fastidio, volvieron la cara, para bostezar. Precisamente, en aquel minuto se encontraron sus ojos y cambiaron una mirada de complicidad amistosa. Él dio un paso hacia ella, que le dijo a media voz:

—¡Cómo nos divertimos!

Se volvió él de espaldas a la sala, y mirando a la ventana sacó la lengua.

Ella prorrumpió en una carcajada, y, como despertándose de pronto, le hizo seña de que se sentase a su lado. De esta suerte trabaron conocimiento: era ella esposa del profesor Reinhardt, encargado de un curso de historia natural en la escuela, y recién llegado a la ciudad, donde no conocían aún a nadie. Ella estaba lejos de ser bonita; tenía la nariz gruesa, dientes feos y tez poco fresca, pero sus ojos eran vivos y chispeantes, y su sonrisa, bondadosa. Hablaba como una cotorra y él no se quedó atrás; mostraba ella una franqueza encantadora y tenía ocurrencias verdaderamente extravagantes; cambiaban riendo sus impresiones en voz alta y sin preocuparse de los que los rodeaban. Sus vecinos, que no se habían dignado echar de ver su existencia cuando hubiera sido caritativo ayudarles a salir de su aislamiento, les echaban a la sazón miradas indiscretas y que indicaban descontento; era de muy mal gusto divertirse de aquel modo... Pero a los dos habladores les importaba poco lo que pudiesen pensar de ellos: tomaban su desquite.

Al fin la señora Reinhardt presentó a su marido a Cristóbal. Era el profesor en extremo feo; su cara, excesivamente pálida,

barbilampiña y picada de viruelas, tenía aspecto algo fúnebre, pero se leía en ella la mayor bondad. Hablaba gangoso y articulaba las palabras de un modo sentencioso, salmodiante, y haciendo pausas entre las sílabas.

\* \* \*

Hacia algunos meses que estaban casados y aquellos dos modelos de fealdad estaban enamorados uno de otro; tenían un modo afectuoso de mirarse, de hablarse y de cogerse la mano en medio de toda aquella gente, que era a la vez cómico y conmovedor. Ambos tenían la misma voluntad. Inmediatamente, invitaron a Cristóbal a ir a cenar con ellos después de la recepción. Cristóbal empezó por negarse bromeando; decía que, por aquella noche, lo mejor que tenían que hacer era ir a acostarse: se hallaban molidos de fastidio como si hubiesen andado diez leguas. Pero la señora Reinhardt replicó que, precisamente por eso, había que distraerse un poco: era peligroso pasar la noche bajo la influencia de aquellos pensamientos lúgubres. Cristóbal se dejó convencer. En medio de su aislamiento, se sentía feliz por haberse encontrado con aquella buena gente, no muy distinguida por sus modales, pero sencilla y *gemütlich*.

El modesto hogar de los Reinhardt era *gemütlich* como ellos. Era un *Gemüt* algo hablado, un *Gemüt* con inscripciones. Los muebles, los utensilios y la vajilla hablaban y repetían sin cansarse la alegría que sentían en recibir a su querido huésped. Se informaban de su salud y le daban consejos amables y virtuosos. En el sofá que por lo demás era muy duro, se veía un pequeño almohadón que murmuraba amistosamente:

—¡Nada más que un cuartito de hora! (*Nur ein Viertelstündchen*).

La taza de café que ofrecían a Cristóbal, insistía porque tomase un poco más:

—¡Una gotita más! (*Noch ein Schülckchen*).

Los platos sazonzaban con moral la cocina que, por otra parte, era excelente. El uno decía:

—Piensa todo, de otra suerte no te saldrá nada bien.

Otro:

—El cariño y el agradecimiento agradan. La ingratitud desagrada a todos.

Aunque Cristóbal no fumaba, no pudo menos de hacer su presentación el cenicero que había encima de la chimenea: lugar de descanso para los cigarros encendidos (*Ruheplätzchen für brennende Cigarren*).

Quiso lavarse las manos, y el jabón de la mesa de tocador, le dijo:

—Para nuestro querido huésped (*Für unseren lieben Gast*).

Y la toalla, sentenciosa, como persona cortés que nada tiene que decir, pero que de todos modos se cree obligada a decir alguna cosa, le hizo esta reflexión llena de buen sentido, aunque no venía muy al caso: “Es preciso levantarse temprano para gozar de la mañana”.

Cristóbal acabó por no atreverse a volverse en su silla, por miedo de que le interpelasen otras voces salidas de todos los rincones de la habitación. Sentía ganas de decirles:

—¡Callaos, pequeños monstruos! ¡No hay medio de entenderse aquí! Se sintió acometido de desordenada risa que procuró explicar a sus huéspedes por medio del recuerdo de la reunión de por la tarde en la escuela. Por nada del mundo hubiera querido mortificarlos. Por lo demás, no era muy sensible al ridículo. No tardó en acostumbrarse a la locuaz cordialidad de las cosas y de los seres de aquel hogar. ¡Qué no les hubiera dispensado! ¡Eran tan buenos! Además, no eran fastidiosos; si carecían de gusto, no carecían de inteligencia.

Se hallaban como perdidos en aquella ciudad donde acababan de llegar. La susceptibilidad insoportable de la gente provinciana no admitía que se penetrase en su círculo como Pedro por su casa, sin haber solicitado, de un modo regular, el honor de formar parte de él.

Los Reinhardt no habían tenido bastante en cuenta el protocolo provincial que regula los deberes de los recién llegados a una ciudad con respecto a los que ya se hallan instalados en



ella. Reinhardt se hubiera sometido maquinalmente a él, pero su mujer, a quien cargaban mucho aquellas obligaciones sociales y que no era amiga de sufrir molestias, las iba dejando siempre para más adelante. En la lista de visitas, había escogido, para empezar, las menos fastidiosas; las otras quedaban aplazadas indefinidamente. Las notabilidades que se hallaban comprendidas en esta última categoría, se irritaban ante esta falta de consideraciones. Angélica Reinhardt, su marido la llamaba familiarmente Lili, tenía modales algo libres; no llegaba a ponerse al nivel de la gente oficial. Interpelaba familiarmente a sus superiores jerárquicos, que se ruborizaban de indignación; no temía, en caso de necesidad, desmentirlos. Tenía la lengua muy bien puesta y sentía necesidad de decir todo lo que le pasaba por la cabeza; a veces, eran grandes tonterías de las que se burlaban los otros por detrás, y otras veces, eran grandes malicias que disparaba sin reparo y que le creaban enemigos mortales. En el momento de decirlas, se mordía la lengua y hubiera querido retenerla, pero era demasiado tarde. Su marido, el más amable y respetuoso de los hombres, le hacía a este respecto tímidas observaciones. Ella le besaba, diciéndole que era una tonta y que tenía razón, pero un momento después volvía a empezar; precisamente decía ciertas cosas cuando hubiera convenido más no decirlas, pero hubiera reventado si no las hubiera dicho. Estaba cortada para entenderse con Cristóbal.

Entre los numerosos despropósitos que no había que decir y que por consecuencia decía, salía a cada momento una comparación muy fuera de lugar entre lo que se hacía en Francia y lo que se hacía en Alemania. Ella era alemana y de pura raza; pero educada en Alsacia y teniendo relaciones de amistad con alsacianos franceses, había sufrido sin duda esa atracción de la civilización latina, a la que no resisten en las provincias conquistadas muchos alemanes que no parecían ciertamente los más a propósito para aceptarla. Tal vez, a decir verdad, se había hecho más fuerte dicha atracción por espíritu de contradicción, desde el punto y hora en que Angélica se casó con un alemán del Norte y se encontró con él en un medio enteramente germánico.

Desde la primera velada que pasó en compañía de Cristóbal, sacó a colación su tema habitual. Celebró la amable libertad de las conversaciones francesas. Cristóbal le hizo eco. Francia para él era Corina, es decir unos hermosos ojos luminosos, una boca joven y risueña, modales francos y libres y una voz bien timbrada; él sentía muchos deseos de conocer algo más.

162 Lili Reinhardt palmoteo de gusto al verse tan completamente de acuerdo con Cristóbal.

—Es una lástima —dijo— que mi amiguita francesa no se encuentre aquí, pero no ha podido más y se ha marchado.

La imagen de Corina se apagó inmediatamente. Del mismo modo que un cohete que muere hace aparecer de pronto en el cielo oscuro el suave y profundo resplandor de las estrellas, surgió en su alma otra imagen y aparecieron otros ojos.

—¿Quién? —preguntó Cristóbal con sobresalto—. ¿La pequeña institutriz?

—¡Cómo! —dijo la señora de Reinhardt—. ¿La conocía usted también? Hicieron su descripción y resultaron idénticos los dos retratos.

—¿La conocía usted? —repetía Cristóbal—. ¡Oh! ¡Dígame usted lo que sepa de ella!

La señora Reinhardt empezó por afirmar que eran amigas íntimas y que todo se lo confiaba. Pero cuando hubo que entrar en detalles, este todo se redujo a muy poca cosa. Se habían encontrado primero en una visita. La señora Reinhardt había dado los primeros pasos cerca de la joven, y con su habitual cordialidad, la había invitado a ir a verla. La joven había ido dos o tres veces y habían hablado. Pero había costado no poco trabajo a la curiosa Lili llegar a saber algo de la vida de la francesita. La muchacha era muy reservada y había que ir sacándole su historia palabra por palabra.

La señora Reinhardt sabía que se llamaba Antonieta Jeannin: no tenía fortuna y toda su familia se reducía a un hermano que había quedado en París y por el que se desvivía. Hablaba de él sin cesar. Era el único tema en que se mostraba algo expansiva; y Lili Reinhardt había conquistado su confianza

mostrando una compasiva simpatía hacia aquel joven que se hallaba solo en París, sin parientes y sin amigos, interno en un liceo. Precisamente para subvenir en parte a los gastos de su educación había aceptado Antonieta una plaza en el extranjero. Pero los dos pobres niños no podían vivir el uno sin el otro. Se escribían cada día, y el menor retraso de una carta esperada les causaba una inquietud enfermiza. Antonieta no dejaba de atormentarse por su hermano; el muchacho no siempre tenía ánimo para ocultarle las tristezas de su soledad, cada una de sus quejas resonaba en el corazón de Antonieta con intensidad desgarradora. Se atormentaba con el pensamiento de que sufría, y se imaginaba con frecuencia que estaba enfermo, pero que no quería decírselo. La bondadosa señora Reinhardt había tenido que sermonearla amistosamente en varias ocasiones acerca de aquellos temores infundados, y por un momento parecía devolverle la confianza. Acerca de la familia de Antonieta y de su condición y del fondo de su alma no había podido saber nada. A la primera pregunta se replegaba la joven sobre sí misma con invencible timidez. Lo poco que decía le mostraba que era instruida e inteligente; parecía tener una experiencia precoz; se mostraba a la vez cándida y desengañada, piadosa y desprovista de ilusiones. No era feliz en aquella ciudad, pues se hallaba con una familia que carecía de tacto y de bondad. No se quejaba de ello, pero se veía muy bien que le hacía sufrir. La señora Reinhardt no sabía a ciencia cierta por qué se había marchado. Habían pretendido que observaba mala conducta, pero Angélica no lo creía, pues hubiera puesto las manos en el fuego para demostrar que se trataba de infames calumnias, dignas de aquella ciudad necia y maléfica; pero el caso es que había habido ciertas historias.

—Sí —dijo Cristóbal, que bajaba la cabeza.

—En fin, el caso es que se marchó.

—¿Y qué le dijo a usted al marcharse?

—¡Ah! —dijo Lili Reinhardt—; no tuve suerte. Justamente había yo ido a Colonia a pasar dos días. A mi regreso... ¡Zu zäspat! ¡Demasiado tarde! —dijo, interrumpiéndose para regañar a la criada que le llevaba el limón muy tarde ya para tomarlo con el té.

Y agregó sentenciosamente, con la natural solemnidad que las verdaderas almas alemanas emplean para practicar los actos más familiares: ¡Demasiado tarde, como ocurre tantas veces en la vida!

(No se sabe si se trataba del limón o de la historia interrumpida). Luego añadió:

—A mi regreso hallé una esquila suya, dándome las gracias por todo lo que había hecho y diciéndome que volvía a París, pero sin darme sus señas.

—¿No ha vuelto a escribir?

—Ni una palabra.

\* \* \*

Cristóbal vio de nuevo desaparecer en medio de la noche el melancólico rostro cuyos ojos se le habían aparecido por un momento tal como los había visto la última vez, mirándole a través del cristal de un vagón.

El enigma de Francia se planteaba de nuevo ante su espíritu con mayor insistencia. Cristóbal no se cansaba de interrogar a la señora Reinhardt acerca de aquel país que ella pretendía conocer. Y aunque la buena señora no había estado nunca en él, no dejaba de darle minuciosos informes. Reinhardt, excelente patriota y lleno de preocupaciones en contra de Francia, a la que no conocía mejor que su esposa, se atrevía a veces a hacer ciertas reservas cuando el entusiasmo de Lili se mostraba excesivo, pero ella insistía en sus afirmaciones con más energía, y Cristóbal, sin fundamento alguno y fiándose de lo que le habían dicho, hacía coro con ella.

Más que los recuerdos de Lili Reinhardt le sirvieron de precioso auxiliar sus libros. Se había formado ella una pequeña biblioteca de libros franceses: manuales escolares, algunas novelas y algunas comedias compradas a la ventura. A Cristóbal, que estaba ávido de instruirse y que no conocía nada de Francia, le pareció esto un tesoro, cuando Reinhardt fue a buscar dichos libros y los puso obsequiosamente a su disposición.

Tomó, para empezar unas colecciones de trozos escolares y de antiguos manuales que les habían servido a Lili Reinhardt o a su marido cuando iban a clase. Reinhardt le había asegurado que había que empezar por allí si quería poder orientarse en medio de aquella literatura que le era totalmente desconocida. Cristóbal, lleno de respeto para los que sabían más que él, le obedeció religiosamente, y aquella misma noche se puso a leer. Ante todo, procuró darse cuenta sumariamente de las riquezas que poseía.

165

Hizo conocimiento con escritores franceses que se llamaban: Teodoro Enrique Barrau, Francisco Petis Delacroix, Federico Baudry, Emilio Delérot, Carlos Augusto Désiré Filón, Samuel Descombaz y Próspero Baur. Leyó poesías del abate Reyre, de Pedro Lachambaudie, del duque de Nivernois, de Andrés van Hasselt, de Andrieux, de la señora Collet, de Constanca María, condesa de Salm-Dyck, de Enriqueta Hollard, de Gabriel Juan Bautista Wilfrido Legouvé, de Hipólito Violeau, de Juan Reboul, de Juan Racine, de Juan de Béranger, de Federico Béchard, de Gustavo Nadaud, de Eduardo Plouvier, de Eugenio Manuel, de Hugo, de Millevoye, de Chênédollé, de Santiago Lacour Delâtre, de Félix Chavannes, de Francisco Eduardo Joaquín, conocido por Francisco Coppée y de Luis Belmontet. Cristóbal, perdido y desorientado entre aquel diluvio poético, pasó a la prosa. Se encontró con Gustavo de Molinari, Fléchier, Fernando Eduardo Buisson, Mérimée, Malte-Brun, Voltaire, Lamé-Fleury, Dumas, padre; Juan Jacobo Rousseau, Mezières, Mirabeau, de Mazade, Claretie, Cortambert, Federico II y el señor de Voguë. El historiador francés más frecuentemente citado era Maximiliano Federico Schoel. Cristóbal encontró en la antología francesa *La proclamación del nuevo imperio de Alemania* y leyó un retrato de los alemanes por Federico Constante de Rougemont, por el que se enteró de que: *al alemán nace para vivir en el mundo del alma. No tiene la ruidosa e insustancial alegría del francés. Se halla dotado de un alma muy grande; sus afectos son tiernos y profundos. Es infatigable en sus trabajos y perseverante en sus empresas. No hay pueblo que sea más moral ni que viva tanto. Alemania cuenta un número extraordinario de escritores. Posee el genio de las bellas artes.*

*Mientras los habitantes de los demás países cifran su gloria en ser franceses, ingleses o españoles; el alemán abraza en su cariño imparcial a la humanidad entera. En fin, por su posición en el centro mismo de Europa, la nación alemana parece ser a la vez el corazón y la razón superior de la humanidad.* Cristóbal, fatigado y admirado, cerró el libro, diciendo para sí: Los franceses son muy buenos muchachos, pero no son muy fuertes que digamos.

166 Tomó otro volumen, de nivel intelectual superior, pues se dirigía a las grandes escuelas. Musset ocupaba en él tres páginas, Victor Duruy treinta, Lamartine siete y Thiers cerca de cuarenta. Contenía el *Cid* casi entero (habían suprimido simplemente los monólogos de Don Diego y de Rodrigo, porque eran demasiado largos). Lanfrey ensalzaba a Prusia contra Napoleón I; por eso no le habían escaseado el número de páginas; ocupaba por sí solo más que todos los clásicos del siglo XVIII. Habían tomado de *La Débâcle* de Zola abundantes relatos de las derrotas francesas de 1870. No figuraba en la obra ni Montaigne, ni la Rochefoucauld, ni La Bruyère, ni Diderot, ni Stendhal, ni Balzac, ni Flaubert. En cambio, Pascal, que no figuraba en el otro libro, aparecía en éste a título de curiosidad, y Cristóbal se enteró de paso de que aquel convulsionario “*formaba parte de los padres de Port-Royal, colegio de niñas cerca de París...*”<sup>6</sup>.

Cristóbal estuvo a punto de enviar todos aquellos libros a paseo: se le iba la cabeza y ya no veía nada. Decía para sí: “Jamás saldré de este atolladero”. Véase en la imposibilidad de formular una opinión. Hojeaba al azar, horas y horas, sin saber adonde iba. No leía fácilmente el francés, y cuando se daba algún mal rato para comprender un pasaje, casi siempre resultaba insignificante y campanudo.

Sin embargo, de en medio de aquel caos, brotaban a veces rayos de luz, certeras estocadas, palabras que hacían como sables, y risas heroicas. Poco a poco se desprendía de aquella lectura una primera impresión, acaso por el plan tendencioso de las

6. Las antologías de la literatura francesa que Juan Cristóbal recibió de sus amigos Reinhardt: *Choix de lectures françaises à l'usage des écoles secondaires*, por Huber H. Wingerath, 1902. *La Frances littéraire*, por F. Tendering, 1904 (Nota de la edición original).

colecciones. Los editores alemanes, de intento o no, habían escogido en aquellos trozos franceses todo lo que podía poner en claro, mediante el testimonio de los franceses mismos, los defectos de Francia y la superioridad alemana. Pero no se daban cuenta de que lo que de esta suerte ponían en relieve a los ojos de un espíritu independiente, como el de Cristóbal, era la maravillosa libertad de aquellos franceses que criticaban todo lo propio y alababan a sus adversarios. Michelet celebraba a Federico II, Lanfrey a los ingleses de Trafalgar y Charras la Prusia de 1813. Ningún enemigo de Napoleón se había atrevido a hablar de él de una manera tan dura. Ni aun las cosas más respetadas se hallaban al abrigo de su espíritu de crítica. Hasta en la época del gran rey usaban semejante libertad de lenguaje los poetas de peluca. Molière no perdonaba nada. La Fontaine se burlaba de todo. Boileau mismo, condenaba a la nobleza. Voltaire insultaba al ejército, daba azotes a la religión y se burlaba de la patria. Moralistas, satíricos, libelistas y autores cómicos, rivalizaban en audacia regocijada o sombría. Era aquello una falta de respeto universal. Los honrados editores alemanes se asustaban a veces, y sentían la necesidad de tranquilizar su conciencia, procurando excusar a Pascal, que medía por el mismo rasero a los cocineros, a los ladrones, a los soldados y a los granujas. Protestaban en una nota, haciendo observar que Pascal no habría hablado de esta suerte si hubiera conocido los nobles ejércitos modernos. No dejaban tampoco de recordar con qué habilidad había corregido Lessing las *Fábulas* de La Fontaine convirtiendo por ejemplo, según el consejo del ginebrino Rousseau, el queso de Maese Cuervo en un pedazo de carne envenenada que causó la muerte al vil zorro:

—“¡Ojalá que no consigáis nunca más que veneno, malditos aduladores!”.

La verdad desnuda hacía daño a sus ojos, pero Cristóbal se regocijaba porque le gustaba la luz. De vez en cuando sentía él también alguna impresión desagradable, pues no estaba acostumbrado a aquella independencia desenfundada que, a los ojos del alemán más libre, hace el efecto de la anarquía, por estar habituado al orden y a la disciplina. Se desorientaba por otra parte la

ironía francesa; tomaba ciertas cosas demasiado en serio; otras, que eran implacables negaciones, le parecían, por el contrario, divertidas paradojas. Pero, ¡no importa! Ya le admirase o ya le chocase aquello, es lo cierto que se sentía atraído poco a poco. Había renunciado a clasificar sus impresiones. Pasaba de un sentimiento a otro, es decir, vivía. La animación de los relatos franceses —Chamfort, Ségur, Dumas padre y Mérimée en con-

fusa mezcolanza— dilataba su ánimo, y, de vez en cuando, sentía subir de alguna de aquellas páginas el olor embriagador y feroz de las revoluciones.

Era ya cerca del amanecer cuando Luisa, que dormía en la habitación inmediata, vio, al despertarse, que penetraba luz por entre las rendijas de la puerta de Cristóbal. Llamó en el tabique y le preguntó si estaba enfermo. Sintió crujir una silla sobre el pavimento, se abrió la puerta y apareció Cristóbal, pálido, en camisa, con una vela y un libro en la mano y haciendo gestos extraños, solemnes y burlescos. Sorprendida Luisa se incorporó en la cama, creyendo que estaba loco. Él se echó a reír y, agitando la vela, declamaba una escena de Molière. En medio de una frase lanzó una carcajada, se sentó al pie de la cama para recobrar aliento; la luz temblaba en su mano. Luisa, ya tranquilizada, empezó a regañarle afectuosamente:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¿Quieres ir a acostarte? ¡Pobre hijo mío, me parece que te estás volviendo idiota!

Pero él repuso cada vez más animado:

—Es preciso que oigas esto.

E instalándose a su cabecera, se puso a leerle la pieza desde el principio. Creía estar viendo a Corina, oía su acento burlón, mordaz y sonoro. Luisa, protestaba:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Te vas a enfriar! ¡Me estás fastidiando! ¡Déjame dormir?

Él continuaba inexorable. Inflaba la voz, movía los brazos, reía a más no poder y preguntaba a su madre si no era admirable todo aquello. Luisa le había vuelto la espalda y arrebujándose en las mantas, se tapaba los oídos diciendo:

—¡Déjame tranquila!



Sin embargo, se reía por lo bajo de oírle reír. Al fin dejó de protestar, y como Cristóbal, que había terminado un acto, invocaba inútilmente su testimonio en favor del interés de su lectura, se inclinó sobre ella y vio que estaba dormida. Entonces sonrió, le besó suavemente los cabellos y volvió a su cuarto sin hacer ruido.

\* \* \*

169

Volvió a buscar nueva provisión en la biblioteca de los Reinhardt. Todos los libros de la misma fueron pasando unos después de otros. Cristóbal lo devoraba todo. Sentía tan vivas ansias de cobrar afecto al país de Corina y de la desconocida, y tenía tal provisión de entusiasmo, que lo empleó fácilmente en aquel trabajo. Aun en las obras de segundo orden había páginas y hasta frases que le hacían el efecto de una ráfaga de aire libre. Exageraba su importancia, sobre todo cuando hablaba de ellas con la señora Reinhardt, que no dejaba de ponderar más aún. Aunque era ignorante cual ninguna, se divertía con frecuencia en oponer la cultura francesa a la cultura alemana, y humillaba a esta última en provecho de la primera, para hacer rabiar a su marido y para vengarse de lo mucho que allí se fastidiaba.

Se indignaba Reinhardt. Fuera de su ciencia sólo conocía las nociones que le enseñaron en la escuela. Para él los franceses eran hombres listos, inteligentes en las cosas prácticas, amables y de trato agradable, pero ligeros, quisquillosos, vanidosos e incapaces de nada serio, de ningún sentimiento vigoroso ni de la menor sinceridad; un pueblo sin música, sin filosofía, sin poesía—fuera del *Arte Poética*, de Béranger y de Francisco Coppée—, un pueblo amigo del sentimentalismo, de los grandes gestos, de las palabras exageradas y de la pornografía. Le faltaban palabras para condenar la inmoralidad latina; y, a falta de otra cosa, volvía al tema de la frivolidad que en su boca, como en la de la mayor parte de sus compatriotas, tomaba un carácter muy especialmente ofensivo, y terminaba con la cantinela habitual en honor del noble pueblo alemán, el pueblo moral. *En esto*, ha dicho Herder, *se distingue de todas las naciones*. El pueblo fiel—*treues*

*Volk... Treu* quiere decir: sincero, fiel, leal y recto—; el *Pueblo*, por excelencia, como dice Fichte, la Fuerza alemana, símbolo de toda justicia y de toda verdad, el Pensamiento alemán, de *Gemüt* alemán, la Lengua alemana, única lengua original, la única que se conserva pura como la raza misma, las Mujeres alemanas, el Vino alemán y el Canto alemán. ¡Alemania! ¡Alemania por encima de todo el mundo!

170 Cristóbal protestaba y la señora Reinhardt reía a carcajadas. Gritaban los tres muy fuerte. Pero no dejaban de entenderse admirablemente, pues los tres sabían que eran buenos alemanes.

Cristóbal iba con frecuencia a hablar, a comer y a pasearse con sus buenos amigos. Lili Reinhardt le mimaba, le preparaba succulentas cenas: estaba encantada de hallar aquel pretexto para satisfacer su propia golosina. Le prodigaba toda clase de atenciones sentimentales y culinarias. Para el aniversario de Cristóbal le hizo una tarta en la que había plantadas veinte bujías y en cuyo centro había una figurilla de azúcar vestida a la griega, que pretendía representar a Ifigenia y tenía en la mano un ramillete. Cristóbal, profundamente alemán, a pesar de todo, agradecía vivamente aquellas manifestaciones algo llamativas y no muy refinadas, pero que nacían de un cariño verdadero.

Los excelentes esposos Reinhardt sabían hallar otros medios más delicados para demostrar su activa amistad. A instigación de su mujer, Reinhardt, que apenas leía las notas de música, había comprado unos veinte ejemplares de los *Lieder* de Cristóbal, los primeros que salieron de la tienda del editor; y los había distribuido por Alemania entre sus colegas de la Universidad; había hecho enviar cierto número de ellos a algunos libreros de Leipzig y de Berlín con quienes tenía relaciones para sus obras de clase. Esta iniciativa conmovedora y no muy hábil, de que Cristóbal no tuvo conocimiento, no dio por otra parte fruto alguno, a lo menos por el momento.

Los *Lieder* enviados acá y acullá no parecieron tener resultado alguno, pues nadie habló de ellos; y los Reinhardt, muy apesadumbrados por semejante indiferencia, se alegraron de no

haber dado cuenta a Cristóbal de sus gestiones, porque el resultado le hubiera procurado más sentimiento que satisfacción. Pero en realidad, nada se pierde, como puede verse a cada paso en la vida; no resulta inútil ningún esfuerzo. Durante algunos años no se sabe una palabra, pero a lo mejor echa uno de ver que el pensamiento se ha abierto camino. ¿Quién podía saber si los *Lieder* de Cristóbal no habían llegado al fondo del corazón de algunas personas honradas, perdidas allá en sus provincias y demasiado tímidas o demasiado hastiadas para decírselo?

171

Una sola persona le escribió. Dos o tres meses después de los envíos de Reinhardt, recibió Cristóbal una carta llena de emoción, ceremoniosa, entusiasta y de formas arcaicas. Procedía de una modesta ciudad de Turingia y tenía la siguiente firma: *Universitäts Musikdirektor Professor, Dr. Peter Schulz*.

Fue aquella una gran alegría para Cristóbal y más grande aún para los Reinhardt, pues abrió en su presencia la carta que tenía olvidada hacía dos días en el bolsillo. La leyeron juntos. Reinhardt y su esposa cambiaban miradas de inteligencia que no notaba Cristóbal. Este último parecía radiante cuando de pronto le vio Reinhardt ensombrecerse y suspender la lectura.

—¿Qué hay? ¿Por qué te paras? —le preguntó.

(Hacía tiempo que se tuteaban).

Cristóbal tiró la carta encima de la mesa colérico.

—¡No! ¡Esto es demasiado! —dijo.

—Pero, ¿qué es?

—Lee.

Diciendo esto se volvió de espaldas a la mesa y fue a refugiarse malhumorado en un rincón.

Reinhardt leyó, con su mujer y sólo halló expresiones de la más subida admiración.

—¡No veo! —dijo con asombro.

—¿No ves? ¿No ves?... —gritó Cristóbal tomando de nuevo la carta y poniéndosela delante de los ojos—. Pero, ¿no sabes leer? ¿No ves que es también un “brahmín”?

Sólo entonces observó Reinhardt que el *Universitäts Musikdirektor* comparaba en un párrafo de su carta los *Lieder* de Cristóbal con los de Brahms. Cristóbal se lamentaba:

—¡Un amigo! ¡Encuentro al fin un amigo!... ¡Y apenas lo encuentro, lo pierdo!

172 Aquella comparación le sacaba de sus casillas. Si le hubieran dejado, habría contestado inmediatamente con una carta llena de sandeces. O acaso, después de reflexionar, habría considerado muy prudente y muy generoso el no contestar ni una palabra. Felizmente los Reinhardt, al paso que se divertían con su mal humor, le impidieron cometer una acción absurda y consiguieron que le escribiese algunas palabras dándole las gracias. Pero la carta, escrita a regañadientes, resultaba fría y falta de espontaneidad. Esto no disminuyó el entusiasmo de Peter Schulz, pues envió posteriormente dos o tres cartas en las que rebosaba el afecto. Cristóbal no servía para cultivar el género epistolar y, aunque algo reconciliado con el amigo desconocido por el tono de sinceridad y de verdadera simpatía que se echaba de ver en todas sus palabras, dejó de responder. Schulz, por su parte, acabó por no escribir, y Cristóbal no volvió a pensar más en ello.

\* \* \*

Veía a los Reinhardt todos los días, y con frecuencia varias veces al día. Pasaban casi todas las veladas juntos. Después de un día de soledad y de aislamiento, sentía una necesidad física de hablar, de decir cuanto le pasaba por la cabeza, aunque no le comprendiesen, de reír con razón o sin ella, de emplear su energía y de calmar la tensión de sus nervios.

Les hacía música. No teniendo otro medio de demostrarles su agradecimiento, se sentaba al piano y tocaba durante horas enteras. La señora Reinhardt no entendía nada de música, y, a veces, tenía que hacer grandes esfuerzos para no bostezar, pero sentía viva simpatía hacia Cristóbal y fingía interesarse por lo que tocaba. Reinhardt, sin ser mucho más músico que su mujer, experimentaba a veces cierta emoción material, producida por

algunos pasajes, por algunas páginas o simplemente por algunos compases; y entonces era tan violenta su emoción, que subían las lágrimas a sus ojos, lo cual le parecía idiota. El resto del tiempo no sentía nada. La música resultaba para él un ruido. Hay que advertir que, en general, sólo le conmovía lo que menos valía en la obra, algún pasaje enteramente insignificante. Se persuadían ambos de que comprendían a Cristóbal, y este trataba de persuadirse también de ello. Sentía, de vez en cuando, un malicioso deseo de burlarse de sus amigos; les tendía lazos, les tocaba cosas que carecían de sentido, *pot-pourris* ineptos, haciéndoles creer que eran suyos. Después que le habían admirado a su gusto, les descubría la trampa. Así es que empezaban a desconfiar; y, en adelante, cuando Cristóbal adoptaba un aire misterioso al tocarles algún trozo de música, se figuraban que quería burlarse de ellos y le criticaban. Cristóbal los dejaba hablar, hacía coro con ellos, convenía en que aquella música no valía un pito y después prorrumpe bruscamente en una carcajada:

—¡Qué bandidos! ¡Cuánta razón tenéis!... ¡Esto es mío!

Estaba satisfecho, como un rey, de haberlos engañado. La señora Reinhardt, algo mortificada, iba a darle un golpecito en el hombro, pero él se reía con tantas ganas, que, al fin, acababan por reír con él. No pretendían ser infalibles, y como tampoco sabían a qué atenerse, Lili Reinhardt había adoptado el partido de criticarlo todo, y su marido el de alabar todo; así estaban seguros de que uno de los dos sería siempre del parecer de Cristóbal.

Por lo demás, lo que más los atraía en Cristóbal no era el músico, sino el muchacho de buen fondo, algo chiflado, pero muy afectuoso y lleno de vida. Lo malo que de él habían oído decir, más bien los había predispuesto en su favor; como él, se sentían oprimidos por la atmósfera de la pequeña ciudad; como él, eran francos y juzgaban por sí mismos, y le consideraban como un niño grande no muy hábil en las cosas de la vida y víctima de su propia franqueza.

Cristóbal no se hacía ilusiones acerca de sus nuevos amigos, y experimentaba cierta melancolía al pensar que no comprendían lo más profundo de su ser y que jamás llegarían a comprenderlo. Pero

estaba tan falto de amistad y tenía tanta necesidad de ella, que les agradecía infinito el que lo quisiesen un poco. La experiencia del último año le había servido de dura lección y comprendía que no tenía derecho a mostrarse difícil. Dos años antes no hubiera tenido tanta paciencia; recordaba, con remordimiento mezclado con cierto placer, la severidad que había mostrado con los honrados y fastidiosos Euler. Por desgracia, la experiencia lo había hecho prudente. Lo hacía esto suspirar, y una voz secreta le decía:

—¡Sí! Pero, ¿por cuánto tiempo?

Esto le hacía sonreír y le consolaba algo.

¡Cuánto hubiera dado por tener un amigo, uno sólo que le comprendiese y compartiese sus sentimientos íntimos! Pero, aunque era muy joven, tenía suficiente experiencia del mundo para saber que aquella aspiración era de las que se realizan más difícilmente en la vida, y que no podía pretender ser más feliz que la mayor parte de los verdaderos artistas que le habían precedido. Había aprendido a conocer algo la historia de algunos de ellos. Ciertos libros de la biblioteca de los Reinhardt le habían dado a conocer las terribles pruebas porque habían pasado los músicos alemanes del siglo XVII, y la tranquila constancia de que había dado prueba algunas de aquellas grandes almas —la más grande de todas, la del heroico Schütz—, continuando inquebrantablemente su camino en medio de las guerras, del incendio de las ciudades, de los estragos de la peste, de la invasión de la patria, ocupada por las bandas de toda Europa y —lo que es peor—, destrozada, pisada, degradada por la desgracia, sin fuerzas para luchar, indiferente a todo y sin aspirar a otra cosa que el descanso. ¿Quién tendría derecho para quejarse, pensaba, en vista de tal ejemplo? No tenían público ni porvenir; escribían para sí solos y para Dios; lo que escribían hoy tal vez lo anonadaría el día de mañana. Sin embargo, continuaban escribiendo y no estaban tristes: por nada del mundo perdían su buen humor intrépido y jovial; quedaban satisfechos con su canto y no pedían a la vida más que el vivir, el ganar lo necesario para mantenerse, el desembarazarse de sus pensamientos y hallar dos o tres hombres honrados, sencillos, verídicos, poco artistas, que seguramente no

los comprendían, pero que tenían confianza en ellos y en quienes ellos podían tenerla. ¿Cómo se hubiera atrevido a mostrarse más exigente que ellos? Hay un mínimo de dicha que se puede desear, pero nadie tiene derecho a más: si se desea más, tiene uno que procurársela por sí mismo y no esperarla de los otros.

Estos pensamientos serenaban su ánimo y hacían que estimase cada vez más a sus amigos Reinhardt. No se figuraba que tratarían de disputarle este último afecto.

175

\* \* \*

Olvidaba la maldad de las poblaciones pequeñas. En ellas son tenaces los rencores, tanto más tenaces cuanto que no tienen ningún objeto. Un odio resuelto que sabe lo que quiere, se apacigua una vez que lo ha obtenido. Pero los seres maléficos que nada tienen que hacer, no desarman nunca, porque siempre están fastidiados. Cristóbal era excelente presa para su falta de ocupación. Había sido vencido sin duda, pero tenía la audacia de no mostrarse abrumado. No inquietaba a nadie, pero tampoco se inquietaba por nadie. No pedía nada, por lo tanto, nada podían contra él. Era feliz con sus nuevos amigos y se mostraba indiferente a cuanto decían y pensaban acerca de su persona. Esto era insoportable. La señora Reinhardt irritaba más aún a los maldicientes. La amistad de que hacía gala hacia Cristóbal, al revés de toda la ciudad, parecía lo mismo que su actitud, un desafío a la opinión. La buena Lili Reinhardt no desafiaba a nada ni a nadie: no pensaba en provocar a los demás. Hacía lo que le parecía bueno sin pedir el parecer de los otros. Esta era la peor de las provocaciones.

Todo el mundo andaba acechando sus gestos y ellos mostraban sobrada confianza. Extravagante el uno y alocada la otra, no se mostraban prudentes cuando salían juntos, ni aun en la casa cuando por la noche hablaban o reían echados de codos en el balcón. Se abandonaban inocentemente a una familiaridad de palabras y de modales que debía suministrar sin trabajo alimento a la calumnia.

176 Una mañana recibió Cristóbal una carta anónima en la que le acusaban, en términos bajamente odiosos, de ser el amante de la señora Reinhardt. Se le cayeron los palos del sombrero. Jamás había tenido el menor pensamiento de amor, ni aun de *flirt* con ella. Era demasiado honrado y sentía hacia el adulterio un horror puritano. La sola idea de tan repugnante situación le causaba repulsión física y moral. Quitarle la esposa a un amigo le hubiera parecido un crimen y Lili Reinhardt hubiera sido la última persona en quien hubiera pensado para cometer tal infamia: la pobre mujer no tenía nada de bonita y él no habría tenido siquiera la excusa de una pasión.

Llegó a casa de sus amigos, avergonzado y cohibido, y los halló en la misma situación. Cada uno había recibido por su parte una carta análoga, pero no se atrevían a descubrirselo, y todos tres, observándose mutuamente y vigilando sus acciones, no se atrevían ni a moverse ni a hablar, y no hacían más que tonterías. Si el natural buen humor del Lili Reinhardt recobraba su imperio por un momento y si de nuevo volvía a reír y a decir extravagancias, una brusca mirada de su marido o de Cristóbal la llenaba de confusión. Cruzaba por su mente el recuerdo de la carta; se paraba en medio de un gesto familiar y se turbaba. Lo mismo sucedía a Cristóbal y a Reinhardt, y cada uno decía para sí:

—¿Sabrían algo los demás?

No se decían nada y procuraban vivir como antes, pero menudeaban las cartas anónimas, cada vez más insultantes y groseras, que les producían un enervamiento y vergüenza intolerables. Se ocultaban, cuando las recibían y no tenían fuerza para quemarlas sin leerlas. Las abrían con mano temblorosa; al desdoblarse el pliego, les faltaba el ánimo y cuando leían lo que habían temido leer, con alguna variación nueva sobre el mismo tema, invenciones ingeniosas e innobles de un espíritu consagrado a hacer daño, lloraban por lo bajo y hacían esfuerzos por adivinar quién podría ser el miserable que se encarnizaba en perseguirlos.

Un día, la señora Reinhardt, ya sin fuerzas, confesó a su marido la persecución de que era víctima. Él le confesó, por su parte, con las lágrimas en los ojos, que él también era objeto de



la misma. Sería cosa de hablar a Cristóbal. No se atrevían. Sin embargo, había que advertirle para que fuese prudente. A las primeras que la señora Reinhardt le dijo ruborizándose, observó, consternada, que Cristóbal también recibía cartas. Este encarnizamiento en la maldad les hizo perder la cabeza. No les cabía duda que la ciudad entera se hallaba en el secreto. En lugar de sostenerse mutuamente, acabaron de desmoralizarse. No sabían qué hacer. Cristóbal habló de ir a romperle la cabeza a alguien. Pero, ¿a quién? Además, esto equivaldría a dar pábulo a las calumnias. ¿Darían parte de las cartas a la Policía? Sería lo mismo que hacer públicas sus insinuaciones... Tampoco era posible hacerse los desentendidos. Sus relaciones de amistad se hallaban perturbadas. Por más que Reinhardt tuviese absoluta confianza en la honradez de su mujer y de Cristóbal, sospechaba de ellos a pesar suyo. Comprendía lo absurdo y vergonzoso de sus sospechas; hacía propósito de no hacer caso de ellas, de despreciarlas, y de dejar solos y juntos a Cristóbal y a su esposa. Pero sufría y su mujer se daba perfectamente cuenta de ello.

177

Por parte de la señora Reinhardt, fue aún peor. Jamás había pensado en coquetear con Cristóbal. Las calumnias le insinuaron la ridícula idea de que, tal vez, después de todo, su amigo abrigaba hacia ella un sentimiento amoroso, y aunque él estaba a cien leguas de esto, ella creyó prudente defenderse, no con alusiones precisas, sino con precauciones poco hábiles, que Cristóbal no comprendió al principio y que, cuando las comprendió, le sacaron de sus casillas. La cosa era tan ridícula que daban ganas de reír y de llorar. ¡Él, enamorado de aquella honrada burguesa, buena, pero fea y vulgar! ¡Y que ella lo creyese!... ¡Y que él no pudiera defenderse, diciéndoselo a ella y a su marido!

—¡Vamos! ¡Estén ustedes tranquilos! ¡No hay peligro!

Pero no, no podía ofender a aquellos excelentes amigos. Y se daba cuenta, por otra parte, de que si ella procuraba defenderse de su amor, era porque empezaba secretamente a enamorarse de él: las cartas anónimas habían tenido por excelente resultado inspirarle aquella idea necia y romántica. La situación se había hecho a la vez tan penosa y tan estúpida, que no era posible

continuar. Por lo demás, Lili Reinhardt, que a despecho de sus vanidosos alardes, no tenía fuerza alguna de carácter, perdió la cabeza ante la hostilidad sorda de la ciudad. Empezaron a darse pretextos vergonzosos para no verse: la señora Reinhardt estaba enferma. Reinhardt tenía que trabajar... Tenían que ausentarse por breves días. Eran éstas torpes mentiras que el malicioso azar se complacía en descubrir.

178      Cristóbal, más franco, dijo:

—¡Separémonos, pobres amigos míos! ¡No podemos luchar!

Los Reinhardt lloraron. Pero, después del rompimiento, se sintieron como aliviados de un gran peso. La ciudad podía triunfar. Esta vez, Cristóbal se hallaba en completa soledad. Le habían robado hasta el último soplo de aire: el afecto, sin el que no puede vivir ningún corazón por humilde que sea.

No tenía a nadie. Todos sus amigos habían desaparecido. Su querido Gottfried, que le había auxiliado en momentos difíciles y de que tanta necesidad habría tenido en aquel momento, había emprendido hacía meses su último viaje. Una noche del verano anterior, habían recibido una carta de escritura grosera que procedía de una aldea lejana, y hacía saber a Luisa que su hermano había muerto en una de sus vagabundas giras que el pobre buhonero se obstinaba en continuar a pesar de su mala salud. Le habían enterrado allá abajo, en el cementerio de la aldea. La última amistad viril y serena que hubiera sido capaz de contener a Cristóbal se había hundido en el abismo. Se quedaba sólo en compañía de su madre anciana e indiferente a su pensamiento, que no podía hacer más que quererle, pero que no lo comprendía. En torno suyo se extendía la inmensa llanura alemana, especie de océano triste. A cada esfuerzo que hacía para salir de él, se hundía más y más. La ciudad enemiga le veía ahogarse.

Mientras luchaba con su destino, se le apareció, como un destello, en medio de su noche, la imagen de Hassler; el gran músico a quien tanto había querido en su niñez y cuya gloria resplandecía ahora por todo el imperio alemán. Se acordó de las promesas que Hassler le había hecho en otro tiempo, se agarró inmediatamente con desesperado vigor a esta tabla que se le aparecía en medio de su naufragio. Hassler podía y debía salvarle. ¿Qué le pedía? Ni socorros, ni dinero, ni auxilio material de ninguna clase. Nada más sino que le comprendiese. Hassler se había visto perseguido como él y era un hombre libre a quien perseguía con sus rencores la mediocridad alemana procurando aplastarle. Sostenían el mismo combate.

Inmediatamente que se le ocurrió esta idea la puso en ejecución. Avisó a su madre que estaría ausente algunos días, y aquella misma noche tomó el tren para la gran ciudad del norte de Alemania, donde Hassler era *Kappellmeister*. No podía aguardar más. Era el último esfuerzo que hacía.

\* \* \*

180

Hassler era célebre. Sus enemigos no se habían dado por vencidos, pero sus amigos repetían que era el mayor músico de los tiempos pasados, presentes y futuros. Le rodeaba una multitud de enemigos y partidarios, tan absurdos unos como otros. Como no tenía un carácter superior, éste se había agriado con las críticas. Ponía toda su energía en hacer cuanto podía desagradar a sus adversarios y hacerles gritar. Sus bromas eran a veces de las más pesadas. No sólo empleaba su talento prodigioso en excen-tricidades musicales, que hacían erizarse los cabellos en la cabeza de los pontífices, sino que manifestaba una señalada predilección por los textos extravagantes, por los asuntos extraños y por las situaciones equívocas y licenciosas, en una palabra, por todo lo que podía chocar con el sentido común y la decencia vulgar. Se alegraba cuando hacía rabiarse a los burgueses y éstos rabiaban con frecuencia. El mismo emperador, que se ocupaba de arte, como es sabido, con la insolente presunción de los advenedizos y de los príncipes, consideraba como un escándalo público la fama de Hassler y no dejaba pasar ninguna ocasión de manifestar hacia aquellas obras atrevidas un indiferente desprecio. Hassler estaba irritado y contento de aquella augusta oposición que, para los partidos más avanzados del arte alemán, constituía como una consagración, y seguía metiendo cada vez más ruido. A cada nueva tontería suya se extasiaban más sus amigos y celebraban su genio.

La pandilla de Hassler se componía, sobre todo, de literatos, de pintores y de críticos decadentes que tenían seguramente el mérito de representar el partido de la oposición contra la reacción, siempre amenazadora en la Alemania del Norte, del

espíritu pietista y de la moral de Estado: pero su independencia se había exasperado con la lucha hasta rayar en lo ridículo, sin que ellos se diesen cuenta de ello, pues si algunos no dejaban de tener un talento vigoroso y personal, tenían poca inteligencia y menos gusto. No podían ya salir de la atmósfera artificial que habían creado y, como todos los cenáculos, habían acabado por perder enteramente el sentido de la vida real. Hacían la ley para sí mismos y para algunos centenares de tontos, que leían sus revistas y aceptaban con la boca abierta todo cuanto querían hacerles creer. Su adulación, demasiado fácil, había sido perniciosa para Hassler. Aceptaba sin examen todas las ideas musicales que le pasaban por la cabeza, y estaba íntimamente persuadido de que, por malo que fuese lo que escribiese, sería siempre muy superior a todo cuanto escribían los demás músicos. Aunque fuese muy cierta esta idea, no se deducía de ello que bastase para producir obras maestras. Hassler experimentaba en el fondo el más profundo desprecio hacia todos, amigos y enemigos, y aquel desprecio amargo y burlón lo extendía a sí mismo y a la vida entera. Se hundía tanto más en su escepticismo irónico, cuanto que había creído en otro tiempo en una multitud de cosas groseras y sencillas. No teniendo ya la fuerza de defenderlas contra la lenta destrucción del tiempo, ni la hipocresía de persuadirse que creía en lo que ya no creía, se encarnizaba en ridiculizar hasta su recuerdo. Tenía, por lo demás, una naturaleza de alemán del Sur, indolente y poco hecha para resistir a los excesos de la fortuna o de la desgracia, del calor o del frío, y que necesitaba, para conservar su equilibrio, una temperatura moderada. Se había entregado perezosamente a gozar de la vida; le gustaban las buenas comidas, las bebidas fuertes, la tranquila holganza y los pensamientos muelles. Se resentía su arte de esto, aunque estaba demasiado bien dotado para que no surgiesen de vez en cuando algunas chispas de genio en medio de su música insolente, que se abandonaba al gusto de la moda. Nadie sentía mejor que él su decadencia. A decir verdad, era el único que la sentía, en momentos poco frecuentes y que evitaba siempre que podía. En estos casos se tornaba misántropo, absorto en sus melancolías, sus preocupaciones egoístas y

los cuidados de su salud, e indiferente a todo cuanto excitara en otro tiempo su entusiasmo o su odio.

\* \* \*

182 Este era el hombre al que iba Cristóbal a pedir consuelo. ¡Con qué alegría y esperanza llegó una mañana fría y lluviosa, a la ciudad en que vivía el que a sus ojos simbolizaba, con su arte, el espíritu de independencia! Esperaba recibir de él la palabra de amistad y de aliento que necesitaba para continuar la ingrata y necesaria batalla que todo verdadero artista tiene que librar al mundo hasta su último suspiro, sin desarmar un solo día, porque, como dijo Schiller: “La única relación con el público de la que no nos arrepentimos nunca es la guerra”.

Estaba Cristóbal tan impaciente que apenas tuvo tiempo para depositar su saco de viaje en el primer hotel que vio, cerca de la estación, y de correr al teatro para enterarse de la dirección de Hassler. Este habitaba bastante lejos del centro, en un arrabal de la ciudad. Cristóbal tomó un tranvía eléctrico, comiéndose con apetito un panecillo. Le latía el corazón a medida que se aproximaba.

El barrio en que había elegido domicilio Hassler estaba edificado, casi por entero, con esa arquitectura nueva en que derrama la joven Alemania su barbarie erudita, y que se cansa en laboriosos esfuerzos por llegar al genio. En medio de la ciudad vulgar, con sus calles rectas y sin carácter, se alzaban aquí y acullá, bruscamente, hipogeos de Egipto, *chalets* noruegos, claustros, pabellones de exposición universal, casas panzudas, cojas, hundidas en la tierra, con una facha inerte, un ojo único, enorme, verjas de prisión, puertas que parecían de submarinos, arcos de hierro, criptogramas de oro en las rejas de las ventanas, monstruos con la boca abierta encima de las puertas de entrada, azulejos en todos los sitios donde no hacían falta, mosaicos extraordinarios, que representaban a Adán y Eva; tejados de colores disparatados, casas-fortalezas en lo alto, sin ventanas por un lado, mientras que en el otro se abrían grandes

agujeros cuadrados, rectangulares, triangulares, como heridas; grandes lienzos de pared, desnudos, en los que surgía de pronto un balcón macizo con una sola ventana, apoyado en cariátides nibelungescas y en los que se divisaban, sobre la baranda de piedra, dos cabezas de viejos barbudos y cabelludos, los hombres-peces de Boeklin. En el frontón de una de estas prisiones —una casa faraonesca, de dos pisos, con dos colosos desnudos en la entrada—, había escrito el arquitecto:

183

“Muestra el artista su universo  
que nunca fue, y que nunca será”.

*(Seine Weltz zeige der Künstler,  
Die niemals war noch jemals sein wird).*

Cristóbal, preocupado únicamente por la idea de Hassler, miraba con ojos maravillados, sin procurar comprender. Llegó a la casa que buscaba, una de las más sencillas, de estilo carolingio. En el interior reinaba un lujo bastante vulgar; en la escalera se sentía el calor pesado de un calorífero demasiado calentado, y había un pequeño ascensor del que no se aprovechó Cristóbal, para tener tiempo de prepararse para su visita, subiendo los cuatro pisos, despacio, con las piernas temblando y el corazón lleno de emoción. Durante aquel corto trayecto tenía presentes en su espíritu su antigua entrevista con Hassler, y la imagen de su abuelo, como si datasen de la víspera.

Eran cerca de las once cuando llamó a la puerta. Le recibió una criada joven y vivaracha, con modales de *serva padrona*\*, que le examinó con impertinencia, y empezó por declarar que “el señor no podía recibir porque estaba cansado”. Pero la desilusión que se pintó en el cándido rostro de Cristóbal la divirtió, sin duda; pues habiendo terminado el examen indiscreto que hacía de su persona, se suavizó bruscamente, le hizo entrar en

\* Alude indirectamente a la ópera buja de Giovanni Battista Pergolesi *La serva padrona* (La criada patrona), estrenada en 1733 (Nota del editor).

el gabinete de Hassler, y dijo que iba a hacer lo posible para que le recibiese el señor. Dicho esto, le echó una mirada picaresca, y cerró la puerta.

184 Había en las paredes algunas pinturas impresionistas y grabados galantes del siglo XVIII francés, pues Hassler pretendía entender de todas las artes, y asociaba en su gusto a Manet y Watteau, según las indicaciones que le daba su cenáculo. Se observaba la misma mezcla de estilos en los muebles, pues una hermosa mesa de despacho Luis XV se veía rodeada de sillones de “arte nuevo” y de un diván oriental, con una montaña de cojines multicolores. Estaban las puertas adornadas con espejos, y una multitud de chirimbolos japoneses cubría los aparadorcitos y la tabla de la chimenea, en la que se veía un busto de Hassler. En una copa, sobre el velador, había una profusión de fotografías de artistas, de admiradores y de amigos, en las que se leían chistes y exclamaciones entusiastas. Reinaba en la mesa un desorden increíble; el piano estaba abierto; había polvo en los estantes, y se veían por todas partes colillas de cigarros.

Oyó Cristóbal, en el cuarto inmediato, una voz que gruñía, y a la que replicaba la voz chillona de la pequeña criada. Era claro que Hassler manifestaba poco entusiasmo por recibir a la visita, y que a la señorita se le había metido en la cabeza que él la recibiría. No se mordía la lengua, y le replicaba con la mayor familiaridad, y a Cristóbal le chocaban algunas de sus reflexiones. Pero Hassler no parecía afectado por ellas. Por el contrario, parecía que le divertían aquellas impertinencias, y seguía gruñendo, burlándose de ella y divirtiéndose en excitarla. Por último, oyó Cristóbal abrirse una puerta, y, siempre gruñendo y burlándose, entró Hassler, arrastrando los pies.

Cristóbal sintió que se le encogía el corazón. Le reconocía. Hubiera preferido no reconocerle. Era, en efecto, Hassler, pero ya no era él. Tenía siempre su hermosa frente y su rostro sin la menor arruga, pero estaba calvo, había engordado, su tez era amarillenta, parecía dormido y su labio inferior algo caído, le daba un aspecto malhumorado. Andaba algo encorvado, con las manos en los bolsillos de una chaqueta desgarrada, y llevaba las zapatillas



en chancletas; formaba su camisa como un burlete encima de su pantalón, que ni aún había acabado de abrochar. Consideró a Cristóbal con sus ojos dormidos que no se despertaron siquiera cuando el joven balbució su nombre. Saludó automáticamente, sin moverse, le indicó con la cabeza una silla a Cristóbal y se dejó caer, dando un suspiro, en el diván, cuyos cojines amontonó en torno suyo. Cristóbal, repetía:

—Ya tuve el honor... Usted tuvo la bondad... Soy Cristóbal Krafft...

185

Hassler, hundido en el diván, con las piernas cruzadas y las manos juntas sobre su rodilla derecha, replicó:

—No os conozco.

Cristóbal, con la garganta contraída, intentó recordarle su antiguo encuentro. En cualquier otra circunstancia le hubiera sido difícil hablar de sus recuerdos íntimos, pero en aquel momento era una verdadera tortura para él; se embrollaba en sus frases, no daba con las palabras, decía cosas absurdas que le hacían sonrojarse. Hassler le dejaba embrollarse sin quitarle de encima los ojos fijos e indiferentes. Cuando hubo concluido su relato, siguió Hassler meciendo un instante su rodilla, como si esperase que continuase Cristóbal. Luego dijo:

—Sí... esto no nos rejuvenece... —y se estiró.

Después de haber bostezado, añadió:

—...Dispense usted... No he dormido... Cené en el teatro, anoche...

Y volvió a bostezar.

Esperaba Cristóbal que hiciera Hassler alusión a lo que acababa de contarle; pero Hassler, a quien no había interesado en nada toda aquella historia, no habló de ella y no le dirigió al joven la menor pregunta acerca de su vida. Cuando acabó de bostezar, le preguntó:

—¿Hace tiempo que está usted en Berlín?

—He llegado esta mañana —dijo Cristóbal.

—¡Ah! —dijo Hassler, sin extrañarse—. ¿Qué hotel?

Sin parecer escuchar la contestación, se levantó perezosamente, alcanzó un llamador eléctrico y tocó.

—¿Usted me permite? —dijo.

Apareció la pequeña criada con su aire impertinente.

—Kitty —le dijo—, ¿tienes acaso la pretensión de dejarme sin almorzar hoy?

—Pero, ¿piensa usted —le respondió— que le voy a traer la comida aquí, mientras tiene usted visita?

—¿Por qué no? —dijo designando a Cristóbal, con una ojeada irónica—. Él me alimenta el espíritu y yo alimentaré el

186 cuerpo.  
—¿No le da a usted vergüenza de hacer presenciar su comida, como en las casas de fieras?

Hassler, en lugar de enfadarse, se echó a reír.

—Tráelo de todos modos, me comeré también la vergüenza.

Ella se retiró encogiéndose de hombros.

Cristóbal, viendo que Hassler no quería enterarse de lo que hacía, intentó reanudar la conversación. Habló de la dificultad de la vida en provincia, habló de la medianía de las gentes, de su estrechez de espíritu, del aislamiento en que se encontraba. Se esforzaba por interesarle en su ansiedad moral. Pero Hassler, hundido en el diván, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio cerrados, le dejaba hablar; de vez en cuando alzaba los párpados y dejaba caer algunas palabras de fría ironía, o una bufonada sobre las gentes de provincias, que quitaba a Cristóbal todo aliento para hablar más íntimamente. Había regresado Kitty con la bandeja del desayuno: café, manteca, jamón, etc. La colocó, malhumorada, sobre la mesa, en medio de los papeles en desorden. Cristóbal esperó que hubiese salido para reanudar su doloroso relato que tanto trabajo le costaba continuar.

Hassler se acercó a la bandeja, se echó café y mojó en él los labios; luego, con familiaridad algo despreciativa, interrumpió a Cristóbal en medio de una frase para preguntarle:

—¿Quiere usted una taza?

Cristóbal rehusó. Intentaba reanudar el hilo de su frase, pero cada vez más desconcertado, no sabía lo que decía. Estaba distraído por el espectáculo de Hassler, que, con la bandeja debajo de la barba, se tragaba, como un chiquillo, las rebanadas de pan

con manteca y las lonjitas de jamón que cogía con los dedos. Consiguíó, sin embargo, contar que componía, que había hecho tocar una obertura para la *Judit* de Hebbel. Hassler lo escuchaba distraídamente:

—¿Was? (¿Qué?) —preguntó.

Cristóbal repitió el título.

—¡Ach! ¡So, so! (¡Ah!, ¡Bueno, bueno!) —dijo Hassler metiendo la sopa y los dedos en la taza.

187

Cristóbal descorazonado, estaba a punto de levantarse y marcharse, pero pensó de pronto en aquel largo viaje que había hecho en vano, y reuniendo todo su valor, propuso a Hassler, balbuceando, tocar algunas de sus obras. A las primeras palabras le detuvo Hassler.

—No, no, no entiendo nada de eso —dijo con su ironía insultante—. Además, no tengo tiempo.

A Cristóbal se le saltaron las lágrimas. Pero había jurado que no saldría de allí sin tener el parecer de Hassler sobre sus composiciones. Dijo, pues, con una mezcla de confusión y de cólera:

—Dispéñeme usted, pero usted me prometió oírme, y por eso, únicamente, he venido desde el fondo de Alemania; me tiene usted que oír.

Hassler, que no estaba acostumbrado a aquellos modos, consideró al joven torpe, furioso, encendido y casi a punto de llorar; esto le divirtió: así es que, encogiéndose de hombros, le enseñó el piano y le dijo, con resignación cómica:

—¡Entonces!... ¡Empiece usted!

Dicho esto, se arrellanó en el diván, como el que va a echarse un sueño, arregló a puñetazos los cojines debajo de su brazo, cerró los ojos, abriéndolos un instante, como para medir las dimensiones del rollo de música que sacaba Cristóbal, dio un suspiro y se dispuso a escuchar con aburrimiento.

Cristóbal, bastante mortificado, empezó a tocar. Hassler no tardó en abrir los ojos, con el interés profesional del artista que oye una cosa hermosa. Primero no dijo nada y permaneció inmóvil, pero pronto se tornaron sus miradas menos vagas y se

movieron sus labios. Al fin, se despertó por completo, gruñendo su asombro y su aprobación. Eran interjecciones inarticuladas y su tono no dejaba ninguna duda acerca de sus sentimientos. Cristóbal experimentaba un bienestar imposible de expresar. Hassler no pensaba ya en calcular el número de páginas que le quedaban de oír. Cuando acababa Cristóbal un trozo, decía:

—¡Más!... ¡Más!...

188 Empezaba a usar el lenguaje humano.

—¡Bueno!... —exclamaba—. ¡Famoso!... ¡Terriblemente famoso! (*Schrecklich famos!*)... Pero, ¡qué diablos! —gruñía, estupefacto—. ¿Qué es esto?

Se había enderezado e inclinaba la cabeza, con la mano junto a la oreja, hablándose a sí mismo, riendo de contento, y, al oír ciertas armonías curiosas, sacaba la lengua como para relamerse. Una modulación inesperada le produjo tal efecto, que se levantó bruscamente y fue a sentarse al piano junto a Cristóbal. No parecía darse cuenta de la presencia de este. Sólo se ocupaba de la música, y cuando hubo terminado el trozo, cogió el cuaderno, volvió a leer la página y luego las siguientes, siguiendo monologando su admiración y su sorpresa, como si hubiese estado solo:

—¡Que el demonio!... —gruñía—. ¿De dónde habrá sacado esto este animal?

Apartando a Cristóbal con el hombro, tocó él mismo algunos pasajes. Tenía dedos encantadores, muy suaves y ligeros. Cristóbal observó sus manos largas y bien cuidadas, de aristocracismo algo enfermizo y que no correspondían al resto de su persona. Se detenía Hassler en ciertos acordes, los repetía, haciendo guiños y relamiéndose; murmuraban sus labios, imitando la sonoridad de los instrumentos, y seguía lanzando sus apostrofes, en los que se mezclaban el placer y el despecho: no podía defenderse de una secreta irritación, de una envidia que no quería confesarse a sí mismo, y, al mismo tiempo, gozaba ávidamente.

Aunque persistiese en hablar consigo mismo, como si Cristóbal no existiese, éste lleno de alegría, no podía dejar de oír las exclamaciones de Hassler, y explicaba lo que había querido

hacer. Hassler no pareció al principio prestar la menor atención a lo que el joven decía y proseguía sus reflexiones en voz alta; pero algunas palabras de Cristóbal le llamaron la atención y se calló, con los ojos siempre fijos en el cuaderno que hojeaba, escuchando sin parecer escuchar. Cristóbal, por su parte, se animaba poco a poco y acabó por confiar toda su alma: hablaba, con sencilla excitación, de sus proyectos y de su vida.

Hassler, silencioso, se había vuelto a dejar dominar por la ironía, al escucharle. Le había dejado retirarle el cuaderno de las manos; con el codo apoyado en el piano y la frente en la mano, miraba a Cristóbal, que le comentaba su obra con ardor y turbación juveniles. Y sonreía amargamente, pensando en sus propios principios, en sus esperanzas, en las esperanzas de Cristóbal y en los sinsabores que aún le esperaban.

Hablaba Cristóbal, con los ojos bajos, por miedo de que se le perdiera el hilo de lo que quería decir. El silencio de Hassler le alentaba. Sentía que le observaba éste y no perdía una sola de sus palabras; creía que había roto el hielo que los separaba y dilataba su corazón. Cuando hubo acabado, alzó la cabeza con timidez —aunque también con confianza—, y miró a Hassler. Se heló de pronto toda su naciente alegría, cuando vio los ojos fríos y burlones que le miraban. Se calló.

Después de un silencio glacial habló Hassler con voz áspera. Había vuelto a cambiar: afectaba ahora una especie de dureza para con el joven, de cuyos proyectos se burlaba amargamente, así como de sus esperanzas de éxito, como si quisiese burlarse de sí mismo, puesto que se encontraba de nuevo en él. Se encarnizaron fríamente en destruir su fe en la vida, en el arte y en sí mismo. Diose como ejemplo viviente hablando de sus obras actuales de un modo insultante.

—¡Son porquerías! —dijo—. Es lo que les hace falta a esos cerdos. ¿Cree usted que hay acaso diez personas en el mundo que amen la música? ¿Hay siquiera una sola?

—¡Yo soy una de ellas! —exclamó Cristóbal con vivacidad.

Hassler miró, se encogió de hombros, y dijo con voz cansada:

—Usted hará como los demás. Pensará usted en hacerse un hombre, en disfrutar como los demás... Y tendrá usted razón...

Intentó Cristóbal protestar, pero Hassler le cortó la palabra, y volviendo a tomar el cuaderno, se puso a criticar agriamente las obras que celebraba un momento antes. No sólo hacía notar con dureza las verdaderas negligencias, las incorrecciones de estilo, las faltas de gusto o de expresión que se le habían escapado al joven, sino que le hacía críticas tan absurdas, críticas como las hubiera hecho el más estrecho y más atrasado de los músicos, de aquellas que él mismo había sufrido toda la vida. Preguntaba a qué venía todo aquello. Ya no criticaba siquiera, negaba: se hubiera dicho que se esforzaba por borrar rabiosamente la impresión que aquellas obras le habían hecho.

Cristóbal, consternado, no intentaba siquiera contestar. ¿Cómo responder a aquellos absurdos, pronunciados por la boca de alguien a quien se estima y ama? Por lo demás, Hassler no escuchaba nada. Seguía con el cuaderno cerrado entre las manos, con los ojos sin expresión y con su amarga sonrisa en la boca. Al fin, dijo, como si hubiera olvidado otra vez la presencia de Cristóbal:

—¡Ay! ¡Lo más triste es que no hay un hombre capaz de comprenderle a uno!

Cristóbal se sintió conmovido. Se volvió bruscamente, posó su mano en la mano de Hassler y, lleno de emoción, dijo:

—¿Y yo?

Pero la mano de Hassler no se estremeció, y si alguna cosa vibró en su corazón, en aquel momento, no brilló ninguna luz en sus ojos apagados que miraban a Cristóbal. La ironía y el egoísmo fueron más fuertes. Se inclinó de un modo algo ceremonioso y burlesco, para saludar.

—¡Usted me honra mucho! —dijo.

Y pensaba:

—¿Y a mí qué me importa? ¿Crees acaso que he perdido mi vida por ti?

Se levantó, echó el cuaderno sobre el piano y con sus largas piernas que vacilaban, fue a tenderse de nuevo en el diván. Cris-

tóbal, que había comprendido la respuesta y el insulto que encerraba, respondió orgullosamente que no se necesita ser comprendido por todos: algunas almas valen por sí solas un pueblo entero, piensan por él y éste piensa lo que ellas pensaron. Pero no escuchaba Hassler. Había caído de nuevo en su apatía, causada por la debilitación de su vida que se dormía en él. Cristóbal, demasiado sano para comprender este cambio súbito, comprendía vagamente que había perdido la partida; pero no podía resignarse a ello después de haber estado tan cerca de creerla ganada. Hacía esfuerzos desesperados por reanimar la atención de Hassler; había vuelto a coger su cuaderno de música y procuraba explicarle la razón de las irregularidades que aquél había notado. Hassler, hundido en el sofá, guardaba silencio; ni aprobaba ni contradecía: esperaba que concluyese.

191

Cristóbal vio que ya no quedaba nada que hacer. Se detuvo en medio de una frase, volvió a coger su cuaderno y se levantó. Hassler se levantó también. Cristóbal, avergonzado y cortado, se excusaba balbuciendo. Hassler, inclinándose ligeramente con cierta distinción altiva, le alargó la mano fría y cortésmente, y le acompañó hasta la puerta de entrada, sin decirle una palabra para retenerle ni para invitarle a volver.

\* \* \*

Cristóbal se encontró de nuevo en la calle anonadado. Andaba a la ventura y no sabía adonde ir. Después de haber seguido maquinalmente dos o tres calles, se encontró nuevamente en la estación del tranvía que le había conducido. Volvió a tomarlo sin pensar en lo que hacía y se dejó caer en la banqueta completamente molido. No podía reflexionar ni reunir sus ideas. No pensaba en nada ni quería pensar en nada. Tenía miedo de mirarse a sí mismo. Se hallaba en el vacío y le parecía que aquel vacío le formaba en torno suyo la gran ciudad. Ya no podía respirar: aquella bruma y aquellas casas macizas le ahogaban. Sólo tenía una idea: huir, huir cuanto antes, como si al huir de aquella ciudad debiese dejar allí la amarga desilusión que había encontrado en ella.

Volvió al hotel. No eran aún las doce y media. Hacía dos horas que había entrado en él con el corazón lleno de luz, pero ahora todo estaba apagado.

192 No almorzó ni subió a su habitación. Con gran asombro de la gente del hotel pidió su cuenta, pagó como si hubiese pasado la noche y dijo que quería partir. En vano le explicaban que no tenía prisa, que el tren que quería tomar tardaría aún varias horas en salir y que haría mejor en esperar en el hotel. Se empeñó en irse en seguida a la estación: era como un niño. Quería tomar el primer tren, cualquiera que fuese y no quedarse ni una sola hora más en aquel país. Después de tan largo viaje y de los gastos que había hecho, aunque se había propuesto no solamente ver a Hassler, sino también visitar museos, oír conciertos y hacer nuevos conocimientos; no tenía más que una idea en la cabeza: partir.

Volvió a la estación. Según le habían dicho, su tren no debía salir antes de las tres. Además, aquel tren, que no era expreso, porque Cristóbal se veía obligado a tomar billete de última clase, se detenía en el camino. Cristóbal hubiera encontrado gran ventaja en tomar el siguiente que partía dos horas más tarde y alcanzaba al primero. Pero eran dos horas más que tenía que pasar allí y Cristóbal no podía soportarlo. Ni siquiera quiso salir de la estación mientras tuvo que esperar. Lúgubre espera en aquellas salas vastas y vacías, tumultuosas y fúnebres, donde entran y salen, siempre atareadas y siempre corriendo, sombras extrañas e indiferentes, sin que haya ninguna conocida ni un rostro amigo. Llegaba a su término el nubloso día. Las lámparas eléctricas, envueltas por la niebla, salpicaban como manchas la noche y parecían hacerla más sombría. Cristóbal, cada vez más angustiado, esperaba ansioso el momento de partir. Iba diez veces por hora a ver de nuevo los anuncios de los trenes para asegurarse de que no se había equivocado. Como los releía de un extremo a otro cada vez para pasar el tiempo, le chocó el nombre de un pueblo: pensó que lo conocía, pero sólo al cabo de un momento recordó que era el pueblo del anciano Schulz que le había escrito tan cariñosas y entusiastas cartas. Le ocurrió en seguida, en medio de la angustia que le oprimía, la idea de ir a ver a aquel amigo desconocido. La



ciudad no estaba en el camino directo del regreso, sino a una o dos horas, en un ferrocarril local; era un viaje de una noche entera, con dos o tres cambios de tren e interminables paradas. Cristóbal no calculó nada. Inmediatamente se resolvió a ir: sentía necesidad instintiva de encontrar alguna simpatía. Sin pararse a reflexionar, redactó un despacho y telegrafió a Schulz su llegada para la mañana siguiente. Apenas había enviado este despacho cuando se arrepintió. Se burlaba en su interior amargamente de sus eternas ilusiones. ¿A qué correr al encuentro de un nuevo pesar? Ya no había nada que hacer, era demasiado tarde para cambiar.

Estos pensamientos ocuparon su última hora de espera. Al fin se formó su tren y subió a él primero que todos; y sólo empezó a respirar cuando este se puso en marcha y cuando vio por la portezuela del vagón que se iba borrando tras de sí, en medio del cielo gris, bajo la lluvia melancólica, la silueta de la ciudad que la noche iba cobijando con su manto. Le parecía que se hubiese muerto si hubiera pasado allí la noche.

A aquella misma hora, a eso de las seis, llegaba al hotel una carta de Hassler para Cristóbal. La visita del joven le había causado honda impresión. Durante toda la tarde había pensado con amargura, no exenta de simpatía, en el pobre muchacho que había ido a él con tan ardoroso afecto y a quien había recibido de una manera glacial. Se echaba en cara su acogida. A decir verdad, no había sido de su parte sino un acceso de mal humor, cosa muy común en él. Pensó en repararlo, enviando a Cristóbal, con un billete para la Ópera, dos palabras dándole cita al terminar la representación.

Cristóbal no llegó a saber nunca nada de ello. Como no le vio acudir, pensó Hassler:

—Se ha incomodado. ¡Tanto peor para él!

Se encogió de hombros y no volvió a pensar más en el joven.

Al día siguiente Cristóbal estaba lejos de él. Tan lejos que toda la eternidad no hubiera bastado para volverlos a retñir. Y ambos se hallaban solos para siempre.

Peter Schulz tenía setenta y cinco años. Siempre había sido su salud bastante delicada, y con la edad se hallaba aún más achacoso. Bastante alto, pero encorvado y con la cabeza inclinada sobre el pecho, tenía los bronquios débiles y respiraba con dificultad. Asma, catarro, bronquitis se encarnizaban en su persona, y en las arrugas dolorosas de su rostro largo y afeitado, se veía la huella de las luchas que tenía que sostener muchas noches, sentado en la cama, con el cuerpo echado hacia adelante y bañado en sudor, para procurar introducir un soplo de aire en su angustiado pecho. Tenía la nariz larga y algo hinchada en lo alto. Profundas arrugas, que salían de debajo de los ojos cruzaban transversalmente las mejillas, hundidas por los vacíos de la mandíbula. La edad y las dolencias no habían sido los únicos escultores de aquel pobre y arruinado rostro. También tenían parte en ello los pesares. Y a pesar de todo, no estaba triste. En su gran boca tranquila se leía una bondad serena; pero eran sobre todo, los ojos los que daban a aquel viejo rostro una conmovedora dulzura: tenían un color gris claro, límpido y transparente. Miraban bien de frente con calma y candor. No ocultaban nada del alma: se hubiera podido leer en su fondo.

Su vida había sido pobre en acontecimientos. Vivía solo desde hacía algunos años, a consecuencia de la muerte de su esposa, que no había sido ni buena ni inteligente ni hermosa. Sin embargo, conservaba tierno recuerdo de ella. Hacía veinticinco años que la había perdido, y ni una sola noche se había dormido, sin tener con ella un corto coloquio mental, triste y tierno. La asociaba a cada uno de sus días. No había tenido hijos, lo cual había sido el gran pesar de su vida. Había consagrado a sus discípulos su necesidad de afecto, y sentía hacia ellos el mayor apego, lo mismo que un padre hacia sus hijos.

Pocos le habían correspondido. Un corazón viejo puede sentirse muy cerca de uno joven, y hasta creerse casi de la misma edad, pues sabe cuan breves son los años que los separan. Pero el joven no se da cuenta de ello: el viejo es para él un hombre de otra época; por lo demás, se halla absorbido por demasiados cuidados inmediatos y aparta instintivamente los ojos del fin melancólico

de su esfuerzo. El viejo Schulz había encontrado a veces algún agradecimiento en ciertos alumnos, conmovidos por el vivo y sincero interés que tomaba en sus penas y alegrías; iban a verle de vez en cuando; le escribían para darle las gracias, cuando salían de la Universidad; algunos le escribían todavía una o dos veces los años siguientes. Pero después, el viejo Schulz no volvía a oír hablar de ellos, a no ser por los periódicos, que le daban a conocer los progresos que hacían en la vida, y se regocijaba de sus éxitos como si fuesen propios. No les guardaba rencor por su silencio, antes hallaba mil excusas para él. No dudaba de su afecto y atribuía a los más egoístas los sentimientos que a él le animaban.

195

Su mejor refugio eran los libros que no eran olvidadizos ni falaces. Las almas que en ellos amaba habían salido ya de las ondas del tiempo: eran inmutables; y el amor que ellas inspiraban y que parecían sentir y que difundían en torno de los que las amaban, había adquirido la fijeza de la eternidad. Profesor de estética y de historia de la música, era como un antiguo bosque que vibraba con el canto de las aves. Algunos de aquellos cantos resonaban muy lejos. Venían del fondo de los siglos y no eran seguramente los menos suaves ni los menos misteriosos. Había otros que le eran familiares e íntimos: eran compañeros queridos; cada una de sus frases le recordaba dolores y alegrías de su vida pasada, consciente o inconsciente: porque bajo cada uno de los días que alumbraba el sol, se desarrollan otros días iluminados por luz desconocida.

Había otros, en fin, jamás oídos aún, y que decían cosas que se esperaban desde hacía largo tiempo como muy necesarias; el corazón se abría para recibirlos como la tierra bajo la lluvia. De esta suerte escuchaba el viejo Schulz, en el silencio de su vida solitaria, el bosque lleno de aves, y como en el bosque de la leyenda, sumido en éxtasis por el canto del ave mágica, pasaban los años para él y había llegado la noche de la vida; pero su alma tenía siempre veinte años.

No constituía sólo la música sus riquezas, pues amaba también a los poetas antiguos y nuevos. Sentía predilección por los de su país, especialmente por Goethe, aunque amaba también a

los de otros países. Era instruido y leía varias lenguas. Por su espíritu, era contemporáneo de Herder y de los grandes *Weltbürger*, de los “ciudadanos del mundo”, de fines del siglo XVIII. Había vivido durante los años de ásperas luchas que precedieron y siguieron a 1870, envuelto en su vasto pensamiento. Y aunque adoraba a Alemania; no era vanaglorioso. Pensaba en Herder que, entre todos los vanagloriosos, “el que se vanagloria de su nacionalidad, es un consumado imbécil”, y con Schiller, que “es un ideal muy pobre el escribir para una sola nación”. Su espíritu era a veces tímido, pero su corazón tenía una amplitud admirable y se hallaba dispuesto a acoger con amor todo lo que era bello en el mundo. Tal vez se mostraba indulgente con las medianías; pero su instinto no se equivocaba respecto de lo mejor, y si le faltaba energía para condenar a los falsos artistas que la opinión pública admiraba, tenía siempre la necesaria para defender a los artistas originales y vigorosos desconocidos por la opinión. A veces le engañaba su bondad. Temblaba ante la idea de cometer una injusticia, y cuando no le gustaba lo que gustaba a los demás, se atribuía la culpa a sí mismo, y acababa, al fin, por gustarle. ¡Érale tan dulce amar! El amor y la admiración eran más necesarios aún para su vida moral que el aire para su miserable pecho. Por eso mostraba el mayor agradecimiento a los que le procuraban una nueva ocasión de amar. Cristóbal no podía sospechar lo que habían sido para él sus *Lieder*. Estaba muy lejos de haberlos sentido él mismo con tanta viveza cuando los creó. Esto consiste en que, para él, aquellos cantos no eran sino algunas centellas que habían brotado de la fragua interior; habían brotado otras y seguirían brotando otras muchas. Sin embargo, para el viejo Schulz era todo un mundo que se le revelaba de golpe, todo un mundo a que consagrar su amor. Su vida se había sentido como iluminada.

\* \* \*

Hacía ya un año que había tenido que abandonar su cargo de la Universidad, pues su salud, cada vez más débil, no le permitía ya dar su curso. Estaba enfermo, y en cama, cuando le llevó

el librero Wolf, como tenía costumbre de hacerlo, un paquete con las últimas novedades musicales que había recibido, y en el que se encontraban los *Lieder* de Cristóbal. Estaba solo. No tenía ningún pariente a su lado, pues la poca familia que tenía había muerto hacía tiempo. Cuidaba de él una vieja criada que abusaba de su debilidad para imponerle su voluntad. Dos o tres amigos, no menos viejos que él, iban a verle de cuando en cuando, pero tampoco tenían muy buena salud y, cuando el tiempo era malo, se quedaban encerrados en sus respectivas casas y espaciaban sus visitas. Precisamente estaban en invierno y cubría las calles la nieve que se derretía. Schulz no había visto a nadie en todo el día. Estaba sombrío su cuarto y velaba los cristales de la ventana la niebla amarillenta del exterior: el calorífero hacía la atmósfera pesada y molesta. En la vecina iglesia un viejo carillón del siglo XVII tocaba, cada cuarto de hora, con voz cascada, fragmentos de coros monótonos, cuya jovialidad parecía algo burlesca, sobre todo cuando no estaba uno mismo muy alegre. El viejo Schulz tosía, recostado sobre un montón de almohadas. Intentaba leer a Montaigne, al que tenía gran afición, pero aquella lectura no le procuraba entonces tanto placer como en otro tiempo. Había dejado caer el libro y soñaba. Estaba sobre la cama el paquete de música, pero no tenía ánimo para abrirlo, pues se sentía muy triste. Por último, suspiró y desató con gran cuidado la cuerda, se caló los anteojos y empezó a leer los trozos de música. Su pensamiento estaba ausente, volvía siempre a los recuerdos que hubiera querido alejar.

197

El cuaderno que tenía entre manos era el de Cristóbal. Cayeron sus ojos sobre un viejo cántico. Cristóbal había vuelto a tomar la letra de un piadoso y sencillo poeta del siglo XVII, renovando su expresión: el *Christliches Wanderlied* —canto del viajero cristiano—, de Pablo Gerhardt:

*Hoff! O du arme Seele,  
Hoff! und sei unverzagt.*

...

*Erwarte nur der Zeit,  
so wirst du schon erblicken  
die Sonne der schönsten Freud.*

(“¡Espera, oh pobre alma!  
¡espera y sé animosa!  
el momento  
que pronto verás brillar  
el sol de la alegría”).)

198

El viejo Schulz conocía perfectamente estas cándidas palabras, pero nunca le habían hablado de esta suerte... Ya no era la tranquila piedad que calma y adormece el alma con su monotonía. Era un alma igual a la suya, era su misma alma, aunque más joven y más fuerte la que sufría, quería esperar, ansiaba ver la felicidad y la llegaba a ver. Temblaban sus manos y corrían las lágrimas por sus mejillas. Continuó:

*Auf, auf! gieb deinem Schmerze  
und Sorgen gute Nacht!  
Lass fahren was das Herze  
betrübt und traurig macht!*

(“Ven, ven, dale a tus dolores  
y pesares las buenas noches,  
deja correr lo que te turba  
y aflige el corazón”).)

Comunicaba Cristóbal a aquellos pensamientos un ardor juvenil e intrépido, cuyo alegre heroísmo se desplegaba en los últimos versos, sencillos y llenos de confianza:

*Bist du doch nicht Regente,  
der alles führen soll,  
Gott sitzt im Regimente,  
und führet alles wohl.*

(“No eres tú quien dispone  
y todo lo conduce,  
es Dios, ¡Dios solo es rey  
y Él lo dirige todo!”).

Y cuando llegaba a aquella estrofa soberbia y orgullosa, que había arrancado Cristóbal con su atrevimiento de joven bárbaro, de su lugar primitivo en el conjunto del poema, para hacer la conclusión de su *Lied*: 199

*Und obgleich alle Teufel  
hier wollten widerstehn,  
so wird doch ohne Zweifel  
Gott nicht zurück gehn.*

*Was er ihm vorgenommen,  
und was er haben will,  
das muss doch endlich kommen  
zu seinem Zweck und Ziel.*

(“Y aun cuando los demonios  
quieran oponerse,  
no tengas miedo alguno  
que Dios no retrocede.

Y lo que se propone  
y quiere realizar,  
más tarde o más temprano  
acaba por llegar”).

Aquello era, un canto de felicidad, la embriaguez de la batalla, el triunfo de un *Imperator* romano.

El anciano temblaba con todo su cuerpo. Seguía anhelante la música impetuosa, como un niño a quien arrastra en la carrera un compañero, llevándole de la mano. Latía su corazón. Corrían sus lágrimas, y balbucía:

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!

Se puso a sollozar y reía: era feliz. Se sofocaba. Tuvo un terrible acceso de tos. Salomé, la anciana criada, acudió, creyendo que el viejo iba morir. Seguía llorando, tosiendo y repitiendo:

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!

Y entre dos accesos de tos, reía con una risa aguda y suave.

Salomé pensó que se volvía loco. Cuando acabó por comprender la causa de aquella agitación, le regañó:

—¿No es una lástima ponerse en ese estado por semejante cosa?... ¡Déme usted eso, que me lo lleve! ¡Ya no lo volverá a ver!

El viejo no cedía, tosiendo siempre, y gritaba a Salomé que lo dejara tranquilo. Como ella insistía, se irritó; juraba y se ahogaba en medio de sus reniegos. Nunca le había visto ella enfadarse y hacerle frente. Quedó asombrada y soltó el cuaderno; no le escatimó los regaños, le trató de viejo loco, dijo que había creído hasta entonces tratar con un hombre bien educado, pero que se había equivocado, y que hablaba peor que un carretero, que se le saltaban los ojos de la cabeza y que, si hubiesen sido pistolas, ya la habrían matado... Hubiera seguido quizás largo tiempo aquella letanía si él no se hubiera erguido de pronto, furioso, gritándole:

—¡Salga usted de aquí!

Con tono tan enérgico, que se marchó dando un portazo y diciendo que ya podría llamarla otra vez, que le dejaría reventar sólo.

Volvió entonces a reinar el silencio en la habitación en que ya empezaba a oscurecer. Volvieron las campanas a lanzar, en la tranquilidad de la tarde, su música plácida y grotesca. Algo avergonzado de su cólera, el viejo Schulz, inmóvil, tendido en el lecho, esperaba, anhelante, que se calmase la agitación de su corazón: apretaba contra su pecho los preciosos *Lieder* y reía como un niño.

\* \* \*

Pasó los días solitarios que siguieron en una especie de éxtasis. No pensaba ya en su enfermedad, en el invierno, en la luz triste, ni en su soledad. Todo estaba luminoso y alegre en torno



suyo. A dos pasos de la muerte, se sentía revivir en el alma joven de un amigo desconocido.

Procuraba figurarse a Cristóbal. No lo veía tal como era. Lo veía como su propia imagen idealizada, tal como él mismo hubiera querido ser: rubio, delgado, de ojos azules, hablando con voz débil y algo velada, suave, tímido y tierno. Siempre estaba dispuesto a idealizarlo. Idealizaba todo cuanto le rodeaba: a sus discípulos, a sus vecinos, a sus amigos, a su vieja criada. Su dulzura afectuosa y su falta de crítica, en parte voluntaria, para alejar de sí todo pensamiento desagradable, tejían en torno suyo imágenes serenas y puras, como su alma. Era un engaño bondadoso de que tenía necesidad para vivir. No se hacía, sin embargo, completamente ilusión, y con frecuencia, en su cama suspiraba pensando en mil pequeñeces que le habían sucedido durante el día, y que contradecían su idealismo. Sabía que la vieja Salomé se burlaba de él con las comadres del barrio y que le robaba regularmente en sus cuentas de cada semana. Sabía que sus discípulos eran obsequiosos para con él mientras lo necesitaban, pero que, una vez que habían recibido todos los servicios que podían esperar de él, lo abandonaban. Sabía que sus antiguos colegas de la Universidad lo habían olvidado por completo desde que lo habían jubilado, y que su sucesor lo robaba en sus artículos, sin nombrarle o nombrándole de un modo pérfido, al citar una frase suya sin valor, o al hacer observar algún error —procedimiento corriente en el mundo de la crítica—. Sabía que su viejo amigo Kunz le había echado una mentira aquella tarde, y que jamás volvería a ver los libros que prestó a su otro amigo Pottpetschmidt, algunos días antes, lo cual era muy doloroso para un hombre como él que tanto apego tenía a sus libros. Otras muchas cosas tristes, antiguas o recientes, le venían a la memoria; no quería pensar en ellas, pero no las podía alejar, sin embargo, de su mente: las sentía. Le atravesaban a veces su recuerdo como un dolor punzante.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!

Gemía en el silencio de la noche. Luego alejaba los pensamientos tristes: los negaba, quería tener confianza, ser optimista, creer en los hombres, y lo conseguía. ¡Cuántas veces se habían

visto brutalmente destruidas sus ilusiones! No obstante, volvían otras a renacer, siempre... No podía vivir sin ellas.

202 Cristóbal, desconocido, se convirtió para él en un foco luminoso. La primera carta fría y desagradable que de él recibió, hubiera debido afligirle —quizás le afligió—; aunque no quiso convencerse de ello, y le causó una alegría infantil. Era muy modesto y pedía muy poco a los hombres. Y lo poco que recibía bastaba para mantener su necesidad de amarlos y estarles agradecido. Ver a Cristóbal era una felicidad que no hubiera nunca esperado, pues era demasiado viejo para hacer el viaje a las orillas del Rin, y en cuanto a solicitar su visita, ni siquiera le pasó por la mente.

Le llegó el telegrama de Cristóbal por la noche, en el momento en que se sentaba a la mesa. Al principio no comprendió: le parecía desconocida la firma, y pensó que se habían equivocado y que el telegrama no era para él; lo relejó tres veces; en medio de su turbación se le caían los anteojos de las narices, la lámpara daba poca luz y bailaban las letras ante sus ojos. Cuando hubo comprendido, se sintió tan conmovido que se le olvidó cenar. Por más que gritó Salomé, le fue imposible tragar un bocado. Tiró su servilleta sobre la mesa, sin doblarla, cosa que no dejaba nunca de hacer; se levantó tambaleándose, fue a tomar su sombrero y su bastón y salió. El primer pensamiento del bueno de Schulz, al recibir tanta felicidad, había sido compartirla con otros y avisar a sus amigos la llegada de Cristóbal.

Tenía dos amigos, melómanos como él, a quienes había conseguido comunicar su entusiasmo hacia Cristóbal; el juez Salomón Kunz y el dentista Osear Pottpetschmidt, que era excelente cantor. Los tres ancianos habían hablado con frecuencia de Cristóbal y habían tocado toda la música suya que habían podido encontrar. Pottpetschmidt cantaba, Schulz acompañaba y Kunz escuchaba. Y luego se extasiaban, durante horas enteras. Cuántas veces habían dicho, cuando tocaban:

—¡Ah! ¡Si estuviese aquí Krafft!

Schulz se reía solo en la calle, de la alegría que sentía y de la que iba a comunicar. Caía la tarde y Kunz habitaba en un pue-

blecito a media hora de la ciudad. Pero estaba el cielo claro, era una tarde de abril y cantaban los ruiseñores. El corazón del viejo Schulz rebosaba alegría, respiraba sin opresión, le parecía que tenían sus piernas veinte años. Caminaba alegremente sin cuidarse de las piedras con las que tropezaba en la sombra. Se apartaba a los lados de la carretera cuando oía llegar un coche y saludaba alegremente al conductor, que le contemplaba con asombro cuando la linterna de su coche iluminaba al pasar al viejecillo encaramado en el talud del camino.

203

Había cerrado la noche por completo cuando llegó a la casa de Kunz, algo apartada del pueblo y rodeada de un jardincito. Golpeó la puerta y le llamó a voces. Se abrió una ventana y Kunz, asombrado, apareció. Procuraba ver en la oscuridad y preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué quieren?

Schulz, casi sin aliento, gritaba alegremente:

—¡Krafft!... Krafft viene mañana...

Kunz no comprendía, pero reconoció la voz.

—¡Schulz por aquí!... ¡Cómo!... ¿A estas horas?... ¿Qué hay?

Repitió Schulz:

—Viene mañana temprano...

—¿Quién? —preguntaba Kunz, que seguía sin comprender.

—¡Krafft! —gritó Schulz.

Kunz estuvo, un momento, meditando el sentido de esta palabra, y, de pronto, manifestó, con una ruidosa exclamación, que había comprendido.

—¡Ya bajo! —dijo.

Se cerró la ventana. Apareció en la puerta con una lámpara en la mano y bajó al jardín. Era un vejete bastante gordito, con una cabezota gris, barba roja y el rostro y las manos sembrados de pecas. Andaba despacio, fumando su pipa de porcelana. Aquel hombre bonachón y algo dormido, no había tenido nunca grandes pesares en la vida. La noticia que le llevaba su amigo, le hizo, sin embargo, salir de su calma y agitaba sus brazos cortos y su lámpara, preguntando:

—¡Cómo! ¿Es cierto? ¿Viene?

—Mañana por la mañana —repitió Schulz, triunfalmente, agitando el despacho.

Fueron a sentarse los dos amigos en un banco, bajo un cenador. Schulz tomó la lámpara; Kunz desdobló cuidadosamente el telegrama, leyó lentamente, a media voz; Schulz repetía en voz alta. Kunz volvió a mirar el papel, las indicaciones que acompañaban al despacho, la hora a que lo habían puesto, la hora de su llegada y el número de palabras. Después devolvió el precioso papel a Schulz, que reía de contento, repitiendo:

—¡Bueno!... ¡Bueno!...

Después de haber reflexionado un momento, aspirado y expirado una bocanada de humo, tocó la rodilla de Schulz, diciéndole:

—Es preciso avisar a Pottpetschmidt.

—Estaba pensándolo —dijo Schulz.

—Vamos juntos —dijo Kunz.

Entró en la casa para dejar la lámpara y volvió en seguida. Los dos viejos se marcharon, cogidos del brazo. Pottpetschmidt habitaba en el otro extremo del pueblo. Schulz y Kunz cambiaban pocas palabras meditando cada uno en la gran noticia. De pronto se detuvo Kunz y dio un bastonazo en el suelo.

—¡Ah! ¡Demonio!... —dijo—. ¡Si no está aquí!

Se acordaba de que Pottpetschmidt había tenido que salir por la tarde para hacer una operación en una ciudad vecina, donde debía pasar la noche y permanecer un día o dos. Schulz estaba consternado y Kunz no lo estaba menos. Estaban orgullosos de su amigo y hubieran querido lucirlo. Estaban plantados en medio de la carretera, sin saber qué decidir.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer? —preguntaba Kunz.

—Es absolutamente preciso que Krafft oiga a Pottpetschmidt —dijo Schulz.

Reflexionó y añadió:

—Es preciso enviarle un telegrama.

Fueron al telégrafo y redactaron juntos un despacho largo, lleno de emoción y difícil de entender. Después volvieron. Schulz calculaba:

—Podrá estar aquí mañana por la mañana, tomando el primer tren.

Pero Kunz hizo observar que ya era tarde y que el despacho no le sería quizás entregado más que al día siguiente. Schulz meneó la cabeza, y repetía:

—¡Qué desgracia!

Se separaron a la puerta de Kunz, pues por mucha que fuese la amistad que este profesaba a Schulz, no llegaba hasta hacerle cometer la imprudencia de acompañar a su amigo fuera de su pueblo, para tener que volver luego solo en medio de la noche. Convinieron en que Kunz iría al día siguiente a comer a casa de Schulz. Este miraba al cielo con ansiedad:

—¡Con tal que haga buen tiempo mañana!

Y se quitó un gran peso de encima cuando Kunz, que pasaba por entendido en meteorología, dijo, después de examinar gravemente el cielo, pues tenía como Schulz, el deseo de que Cristóbal viese su pequeño pueblo en toda su belleza:

—Hará buen tiempo mañana.

\* \* \*

Schulz volvió a la ciudad, adonde llegó no sin haber tropezado más de una vez en los baches del camino o en los montones de piedras colocadas a lo largo del mismo. Antes de entrar pasó por casa del pastelero, para encargarle cierta torta que era la gloria de la ciudad. Después volvió a su casa; y antes de entrar, volvió atrás para enterarse en la estación de la hora exacta de la llegada de los trenes. Por último, entró en su casa, llamó a Salomé y discutió largamente con ella la comida del día siguiente. Sólo entonces se acostó, rendido, y tan excitado como un niño la víspera de Navidad, revolviéndose toda la noche en la cama sin poder conciliar el sueño. Hacia la una de la noche se le ocurrió levantarse, para ir a decirle a Salomé que preparara más bien, para la comida, una carpa estofada, pues hacía este plato a las mil maravillas. No se lo dijo, en lo cual hizo probablemente muy bien. Sin embargo, se levantó para arreglar diversas cosas en el

cuarto que destinaba a Cristóbal, tomando mil precauciones para que Salomé no lo oyese y no lo regañase. Toda la noche tuvo miedo de no llegar a tiempo a la estación, aunque sabía que Cristóbal no había de llegar antes de las ocho. Se levantó muy temprano. Bajó de puntillas a la bodega, adonde no iba desde hacía largo tiempo, por miedo de las escaleras y del frío, escogió sus mejores botellas, se dio un cabezazo contra la bóveda en la esca-

lera y creyó que se ahogaría antes de llegar arriba con su cesto cargado. Después fue al jardín, armado de su podadera; cortó sin piedad sus más hermosas rosas y las primeras ramas de sus lilas. Luego subió a su cuarto, se afeitó febrilmente, cortándose una o dos veces, se vistió con cuidado y marchó a la estación. Eran las siete. Salomé no consiguió hacerle tomar una gota de leche, pues pretendió que Cristóbal no se habría desayunado seguramente, y que, cuando llegara, comerían juntos al volver de la estación.

Llegó al ferrocarril tres cuartos de hora antes de la llegada del tren. Tuvo que esperar todo aquel tiempo, y, por último, no consiguió dar con él. En lugar de tener la paciencia de quedarse a la salida, fue al muelle y perdió la cabeza en medio de la multitud de los viajeros. A pesar de las indicaciones precisas del despacho, se le había metido en la cabeza que Cristóbal había de llegar por otro tren que el que le había dicho; además, nunca le hubiera podido pasar por la cabeza que pudiese Cristóbal bajar de un vagón de cuarta clase. Estuvo esperando más de media hora en la estación cuando ya Cristóbal, llegado desde hacía tiempo, había ido derecho a la casa. Para colmo de desgracia, Salomé acababa de salir para ir al mercado. La vecina, a quien Salomé encargó que si alguien preguntaba por ella, dijera que estaría pronto de regreso, e hizo el encargo sin añadir nada. Cristóbal, que no había ido para ver a Salomé, encontró la broma algo pesada; preguntó si no vivía el *Herr Universitäts Musikdirektor*. Le dijeron que sí, pero no pudieron indicarle dónde se hallaba. Furioso, se marchó.

Cuando volvió el viejo Schulz y se enteró por Salomé de lo que había ocurrido, se afligió mucho: estuvo a punto de llorar. Se irritó contra la criada que había salido en su ausencia, y

que ni siquiera había sido capaz de dar instrucciones para que hiciesen esperar a Cristóbal. Salomé le respondió, con el mismo tono, que no podía figurarse que fuese bastante torpe para no dar con el que esperaba. El viejo no quiso discutir más con ella, y sin perder un instante, volvió a bajar las escaleras y salió en busca de Cristóbal, siguiendo la pista, algo vaga, que le indicaron sus vecinos.

Se había irritado Cristóbal de no encontrar a nadie, ni siquiera una palabra, ni aun una excusa. No sabiendo qué hacer antes del tren siguiente, fue a pasearse por la ciudad y por los campos, que le parecieron hermosos. Era aquella una pequeña ciudad tranquila, abrigada entre colinas poco elevadas; había jardines alrededor de las casas, cerezos en flor, céspedes verdes, hermosas arboledas, ruinas pseudo-antiguas, bustos blancos de princesas de otro tiempo sobre columnas de mármol en medio de la verdura, y rostros risueños y amables. Alrededor de la ciudad era todo praderas y colinas. En los floridos setos silbaban los mirlos, formando pequeños conciertos de flautas risueñas y sonoras. El mal humor de Cristóbal no tardó en desaparecer: se olvidó de Schulz.

Recorría en vano las calles el anciano, interrogando a la gente; subió hasta el viejo castillo, sobre la colina que dominaba la ciudad, y ya volvía, desconsolado, cuando sus ojos, que veían desde muy lejos, divisaron a alguna distancia a un hombre tendido en un prado a la sombra de un seto. Él no conocía a Cristóbal y no sabía si era él. Por lo demás, el hombre le volvía la espalda, con la cabeza medio hundida en la hierba. Schulz daba vueltas por el camino, alrededor del prado, con el corazón agitado:

—¿Era él? ¿No lo era?

No se atrevía a llamarle. Se le ocurrió una idea: se puso a cantar la primera frase de un *Lied* de Cristóbal.

Cristóbal dio un salto, como un pez fuera del agua, y gritó las frases siguientes. Se volvió alegremente. Tenía el rostro encendido y hierbecillas entre los cabellos. Se llamaron ambos por sus nombres y corrieron uno hacia el otro. Schulz pasó la cuneta del camino y Cristóbal saltó por encima de la barrera. Se apretaron las manos con efusión y volvieron juntos a la casa, riendo y

hablando muy alto. El viejo contó su aventura. Cristóbal, que un momento antes iba dispuesto a continuar su camino sin intentar nuevamente ver a Schulz, comprendió inmediatamente la cándida bondad de aquella alma, y se sintió lleno de cariño hacia ella. Antes de llegar a casa se habían confiado multitud de cosas.

208 Al entrar encontraron a Kunz que, habiéndose enterado de que Schulz había ido en busca de Cristóbal, esperaba tranquilamente. Sirvieron el café con leche. Cristóbal dijo que ya había tomado su desayuno en una posada de la ciudad. El viejo se afligió: sentía mucho que la primera comida que tomara Cristóbal en la ciudad no hubiese sido en su casa: aquellas pequeñeces tenían inmensa importancia para su corazón afectuoso. Cristóbal, que lo comprendió, se lo agradeció y, para consolarle, dijo que tenía bastante apetito para desayunarse dos veces y se lo demostró.

Habían desaparecido todas sus inquietudes: se sentía rodeado de amigos verdaderos y resucitaba. Contaba su viaje y sus desengaños de un modo humorístico: parecía un escolar que está de vacaciones. Schulz estaba radiante y reía con toda el alma.

No tardó la conversación en recaer en lo que formaba entre ellos como un lazo secreto: la música de Cristóbal. Schulz estaba saltando por oír a Cristóbal tocar algunas de sus obras, pero no se atrevía a pedirselo. Mientras hablaba, Cristóbal se paseaba por la habitación. Schulz lo seguía con la mirada y, cuando pasaba cerca del piano abierto, hacía votos porque se detuviese. El mismo pensamiento preocupaba a Kunz. Le latió el corazón cuando le vieron sentarse maquinalmente en el taburete del piano, sin dejar de hablar y, sin mirar al instrumento, pasear sus manos por las teclas. Como lo esperaba Schulz, tan pronto como hubo tocado algunos acordes, se apoderó de Cristóbal el sonido y siguió tocando y hablando. Pronto se calló y los dos viejos cambiaron una mirada de inteligencia, maliciosa y feliz.

—¿Conocen ustedes esto? —preguntó Cristóbal, tocando uno de sus *Lieder*.

—¡Vaya si lo conozco! —dijo Schulz, encantado.



Cristóbal, sin interrumpirse, dijo, volviendo un poco la cabeza:

—¡No es muy bueno, que digamos, su piano!

El anciano se excusó algo contrito:

—¡Es viejo! —dijo humildemente—. ¡Es como yo!

Cristóbal miró al anciano que parecía pedir perdón por su edad, le tomó las manos riendo y contemplando sus ojos cándidos, exclamó:

—¡Oh! ¡Es usted más joven que yo!

Schulz reía y hablaba de su viejo cuerpo y de sus achaques.

—¡Ca! —decía Cristóbal—, ya sé lo que digo. ¿No es verdad, Kunz?

(Ya había suprimido el “Herr” o Señor).

Kunz aprobaba enérgicamente.

Schulz procuraba asociar su causa con la de su viejo piano.

—Aún le quedan notas muy bonitas —dijo tímidamente.

Y las tocó: eran cuatro o cinco, bastante frescas, en el registro medio del instrumento. Cristóbal comprendió que era éste un viejo amigo para el anciano y dijo amablemente, pensando en los ojos de Schulz:

—Sí, aún tiene los ojos bonitos.

Se iluminó el rostro de Schulz. Empezó un elogio embrollado de su viejo piano, aunque se calló en seguida, pues Cristóbal había vuelto a tocar. Sucedian los *Lieder* a los *Lieder*; cantaba Cristóbal a media voz. Schulz, con los ojos húmedos, seguía todos sus movimientos. Kunz, con las manos cruzadas sobre el vientre, cerraba los ojos para gozar mejor. De vez en cuando se volvía Cristóbal radiante hacia los dos ancianos que le escuchaban con la boca abierta, y decía con un entusiasmo sencillito, del que no pensaban en burlarse:

—¡Eh! ¡Esto sí que es hermoso!... ¿Y esto? ¿Qué me dicen de esto?... ¿Y de este otro?... Este es el más hermoso de todos... Ahora voy a tocarles algo que les va a poner los cabellos de punta...

Estaba terminando un trozo algo melancólico, cuando se puso a chillar el cuclillo del reloj. Cristóbal saltó y gritó lleno de cólera. Kunz, sobresaltado, abría unos ojos enormes. Schulz no

comprendió en un principio. Cuando vio a Cristóbal enseñar el puño al pajarito que saludaba, y gritar que en nombre del cielo quitasen de allí aquel idiota, aquel espectro ventrílocuo, se dio cuenta, por primera vez en su vida, de que aquel ruido era, en efecto, intolerable, y, tomando una silla, quiso subirse para descolgar el importuno. Estuvo a pique de caer y Kunz le impidió volver a subir; llamó a Salomé. Esta llegó sin apresurarse y se maravilló al ver que le ponían en las manos el reloj, que el impaciente Cristóbal había ya descolgado.

—¿Qué quiere usted que haga con él? —preguntó.

—Lo que quieras. ¡Llévatelo! ¡Que no lo vea más aquí! —decía Schulz, no menos impaciente que Cristóbal.

(Se preguntaba cómo había podido soportar tanto tiempo aquel horror).

Salomé pensó que, decididamente, estaban todos locos.

Continuó la música. Pasaban las horas. Salomé fue a anunciar que la comida estaba servida. Schulz la hizo callar. Volvió al cabo de diez minutos y apareció de nuevo pasados otros diez minutos: esta vez estaba fuera de sí y llena de cólera, aunque procuraba permanecer impassible; se plantó en medio de la habitación y, a pesar de los gestos desesperados de Schulz, preguntó con voz estentórea:

—Si los señores quieren comer la comida fría o quemada, a mí me es indiferente, y sólo espero sus órdenes.

Schulz, avergonzado por aquel escándalo, quiso regañar a su criada, pero Cristóbal se echó a reír, Kunz le imitó y Schulz acabó por hacer lo mismo. Salomé, satisfecha por el efecto producido, dio media vuelta y salió con la majestad de una reina que se digna perdonar a sus súbditos arrepentidos.

—¡Eso sí que es hablar! —dijo Cristóbal dejando el piano—. Tiene razón. No hay nada más insoportable que un público que llega en medio del concierto.

Se sentaron a la mesa. Era aquella una comida enorme y succulenta. Schulz había estimulado el amor propio de Salomé que no deseaba más que un pretexto para hacer alarde de sus talentos. Por lo demás, no le faltaban las ocasiones de utilizarlo. Los dos

ancianos eran prodigiosamente golosos. Kunz se transformaba una vez que se sentaba a la mesa; hubiera podido servir de muestra para una fonda. Schulz no era menos sensible a los placeres de la mesa, pero su mala salud le obligaba a mayor moderación. Verdad es que no hacía caso con mucha frecuencia y pagaba las consecuencias. En este caso no se quejaba. Estaba enfermo, pero sabía por qué. Tenía, lo mismo que Kunz, recetas culinarias que se venían heredando de padres a hijos desde varias generaciones. Salomé trabajaba, pues, para gente que la entendía. Esta vez se había ingeniado por reunir en un solo programa todas sus obras maestras. Era como una exposición de esa inolvidable cocina alemana, honrada, sin ninguna falsificación, con sus perfumes de todas las hierbas, sus salsas espesas, sus sopas substanciosas, sus excelentes guisos, sus carpas monumentales, sus *choucroutes*, sus gansos, sus pasteles caseros, sus panes de anís y comino. Se extasiaba Cristóbal, con la boca llena y comía como un ogro, tenía la capacidad formidable de su padre y de su abuelo, que se hubiesen tragado un ganso entero. Por lo demás, podía lo mismo vivir durante una semana con pan y queso, que comer hasta reventar cuando se presentaba la ocasión. Schulz, cordial y ceremonioso, lo contemplaba con ojos enternecidos y le prodigaba todos los vinos del Rin. Kunz, encantado, lo reconocía como un hermano. El ancho rostro de Salomé rebosaba júbilo. En un principio había sentido cierta desilusión, cuando entró Cristóbal. Schulz le había hablado de tal modo de él, que se lo había figurado bajo los rasgos de una Eminencia, cargada de títulos y honores. Al verle exclamó:

—¡Cómo! ¿No era más que esto?

Pero en la mesa conquistó Cristóbal su favor; nadie había hecho justicia a su talento de un modo tan amable. En lugar de volver a su cocina permanecía en el umbral de la puerta mirando a Cristóbal, que decía locuras sin perder un bocado, y, puesta en jarras, reía a carcajadas. Todos estaban llenos de júbilo. Sólo había un punto negro en su felicidad: Pottpetschmidt no estaba allí. Decían a cada momento:

—¡Ah! ¡Si estuviera aquí! ¡Él sí que comía! ¡Él sí que bebía!  
¡Él sí que cantaba!

No paraban de celebrarle.

—¡Si Cristóbal pudiese oírle!... Quizás podría. Puede ser que haya vuelto esta tarde Pottpetschmidt... cuando más, esta noche...

—¡Oh! Esta noche estaré lejos —dijo Cristóbal.

Se ensombreció el rostro de Schulz.

—¡Cómo, lejos! —dijo con voz temblorosa—. Pero, ¿se  
212 marcha usted?

—¡Ya lo creo! —dijo alegremente Cristóbal—. Vuelvo a tomar el tren esta noche.

Schulz estaba desconsolado. Había contado con que Cristóbal pasaría la noche, quizás varias noches, en su casa. Balbuceaba:

—No, no, no es posible...

Kunz repetía:

—¿Y Pottpetschmidt?...

Cristóbal los miró a ambos: le conmovió la decepción que en sus bondadosos rostros se leía, y dijo:

—¡Qué buenos son ustedes!... Me marcharé mañana. ¿Quieren ustedes?

Schulz le tomó las manos.

—¡Ah! —dijo—. ¡Qué felicidad! ¡Gracias, gracias!

Estaba como un niño, para quien mañana parece una cosa tan lejana, que no se puede ni pensar en ella. Cristóbal no se iba aquella tarde, les pertenecía todo el día, pasarían juntos la velada y dormiría bajo su techo: esto era lo único que veía Schulz: no quería mirar más allá.

Volvió a reinar la alegría. Schulz se levantó de pronto, y, con gran solemnidad, brindó por la salud de su huésped, que le había hecho el inmenso honor de visitar su pequeña ciudad y su humilde casa, por su feliz regreso, por su éxito, por su gloria, por toda la felicidad que con toda el alma le deseaba. Por último brindó por la “noble música”, por su amigo Kunz, por la primavera, sin olvidar tampoco a Pottpetschmidt. Kunz bebió a su vez a la salud de Schulz y de algunos otros, y Cristóbal, para poner fin a los brindis, bebió a la salud de la señora Salomé, que se

puso muy encendida. Luego, sin dejar a los oradores tiempo de replicar, empezó una canción conocida, que continuaron con él los dos viejos, luego otra y otra a tres voces, en que se trataba de amistad, de música y de vino: acompañándolo todo con sonoras carcajadas y ruidos de vasos que chocaban constantemente.

Daban las tres cuando se levantaron de la mesa. Se sentían algo pesados. Kunz se sentó en una butaca; de buena gana hubiera echado un sueño. Schulz tenía las piernas molidas a causa de sus emociones de la mañana y quizás a causa de sus numerosos brindis. Ambos esperaban que Cristóbal tocara durante horas enteras. Pero el terrible muchacho, después de haber tocado algunos acordes, se levantó bruscamente, echó una mirada por la ventana y preguntó si no podrían dar una vuelta hasta la hora de cenar. Le atraía el campo. Kunz manifestó poco entusiasmo, pero Schulz encontró inmediatamente la idea magnífica; había que enseñar a su huésped el paseo de los *Schönbuchwälder*. Kunz no puso muy buena cara, pero no protestó y se levantó con los demás: deseaba tanto como Schulz enseñar a Cristóbal todas las bellezas del pueblo.

Se pusieron en marcha. Cristóbal había cogido el brazo de Schulz y le hacía andar algo más de prisa de lo que el anciano hubiera querido. Los seguía Kunz limpiándose el sudor. Hablaban alegremente. La gente del pueblo, asomándose a la puerta, los veía pasar y declaraba que *Herr Professor* Schulz estaba como un muchacho. Al salir de la ciudad tomaron camino a campo traviesa. Kunz se quejaba del calor. Cristóbal declaraba sin compasión que el tiempo estaba delicioso. Por dicha para ambos ancianos, se paraban a cada momento para discutir y la conversación hacía olvidar lo largo del camino. En esto entraron en el bosque. Schulz recitó versos de Goethe y de Mörike. A Cristóbal le gustaban mucho los versos, pero no podía recordar ni uno solo; oyéndole recitar se abandonaba a una especie de vago ensueño en que la música venía a sustituir y a hacer olvidar las palabras. Admiraba la memoria de Schulz. ¡Qué diferencia entre la vivacidad de espíritu de aquel anciano enfermo, casi impotente, encerrado en su habitación una parte del año y en su ciudad de

provincias casi toda su vida, y Hassler que, joven, célebre en el centro del movimiento artístico y recorriendo a Europa para dar sus conciertos, no se interesaba por nada ni quería saber nada!

214 No solamente se hallaba Schulz al corriente de todas las manifestaciones del arte presente, que conocía Cristóbal, sino que sabía además multitud de cosas acerca de los músicos pasados o extranjeros de que Cristóbal no había oído hablar nunca. Su memoria era una profunda cisterna donde habían ido a recogerse todas las puras aguas del cielo. Cristóbal no se cansaba de oírlo. Schulz estaba sumamente satisfecho del interés de Cristóbal. Había hallado a veces oyentes llenos de complacencia o discípulos dóciles; pero siempre le había faltado un corazón joven y ardiente que compartiese los entusiasmos que a veces le invadían hasta el punto de ahogarle.

Eran ya los mejores amigos del mundo, cuando el anciano tuvo la desdichada idea de decir que admiraba a Brahms. Cristóbal se puso furioso: soltó el brazo de Schulz y dijo con tono brusco que el que admiraba a Brahms no podía ser amigo suyo. Esto fue como una ducha que cayó sobre su alegría. Schulz, demasiado tímido para discutir, demasiado honrado para mentir, balbucía y procuraba explicarse. Pero Cristóbal le cortó la palabra con un:

—¡Basta!

Eso fue de manera resuelta y sin admitir réplica. Luego reinó un silencio glacial y siguieron andando. Los dos ancianos no se atrevían a mirarse. Kunz, después de toser un poco, trató de reanudar la conversación y de hablar de los bosques y del buen tiempo; pero Cristóbal, siempre picado, dejaba caer la conversación y sólo respondía con monosílabos. No hallando Kunz eco por aquel lado, procuró, a fin de romper el silencio, hablar con Schulz, pero este tenía como un nudo en la garganta y no podía hablar. Cristóbal le miraba con el rabillo del ojo y sentía ganas de reír: ya le había perdonado. En realidad no le había guardado seriamente rencor; hasta creía que era inhumano contristar a aquel pobre viejo; aunque abusaba de su poder y no quería parecer contradecirse. Permanecieron de esta suerte hasta la salida del bosque: no se oían más que los

cansados pasos de los dos ancianos llenos de confusión; Cristóbal silbaba y parecía no verlos. De pronto, no pudo más. Prorrumpió en una carcajada, se volvió hacia Schulz y cogiéndole vigorosamente por los brazos, le dijo mirándole cariñosamente:

—¡Qué hermoso es esto, querido Schulz!

Hablaba del campo y del día hermoso que hacía. Pero sus ojos risueños parecían decir:

—Tú eres bueno y yo soy un borrico. ¡Perdóname, te quiero mucho! Pareció que el corazón del viejo se derretía, como si el sol hubiese vuelto después de un eclipse. Por un momento no pudo articular palabra. Cristóbal le había vuelto a tomar el brazo y charlaba más amistosamente que nunca; había doblado el paso sin darse cuenta de que reventaba a sus dos compañeros. Schulz no se quejaba; ni siquiera se daba cuenta del cansancio, tal era su contento. Sabía que pagaría todas sus imprudencias del día, pero decía:

—¡Tanto peor para mañana! Cuando se haya marchado, tendré tiempo de descansar.

Pero Kunz, menos exaltado, seguía a unos quince pasos poniendo una cara lamentable. Cristóbal lo echó de ver al fin. Pidió excusas, avergonzado, y les ofreció que se tendiesen en un prado a la sombra de los álamos. Schulz accedió naturalmente a ello sin preguntarse si con esto ganaría algo su bronquitis. Felizmente Kunz pensó por él; o a lo menos alegó este pretexto para no exponerse él mismo, sudando a mares como estaba, a la frescura del prado. Propuso ir a tomar el tren a una estación inmediata a fin de volver a la ciudad. Así lo hicieron. A pesar de su fatiga, tuvieron que apresurar el paso para llegar a tiempo, y aun así llegaron a la estación en el momento en que el tren entraba en ella.

Al verlos, se asomó a la ventanilla de un vagón un hombre enorme y rugió los nombres de Schulz y de Kunz con el aditamento de todos sus títulos y cualidades, al mismo tiempo que movía los brazos como un loco. Schulz y Kunz respondieron gritando y moviendo igualmente los brazos. Se precipitaron hacia el coche de su amigo que, por su parte, acudía a su encuentro atro-

pellando a sus compañeros de viaje. Cristóbal, sin saber lo que le pasaba, los seguía corriendo y preguntaba:

—¿Qué ocurre?

Los otros, llenos de gozo, gritaban:

—Es Pottpetschmidt.

Este nombre no le decía gran cosa, pues había olvidado los brindis de la comida. Pottpetschmidt, en la plataforma del vagón y Schulz y Kunz en el estribo, hacían un ruido espantoso, se maravillaban de su buena suerte. Al mismo tiempo se encaramaron en el tren que echaba a andar. Schulz hizo las presentaciones. Pottpetschmidt, después de saludar, quedando como petrificado y tieso como un poste, se lanzó inmediatamente, cumplidas las formalidades de la presentación, sobre la mano de Cristóbal, que sacudió cinco o seis veces como si quisiera arrancarla del brazo, y volvió a vociferar.

Cristóbal distinguió, entre sus gritos, que daba gracias a Dios y a su buena estrella por aquel encuentro extraordinario, lo cual no le impidió, algunos momentos después, lamentar, golpeándose las piernas, de haber tenido que abandonar la ciudad —él que no salía nunca de ella—, precisamente el día de la llegada del señor *Kappellmeister*. No le habían entregado el telegrama de Schulz y hasta por la mañana, una hora después de la salida del tren; estaba durmiendo cuando llegó y no creyeron prudente despertarle. Toda la mañana había estado furioso, echando pestes contra el personal del hotel. Había mandado a paseo a sus clientes, echando a un lado sus citas de negocios, y tomando el primer tren, en su deseo de volver lo más pronto posible; pero aquel tren endemoniado no había llegado a tiempo para alcanzar el de la línea principal: Pottpetschmidt había tenido que aguardar tres horas en una estación; allí había agotado todas las exclamaciones de su vocabulario y referido veinte veces sus desventuras a los viajeros que aguardaban como él y al conserje de la estación. Al fin había vuelto a ponerse en camino. Tenía miedo de llegar demasiado tarde... Pero, ¡loado sea Dios!, ¡loado sea Dios!

Había vuelto a coger las manos de Cristóbal y las estrujaba entre las suyas enormes y de peludos dedos. Era fabulosa-



mente gordo y grande a proporción: tenía la cabeza cuadrada, los cabellos rojos, cortados al rape, el rostro afeitado y picado de viruelas, los ojos grandes y saltones, la nariz gorda, los labios gruesos, doble papada, cuello corto, espaldas monstruosamente anchas, vientre como un tonel, brazos, pies y manos enormes; era, en fin, un gigantesco montón de carne, deformado por el abuso de la comida y de la bebida, una de esas figuras extravagantes con rostro humano, que se ven circular por las calles de las ciudades de Baviera, y que conservan el secreto de aquella raza de hombres mediante un sistema de engorde análogo al de las aves que se ceban en una caponera. A causa de la alegría y del calor, relucía como una pella de manteca. Y con las dos manos puestas sobre las abiertas rodillas o sobre las de los vecinos, no se cansaba de hablar, haciendo rodar las consonantes en el aire, como lanzadas por una catapulta. De vez en cuando le acometía la risa, se ponía en conmoción todo su cuerpo; echaba la cabeza hacia atrás, abría la boca, roncaba, estertoraba y parecía ahogarse. Su risa se comunicaba a Schulz y a Kunz, que, pasado el acceso, miraban a Cristóbal, limpiándose los ojos y como diciéndole:

—¡Vamos! ¿Qué le parece a usted?

Cristóbal no decía una palabra y pensaba lleno de espanto:

—¿Es éste el monstruo que canta mi música?

Volvieron a casa de Schulz. Cristóbal esperaba evitar el canto de Pottpetschmidt y no le hacía ninguna invitación, a pesar de las alusiones del gigante que saltaba para hacerse oír; pero Schulz y Kunz tenían demasiado empeño en honrar a su amigo: no había más remedio que someterse. Cristóbal se sentó al piano con bastante mal humor, diciendo para su sayo:

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío! ¡No sabes lo que te espera!  
¡Anda con cuidado, pues no te pasará nada!

Pensaba que iba a apesadumbrar a Schulz, y lo sentía; pero no vacilaría en ello antes de tolerar que aquel Falstaff degollase su música. No tuvo que sentir el remordimiento de apesadumbrar a su viejo amigo: el gigante cantó con voz admirable. A los primeros compases, Cristóbal hizo un movimiento de sorpresa. Schulz, que no le quitaba la vista de encima, tembló y pensó

que Cristóbal no estaba contento; sólo se tranquilizó al ver su rostro cada vez más animado, a medida que tocaba. Él mismo sentía en sí el reflejo de su alegría; y, cuando acabado el trozo se volvió Cristóbal gritando que jamás había oído cantar de aquella suerte, uno de sus *Lieder*, sintió Schulz un placer más profundo y más dulce que la satisfacción de Cristóbal y el triunfo de Pottpetschmidt: porque cada uno de ellos sólo experimentaba su propia satisfacción y Schulz experimentaba además la de sus dos amigos. Continuó el concierto. Cristóbal lanzaba a cada momento exclamaciones. No podía comprender cómo aquel ser pesado y vulgar lograba expresar el pensamiento de sus *Lieder*. Seguramente no eran exactos todos los matices; aunque expresaba admirablemente el entusiasmo, la pasión, que no había logrado nunca comunicar por completo a los cantores de profesión. Miraba a Pottpetschmidt, y se preguntaba:

—¿Es que siente todo eso de veras?

No leía en sus ojos otra llama que la de la vanidad satisfecha. Aquella masa pesada se movía a impulsos de una fuerza inconsciente. Aquella fuerza ciega y pasiva era como un ejército que se bate, sin saber contra quién ni por qué. El espíritu de los *Lieder* se apoderaba de ella y obedecía, llena de júbilo, porque tenía necesidad de obrar y, entregada a sí misma, no hubiera nunca podido salir del paso. Pensaba Cristóbal que, en el día de la Creación, el gran escultor no se había entretenido mucho en poner por orden los miembros dispersos de sus esbozos de criaturas y los había ido pegando de cualquiera manera, sin inquietarse de si habían sido creados para estar juntos: por eso, cada uno se hallaba fabricado con trozos de distintas procedencias; y un mismo hombre se hallaba dividido en cinco o seis hombres diferentes: en uno estaba el cerebro, en otro el corazón y en un tercero el cuerpo que convenía a dicha alma. El instrumento andaba por un lado y el instrumentista por otro. Ciertos seres permanecían encerrados eternamente en su caja como admirables violines, por falta de alguien que supiese tocarlos. En cambio, los que habían sido creados para poderlos tocar, se veían obligados toda su vida a contentarse con miserables guitarrillos. Tenía tantas más razones

para pensar de esta suerte, cuanto que estaba furioso contra sí, por no haber sido nunca capaz de cantar como es debido una página de música. Tenía la voz falsa y no podía escucharse sin sentir horror.

Entretanto, embriagado por el éxito, empezaba Pottpetschmidt a “poner expresión” en los *Lieder* de Cristóbal: es decir, que substituía la suya a la del autor. Este no creía naturalmente que su música ganase con el cambio, y se iba poniendo de mal humor. Schulz lo notó. Su falta de crítica y la admiración que sentía por sus amigos no le hubieran permitido darse cuenta, por sí mismo, del mal gusto de Pottpetschmidt. Sin embargo, su afecto a Cristóbal le hacía percibir los más furtivos matices del pensamiento del joven: no vivía en sí, sino en Cristóbal, y le hacía sufrir igualmente el énfasis de Pottpetschmidt. Se ingenió para contener a este en la peligrosa pendiente. No era fácil hacer callar a Pottpetschmidt. A Schulz le costó el mayor trabajo, cuando el cantor hubo agotado el repertorio de Cristóbal, impedir a su amigo que se hiciese oír en las lucubraciones de compositores medianos a cuyo solo nombre erizaba ya sus púas Cristóbal como un puercoespín.

Felizmente el anuncio de la cena vino a poner un bozal al furor musical de Pottpetschmidt. Se abrió ante él otro palenque en que poder desplegar su valor y en el que no tenía rival. Cristóbal, a quien habían dejado algo cansado los excesos de la mañana, no trató de luchar.

La noche iba avanzando. Sentados en torno de la mesa, contemplaban a Cristóbal los tres viejos amigos, bebiendo sus palabras. Le parecía muy extraño a Cristóbal hallarse en aquel momento en aquella pequeña ciudad, en medio de aquellos ancianos a quienes no había visto nunca y tener más intimidad con ellos que si hubiesen sido de su familia. Pensaba en lo beneficioso que sería para un artista el que pudiese sospechar el número de amigos desconocidos que su pensamiento encuentra por todo el mundo —¡qué gran aliento prestaría esto a su corazón, y cómo crecerían sus fuerzas!— Pero no sucedía así. Con la mayor frecuencia cada uno permanece y muere solo, temiendo tanto más declarar lo que siente, cuanto más profundo es su sentimiento

y cuanta más necesidad tendría de expresarlo. Los cumplimenteros vulgares hablan con la mayor facilidad. Los que admiran de veras, tienen que hacerse violencia para abrir la boca y para decir que admiran. Por eso hay que mostrarse muy agradecido con los que se atreven a hablar, pues, sin sospecharlo, son los colaboradores del artista. Cristóbal se sentía penetrado de gratitud hacia el anciano Schulz. No le confundía con sus dos compañeros; comprendía que era el alma de aquel pequeño grupo de amigos; los demás no eran sino reflejos de aquel foco vivo de bondad y de amor. La amistad que Kunz y Pottpetschmidt le demostraban era muy diferente. Kunz era egoísta: la música le procuraba una satisfacción de bienestar parecida a la que le producen las caricias a un gato. Pottpetschmidt hallaba en ella un placer de vanidad y de ejercicio físico. Ni uno ni otro se inquietaban por comprenderla. Schulz se olvidaba por completo de sí mismo. Él amaba. Era ya tarde, los amigos se marcharon y Cristóbal se quedó solo con Schulz. Apenas estuvieron solos, le dijo:

—¡Voy a tocar sólo para ti!

Se puso al piano y tocó —como él sabía tocar cuando tenía a su lado a alguien a quien quería de veras—. Tocó algunas de sus obras nuevas. El anciano estaba como en éxtasis. Sentado junto a Cristóbal, no quitaba la vista de él y contenía la respiración. En medio de la bondad de su corazón, que era incapaz de guardar para sí el menor átomo de felicidad, repetía, a pesar suyo:

—¡Oh! ¡Qué desgracia que Kunz no esté aquí!

Lo cual causaba alguna impaciencia a Cristóbal.

Así pasó una hora: Cristóbal seguía tocando. Durante este tiempo no habían cambiado una palabra. Cuando Cristóbal hubo acabado, tampoco hablaron ni uno ni otro. Todo estaba silencioso: la casa y la calle dormían. Se volvió Cristóbal y vio al pobre anciano que lloraba: se levantó y le abrazó. Luego hablaron en voz baja en medio del silencio de la noche. Resonaba amortiguado, en una estancia vecina, el tic-tac del reloj. Schulz hablaba a media voz, con las manos juntas y el cuerpo inclinado hacia adelante; respondiendo a las preguntas de Cristóbal, le refería su vida y sus

tristezas; a cada momento sentía escrúpulos de quejarse y experimentaba la necesidad de decir:

—Hago mal, no tengo derecho de quejarme... Todo el mundo ha sido muy bueno conmigo...

Y en efecto, no se quejaba: se desprendía únicamente del sobrio relato de su vida solitaria una melancolía involuntaria, con la que se mezclaban, en los momentos más dolorosos, profesiones de fe de un idealismo muy vago y muy sentimental que irritaban a Cristóbal, pero que hubiera sido cruel de su parte contradecir. En el fondo, en el bueno de Schulz era aquello más que una creencia firme, un deseo apasionado de creer —una esperanza inquieta, a la que se aferraba como a una boya—. Buscaba su confirmación en los ojos de Cristóbal. Este oía el llamamiento de la mirada de su amigo, que se fijaba en él con conmovedora confianza y que imploraba de su parte una respuesta. Entonces dijo palabras de fe tranquila, propias de la fuerza segura de sí misma, palabras que el viejo esperaba y que le hicieron mucho bien. El anciano y el joven habían olvidado los años que los separaban; estaban muy cerca uno del otro, como dos hermanos de la misma edad, que se aman y se ayudan entre sí; el más débil buscaba apoyo al lado del más fuerte; el anciano se refugiaba en el alma del joven.

Se separaron después de media noche. Cristóbal debía levantarse temprano, para tomar el mismo tren que le había llevado hasta allí. Por eso no se entretuvo en desnudarse.

Schulz había preparado la habitación de su huésped como si hubiese de pasar en ella varios meses. Había puesto en la mesa rosas en un jarrón y una rama de laurel. Sobre el pupitre había puesto un cartapacio nuevo. Había hecho llevar por la mañana un piano. Había escogido y colocado a la cabecera algunos de sus libros más estimados. No había detalle en que no hubiese pensado con el mayor esmero. Sin embargo, fue trabajo perdido. Cristóbal no vio nada. Se echó en la cama y poco después dormía a pierna suelta. Schulz no dormía. Rumiaba a la vez toda la alegría que había sentido y todo el pesar que le procuraba ya la marcha de su amigo. Recordaba las palabras que habían cambiado, pensaba que su querido Cristóbal dormía cerca de él en la habita-

ción inmediata. Se sentía abrumado de fatiga, molido, oprimido. Comprendía que se había enfriado durante el paseo y que iba a tener una recaída; pero sólo le animaba este pensamiento:

—¡Con tal que esto dure hasta después de su marcha!

Temblaba de que le acometiese un ataque de tos que despertase a Cristóbal. Estaba lleno de agradecimiento hacia Dios y se puso a componer unos versos sobre el *Cántico de Simeón*: “Nunc dimittis...”<sup>7</sup>. Se levantó, sudando a chorros, para escribir dichos versos y estuvo sentado a su mesa de trabajo hasta que los hubo copiado cuidadosamente con una dedicatoria en que se desbordaba el afecto. Puso al pie de los versos su firma, la fecha y la hora. Después se volvió a acostar, sintiendo escalofríos y no pudo entrar en calor en todo el resto de la noche.

Vino el alba. Schulz pensaba con pena en el alba de la víspera, pero se echó en cara el turbar con tales pensamientos los últimos minutos de dicha que le quedaban. Sabía muy bien que al día siguiente echaría de menos la hora presente; se dedicó, pues, a no perder nada de ella. Aplicaba el oído al menor ruido que se oía en la habitación inmediata, pero Cristóbal no se movía. Tal como se había acostado se encontraba aún. No había hecho el menor movimiento. Habían dado las siete y media y seguía durmiendo. Nada hubiera sido más fácil que dejarle perder el tren y seguramente hubiera tomado la cosa de buen humor. El anciano era demasiado escrupuloso para disponer así de un amigo sin su consentimiento. Por más que se decía a sí mismo:

—No será culpa mía, no tendré parte en ello, basta con no decir una palabra. Y si no se despierta a tiempo, tendré aún un día entero que pasar con él.

Y en seguida se refutó a sí mismo:

—No, no tengo derecho a ello.

Y se creyó obligado a ir a despertarle. Llamó a la puerta. Cristóbal no oyó la primera vez; tuvo que repetir más fuerte, lo cual, apesadumbraba al pobre viejo, que decía para sí:

7. *Nunc dimittis servum tuum, Dómine, secundum verbum tuum in pace*: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, según tu promesa”.

—¡Oh! ¡Qué bien dormía! ¡Seguramente hubiera estado así hasta el mediodía!

Al fin respondió al otro lado del tabique la voz alegre de Cristóbal. Cuando supo la hora que era, no pudo contener una exclamación y se le oyó ir y venir por la habitación, proceder ruidosamente a su tocado y tararear sin dejar de interpelar amistosamente a Schulz y de decir ocurrencias que hacían reír al anciano a pesar de su pena. Se abrió la puerta y apareció fresco, descansado y con rostro alegre. No pensaba absolutamente en el dolor de su amigo. En realidad, no tenía prisa ninguna por partir; nada le hubiera costado permanecer algunos días más; ¡esto hubiera procurado un placer tan grande a Schulz! Cristóbal no se daba cuenta exactamente de ello. Además, por mucho afecto que sintiese hacia el anciano, se alegraba de partir: estaba fatigado por aquel día de conversación continua, con aquellas almas que se agarraban a él con desesperado cariño. Por otra parte, era joven y pensaba que ya tendrían tiempo de verse de nuevo. ¡Él no se iba al fin del mundo! El anciano sabía que él se hallaría pronto mucho más lejos que el fin del mundo y contemplaba a Cristóbal por la última vez.

A pesar de su extremado cansancio, le acompañó a la estación. Caía una lluvia fina, fría y silenciosa. En la estación echó de ver Cristóbal que no tenía bastante dinero para tomar el billete de regreso hasta su casa. Sabía que Schulz le prestaría con placer, pero no quiso pedirselo. ¿Por qué? ¿Por qué negar a los que nos aman la ocasión y la dicha de hacernos algún favor?... No quiso hacerlo por discreción y tal vez por amor propio. Tomó billete hasta la estación más cercana a su pueblo, resuelto a hacer a pie el resto del camino.

Llegó el momento de partir. Se abrazaron en el estribo del coche. Schulz deslizó en las manos de Cristóbal su poesía escrita durante la noche, y se quedó en el andén al pie del coche donde estaba su amigo. Ya no tenían nada que decirse, como sucede cuando la despedida se prolonga, pero los ojos de Schulz seguían hablando. No se apartaron del rostro de Cristóbal hasta que el tren se puso en marcha.

Desapareció el vagón en un recodo de la vía y Schulz se encontró de nuevo solo. Volvió a casa por la avenida convertida en barrizal; andaba con dificultad, sentía bruscamente la fatiga, el frío y la tristeza de aquel día lluvioso. Le costó gran trabajo volver a su casa y subir la escalera. Apenas se halló en su habitación, se sintió acometido de tina crisis de ahogo y de tos. Salomé acudió en su auxilio. En medio de sus involuntarios gemidos repetía:

—¡Oh! ¡Qué suerte que no me haya dado hasta ahora!

Se sentía muy malo y se acostó. Salomé fue a buscar al médico. Su cuerpo, tendido en la cama, no podía hacer el menor movimiento; únicamente su pecho anhelaba como un fuelle de fragua; tenía la cabeza pesada y febril. Pasó el día entero haciendo revivir minuto por minuto todo el día anterior: de esta suerte se torturaba y se echaba en cara después el atreverse a quejarse tras tanta felicidad. Con las manos juntas y el corazón henchido de amor, daba gracias a Dios.

\* \* \*

Volvió Cristóbal a su pueblo, tranquilizado por aquel día, y más lleno de confianza en sí mismo gracias al afecto que dejaba en pos de sí. Al llegar a la estación en que terminaba su billete, se bajó alegremente y se puso en marcha a pie. Le quedaban que andar unos sesenta kilómetros. No tenía prisa y andaba distrayéndose como un escolar. Se hallaba en el mes de abril. El campo no estaba muy adelantado. Las hojas empezaban a desplegarse como manecillas arrugadas al extremo de las negras ramas, los manzanos estaban en flor y las delicadas flores del escaramujo sonreían a lo largo de los setos. Más allá del desplumado bosque, donde empezaba a brotar un delicado vello de color verde claro, se erguía, en la cima de una colina, como un trofeo en la punta de una lanza, un viejo castillo romano. En la azulada y templada atmósfera, bogaban nubes muy negras que proyectaban su sombra sobre el campo primaveral. Caían ligeros chaparrones, luego volvía a aparecer el claro sol, y cantaban las aves.



Cristóbal echó de ver que desde hacía algunos momentos pensaba en su tío Gottfried. Hacía largo tiempo que no había pensado en el pobre hombre, y se preguntaba por qué le asediaba obstinadamente su recuerdo en aquel momento; se sentía como poseído de él, mientras caminaba por una alameda a lo largo de un canal, cuyas aguas parecían un espejo; y aquella imagen le perseguía de tal suerte que, al volver la esquina de una gran tapia, le pareció que iba a verle salir a su encuentro.

225

El cielo se había oscurecido. Empezó a caer un violento chaparrón de agua y granizo y rugió el trueno a lo lejos. Cristóbal se hallaba cerca de una aldea, cuyas casas de color de rosa con rojizos techos, aparecían en medio de grupos de árboles. Apresuró el paso y se puso al abrigo del tejado saledizo de la primera casa. Los granizos caían con fuerza, rebotaban en la calle como granos de plomo. Corría el agua en abundancia. A través de los vergeles en flor, extendía el arco iris su resplandeciente y bárbara faja sobre las nubes plomizas. De pie en el umbral de la puerta, tejía media una joven, la cual dijo amistosamente a Cristóbal que entrase. Él aceptó la invitación. La sala donde entró servía a la vez de cocina, de comedor y de alcoba. En el fondo se veía una marmita colgada sobre una gran lumbre. Una aldeana, que preparaba sus legumbres, dio los buenos días a Cristóbal y le dijo que se acercase a la lumbre para secarse. La joven fue a buscar una botella y le sirvió de beber. Sentada al otro extremo de la mesa seguía tejiendo media, sin dejar de atender a dos niños que se entretenían en meterse mutuamente en el cuello espigas de hierba. Trabó conversación con Cristóbal, el cual no echó de ver, sino después de un rato, que era ciega. No era hermosa. Era una robusta muchacha de mejillas coloradas, de blancos dientes y de robustos brazos; sus facciones eran irregulares; tenía ese aspecto risueño y algo inexpresivo de los ciegos, y también su manía de hablar de las cosas y de las personas como si las viesen. De pronto Cristóbal, sorprendido, se preguntó si se burlaba de él, cuando le decía que tenía buena cara y que el campo estaba muy hermoso. Después de mirar alternativamente a la ciega y a la mujer que arreglaba las legumbres, comprendió que aquello parecía

natural, y que nadie tenía ganas de bromear —verdaderamente no había motivo para ello—. Las dos mujeres preguntaron amistosamente a Cristóbal de dónde venía y por dónde había pasado. La ciega tomaba parte en la conversación con animación algo exagerada: aprobaba o comentaba las observaciones de Cristóbal acerca del camino y de los campos. Naturalmente, se equivocaba con frecuencia. Parecía, sin embargo, querer persuadirse de que veía tan bien como él.

En esto, habían vuelto a casa otros individuos de la familia: un robusto campesino de unos treinta años y su joven esposa. Cristóbal hablaba con los unos y con los otros y, mirando al cielo que se iba aclarando, esperaba el momento de ponerse de nuevo en marcha. La ciega, sin dejar de tejer media, se puso a tararear. Su música recordaba a Cristóbal multitud de cosas antiguas.

—¡Cómo! ¿Conoce usted esa música? —dijo.

(Gottfried se la había enseñado en otro tiempo).

Él tarareó la continuación y la joven se echó a reír. Cantaba ella la primera mitad de las frases y él se divertía en acabarlas. Acababa de levantarse para examinar el estado del tiempo y daba una vuelta por la habitación, escudriñando maquinalmente con la mirada todos los rincones, cuando divisó, junto al aparador, un objeto que le hizo estremecerse. Era un largo cayado, cuyo puño, groseramente esculpido, representaba un hombrecillo encorvado en actitud de saludar. Cristóbal lo conocía muy bien, pues había jugado con él siendo niño. Se apoderó del cayado y preguntó con voz angustiada:

—¿De dónde les ha venido a ustedes esto?

El hombre miró y dijo:

—De un antiguo amigo que ha muerto.

Cristóbal gritó:

—¿Gottfried?

—¿Cómo sabe usted...?

Y cuando Cristóbal dijo que Gottfried era su tío, se apoderó de todos la más viva emoción. La ciega se había levantado, su ovillo había rodado por la habitación; cogiéndole las manos a Cristóbal, le repetía muy conmovida:

—¿Es usted su sobrino?

Todo el mundo hablaba a la vez y Cristóbal preguntaba por su parte:

—¿Pero cómo..., cómo lo conocían ustedes?

El hombre le respondió:

—Murió aquí.

Se volvieron a sentar, y cuando se calmó un poco la agitación, la madre, reanudando su trabajo, contó que Gottfried frecuentaba la casa desde hacía años. Siempre se detenía allí a la ida y a la vuelta de cada una de sus excursiones. La última vez que llegó a la casa —en el mes de julio del año anterior— parecía muy fatigado; después de dejar la carga, había estado un buen rato sin poder articular palabra; pero no habían hecho caso, porque estaban acostumbrados a verle de aquel modo, cuando llegaba, y porque sabían que era corto de respiración. Por otra parte, él no se quejaba. Jamás se quejaba y hallaba motivo de complacencia en las cosas desagradables. Cuando hacía un trabajo penoso, se regocijaba pensando en que por la noche estaría muy bien en su cama; y cuando estaba enfermo, se alegraba pensando en el placer que tendría cuando estuviese bueno.

—Y es un error, señor —agregaba la buena mujer—, el estar siempre contento, porque cuando uno no se queja, los demás no le compadecen. Por mi parte, yo me quejo siempre...

En resumen, no habían hecho caso de él. Hasta le habían dado bromas por su buena cara, y Modesta —tal era el nombre de la ciega—, que le había ayudado a desembarazarse de su carga, le había preguntado si no se cansaría nunca de corretear de aquella suerte como un joven. Él sonreía por toda respuesta, pues no podía hablar. Se sentó en el banco que hay en la puerta y todo el mundo se volvió a su trabajo: los hombres al campo y la madre a la cocina. Modesta se acercó a él, y de pie, junto a la puerta con su trabajo en la mano, se puso a hablarle. Gottfried no le respondía; pero las palabras de la joven no exigían respuesta, pues le refería todo lo que había pasado desde su última visita. Él respiraba con dificultad y Modesta le oía hacer esfuerzos para hablar. En lugar de sentir inquietud, le dijo:

—No hables, descansa, después hablarás... ¿Por qué te has de cansar de esa manera?

Entonces Gottfried dejó de hacer esfuerzos para hablar y ella reanudó su relato creyendo que él escuchaba. Él suspiró y se calló. Cuando salió la madre poco después, halló a Modesta que seguía hablando y vio a Gottfried en el banco, inmóvil y con la cabeza echada hacia atrás como mirando al cielo: hacía algunos minutos que Modesta le hablaba a un cadáver. Entonces comprendió que el pobre hombre había intentado decir algunas palabras antes de morir, y resignándose, con su sonrisa triste, había cerrado los ojos en medio de la calma de aquella tarde de verano.

228

Había cesado la lluvia. La nuera se fue al establo, el hijo tomó el azadón y desatrancó la atarjea que el lodo había obstruido delante de la puerta. Modesta había desaparecido desde el principio del relato. Cristóbal se había quedado solo en la habitación con la madre, y callaba bajo el peso de la emoción. La vieja, algo habladora, no podía soportar un largo silencio, y se puso a contarle toda la historia de su conocimiento con Gottfried. La cosa databa de muy lejos. Siendo aún muy moza, Gottfried se había enamorado de ella, pero no se atrevía a declararse. El asunto daba lugar a bromas; ella y todo el mundo se burlaban del pobre muchacho —lo mismo sucedía por dondequiera que pasaba—. Gottfried no dejaba de venir fielmente todos los años. Hallaba natural que se burlasen de él, que no le quisiese ella, que se hubiese casado y que fuese feliz con otro. En efecto, había sido demasiado feliz y se había vanagloriado demasiado de su felicidad; la desgracia no tardó en llegar. Murió su marido de repente. Después, su hija, una hermosa muchacha sana y vigorosa, a quien todo el mundo admiraba, y que iba a casarse con el hijo del labrador más rico de la comarca, perdió la vista a consecuencia de un accidente. Un día que se había subido al peral grande que hay detrás de la casa, para coger fruta, se escurrió la escalera, y, al caer, una rama rota le hizo un fuerte arañazo cerca del ojo. En un principio creyeron que saldría del paso con una cicatriz; pero, desde entonces, no había dejado de sufrir punzadas en la frente; le había ido faltando la vista en un

ojo, después en el otro, y todos los cuidados habían sido inútiles. Naturalmente, se rompió el matrimonio, pues el novio se eclipsó sin más explicaciones; y de todos los mozos que un mes antes se hubieran dado de cachetes por bailar con ella, ni uno solo había tenido el valor, y se comprende muy bien, de cargar con una ciega. Entonces Modesta, que hasta ese momento se había mostrado descuidada y burlona, cayó en tal desesperación que quería morir. No tomaba bocado, ni hacía más que llorar desde por la mañana hasta la noche, y durante la noche se le oía lamentarse cada vez más. Acabaron por cansarse de sus lamentos; entonces la regañaban y ella hablaba de ir a tirarse al Canal. A veces, venía el pastor del pueblo y le hablaba de Dios, de las cosas eternas y del mérito que contraía para la otra vida sobrellevando sus trabajos; pero esto no le procuraba ningún consuelo. Un día volvió Gottfried. Modesta no había sido nunca buena con él, no porque tuviese mala condición, sino porque era desdeñosa; además, no le gustaba reflexionar, sino reír; así, pues, no había broma pesada que no le hubiese dado o dicho. Cuando se enteró de su desgracia, quedó trastornado como si se tratase de una persona de su familia. Sin embargo, no se lo hizo ver la primera vez que habló con ella. Fue a sentarse a su lado, sin hacer la menor alusión a su desgracia, y se puso a hablar tranquilamente como lo hacía antes. No dijo una palabra para compadecerla, y hasta parecía no notar que estuviese ciega. Sin embargo, no le hablaba nunca de lo que no podía ver; le hablaba de todo lo que podía oír u observar en el estado en que se hallaba; y hacía esto con la mayor sencillez, como una cosa muy natural; se hubiera dicho que él también era ciego. Al principio no le escuchaba ella, y seguía llorando, pero al día siguiente, le prestó más atención y hasta le habló algo...

—Y —seguía diciendo la madre— no sé lo que pudo decirle, porque había trabajo en el campo y yo no tenía tiempo de ocuparme en lo que ellos hablaban. Pero por la noche, cuando volvimos del trabajo, los encontramos hablando tranquilamente. Desde entonces, cada día ha ido mejorando y parece olvidar su mal. No obstante, de vez en cuando sentía un nuevo ataque de desesperación y lloraba sola o trataba de hablar a Gottfried de

cosas tristes, aunque éste no parecía oírla o no le respondía en el mismo tono; continuaba hablando tranquila y casi alegremente, de cosas que la calmaban y le interesaban. La convenció, por último, de pasearse fuera de la casa, de donde no había querido salir después de su accidente. Le hizo dar primeramente algunos pasos por el huerto y, luego, paseos más largos por los campos. De esta suerte ha llegado ella a saber andar por todas partes y a distinguirlo todo como si viese. Hasta observa cosas en que nosotros no nos fijamos; y ella, que antes no se cuidaba sino de sí misma, se interesa ahora por todo. En esta ocasión Gottfried se detuvo más que de costumbre en casa. No nos atrevíamos a pedirle que retardase su partida; él lo hizo espontáneamente hasta que la vio más tranquila. Cierta día, estaba ella ahí en el corral, la oí reír. No puedo expresar a usted el efecto que esto me hizo. Gottfried parecía también muy contento. Estaba sentado a mi lado. Nos miramos y no me avergüenzo de decírselo a usted, señor, le abracé, y con muchas ganas. Entonces, me dijo:

—¡Ahora veo que puedo irme! No hago falta.

Traté de retenerle, pero me dijo:

—No ahora tengo que irme, no puedo permanecer aquí más tiempo.

Todo el mundo sabía que era como el judío errante; no podía permanecer en el mismo sitio; así es que no insistimos. Entonces partió, pero se arreglaba para poder pasar por aquí con más frecuencia y cada vez era una gran alegría para Modesta; después de cada una de sus visitas, mi hija se encontraba siempre mejor. Por último, volvió a entregarse al cuidado de la casa. Se casó luego su hermano y ella cuida de los niños; ahora ya no se vuelve a quejar, ya no se queja nunca y parece siempre contenta. A veces me pregunto si lo sería tanto si tuviese sus dos ojos. Sí, señor, a fe mía, hay días en que dice una que valdría más estar como ella y no ver ciertas malas personas y ciertas cosas desagradables. El mundo se pone muy feo; va empeorando de día en día... Sin embargo, sentiría mucho que Dios me cogiese la palabra, pues, a decir verdad, prefiero seguir viendo el mundo tal como es, a pesar de su fealdad.

En esto reapareció Modesta y cambió la conversación. Cristóbal quería ponerse en camino, porque el tiempo se había serenado; pero no lo consintieron, tuvo que quedarse a cenar y pasar la noche con ellos. Modesta se sentó cerca de Cristóbal y no se separó de él en toda la noche. Hubiera querido hablar íntimamente con la joven cuya suerte le llenaba de compasión, pero ella no le dio el menor pretexto. Todo su afán consistía en preguntarle acerca de Gottfried. Cuando Cristóbal le hacía saber ciertas cosas que ignoraba, se mostraba contenta y al mismo tiempo sentía algo de celos. Por su parte no contaba nada de Gottfried sino a pesar suyo; se comprendía que no lo decía todo o que, si lo decía, sentía inmediatamente haberlo dicho; sus recuerdos eran cosa suya y no quería compartirlos con nadie; en esto mostraba la misma codicia que la campesina muestra en su apego a la tierra; le desagradaba pensar que otro quisiese a Gottfried tanto como ella. Verdad es que ella no quería creerlo, y Cristóbal, que adivinaba su pensamiento, le dejó esta satisfacción. Oyéndola hablar echaba de ver que, aunque había visto en otro tiempo a Gottfried y hasta con no muy buenos ojos, se había forjado de él, después de su ceguera, una imagen enteramente distinta de la realidad, y había condensado en aquel fantasma toda la necesidad de amar que ella experimentaba. Nada había venido a contrariar aquel trabajo de ilusión. Con la intrépida seguridad de los ciegos que inventan tranquilamente lo que no saben, dijo a Cristóbal:

—Se parece usted a él.

El joven comprendió que desde hacía años había tomado Modesta la costumbre de vivir fuera del mundo real y ahora, que había aprendido a ver en la sombra que la rodeaba y hasta a olvidar la sombra, acaso hubiera tenido miedo de que se filtrase un solo rayo de sol en medio de las tinieblas. Evocaba con Cristóbal una multitud de detalles baladíes algo sosos en una conversación de que Cristóbal no sacaba ningún provecho. Le molestaba aquella charla insustancial y no podía comprender que un ser, que había sufrido tanto, no se hubiese vuelto más serio con el sufrimiento y pudiese complacerse en aquellas futilidades; de vez en cuando trataba de hablar de cosas más graves, pero no

hallaban eco alguno: Modesta no podía —o no quería— seguirle en ese terreno.

232 Fueron a acostarse. Cristóbal tardó mucho en dormirse. Pensaba en Gottfried, cuya imagen trataba de desprender de los pueriles recuerdos de Modesta, pero no lo conseguía sin trabajo y esto le irritaba. Le angustiaba el pensar que había muerto allí y que tal vez habría descansado su cuerpo en aquella cama. Procuraba representarse la angustia de sus últimos momentos, cuando, no pudiendo hablar ni hacerse comprender de la ciega, había cerrado los ojos para morir. ¡Cuánto hubiera deseado poder levantar aquellos párpados y leer los pensamientos que bajo ellos se ocultaban, el misterio de aquella alma, que se había ido sin darse a conocer, y acaso sin conocerse a sí misma! Ella no lo procuraba; y toda su sabiduría estribaba en huir de la sabiduría, en no querer imponer su voluntad a las cosas, sino en abandonarse por completo al curso de las mismas. De esta suerte se iba asimilando su esencia misteriosa sin darse cuenta de ello; si había hecho tanto bien a la ciega, a Cristóbal y a muchos otros que quedarían por siempre desconocidos, consistía en que, en lugar de emplear las palabras habituales de la rebelión humana contra la naturaleza, echaba mano de la paz indiferente de la misma naturaleza y reconciliaba con ella el alma sometida. Era benéfico a la manera de los campos, de los bosques y de la naturaleza misma de que estaba impregnado. Cristóbal evocaba el recuerdo de las noches pasadas con Gottfried en el campo, de sus paseos de niño, de los cuentos y los cantos nocturnos. Recordaba también el último paseo que había dado con su tío a la colina que domina la ciudad en una helada mañana de invierno, y acudían las lágrimas a sus ojos. No quería dormir, para quedarse a solas con sus recuerdos, ni quería perder nada de aquella velada sagrada, en aquel humilde país, lleno del alma de Gottfried, a donde le habían conducido sus pasos como guiados por una fuerza desconocida. Mientras escuchaba el ruido de la fuente que corría con ritmo desigual y el agudo grito de los murciélagos, triunfó de su voluntad el robusto cansancio de la juventud y se quedó dormido.



Cuando se despertó brillaba el sol; todo el mundo estaba ya trabajando, en la granja. Sólo halló en la cocina a la vieja y a los pequeñuelos. El matrimonio estaba en el campo y Modesta había ido a ordeñar. La buscaron inútilmente, pero no la encontraron en ninguna parte. Cristóbal no consintió en esperar su vuelta. En el fondo, no tenía interés en verla, y daba como pretexto que tenía mucha prisa. Se puso en camino después de encargar a la buena mujer que saludase en su nombre a todos los demás. Iba a salir de la aldea cuando, en un recodo del camino, vio sentada a la ciega en un talud al pie de un seto de ojaranzos. Se levantó al ruido de sus pasos, salió a su encuentro sonriendo, le cogió de la mano y dijo:

—Venga usted.

Subieron, atravesando los prados, hasta un sitio florido y lleno de sombra, enteramente sembrado de cruces, que dominaba la aldea. Le llevó junto a una tumba y le dijo:

—Aquí es.

Se arrodillaron ambos. Cristóbal se acordaba de otra tumba en la que se había arrodillado con Gottfried y pensaba:

—¡Pronto me llegará mi vez!

En aquel momento, semejante pensamiento no tenía ningún carácter triste. Salía de la tierra una paz profunda; y Cristóbal, inclinado sobre la fosa, gritaba en voz baja a Gottfried:

—¡Entra en mí!...

Modesta oraba con las manos cruzadas, agitando los labios en silencio. Después dio vuelta a la tumba, de rodillas, tentando la tierra, las hierbas y las flores, como si las acariciase. Sus dedos inteligentes parecían ver: iban arrancando suavemente los tallos de hiedra secos y las violetas marchitas. Para levantarse apoyó la mano en la lápida; Cristóbal vio que sus dedos pasaban furtivamente sobre el nombre de Gottfried, tocando cada una de las letras. Después dijo la joven:

—Esta mañana la tierra está llena de dulzura.

Le alargó luego la mano y él dio la suya. Le hizo tocar la tierra húmeda y tibia. Él no soltó la mano de la ciega y sus dedos entrelazados se hundían en la tierra. Entonces besó a Modesta y

ella le besó a su vez. Se levantaron ambos. Ella le ofreció algunas violetas frescas que había cogido y guardó en su seno las marchitas. Después de limpiarse las rodillas, salieron del cementerio sin cambiar palabra. En los campos cantaban las alondras. Revoluteaban en torno de sus cabezas algunas mariposas blancas y ambos se sentaron en un prado, a poca distancia uno de otro. Las columnas de humo de las casas de la aldea subían derechas por la atmósfera purificada por la lluvia. Entre los álamos se veían los reflejos del canal inmóvil. Envolvía los prados y los bosques una especie de bruma de luz azulada. Al cabo de un momento de silencio, habló Modesta a media voz de la hermosura del día como si la estuviese viendo. Sus labios entreabiertos bebían el aire y espíaba el rumor de los seres y de las cosas. Cristóbal conocía también el precio de aquella música y dijo las mismas palabras que ella pensaba, pero que no hubiera podido expresar. Nombró ciertos gritos y rumores imperceptibles, que se oían bajo la hierba o en las profundidades de la atmósfera. Ella le dijo:

—¡Ah! ¿Ve usted eso también?

Cristóbal respondió que Gottfried le había enseñado a distinguirlos.

—¿A usted también? —dijo la ciega, con cierto despecho.

Él había estado a punto de decirle:

—No sea usted celosa.

Vio la divina luz que sonreía en torno de ellos, se fijó en sus ojos sin vida y se sintió lleno de compasión.

—¿Es, pues, Gottfried quien le ha enseñado a usted todo eso?

Ella respondió que sí y que ahora gozaba mucho más que antes... —no dijo antes de qué—, pues evitaba pronunciar las palabras “ojos” o “ciega”.

Se callaron un instante. Cristóbal la contemplaba con lástima. Ella sentía sus miradas. Hubiera querido decirle Cristóbal cuánto la compadecía y oírla quejarse y confiarse a él.

—¿Es usted, pues, muy desgraciada?

Ella se quedó silenciosa y como resentida. Se entretenía en arrancar briznas de hierba y en mascarlas en silencio. Al cabo de

algunos instantes —el canto de la alondra se iba perdiendo en el cielo— le refirió Cristóbal que él también había sido desgraciado y que Gottfried le había hecho mucho bien.

Le refirió todos sus pesares y sus pruebas, como si pensase en voz alta o hablase con una hermana. El rostro de la ciega se iluminaba al oír aquel relato que seguía con atención. Cristóbal, que la observaba, la vio a punto de hablar: hizo un movimiento para acercarse a él y alargarle la mano. Él, por su parte, se adelantó también; pero la ciega había recobrado ya su impasibilidad y, cuando hubo terminado, sólo le dirigió algunas palabras vulgares. Tras su abombada frente, en la que no había ni una sola arruga, se sentía la obstinación del campesino, dura como un guijarro. Dijo que tenía que volver a casa para cuidar de los hijos de su hermano: hablaba con risueña tranquilidad.

Él le preguntó:

—¿Es usted feliz?

Ella pareció serlo mucho más al oírsele decir. Dijo que sí. Insistió acerca de las razones que tenía para ser feliz, tratando de persuadirlo y de persuadirse a sí misma; hablaba de los niños, de la casa y de todo lo que tenía que hacer...

—¡Oh! —dijo—. ¡Sí, soy muy feliz!

Cristóbal no respondió una palabra. Se levantaron ambos para marcharse y se despidieron con tono indiferente y alegre. La mano de Modesta temblaba algo entre las de Cristóbal. La ciega le dijo:

—¡Hoy tendrá usted buen tiempo!

Además le hizo algunas recomendaciones respecto a un recodo del camino en que era fácil equivocarse. Parecía que el ciego era Cristóbal.

Se separaron y él bajó la colina. Cuando estuvo al pie de la misma, se volvió. Modesta estaba en lo alto, de pie, en el mismo sitio: agitaba su pañuelo y le hacía señales como si lo viese.

En aquella obstinación en negar su mal había algo de heroico y de ridículo que conmovía a Cristóbal y le causaba pena. Comprendía que Modesta era muy digna de lástima y hasta de admiración; pero no hubiera podido vivir dos días con ella. Siguiendo

su camino entre floridos setos, pensaba también en su querido y anciano Schulz, en sus ojos claros y llenos de cariño, ante los cuales habían pasado tantos pesares, pero que no querían verlos y que no veían la realidad dolorosa...

—¿Cómo me ve a mí? —se preguntaba—. ¡Soy tan distinto de la idea que él se ha formado de mí! Soy para él lo que él quiere que sea. Todo es a su imagen, puro y noble como él. No podría

236

soportar la vida si la viese tal como es.  
Y esto le hacía pensar en aquella muchacha, envuelta en tinieblas, que se obstinaba en negarlas, y quería persuadirse de que lo que no existía, existía y viceversa.

Entonces comprendió la grandeza del idealismo alemán, de que tantas veces había abominado, porque en las almas mediocres es un manantial de hipocresía y de estupidez. Comprendió la belleza de aquella fe, que se crea en medio del mundo, otro enteramente distinto, como un islote en medio del Océano. Pero él rechazaba por su parte semejante fe. No quería refugiarse en aquella isla de los muertos. ¡La vida! ¡La verdad! No quería ser un héroe mentiroso. Tal vez aquella mentira optimista que un emperador alemán pretendía imponer como ley a todo su pueblo, era, en efecto, necesaria a los seres débiles, para vivir; y Cristóbal hubiera considerado como un crimen arrancar a aquellos desdichados la ilusión que los sostenía. Por su parte, no hubiera podido recurrir a tales subterfugios: prefería morir a vivir de ilusiones. ¿No era acaso también una ilusión el arte? No, no debía serlo. ¡La verdad! ¡La verdad! ¡Aspirar por todos los poros de su ser el soplo omnipotente de la vida, ver con los ojos muy abiertos las cosas como son y su infortunio cara a cara, y reír!

\* \* \*

Pasaron varios meses. Cristóbal había perdido toda esperanza de salir de su ciudad natal. El único que hubiera podido salvarle, Hassler, le había negado su ayuda, y la amistad del viejo Schulz no le había durado mucho tiempo.

Le había escrito una vez a su regreso, y había recibido de él dos cartas muy afectuosas; pero por un sentimiento de cansancio y, sobre todo, por la dificultad que experimentaba en expresarse por escrito, tardó en darle las gracias y fue dejando para más adelante la respuesta. Y cuando al fin se iba a decidir a escribir, recibió unas palabras de Kunz anunciándole la muerte de su antiguo amigo. Según decía, Schulz había tenido una recaída, y su bronquitis se había convertido en pulmonía; había prohibido que inquietasen a Cristóbal, de quien hablaba sin cesar. No obstante su debilidad extremada y sus largos años de enfermedad, el fin de su vida había sido largo y penoso. Había encargado a Kunz que comunicase la noticia a Cristóbal, diciéndole que hasta su última hora había pensado en él, que le daba las gracias por toda la felicidad que le había proporcionado y que le acompañaría su bendición mientras viviese. Lo que no decía Kunz era que el día pasado en compañía de Cristóbal había sido probablemente el origen de la recaída y la causa de su muerte.

237

Cristóbal lloró en silencio, y entonces comprendió cuánto valía el amigo que había perdido y cuánto lo quería; sufrió, como siempre, por no haber sabido expresárselo mejor. Ahora ya era demasiado tarde. Y, ¿qué le quedaba? El bueno de Schulz no había hecho más que aparecer el tiempo suficiente para que el vacío le pareciese menos vacío y la noche menos tenebrosa. En cuanto a Kunz y a Pottpetschmidt, no tenían otro mérito que la amistad que profesaban a Schulz y que este sentía hacia ellos. Cristóbal los estimaba en su justo valor. Les escribió una vez y allí terminaron sus relaciones. Trató de escribir a Modesta, pero ella hizo que le contestasen una carta insignificante en que sólo hablaba de cosas indiferentes. Renunció, pues, a continuar. No volvió a escribir a nadie, ni nadie le volvió a escribir.

Silencio y más silencio. De día en día se sentía más abrumado por el pesado manto del silencio. Le parecía que caía sobre él una lluvia de ceniza y que empezaba a llegar la tarde; pero Cristóbal se hallaba en plena juventud y no quería resignarse. No había llegado la hora de dormir; era preciso vivir.

Sin embargo, no podía vivir ya en Alemania. El sufrimiento de su genio comprimido por la estrechez de aquella pequeña ciudad, le irritaba hasta hacerle injusto. Sus nervios estaban al desnudo y todo le causaba profundas heridas. Era como uno de esos miserables animales salvajes que agonizan, víctimas del hastío, en los agujeros o en las jaulas en que los tenían encerrados en el *Stadtgarten*. Cristóbal iba a verlos con frecuencia, por simpatía; contemplaba sus ojos admirables, donde ardían, o se extinguían de día en día, feroces llamas de desesperación. ¡Oh! ¡Cómo hubieran preferido un tiro brutal que da la libertad o el hierro que se hunde en las sangrientas entrañas! ¡Todo antes que la indiferencia feroz de aquellos hombres que les impedían vivir o morir! Lo que más le oprimía no era precisamente la hostilidad de la gente, sino su naturaleza sin consistencia, sin forma y sin fondo. No había por dónde cogerlos. Mucho más vale la oposición testaruda de una de esas razas de cráneo estrecho y duro que se niegan a aceptar todo pensamiento nuevo. Contra la fuerza puede emplearse la fuerza, y el pico y la mina que cortan y hacen saltar la roca. Pero, ¿qué hacer contra una masa amorfa, que cede como blanda gelatina bajo la menor presión y no conserva huella de nada? Todos los pensamientos y energías desaparecían en aquella sima: apenas si, al caer una piedra, aparecían algunos rizos en la superficie del abismo; se abría la boca, se volvía a cerrar y no quedaba la menor huella de nada.

No tenía enemigos, ¡pluguiera a Dios que los hubiera tenido! Aquella gente no tenía vigor, ni para amar, ni para odiar, ni para creer, ni para dejar de creer lo mismo en religión que en arte, en política y en la vida ordinaria, y todo el vigor lo empleaban en procurar conciliar lo inconciliable. Sobre todo, después de las victorias alemanas, hacían inútiles esfuerzos por conciliar de un modo desconsolador la fuerza nueva con los principios antiguos. No habían renunciado al viejo idealismo, pues esto hubiera exigido un esfuerzo de franqueza de que no eran capaces; se habían contentado con falsearlo, para ponerlo al servicio de los intereses alemanes, a ejemplo de Hegel, el filósofo sereno y falso que había esperado hasta después de Leipzig y Waterloo para asi-

milar la causa de su filosofía a la del estado prusiano; habiendo cambiado el interés, habían cambiado los principios. Cuando se habían visto vencidos, decían que Alemania tenía por ideal la humanidad. Ahora que habían logrado vencer a los demás, decían que Alemania era el ideal de la humanidad. Cuando los demás pueblos eran los más potentes, decían, con Lessing que “el amor de la patria era una debilidad heroica de que muy bien se podía prescindir”, y entonces todos se llamaban ciudadanos del mundo. Ahora que triunfaban, no tenían bastante desprecio para las utopías francesas: paz universal, fraternidad, progreso pacífico, derechos del hombre e igualdad natural. Decían que el pueblo más fuerte tenía un derecho absoluto sobre los demás, y que estos, por ser más débiles, no tenían ningún derecho contra él. Él era un Dios vivo, la idea encarnada cuyo progreso se realiza mediante la guerra, la violencia y la opresión. La fuerza se había convertido en santa desde el momento que estaba de su parte. Se había convertido por completo en idealismo e inteligencia.

A decir verdad, Alemania había sufrido tanto durante largos siglos por tener idealismo y no tener fuerza, que, al cabo de tantas pruebas, era excusable que hiciese la triste declaración de que ante todo, era preciso tener fuerza, cualquiera que fuese. Pero, ¡qué oculta amargura revelaba esta confesión del pueblo de Herder y de Goethe! ¡Y qué abdicación degradante del ideal alemán era la tal victoria! Por desgracia, todo facilitaba semejante abdicación, dada la deplorable tendencia de los mejores alemanes a someterse.

“—Lo que caracteriza al alemán —decía Moser— hace más de un siglo, es la obediencia”.

Madame de Staël dice por su parte:

“Poseen una sumisión vigorosa. Se sirven de razonamientos filosóficos, para explicar lo que hay de menos filosófico en el mundo: el respeto a la fuerza, el enternecimiento producido por el miedo, que trueca este respeto en admiración”.

Cristóbal hallaba este sentimiento en todos los alemanes, desde el más grande hasta el más pequeño —desde el Guillermo Tell de Schiller, modesto y acompasado burgués, de músculos de

mozo de cuerda, que, como dice con libertad Börne, “para conciliar el honor y el miedo, pasa delante del poste de su querido señor Gessler con los ojos bajos, a fin de poder alegar que no ha visto el sombrero y no ha desobedecido”—, hasta el anciano y respetable profesor Weisse, de setenta años de edad y uno de los sabios más ilustres de la ciudad que, cuando veía venir un señor teniente, se apresuraba a cederle la acera. Cuando presenciaba uno de estos menudos actos de servilismo diario, le hervía la sangre a Cristóbal, como si él mismo hubiese sufrido la humillación. Los altaneros modales de los oficiales que cruzaban por la calle y su insolente tiesura, le causaban sorda cólera; fingía no apartarse para dejarles sitio, y, al pasar, les devolvía la arrogancia de sus miradas. Más de una vez estuvo a punto de verse en un mal paso y hasta parecía que lo buscaba. Sin embargo, era el primero en comprender la peligrosa inutilidad de semejantes bravatas, pero tenía momentos de aberración: la violencia que constantemente se hacía y sus robustas fuerzas acumuladas que no hallaban empleo, le ponían rabioso. Entonces, estaba dispuesto a cometer toda clase de tonterías y comprendía perfectamente que, si permanecía allí un año más, estaba perdido. Sentía odio al militarismo brutal que le oprimía con el ruido de sus sables en el empedrado, con sus pabellones de armas, con sus cañones plantados ante los cuarteles, mirando a la ciudad, como dispuestos a tirar. Ciertas novelas escandalosas que entonces metían gran ruido, denunciaban la corrupción de las guarniciones, grandes y pequeñas. En ellas se representaba a los oficiales como seres maléficos que, fuera de su oficio de autómatas, sólo sabían vivir en la ociosidad, beber, jugar, endeudarse, hacerse mantener por sus familias, criticarse mutuamente y, desde el primero hasta el último, abusar de su autoridad sobre sus inferiores. La idea de que un día se vería obligado a obedecerles, causaba a Cristóbal la más terrible impresión. Él no podría jamás soportar aquello, deshonorarse a sus propios ojos, sufriendo sus humillaciones e injusticias... Ignoraba la grandeza moral que había en algunos de ellos, lo mucho que tenían que sufrir por su parte: sus ilusiones perdidas, tanto vigor, juventud, honor, fe y deseo apasionado de



sacrificio, mal empleados o perdidos, lo insensato de una carrera que, si se reduce simplemente a tal, y no tiene por fin el sacrificio, no es otra cosa que una agitación sin vida, una parada inepta, un ritual que se reza sin creer en lo que se dice...

No le bastaba ya a Cristóbal la patria. Sentía en su interior esa fuerza desconocida que se despierta, en ciertas especies de aves, en épocas determinadas, de un modo súbito e irresistible, como el flujo y reflujo del mar: el instinto de las grandes emigraciones. Al leer los volúmenes de Herder y de Fichte que le había legado el viejo Schulz, hallaba en ellos almas como la suya —*no hijos de la tierra* servilmente apegados al terruño, sino *espíritus hijos del sol* que se vuelven invenciblemente hacia la luz, venga de donde venga.

241

¿Adonde iría? No lo sabía. Por instinto, sus ojos miraban hacia el medio día latino y, en primer lugar, hacia Francia, que ha sido siempre el eterno recurso de Alemania en los momentos críticos. ¡Qué de veces se había servido de ella el pensamiento alemán, sin dejar de denigrarla! Hasta después de 1870, ¡qué atracción se desprendía de la ciudad que habían mantenido humeante y martirizada los cañones alemanes! Las formas del pensamiento y del arte, más revolucionarias o más retrógradas, habían hallado allí, alternativamente, y a veces al mismo tiempo, ejemplos o inspiraciones. Cristóbal, como tantos grandes músicos alemanes, se volvía también hacia París en su desamparo... ¿Qué conocía de los franceses? Dos rostros femeninos y algunas lecturas sin método. Esto le bastaba para imaginarse un país de luz, de bravura, de alegría, y hasta algo de jactancia gala, que no sienta mal a la audaz juventud del corazón. Creía en ello porque tenía necesidad de creer, porque, con toda su alma, hubiera querido que fuese como él se imaginaba.

\* \* \*

Se resolvió a partir; pero no podía hacerlo a causa de su madre.

Luisa iba envejeciendo. Adoraba a su hijo, que era toda su alegría; ella era, por su parte, lo que él amaba más en el mundo. Sin embargo, se hacían sufrir mutuamente. Ella no comprendía a Cristóbal y no se cuidaba de comprenderle, sino sólo de quererle. Tenía un espíritu limitado, tímido, oscuro, y un corazón admirable, una inmensa necesidad de amar y de ser amada, que tenía algo de conmovedor y de oprimente. Respetaba a su hijo, porque le parecía muy sabio; pero hacía todo lo necesario para ahogar su genio. Se figuraba que se quedaría toda su vida a su lado en su pueblo natal. Desde hacía años vivían juntos y no podía imaginarse que pudiera ser de otro modo. Con esto era feliz; ¿cómo no había de serlo? Todos sus sueños se cifraban en él, en verle casado con la hija de un burgués acomodado de la ciudad; en oírle tocar el domingo el órgano de su parroquia y en no separarse de él. Veía a su Cristóbal, como si tuviese aún doce años; hubiera querido que nunca hubiera tenido más. Torturaba inocentemente al desdichado joven que se ahogaba en aquel estrecho horizonte.

Y, sin embargo, había mucho de verdad; cierta grandeza moral en aquella filosofía inconsciente de la madre, que no podía comprender la ambición y cifraba toda la dicha en los afectos de la vida de familia y en el humilde cumplimiento de su deber. Era un alma que sólo deseaba amar y que hubiera renunciado a la vida, a la razón, a la lógica, al mundo real, a todo, antes que al amor. Y este amor era infinito, suplicante y exigente; lo daba todo y lo exigía todo en cambio; renunciaba a vivir para amar y exigía el mismo sacrificio a lo que amaba. ¡Oh, poder del amor de un alma sencilla! Él le hace hallar, a primera vista, lo que los razonamientos vacilantes de un genio indeciso, como Tolstoi, o el arte demasiado refinado de una civilización moribunda descubren sólo tras una vida, vida compuesta de siglos, de luchas ardientes y de agotadores esfuerzos, pero el mundo imperioso que bullía dentro de Cristóbal tenía otras leyes y reclamaba otra clase de cordura.

Hacía largo tiempo que quería anunciar su resolución a su madre; pero temblaba ante la idea del pesar que le causaría y, en el momento de hablar, le faltaba el valor y lo dejaba para más tarde. No obstante, dos o tres veces, hizo tímidas alusiones a su par-

tida, pero Luisa no las tomó en serio; tal vez fingió no tomarlas en serio para persuadirse a sí misma de que él hablaba en broma. Entonces no se atrevía el joven a proseguir, pero se quedaba sombrío y preocupado; se comprendía que pesaba su corazón un secreto y, la pobre mujer, que tenía la intuición de lo que podía ser el tal secreto, se esforzaba medrosamente por retardar su descubrimiento. Por la noche, cuando estaban sentados uno junto al otro a la luz de la lámpara, comprendía, bruscamente, por ciertas silenciosas pausas, que iba a hablar, y, entonces, llena de terror hablaba ella, precipitadamente y a la ventura, de lo primero que se le ocurría, sin saber apenas de lo que hablaba; pero había que impedirle hablar a él a toda costa. De ordinario su instinto le suministraba el mejor argumento para obligarle a callarse; se quejaba con dulzura de su salud, de sus manos, y de sus pies hinchados y de sus piernas que se anquilosaban; exageraba su mal y hasta se daba por una vieja inútil que no sirve para nada. Él no se dejaba engañar por tan cándidos ardides; la miraba con tristeza y con mudo reproche y, al cabo de un momento, se levantaba, alegando que estaba fatigado y que iba a acostarse.

Todos estos recursos no podían salvar a Luisa largo tiempo. Una noche, en que había recurrido de nuevo a ellos, Cristóbal tomó una resolución heroica y, poniendo su mano en la de la anciana, le dijo:

—No, madre, tengo algo que decirte.

Luisa quedó aterrada; pero procurando sonreír, dijo con la garganta oprimida:

—¿Y qué es, hijo mío?

Cristóbal anunció balbuciendo su intención de partir. Ella trató de tomar la cosa en broma y de dar nuevo rumbo a la conversación, según su costumbre; pero él no desarrugaba el ceño, y continuó en esta ocasión con aire tan decidido y serio que no había medio de dudar. Entonces se calló ella, se le paró la sangre y se quedó muda y helada, mirándole con espanto. A medida que él hablaba se leía un dolor tan grande en aquellos ojos, que a él también le faltó la palabra, y ambos se quedaron mudos. Cuando pudo ella al fin recobrar el aliento, dijo —sus labios temblaban—:

—No es posible... No es posible.

Corrían por sus mejillas dos gruesas lágrimas. Él volvió la cabeza con desaliento y ocultó el rostro entre las manos. Ambos lloraron. Pasado algún tiempo, se fue Cristóbal a su habitación y se encerró hasta el día siguiente. No hicieron la menor alusión a lo que había pasado y, como él no le hablaba más de ello, quiso convencerse, de que había renunciado a su proyecto. Vivía llena de mortales ansias.

244

Sin embargo, llegó un momento en que ya no fue posible callar. Había que hablar aún a riesgo de desgarrarle el corazón a su madre: ¡sufría demasiado!

El egoísmo de su dolor triunfaba del pensamiento del que podía causarle a ella, y habló. Llegó hasta el fin, evitando mirar a su madre por miedo de turbarse. Hasta fijó el día de su marcha, a fin de no tener que sostener nueva discusión —no sabía si tendría otro día el triste valor que entonces había tenido—. Luisa gritaba:

—¡No, no, cállate!

Él resistía y continuaba con implacable resolución. Cuando hubo terminado —ella sollozaba—, le cogió las manos y procuró hacerle comprender que era absolutamente necesario, para su arte y para su vida, que se ausentase por algún tiempo. Ella lloraba y repetía:

—No, no... no quiero.

Después de haber intentado vanamente razonar con ella, la dejó, pensando que la noche cambiaría el curso de sus ideas. Pero cuando se encontraron por la mañana a la mesa, volvió de nuevo y despiadadamente a hablar de su proyecto. Ella dejó caer el bocado de pan que se llevaba a la boca, y dijo con acento de doloroso reproche:

—¿Quieres, pues, atormentarme?

Cristóbal se conmovió, y dijo:

—¡Querida mamá, es preciso!

—¡De ninguna manera! —repetía ella—. ¡No es preciso!...

Lo haces únicamente para apesadumbrarme... Es una locura...

Quisieron convencerse mutuamente, pero no se escuchaban. Él comprendió que era inútil discutir: aquello no hacía

sino aumentar el sufrimiento, y empezó ostensiblemente sus preparativos de marcha.

Cuando vio que sus ruegos no lograban detenerle, Luisa cayó en un estado de mortal tristeza. Pasaba los días encerrada en su habitación sin encender luz cuando llegaba la noche; no hablaba ni comía y durante la noche se le oía llorar. Estaba crucificado, hubiera gritado de dolor mientras se revolvía en la cama toda la noche sin dormir, presa del remordimiento. ¡La quería tanto! ¿Por qué era preciso que la hiciese sufrir?... Desgraciadamente no sería ella la única: él lo veía muy claro... ¿Por qué le había inspirado el destino el deseo y la fuerza para desempeñar una misión que debía hacer sufrir a aquellos a quienes amaba?

245

—¡Oh! —pensaba para sí—. ¡Si yo fuese libre! ¡Si no me obligase la fuerza cruel a ser lo que debo ser, o a morir de otra suerte de vergüenza y de asco! ¡Cómo haría dichosos a aquellos a quienes amo! ¡Dejadme vivir primero, obrar, luchar y sufrir! Y después volveré a vosotros más lleno de cariño. ¡Cuánto desearía no hacer en mi vida otra cosa que amar!

Jamás hubiera podido resistir el perpetuo reproche de aquella alma desconsolada, si ésta hubiera sabido permanecer muda. Luisa, débil y algo habladora, no pudo guardar para sí la pena que le ahogaba. Dio cuenta de ella a sus vecinas y a sus otros dos hijos, que no podían perder tan buena ocasión para criticar a Cristóbal; especialmente Rodolfo, que no había dejado nunca de envidiar a su hermano mayor, aunque por el momento no tenía motivo, a quien el menor elogio de Cristóbal hería en lo más vivo y que temía en secreto, sin atreverse a declarar aquel bajo pensamiento, sus éxitos futuros —porque era bastante inteligente para comprender la fuerza de su hermano y para temer que otros la comprendiesen como él—, se alegró muchísimo de poder aplastar a Cristóbal bajo el peso de su superioridad. Jamás se había preocupado mucho por su madre, cuyos apuros conocía; aunque se hallaba grandemente en situación de ayudarle, dejaba toda la carga a Cristóbal. Pero cuando supo el proyecto de este, descubrió inmediatamente en su corazón tesoros de cariño. Se indignó ante aquella pretensión de abandonar a su madre y la

calificó de monstruoso egoísmo. Hasta tuvo la osadía de ir a repetírselo al mismo Cristóbal, le sermoneó cual si se tratase de un niño que merecía las disciplinas; le recordó, con tono orgulloso, sus deberes para con su madre, y todos los sacrificios que había hecho por él. Cristóbal estuvo a punto de reventar de ira. Echó a Rodolfo a la calle a puntapiés, tratándole de sinvergüenza y de hipócrita. Rodolfo se vengó levantando de cascos a su madre. Luisa, excitada por él, empezó a persuadirse de que Cristóbal obraba como un mal hijo. Oía repetir que no tenía derecho para marcharse y ella lo creía con mucho gusto. En lugar de atenerse a sus lágrimas, que eran su arma más poderosa, dirigió a Cristóbal reproches amargos e injustos que le hicieron rebelarse. Se dijeron mutuamente cosas desagradables; y el resultado fue, que Cristóbal, que hasta entonces vacilaba, sólo pensó en apresurar sus preparativos de viaje. Supo que los caritativos vecinos se apiadaban de su madre y que la opinión del barrio la consideraba como una víctima y a él como un verdugo. Apretó los dientes y no cejó un punto en su resolución.

Pasaban los días, Cristóbal y Luisa apenas se hablaban. En lugar de gozar, hasta el último minuto, aquellos últimos días que habían de pasar juntos, estos dos seres que se amaban perdían el tiempo que les quedaba, como sucede en la mayor parte de los casos, en uno de esos estériles piques en que naufragan tantos afectos. No se veían sino en la mesa, donde, sentados uno enfrente de la otra, no se miraban ni se hablaban, comiendo a veces, más que por comer, por hacer algo. Con gran trabajo lograba Cristóbal decir algunas palabras. Luisa no respondía; y, cuando a su vez ella era la que quería hablar, le tocaba a él callar. Aquel estado de cosas era intolerable para ambos, y cuando más se prolongaba más difícil era su solución. ¿Iban, pues, a separarse de aquel modo?

Luisa se daba cuenta a la sazón de que se había mostrado injusta y torpe; pero sufría demasiado para hallar el medio de reconquistar el corazón de su hijo, que creía haber perdido, y para impedir a toda costa aquella partida cuya idea se negaba a admitir. Cristóbal miraba a hurtadillas el pálido e hinchado rostro de su madre, y se sentía roído por el remordimiento; pero

decidido a partir, y convencido de que en ello le iba la vida, deseaba cobardemente que pasara aquel trance para librarse de sus remordimientos.

Se fijó la partida de allí a tres días. Acababa de tener lugar una de sus tristes comidas. No se habían dicho ni una palabra y Cristóbal se había retirado a su cuarto. Sentado ante su mesa, con la cabeza entre ambas manos e incapaz de trabajar, se atormentaba en silencio. Avanzaba la noche, pues era ya cerca de la una. De pronto, oyó ruido, producido por la caída de una silla en el cuarto inmediato. Se abrió la puerta, y su madre, en camisa y descalza, se echó a su cuello sollozando. Devorada por la fiebre besaba a su hijo, y gemía con entrecortados sollozos de desesperación.

247

—¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡Te lo suplico, te lo suplico!  
¡Hijo mío, no te vayas! Me moriré... ¡No puedo, no puedo soportarlo!

Trastornado y aterrado, la besaba él repitiendo:

—¡Querida mamá, cálmate, te lo suplico!

Pero ella continuaba:

—No puedo soportarlo... No tengo más que a ti... Si te vas, ¿qué será de mí? Me moriré si te vas, y no quiero morirme lejos de ti. No quiero morirme sola... ¡Espera a que yo me muera!...

Sus palabras le desgarraban el corazón y no sabía qué decir para consolarla. ¿Qué razones podían tener fuerza contra aquel desencadenamiento de cariño y de dolor? La sentó en sus rodillas y procuró calmarla con besos y palabras cariñosas. La anciana se iba poco a poco calmando y lloraba dulcemente. Cuando la vio algo tranquila, le dijo:

—Acuéstate, vas a coger frío.

Ella repitió:

—¡No te vayas!

Él le dijo en voz baja:

—No me iré.

Se estremeció Luisa, y cogiéndole la mano, dijo:

—¿De veras, de veras?

Él apartó la cabeza con desaliento, diciendo:

—Mañana, mañana te diré... ¡Déjame, te lo suplico!

Se levantó dócilmente y se volvió a su cuarto.

Al día siguiente por la mañana, estaba avergonzada de aquella crisis de desesperación que la había acometido como una crisis de locura, y temblaba al pensar en lo que le iba a decir su hijo. Lo esperaba sentada en un rincón de su cuarto, y había tomado la media para hacer algo; pero sus manos se negaban a sostenerla y la dejó caer. Entró Cristóbal y se dieron los buenos días a media voz, sin mirarse de frente. Estaba él sombrío, fue a colocarse delante de la ventana, de espaldas a su madre, y allí permaneció en silencio. En su interior tenía lugar un combate, cuyo resultado sabía él sobradamente de antemano y procuraba retardarlo. Luisa no se atrevía a dirigirle la palabra ni a provocar la respuesta que quería y temía. Hizo un esfuerzo para recoger su media, pero no veía lo que hacía y los puntos iban de través. Afuera llovía.

Tras un largo silencio, se acercó Cristóbal a ella. No se movió Luisa, pero su corazón latía. Cristóbal la contemplaba inmóvil; luego bruscamente se echó a sus pies, ocultó la cara en la falda de su madre y lloró en silencio. Entonces, comprendió ella que se quedaba y su corazón se vio libre de una angustia mortal; pero inmediatamente la acosaron los remordimientos, porque comprendió todo el sacrificio de su hijo y empezó a sufrir todo lo que Cristóbal había sufrido cuando era ella la sacrificada. Se inclinó hacia él y cubrió de besos su frente y sus cabellos. Mezclaron en silencio sus lágrimas y su dolor. Al fin alzó él la cabeza, y Luisa, cogiéndole la cara entre sus manos le miraba de hito en hito. Hubiera querido decirle: “¡Parte!” Pero no podía. Él hubiera querido decir por su parte:

—Soy feliz quedándome a tu lado.

Pero tampoco podía.

La situación era insoluble y ninguno de los dos podía modificarla. Suspiró ella en medio de su amor doloroso:

—¡Oh! ¡Si fuera posible que naciósemos todos juntos para morir todos juntos!



Este deseo cándido le inundó de ternura. Enjugó sus lágrimas y, esforzándose por sonreír, dijo Cristóbal:

—Moriremos todos juntos.

Ella insistía:

—¿De veras? ¿De veras no te vas?

Él repitió con energía:

—Lo dicho, dicho está. No hay que volver a hablar del asunto.

249

Cristóbal cumplió su palabra y no volvió a hablar de la partida, aunque no dependía de él el no volver a pensar en ella. Se quedó, pero se lo hizo pagar caramente a su madre con su tristeza y su mal humor. Y Luisa, tanto más torpe cuanto que sabía que lo era y hacía siempre infaliblemente lo que no debía hacer, y que conocía de sobra la causa de su pesar, insistía para que se la declarase. Le hostigaba con su cariño inquieto, fastidioso y razonador, que le recordaba a cada momento lo que él procuraba olvidar y era la gran diferencia que había entre una y otro. ¡Cuántas veces había querido espontanearse con ella! Pero en el momento de hablar se alzaba entre ellos la muralla de China, y él seguía guardando su secreto. Luisa lo adivinaba, pero no se atrevía a provocar sus confidencias, o no sabía hacerlo. Cuando lo intentaba; sólo conseguía que él guardase más profundamente aún aquellos secretos que tanto le pesaban y que deseaba ardientemente descubrir.

La separaban de él mil cosillas insignificantes, manías inocentes que irritaban a Cristóbal. La buena vieja caducaba algo. Tenía necesidad de hablar de cosas de la vecindad y sentía ese cariño de ama de cría, que se empeña en recordar las tonterías de los primeros años y todo lo que nos recuerda la cuna. ¡Le ha costado a uno tanto trabajo salir de ella y hacerse hombre! Y es preciso, sin embargo, que venga la nodriza a mostrarnos los pañales sucios, los pensamientos inocentes y toda esa época nefasta en que lucha el alma naciente contra la opresión de la vil materia y del medio ambiente que la ahoga.

Y en medio de todo esto tenía arranques de conmovedora ternura —cual si se tratase de un niño—, que se apoderaban de ella y a los que se abandonaba como un niño.

Lo peor era que tenían que vivir juntos desde por la mañana hasta por la noche, aislados siempre del resto de la gente. Cuando hay dos que sufren y cuando ninguno de los dos puede remediar el sufrimiento del otro, forzosamente tiene éste que irritarse, pues  
250 cada uno acaba por hacer responsable al otro de su dolor y acaba también por creerlo. Más valdría estar solo en el sufrimiento.

Era aquélla una tortura diaria para ambos, y jamás habrían salido de la dificultad, si no hubiera venido la casualidad, como ocurre generalmente, a cortar de un modo, desdichado en apariencia, pero feliz en el fondo, la indecisión cruel que los encadenaba.

\* \* \*

Era un domingo de octubre, a las cuatro de la tarde, y el tiempo estaba espléndido. Cristóbal se había quedado todo el día en su cuarto, reconcentrado en sí mismo y devorando su melancolía.

Al fin no pudo más. Sintió una necesidad furiosa de salir, de andar, de emplear su fuerza y de cansarse a fin de no pensar más.

Estaba algo picado con su madre desde la víspera y faltó poco para que se fuese sin decirle adiós. Pero, fuera ya del cuarto, pensó en el pesar que experimentaría en hallarse toda la tarde sola y volvió con el pretexto de que había olvidado alguna cosa. La puerta de la habitación de su madre estaba entreabierta. Pasó la cabeza por la abertura y contempló a su madre durante algunos segundos; ¡qué lugar debían ocupar aquellos segundos en el resto de su vida!...

Luisa acababa de volver de vísperas y se había sentado en su sitio favorito, junto a la ventana. La pared de la casa de enfrente, sucia y agrietada, ocultaba la vista, y desde el rincón donde Luisa se colocaba, se podía ver a la derecha, más allá de los dos patios de las casas inmediatas, un pedazo de campo insignificante. En el

alféizar de la ventana había una maceta de enredaderas que trepaban a lo largo de unas cuerdecitas y formaban una delicada red aérea, acariciada por un rayo de sol. Luisa, sentada en una silla baja, de redondo espaldar, con su enorme Biblia abierta sobre las rodillas, no leía. Con las manos puestas de plano sobre el libro, manos de venas hinchadas, de uñas de trabajadora, cuadradas y algo encorvadas, contemplaba con amorosos ojos la humilde planta y el pedazo de cielo que podía ver a través de ella. Iluminaba su rostro fatigado y borroso, sus cabellos blancos muy finos y poco abundantes y su boca entreabierta por una sonrisa, el reflejo del rayo de sol que daba en las hojas de la enredadera. Gozaba de aquella hora de descanso. Era su mejor momento de la semana, y lo aprovechaba para sumergirse en ese estado, tan agradable para los que sufren, en que no se piensa en nada, y en que, en medio del embotamiento del ser, sólo habla el corazón medio dormido.

251

—¡Mamá! —dijo—, tengo ganas de salir. Voy a dar una vuelta por el campo y volveré tarde.

Luisa, que estaba como adormilada, se estremeció ligeramente. Volvió, luego, la cabeza hacia él y le dijo, mirándole con sus bondadosos y apacibles ojos:

—¡Anda, hijo mío, tienes razón! Aprovecha el buen tiempo.

Se dirigieron mutuamente una sonrisa, permanecieron un momento contemplándose y, al fin, se despidieron, cariñosamente, con la cabeza y con los ojos.

Volvió a cerrar suavemente la puerta; volvió ella lentamente a su ensueño iluminado por la sonrisa de su hijo, al modo que el rayo de sol iluminaba las pálidas hojas de la enredadera.

De esta suerte la dejó él... para toda la vida.

\* \* \*

Es una tarde de octubre bañada por un sol pálido y tibio. El campo parece sumido en una especie de languidez. Los esquilones de las aldeas tocan lentamente en medio del silencio campesino. De las casas rústicas suben lentamente columnas de blanco humo,

y flota a lo lejos una ligera bruma. Las blancas nieblas, alfombra de la tierra húmeda, aguardan para levantar la proximidad de la noche... Un perro de caza, con la nariz pegada al suelo, trazaba círculos en un campo de zanahorias y giraban en el cielo gris grandes bandadas de cornejas.

Cristóbal, entregado a sus sueños y sin tener un punto determinado adonde dirigirse, caminaba, sin embargo, por instinto.

252 Hacía algunas semanas que sus paseos alrededor de la ciudad, lo quisiera o no, tenían por objeto una aldea donde estaba seguro de encontrar a una linda muchacha que le atraía. No se trataba más que de un simple atractivo, aunque bastante vivo y que le perturbaba algo. Cristóbal no podía vivir sin querer a alguien; su corazón rara vez permanecía vacío y estaba siempre habitado por alguna imagen que le servía de ídolo. Poco le importaba generalmente que el ídolo supiese que él lo amaba. Lo importante para él era amar; era preciso que se mantuviese siempre vivo el fuego y que no fuese nunca de noche en su corazón.

El objeto de la nueva pasión era la hija de un campesino, a la que había encontrado, como Eliezer a Rebeca, junto a una fuente. Pero ella no le había ofrecido de beber, sino que le había echado agua a la cara. Arrodillada al borde de un arroyuelo, entre dos sauces cuyas raíces formaban en torno suyo como un nido, lavaba vigorosamente la ropa y su lengua no se mostraba menos activa que sus brazos. Hablaba y reía muy alto, con otras muchachas de la aldea, que lavaban enfrente de ella en la orilla del arroyuelo. Cristóbal se había tendido en la hierba a alguna distancia, y las contemplaba con la barba apoyada en las manos. Esto no las intimidaba en modo alguno, y continuaban su charla, en un estilo de color algo subido a veces. Él apenas si escuchaba. Oía simplemente el sonido de sus risueñas voces, alternando con el ruido de las palas, y el lejano mugido de las vacas en los prados; soñaba sin quitar los ojos de la hermosa lavandera. Un alegre rostro juvenil le ponía contento por todo el día. Las muchachas no tardaron en conocer el objeto de sus cuidados e hicieron entre sí malignas alusiones; su preferida no era la que menos mordaz se mostraba en las observaciones que hacía con respecto a él. Como

Cristóbal seguía impasible, se levantó ella, tomó un montón de ropa lavada y torcida y se puso a tenderla, acercándose a él a fin de poder examinarle de cerca. Al pasar a su lado, se arregló de modo que le salpicó con la ropa mojada y le miró riendo con des-  
caro. Era delgada y robusta. Tenía la barba fuerte y algo saliente, la nariz corta, las cejas arqueadas, los ojos de color azul subido, atrevidos, brillantes y duros, la boca hermosa, de labios salientes y algo gruesos, como los de una máscara griega, una gran mata de cabellos rubios, formando rodete, y la tez tostada. Llevaba la cabeza erguida, hablaba con acento burlón y andaba como un hombre moviendo los brazos. Seguía tendiendo su ropa y mirando a Cristóbal de un modo provocativo, esperando que él hablase. Cristóbal la miraba también atentamente, pero no sentía ganas de hablarle. Al fin soltó una carcajada en sus barbas y se volvió adonde estaban sus compañeras. Él se quedó tendido en su sitio, hasta que al caer la tarde la vio partir con su cuévano a la espalda y sus brazos desnudos cruzados, encorvada bajo el peso, pero siempre hablando y riendo.

253

La halló dos o tres días después en el mercado de la ciudad entre montañas de zanahorias, tomates, pepinos y coles. Él andaba vagueando, mirando a la multitud de las vendedoras que se mantenían de pie alineadas delante de sus cestos como esclavos en venta. Pasaba el agente de Policía por delante de cada una con su escarcela y su paquete de papeletas, recibiendo una moneda de plata a cambio de cada papeleta. La vendedora de café iba de fila en fila con un cesto lleno de cafeteras pequeñas. Una anciana religiosa, jovial y rechoncha, daba vuelta al mercado con dos grandes cestos al brazo e iba pidiendo legumbres para los pobres. Todo el mundo gritaba, chirriaban los antiguos pesos de platillos pintados de verde; ladraban alegremente, orgullosos de su importancia, los enormes perros que tiraban de unos carritos pequeños. En medio de la muchedumbre divisó Cristóbal a Rebeca. Su verdadero nombre era Lorchen —Leonor—. Se había puesto sobre el rubio moño una hermosa hoja de col, blanca y verde, que le servía de casco cincelado y rizado. Sentada encima de un cesto, delante de un montón de doradas cebollas, de sonrosados rabanillos, de

judías verdes y de rubicundas manzanas, iba comiendo algunas de estas, sin preocuparse de venderlas. No dejaba de comer. De vez en cuando se enjugaba la barba y el cuello con su delantal, se arreglaba algo los cabellos, se rascaba la mejilla contra el hombro o la nariz con el dorso de la mano. Otras veces, con los codos sobre las rodillas, hacía pasar sin cesar, de una mano a otra, un puñado de guisantes. Miraba a derecha e izquierda, como si no tuviera nada que hacer. No se le escapaba nada de lo que se hacía en torno suyo; y haciéndose la desentendida, no dejaba perder ninguna de las miradas que le dirigían. Vio perfectamente a Cristóbal. Mientras hablaba con los compradores, tenía cierta manera de fruncir el ceño para observar a su admirador por encima de sus cabezas. Aparecía digna y grave como un papa, pero allá en su interior se burlaba de Cristóbal. Ya se lo merecía él: permanecía allí plantado a algunos pasos de distancia y devorándola con la vista, y al fin se fue sin haberle hablado. No sentía la menor gana de ello.

Volvió más de una vez a rondar por el mercado y alrededor de la aldea donde la joven habitaba. Iba y venía esta por el corral de su casa; él se paraba en el camino para contemplarla. No podía confesarse a sí mismo que iba allá únicamente por ella, y en verdad casi lo hacía sin pensar. Cuando estaba absorto en la composición de una obra, como le ocurría con frecuencia, se hallaba en una especie de sonambulismo, mientras su alma consciente seguía sus pensamientos musicales, el resto de su ser quedaba entregado a la otra alma inconsciente, que acecha las menores distracciones del espíritu para tomar las de Villadiego. Con frecuencia se hallaba enteramente aturdido por el zumbido de sus ideas musicales, cuando se encontraba en su presencia, y seguía soñando sin dejar de mirarla. No hubiera podido decir que la amaba, pues ni siquiera pensaba en ella; tenía placer en verla y nada más. No se daba cuenta del deseo que le llevaba constantemente hacia ella.

Esta insistencia daba que hablar. Se burlaban de ella en la granja, donde habían acabado por saber quién era Cristóbal. Le dejaban, no obstante, tranquilo porque era sumamente inofensivo. A decir verdad, parecía bastante tonto, aunque él no se inquietaba por tal cosa.

\* \* \*

Era la fiesta de la aldea. Los muchachos echaban petardos, gritando: “¡Viva el emperador! (*Kaiser lebe, Hoch*)”. Se oía mugir a una ternera encerrada en su establo y sus mugidos alternaban con los cantos de los bebedores en la taberna. Circulaban por el aire numerosas cometas de largas colas. Las gallinas picoteaban con frenesí la paja y el estiércol, y el viento hinchaba sus plumas como las faldas de una vieja. Un sonrosado cuerpo dormía voluptuosamente tendido al sol.

255

Cristóbal se dirigió hacia el rojo tejado de la posada de los *Tres Reyes*, encima de la cual flotaba una banderita. Pendían de la fachada ristras de ajos, y las ventanas se hallaban guarnecidas con flores de capuchinas rojas y amarillas. Entró en la sala llena de humo y tabaco, cuyos muros adornaban amarillentos cromos; en el puesto de honor se destacaba el retrato en colores del emperador rey, rodeado de una guirnalda de hojas de encina. Había baile y Cristóbal estaba seguro de que no faltaría allí su hermosa amiga. En efecto, fue la primera cara que encontró. Se colocó en un rincón de la Sala, desde donde podía seguir tranquilamente las evoluciones de los bailarines. Pero, por más cuidado que puso en disimular su presencia, no tardó en descubrirle Lorchen. Al mismo tiempo que daba interminables vueltas valsando, le dirigía por encima del hombro de su pareja rápidas ojeadas para asegurarse de que la seguía mirando, y se complacía en excitarle; a este fin coqueteaba con los mozos de la aldea; riendo a más y mejor.

Hablaba alto y decía muchas tonterías, no diferenciándose mucho en esto de esas jóvenes de la buena sociedad que, cuando las miran, se creen obligadas a reír, a agitarse y a mostrarse tontas en público en lugar de serlo únicamente para sí. En esto no son, sin embargo, tan tontas, porque saben muy bien que el público las mira y no las escucha. Cristóbal, con los codos apoyados en la mesa y la barba entre las manos, seguía las evoluciones de la muchacha con miradas ardientes y furiosas; tenía el espíritu bastante libre para no dejarse engañar por su astucia, no lo suficiente

para desentenderse de ella y, alternativamente, gruñía de cólera o reía por lo bajo y se encogía de hombros.

256 Había alguien que le observaba además de la joven, y era el padre de Lorchen. Bajo y rehecho, con la cabeza calva, de gorda y corta nariz, con el cráneo tostado por el sol y coronado por un cerquillo de cabellos que habían sido rubios y que le caían formando rizos como a un San Juan de Durero, muy afeitado, con la cara impasible y con su larga pipa en la boca; hablaba, lentamente, con otros labradores, al mismo tiempo que seguía con el rabo del ojo la mímica de Cristóbal y reía en silencio. Llegó un momento en que tosió y fue a sentarse junto a la mesa de Cristóbal. Brillaba en sus ojillos grises como un relámpago de malicia. Cristóbal, descontento, le miró con semblante hosco y se encontró con la mirada burlona del viejo que, sin soltar la pipa de la boca, le dirigía familiarmente la palabra. Cristóbal le conocía y sabía que era un verdadero canalla; pero el capricho que le inspiraba su hija le hacía indulgente con el padre y hasta le producía un extraño placer el hallarse en su compañía; el viejo se daba cuenta de ello. Después de hablar del tiempo y de hacer una taimada alusión a las hermosas muchachas que allí había y a que él no tomaba parte en el baile, le dijo en conclusión que Cristóbal tenía razón en no darse malos ratos y que mejor estaba uno puesto de codos ante su jarro; diciendo esto le invitó sin reparo a vaciar uno. Mientras bebían, hablaba el viejo despacio, según su costumbre. Hablaba de sus asuntos, de lo difícil que era la vida, de los malos tiempos que corrían y de la carestía general. Cristóbal no le oía. Sólo le respondía con alguno que otro gruñido, pues aquello no le interesaba. Seguía mirando a Lorchen. Había momentos de silencio: el campesino esperaba una palabra, pero como ésta no venía, él reanudaba tranquilamente su discurso. Se preguntaba Cristóbal a qué debía el honor de la compañía del viejo y de sus confidencias. Al fin acabó por comprender. Agotado el capítulo de sus lamentaciones pasó a otro el viejo. Celebró la excelencia de sus productos, de sus legumbres, de sus huevos y de su leche, y de pronto, preguntó a Cristóbal si no le sería fácil procurarle la parroquia del castillo. Cristóbal se estremeció:



—¿Cómo diablos sabía?... ¿Le conocía, pues?...

—Ya lo creo —decía el viejo—. Todo se sabe...

Pero no agregaba:

“Cuando se toma uno el trabajo de enterarse por sí mismo”.

Pero Cristóbal lo añadió en su lugar, y experimentó un placer maligno en hacerle saber que, “aunque todo se sabía”, no se sabía seguramente que acababa de quedar mal con la corte y que, si pudo algún día disfrutar el menor crédito con los mayordomos y cocineros del castillo, cosa que dudaba mucho, dicho crédito se hallaba actualmente muerto y enterrado. El viejo frunció imperceptiblemente los labios, pero no se desalentó y, al cabo de un momento, preguntó de nuevo a Cristóbal si, a lo menos, no podría recomendarle a tal o cual familia. Y en efecto, le fue nombrando todas aquellas con quienes Cristóbal tenía relaciones. Porque había tomado cuidadosamente informes en el mercado, y no había peligro que olvidase ningún detalle que pudiese serle útil. Cristóbal se hubiera irritado en vista de aquel espionaje, si no le hubiera más bien dado ganas de reír, al pensar que el viejo había empleado inútilmente su malicia —porque no sospechaba que la recomendación que pedía era más a propósito para hacerle perder su parroquia que para procurarle una nueva—. Lo dejaba, pues, devanar su madeja de groseras tretas, sin responder ni sí ni no. El campesino insistía y, atacando por último al mismo Cristóbal y a Luisa que había dejado para el fin, quiso a la fuerza que le tomasen la leche, la manteca y la crema. Añadía que, puesto que Cristóbal era músico, no había nada que hiciera tanto bien a la voz como sorber un huevo fresco y crudo por la mañana y por la noche, y él se comprometía a suministrarlos recién puestos.

La idea de que el viejo lo tomaba por un cantor, hizo soltar una carcajada a Cristóbal. El campesino se aprovechó para pedir otra botella, y después, habiendo sacado de Cristóbal todo lo que podía sacar de él por el momento, se marchó sin cumplidos.

Había llegado la noche y el baile estaba cada vez más animado. Lorchen no hacía ya caso de Cristóbal, pues harto tenía que hacer con levantarle los cascos a un tipo de la aldea, hijo

de un rico hacendado cuyas atenciones se disputaban todas las muchachas. Cristóbal seguía con interés la lucha: aquellas señoritas sonreían, pero de buena gana se hubiera tirado del moño. Cristóbal, como buen muchacho, se olvidaba de sí mismo y hacía votos por el triunfo de Lorchen. Pero cuando ésta lo obtuvo, se sintió algo triste y se lo echó en cara como una falta. No quería a Lorchen, ni tenía interés en que ella le quisiese; era, pues, natural, que ella quisiese a quien le diese la gana. La cosa no ofrecía duda. No era divertido hallar por su parte tan escasas simpatías cuando tanta necesidad tenía de ellas. Allí, como en la ciudad, se hallaba solo. Toda aquella gente sólo se interesaba por él para sacarle algo y burlarse en seguida. Suspiró, sonrió mirando a Lorchen, a quien había puesto diez veces más bonita la alegría de hacer rabiar a sus rivales y se dispuso a marcharse. Eran cerca de las nueve y tenía que andar dos leguas para volver a la ciudad.

En el momento de levantarse de la mesa, se abrió la puerta y entraron con estrépito unos diez soldados. Su entrada causó desagradable impresión en la sala y la gente empezó a cuchichear. Se pararon algunas parejas que estaban bailando, para echar inquietas miradas a los recién llegados. Los campesinos que estaban de pie cerca de la puerta, hicieron como que les volvían las espaldas y hablaban entre sí; pero como al descuido se colocaron en fila prudentemente a fin de dejarles el paso libre. Hacía algún tiempo que toda la comarca sostenía una lucha sorda con la guarnición de los fuertes que rodeaban la ciudad. Los soldados se fastidiaban mortalmente y se vengaban en los campesinos. Se burlaban de ellos groseramente, los maltrataban y se conducían con las muchachas como en país conquistado. La semana anterior algunos soldados borrachos habían interrumpido una fiesta en una aldea vecina y casi habían reventado a un labrador. Cristóbal, que se hallaba al corriente de ello, participaba del estado de ánimo de los campesinos, y, volviéndose a sentar, esperó a ver lo que pasaba.

Los soldados, sin inquietarse por lo desagradable de la acogida, fueron a sentarse ruidosamente en las mesas ya ocupadas, atropellando a los que en ellas estaban, para hacerse sitio: fue cosa de un momento. La mayor parte de los concurrentes se

alejaron gruñendo; pero un viejo que se hallaba sentado al extremo de un banco, no se levantó con bastante rapidez: ellos alzaron el banco y el viejo cayó al suelo en medio de alegres carcajadas. Cristóbal sintió que se le subía la sangre a la cabeza, y se levantó indignado; pero cuando estaba a punto de intervenir, vio al viejo que, levantándose penosamente, pedía mil excusas en lugar de quejarse. Dos de los soldados fueron a sentarse a la mesa de Cristóbal, el cual los veía venir apretando los puños. No tuvo necesidad de defenderse. Eran dos mocetones atléticos y bonachones que seguían como borregos a una o dos malas cabezas y procuraban imitarlos. Les intimidó el aspecto altanero de Cristóbal y, cuando este les dijo, con tono seco: El sitio está tomado, se excusaron con precipitación y se colocaron en el extremo del banco a fin de no molestarle. Su voz tenía inflexiones de amo y el servilismo natural recobraba su imperio sobre ellos. Ya veían bien que Cristóbal no era un campesino.

259

Algo calmado por esta actitud sumisa, pudo observar las cosas con más sangre fría y no le costó trabajo echar de ver que toda la banda iba dirigida por un sargento, pequeño perro de presa, de mirada dura y de cara de lacayo hipócrita y perverso. Era uno de los héroes de la trifulca del pasado domingo. Sentado a una mesa inmediata a la de Cristóbal, y ya borracho, miraba con descaro a la gente y lanzaba injuriosos sarcasmos que aquélla hacía como que no oía. Atacaba especialmente a las parejas que bailaban, haciendo notar sus ventajas o defectos físicos con innobles expresiones que excitaban las risas de sus compañeros. Las muchachas se ruborizaban y se les saltaban las lágrimas. Los mozos apretaban los dientes y rabiaban en silencio. La mirada del verdugo iba dando lentamente vuelta a la sala sin perdonar a nadie. Cristóbal vio que le llegaba su turno. Cogió su vaso y, con el puño apoyado en la mesa, esperó decidido a tirárselo a la cabeza al primer insulto. Decía para sí:

—Hago una locura. Lo mejor sería irme. Voy a conseguir que me abran el vientre y, si escapo con vida, me meterán en la cárcel. No vale la pena exponerse a ello. Vámonos antes de que me provoque.

Su orgullo le aconsejaba lo contrario; no quería parecer que huía de aquellos tipos. La mirada socarrona y brutal del sargento se fijó en él. Cristóbal, irguiéndose, le miró fijamente con cólera. El sargento le contempló un instante; la cara de Cristóbal le puso de buen humor; dio un codazo a su vecino y le señaló al joven con sonrisa burlona. Ya abría la boca para injuriarle, y Cristóbal se disponía a tirarle el jarro a la cabeza. Una vez más le salvó la casualidad. En el momento en que el borracho iba a hablar, vino a tropezar con él una pareja torpe, y le echó al suelo su vaso. Se volvió, furioso, y les dirigió un torrente de injurias. Aquello le hizo no pensar más en Cristóbal. Este aguardó unos minutos más; pero viendo que su enemigo no continuaba, se levantó, cogió lentamente su sombrero y se encaminó despacio a la puerta. No quitaba la vista del banco en que el otro estaba sentado, para hacerle comprender que no tenía miedo, pero el sargento lo había, seguramente, olvidado y nadie se ocupaba de él.

Ya había levantado el picaporte; algunos segundos más y estaba fuera. Estaba de Dios que no había de salir de aquel modo. En el fondo de la sala se promovió un tumulto. Los soldados, después de beber, habían decidido bailar. Y como todas las muchachas tenían sus parejas, ellos despidieron a los mozos, que no opusieron resistencia. A Lorchen no le acomodaba esto. No en balde tenía aquellos ojos atrevidos y aquella barba voluntariosa que tanto agradaban a Cristóbal. Bailaba como una loca cuando el sargento, que había fijado en ella su elección, fue a quitársela a su pareja. Ella pateó, gritó y, rechazando al soldado declaró que jamás bailarían con un sinvergüenza como él. Él la perseguía y daba puñetazos a las personas tras de las cuales procuraba ella ocultarse. Al fin fue a refugiarse detrás de una mesa y, aprovechando aquella defensa momentánea, recobró aliento para injuriarle. Veía que toda resistencia sería inútil y pateaba de furor, buscando las palabras más ofensivas y comparando su cabeza con la de diversos animales de corral. Él, inclinado hacia ella desde el otro lado de la mesa, le lanzaba miradas coléricas. De pronto, dio un salto por encima de la mesa y la cogió entre sus brazos. Ella resistió a puñetazos y a patadas. Él, que no estaba

muy sólido, estuvo a punto de perder el equilibrio. Furioso, la empujó contra la pared y le dio una bofetada. No tuvo tiempo de repetir; alguien, que había saltado contra él, le abofeteó a más y mejor, y le lanzó de un puntapié en medio de los bebedores. Este alguien era Cristóbal que se había precipitado sobre él atropellando mesas y bebedores sin reflexionar lo que hacía. El sargento se volvió loco de ira, desenvainando el sable, pero antes de que pudiese servirse de él, Cristóbal le derribó de un banquetazo. La cosa había sido tan rápida, que ninguno de los espectadores había pensado en intervenir. Cuando vieron al soldado caer al suelo como un buey, se promovió un tumulto espantoso. Los demás soldados corrieron hacia Cristóbal con el sable desenvainado. Los campesinos se arrojaron sobre ellos y la pelea se hizo general. Volaban los vasos a través de la sala y caían las sillas. Los campesinos se habían despertado; tenían viejos rencores que satisfacer. Rodaba la gente por el suelo y los combatientes se mordían con furor. El joven que servía de pareja a Lorchen, mocetón sólido y robusto, había cogido la cabeza de un soldado que lo había insultado poco antes, y la sacudía con fuerza contra la pared. Lorchen, armada de una horca, pegaba a más y mejor. Las demás muchachas huían gritando, salvo dos o tres que no tenían miedo y que estaban en sus glorias. Una de ellas, una rubita rechoncha, al ver a un soldado gigantesco —el mismo que se había sentado a la mesa de Cristóbal— hundir a rodillazos el pecho de su adversario caído por tierra, corrió al hogar, volvió y, echando hacia atrás la cabeza del bruto, le aplicó a los ojos un puñado de ceniza ardiente. El hombre lanzaba mugidos y la muchacha no cabía en sí de júbilo, insultando al enemigo desarmado, a quien los aldeanos aporreaban a su gusto. Al fin, los soldados, sintiéndose los más débiles, se replegaron hacia afuera, dejando a dos de ellos sobre el campo de batalla. La lucha continuó en la calle de la aldea. Penetraban en las casas lanzando gritos de muerte y querían saquearlo todo. Los campesinos los habían seguido con sus horcas y azuzaban contra ellos a sus mastines. Cayó un tercer soldado con el vientre abierto y los otros tuvieron que huir, perseguidos, hasta más allá de la aldea. Al paso que huían corriendo,

gritaban que iban a buscar a los camaradas y que no tardarían en volver.

262 Los campesinos, dueños del terreno, volvieron a la posada llenos de júbilo; era aquel el desquite tan largo tiempo esperado de las mil afrentas que habían sufrido. No pensaban aún en las consecuencias de la reyerta. Hablaban todos a una y cada cual celebraba sus proezas. Se unieron con Cristóbal, que se alegró de verlos acercarse a él. Lorchen le tomó la mano y la guardó un momento en su manecita ruda, riéndosele en las barbas. Ya no le encontraba ridículo.

Se ocuparon de los heridos. Entre la gente del pueblo había muelas rotas, algunas costillas hundidas, chichones y cardenales, todo de poca importancia. No sucedía lo mismo entre los soldados. Había tres gravemente heridos: el coloso de los ojos quemados, al que habían medio cortado un hombro de un hachazo, el hombre destripado y el sargento herido por Cristóbal. Los habían tendido en el suelo, delante del hogar. El sargento, el menos herido de los tres, acababa de abrir los ojos. Miró largamente, con una mirada cargada de odio, a los campesinos que formaban corro en torno suyo. Apenas empezó a tener conciencia de lo que había pasado, empezó a insultarlos. Juraba que se vengaría, que los haría condenar a todos; se ahogaba de rabia, sentía que si hubiera sido posible, los hubiera exterminado. Intentaron reír, pero su risa era forzada. Un joven labrador gritó al herido:

—¡Cállate o te mato!

El sargento intentó levantarse, y clavando su mirada en el que acababa de hablar, respondió con los ojos inyectados en sangre:

—¡Cochinos! ¡Matadme! Os cortarán la cabeza.

Seguía dando voces. El hombre destripado daba gritos agudos, como un cerdo que están matando. El tercero estaba inmóvil y rígido como un muerto. Un espanto abrumador se apoderó de los campesinos. Lorchen y algunas mujeres se llevaron a los heridos a otra habitación. Las voces del sargento y los gritos del moribundo se apagaron algo de esta suerte. Los aldeanos se callaban: seguían en el mismo sitio en círculo, como si estuviesen siempre ante ellos

los tres cuerpos. No se atrevían a moverse y se miraban unos a otros atemorizados. Por último, dijo el padre de Lorchen:

—¡Buena la habéis hecho!

Hubo un murmullo angustioso: ellos tragaban saliva. Por último, empezaron todos a hablar juntos. Primero cuchicheaban, como si tuviesen miedo de que los oyese, pronto fue alzándose el tono y haciéndose cada vez más áspero; se acusaban unos a otros y se echaban en cara los golpes que habían dado. La disputa iba tomando mal carácter: parecían a punto de venirse a las manos. El padre de Lorchen los puso a todos de acuerdo. Con los brazos cruzados, volviéndose hacia Cristóbal, dijo, señalándole con la barba:

—Y éste, ¿qué ha venido a hacer aquí?

Toda la cólera de la multitud se volvió contra Cristóbal:

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —gritaron—. ¡Él es quien empezó! ¡A no ser por él, no hubiera ocurrido nada!

Cristóbal, aturdido, trató de responder.

—Lo que yo he hecho no lo he hecho por mí, sino por vosotros, lo sabéis de sobra.

Pero ellos le replicaban furiosos:

—¿Acaso no somos capaces de defendernos nosotros solos? ¿Teníamos necesidad de que viniera un señorito de la ciudad a decirnos lo que había que hacer? ¿Quién le ha pedido su parecer? Además, ¿quién le ha rogado que viniera? Muy bien pudo haberse quedado en su casa...

Cristóbal se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta. El padre de Lorchen le cerró el paso, chillando:

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritó—. Ahora quiere escaparse, después que nos ha metido en el atolladero. ¡No se escapará!

Los campesinos bramaron:

—¡No se escapará! ¡Él es la causa de todo! ¡Él debe pagar por todos!

Lo rodeaban enseñándole el puño. Cristóbal veía estrecharse el círculo de rostros amenazadores a quienes el miedo ponía más furiosos. No dijo una palabra, hizo una mueca de asco, y echando el sombrero sobre una mesa, fue a sentarse en el fondo de la sala, de espaldas hacia ellos.

Pero Lorchen, indignada, se metió en medio de los campesinos. Su lindo rostro estaba encendido por la cólera. Rechazó con rudeza a los que rodeaban a Cristóbal, gritándoles:

—¡Atajo de cobardes! ¡Brutos salvajes! ¿No os da vergüenza? ¿Pretenderíais hacer creer que él tiene la culpa de todo? ¡Como si no os hubiesen visto! ¡Como si no hubiese uno solo de entre vosotros que no hubiese pegado a su gusto...! ¡Si uno solo de entre vosotros hubiera permanecido con los brazos cruzados mientras los otros se peleaban, yo le escupiría al rostro y le llamaría: ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Los aldeanos, sorprendidos por aquella salida inesperada, quedaron un momento silenciosos, pero luego volvieron a gritar:

—¡Él empezó! ¡A no ser por él no hubiera ocurrido nada!

El padre de Lorchen hacía en vano señas a su hija para que se callase. Ella continuó:

—¡Ya lo creo que él empezó! ¡No tenéis motivo para vanagloriaros de ello! ¡A no ser por él, os hubierais dejado insultar, cobardes, miedosos!

—¡Y tú, que no decías una palabra, te mostrabas satisfecho y ofrecías tu trasero a los puntapiés, a poco más hubieras dado las gracias! ¿No te da vergüenza?... ¿No os da vergüenza a todos? ¡No sois hombres, sino un rebaño de ovejas, que andáis siempre con la nariz en tierra! ¡Ha sido preciso que éste os diese el ejemplo! ¡Y ahora queríais hacer recaer toda la culpa sobre él! ¡Pues bien, no será! ¡Os lo aseguro! Se ha batido por nosotros, y, o le salváis o pagaréis con él, os doy mi palabra de honor!

El padre de Lorchen le tocaba del brazo, estaba fuera de sí y gritaba:

—¡Cállate! ¡Cállate!... ¿Acabarás de callarte, perra?

Ella le rechazó y siguió con más bríos. Los aldeanos vociferaban, pero ella gritaba más aún, con una voz aguda, que desgarraba los oídos:

—En primer lugar, ¿qué es lo que tú tienes que decir? ¿Crees que no te he visto hace poco pisotear a tu gusto al que está como muerto en la habitación inmediata? ¿Y tú? ¡Enséñame las manos!... ¡Aún hay sangre en ellas! ¿Crees que no te he visto



manejar tu cuchillo? Diré todo lo que he visto, todo, si hacéis la menor cosa contra él, y haré que os condenen a todos. ..

Los aldeanos irritados acercaban su cara furiosa a la cara de Lorchen y le rebuznaban a más y mejor. Uno de ellos hizo ademán de pegarle un manotazo; pero el novio de Lorchen le cogió del cuello y ambos se sacudieron el polvo:

Un anciano dijo a Lorchen:

—Si nos condenan, también te condenarán a ti.

—¡Bueno! ¿Y qué? —dijo ella—. Soy menos cobarde que vosotros.

Después continuó con su música.

No sabían qué hacer y decían, dirigiéndose a su padre:

—Pero, ¿no la haces callar?

El viejo había comprendido que no era prudente irritar más a Lorchen, y les rogó por señas que se calmasen. Reinó nuevamente entre ellos el silencio, y sólo siguió hablando Lorchen; pero no hallando quien le respondiera se paró como un fuego falto de leña. Al cabo de un momento su padre tosió y dijo:

—¡Pues bien! ¿Qué es lo que pretendes? ¿Supongo que no querrás perdernos?

Ella dijo:

—Quiero que se le salve.

Reflexionaron ellos. Entretanto, Cristóbal no se había movido de su sitio: atrincherado en su orgullo, parecía no oír que se trataba de él; pero le había conmovido la intervención de Lorchen. Ésta tampoco parecía darse cuenta de su presencia; vuelta de espaldas a la mesa donde él estaba, miraba al suelo. Al fin dijo su padre, después de soltar una bocanada de humo:

—Que se hable o que no se hable, si él permanece aquí, su caso no ofrece la menor duda. El sargento le ha reconocido, no le perdonará. No le queda más que un partido que tomar, y es el de marcharse inmediatamente y pasar la frontera.

Había reflexionado que, después de todo, era más ventajoso para ellos el que Cristóbal huyese: esto equivalía a denunciarse él mismo; y, una vez fuera del país, no les costaría trabajo echar sobre él toda la responsabilidad del asunto. Los demás

aprobaron. Se comprendía perfectamente. Una vez decididos, tenían todos prisa de que se largara Cristóbal. Sin hacer caso de lo que habían dicho un momento antes, se acercaron a él, fingiendo interesarse vivamente por su salvación:

—No tiene usted un momento que perder —dijo el padre de Lorchen—. Van a volver y le queda a usted el tiempo suficiente para huir.

266 Cristóbal no se había levantado. Él también había reflexionado y sabía que, si se quedaba allí, estaba perdido. Pero, ¿cómo partir sin volver a ver a su madre?... No era posible. Dijo que volvería primero a la ciudad y que aún tendría tiempo para marcharse durante la noche y pasar la frontera. Pero todos protestaron a voz en grito; un momento antes le habían cerrado el paso y ahora le obligaban a huir. Volver a la ciudad era de seguro hacerse coger; antes de que hubiese llegado, ya habrían avisado y le prenderían en su casa. Él se obstinaba y Lorchen comprendió la causa de su obstinación:

—¿Es porque desea ver a su madre? Yo iré en su lugar.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿De veras? ¿Lo hará usted así?

—Voy en seguida.

Tomó su mantón y se envolvió en él.

—Escriba usted unas palabras y yo se las llevaré. Venga usted por aquí, voy a darle tinta.

Lo llevó a la habitación del fondo. En el umbral de ésta se volvió y apostrofando a su novio, le dijo:

—¡Y tú prepárate, que tienes que guiarle! ¡No te separarás de él hasta que le hayas visto al otro lado de la frontera.

—Está bien, está bien —dijo el mozo.

Tenía tanta prisa como el que más de saber que Cristóbal estaba en Francia y aun más lejos, si era posible.

Lorchen entró con Cristóbal en la otra habitación. Él vacilaba aún y se sentía desgarrado de dolor al pensar que no abrazaría a su madre. ¿Cuándo la volvería a ver? ¡Era ya tan vieja y estaba tan fatigada y tan sola! Aquel nuevo golpe acabaría con

ella. ¿Qué sería de ella sin él? Pero, ¿qué sería también de ella si él se quedaba y se hacía condenar y encerrar durante años y años? ¿No sería esto para ella más seguramente que el abandono y la miseria? A lo menos, estando libre, por lejos que se hallase, podía ayudarle y hasta ella podía unirse a él. No tuvo tiempo de poner en claro sus pensamientos. Lorchen le cogió las manos; de pie a su lado lo miraba, tocándose casi sus rostros; le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

267

—¡Pronto, pronto! —dijo en voz baja, enseñándole la mesa.

Él no trató de reflexionar. Se sentó y ella le dio una hoja de papel rayado que arrancó de un libro de cuentas.

Cristóbal escribió:

“Perdóname, querida mamá. Voy a causarte un gran dolor, pero no me era posible obrar de otro modo. Aunque no he cometido ninguna injusticia, me veo obligado a huir y a salir del país. La que te ha de llevar esta esquila te lo referirá todo. Quería decirte adiós, pero no me dejan, pues pretenden que sería preso antes. Soy tan desgraciado que ni aun voluntad me queda ya. Voy a pasar la frontera, pero me quedaré cerca de ella hasta que me escribas; la que te entregue mi carta me traerá tu respuesta. Dime lo que tengo que hacer y haré lo que me digas. Si quieres que vuelva, volveré. No puedo soportar la idea de dejarte sola. ¿Cómo te arreglarás para vivir? ¡Perdóname, perdóname! ¡Te quiere y te abraza!...”

—¡De prisa, señor! ¡Que se hace tarde! —dijo el novio de Lorchen, entreabriendo la puerta.

Cristóbal firmó apresuradamente y entregó la carta a Lorchen.

—¿La entregará usted en persona?

—Inmediatamente —dijo ella.

Ya estaba dispuesta para partir.

—Mañana —continuó la joven—, llevaré a usted la respuesta. Aguárdeme usted en Leiden, primera estación después de la frontera, en el andén (la curiosa había leído la carta de Cristóbal por encima de su hombro mientras él escribía).

—Ya me contará usted todo, la impresión que le produzca la noticia y cuanto diga. ¿No me ocultará usted nada? —decía Cristóbal, con voz suplicante.

Ya no tenían la misma libertad para hablar. El hombre que estaba en el umbral los miraba.

—Además, señor Cristóbal —dijo Lorchen—, iré a verla de vez en cuando, y enviaré a usted noticias suyas. Esté usted tranquilo.

268

Diciendo esto le dio un vigoroso apretón de manos, como un hombre.

—¡Vamos! —dijo el aldeano.

—¡Vamos! —respondió Cristóbal.

Salieron los tres y se separaron en la carretera. Lorchen se fue de un lado y Cristóbal y su guía del otro. Caminaban en silencio. La luna, en cuarto creciente, envuelta en vapores, desaparecía detrás de los bosques, y flotaba entre los árboles una luz muy pálida. En las hondonadas se habla levantado la niebla, espesa y blanca como la nieve. Los árboles tiritaban, bañándose en el aire húmedo. A pocos minutos de haber salido de la aldea, el aldeano se echó bruscamente hacia atrás e hizo seña a Cristóbal para que se parase. Prestaron oído y oyeron en la carretera acercarse la marcha acompasada de la tropa. El aldeano saltó el seto y se metió en un campo. Cristóbal hizo como él. Se alejaron a campo traviesa y oyeron pasar los soldados por la carretera. En medio de la oscuridad el aldeano les amenazó con el puño. Cristóbal, como el animal perseguido que oye pasar la jauría, sentía su corazón angustiado. Volvieron a tomar la carretera, evitando pasar por las aldeas y granjas aisladas, donde podían descubrirlos los ladridos de los perros. En la falda de una colina cubierta de bosque, divisaron a lo lejos las luces rojas del ferrocarril. Guiándose por ella decidieron dirigirse hacia la primera estación. No fue cosa fácil. A medida que bajaban al valle, se hundían en la niebla. Tuvieron que saltar dos o tres riachuelos, luego encontraron inmensos sembrados de zanahorias y tierras labradas. Creyeron que no saldrían nunca de allí. La llanura era desigual. Estaba sembrada de prominencias y de hondonadas donde

podían caer a cada paso. Por último, después de haber errado a la ventura en medio de la niebla, divisaron de pronto a algunos pasos los faros de la vía férrea en lo alto de un terraplén. A riesgo de que los sorprendiesen, siguieron a lo largo de la vía hasta unos cien metros de la estación; allí volvieron a tomar la carretera. Llegaron a la estación veinte minutos antes del paso del tren. A pesar de las recomendaciones de Lorchen, la aldeana dejó a Cristóbal: tenía prisa por volver, para saber lo que pasaba en la aldea.

269

Cristóbal tomó billete para Leiden, y aguardó en la sala desierta de los viajeros de tercera. Un empleado que dormitaba en una banqueta, revisó el billete de Cristóbal y le abrió la puerta al llegar el tren. No había un alma en todo el vagón. Todo dormía en el tren lo mismo que en el campo. Sólo velaba Cristóbal a pesar del cansancio. A medida que se acercaban a la frontera las pesadas ruedas de hierro, sentía el inquieto deseo de verse fuera del alcance de toda persecución. Dentro de una hora debía verse libre. De allí a entonces bastaba una palabra para que lo detuviesen. ¡Detenido! Ante esta idea todo su ser se rebelaba. ¡Verse abrumado por la fuerza odiosa!, el pensarlo sólo le quitaba la respiración. Habían desaparecido de su pensamiento su madre y su tierra natal. En medio del egoísmo de su libertad amenazada, sólo pensaba en salvar la libertad y la vida a todo trance. Sí, aunque fuera a costa de un crimen. Se arrepentía amargamente de haber tomado el tren, en lugar de continuar el camino a pie hasta la frontera.

Había querido ganar algunas horas. ¡Bonito adelanto! Iba a meterse en las fauces del lobo. Seguramente le esperaba en la frontera, donde había ya orden para prenderle... Pensó un instante en bajarse del tren en marcha antes de llegar a la estación; hasta abrió la portezuela del vagón, pero era ya demasiado tarde: acababan de llegar. Se detuvo el tren cinco minutos, que fueron como una eternidad. Cristóbal, refugiado en el fondo de su coche, y abrigado tras las cortinas, miraba ansiosamente al andén, donde había un gendarme inmóvil. El jefe de la estación salió de su despacho con un telegrama en la mano y se dirigió precipitadamente hacia el gendarme. Cristóbal no dudó que se

trataba de él. Buscó un arma y sólo encontró una navaja de dos hojas. La abrió en el bolsillo. En esto, se había cruzado con el jefe un empleado que llevaba una linterna colgada al pecho y corrió a lo largo del tren. Cristóbal le vio llegar. Con los puños crispados y sin soltar la navaja dentro del bolsillo, pensó:

—¡Estoy perdido!

270 Se hallaba en tal estado de excitación que hubiera sido capaz de hundir su navaja en el pecho del hombre, si éste hubiera tenido la desdichada idea de dirigirse hacia él y de abrir su coche. El empleado se paró en el vagón inmediato para examinar el billete de un viajero que acababa de subir. Se puso de nuevo el tren en marcha. Cristóbal contenía los latidos de su corazón y no se movía. Apenas se atrevía a creer que estaba a salvo. No quería creerlo hasta pasar la frontera... Empezaba a rayar el día y salían de entre las sombras de la noche las siluetas de los árboles. En esto pasó por la carretera, como una sombra fantástica, un coche con gran ruido de cascabeles... Con la cara pegada contra el cristal, procuraba Cristóbal distinguir el poste con las armas imperiales, que indicaba el fin de su servidumbre. Aún lo buscaba en medio de la luz naciente, cuando silbó el tren, anunciando la llegada a la primera estación belga. Se levantó, abrió de par en par la portezuela y aspiró con ansia el aire helado. ¡Estaba libre! ¡Toda su vida le pertenecía! ¡Qué alegría de vivir!... Inmediatamente cayó sobre él toda la tristeza de lo que abandonaba y de lo que iba a encontrar, y acabó con sus fuerzas el cansancio de aquella noche de emociones. Se dejó caer en el asiento. Apenas faltaba un minuto para llegar a la estación.

\* \* \*

Cuando un minuto más tarde abrió un empleado la portezuela del vagón, halló a Cristóbal dormido. Le sacudió de un brazo y el joven se despertó, lleno de confusión, creyendo que había dormido una hora; bajó pesadamente del tren, llegó hasta la aduana y viéndose definitivamente en territorio extranjero, sin necesidad de defenderse, se tendió a lo largo en un banco de la

sala de espera y se quedó profundamente dormido. Se despertó hacia medio día. Lorchen no podía llegar antes de las dos o las tres. Entretanto llegaba el tren, paseaba por el andén de la pequeña estación siguiendo luego en derechura a través de unas praderas. Era aquél un día gris y triste, que anunciaba la proximidad del invierno. La luz estaba como dormida. Sólo interrumpía el triste silencio el quejumbroso silbato de un tren de maniobras. Se detuvo Cristóbal en medio del campo desierto, a pocos pasos de la frontera. Delante de él había una pequeña charca de agua muy clara, donde se reflejaba el cielo melancólico. Estaba cercada por una empalizada y había en sus orillas dos árboles. A la derecha, un álamo de desnuda copa que temblaba y detrás un nogal de ramas negras y desnudas, como un pólipo monstruo. En ellas se mecían pesadamente racimos de cuervos. Las últimas hojas amarillentas iban cayendo una a una sobre la inmóvil charca...

Le parecía que había visto ya aquellos dos árboles y aquella charca... y de repente tuvo uno de esos momentos de vértigo que surgen de vez en cuando en la llanura de la vida como una especie de brecha abierta en el tiempo. En esos momentos no sabe uno dónde está, quién es, en qué siglo vive y cuántos siglos hace que está así. Cristóbal tenía el sentimiento íntimo de que aquello había existido ya, que lo que existía ahora no databa del presente, sino de un tiempo lejano. Él no era ya él, se veía desde fuera y desde muy lejos como otro distinto que había ya estado de pie en aquel mismo sitio. Oía en su interior un zumbido de recuerdos y de seres desconocidos; sus arterias zumbaban.

¡Así! ¡Así! ¡Así!

Sentía pasar en sí el rumor de los siglos.

Antes que él otros muchos Krafft se habían visto sometidos a las pruebas por que él pasaba y gustado las angustias de aquella última hora pasada en la tierra natal. Raza siempre errante y desterrada de todas partes por su independencia y su espíritu rebelde. Raza presa siempre de un demonio interior que no le permitía fijarse en ninguna parte. Raza apegada, sin embargo, al suelo de donde la arrancaban y que no podía menos de amarlo.

Cristóbal pasaba a su vez por las mismas dolorosas etapas, y sus pasos hallaban en el camino las huellas de los que le habían precedido. Miraba con los ojos llenos de lágrimas perderse en medio de la bruma la tierra patria, de la que había que despedirse. ¿No había deseado ardientemente abandonarla? Sí, pero ahora que la abandonaba de veras, se sentía oprimido de angustia. Sólo un corazón de fiera puede separarse sin emoción de la tierra materna. Dichoso o desdichado, se ha vivido con ella y nos ha servido de madre y compañera. Se ha dormido en ella y sobre ella, se siente uno como impregnado; ella guarda en su seno el tesoro de nuestros sueños, toda nuestra vida pasada y el polvo sagrado de los que hemos amado. Cristóbal volvía a ver pasar ante sus ojos la serie de sus días y las queridas imágenes que dejaba ya sobre aquella tierra, ya en su seno. Sus sufrimientos no le eran menos caros que sus alegrías. Mina, Sabina, Ada, el abuelo, su tío Gottfried, el anciano Schulz, todo reaparecía a sus ojos durante algunos minutos. No podía separarse de sus muertos —porque contaba también a Ada entre los muertos—, la idea de su madre, único ser vivo que dejaba, entre todos los seres amados en medio de aquellos fantasmas, le era intolerable.

Estuvo a punto de volver a pasar la frontera, pues consideraba como una cobardía el haber huido. Si la respuesta que Lorchen debía llevarle de parte de su madre, demostraba un dolor excesivo, estaba dispuesto a volver a todo trance. Pero, ¿y si no recibía nada? ¿Y si Lorchen no había podido ver a Luisa o llevarle la respuesta? En tal caso, volvería.

Volvió hacia la estación. Tras una triste espera, llegó al fin el tren. Cristóbal esperaba con ansia ver asomar a una de las portezuelas la atrevida cara de Lorchen, porque estaba seguro de que cumpliría su promesa; pero no se mostró. Corrió, inquieto, de un coche a otro: se decía que si hubiera estado en el tren, hubiera sido de las primeras en bajar. Cuando cruzaba en medio de su carrera por entre la ola de viajeros que venían en sentido inverso, se fijó en una cara que no le pareció desconocida. Era ésta la de una muchacha de trece a catorce años, mofletuda, rechoncha y colorada como una manzana, con una naricilla gruesa y remangada, una boca grande



y una espesa trenza en forma de rodete. Mirándola con más atención, vio que llevaba en la mano una vieja maleta que se parecía a la suya. Ella le observaba también por su parte, y cuando vio que la miraba, dio algunos pasos hacia él. Se quedó plantada en frente de Cristóbal y le examinó con sus ojillos de ratón, sin decir una palabra. Cristóbal la reconoció. Era una vaquerilla de la granja de Lorchen.

Señalando la maleta, dijo:

—Es mía, ¿no es verdad?

La muchacha no se movió, y respondió con aire imbécil:

—Veremos. En primer lugar, ¿de dónde viene usted?

—De Buir.

—Y, ¿quién se la envía?

—Lorchen, vamos, dámela.

La muchacha le alargó la maleta.

—Ahí la tiene usted.

Después añadió:

—Ya le había yo reconocido a usted en seguida.

—Entonces, ¿qué es lo que esperabas?

—Que usted me dijese que era usted.

—¿Y Lorchen? —preguntaba Cristóbal—. ¿Por qué no ha venido?

La muchacha no respondía. Cristóbal comprendió que no quería decir nada en medio de aquella muchedumbre. Tuvieron que presentarse primero a la vista de equipajes. Terminada esta formalidad, Cristóbal llevó a la muchacha al extremo del andén. Recobrando su locuacidad, dijo entonces:

—Vino la Policía casi inmediatamente después que usted se marchó. Entraron en las casas, preguntaron a todo el mundo y prendieron al gran Sami, a Cristian y al tío Gaspar. Y también a Melania y a Gertrudis, aunque gritaban que no habían hecho nada. Gertrudis arañó a los gendarmes. De nada servía que les dijeran que era usted quien lo había hecho todo.

—¡Cómo yo! —exclamó Cristóbal.

—¡Ya lo creo! —dijo la muchacha tranquilamente—. Esto no le hacía a usted daño, puesto que ya se había usted marchado.

Entonces le buscaron a usted por todas partes y enviaron gente en su persecución.

—¿Y Lorchen?

—Lorchen no estaba allí. Volvió más tarde, después de haber estado en la ciudad.

—¿Vio a mi madre?

—Sí. Aquí está la carta. Quería venir ella misma, pero la prendieron también.

—¿Cómo pudiste, entonces?...

—Ahí está la gracia: ella volvió a la aldea sin que la Policía la viese, y se disponía a partir; pero la había denunciado Fermina, la hermana de Gertrudis. Llegaron a prenderla, y cuando vio venir a los gendarmes, subió a su habitación, diciéndoles que bajaba en seguida, que iba a vestirse. Yo estaba en la viña, detrás de la casa. Me llamó en voz baja por la ventana y acudí. Ella me entregó la maleta y la carta que su madre de usted le había dado y me explicó dónde debía encontrar a usted; me dijo que corriese y que no me dejase coger. Corrí y heme aquí.

—¿No te ha dicho nada más?

—Sí. Me dijo que le entregase a usted esta toquilla de lana para que supiese usted que venía de su parte.

Cristóbal reconoció la toquilla blanca con pintas rojas y flores bordadas que, al despedirse la víspera, se había puesto Lorchen en la cabeza al separarse de él. La cándida inverosimilitud del pretexto de que se había servido para enviarle aquel recuerdo amoroso, no le hizo sonreír.

—Ahora —dijo la niña—, he aquí el tren de regreso. Me vuelvo a mi casa. ¡Buenas tardes!

—Espera —dijo Cristóbal— ¿Y el dinero para la vuelta?

—Me lo dio Lorchen.

—Toma de todas maneras —dijo Cristóbal, poniéndole algunas monedas en la mano.

Sujetó por el brazo a la muchacha que quería huir.

—Y además...

Se inclinó y la besó en ambas mejillas.

La muchacha hacía como que protestaba.

—No protestes —dijo Cristóbal, bromeando—. No es para ti.  
 —¡Oh! ¡Ya lo sé! —dijo con tono burlón—. ¡Es para Lorchen!  
 No era sólo a Lorchen a quien Cristóbal besaba en las mofletudas mejillas de la vaquera, era a toda su Alemania.

Se escapó la muchacha corriendo hacia el tren que se marchaba. Se quedó en la ventanilla y le hizo señales con su pañuelo hasta que lo perdió de vista. Él siguió con los ojos a la rústica mensajera que acababa de llevarle por última vez el aliento de su país y de los seres amados.

Cuando desapareció, se halló enteramente solo, como extranjero en tierra extranjera. Tenía en la mano la carta de su madre y la toquilla de Lorchen. Estrechó ésta contra su pecho y quiso abrir la carta, pero le temblaba, la mano. ¿Qué iba a leer? ¿Qué sufrimiento iba a encontrar?

No, no soportaría el doloroso reproche que creía ya oír: volvería atrás:

Desdobló al fin la carta y leyó:

“Pobre hijo mío, no te atormentes por mí. Tendré paciencia. Dios me ha castigado. Debía no ser egoísta y no empeñarme en tenerte aquí. Ve a París. Tal vez eso será lo mejor para ti. No te preocupes por mí, pues ya sabré salir del paso. Lo esencial es que seas feliz. Te abraza tu madre. Escríbeme cuando puedas”.

Cristóbal se sentó en la maleta y lloró.

El conserje de la estación llamaba a los viajeros de la línea de París y el tren llegaba con gran estruendo. Cristóbal se enjugó los ojos, se levantó y dijo:

—¡No hay más remedio!

Miró al cielo hacia la parte donde debía hallarse París. El cielo, oscuro por todas partes, lo parecía más por aquel lado. Era como un abismo de sombra. Cristóbal se sintió el corazón oprimido, pero repitió:

—¡No hay más remedio!

Subió al tren e inclinándose en la ventanilla, seguía contemplando el horizonte amenazador.

—¡Oh, París! —pensaba para sí— ¡Acude en mi socorro! ¡Sálvame! ¡Salva mis pensamientos!

La oscura niebla se iba espesando. Detrás de Cristóbal y encima de la comarca que abandonaba, se divisaba un pequeño espacio del cielo, azul pálido, como dos ojos —los ojos de Sabina—, que pareció sonreír tristemente en medio de las pesadas nubes y no tardó en oscurecerse. Partió el tren. Empezó a llover y la noche se vino encima.

*La feria en la plaza*



Aquello era el desorden en medio del orden. Por todos lados se veían empleados del ferrocarril con el traje desaseado y mostrando mucha familiaridad, y viajeros que protestaban contra el reglamento, aunque se sometían a él. Cristóbal se hallaba en Francia.

Después de haber satisfecho la curiosidad de los aduaneros, volvió a tomar el tren para París. Cubría la noche los campos empapados por la lluvia. La cruda luz de las estaciones hacía resaltar con más dureza la tristeza de la interminable llanura sepultada en la sombra. Los trenes con que cruzaban en el camino, cada vez más numerosos, desgarraban los aires con sus silbatos, que sacudían el entorpecimiento de los viajeros medio adormilados. Se acercaban a París.

Una hora antes de llegar, estaba ya Cristóbal dispuesto para bajar del tren; se había metido el sombrero hasta las cejas y abrochado hasta el cuello por temor a los ladrones, que, según le habían dicho, abundaban en París; se había levantado y sentado veinte veces y otras veinte había cambiado su maleta de sitio para mayor molestia de sus vecinos, con quienes tropezaba cada vez gracias a su torpeza ordinaria.

En el momento de entrar en la estación, se detuvo el tren bruscamente en medio de la noche. Cristóbal, con la cara pegada a los cristales, procuraba inútilmente ver. Se volvió hacia sus compañeros de viaje, buscando una mirada que le permitiese entablar conversación, preguntar dónde estaban. Todos estaban somnolientos o parecían estarlo, con cara de pocos amigos y cansados; ninguno hacía el menor movimiento para explicar la

parada. Cristóbal se hallaba sorprendido ante semejante inercia; aquellos seres huraños y embotados se parecían muy poco a los franceses que él se había imaginado. Acabó por sentarse, desalentado, encima de su maleta, saltando a cada sacudida del tren, y ya se iba quedando dormido a su vez, cuando le despertó el ruido de las portezuelas que se abrían... ¡París!... Sus compañeros de viaje estaban ya bajándose.

280 Atropellando y atropellado, se dirigió hacia la salida, rechazando a los mozos que se ofrecían a llevarle su equipaje. Desconfiado como un campesino, creía que todos querían robarle. Se había echado al hombro su estimada maleta, y se puso en camino sin cuidarse de los apóstrofes de la gente por entre la cual se abría paso. Al fin, holló el enlodado y escurridizo pavimento de París.

Se hallaba demasiado preocupado con su carga, con la idea del alojamiento y con los innumerables carruajes que le cerraban el paso, para pensar en observar nada.

Lo primero era buscar habitación. No faltaban hoteles: más aún, bloqueaban la estación por todos lados y resplandecían sus nombres con letreros de gas. Cristóbal buscó el menos brillante; pero ninguno le parecía bastante humilde para su bolsa. Al fin, en una calle lateral, vio una sucia posada con un figón en el piso bajo; tenía por título: *Hotel de la Civilización*, sentado a una mesa, había un hombre gordo en mangas de camisa, fumando su pipa, y acudió al ver entrar a Cristóbal. No comprendió una palabra de su jerga; pero al primer golpe de vista juzgó al alemán infantil y torpe, que se negaba a entregarle su maleta y se esforzaba en dirigirle un discurso en una lengua inverosímil. Le condujo por una escalera mal oliente a una habitación sin aire que daba a un patio interior. No dejó de ponderar la tranquilidad de aquella pieza adonde no llegaba ningún ruido exterior, y le pidió caro. Cristóbal, que comprendía mal, que desconocía las condiciones de la vida de París y que estaba abrumado por la carga, lo aceptó todo: tenía prisa por hallarse solo. Apenas lo estuvo, se fijó en la suciedad que se notaba en todo, y para no dejarse llevar de la tristeza que le invadía, se apresuró a volver a salir, después de haberse remojado la cabeza en el agua polvorienta y que parecía



contener grasa. Se esforzaba por no ver y por no sentir para evitar el asco.

Bajó a la calle. La niebla de octubre era espesa y picante; tenía ese olor característico de París en que se mezclan las exhalaciones de las fábricas de los alrededores con el pesado aliento de la ciudad. No se veía a diez pasos. La luz de los mecheros de gas temblaba como una vela pronta a apagarse. En medio de la semioscuridad, se veía una multitud de gente que circulaba en contrarias direcciones. Se cruzaban los coches, tropezaban, obstruían el paso y rechazaban la circulación como un dique. Se escurrían los caballos en el lodo helado. Las injurias de los cocheros y las trompas y campanas de los tranvías, formaban un ensordecedor estruendo. Aquel ruido, aquel hormiguero y aquel olor se apoderaron de la cabeza y del corazón de Cristóbal.

Se paró un instante; pero inmediatamente se vio empujado por los que caminaban tras él y arrastrado por la corriente. Bajó el boulevard de Estrasburgo, sin ver nada, tropezando torpemente con los transeúntes. No había comido desde por la mañana. Los cafés que encontraba a cada paso, le intimidaban y le causaban repugnancia por la multitud que en ellos se apiñaba. Se dirigió a un agente de Policía; pero tardaba tanto en hallar las palabras, que el otro ni siquiera se tomó el trabajo de escucharle hasta el fin, y le volvió la espalda, en medio de la frase, encogiéndose de hombros. Siguió caminando maquinalmente y vio un grupo de gente parado ante una tienda. Se detuvo automáticamente en ella. Era un almacén de fotografías y de tarjetas postales que representaban muchachas en camisa o sin ella. En los periódicos ilustrados, se ostentaban bromas obscenas que miraban tranquilamente niños y mujeres jóvenes. Una muchacha flaca y de cabellos rojos, al ver a Cristóbal absorto en la contemplación de todo aquello, le dirigió obsequiosa la palabra. Él la miró sin comprenderla, y ella le cogió del brazo con sonrisa estúpida. La sacudió de sí violentamente, y se alejó, avergonzándose de ira. Se sucedían los cafés cantantes a la puerta de los cuales llamaban la atención los carteles con figuras grotescas de cómicos. La multitud era cada vez más densa; a Cristóbal le llamaba mucho la atención el gran número de

rostros viciosos, de gente de mal vivir, de mendigos degradados y de muchachas pintadas y que despedían aromas insoportables. Se sentía helado. La fatiga, la debilidad, y la horrible repugnancia que se apoderaba de él cada vez más, le causaban vértigos. Apretó los dientes y aligeró el paso. Iba aumentando la niebla a medida que se acercaba al Sena, y la multitud de carruajes llegó a formar un laberinto. En esto se escurrió un caballo y cayó de costado; el cochero le molió a golpes para hacerle levantarse; el desdichado animal, ahogado por sus cinchas, se agitaba y volvía a caer lamentablemente quedando inmóvil y como muerto. Aquel espectáculo, nada extraordinario, fue para Cristóbal la gota de agua que hizo desbordar su alma. Las convulsiones de aquel ser miserable en medio de tantas miradas indiferentes le hicieron sentir con tal angustia su propia nada entre aquellos miles de seres, la repulsión, que desde hacía una hora se esforzaba por ahogar, hacia aquel rebaño humano, hacia aquella atmósfera impura, y hacia aquel mundo moral enemigo, se apoderó de él con tal violencia que estuvo a punto de ahogarse y prorrumpió en sollozos. Los transeúntes miraban asombrados a aquel muchachón con el rostro descompuesto por el dolor. Andaba de prisa y corrían las lágrimas por sus mejillas sin que él intentase limpiárselas. Se paraban un instante para seguirle con la vista; si él hubiera sido capaz de leer en el alma de aquella multitud que le parecía hostil, tal vez hubiera podido ver en algunos, mezclada sin duda con algo de ironía parisiense hacia lo ridículo de toda manifestación ruidosa y cándida del dolor, una compasión fraternal. No veía nada, pues le cegaba el llanto.

Se halló en una plaza, cerca de una gran fuente, y en ella bañó sus manos y sumergió su rostro. Lo miraba curiosamente un muchacho vendedor de periódicos haciendo reflexiones burlescas, pero sin malicia, y le recogió el sombrero que Cristóbal había dejado caer. Lo reanimó el frío glacial del agua y se repuso. Volvió pies atrás, evitando el mirar; ni siquiera pensaba ya en comer; le hubiera sido imposible hablar con nadie; la menor cosa hubiera bastado para abrir de nuevo el manantial de sus lágrimas. Se hallaba sin fuerzas. Equivocó el camino, anduvo errante al

azar, y se encontró al fin delante de su casa cuando se creía definitivamente perdido: había olvidado hasta el nombre de la calle en donde vivía.

Volvió a entrar en su infame alojamiento. En ayunas, con los ojos febriles y con el corazón y el cuerpo magullados, se dejó caer en una silla, en un rincón de su habitación; allí permaneció dos horas, sin fuerzas para moverse. Al fin hizo un esfuerzo por salir de aquella apatía y se acostó. Cayó en una especie de modorra febril, de la que se despertaba a cada minuto, con la ilusión de haber dormido horas. Se ahogaba en la estrecha pieza; ardía de pies a cabeza y sentía una sed horrible; era presa de pesadillas estúpidas que se cebaban en él hasta cuando tenía los ojos abiertos; se sentía penetrado de agudas angustias, como si fuesen puñaladas. Se despertó a media noche presa de una desesperación tan atroz que de buena gana hubiera aullado; se metió las sábanas en la boca para que no lo oyesen; le faltaba poco para volverse loco. Se sentó en la cama y encendió la luz. Se hallaba bañado en sudor. Se levantó y abrió su maleta para buscar un pañuelo. Cayeron sus manos sobre una vieja Biblia que su madre había escondido entre la ropa. Cristóbal no había leído nunca demasiado este libro; pero le produjo un bien inapreciable el hallarlo en aquel instante. Aquella Biblia había pertenecido a su abuelo y a su bisabuelo. Los jefes de la familia habían escrito en ella, en una hoja blanca, al final, sus nombres y las fechas importantes de su vida: nacimientos, matrimonios y muertes.

El abuelo había señalado con lápiz, con su letra gruesa, con las fechas de los días en que había leído y releído cada capítulo; el libro estaba lleno de pedacitos de papel amarillento en el que el anciano había ido anotando sus cándidas reflexiones. Aquella Biblia se hallaba colocada en una tabla encima de su cama; la tomaba con frecuencia, durante sus largos insomnios, y, más que leerla, conversaba con ella. Le había hecho compañía hasta la hora de la muerte lo mismo que a su padre. De aquel libro se desprendería un siglo de duelos y de alegrías de la familia. Cristóbal se sintió menos solo en su compañía.

Lo abrió por las páginas más sombrías:

“La vida del hombre sobre la tierra es una lucha continua, y sus días son como los de un mercenario.

Cuando me acuesto, me pregunto: ¿Cuándo me levantaré? Y, una vez levantado, espero la noche con impaciencia, y me siento lleno de dolor hasta que ésta llega...

284 Cuando digo: Mi lecho me consolará, el descanso embotará mis lamentos, entonces tú me espantas por medio de sueños y me turbas con visiones...

¿Hasta cuándo me has de perseguir?

¿No me has de dar algún descanso para que pueda respirar?

¿He pecado?

¿Qué te he hecho, oh, guardián de los hombres?...

Todo se reduce a lo mismo; Dios aflige al justo lo mismo que al malvado...

Aun cuando Dios me dé la muerte, no dejaré de esperar en él”.

Los corazones vulgares no pueden comprender el beneficio que produce a un desdichado esta tristeza sin límites. Toda grandeza es buena y el colmo del dolor llega a librarnos de él. Lo que abate, lo que abruma, lo que destruye irremediamente el alma es la medianía del dolor y de la alegría, el sufrimiento egoísta y mezquino, sin fuerza para desprenderse del placer perdido y pronta secretamente a todos los envilecimientos por un placer nuevo. Cristóbal se sentía reanimado por el áspero aliento que subía de aquel viejo libro; era el soplo del Sinaí, de las vastas soledades y del mar potente, que barría las miasmas. Cesó la fiebre de Cristóbal. Se volvió a acostar, más tranquilo, y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente. Cuando abrió los ojos ya era de día. Vio con más claridad aún la ignominia de su habitación, se dio cuenta de su miseria y su aislamiento, pero los miró frente a frente. Había desaparecido el desaliento, y repitió con viril melancolía las palabras de Job: *Aun cuando Dios me matase, no dejaría de esperar en él...*

Se levantó y empezó la lucha con tranquilidad.

## II

Decidió dar los primeros pasos aquella misma mañana. Sólo conocía en París a dos personas, dos jóvenes de su país: su antiguo amigo, Otto Diener, que estaba asociado con un tío suyo, vendedor de paños en el barrio de Mail, y un judío joven de Maguncia, Silvano Kohn, que debía estar empleado en una gran librería, cuyas señas no poseía.

A los catorce o quince años había tenido gran intimidad con Diener. Le había profesado una de esas amistades de la infancia que preceden al amor y que tienen ya mucho de él. Diener también lo había querido. Aquel muchacho gordo, tímido yacompañado se había sentido seducido por la fogosa independencia de Cristóbal; había hecho lo posible por imitarle de un modo ridículo, lo cual irritaba y lisonjeaba al mismo tiempo a Cristóbal. Entonces formaban proyectos destinados a trastornar el mundo. Después había viajado Diener para completar su educación comercial y no se habían vuelto a ver; pero Cristóbal tenía a veces noticias suyas por la gente del país con quien mantenía Diener relaciones regulares.

En cuanto a Silvano Kohn, sus relaciones con Cristóbal habían tenido otro carácter. Se habían conocido siendo muchachos en la escuela, donde había dado algunas bromas a Cristóbal, el cual le sacudía el polvo en cambio cuando veía el lazo en que había caído. Kohn no se defendía; se dejaba echar al suelo y revolcar en el polvo lloriqueando; pero su incansable malicia volvía a las andadas, hasta que un día tuvo miedo por haberle amenazado seriamente Cristóbal con matarle.

Salió este muy temprano de su posada y se detuvo en el camino para desayunarse en un café. A pesar de su amor propio,

se había impuesto la obligación de no perder ninguna ocasión de hablar en francés. Puesto que debía vivir en París, acaso muchos años, érale necesario adaptarse lo más pronto posible a las condiciones de la vida y vencer sus repugnancias. Se propuso, pues, no hacer caso del aire burlón con que el mozo del café escuchaba su algarabía, aunque lo mortificaba cruelmente; y, sin desalentarse, fabricaba pesadamente frases incoherentes que repetía con tenacidad hasta ser comprendido.

Salió en busca de Diener. Según su costumbre, cuando tenía una idea en la cabeza, no veía nada en torno suyo. En aquel primer paseo, París le produjo únicamente la impresión de una ciudad vieja y no muy limpia. Estaba Cristóbal acostumbrado a sus ciudades del nuevo imperio alemán, a la vez muy viejas y muy jóvenes, en las que se siente latir el orgullo de una fuerza nueva; y se sentía desagradablemente sorprendido por las calles llenas de zanjas, las aceras lodosas, el atropellamiento de la gente y el desorden de los vehículos de todas clases y formas, desde los venerables ómnibus de caballos hasta los tranvías de vapor, eléctricos y de todos los sistemas; por las tiendas establecidas sobre las aceras, por los Tíos Vivos —que en vez de caballitos tenían monstruos—, establecidos en las plazas llenas de estatuas de levita; en fin, por toda aquella miseria de ciudad de la Edad Media, iniciada en los beneficios del sufragio universal, pero que no puede deshacerse de sus antiguas costumbres picarescas. La niebla de la víspera se había convertido en una lluvia menuda y penetrante. Aunque eran las diez de la mañana, se veía encendido el gas en muchas tiendas.

Llegó Cristóbal, no sin haber andado errante por el dédalo de calles inmediatas a la plaza de Las Victorias, al almacén que buscaba por la calle del Banco.

Al entrar creyó ver, en el fondo de la tienda larga y oscura, a Diener ocupado en colocar unos bultos, en medio de los empleados. Era algo miope y desconfiaba de sus ojos, aunque rara vez le engañaba su intuición. Hubo entre la gente del fondo de la tienda cierto movimiento cuando Cristóbal dijo su nombre al empleado que le recibía; y, después de un breve conciliábulo, se desprendió del grupo un joven y dijo en alemán:

—El señor Diener ha salido.

—¿Ha salido? ¿Para mucho tiempo?

—Creo que sí. Acaba de salir.

Cristóbal reflexionó un instante y dijo, al fin:

—Está muy bien, lo esperaré.

El empleado sorprendido, se apresuró a agregar:

—Es que tal vez no volverá hasta las dos o las tres.

—¡Oh!, no me importa —respondió Cristóbal con placidez—. No tengo nada que hacer en París y puedo esperar todo el día si es preciso. 287

El joven lo miró con estupefacción, creyendo que bromeaba, pero Cristóbal no pensaba ya en él. Se había sentado tranquilamente en un rincón, de espaldas a la calle, y parecía dispuesto a acampar allí. El empleado volvió al fondo del almacén y cuchicheó con sus colegas; llenos de cómica consternación, buscaban el medio de desembarazarse de aquel importuno.

Al cabo de algunos minutos de incertidumbre, se abrió la puerta del despacho y apareció el señor Diener. Tenía una cara ancha y colorada, con un chirlo violáceo que iba de la mejilla a la barba; su bigote era rubio, tenía los cabellos muy lisos, con la raya al lado, lentes de oro, botonadura de oro en la camisa y sortijas en sus gruesos dedos. Llevaba sombrero y paraguas.

Se adelantó hacia Cristóbal con ademán desenvuelto. El joven, que se hallaba distraído, experimentó cierto sobresalto. Cogió las manos de Diener y prorrumpió en exclamaciones, con una cordialidad ruidosa que hizo reír solapadamente a los empleados y avergonzarse a Diener. El majestuoso personaje tenía sus razones para no querer reanudar con Cristóbal sus relaciones de antaño. Había hecho propósito de tenerle a raya desde el primer momento, con sus modales imponentes. Pero, apenas tropezaba con la mirada de Cristóbal, se sentía de nuevo como un muchachuelo en su presencia, y esto le causaba a un tiempo cólera y vergüenza. Así es que tartamudeó, precipitadamente:

—En mi despacho... estaremos mejor para hablar.

Cristóbal reconoció en esto su habitual prudencia.

En el despacho, cuya puerta se cerró en seguida, cuidadosamente, no se apresuraba Diener a ofrecerle una silla. Permanecía de pie, diciendo con torpeza, por vía de explicación:

—Me alegro mucho... Iba a salir... Creían que había salido... Pero tengo que salir... Sólo dispongo de un minuto... Una cita urgente...

288 Cristóbal comprendió que el empleado le había dicho poco antes una mentira, y que se la había dicho de acuerdo con Diener, para echarle a la calle. Se le subió la sangre a la cabeza, pero se contuvo y dijo con sequedad:

—No hay prisa ninguna.

Diener hizo un movimiento de extrañeza; le irritaba semejante desenvoltura.

—¿Cómo que no hay prisa? —dijo—. Se trata de un negocio...

Cristóbal lo miró, frente a frente:

—No.

El muchachón bajó la vista, sintiendo odio hacia Cristóbal, por la cobardía que experimentaba en su presencia. Así es que balbució con despecho. Cristóbal lo interrumpió:

—He aquí de lo que se trata: ya sabes...

(Este tuteo —*Du*— mortificaba a Diener, que inútilmente se había esforzado, desde las primeras palabras, por establecer entre él y Cristóbal la barrera del “usted” —*Sie*—).

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Sí, lo sé —dijo Diener.

Sus corresponsales le habían dado noticias del escándalo promovido por Cristóbal y de la causa que le habían formado.

—En ese caso —repuso Cristóbal—, ya sabes que no estoy aquí por mi gusto. He tenido que huir, no poseo nada y tengo que vivir.

Diener esperaba la petición, y la recibió con cierta mezcla de satisfacción, porque le permitía recobrar su superioridad sobre Cristóbal; pero, al mismo tiempo, le causó cierto embarazo, porque no se atrevía a mostrarse tal como él hubiera querido.

—¡Ah! —dijo, dándose importancia—. Es una lástima, es una lástima. La vida aquí es difícil. Todo está caro. Tenemos gastos enormes. Y todos esos empleados...



Cristóbal lo interrumpió con desprecio:

—No te pido dinero.

Diener quedó desconcertado. Y Cristóbal continuó:

—Por lo que veo, tus negocios van bien y tienes buena clientela.

—Sí, sí, no van mal, a Dios gracias—dijo prudentemente Diener, pues sentía cierta desconfianza.

Cristóbal le dirigió una mirada furiosa, y añadió:

—¿Conoces mucha gente en la colonia alemana?

—Sí.

—Pues bien, háblales de mí. Deben ser músicos y tener hijos. Daré lecciones.

Diener adoptó cierto aire de embarazo.

—¿Qué ocurre? —dijo Cristóbal—. ¿Dudas por casualidad de que yo sea capaz de ejercer semejante oficio?

Pedía un favor como si fuera él mismo el que tuviera que hacerlo. Diener, que jamás hubiera hecho nada por Cristóbal sino por tener el placer de imponerle el agradecimiento, estaba resuelto a no mover un dedo en su obsequio.

—Sabes mil veces más de lo necesario... Sin embargo...

—¿Qué?

—Pues, que es muy difícil, muy difícil, a causa de tu situación.

—¿A causa de mi situación?

—Sí... En fin, ese asunto, ese proceso... Si llegase a saberse... Es cosa difícil para mí, pues podría hacerme mucho daño.

Se paró al ver que el rostro de Cristóbal se descomponía de ira, y se apresuró a añadir:

—No lo digo por mí... Yo no tengo miedo... ¡Oh!, ¡si yo estuviese solo!... Lo digo por mi tío... Ya sabes que la casa le pertenece y no puedo hacer nada sin contar con él...

Cada vez más asustado por la cara que ponía Cristóbal y por la explosión que se preparaba, dijo con precipitación —en el fondo no era malo; luchaban en él la avaricia y la vanidad; hubiera querido hacer un favor a Cristóbal, pero que no le costase muy caro—:

—¿Quieres cincuenta francos?

Cristóbal se puso como una amapola. Se dirigió hacia Diener con tal actitud que este retrocedió apresuradamente hasta la puerta, que abrió, dispuesto a llamar. Cristóbal se contentó con acercar a él su cabeza congestionada.

—¡Cerdo! —dijo con voz tronadora.

Lo apartó de su paso y salió, en medio de los empleados. Al  
290 llegar al umbral, escupió en señal de asco.

Andaba por la calle a pasos largos. Estaba borracho de ira, pero la lluvia lo calmó. ¿Adónde iba? No lo sabía. No conocía a nadie. Se detuvo, para reflexionar, delante de una librería y estaba mirando, sin verlos, los libros del escaparate. En una cubierta le llamó la atención un nombre de editor. Se preguntó la causa, y, al cabo de un instante, recordó que era el nombre de la casa donde estaba empleado Silvano Kohn. Tomó nota de las señas... ¿Qué le importaba? Seguramente no iría... Y, ¿por qué no había de ir?... Si aquel sinvergüenza de Diener, que había sido su amigo, le recibía de aquel modo, ¿qué podía esperar de un quídam a quien había tratado sin consideración y que debía odiarle? ¿A qué más inútiles humillaciones? Su sangre se rebelaba. Un fondo de pesimismo nativo, que acaso procedía de su educación cristiana, lo impulsaba a experimentar hasta el fin la villanía de la gente.

—No tengo derecho para mostrarme difícil. Antes de darse por vencido, hay que intentarlo todo; y al mismo tiempo le decía una voz interior:

—Y tú no serás vencido.

Miró de nuevo las señas y se dirigió a casa de Kohn. Estaba decidido a deshacerle la cara a la primera impertinencia.

La casa editorial se encontraba en el barrio de la Magdalena. Subió Cristóbal a un salón del primer piso, y preguntó por Silvano Kohn. Un empleado con librea le respondió que “No le conocía”. Admirado Cristóbal, se figuró que había pronunciado mal y repitió su pregunta; pero el empleado, después de haberle escuchado con atención, afirmó que no había en la casa ninguna persona de aquel nombre. Se excusaba Cristóbal, desconcertado, y ya

se disponía a salir, cuando, en el fondo de un pasillo, vio abrirse una puerta y vio al mismo Kohn que acompañaba a una señora. Impresionado todavía por la afrenta que acababa de sufrir por parte de Diener, estaba dispuesto a creer en aquel momento que todo el mundo se burlaba de él. Lo primero que se le ocurrió fue, pues, que Kohn lo había visto llegar y que había dado orden al mozo de que dijese que no estaba allí. Semejante imprudencia le causó una sofocación. Se marchaba, indignado, cuando oyó que lo llamaban. Kohn, con su mirada penetrante, lo había reconocido a lo lejos y se adelantaba hacia él, con la sonrisa en los labios, tendiéndole las manos y dando pruebas de extraordinaria alegría.

Silvano Kohn era pequeño, rechoncho, con la cara enteramente afeitada, a la americana, de tez excesivamente colorada, de cabellos demasiado negros, de cara ancha y maciza, de facciones carnosas, de ojos pequeños, arrugados y escrutadores, de boca algo atravesada y de sonrisa pesada y maligna. Estaba vestido con una elegancia que procuraba disimular los defectos de su talle, sus hombros levantados y la anchura de sus caderas. Era esto lo único que mortificaba su amor propio; de buena gana hubiera aceptado algunos puntapiés en el trasero, con tal de tener dos o tres pulgadas más de alto y un talle mejor formado. Por lo demás, estaba muy satisfecho de sí mismo y se creía irresistible. Lo más fuerte es que lo era en efecto. Aquel judihuelo alemán, aquel hombrecillo rechoncho, se había hecho el cronista y el árbitro de las elegancias parisienses. Escribía insulsas crónicas mundanas, de refinamiento complicado. Era el campeón del hermoso estilo francés, de la elegancia francesa, de la galantería francesa, del ingenio francés —regencia, talón rojo y Lauzun en una palabra—. Se burlaban de él, pero esto no le impedía triunfar. Los que dicen que el ridículo mata en París, no conocen a París: lejos de dar la muerte, hay personas a quienes les da la vida. En París el ridículo conduce a todo, hasta a la gloria y a las conquistas amorosas.

Silvano Kohn no hubiera podido contar las declaraciones que le valían cada día sus discreteos francfortenses.

Hablaba con acento pesado y con una voz nasal.

—¡Ah!, ¡qué sorpresa!—gritaba alegremente sacudiendo la mano de Cristóbal con las suyas amorcilladas, de dedos cortos que parecían encerrados en una piel demasiado estrecha. No podía decidirse a soltar a Cristóbal. Se hubiera dicho que acababa de encontrar a su mejor amigo. Cristóbal, sin saber qué pensar, se preguntaba interiormente si Kohn se estaría burlando de él. Kohn no se burlaba, lo hacía según su costumbre. Kohn no guardaba rencor, era demasiado inteligente para ello. Hacía mucho tiempo que había olvidado los malos tratamientos de Cristóbal, y, aunque se hubiera acordado, no le hubieran importado nada. Estaba encantado de la ocasión que se le presentaba de mostrar a su antiguo camarada el desempeño de sus importantes funciones actuales y con toda la elegancia de sus modales parisienses. No mentía al expresar su sorpresa; lo que menos se hubiera figurado entonces, era el recibir una visita de Cristóbal; y si era demasiado listo para no saber de antemano que aquella visita tenía un fin interesado, se hallaba muy bien dispuesto a acogerle, por el solo hecho de que era un hombre que se rendía a su poder.

—¿Y viene usted de nuestro país? ¿Cómo va su mamá? —preguntaba con una familiaridad que, en otras circunstancias, hubiera chocado a Cristóbal, pero en aquellos momentos y en aquella ciudad extranjera, le hacían mucho bien.

—Pero, ¿cómo es —preguntó Cristóbal, que todavía conservaba algún recelo— que hace poco me respondieron que no estaba aquí el señor Kohn?

—El señor Kohn no está aquí —dijo Kohn, riendo—. Yo no me llamo Kohn, sino Hamilton.

Diciendo esto se interrumpió:

—Dispense usted —dijo.

Fue a estrechar la mano a una señora que pasaba y a la que dirigió algunas sonrisas. Volvió inmediatamente y le explicó que era una literata, célebre por haber escrito novelas de una voluptuosidad ardiente. La moderna Safo tenía una condecoración morada en el pecho, era de buenas carnes y tenía cabellos de un rubio intenso que servían de marco a un rostro regocijado y enyesado; se

expresaba con ciertas pretensiones y con una voz varonil que tenía el acento del Franco Condado.

Kohn empezó de nuevo a preguntar a Cristóbal. Se iba informando respecto a toda gente del país, preguntando por los unos y por los otros, y poniendo cierta coquetería en mostrar que se acordaba de todos. Cristóbal había olvidado su antipatía; respondía con agradecida cordialidad, dándole una infinidad de detalles absolutamente indiferentes para Kohn, que le interrumpió de nuevo:

—Dispense usted —dijo.

Y fue a saludar a otra visitante.

—¡Cómo! —preguntó Cristóbal—. ¿En Francia sólo escriben las mujeres?

Kohn se echó a reír y dijo con fatuidad:

—Francia es mujer, amigo mío. Si quiere usted triunfar, no lo olvide.

Cristóbal no escuchó la explicación y continuó las suyas. Kohn, para poner fin a ellas, preguntó:

—¿Cómo es que está usted aquí?

—Vamos —pensó para sí Cristóbal—. No sabía nada y por eso se mostraba tan amable. Cuando lo sepa todo cambiará de tono.

Puso especial empeño en referir todo aquello que podía comprometerle más: la riña con los soldados, la persecución de que era objeto y su huída del país.

Kohn se retorció de risa:

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritaba—. ¡Oh!, ¡qué bonita historia! —Le estrechó la mano con calor. Le encantaba toda burla hecha a la autoridad; y ésta le encantaba tanto más cuanto que conocía a los héroes de la historia. Aparecía ante sus ojos toda la parte cómica del asunto.

—Escuche usted —continuó—, es más de medio día. Hágame el obsequio de almorzar conmigo.

Cristóbal aceptó con agradecimiento, diciendo para su sayo:

—Es un buen hombre decididamente. Me había equivocado.

Salieron juntos, y por el camino, aventuró Cristóbal su petición:

—Ya ve usted ahora cuál es mi situación. He venido aquí a buscar trabajo, lecciones de música, entre tanto que me doy a conocer. ¿Podría usted recomendarme?

—¡Cómo no! —dijo Kohn—. A quien usted quiera. Aquí conozco a todo el mundo. Me tiene usted a su disposición.

Estaba contento de mostrar el crédito de que gozaba. Cristóbal no sabía cómo darle las gracias. Sentíase con el corazón libre de un gran peso.

Una vez sentados en la mesa, devoró con el apetito de un hombre que no había podido satisfacer el hambre desde hacía dos días. Se había atado su servilleta al cuello y comía con el cuchillo. A Kohn-Hamilton le chocaban mucho su voracidad y sus maneras campesinas. No le ofendió menos la poca atención que su convidado prestaba a sus jactancias. Quería deslumbrarle con el relato de sus numerosas relaciones y de sus conquistas; pero era inútil, pues Cristóbal no le escuchaba y le interrumpía sin consideración. Su lengua se iba soltando y se hacía familiar. Sentía el corazón lleno de gratitud y fastidiaba soberanamente a Kohn confiándole cándidamente sus proyectos futuros. Le irritaba, sobre todo, su insistencia en cogerle la mano por debajo de la mesa y estrecharla con efusión. Y para colmo de irritación, quiso al fin brindar, al estilo de Alemania, con frases sentimentales, por los que quedaban allá en su tierra y por el *Vater Rhein*. Kohn vio con espanto el momento en que iba a cantar. Sus vecinos de mesa lo miraban irónicamente. Kohn pretextó ocupaciones urgentes, y se levantó. Cristóbal se agarró de él. Quería saber cuándo podría tener una recomendación para presentarse en alguna casa y empezar sus lecciones.

—Hoy mismo voy a ocuparme en ello. Esta noche misma —prometía Kohn—. Puede usted estar tranquilo.

Cristóbal insistía:

—¿Cuándo lo sabré?

—Mañana... Mañana... o pasado mañana.

—Muy bien, volveré mañana.

—No, no —se apresuró a decir Kohn—. No se moleste, yo se lo avisaré.

—¡Oh!, eso no me molesta. Al contrario, entre tanto no tengo nada que hacer en París.

—¡Caramba! —pensó para sí Kohn—. No —replicó en voz alta— prefiero escribirle a usted, pues estos días no me encontrará. Déme sus señas.

296 Cristóbal se las dio.

—Perfectamente, le escribiré mañana.

—¿Mañana?

—Mañana. Puede usted contar con ello.

Logró desprenderse de los apretones de manos de Cristóbal y se apresuró a escabullirse.

—¡Uf! —pensó para sí—. ¡Vaya un latoso!

Al volver, advirtió al mozo que cuando fuese a verle “el alemán”, le dijese que no estaba. Diez minutos después, lo había olvidado.

Cristóbal volvió a su tugurio completamente entumecido.

—¡Qué buen muchacho! ¡Qué buen muchacho! —se decía—. ¡Cuán injusto he sido con él! Y, sin embargo, no me guarda rencor.

Le pesaba aquel remordimiento; estuvo a punto de escribir a Kohn cuánta pena le causaba el haberle juzgado mal en otro tiempo y pidiéndole perdón por el daño que le había hecho. Al pensar en ello, se le saltaban las lágrimas. Le era menos fácil escribir una carta que una partitura; y después de haber echado pestes una y otra vez contra la tinta y la pluma del hotel, que, en efecto, eran de lo peor, después de haber emborronado, tachado y roto tres o cuatro pliegucillos de papel, se impacientó y lo echó todo a paseo.

El resto del día fue muy largo. Cristóbal estaba tan fatigado por la mala noche pasada y por las correrías de por la mañana, que al fin se quedó adormilado. No salió de su embotamiento sino a la noche, a la hora de acostarse, y durmió doce horas seguidas sin interrupción.



El día siguiente, desde las ocho, empezó a guardar la prometedida respuesta. No dudaba de la sinceridad de Kohn. No se movió de su casa, suponiendo que tal vez pasaría Kohn por el hotel antes de ir a su oficina. Para no alejarse, a eso de medio día, se hizo subir el almuerzo del figón que había en el piso bajo. Después, aguardó de nuevo, seguro de que Kohn iría al salir del restaurante. Se paseaba por su habitación, se sentaba, se volvía a pasear y abría la puerta cuando oía pasos en la escalera. No sentía el menor deseo de pasearse por París para matar el tiempo. Se echó en la cama y su pensamiento se iba constante hacia la anciana madre, que también pensaba en él en aquel momento —y que tal vez era la única que pensaba en él—. Sentía hacia ella una ternura infinita y gran remordimiento por haberla dejado. Pero no le escribió. Esperaba poder darle noticias de haber hallado colocación. A pesar de su profundo cariño, ni a uno ni a otro se les hubiera ocurrido la idea de escribirse para decirse sencillamente que se querían: una carta debía tener por objeto decir cosas determinadas. Tendido en su cama con las manos juntas bajo la cabeza, pasaba el tiempo divagando. Aunque su habitación estaba lejos de la calle, llenaban el silencio los rumores de París; la casa trepidaba con el ruido de la calle. Llegó la noche nuevamente sin que hubiese señal de carta.

Empezó el día siguiente, semejante en todo al anterior.

Al tercer día, Cristóbal, a quien ponía furioso aquella reclusión voluntaria, se decidió a salir. Aunque París le causaba desde la primera noche una repulsión instintiva. No tenía ganas de ver nada: no sentía ninguna curiosidad, le preocupaba demasiado su vida para complacerse en mirar la de los otros; y los recuerdos de

la vida pasada y los monumentos de una ciudad lo habían dejado siempre indiferente. Por eso, apenas se vio en la calle, se fastidió de tal manera que, aunque había decidido no volver a casa de Kohn hasta pasados ocho días, se dirigió allá en seguida.

El mozo, que había recibido la consigna, dijo que el señor Hamilton había salido de París para un asunto. Aquello fue un golpe terrible para Cristóbal. Preguntó tartamudeando cuándo debía volver el señor Hamilton, y el empleado le respondió a la ventura:

—Dentro de unos diez días.

Cristóbal se volvió consternado y se encerró en su casa durante los días siguientes. Érale imposible trabajar, y echó de ver con terror que sus modestas economías, el escaso dinero que su madre le había enviado —cuidadosamente envuelto en un pañuelo, en el fondo de su maleta—, disminuía rápidamente. Se sometió a un régimen severo. Bajaba únicamente por la noche para comer a la taberna del piso bajo, donde rápidamente fue conocido por los parroquianos con el nombre de “prusiano” o de “choucroute”. Escribió, a costa de penosos esfuerzos, tres cartas a músicos franceses, cuyos nombres conocía de un modo vago. Uno de ellos se había muerto hacia diez años. Les pedía que se dignasen darle audiencia. La ortografía era extravagante y el estilo adornado con esas largas inversiones y esas fórmulas ceremoniosas habituales en la lengua alemana. Dirigía la carta al Palacio de la Academia de Francia. El único que la leyó se divirtió mucho con ella en compañía de sus amigos.

Al cabo de una semana, volvió Cristóbal a la librería. Aquel día el azar se puso de su parte: en el umbral se cruzó con Silvano Kohn que salía. Este hizo una mueca, al verse cogido; pero Cristóbal era tan feliz que no lo echó de ver. Le había sorprendido las manos según su fastidiosa costumbre, y preguntó muy alegre:

—¿Estaba usted de viaje? ¿Ha hecho usted buen viaje?

Kohn asentía; pero no mostraba mejor semblante. Cristóbal continuó:

—Ya sabe usted que he venido... Se lo han dicho, ¿no es verdad?... Y, ¿qué hay de nuevo? ¿Ha hablado usted de mí? ¿Qué le han respondido?

Kohn parecía cada vez de más mal humor. Cristóbal quedó sorprendido por su frialdad: no era ya el mismo hombre.

—He hablado de usted —dijo Kohn—; pero no sé nada aún; no he tenido tiempo. Desde que usted me vio he estado muy ocupado. Tengo una infinidad de negocios y no se cómo saldré adelante. Estoy abrumado y acabaré por caer enfermo.

—¿No se siente usted bien? —preguntó Cristóbal, con solícita inquietud.

Kohn le dirigió una mirada socarrona y respondió:

—No muy bien. No se qué tengo desde hace algunos días. Me siento bastante indispuerto.

—¡Ah, Dios mío! —dijo Cristóbal cogiéndole del brazo—. Sobre todo, ¡cúidese usted bien y procure descansar! ¡Cuánto siento haberle dado que hacer! ¿Por qué no me lo dijo usted? ¿Qué es lo que siente usted realmente?

Tomaba tan en serio las malas razones del otro que Kohn, invadido por una amable hilaridad que procuraba ocultar, quedó desarmado ante aquel candor cómico. La ironía es un placer tan caro a los judíos —y en este punto son judíos muchos cristianos de París—, que se muestran especialmente indulgentes con los impertinentes y hasta con los enemigos que les ofrecen una ocasión de ejercerla a su costa. Por otra parte, no dejaba de conmovér a Kohn el interés que Cristóbal tomaba por su persona y sentíase dispuesto a servirle.

—Se me ocurre una idea —dijo—. Entretanto que llegan las lecciones, ¿no podría usted hacer trabajos de edición musical?

Cristóbal aceptó con apresuramiento.

—Tengo lo que usted necesita —dijo Kohn—. Soy amigo íntimo de uno de los jefes de una gran casa de ediciones musicales: Daniel Hetch. Voy a presentarle a usted. Y ya verá lo que tiene que hacer. Por mi parte, no entiendo jota en esa materia, pero él es un verdadero músico. No tendrá usted trabajo para entenderse con él.

Se citaron para el día siguiente, y Kohn se alegró de poderse desembarazar de Cristóbal, al mismo tiempo que le servía.

El día siguiente había ido Cristóbal a buscar a Kohn en su oficina. Por consejo suyo, había llevado algunas composiciones para enseñárselas a Hetch. Se hallaba este en su almacén de música, cerca de la Ópera. No se movió al entrar ellos; se contentó con alargar fríamente dos dedos al apretón de manos de Kohn, no respondió al saludo ceremonioso de Cristóbal, y, a petición de Kohn, pasó con ellos a una pieza inmediata. No les ofreció asiento y permaneció recostado en la chimenea sin lumbre, con los ojos fijos en la pared.

Daniel Hetch era un hombre de cuarenta años, alto, frío, correctamente vestido, un tipo fenicio muy marcado, de aspecto inteligente y desagradable, de rostro huraño, de cabello negro y con una barba de rey asirio, larga y cuadrada. No miraba casi nunca de frente, y tenía una manera de hablar glacial y brutal, que hería, como un insulto, hasta cuando daba los buenos días. Aquella insolencia era más aparente que real. Seguramente, nacía de una tendencia al desprecio que existía en su carácter; pero obedecía más aún en él, a lo automático y tieso de su porte. No son raros los judíos de esa especie y la opinión no se muestra muy amable con ellos: tacha de arrogancia esa tiesura molesta que nace con frecuencia de una timidez incurable de cuerpo y alma.

Silvano Kohn presentaba a su protegido con un tono ligero y lleno de pretensión, haciendo exagerados elogios. Cristóbal, desconcertado por la acogida, no sabía qué actitud tomar con su sombrero y sus manuscritos en la mano. Cuando hubo acabado Kohn, Hetch, que hasta entonces no parecía sospechar la existencia de Cristóbal, volvió desdeñosamente la cabeza hacia él, y dijo sin mirarle:

—Krafft... Cristóbal Krafft... Jamás he oído ese nombre.

Cristóbal recibió estas palabras como un puñetazo en mitad del pecho. Coloreó la ira su semblante y respondió colérico:

—Ya lo oirá usted más tarde.

Hetch no pestañeó y continuó imperturbablemente, como si no existiese Cristóbal.

—Krafft... No, no lo conozco.

Era de esa clase de gente para quienes es una mala nota el no ser conocido de ellos. 301

Continuó diciendo en alemán:

—¿Y es usted del *Rhine Land*?... Es extraordinaria la cantidad de gente que allí se dedica a la música. Creo que no hay nadie que no pretenda ser músico.

Quería decir una broma y no una insolencia; pero Cristóbal lo tomó en otro sentido. Hubiera replicado si Kohn no se le hubiera anticipado.

—¡Ah! Dispense usted, dispense usted —dijo a Hetch—; me hará usted la justicia de reconocer que no entiendo una palabra en materia de música.

—Eso redundaba en elogio de usted —respondió Hetch.

—Si es preciso no ser músico para merecer su benevolencia —dijo, secamente, Cristóbal—, lo siento en el alma, pero yo no podré conseguirla.

Hetch, con la cabeza siempre vuelta a un lado, repuso con la misma indiferencia:

—¿Ha escrito usted ya música? ¿Qué ha escrito usted? Naturalmente, *Lieder*, ¿no es verdad?

—*Lieder*, dos sinfonías, poemas sinfónicos, cuartetos, piezas para piano y música de escena —dijo Cristóbal, con impetuosidad.

—Se escribe mucho en Alemania —dijo Hetch, con desdeñosa cortesía.

Se mostraba tanto más desconfiado con respecto al recién venido, cuanto que este había escrito tantas obras y él, Daniel Hetch, no las conocía...

—Pues bien —dijo—, tal vez podría ocupar a usted, puesto que me lo recomienda mi amigo Hamilton. En este momento

hacemos una colección, una *Biblioteca de la Juventud* en la que publicamos trozos fáciles para piano: ¿Sería usted capaz de “simplificar” el *Carnaval* de Schumann y de arreglarle para seis y ocho manos?

Cristóbal se estremeció:

—¿Y es eso lo que me ofrece usted a mí, a mí?...

Aquel “a mí” cándido llenó de alegría a Kohn; pero Hetch se mostró ofendido.

—No veo lo que puede llamarle la atención —dijo—. ¡No es ese un trabajo tan fácil! ¡Si a usted le parece demasiado fácil, tanto mejor! Después veremos. Usted me dice que es buen músico, y yo debo creerlo. Pero, en fin, no le conozco. Diciendo esto pensaba para sí:

—Si fuera uno a dar crédito a todos estos caballeros, serían capaces de dejar chiquito al mismo Johannes Brahms.

Cristóbal, sin responder, porque se había propuesto reprimir sus arrebatos, se encasquetó el sombrero y se dirigió hacia la puerta. Kohn le detuvo riendo:

—Espere, espere —dijo.

Y volviéndose hacia él, añadió:

—Precisamente ha traído algunos de sus trabajos para que usted pueda formarse idea.

—¡Ah! —dijo Hetch, con aire de fastidio—. Bien, veamos.

Cristóbal, sin decir una palabra, alargó los manuscritos.

Hetch les echó una ojeada con indiferencia.

—¿Qué es esto? Una serie para piano... (leyendo): *Un día...* ¡Ah, siempre música de programa!

A pesar de su indiferencia aparente, leía con gran atención. Era excelente músico, poseía a fondo su oficio, fuera del cual no había nada para él; desde los primeros compases conoció perfectamente con quién tenía que habérselas. Se calló y siguió hojeando la obra con aire desdeñoso; le llamaba la atención el talento que revelaba; pero su tiesura natural y su amor propio, ajado por los modales de Cristóbal, le impedían mostrar sus verdaderos sentimientos. Llegó hasta el fin, en silencio, sin perder una nota.

—Sí —dijo al fin, con tono protector—; está bastante bien escrito.

Una crítica violenta hubiera mortificado menos a Cristóbal.

—No necesito que me lo digan —dijo con exasperación.

—Sin embargo, me figuro —dijo Hetch— que si usted me muestra este trozo es para que yo le diga mi opinión.

—De ninguna manera.

—Entonces —dijo Hetch picado—, no veo qué viene usted a solicitar de mí. 303

—Solicito trabajo y nada más.

—No tengo, por el momento, otra cosa que ofrecerle sino lo que le he dicho. Y aún no es del todo seguro. He dicho que podría ser.

—¿Y no tiene usted otro medio de ocupar a un músico como yo?

—¿A un músico como usted? —dijo Hetch, con acento de mordaz ironía—. Otros músicos tan buenos como usted, por lo menos, no han creído esa ocupación inferior a su dignidad. Algunos que podría nombrar, y que son hoy muy conocidos en París, me han quedado muy agradecidos.

—Es que son Juan Lanás —exclamó Juan Cristóbal—. Usted se equivoca si se figura que tiene que habérselas con uno de tantos. ¿Cree imponerme con esos modales, con no mirarme de frente y con hablar a medias palabras? Ni siquiera se dignó contestar a mi saludo cuando entré. ¿Quién es usted, pues, para conducirse así conmigo? ¿Es siquiera músico? ¿Ha escrito jamás nada?...

¡Y pretende usted enseñarme cómo se escribe, a mí, que paso mi vida escribiendo! Y no halla usted nada mejor que ofrecerme, después de haber leído mi música, que castrar a los grandes músicos y emporcar sus obras para hacer bailar a las niñas... ¡Diríjase a sus parisienses si son bastante cobardes para dejarse guiar por usted! Por mi parte, prefiero reventar.

Era imposible contener el torrente.

Hetch dijo, glacial:

—Puede usted hacer lo que guste.

Cristóbal salió dando un portazo. Hetch se encogió de hombros y dijo a Silvano Kohn, que reía:

—Ya vendrá, como los otros.

304 En el fondo, lo estimaba. Era bastante inteligente para conocer el valor, no sólo de las obras, sino también de los hombres. Bajo el injurioso arrebató de Cristóbal había distinguido una fuerza, y él sabía que eran muy raras, sobre todo, en el mundo artístico. Pero su amor propio estaba en juego: por nada del mundo hubiera consentido en reconocer que se equivocaba. Sentía la necesidad leal de hacer justicia a Cristóbal, y era incapaz de hacerlo, a no ser que Cristóbal se humillase a él. Esperó que Cristóbal volviese; su triste escepticismo y su experiencia del mundo, le había hecho conocer el envilecimiento inevitable de las voluntades por la miseria.

Cristóbal volvió a su casa. A la cólera había sucedido el abatimiento. Se sentía perdido. El frágil apoyo con que contaba, se había venido a tierra. No dudaba de haberse creado un enemigo mortal, no solamente en Hetch, sino también en Kohn que le había presentado. Aquello era la soledad absoluta en una ciudad enemiga. Fuera de Diener y de Kohn, no conocía a nadie; su amiga Corina, la hermosa actriz con quien había trabado relaciones de amistad en Alemania, no estaba en París; estaba haciendo una *tournee* por el extranjero, en América, y esta vez por su cuenta, porque se había hecho célebre; los periódicos publicaban ruidosos ecos de su viaje. En cuanto a la modesta institutriz francesa, a quien, sin quererlo, había hecho perder su empleo y cuyo pensamiento había sido largo tiempo para él como una especie de remordimiento, ¡cuántas veces había hecho propósito de buscarla, cuando estuviese en París! Pero una vez en París, echaba de ver que sólo había olvidado una cosa: su nombre. Era imposible recordarlo. Sólo se acordaba del nombre de pila: Antonieta. Por lo demás, aun cuando lo hubiera recordado, ¿cómo era posible encontrar a una modesta institutriz en aquel hormiguero humano?

Había que asegurarse inmediatamente medios de vivir. Le quedaban a Cristóbal cinco francos. A pesar de su repugnancia,



se resolvió a preguntar a su huésped, el tabernero gordo, si no conocería en el barrio personas a quienes pudiese dar lecciones de piano. Aquel hombre, que ya tenía poca estima a un inquilino que sólo comía una vez al día y que hablaba alemán, acabó de perderle el respeto, cuando supo que no era más que un músico. Era un francés chapado a la antigua, para quien la música es un oficio de holgazanes, así es que se regodeó con la noticia:

—¡Lecciones de piano!... No conozco. ¿Conque usted toca el piano? ¡Lo felicito! ¡Es curioso que haya quien haga ese oficio por afición! Para mí, la música me hace el mismo efecto que cuando llueve. Después de todo, tal vez podría usted enseñarme. ¿Qué os parece a vosotros? —gritó, dirigiéndose hacia unos obreros que estaban bebiendo. Ellos se rieron a más y mejor:

—Es un bonito oficio —dijo uno—. No ensucia y además agrada a las señoras.

Cristóbal no comprendía bien el francés y menos aún las burlas: buscaba palabras para expresarse; y no sabía si debía indignarse. La mujer del hostelero se compadeció de él:

—Vamos, vamos, Felipe, no eres serio —dijo a su marido—. Tal vez —continuó, dirigiéndose a Cristóbal— habría alguien que podría convenirle a usted.

—¿Quién? —preguntó el marido.

—La pequeña Grasset. Ya sabes que le han comprado un piano. —¡Ah! ¡Esos vanidosos! ¡Es verdad!

Dijeron a Cristóbal que se trataba de la hija del carnicero: sus padres querían hacer de ella una señorita y consentirían tal vez en que tomase lecciones, aunque sólo fuese por dar que hablar. La mujer del tabernero prometió ocuparse del asunto.

Al día siguiente, dijo a Cristóbal que la carnicera quería verlo. La halló en su mostrador, en medio de lonjas de carne y animales desollados. Era una mujer hermosa, de tez floreciente y de sonrisa dulzona que adoptó un aire digno, cuando supo de qué se trataba. Inmediatamente trató la cuestión del precio, apresurándose a añadir que no quería emplear mucho dinero, porque el piano es una cosa agradable, pero no necesaria: le ofreció cincuenta céntimos por hora y jamás consistió en pasar de cuatro

francos por semana. Después de lo cual, preguntó a Cristóbal con aire desconfiado, si a lo menos, conocía bien la música. Pareció tranquilizarse y se hizo más amable, cuando le dijo que no solamente la conocía, sino que la componía: esto lisonjeó su amor propio.

Hizo propósito de difundir en el barrio la noticia de que su hija tomaba lecciones de un compositor.

306 Cuando al día siguiente, se vio Cristóbal sentado cerca del piano —un horrible instrumento, comprado de lance que sonaba como una guitarra—, con la hija del carnicero, cuyos dedillos cortos y gordezuelos tropezaban en las teclas —que era absolutamente incapaz de distinguir un sonido de otro—, que se fastidiaba a más no poder y que desde el primer momento bostezaba en sus barbas; cuando tuvo que sufrir la vigilancia de la madre y su conversación, y sus ideas acerca de la música y de la educación musical, se sintió tan miserable, tan profundamente humillado, que ni siquiera le quedaban fuerzas para indignarse. Volvió a caer en un gran estado de abatimiento; algunas noches ni aun podía comer. Si sólo en algunas semanas había llegado a aquel punto, ¿adonde no llegaría en lo sucesivo? ¿De qué le había servido el rebelarse ante el ofrecimiento de Hetch? Lo que había aceptado era más degradante aún.

Una noche, en su habitación, acudieron las lágrimas a sus ojos. Púsose, desesperado, de rodillas junto a su cama y oró... ¿A quién oraba? ¿A quién podía orar? No creía en Dios, ni siquiera que le hubiese... Pero había que orar, era indispensable. Sólo las almas mediocres no oran jamás. No comprenden la necesidad en que se hallan las almas fuertes de refugiarse de vez en cuando en su santuario. Al salir de las humillaciones del día, sintió Cristóbal, en el murmurante silencio de su corazón, la presencia de su Ser eterno, de su Dios. Las olas de la miserable vida se agitaban por debajo de Él sin tocarle: ¿qué había de común entre ella y Él? Todos los dolores del mundo, encarnizados para destruirle, iban a estrellarse contra su roca. Cristóbal oía latir sus arterias, como un mar interior, y una voz que repetía:

—Eterno... Yo soy... Yo soy...

La conocía muy bien y recordaba haberla oído siempre, hasta donde alcanzaban sus recuerdos. Le ocurría a veces olvidarla; con frecuencia, durante meses, dejaba de tener conciencia de su ritmo poderoso y monótono; pero sabía que estaba allí, que no cesaba jamás, semejante al océano que muge en medio de la noche. Halló en aquella música la calma y la energía que en ella encontraba cada vez que se refugiaba en ella para cobrar fuerzas. Se levantó calmado. No, la dura vida que llevaba no tenía nada de que pudiera avergonzarse; podía comer el pan sin rubor; los que se lo hacían comprar a aquel precio eran los que debían ruborizarse. ¡Paciencia! ¡Paciencia! Ya llegaría la hora.

307

Pero al día siguiente volvía a faltarle la paciencia; y a pesar de todos sus esfuerzos, acabó por estallar; cierto día, durante la lección, contra la estúpida muñeca, impertinente por añadidura, que se burlaba de su acento y ponía especial malicia en hacer lo contrario de lo que él le decía.

A los gritos de cólera de Cristóbal, respondieron los aullidos de la niña, asustada e indignada de que un hombre a quien pagaba, se atreviese a faltarle el respeto. Gritó que le había pegado —Cristóbal le había sacudido el brazo con alguna rudeza—. La madre se precipitó como una furia, cubrió a su hija de besos y a Cristóbal de injurias. A su vez, apareció el carnicero, y declaró que no toleraría que un mendigo prusiano se permitiese tocar a su hija. Cristóbal, pálido de cólera, avergonzado y dudando si estrangularía al hombre, a la mujer y a la hija, se esquivó huyendo del chaparrón. Sus huéspedes, que le vieron volver tan alterado, lograron con facilidad que les contase lo ocurrido, lo cual sirvió de regocijo, a causa de la malevolencia que sentían hacia los vecinos. Mas, por la noche, todo el barrio repetía que el alemán era un bruto que pegaba a los niños.

Cristóbal dio nuevos pasos en casa de los editores de música; pero de nada sirvieron. Se le mostraban los franceses poco favorables, y su agitación desordenada lo sacaba de quicio. Le producían la impresión de una sociedad anárquica dirigida por una burocracia autoritaria y despótica.

Cierta noche que andaba errando por los bulevares, desalentado por la inutilidad de sus esfuerzos, vio a Silvano Kohn que venía en sentido inverso. Convencido de que se hallaba indispuerto con él, apartó la vista y procuró pasar inadvertido. Pero Kohn lo llamó:

—¿Que ha sido de usted desde aquel día famoso? Yo quería ir a su casa, pero había perdido sus señas. Caramba, amigo mío, no lo conocía. Estuvo usted épico.

Cristóbal lo miró sorprendido y algo avergonzado:

—Pero, ¿no está usted resentido conmigo?

—¿Por qué razón? ¡Vaya una idea!

Lejos de eso, le había regocijado la carda magistral que administró Cristóbal a Hetch; le había hecho pasar un buen rato.

Cristóbal le había revelado talentos de invectiva heroico-cómica que no conocía en él. Poco le importaba el que Hetch o Cristóbal tuviesen razón; consideraba a la gente únicamente desde el punto de vista de la distracción que podía procurarle; y había entrevisto en Cristóbal un manantial de vis cómica intensa, del que se prometía sacar provecho.

—Debía usted haber venido a verme —continuó diciendo—. Yo lo esperé. ¿Qué hace usted esta noche? Venga a comer, no le suelto. Estaremos en familia: algunos artistas que nos reunimos

una vez cada quince días. Es preciso que usted conozca a esta gente. Venga y lo presentaré.

Cristóbal se excusaba en vano a causa de su traje. Silvano lo llevó consigo.

Entraron en un restaurante de los bulevares y subieron al primer piso. Se halló Cristóbal en medio de una treintena de jóvenes de veinte a treinta y cinco años que discutían con animación. Lo presentó Kohn como recién escapado de las prisiones de Alemania. No hicieron caso de él ni interrumpieron siquiera su discusión apasionada en la que Kohn se lanzó a velas desplegadas, apenas llegó.

Intimidado Cristóbal en medio de aquella sociedad escogida, callaba y se hacía todo oídos. No lograba comprender —pues le costaba seguir la volubilidad de la palabra francesa— qué grandes intereses artísticos eran objeto de la discusión. Por mucho que escuchaba, sólo distinguía palabras como *trust*, “acaparamiento”, “baja de precios”, “cifras de los ingresos”, mezcladas con las de “dignidad del arte” y “derechos del escritor”. Acabó por echar de ver que se trataba de asuntos comerciales. Cierta número de autores, que pertenecían, al parecer, a una sociedad financiera, se indignaban contra las tentativas hechas para constituir una sociedad rival, dispuesta a disputar a la suya su monopolio de explotación. La defección de algunos de los socios que habían creído ventajoso pasar con armas y bagajes a la casa rival, los hacía transportarse de furor. Hablaban nada menos que de cortar cabezas: “Traición... Destitución... Deshonra... Vendidos...”.

Otros dejaban en paz a los vivos y atacaban a los muertos, cuyas obras, del dominio público, obstruían el mercado. Parecía que las obras de Musset acababan de caer en el dominio público y que las compraban con exceso. Así, pues, reclamaban del Estado una protección enérgica que impusiese pesados impuestos a las obras maestras del pasado, a fin de oponerse a su difusión a bajo precio, lo cual tachaban con acritud de competencia desleal para la mercancía de los artistas vivos.

Cesó la discusión para escuchar las cifras de los ingresos que había tenido tal o cual obra en los teatros del día anterior.

Todos se extasiaron ante el éxito de un veterano del arte dramático, célebre en ambos mundos, a quien despreciaban, pero a quien tenían más envidia aún.

De las rentas de los autores pasaron a las de los críticos. Hablaron de lo que cobraba —seguramente se trataba de una pura calumnia— uno de sus colegas muy conocido, por cada primera representación en un teatro de los boulevares, a fin de que hablase bien de ella. Era hombre honrado: una vez dada su palabra, la cumplía lealmente; pero su principal arte estribaba —según pretendían ellos— en hacer de la obra elogios que ayudasen a hacerla caer lo más pronto posible, a fin de que hubiese novedades con frecuencia. El cuento —o la cuenta— dio mucho que reír, pero no le extrañó a nadie.

En medio de toda aquella algarabía, pronunciaban grandes palabras: hablaban de “poesía” y de “arte por el arte”. Entre el ruido del dinero, parecía que decían “el arte por el dinero”; y estas costumbres de chalanes recién introducidas en la literatura francesa, escandalizaban a Cristóbal. Como no entendía nada en cuestiones de dinero, había renunciado a seguir la discusión cuando acabaron por hablar de literatura —o, por lo menos, de literatos—, Cristóbal aguzó el oído al oír el nombre de Víctor Hugo.

Se trataba de saber si le habían puesto los cuernos. Discutieron largamente acerca de los amores de Sainte-Beuve y de la señora Hugo. Después de lo cual hablaron de los amantes de Jorge Sand y de sus méritos respectivos. Era la gran ocupación de la crítica literaria de entonces: después de haber explorado todos los rincones de la casa de los grandes hombres, visitado las alacenas, revuelto los cajones y vaciado los armarios, penetraban en la alcoba. Una de las cosas de las que más gustaban en medio de su culto, por la historia y por la verdad —toda la gente de este tiempo tenía, como es sabido, el culto de la verdad—, era la actitud del señor de Lauzun, metido bajo el lecho del rey y de la Montespan. Los compañeros de Cristóbal demostraron bien a las claras que eran muy devotos del citado culto, pues no había detalle alguno que les pareciese ocioso en la investigación

de la verdad. Lo mismo la aplicaban al arte del día que al arte del pasado; y analizaron la vida privada de algunos de los más célebres contemporáneos con igual pasión y exactitud. Era cosa curiosa el que conociesen detalles de escenas que habitualmente no suelen tener testigos. Era de creer que los interesados habían sido los primeros en suministrar al público informes exactos por amor a la verdad.

Cristóbal, cada vez más cohibido, trataba de hablar de otra cosa con sus vecinos; pero nadie hacía caso de él. Habían empezado por hacerle algunas preguntas vagas acerca de Alemania, preguntas que le habían revelado, con gran asombro, la ignorancia casi absoluta en que estaban aquellas personas distinguidas y que parecían instruidas de las cosas más elementales de su oficio —literatura y arte— fuera de lo que se refería a París; cuando más, habían oído hablar de algunos grandes nombres: Hauptmann, Sudermann, Liebermann, Strauss (David, Johann y Ricardo), en medio de los cuales se aventuraban con prudencia por miedo de incurrir en alguna lamentable equivocación. Por lo demás, si habían preguntado a Cristóbal, era por cortesía y no por curiosidad: no sentían ninguna; apenas si pusieron cuidado en sus respuestas, apresurándose a volver inmediatamente a las cuestiones parisienses que deleitaban al resto de los comensales.

Cristóbal intentó tímidamente hablar de música. Ninguno de aquellos literatos era músico. En el fondo, consideraban la música como un arte inferior. Pero el creciente éxito de la misma, desde hacía algunos años, les causaba secreto despecho, y puesto que estaba de moda, fingían interesarse por ella. Sobre todo, hablaban mucho de una ópera nueva, y poco les faltaba para considerar su estreno como el nacimiento de la música o por lo menos como el punto de partida de la nueva era musical. Su ignorancia y su esnobismo se avenían perfectamente con esta idea que les dispensaba de conocer el resto. El autor de esta ópera, un parisiense cuyo nombre oía Cristóbal por vez primera, había hecho tabla rasa, según decían algunos, con todo lo anterior, renovando por completo y como creando nuevamente la música. Cristóbal se estremeció. Nada le agradaba tanto como creer en

el genio. Pero, ¡un genio de aquel calibre que de un golpe anodaba lo pasado!... ¡Cáspita!, era todo un valiente; ¿cómo diablos había podido arreglarse? Pidió explicaciones. Los demás, que se hubieran visto muy apurados para dárselas, y a quienes fastidiaba Cristóbal, le dirigieron al músico de la banda, al gran crítico musical, Teófilo Goujart, que le habló inmediatamente de séptimas y de novenas. Cristóbal lo siguió a dicho terreno.

312 Goujart sabía música casi como Sganarelle sabía latín...

—¿No comprende usted el latín?

—No.

—(Con entusiasmo) *Cabricias, arci thuram, catalamus, singulariter, ... bonus, bona, bonum...*<sup>8</sup>

Al hallarse en presencia de un hombre que “entendía el latín”, se refugió inmediatamente con prudencia en el laberinto de la estética, y desde aquel refugio inexpugnable, empezó a fusilar a Beethoven, a Wagner y al arte clásico, que nada tenían que ver en el asunto. Pero en Francia no se puede alabar a un artista sin ofrecerle en holocausto a todos los que no son como él.

Proclamaba el advenimiento de un arte nuevo, que hollase desdeñosamente las convenciones de lo pasado. Hablaba de una lengua musical que acababa de ser descubierta por el Cristóbal Colón de la música parisiense, y que suprimía totalmente la lengua de los clásicos, convirtiéndola en lengua muerta.

Cristóbal, al mismo tiempo que reservaba su opinión acerca del genio innovador, cuyas obras esperaba ver antes de juzgarle, experimentaba, a pesar suyo, cierta desconfianza respecto a aquel Baal músico, en cuyas aras se sacrificaba la música, toda entera. Se sentía escandalizado de oír hablar de aquel modo de los maestros; y no recordaba que, en otro tiempo, él mismo no se había conducido de otra manera en Alemania. Él, que se creía allá un revolucionario en materia de arte y que escandalizaba a los demás con el atrevimiento de sus juicios y de su dura franqueza, se sentía transformado en conservador, en el fondo de su alma, desde las

8. Se trata de una cita y de un ejercicio de memoria con conjugaciones gramaticales en latín; en fin, un juego de palabras sin mucho sentido: “Cabricias: apártate del altar, montémonos, singular..., bueno, buena, bueno”.



primeras palabras que oía en Francia. Quiso discutir y tuvo el mal gusto de hacerlo, no como hombre bien educado, que plantea argumentos sin desarrollarlos ni dar pruebas, sino como hombre del oficio, que va a buscar hechos precisos y aplasta con ellos al adversario. No temió entrar en explicaciones técnicas; y su voz, al discutir, adquiría entonaciones muy a propósito para herir los oídos de una sociedad escogida en que parecían igualmente ridículos sus argumentos y el calor que empleaba en sostenerlos. El crítico se apresuró a poner fin, con una frase de esas que llaman ingeniosas, a una discusión fastidiosa en que Cristóbal acababa de echar de ver con estupefacción que su interlocutor no sabía nada de la materia de la que hablaba. Todos tenían ya formada su opinión acerca de aquel alemán pedantesco y trasnochado, y juzgaron detestable su música, antes de conocerla. Pero, aquel personaje extraño que agitaba con movimientos violentos y poco elegantes, sus largos brazos y enormes manos, y que lanzaba miradas furibundas gritando con voz exaltada, llamó mucho la atención de aquella treintena de jóvenes de ojos burlones prontos a sorprender cualquier ridiculez. Silvano Kohn se propuso dar una representación cómica a sus amigos.

Dejaron a un lado definitivamente la conversación sobre literatura, para hablar de mujeres. A decir verdad, eran dos fases del mismo asunto: porque en su literatura sólo se trataba de mujeres, y entre sus mujeres, sólo se trataba de literatura, tan impregnadas se hallaban en todo lo relativo a los literatos y a sus asuntos.

Se hablaba de una honesta dama, muy conocida en el mundo parisiense que, según decían, acababa de desposar a su hija con su amante para tenerlo más seguro. Se agitaba Cristóbal en su silla y, sin darse cuenta de ello, hacía una mueca de repugnancia. Kohn lo notó y, dando con el codo a su vecino, le hizo notar que aquel asunto apasionaba al alemán que, sin duda, sentía vivos deseos por conocer a la dama. Cristóbal se ruborizó, balbució y acabó por decir que a semejantes mujeres había que azotarlas. Acogió su proposición una carcajada homérica; y Silvano Kohn, con voz aflautada, protestó, afirmando que no se debía tocar a una mujer ni siquiera con una flor..., etc., etc.

Era en París el Caballero del Amor. Cristóbal respondió que una mujer de aquella especie no era ni más ni menos que un animal y que con los animales viciosos no había más que un remedio: el látigo. Protestaron ruidosamente y Cristóbal dijo que su galantería no era más que hipocresía; que siempre eran los que menos respetaban a las mujeres los que hablaban más de respetarlas; y se indignó de sus escandalosos relatos. Le contestaron que no había escándalo alguno y que era la cosa más natural, mostrándose todos de acuerdo en que la heroína del cuento no sólo era una mujer encantadora, sino la Mujer, por excelencia. El alemán protestó. Entonces preguntó Silvano solapadamente cómo era la Mujer, según él la imaginaba. Cristóbal comprendió que le tendían un lazo; pero cayó en él de lleno, arrastrado por su violencia y sus convicciones. Se puso a explicar a aquellos parisienses burlescos sus ideas acerca del amor. No hallaba palabras, las buscaba con dificultad y acababa por pescar en su memoria expresiones inverosímiles, que querían decir enormidades que regocijaban al auditorio; pero sin turbarse, con una seriedad admirable y una despreocupación conmovedora, por lo que hace al ridículo, pues no podía dejar de ver que se burlaban de él descaradamente.

Al fin, se embrolló en una frase, no pudo salir de ella, dio un puñetazo en la mesa y se calló.

Trataron de volverle a meter en la discusión; pero él frunció el ceño y no hizo caso, con los codos en la mesa, avergonzado e irritado. Hasta el fin de la comida no volvió a despegar los dientes sino para comer y beber. Bebía enormemente, al contrario de los franceses, que apenas tocaban sus vinos. Su vecino lo animaba con malignidad y le llenaba el vaso que él vaciaba maquinalmente. Pero, aunque no estaba acostumbrado a aquellos excesos de mesa, sobre todo después de las semanas de privaciones que acababa de pasar, logró resistir y no dio el espectáculo ridículo que los demás esperaban. Parecía únicamente absorbido; ya no hacían caso de él, pues lo creían embotado por el vino. Además de la fatiga que le costaba seguir una conversación francesa, estaba cansado de no oír hablar sino de literatura —actores, autores, editores, chismes de bastidores o de alcobas literarias—:

a esto parecía reducirse el mundo. En medio de todas aquellas caras nuevas y de aquel ruido de palabras, no lograba fijar en su mente ni una fisonomía ni un pensamiento. Sus ojos de miope, vagos y absortos, daban vuelta a la mesa lentamente, posándose en todos, pero sin verlos al parecer. Los veía, sin embargo, mejor que nadie; pero él mismo no se daba cuenta de ello. Su mirada no era como la de aquellos franceses y de aquellos judíos, que atrapa al pasar pedacitos de objetos, menudos, muy menudos y los despedaza en un instante. Él se impregnaba larga y silenciosamente de los seres, como una esponja, y se lo llevaba consigo. Le parecía no haber visto nada ni acordarse de nada. Sólo largo tiempo después —pasadas algunas horas y hasta algunos días—, cuando se hallaba solo y miraba en su interior, echaba de ver que se lo había llevado todo. Pero, por el momento, parecía únicamente un pesadote alemán que se atiborraba de comestibles y que sólo pensaba en no perder bocado. No distinguía nada, y únicamente, al escuchar a sus compañeros de mesa interpelarse por sus nombres, se preguntaba, con insistencia de borracho, por qué tenían todos aquellos franceses nombres extranjeros: flamencos, alemanes, judíos, levantinos y anglo o hispanoamericanos...

315

No echó de ver que se levantaban de la mesa. Se quedaba solo sentado, soñando con las colinas lejanas, con los grandes bosques, con los campos labrados, con las praderas a orillas de los ríos y con su anciana madre. Algunos convidados seguían hablando aún, de pie, al otro extremo de la sala. La mayor parte se habían ido ya. Al fin se decidió, se levantó a su vez, y, sin mirar a nadie, fue a buscar su abrigo y su sombrero, colgados en el vestíbulo. Después de habérselos puesto, partió sin dar las buenas noches, cuando a través de una puerta entreabierta, vio en un gabinete inmediato un objeto que le fascinó: un piano. Hacía varias semanas que no había tocado un instrumento de música. Entró, acarició amorosamente las teclas, se sentó y con el sombrero puesto y el abrigo sobre los hombros, empezó a tocar. Había olvidado perfectamente dónde se hallaba. No observó que se habían deslizado en la habitación para oírle dos personas. Era uno Silvano Kohn, apasionado por la música, sabe Dios por qué,

pues no comprendía palabra de ella, y lo mismo le gustaba la mala que la buena. Era el otro, el crítico musical Teófilo Goujart. Este último —la cosa era mucho más sencilla— no conocía la música ni le gustaba, lo cual no le impedía hablar de ella. Al contrario, no hay espíritus más libres que los que no conocen la materia de que hablan, pues les es indiferente decir una cosa u otra.

316 Teófilo Goujart era un hombre gordo, corpulento y recio, de barba negra, con dos pesados ricitos en la frente surcada por gruesas e inexpresivas arrugas. Tenía el rostro poco regular, cual si hubiera sido groseramente esculpido en madera. Los brazos cortos, las piernas cortas y el pecho abultado; era una especie de hombre de madera o portero de el Auvergne, o de vendedor de leña. Tenía maneras vulgares y hablar arrogante. Había entrado en la música por la política, que en Francia, era en esta época el único medio de triunfar. Se había apegado a un ministro de su provincia, con el que había logrado descubrir cierto vago parentesco o alianza, seguramente debía ser hijo “del bastardo de su boticario”. Los ministros no son eternos. Cuando el suyo pareció a punto de naufragar, Teófilo Goujart había abandonado el barco, después de llevarse todo lo que podía tomar, especialmente condecoraciones, porque le gustaba la gloria. Cansado de la política en la que, desde hacía algún tiempo, empezaba a recibir, por cuenta de su patrono y hasta por la suya propia, algunos golpes bastante rudos, había buscado una situación enteramente tranquila, al abrigo de las borrascas, en la que pudiese fastidiar a los demás, sin que nadie lo fastidiasse a él. La crítica era el medio indicado. Precisamente, en uno de los grandes periódicos parisienses, estaba vacante un empleo de crítico musical. El que lo desempeñaba, joven compositor de talento, había sido despedido porque se obstinaba en decir lo que sentía acerca de las obras y de los autores. Goujart no se había ocupado nunca en la música ni sabía palabra de ella: por eso lo escogieron sin vacilar. Ya estaban hartos de los hombres competentes; a lo menos, con Goujart, no había nada que temer. Él no daba a sus opiniones una importancia ridícula; estaba siempre a las órdenes de la dirección y dispuesto a dar, con la misma facilidad, una paliza o un

bombo. Lo de que no fuese músico, era una consideración secundaria. Como es sabido, todo el mundo conoce suficientemente la música en Francia. Goujart no tardó en adquirir la ciencia indispensable. El medio era muy sencillo: consistía en tener por vecino, en los conciertos, a un buen músico, y si era posible a un compositor, y en hacerle decir lo que pensaba de las obras que se representaban. Al cabo de algunos meses de este aprendizaje, se llegaba a adquirir pericia en el oficio; el ganso podía volar. A la verdad, su vuelo no se parecía al del águila, y sabe Dios las tonterías que Goujart sembraba en su periódico con autoridad. Escribía y leía a tontas y a locas, todo lo embrollaba en su pesado cerebro y daba arrogantemente lecciones a los demás. Escribía en un estilo ampuloso, lleno de retruécanos y entreverado de pedantismos agresivos; poseía la mentalidad de un pasante de colegio. De tarde en tarde, había dado lugar a crueles réplicas; pero en casos tales, se hacía el muerto y se guardaba muy bien de responder. Era a la vez un hombre solapado y grosero en alto grado, insolente o rastrero, según las circunstancias. Hacía corvetas en presencia de los amos, con tal que le procurasen una situación o gloria oficial —era el único medio que hubiera tenido de valuar el mérito musical de un modo seguro—. Trataba desdeñosamente a los demás y explotaba a los famélicos. No era tonto.

A pesar de la autoridad adquirida y de su reputación, sabía en su fuero interno que no conocía nada en materia de música y tenía conciencia de que Cristóbal era en ella maestro consumado. Se hubiera guardado muy bien de decirlo, pero aquello se le imponía. Por el momento escuchaba a Cristóbal que tocaba, y se devanaba los sesos por comprender, con aire absorto y profundo, sin pensar en nada; en medio de aquella bruma de notas, no veía gota, y, sin embargo, movía la cabeza como hombre inteligente, acomodando sus señales de aprobación a las ojeadas de Silvano Kohn, a quien le costaba trabajo permanecer tranquilo.

Al fin, Cristóbal, cuya conciencia iba poco a poco despejándose de los vapores del vino y de la música, se dio vagamente cuenta de la pantomima que tenía lugar a espaldas suyas, y, volviéndose, vio a los dos aficionados. Inmediatamente se acercaron

a él y le estrecharon las manos con gran energía. Silvano Kohn gritaba que había tocado como un Dios, y Goujart afirmaba, con tono doctoral, que poseía la mano izquierda de Rubinstein y la derecha de Paderewski. A no ser que fuese lo contrario. Estaban de acuerdo en declarar que un talento semejante no debía quedar oculto bajo el celemín, y se comprometieron a darlo a conocer. Por el momento, ambos contaban con sacar todo el honor y el provecho posibles.

Desde el día siguiente, invitó Silvano Kohn a Cristóbal a que fuese a su casa, poniendo, amablemente, a su disposición, el excelente piano que poseía y que no le servía de nada. Cristóbal, que se moría de una indigestión de música, aceptó sin hacerse rogar y aprovechó la invitación durante algún tiempo.

Las primeras noches, marchó todo a las mil maravillas. Cristóbal estaba encantado de poder tocar, y Silvano Kohn mostraba cierta discreción en dejarle gozar de su felicidad. Él mismo gozaba sinceramente. Por uno de esos fenómenos extraños que todo el mundo puede observar, aquel hombre que no era músico ni artista, y que tenía el corazón enteramente seco y desnudo de toda poesía y de toda bondad profunda, experimentaba un placer sensual al oír aquella música que no comprendía pero en la que encontraba el mayor deleite. Desgraciadamente no podía callarse. Tenía que hablar en voz muy alta mientras Cristóbal tocaba. Acompañaba la música con exclamaciones enfáticas, como un esnob en un concierto o bien hacia las reflexiones más extraordinarias. Entonces, golpeaba Cristóbal el piano y declaraba que no podía continuar de aquel modo. Kohn se esforzaba por callarse, pero eso era superior a sus fuerzas; casi inmediatamente empezaba a bromear, a gemir, a tararear, a dar golpecitos y a imitar los instrumentos. Y una vez terminado el trozo, hubiera reventado si no hubiese comunicado a Cristóbal sus ineptas reflexiones.

Era una curiosa mezcla de sentimentalismo germánico, de guasa parisiense y de fatuidad insoportable. Ya exponía juicios rebuscados y llenos de culteranismo, ya comparaciones

extravagantes, ya indecencias, ya obscenidades, ya desatinos, ya perogrulladas. Para alabar a Beethoven, hallaba en él ciertas libertades y una sensualidad lúbrica. En los pensamientos sombríos, encontraba un elegante jugueteo. El *Cuarteto en do sostenido menor* le parecía amablemente alegre y vivo. El adagio sublime de la *Novena Sinfonía* lo hacía pensar en Querubino. Después de los tres golpes con que empieza la *Sinfonía en do menor*, gritaba: “¡No entréis! ¡Hay alguien!”. Admiraba la batalla de *Heldenleben*, porque pretendía reconocer en ella el ruido de un automóvil. Y constantemente echaba mano de imágenes pueriles e incongruentes para explicar los diferentes trozos. Era cosa de preguntarse cómo podía tener afición a la música. Y, sin embargo, la tenía, no era posible dudarle; al oír algunas páginas que comprendía del modo más grosero, casi se le saltaban las lágrimas. Pero después de haberse sentido conmovido por una escena de Wagner, teclaba en el piano un galope de Offenbach, o bien tarareaba un estribillo bulevardesco después de la *Oda a la Alegría*.

Entonces Cristóbal saltaba y gritaba lleno de cólera.

Pero, no era lo peor cuando Silvano Kohn se mostraba absurdo, sino cuando quería decir cosas profundas y delicadas, cuando quería pasar por ingenioso a los ojos de Cristóbal, cuando hablaba como Hamilton y no como Silvano Kohn. En aquellos momentos fijaba en él Cristóbal una mirada llena de odio y lo abrumaba con palabras fríamente injuriosas que herían el amor propio de Hamilton: las sesiones de piano solían terminar frecuentemente con un pique. Pero al día siguiente, Kohn lo había olvidado, y Cristóbal, que sentía remordimiento de su violencia, se consideraba obligado a volver.

Todo esto no hubiera sido nada si Kohn hubiera podido abstenerse de invitar a la gente a oír a Cristóbal. Pero tenía necesidad de dar a conocer a su músico. La primera vez que Cristóbal halló en casa de Kohn a tres o cuatro mozalbetes judíos, y a la querida de Kohn, una muchacha alta con la cara empolvada, más estúpida que un alcornoque, que repetía retruécanos ineptos, y hablaba de lo que había comido, pero que se creía música, porque, todas



las noches, exhibía sus carnes en una revista *Variedades*, Cristóbal puso cara de vinagre. La segunda vez declaró secamente a Silvano Kohn que no volvería a tocar en su casa. Silvano juró y perjuró que no volvería a invitar a nadie. Pero siguió haciéndolo de un modo subrepticio, instalando a sus invitados en una pieza inmediata. Naturalmente, Cristóbal acabó por echarlo de ver y se marchó furioso, para no volver.

Sin embargo, tenía que guardar consideraciones a Kohn, que le presentaba a familias cosmopolitas y le procuraba lecciones. 321

## VIII

Por su parte, Teófilo Goujart fue, al cabo de algunos días, a buscar a Cristóbal a su zaquizamí. No mostró extrañeza por hallarle tan mal alojado. Por el contrario, se mostró amabilísimo y le dijo:

—He creído que tal vez tendría usted algún placer en oír música de vez en cuando y, como tengo entradas en todos los teatros, he venido a buscarlo.

Cristóbal quedó encantado de la atención, que juzgó delicada, y le dio gracias con efusión. Aquel Goujart era muy distinto del que había visto la primera noche. A solas con él, dejaba a un lado toda tiesura, y se mostraba buen muchacho, tímido y deseoso de instruirse. Sólo cuando se hallaba con los demás, recobraba instantáneamente su aire de superioridad y su tono autoritario.

Por otra parte, su deseo de instruirse tenía siempre un carácter práctico. No le inspiraba curiosidad lo que no era de actualidad. Por el momento, quería saber lo que pensaba Cristóbal acerca de una partitura que había recibido y de la que le hubiera sido muy difícil poder dar cuenta, porque apenas sabía leer las notas. Fueron juntos a un concierto sinfónico que tenía la misma entrada que un café cantante. Por un pasadizo sinuoso se llegaba a un salón sin desahogo: la atmósfera era asfixiante, las sillas muy estrechas y estaban muy juntas; una parte del público se mantenía de pie cerrando todas las salidas: se notaba allí toda la falta de confort común en Francia. Un hombre que parecía roído por incurable hastío, dirigía al galope una sinfonía de Beethoven como si tuviese prisa de acabar pronto. Del café cantante inmediato, venían las canallescas notas de una

danza de vientre a mezclarse con la marcha fúnebre de la *Heroica*. El público llegaba sin cesar. Se instalaba y se asestaba mutuamente los anteojos. Cuando hubo acabado de llegar, empezó a marcharse. Cristóbal ponía el mayor interés y atención para seguir el hilo de la obra, a través de aquella feria; y, a costa de enérgicos esfuerzos, llegaba a disfrutar algo, porque la orquesta era hábil y Cristóbal se hallaba privado de música sinfónica desde hacía largo tiempo, cuando Goujart lo cogió del brazo y le dijo, en medio del concierto: —Ahora, salgamos, vamos a otro concierto.

323

Cristóbal frunció el ceño, pero no replicó y siguió a su guía. Atravesaron la mitad de París y llegaron a otro salón, que olía a caballeriza y en el que, en otras horas del día, se representaban comedias de magia y piezas populares —la música, en París, es como esos obreros pobres, que alquilan a medias un cuarto: cuando uno sale de la cama, se mete el otro entre las calientes sábanas—. Naturalmente, no había aire: desde la época de Luis XIV los franceses lo consideran como malsano; y la higiene de los teatros, como en otro tiempo la de Versalles, consiste en que no se puede respirar en ellos. Un noble anciano, con gesto de domador, desencadenaba un acto de Wagner; la desdichada bestia —quiero decir el acto— se parecía bastante a esos leones de los domadores de feria, a los que azora la luz de las candilejas y a los que hay que dar latigazos para hacerles acordarse de que son leones. Asistían a esta exhibición con la sonrisa en los labios, gordas fariseas e impertinentes tontuelas. Después que el león hizo admirar su gallardía y la hubo saludado el domador, recibiendo antes ambos del público su ruidosa recompensa, tuvo Goujart la pretensión de llevarse a Cristóbal a un tercer concierto. Pero, esta vez Cristóbal se aferró a su butaca y declaró que no se movería: ya había corrido bastante para ir de un concierto a otro, cogiendo al paso, aquí algunas migajas de sinfonía, allá algunos fragmentos de concierto. En vano trataba de explicarle Goujart que la crítica musical en París era un oficio, cuya parte esencial consistía en ver y no en escuchar. Cristóbal protestó declarando que la música no se había hecho para oírla en coche simón y que exigía mayor recogimiento. Aquella mezcla de conciertos le daba náuseas: le

bastaba uno solo cada vez. Se hallaba muy sorprendido de tal multiplicidad. Creía, como la mayor parte de los alemanes, que la música ocupaba en Francia un lugar secundario, y esperaba que se la sirviesen por cortas raciones, pero con mucho esmero. Para empezar, le ofrecieron quince conciertos en siete días. Había para todas las noches de la semana y con frecuencia dos o tres por noche, a la misma hora, en barrios diferentes. El domingo no dejaba de haber cuatro a la misma hora. Cristóbal admiraba este apetito musical. No le llamaba menos la atención la abundancia de los programas. Creía hasta aquel momento que sus compatriotas tenían la especialidad de aquellos atracones de armonía, que más de una vez le habían repugnado en Alemania. Echó de ver que los parisienses le hubieran podido dar quince y raya. Los servían con esplendidez: dos sinfonías, un concierto, una a dos oberturas y un acto de drama lírico; y esta música procedía de todas partes: la había alemana, rusa, escandinava, francesa —cerveza, champagne, horchata y vino—, todo se lo tragaban sin pestañear. Cristóbal se maravillaba de que aquellas pajaritas francesas tuviesen tan vasto estómago. Esto no les molestaba en nada. Eran como el tonel de las Danaides: no les quedaba nada en el fondo.

Cristóbal no tardó en observar que esta cantidad de música se reducía, en resumen, a muy poca cosa. Hallaba en todos los conciertos las mismas caras y los mismos trozos. Aquellos copiosos programas no salían nunca del mismo círculo. No había en ellos casi nada anterior a Beethoven o posterior a Wagner. Y en el intermedio, ¡qué de lagunas! Parecía que la música se reducía a cinco o seis nombres célebres en Alemania, a tres o cuatro en Francia, y, después de la alianza franco-rusa, a media docena de piezas moscovitas. No veían nada de los antiguos franceses, nada de los grandes italianos; nada de los colosos alemanes de los siglos XVII y XVIII; nada de la música alemana contemporánea, a excepción de Ricardo Strauss, que, más listo que los demás, venía todos los años a imponer sus obras nuevas al público parisiense; nada de la música belga; nada de la música checa, y, lo que es más extraordinario aún, casi nada de la música francesa contemporánea. Sin

embargo, todo el mundo hablaba de ella en términos misteriosos, como de una cosa que había revolucionado el mundo. Cristóbal andaba acechando todas las ocasiones que se le presentasen de oírla; sentía una viva curiosidad y estaba libre de todo prejuicio: ardía en deseos de conocer algo nuevo y de admirar obras de genio. Mas, a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía oír ninguna, porque no contaba como tales tres o cuatro trozos ligeros, escritos con bastante delicadeza, pero fríos y sabiamente complicados, a los que no había prestado gran atención. 325

## 326 IX

Mientras hallaba ocasión de formarse una opinión personal, procuró Cristóbal informarse por medio de la crítica musical.

No era cosa fácil, pues se parecía a la corte del Rey Pétaud. No sólo se contradecían con la mayor satisfacción los diferentes periódicos musicales entre sí, sino que se contradecían a sí mismos en dos distintos artículos casi en dos páginas seguidas. El leer todo aquello hubiera sido cosa de perder la cabeza. Felizmente, cada redactor sólo leía sus propios artículos, y el público no leía ninguno. Pero Cristóbal, que quería formarse una idea exacta de los músicos franceses, se obstinaba en no omitir nada, y admiraba la alegre calma de aquel pueblo que vivía en medio de la contradicción como el pez en el agua.

En medio de aquellas opiniones tan divergentes, le chocó una cosa: el tono doctoral de la mayor parte de los críticos. ¿Quién se había atrevido a decir que los franceses eran unos amables atolondrados que no creían en nada? Los que leía Cristóbal se hallaban empenachados de mayor ciencia musical—hasta cuando no sabían una palabra— que toda la crítica de allende del Rin.

En aquel tiempo, los críticos musicales franceses se habían decidido a aprender música. Hasta había algunos que la sabían: eran verdaderos tipos originales que se habían tomado el trabajo de reflexionar acerca de su arte y de pensar por sí mismos. Estos, naturalmente, no eran muy conocidos: permanecían acantonados en sus modestas revistas; con una o dos excepciones, para ellos no existían los periódicos diarios. Gente honrada, inteligente e

interesante, a la que su mismo aislamiento inclinaba a veces a la paradoja, a la costumbre de monologar, a la intolerancia de juicio y a la charla insustancial. Los demás habían aprendido de prisa los rudimentos de la armonía, y se maravillaban de su ciencia reciente. No de otro modo se maravillaba de su saber el señor Jourdain cuando acababa de aprender las reglas de la gramática:

—D, a, Da; F, a, Fa; R, a, Ra... ¡Ah!, ¡Qué hermoso es esto!... ¡Oh, qué linda cosa es saber algo!

327

Sólo hablaban de armónicos y de sonidos resultantes, de encadenamientos de novenas, y de sucesiones de terceras mayores. Una vez que habían nombrado las series de armonía que se desarrollaban en una página, se enjugaban la frente con altivez: se figuraban haber explicado el trozo musical y casi haberlo escrito. A decir verdad, no habían hecho más que repetirlo, en términos de escuela, como un colegial que hace el análisis gramatical de una página de Cicerón. Pero, era tan difícil para los mejores de entre ellos concebir la música como la lengua natural del alma que, cuando no la convertían en sucursal de la pintura, la alojaban en los arrabales de la ciencia y la reducían a problemas de construcción armónica. Naturalmente, gente tan sabia había de tener mucho que enseñar a los músicos pasados. Hallaban faltas a Beethoven y daban palmetazos a Wagner. En cuanto a Berlioz y a Gluck, se burlaban de ellos.

Fuera de Juan Sebastián Bach y de Claudio Debussy, nada existía para ellos en aquella era de la moda. Aun así, el primero, de quien se había abusado mucho en estos últimos años, empezaba a parecer pedante y, para decirlo de una vez, pasado de moda. Los más distinguidos hablaban misteriosamente, con encomio, de Rameau y de Couperin, llamado el Grande.

Entre aquellos sabios críticos surgían luchas épicas. Todos eran músicos; pero como no todos lo eran de la misma manera, cada uno pretendía que su música era la buena y abominaban de la de sus colegas. Se trataban mutuamente de literatos y de sabios, se lanzaban a la cabeza las palabras de idealismo y de materialismo, de simbolismo y de verismo, de subjetivismo y de objetivismo. Pensaba Cristóbal que no valía la pena de haber venido de Alemania

para presenciar en París aquellas disputas. En lugar de agradecer a la buena música el que a todos les ofreciera tan diversos modos de gozar de ella, no toleraban de otra manera que la suya; y un nuevo Lutrin, en aquel momento, dividía a los músicos en dos bandos distintos, una guerra encarnizada; el del contrapunto y el de la armonía. Sostenían con acritud como los *Gros-boutiens* y los *Petits-boutiens*: los unos, que la música debía leerse horizontalmente, y con no menos acritud los otros, que se debía leer verticalmente. Los unos no querían oír hablar sino de acordes sabrosos, de fusión de encadenamientos suaves, de armonías suculentas, convirtiendo la música en una pastelería; en tanto que los otros no admitían que se prestase demasiada atención al oído, una especie de andrajo; la música era para ellos un discurso, una asamblea parlamentaria, en que los oradores hablaban todos a la vez, sin cuidarse de sus vecinos, hasta que hubiesen acabado. ¡Tanto peor si no los oían! Al día siguiente podrían leer sus discursos en el *Diario Oficial*: la música se componía para ser leída y no para ser oída. Cuando Cristóbal oyó hablar, por vez primera, de la disputa entre *Horizontalistas* y *Verticalistas*, pensó que unos y otros estaban locos. Habiéndole intimado para que tomase partido en el ejército de la *sucesión* o en el de la *superposición*, contestó con su divisa habitual, que no era enteramente la de Sosías:

—¡Señores! Soy enemigo de todo el mundo.

Y como insistiesen en preguntarle qué es lo más importante en materia de música, si la armonía o el contrapunto, respondió:

—La música. Háganme ustedes ver la suya.

En este punto todos estaban de acuerdo. Aquellos luchadores intrépidos que se ponían de oro y azul, cuando no la emprendían con algún viejo ilustre ya difunto, cuya celebridad había durado demasiado, se hallaban reconciliados por una pasión común: el ardor de su patriotismo musical. Francia era para ellos la gran nación musical, y proclamaban en todos los tonos la decadencia de Alemania. Esto no ofendía a Cristóbal, pues lo había repetido él mismo tantas veces, que, hablando de buena fe, no podía contradecir tal sentencia. Pero le admiraba algo la supremacía de la música francesa: a decir verdad, veía pocas huellas de ello



en lo pasado. Sin embargo, los músicos franceses afirmaban que su arte había sido admirable en tiempos muy antiguos. Para glorificar mejor la música francesa, empezaban por ridiculizar todas las glorias francesas del pasado siglo, a excepción de la de un solo maestro muy bueno y muy puro —que era belga—. Llevada a cabo semejante ejecución, sentíanse con más libertad para admirar a los maestros arcaicos, olvidados todos ellos, y algunos totalmente desconocidos hasta hoy. Al revés de las escuelas laicas de Francia, que hacen datar el mundo de la Revolución Francesa, los músicos consideraban a ésta como una cordillera de macizas montañas, a cuyo cima había que trepar, para contemplar al otro lado la edad de oro, la dura muralla se desmoronaba; un mago hacía florecer de nuevo con sus sonidos una maravillosa primavera; el viejo árbol de la música se cubría con un nuevo y verde manto; en el jardín de las armonías, abrían sus mil flores sus rientes corolas a la nueva aurora. Se oían murmurar las fuentes argentinas y los frescos arroyuelos: era aquello un idilio.

Cristóbal estaba encantado. Pero, cuando leía los carteles de los teatros parisienses, veía siempre en ellos los nombres de Meyerbeer, de Gounod, de Massenet, y hasta de Mascagni y de Leoncavallo, a quien conocía de sobra; y preguntaba a sus amigos si aquella música impudente, aquellos desmayos de doncella y aquellas flores artificiales y aquella tienda de perfumista eran los tan prometidos jardines de Armida. Protestaban ellos con aire indignado: aquéllos eran los últimos vestigios de una edad moribunda en que ya nadie pensaba, a juzgar por lo que ellos decían. Es verdad que en la Ópera-cómica triunfaba *Cavalleria Rusticana*, y en la Ópera, *Pagliacci*; Massenet y Gounod procuraban el máximo de entradas, y a la trinidad musical: *Mignon*, *Los Hugonotes* y *Fausto* habían doblado gallardamente el cabo de la milésima representación. Aquello eran accidentes sin importancia; no había que fijarse en ello. Cuando un hecho impertinente viene a contradecir una teoría, no hay nada más sencillo que negarlo. Los críticos franceses negaban aquellas obras tan descaradas y negaban al público que las aplaudía; es más, no hubiera habido que instarles mucho para que negasen el teatro

musical todo entero. El teatro musical era para ellos un género literario y, por lo tanto, impuro. Como todos ellos eran literatos, renegaban de serlo. Toda música expresiva, descriptiva y, en una palabra, sugestiva, toda música que quería decir algo, la tachaban de impura. En cada francés hay un Robespierre, y es preciso que constantemente decapite a alguien o algo, a fin de purificarlos. Los grandes críticos franceses sólo admitían la música pura, y dejaban la otra para la canalla.

330

Sentíase Cristóbal mortificado al pensar en lo encanallado que tenía el gusto. Lo único que lo consolaba algo era el ver que todos aquellos músicos, que despreciaban el teatro, escribían para el mismo: no había uno solo que no compusiese óperas. Esto era, sin duda, un accidente sin importancia. Había que juzgarlos, como ellos lo pretendían, con arreglo a su música pura, y Cristóbal se propuso buscarla.

Teófilo Goujart lo llevó a los conciertos de una sociedad que se consagraba al arte nacional. Allí se elaboraban y empollaban prolijamente las glorias nuevas. Era un gran cenáculo, una iglesita con varias capillas. Cada capilla tenía un santo, cada santo sus devotos, que no andaban cortos en vilipendiar al santo de la capilla inmediata. En un principio, Cristóbal no halló gran diferencia entre todos estos santos. Como era natural, con sus hábitos, de un arte enteramente distinto, no comprendía nada de aquella música nueva, y cuanto más creía comprenderla, menos la comprendía.

Todo le parecía bañado en una semioscuridad perpetua. Era aquello una especie de grisalla en que las líneas se esfumaban, desaparecían, volvían a aparecer de nuevo para volverse a borrar. Entre aquellas líneas había dibujos duros y secos como trazados con la escuadra, los cuales se replegaban en ángulos puntiagudos como el codo de una mujer flaca. Los había ondulantes, que se retorcían como el humo de los cigarros; pero en todos ellos dominaba un tono gris. ¿No había, pues, ya sol en Francia? Cristóbal, que, desde su llegada a París, no había visto sino lluvia y niebla, sentíase inclinado a creerlo; pero, precisamente, el papel del artista consiste en crear sol donde no lo hay. Aquellos encendían, en verdad, su modesta linterna; sólo que parecía una luciérnaga: no calentaba y apenas alumbraba. Los títulos de las obras eran muy varios: a veces se hablaba de primavera, de medio día, de amor, de alegría de vivir, de correrías por los campos, pero la música en sí no cambiaba, era siempre uniformemente dulce, pálida, anémica, marchita. Entonces estaba de moda en Francia,

entre los delicados, el hablar bajo en música. Y tenían razón, porque apenas alzaban la voz, era para gritar: no conocían término medio. No se podía escoger sino entre un adormilamiento distinguido y declamaciones melodramáticas.

332 Cristóbal, sacudiendo la modorra que empezaba a invadirle, miró su programa, y quedó muy sorprendido al ver que todas aquellas nieblecillas que pasaban por un cielo gris, tenían la pretensión de representar asuntos muy determinados. Porque, a pesar de las teorías, aquella música pura era casi siempre música de programa o, por lo menos, de temas determinados. Por más que maldecían de la literatura, necesitaban una muleta literaria para apoyarse en ella. ¡Y las tales muletas eran, generalmente, bastante extrañas! Cristóbal observó la chocante puerilidad de los asuntos que se proponían pintar. Tratábase de vergeles, de huertas, de gallineros, de casas de fieras musicales, de verdaderos jardines botánicos. Algunos transportaban, para orquesta o para piano, los cuadros del Louvre o los frescos de la Ópera: ponían en música a Cuyp, a Beudry y a Paul Potter. Algunas notas explicativas ayudaban a reconocer, aquí la manzana de París, allá la posada holandesa, o la grupa de un caballo blanco. Le parecía esto a Cristóbal viejos juegos de niños a quienes sólo interesan las estampas y que, no sabiendo dibujar, emborrona sus cuadernos con todo lo que les pasa por la cabeza, escribiendo cándidamente debajo en gruesos caracteres, que aquello es el retrato de una casa o de un árbol.

Al lado de estos ciegos iluminadores, que veían con los oídos, había también filósofos que trataban, por medio de la música, problemas metafísicos; sus sinfonías eran la lucha de principios abstractos, la exposición de un símbolo o de una religión. Eran los mismos que, en sus óperas, atacaban resueltamente el estudio de las cuestiones líricas y sociales de su tiempo: “La Declaración de los Derechos”; “Derechos de la Mujer y del Ciudadano”, elaborada por los metafísicos de Montmartre y del Palacio Borbón. No se desesperaba de poner cualquier día en el telar la cuestión del Divorcio, la investigación de la paternidad y la separación de la Iglesia y del Estado. Había entre ellos simbolistas laicos

y simbolistas clericales. Hacían cantar a traperos filósofos, a modistillas sociólogas, a panaderos proféticos y a pescadores apostólicos. Goethe hablaba ya de los artistas de su época “que reproducían las ideas de Kant en cuadros alegóricos”. Los de la época de Cristóbal ponían la sociología en semicorcheas. Zola, Nietzsche, Maeterlinck, Barrès, Jaurès, Mendès, el Evangelio y el Moulin Rouge, alimentaban la cisterna en que iban a sacar sus pensamientos los autores de óperas y de sinfonías. Gran número de ellos, embriagados por el ejemplo de Wagner, habían gritado: “¡Yo también soy poeta!”. Y alineaban llenos de confianza, debajo de sus notas, versos rimados o no rimados, en estilo de escuela de primeras letras o de folletín decadente.

333

Todos aquellos pensadores y poetas eran partidarios de la música pura; pero preferían hablar de ella más bien que escribirla. Sin embargo, a veces les ocurría escribir y escribían una música que nada significaba. Lo malo es que lo lograban de tal suerte que, a lo menos para Cristóbal, aquella música no tenía significado alguno. Debe agregarse que él no poseía la clave.

Para comprender una música extranjera, hay que tomarse el trabajo de aprender la lengua y no figurarse que se la conoce de antemano. Cristóbal lo creía como todo buen alemán y se le podía dispensar. Muchos franceses no la comprendían mejor que él. Como aquellos alemanes de la época de Luis XIV, que se esforzaban por hablar francés y que habían acabado por olvidar su lengua, los músicos franceses del siglo XIX habían dejado tan largo tiempo en el olvido la suya, que su música se había convertido en una jerga extranjera. Sólo hacía muy poco que se había iniciado el movimiento que tenía por objeto hacer hablar francés en Francia. No todos lo conseguían, por la fuerza del hábito; y fuera de algunos, su francés era belga o a lo menos conservaba cierto gustillo germánico. Era, pues, natural, que un alemán pudiese equivocarse y declarase, con su ordinaria decisión, que aquello era alemán de mal género y que nada significaba, puesto que él no lo comprendía.

Cristóbal no perdía ocasión de declararlo. Las sinfonías francesas le parecían una dialéctica abstracta en que se oponían

unos a otros los temas musicales, a la manera de operaciones aritméticas; para expresar sus combinaciones, hubiera podido igualmente reemplazárselos con cifras o con letras del alfabeto. El uno fabricaba una obra sobre la base del desarrollo progresivo de una fórmula sonora que, durante las nueve décimas partes de la obra, permanecía en estado de larva y sólo se manifestaba por completo en la última página de la última parte. Otro formaba variaciones sobre un tema, que sólo aparecía al final, descendiendo poco a poco desde lo complicado hasta lo sencillo. Eran verdaderos juguetes muy sabios. Había que ser a la vez muy viejo y muy niño, para hallar distracción en ellos. Sin embargo, habían costado a los inventores esfuerzos inauditos. Empleaban años en escribir un capricho y echaban canas buscando nuevas combinaciones de acordes a fin de expresar... ¿Qué? ¡Poco importaba! Expresiones nuevas. Como, según dicen, el órgano crea la necesidad, la expresión acaba siempre por crear el pensamiento: lo esencial es que sea nuevo. ¡Hay que hacer algo nuevo a toda costa! Se hallaban acometidos del enfermizo miedo de lo “ya conocido”. Los mejores se hallaban paralizados por él. Echábase de ver que estaban siempre ocupados en vigilarse con mucho esmero, en borrar lo que habían escrito y en preguntarse: “¡Dios mío! ¿Dónde he leído ya esto?”. Hay músicos —sobre todo, en Alemania— que pasan el tiempo engarzando una con otra las frases de los demás. Los de Francia fiscalizaban cada una de sus frases para ver si por casualidad se encontraba en las listas de melodías empleadas por otros y en borrar, tachar y cambiar la forma de su nariz hasta que no se pareciese a ninguna nariz conocida, ni tuviese siquiera forma de nariz.

Con todo, no engañaban a Cristóbal: por mucho que se engalanasen con un lenguaje complicado y simulasen arrebatos sobrehumanos, convulsiones de orquesta o cultivasen armonías inorgánicas, monotonías que tenían algo de obsesión y declamaciones a lo Sarah Bernhardt; por más que estuviese siempre fuera de tono y caminasen horas y horas, como mulos medio dormidos por la orilla de la resbaladiza pendiente, Cristóbal reconocía siempre bajo su máscara sus almas frías e insípidas, cubiertas de

afeites y perfumes, a la manera de Gounod y de Massenet, pero con menos naturalidad. Y repetía la frase injusta de Gluck a propósito de los franceses:

—No hay más que dejarlos, pues volverán siempre a sus estribillos populares.

Sólo que procuraban hacerlos muy sabios. Tomaban canciones populares como temas de sinfonías doctorales, a manera de tesis de Sorbona. Era la gran preocupación del día. En este juego iban pasando alternativamente todas las canciones populares de Francia y de todos los países. Y con ellas hacían cosas como la *Novena Sinfonía* y el *Quatuors* de César Franck, pero mucho más difíciles. No faltaba quien pensase una frase clara, aunque inmediatamente se apresuraba a introducir en medio una segunda que no significaba nada, que chocaba cruelmente con la primera. Y se comprendía que toda aquella gente era perfectamente tranquila y muy equilibrada.

Para dirigir semejantes obras, un director de orquesta, correcto y desencajado, se agitaba furiosamente, lanzaba rayos, hacía gestos a lo Miguel Ángel como si se tratase de sublevar a los ejércitos de Beethoven o de Wagner. El público, compuesto de mundanos que se morían de fastidio, pero que por nada del mundo hubieran renunciado al honor de pagar caro un fastidio glorioso, y de jóvenes aprendices, que gozaban demostrando su ciencia de escuela, al adivinar en un pasaje los ardidés y triquiñuelas del oficio, mostraba un entusiasmo frenético, parecido a los gestos del director de orquesta y a los clamores de la música...

Juzgaba Cristóbal a toda esta gente con la pasión que empleaba en todo y con la incapacidad nativa de los alemanes para comprender el arte francés. A lo menos, obraba de buena fe y no deseaba otra cosa que reconocer su error si le demostraban que se había equivocado. Por eso no se consideraba como ligado por su juicio y dejaba completamente abierta la puerta a todas las impresiones nuevas que pudiesen modificarlo.

Por de pronto, no dejaba de reconocer en esta música mucho talento, un material interesante, curiosos hallazgos de ritmos y de armonías, un gran surtido de paños finos, suaves y brillantes,

un mariposeo de colores, y un derroche continuo de invención y de ingenio. A Cristóbal le divertía y al mismo tiempo le aprovechaba. Todos aquellos petimetres del arte tenían infinitamente mucha más libertad de espíritu que los músicos de Alemania; abandonaban resueltamente el camino real y se lanzaban a través de los bosques, procurando perderse; pero eran muchachitos tan bien educados y juiciosos, que no lo conseguían. Los unos, al cabo de veinte pasos, volvían a la carretera. Otros se cansaban en seguida y se paraban dondequiera. Los había que casi habían llegado a descubrir nuevos senderos; pero en lugar de continuar se sentaban a la orilla y soñaban bajo un árbol. Lo que más les faltaba era la voluntad y la energía; poseían todos los dones, menos uno, el de la vida potente. Parecía, sobre todo, que aquella gran cantidad de esfuerzos eran utilizados de un modo confuso y se perdían durante el camino. Era raro que aquellos artistas supiesen adquirir netamente conciencia de su naturaleza y coordinar sus fuerzas con perseverancia para llegar a un fin determinado. Era este el efecto ordinario de la energía francesa, que gasta recursos enormes de talento y de buena voluntad en aniquilarse por medio de sus incertidumbres y sus contradicciones. Casi no había ejemplo de que uno de sus grandes músicos, como un Berlioz y un Saint-Saëns —para no citar sino los más recientes— no se embarrancara en sí mismo, encarnizado en destruirse y no renegar de sí, por falta de energía, de fe y, sobre todo, de brújula interior.

Cristóbal, con el desdén insolente de los alemanes del día, decía para sí:

Los franceses sólo saben derrochar sus fuerzas en inútiles invenciones. Necesitan siempre un maestro de otra raza, un Gluck, o un Napoleón, que venga a sacar partido de sus revoluciones.

Y sonreía ante la idea de un 18 de Brumario.



Sin embargo, en medio de la anarquía había un grupo que se esforzaba en restaurar el orden y la disciplina en el espíritu de los artistas y en el del público. Para empezar, había adoptado un nombre latino, evocando el recuerdo de una institución clerical que había florecido, hacía unos mil trescientos o mil cuatrocientos años, en tiempo de la gran invasión de los godos y de los vándalos. A Cristóbal le sorprendía algo que se remontasen hasta tan lejana época. Seguramente era bueno dominar su tiempo, pero era de temer que una torre de catorce siglos de alto fuese un observatorio más cómodo para poder seguir los movimientos de las estrellas que el de los hombres del día. Cristóbal no tardó en tranquilizarse al ver que los hijos de San Gregorio rara vez permanecían en su torre; sólo subían a ella para tocar las campanas. El resto del tiempo lo pasaban en la iglesia en el piso bajo. Cristóbal, que asistió a algunos de los oficios, tardó algo en echar de ver que pertenecían al culto católico; en un principio estaba convencido de que pertenecían al rito de alguna secta protestante. Había allí un público prosternado, discípulos piadosos, intolerantes y con frecuencia agresivos, que tenían a su frente a un hombre muy puro, muy frío, caprichoso y algo infantil que mantenía la integridad de la doctrina religiosa, moral y artística, explicando en términos abstractos el Evangelio de la música a un pequeño pueblo de elegidos y condenando con grandísima tranquilidad el Orgullo y la Herejía. Les atribuía todas las faltas del arte y los vicios de la humanidad: el Renacimiento, la Reforma y el Judaísmo actual, entre los cuales no hacía diferencia. Los judíos de la música eran quemados en efigie, después de haberlos

cubierto con trajes infamantes. El colosal Haendel recibía una carrera de baquetas. Sólo Juan Sebastián Bach lograba su salvación por la gracia del Señor, que reconocía en él un protestante por equivocación.

338 El templo de la calle de Saint-Jacques ejercía un apostolado: en él se salvaban las almas y la música. Se enseñaban metódicamente las reglas del genio. Algunos laboriosos alumnos aplicaban las recetas con gran trabajo, pero con seguridad absoluta. Se hubiera dicho que pretendían rescatar con sus piadosas fatigas la culpable ligereza de sus abuelos, los Auber, los Adam, y, sobre todo, de ese condenado, ese asno diabólico, Berlioz, el diablo en persona, *diabolus in musica*. Con laudable ardor y piedad sincera, se difundía el culto de los maestros consagrados y reconocidos. Era ya muy considerable la obra realizada en unos diez años, la música francesa se hallaba transformada. No se trataba ya de enseñarla a los críticos franceses, sino a los mismos músicos. Era ya frecuente ver compositores, y hasta “virtuosos”, que conocían la obra de Bach. ¡La cosa no era tan frecuente, ni aun en Alemania! Sobre todo, se habían hecho grandes esfuerzos para combatir el espíritu casero de los franceses, que se encierran a piedra y lodo en su casa y les cuesta mucho trabajo salir de ella. Por eso su música carece de atmósfera: es música de habitación cerrada, de silla-cama, música que no anda. Era todo lo contrario de un Beethoven, que componía a campo traviesa, bajando rápidamente las cuestas, caminando a trancos bajo el sol y la lluvia, y asustando a los rebaños con sus gestos y sus gritos. No había peligro de que los músicos de París molestasen a sus vecinos con su ruidosa inspiración, como el oso de Bonn. Cuando componían, le ponían una sordina a su pensamiento y colgaduras para impedir que los ruidos del exterior llegasen hasta ellos.

La *Schola* había procurado renovar el aire y había abierto las ventanas que daban al pasado, pero sólo al pasado. Era lo mismo que abrir las que dan al patio y no las que dan a la calle. Esto no servía de gran cosa. Apenas abierta la ventana, volvían a empujar los postigos, como señoras ancianas que tienen miedo de constiparse. Entraban por dichas ventanas algunas ráfagas de

la Edad Media, de Bach, de Palestina y de las canciones populares. Pero, ¿qué significaba esto? La habitación no dejaba de oler a mohó. En el fondo no les iba mal; pues desconfiaban de las grandes corrientes modernas. Y si conocían algo más que los otros, negaban también mucho más en materia de arte. En aquel medio, tomaba la música cierto carácter doctrinal; no era un recreo: más que un concierto era una lección de historia, o un ejemplo capaz de edificar. Se daba forma académica a los pensamientos atrevidos. El gran Bach, a pesar de lo que tenía de impetuoso, era recibido y moderado en el seno de la Iglesia. Su música sufría en el cerebro escolástico una transformación análoga a la Biblia en el cerebro de los ingleses. En materia de música nueva, se practicaba un eclecticismo muy aristocrático que se esforzaba por unir los caracteres distintivos de tres o cuatro grandes épocas musicales desde el siglo VI al XX. Si hubiera sido posible realizarlo, se hubiera obtenido, en música, algo equivalente a esas construcciones híbridas levantadas por algún virrey de las Indias al regreso de sus viajes, con materiales de gran precio recogidos en todos los puntos del globo. Pero, el buen sentido francés los salvaba del exceso de semejante barbarie erudita; se cuidaban muy bien de no aplicar sus teorías; se conducían con ellas como Molière con sus médicos. Aceptaban las recetas, pero no las ejecutaban. Los más fuertes seguían su camino. El resto del rebaño se atenía en la práctica a ejercicios sabios, y muy duros, de contrapunto, a los que se daban los nombres de *sonatas*, *cuartetos* y *sinfonías*... “Sonata, ¿qué pretendes?”. Ella sólo pretendía ser una sonata. El pensamiento era abstracto y anónimo, trabajoso y nada alegre. Era un arte de perfecto notario. Cristóbal que, en un principio había agradecido a los franceses el que no fuesen aficionados a Brahms, se decía al presente que tal vez había en Francia muchos Brahms en miniatura. Todos aquellos buenos obreros, laboriosos y concienzudos, estaban llenos de virtudes. Cristóbal dejó su compañía, muy lleno de edificación pero también muy aburrido. Estaba aquello muy bien, muy bien... ¡Qué buen tiempo hacía fuera!

## 340 XII

Había, sin embargo, en París, entre los músicos algunos independientes, libres de todo espíritu de escuela. Eran los únicos que interesaban a Cristóbal, pues sólo ellos podían dar la medida de la vitalidad del arte. Escuelas y cenáculos sólo expresan una moda superficial o teorías fabricadas. Pero los independientes, que se refugian en sí mismos, tienen más probabilidades de dar con el pensamiento verdadero de su época y de su raza. Verdad es que por esa misma razón, son para un extranjero más difíciles aún de comprender que los otros.

Esto fue lo que sucedió cuando Cristóbal oyó por vez primera esa obra famosa, de la que los franceses decían mil extravagancias, y que algunos proclamaban como la mayor revolución musical realizada desde hacía diez siglos —nada les costaba echar siglos, pues salían muy poco del suyo—. Teófilo Goujart y Silvano Kohn llevaron a Cristóbal a la Ópera-cómica para oír a *Pelléas y Mélisande*. Estaban orgullosos de hacerle conocer esta obra; se hubiera dicho que la habían hecho ellos, y daban a entender a Cristóbal que iba a encontrar en ella su camino de Damasco. Había empezado la función y continuaban ellos con sus comentarios. Les hizo callar Cristóbal y se volvió todo oídos. Después del primer acto, se inclinó hacia Silvano Kohn, que le preguntaba con los ojos brillantes:

—Vamos, ¿qué le parece? ¿Qué me dice usted de eso?

Él replicó:

—¿Acaso es de la misma manera toda la obra?

—Sí.

—Pues entonces, no tiene nada de particular.

Kohn protestó y le llamó filisteo.

—Absolutamente nada —continuó Cristóbal—. No hay en ella música ni desarrollo, ni conexión, ni solidez. Todo son armonías muy delicadas, excelentes efectos de orquesta de muy buen gusto; pero a esto se reduce todo...

Volvió de nuevo a escuchar y poco a poco se fue encendiendo la linterna; empezaba a percibir algo en aquella semioscuridad. Si, comprendía perfectamente que había allí un deliberado propósito de sobriedad contra el ideal wagneriano, que abrumaba el drama bajo las olas de la música; pero se preguntaba, no sin cierta ironía, si aquel ideal de sacrificio procedía de lo que se sacrificaba o de lo que no se poseía. Echaba de ver el miedo del trabajo, la rebusca de los efectos con la menor fatiga y la renuncia por indolencia al rudo esfuerzo que reclaman las potentes construcciones wagnerianas. No dejaba de llamarle la atención la declamación sin relieves, sencilla, modesta y atenuada, aunque le pareció monótona, y, en su calidad de alemán, no la halló ajustada a la verdad —hasta le parecía que cuanto más se esforzaba por ser verdadera, más hacía notar cuan poco convenía a la música la lengua francesa, que es demasiado lógica, de dibujo sobrado neto, de contornos sobrado definidos, en resumen, un mundo perfecto en sí, pero herméticamente cerrado—; sin embargo, el ensayo era curioso y Cristóbal aprobaba de buen grado el espíritu de reacción revolucionaria contra las violencias enfáticas del arte wagneriano. Parecía haberse aplicado el músico francés, con discreción irónica, a conseguir que todos los sentimientos apasionados se murmurasen a media voz. Era aquello el amor y la muerte sin gritos. Sólo se tenía conciencia del drama que se desarrollaba en las almas por medio de un estremecimiento imperceptible de la línea melódica, y un breve escalofrío de la orquesta, semejante al ligero pliegue que se forma en la comisura de los labios. Se hubiera dicho que el artista tenía miedo de entregarse. Poseía el genio del gusto, salvo en algunos momentos en que ese Massenet que dormita en todos los corazones franceses se despertaba para hacer algo de lirismo. Entonces se volvían a encontrar los cabellos demasiado rubios y los labios demasiado encarnados

—la burguesía de la Tercera República que desempeña el papel de las grandes enamoradas—. Estos momentos eran excepcionales, eran como un desahogo a la sujeción que se imponía el autor; en el resto de la obra reinaba una sencillez refinada, que de puro refinada dejaba de ser sencilla, que era producto de la voluntad y flor sutil de una sociedad vieja. Cristóbal, en su calidad de joven bárbaro, la encontraba medianamente de su gusto. Le fastidiaba, sobre todo, el conjunto del drama, el poema. Creía estar viendo a una parisiense algo jamona que se las echaba de niña y se hacía contar cuentos de hadas. No era ya la ñoñería wagneriana, sentimental y pesadota como una robusta muchacha del Rin. La ñoñería franco-belga no valía más que ella con sus melindres y sus simplezas de salón: “los cabellos”, “el padrecito”, “las palomas”, y todo aquel misterio para uso de altas damas. Las almas parisienses se miraban en aquella obra que reflejaba, como un cuadro lisonjero, la imagen de su lánguido fatalismo, de su Nirvana de tocador y de su muelle melancolía. No había ni señales de voluntad. Nadie sabía lo que quería ni lo que hacía.

—¡No es culpa mía! ¡No es culpa mía! —gemían aquellos niños grandes.

Durante los cinco largos actos que se desarrollaban en medio de un perpetuo crepúsculo —bosques, cavernas, subterráneos, habitación mortuoria—, apenas si se oía el revolotear de las avecillas de las islas. ¡Pobres avecillas, lindas, tibias y delicadas! ¡Qué miedo tenían de la luz demasiado cruda, de la brutalidad de los gestos, de las pasiones y de la vida! La vida no tiene nada de refinada y no se coge con guantes...

Cristóbal oía llegar el rugir de los cañones que iban a reducir a polvo aquella civilización agotada, aquella pequeña Grecia expirante.

¿Era tal vez este sentimiento de piedad, melancólica y orgullosa el que le inspiraba, a pesar de todo, viva simpatía hacia esta obra? Lo cierto es que le interesaba más de lo que quería reconocer. Aunque persistía respondiendo a Silvano Kohn al salir del teatro que, “aquello era muy delicado, muy delicado, pero que le faltaba *Schwong* —entusiasmo— y que no contenía bastante música para su gusto”, se guardaba muy bien de confundir a *Pelléas* con las demás obras musicales francesas. Sentíase atraído por aquella lámpara que ardía en medio de la niebla. También divisaba en ocasiones otros fulgores vivos caprichosos, que temblaban en torno de ella. Aquellos fuegos fatuos le daban qué pensar: hubiera querido acercarse a ellos para saber cómo brillaban; pero no era empresa fácil el sorprenderlos. Aquellos músicos libres a quienes Cristóbal no comprendía, y que por lo tanto eran más dignos de observación, no eran de trato fácil. Parecía faltarles la gran necesidad de simpatía que poseía Cristóbal. Fuera de uno o dos, parecían leer muy poco, conocer poco y no sentir deseos de conocer. Casi todos vivían aislados, los unos fuera de París, y los otros en París, encerrados en un círculo estrecho, ya voluntariamente, ya de hecho, por orgullo, por esquividad, por hastío o por apatía. Aunque eran poco numerosos, se hallaban divididos en pequeños grupos rivales que no podían vivir juntos. Tenían una susceptibilidad extremada y no podían soportar ni a sus enemigos, ni a sus rivales, ni siquiera a sus amigos, cuando estos se atrevían a admirar a otro músico que no fuera ellos, o cuando se permitían admirarlos de una manera demasiado fría, o demasiado exaltada o demasiado vulgar o demasiado excéntrica. Era

sumamente difícil satisfacerlos. Cada uno de ellos había acabado por escoger a un crítico, provisto de su patente, que velaba piadosamente al pie de la estatua. No había que tocarla. Aunque sólo ellos se comprendían, no por eso eran mejor comprendidos. Aduados y deformados por la opinión que sus partidarios tenían de ellos, y que ellos se habían formado, perdían pie en la conciencia que tenían de su arte y de su genio. Siendo solamente creadores de amables caprichos, se creían reformadores, y, no pasando de puros artistas alejandrinos, se les echaban de rivales de Wagner. Casi todos eran víctimas del deseo de hacer más. Era preciso que cada día saltasen más alto que lo que habían saltado la víspera y sobre todo más de lo que habían saltado sus rivales. Estos ejercicios de alto funambulismo no siempre tenían éxito y sólo ofrecían algún atractivo para ciertos profesionales. No se cuidaban del público ni el público de ellos. Su arte era un arte sin pueblo, una música que hallaba su alimento únicamente en la música y en el oficio. Ahora bien, Cristóbal tenía el sentimiento, verdadero o falso, de que no había música que necesitase buscar el auxilio de un apoyo exterior en tanto grado como la música francesa. Esta planta flexible y trepadora no podía vivir sin rodrigón, le era indispensable la literatura. No hallaba en sí bastante energía vital. Tenía el aliento corto, poca sangre y poca energía. Era como una mujer lánguida que espera la posesión del varón. Pero aquella emperatriz de Bizancio, de cuerpo menudo y exangüe, cubierto de pedrerías, estaba rodeada de eunucos: *esnobs*, estetas y críticos. La nación no era música, y todo aquel entusiasmo ruidosamente proclamado, desde hacía veinte años, hacia Wagner, Beethoven, Bach o Debussy, no salía de los límites de una casa. Aquella multiplicación de conciertos, aquella manía invasora de música a toda costa, no respondían a nada real en el desarrollo del gusto público. Era un exceso de la moda, que sólo afectaba a lo más selecto, para desequilibrarlo y trastornarlo. Sólo mostraban afición a la música un puñado de personas; y no eran, ciertamente, siempre los que se ocupaban constantemente de ella como compositores y críticos. ¡Hay en Francia tan pocos músicos verdaderamente aficionados a la música!...



Así pensaba Cristóbal, sin reconocer que en todas partes sucede lo mismo, que hasta en Alemania no hay muchos músicos verdaderos, y que lo que significa algo en materia de arte, no son los miles de personas que nada comprenden, sino el puñado de personas aficionadas a ella y que le rinden culto con altiva humildad. ¿Acaso los había visto siquiera en Francia? Creadores y críticos —los mejores trabajan en silencio, lejos del ruido, como lo había hecho César Franck y como lo hacían los compositores modernos más inspirados, y tantos artistas que vivirían toda su vida en la sombra para procurar más tarde a algún periodista la gloria de descubrirlos y de llamarse su amigo— y aquel pequeño ejército de sabios oscuros y laboriosos que, sin ambición y sin cuidarse de sí mismos, iban restaurando piedra a piedra la grandeza de la Francia pasada, o que habiéndose consagrado a la educación musical del país, preparaban la grandeza de la Francia del porvenir. ¡Cuántos de esos espíritus había cuya riqueza, libertad y curiosidad universal hubiera atraído a Cristóbal si hubiera podido conocerlos! Pero apenas había entrevisto, al paso, a dos o tres de ellos; sólo los conocía a través de las caricaturas de su pensamiento. No veía sino sus defectos, copiados y exagerados por los monos habituales del arte y por los gacetilleros de los periódicos.

345

Lo que más le desalentaba en medio de aquella plebe musical era su formalismo. Entre aquella gente no se hablaba nunca de otra cosa que de la forma. Para nada sonaban el sentimiento, el carácter y la vida. Ni uno sólo de ellos sospechaba que todo músico verdadero vive en un universo sonoro, del mismo modo que los demás hombres en un universo visible, y que sus días se van desarrollando en él como una ola musical. La música es el aire que respira y la atmósfera que le envuelve. La naturaleza se refleja en su alma como una música. Su alma misma es música; música cuando ama, odia, sufre, teme y espera. Un alma musical, cuando ama a un cuerpo hermoso, lo ve en forma de música. Los ojos queridos que la encantan, no son azules, ni grises, ni castaños: son musicales; experimenta, al verlos, la impresión de una caricia de notas, de un acorde delicioso. Esta música interior

es mil veces más rica que la música que la expresa, y el teclado es muy inferior al que lo ha manejado. El genio se mide por la potencia de la vida y por la que posee para expresarla por medio del arte, este instrumento imperfecto. Pero, ¿cuántos sospechan siquiera esto en Francia? Para este pueblo de químicos, la música parece ser únicamente el arte de combinar sonidos. Toman el alfabeto por el libro. Cristóbal se encogía de hombros cuando los oía decir con presunción que, para comprender el arte, era preciso prescindir del hombre. Ponían en esta paradoja una satisfacción manifiesta, porque de este modo creían demostrarse a sí mismos su musicalidad. Hasta Goujart, aquel bobo que no había podido comprender jamás cómo habría que hacer para recodar de memoria una página de música —había procurado hacerse explicar aquel misterio por Cristóbal— y que pretendía probarle que la grandeza de alma de Beethoven y el sensualismo de Wagner no tenían más parte en su música que la que puede tener el modelo de un pintor en los retratos que este hace.

Eso prueba, acabó por decirle Cristóbal con impaciencia, que un cuerpo hermoso no tiene para vosotros mayor mérito artístico que una gran pasión. ¡Pobre hombre!... No llegan ustedes a sospechar todo lo que la belleza de una figura perfecta puede agregar a la belleza de la pintura que la retrata, de igual modo que la belleza de un alma grande influye en la belleza de la música que la refleja... ¡Pobre hombre! ...¡Sólo le interesa a usted el oficio! Con tal que la obra esté bien hecha, poco le importa su significado... ¡Pobre hombre! Es usted como esa gente que no escucha lo que dice un orador, sino el metal de su voz, que le contempla sin comprender sus gesticulaciones y que, sin embargo, encuentra que habla admirablemente bien. ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre!

No era sólo tal o cuál teoría lo que irritaba a Cristóbal, sino todas las teorías. Estaba aburrido de tantas discusiones interminables, de tantas disputas bizantinas, de oír tantas veces conversar a los músicos siempre y exclusivamente de música. Había motivo para hastiar para siempre de la música al mejor músico. Pensada Cristóbal como Moussorgski, que de vez en cuando

harían bien los músicos en dejar a un lado su contrapunto y sus armonías, para consagrarse a la lectura de hermosos libros y a la experiencia de la vida. Hoy día no le basta a un músico la música; no es así como llegará a dominar su siglo y a elevarse sobre la nada. ¡Lo que hace falta es la vida! ¡Toda la vida! ¡Verlo todo, conocerlo todo! ¡Amar, buscar y estrechar en sus brazos la verdad, esa hermosa Pentesilea, reina de las Amazonas, que muerde al que la besa!

347

¡Basta de charlas musicales, de tiendas para fabricar acordes! Todos estos aliños de cocina armónica, no le enseñarían jamás a encontrar una armonía nueva que no fuese un monstruo, sino un ser viviente.

Volvió la espalda a aquellos doctores Wagner, que estaban empollando sus alambiques para hacer salir homúnculos de ellos; y, al evadirse de la música francesa, procuró conocer el medio literario y la sociedad parisiense.

Al principio, como muchos millones de personas en Francia, hizo Cristóbal conocimiento con la literatura francesa de su época por medio de los periódicos cotidianos. Como deseaba ponerse lo más pronto posible al unísono con el pensamiento parisiense, al mismo tiempo que perfeccionarse en la lengua, se impuso la obligación de leer a conciencia los periódicos que le aseguraban ser más parisienses. Los primeros días leyó, entre multitud de noticias de hechos horribles, cuyo relato y cuyas fotografías llenaban varias páginas, algunas gacetillas tan repugnantes y tan inmorales, referentes a hechos de la vida diaria de París, que tiró el periódico con repugnancia y dijo a Silvano Kohn:

—¡Ah! ¿Qué es lo que tienen ustedes? ¿Están enfermos?

Silvano Kohn se echó a reír, y dijo:

—Eso es arte.

Cristóbal se encogió de hombros:

—Ustedes se burlan de mí.

—De ninguna manera. Vea usted si no.

Enseñó a Cristóbal una información reciente acerca del Arte y de la Moral, de la que resultaba que “el Amor lo santificaba todo”, que “la Sensualidad era el fermento del arte”, que “el Arte no podía ser inmoral”, que “la Moral era una convención nacida de la educación jesuítica” y que, “únicamente, debía tenerse en cuenta la enormidad del deseo”.

Venían después una serie de certificados literarios que garantizaban en los periódicos la pureza artística de una novela que pintaba las costumbres de los rufianes. Algunos de los fiadores literarios llevaban los nombres más ilustres de la literatura

contemporánea, o eran austeros críticos. Un poeta de familia, burgués y católico, cubría con su bendición de artista una pintura muy bien hecha de las malas costumbres griegas. Algunos bombos líricos ensalzaban novelas, en que se ostentaba laboriosamente el desenfreno, a través de todas las edades: Roma, Alejandría, Bizancio, el Renacimiento italiano y francés, el Gran Siglo... En fin, un curso completo. Otro siglo de estudios comprendía los diversos países del globo: escritores concienzudos se habían consagrado, con paciencia de benedictinos, al estudio de todos los lupanares de las cinco partes del mundo. No causaba extrañeza hallar, entre aquellos geógrafos e historiadores del placer, poetas distinguidos y perfectos escritores. Sólo se distinguían de los otros por su erudición, pues decían, en términos impecables, indecencias arcaicas.

Lo que más le consternaba era el ver a gente al parecer honrada, y a verdaderos artistas, a hombres que gozaban en las letras francesas de justa notoriedad, aplicarse con grandísimo celo a aquel oficio para el que no estaban llamados. Algunos empleaban su ingenio en escribir, como los demás, relatos indecentes que los periódicos de la mañana iban publicando por raciones. Por regla general, ponían en fecha fija, una o dos veces por semana, y esto duraba desde hacía años. Ponían sin cesar y, como no tenían ya nada que decir, se devanaban los sesos para sacar algo nuevo más espeluznante y más incongruente; porque el público, hartado ya, se cansaba de todos los platos y no tardaba en encontrar insulsos los relatos más desvergonzados: había que hacer algo más en aquella eterna almoneda. Había que hacer algo más que los otros y algo más que uno mismo; y acababan por echar su gente y sus mismas entrañas. Era aquel un espectáculo lamentable y grotesco.

Cristóbal, que no conocía todas las interioridades de tan triste oficio, y que si las hubiese conocido no se hubiera mostrado más indulgente, porque no había nada en el mundo que excusase a sus ojos a un artista que vendiese su arte por treinta monedas...

—¿Ni para asegurar el bienestar de las personas amadas?

—Ni aun para eso.

—Eso no es humano.

—No se trata de ser humano, sino de ser un hombre... ¡Humano!... ¡Dios bendiga vuestro humanitarismo que no tiene ni una gota de sangre!... ¡No se puede tener inclinación a veinte cosas a la vez, ni es posible servir a muchos dioses!...

350 Cristóbal, que en su vida de trabajo no había salido nunca del horizonte de su modesta ciudad alemana, no podía sospechar que aquella depravación artística, que con tanta crudeza se ostentaba en París, era común a casi todas las grandes ciudades; y las preocupaciones hereditarias de la casta alemana contra la inmoralidad latina, se despertaban en él con fuerza. Sin embargo, no le hubiera costado gran trabajo a Silvano Kohn el oponer a sus diatribas lo que ocurría a orillas del Spree, y la espantosa podredumbre del cogollo de la Alemania imperial, cuya brutalidad ponía más de relieve aún su ignominia. Pero Silvano Kohn no pensaba en semejante cosa, que no le chocaba más que las costumbres parisienses. Pensaba, lógicamente, que “cada pueblo tiene sus usos”, y hallaba tan naturales los del mundo en que vivía, que Cristóbal podía creer que constituían la naturaleza misma de la raza. Por eso, a imitación de sus compatriotas, no dejaba de ver en esta úlcera que devora a las aristocracias intelectuales de Europa, el vicio propio del arte francés, la bancarrota de las razas latinas.

Este primer contacto de Cristóbal con la literatura francesa le fue muy penoso y necesitó largo tiempo para olvidarlo en lo sucesivo. No faltaban, sin embargo, obras que no se consagraban únicamente a lo que uno de esos escritores llamaba noblemente “la afición a las diversiones fundamentales”. Pero nada llegaba hasta él de las más hermosas y de las mejores. No eran éstas de las que solicitan los sufragios de un Silvano Kohn y de sus amigos; no se inquietaban por ellos, ni ellos por ellas: se desconocían mutuamente. Jamás Silvano Kohn hubiera hablado de ellas a Cristóbal. Estaba convencido de buena fe de que sus amigos y él encarnaban el arte francés, y de que fuera de aquellos a quienes su opinión y la Prensa de los bulevares habían consagrado como grandes hombres, no había talento, ni arte, ni Francia. Cristóbal nada conoció de los poetas que eran la gloria de las letras francesas del

día, la corona de Francia. De los novelistas, sólo llegaron hasta él, sobrenadando en la marea de las medianías, algunos libros de Barrès y de Anatole France. Pero estaba aún demasiado poco familiarizado con la lengua para poder apreciar el universal dilettantismo y la ironía erudita del uno, y el arte desigual, pero a vetes superior, del otro. Durante algún tiempo, contempló con curiosidad los naranjitos de invernadero que brotaban en el de Anatole France, y las flores frágiles y perfectas que nacían en el cementerio del alma de Barrès. También se detuvo algunos instantes en presencia del genio, algo sublime y algo bobo de Maeterlinck: se desprendía de él un misticismo mundano, monótono y adormecedor como un dolor vago. Dio una sacudida y cayó en el torrente de fuerza brutal, en el fangoso romanticismo de Zola, que ya conocía, y no salió de él sino para ahogarse por completo en una inundación de literatura.

351

De aquellas llanuras inundadas se exhalaba un *odor di femina*. La literatura de entonces estaba llena de hombres hembras y de mujeres. Está bien que las mujeres escriban si tienen la sinceridad de pintar lo que ningún hombre ha podido comprender jamás por completo: el fondo del alma femenina. Pero sólo se atrevían a hacerlo un corto número; la mayor parte de las demás sólo escribían para atraer al hombre. Eran tan mentirosas en sus libros como en sus salones; se embellecían con empalagosos afeites y coqueteaban con el lector. Desde que no eran beatas ni tenían confesor a quien contar sus pequeñas indecencias, se las contaban al público. Era aquello una lluvia de novelas casi todas licenciosas, todas amaneradas, escritas en una lengua que parecía cecear, una lengua que olía a flores y a perfumes exquisitos —demasiado exquisitos—, y también a perfumes de mediana calidad, y al eterno y obsesionante y empalagoso olor cálido y azucarado que se hallaba difundido en toda la literatura. “Cristóbal pensaba, como Goethe: “¡Hagan las mujeres cuantos versos quieran y escriban lo que se les antoje, pero no escriban los hombres como las mujeres. Eso no me gusta!”. Le causaban repugnancia esos melindres, esa coquetería de mal género, esa sensiblería empleada preferentemente en provecho de los seres

menos dignos de interés, ese estilo formado de ideologías, amaneramiento y sensualismo, esa mezcla de refinamiento y de brutalidad, esos carreteros psicólogos.

352 Pero Cristóbal se daba cuenta de que no podía juzgar con rectitud. Lo ensordecía el rumor de aquella Feria de Palabras. Era imposible oír los lindos solos de flauta que se perdían en el tumulto. Porque, hasta en esas obras de entretenimiento, había algunas en cuyo fondo sonreía el cielo límpido y la línea armoniosa de las colinas del Ática, y en ellas abundaba el talento, la gracia, la dulzura de vivir y un encanto de estilo y una belleza de pensamiento semejante a las lindas voluptuosas o a los lánguidos adolescentes del Perugino y del joven Rafael, que con los ojos medio cerrados, sonríen a su amoroso ensueño. Cristóbal nada veía. No había nada capaz de revelarles las tendencias dominantes, las corrientes del espíritu público. A un francés mismo le hubiera costado gran trabajo orientarse. Y lo único de que era lícito darse cuenta por el momento era de aquel desbordamiento de literatura que parecía una calamidad pública. Se diría que todo el mundo escribía: hombres, mujeres, niños, oficiales, cómicos, gente de sociedad y forzados. Era aquello una epidemia.

Por el momento, renunció Cristóbal a su exploración. Comprendió que un guía como Silvano Kohn no podía menos de extraviarle por completo. El experimento que había hecho en Alemania con un cenáculo literario lo hacía desconfiar del medio en que se encontraba; era escéptico en materia de libros y revistas: jamás se sabía si representaban simplemente la opinión de un centenar de desocupados y, hasta en ciertos casos, si no tenían más público que su autor. El teatro daba una idea más exacta de la sociedad y ocupaba un puesto preeminente en la vida cotidiana de París. Era una cocina enorme, un restaurante pantagruélico que no bastaba para saciar el apetito de aquellos dos millones de personas. Había unos treinta grandes teatros, sin hablar de los teatros de barrio, de los cafés cantantes y de los diversos espectáculos, es decir, un centenar de salones en que se representaba todas las noches y que casi todas las noches estaban llenos. Allí se agitaba un mundo de actores y de empleados y en aquella sima iban a perderse sumas



colosales. Los cuatro teatros subvencionados daban ocupación por sí solos a unas tres mil personas y gastaban diez millones. París entero estaba lleno de gloria de los cómicos. A cada paso se veían innumerables fotografías, dibujos y caricaturas que reproducían sus muecas y sus modas, los gramófonos, su voz gangosa, y los periódicos, sus juicios sobre arte y sobre política. Tenían su Prensa especial y publicaban sus memorias heroicas y familiares. En medio de los demás parisienses, aquellos niños grandes dados a la holganza, se pasaban la vida en remedarse; aquellos monos perfectos tenían en sus manos el cetro y los autores dramáticos eran sus primeros ministros. Cristóbal pidió a Silvano Kohn que lo introdujese en el reino de los reflejos y de las sombras.

## 354 XV

Pero Silvano no era guía más seguro en aquel país que en el de los libros, y la primera impresión que, gracias a él, recibió Cristóbal de los teatros parisienses, no fue menos repugnante que la de sus primeras lecturas. Parecía que por todas partes reinaba el mismo espíritu de prostitución cerebral.

Entre los vendedores de placer había dos escuelas. Se ajustaba la una a la buena y antigua tradición, a la moda verdaderamente nacional, a la sal grosera y licenciosa, al teatro llano, a la alegría de la fealdad de las digestiones copiosas, de la deformidad física, a la gente en calzoncillos, a las bromas de cuartel y a las historias, sazonadas con pimienta roja, de los gabinetes particulares, “a esa franqueza varonil”, según dicen los que pretenden conciliar el libertinaje con la moral porque, después de cuatro actos llenos de porquerías, triunfan al fin el orden y el código, haciendo que caiga, gracias al azar de un embrollo, la mujer legítima en el lecho del marido a quien pretendía engañar —con tal que la ley quede en salvo, la virtud queda también— a esa honradez crapulosa que defiende el matrimonio, dándole aires de desenfreno: en fin, el género francés.

La otra escuela pertenecía al *modern style*. Era mucho más refinada y también más repugnante. Los judíos parisianizados y los cristianos ajudaizados, que abundaban en el teatro, habían introducido en dicha escuela ese habitual espejismo de sentimientos que es el rasgo distintivo de un cosmopolitismo degenerado. Aquellos hijos que se avergonzaban de su padre, ponían el mayor empeño en renegar de la conciencia de su raza, y lo conseguían con exceso. Después de haberse despojado de su alma

secular, no les quedaba otra personalidad que mezclar los valores intelectuales y morales de los demás pueblos; hacían con ello una macedonia, una *olla podrida*, y esto constituía sus delicias. Los que entonces tenían el cetro del teatro en París, sobresalían en el arte de mezclar la licencia y el sentimiento; en dar a la virtud cierto perfume de vicio, y al vicio cierto perfume de virtud; en alterar todas las relaciones de edad, de sexo, de familia y de afecciones. Daban de esta suerte a su arte un olor *sui generis* que era bueno y malo a la vez, o mejor dicho, muy malo: llamaban a esto “amoralismo”.

355

Uno de sus héroes de predilección era por entonces el anciano enamorado. Su teatro presentaba una rica galería de retratos. Hallaban en la pintura de este tipo la ocasión para mostrar mil delicadezas. Ya suponían que el héroe sexagenario tenía por confidenta a su hija; él le hablaba de su querida y ella de sus amantes; ambos se aconsejaban fraternalmente, el bondadoso padre ayudaba a su hija en sus adulterios; en cambio, la buena hija servía de Celestina cerca de la querida infiel, le suplicaba que volviese y la llevaba nuevamente al redil. Otras veces, el digno anciano se convertía a su vez en confidente de su querida; hablaba con ella de los amantes que ésta había tenido y, a falta de otra cosa, se contentaba con el relato de sus liviandades y hasta acababa por hallar placer en el mismo. Se veían, también, amantes, perfectos *gentleman*, que entraban como intendentes en casa de sus antiguas queridas y velaban por su comercio y sus amores. Las mujeres del gran mundo robaban. Los hombres eran alcahuetes y las jóvenes, sacerdotisas de Lesbos. Todo esto tenía lugar en la alta sociedad, en el mundo de los ricos, único que debía tenerse en cuenta. Porque permitía ofrecer a los clientes, bajo el manto de las seducciones del lujo, una mercancía averiada. Pintada y disfrazada de esta suerte, se la quitaba de las manos; las señoras jóvenes y los caballeros ancianos hacían de ellas sus delicias. De todo aquello se desprendía un tufillo de cadáver y de *pastillas del serrallo*. Su estilo no era más puro que sus sentimientos. Se habían fabricado una jerga brillante, compuesta de expresiones de todas clases y de todos los países, pedantesca, tabernaria,

clásica, lírica, culterana, pegajosa y propia de borrachos, una mixtura de retruécanos, de palabras afectadas, de groserías y de chistes que parecían tener acento extranjero. Irónicos y dotados de cierto humor algo bufonesco, no tenían ingenio natural; pero, como eran diestros, lo fabricaban con bastante habilidad al estilo de París. Si la piedra no resultaba siempre con las más brillantes aguas, y si el engarce era siempre de mal gusto y recargado, a lo menos brillaba a la luz y era todo lo que hacía falta; inteligentes, por otra parte; buenos observadores, pero observadores miopes, con los ojos deformados durante siglos por la vida del mostrador; examinando los sentimientos con un lente que daba gran relieve a las cosas menudas, y no viendo las grandes; dotados de un gusto muy vivo hacia los oropeles, eran incapaces de pintar otra cosa que lo que le parecía a su esnobismo de ricos improvisados el ideal de la sociedad elegante: un puñado de vividores fatigados y de aventureros que se disputaban el goce de algunos robos y de algunas hembras sin virtud.

A veces, sin embargo, se despertaba de pronto la verdadera naturaleza de aquellos escritores judíos y subía desde las lejanías de su ser a propósito de algún eco misterioso provocado por el choque de una palabra o de una sensación. Entonces, se veía una amalgama extraña de siglos y de razas, una ráfaga del desierto que, por encima de los mares traía a las alcobas parisienses olores de bazar turco, espejismo de las arenas, alucinaciones orientales; un sensualismo ebrio, gran poder para la invectiva, una neurosis rabiosa que estaba a dos dedos de las convulsiones, un frenesí de destrucción; Sansón, que —sentado desde hace siglos en la sombra— se levanta como un león y sacude con rabia las columnas del templo, columnas que se desploman sobre él y sobre la raza enemiga.

Cristóbal se rascó la nariz, y dijo a Silvano Kohn:

—Hay en esa obra vigor; pero hiede. ¡Basta! Vamos a ver otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Silvano Kohn.

—Vamos a ver a Francia.

—¡Hela aquí!—dijo Kohn.

—No es posible —repuso Cristóbal—. Francia no es eso.

—Francia, lo mismo que Alemania.

—No lo creo. Un pueblo así no tendría vida para veinte años: huele ya a podrido. Debe haber otra cosa.

—No hay nada mejor.

—Sí, hay otra cosa —repitió Cristóbal con obstinación.

—¡Oh!, también tenemos almas hermosas, naturalmente —dijo Silvano Kohn—, y teatros para esas almas. ¿Es esto lo que usted necesita? Podemos complacerle. 357

Después condujo a Cristóbal al Teatro francés.

Representaban aquella noche una comedia moderna, en prosa, que planteaba una cuestión jurídica.

Desde las primeras palabras, no supo ya Cristóbal en qué mundo pasaba la acción. Las voces de los actores eran desmesuradamente amplias, graves, lentas y acompasadas; articulaban todas las sílabas como si quisiesen dar lecciones de dicción y parecían medir perpetuamente alejandrinos, con una especie de hipo trágico. Los gestos eran solemnes y casi hieráticos. La heroína, envuelta en su bata como en un peplo griego, con los brazos levantados y la cabeza baja, seguía representando el papel de Antígona, y sonreía con una sonrisa de eterno sacrificio, modulando las notas más profundas de su hermosa voz de contralto. El barba andaba como un maestro de esgrima, con gestos automáticos, con una dignidad fúnebre y con un romanticismo de frac negro. El galán joven se apretaba fríamente el cuello y el pecho para sacar algunas lágrimas. La obra estaba escrita en estilo de folletín trágico: todo eran palabras abstractas, epítetos burocráticos, perífrasis académica: ni un movimiento, ni un grito imprevisto. Desde el principio hasta el fin, parecía aquella un mecanismo de reloj, un problema planteado, un esquema dramático, un esqueleto de pieza que no llevaba encima por vía de carne sino frases de libro. Todo eran ideas tímidas en el fondo de aquellas discusiones que querían parecer atrevidas, y en las que palpataba el alma de un modesto y grave burgués.

La heroína se había divorciado de un marido indigno, del que había tenido un hijo, y se había vuelto a casar con un hombre honrado, a quien amaba.

Se trataba de demostrar que, aun en este caso, condenaban de común acuerdo el divorcio, la naturaleza y las preocupaciones. Para esto, no había nada más fácil: el autor se arreglaba de manera que el primer marido volviese a tomar posesión de su esposa una vez por sorpresa. Y después, en lugar de atender simplemente a la naturaleza, que hubiera exigido remordimientos, tal vez una vergüenza profunda, pero, seguramente, un deseo tanto mayor de amar y de honrar al segundo, al hombre honrado, se presentaba un caso de conciencia heroico y antinatural. ¡Cuesta tan poco trabajo ser virtuoso fuera de las leyes de la naturaleza! Los escritores franceses no parecen muy familiarizados con la virtud: cuando hablan fuerzan la nota; no hay medio de creer lo que dicen. Se diría que siempre tenemos que habérnoslas con héroes de Corneille, con reyes de tragedia. Y, ¿no son seguramente reyes esos héroes millonarios y esas heroínas que no serían capaces de excitar el menor interés, si no tuviesen, por lo menos, un hotel en París y dos o tres castillos en provincia? La riqueza, para esta clase de escritores y de público, es una especie de belleza, casi una virtud.

El público causaba aún más admiración que la obra, pues no se cansaba de admirar todas las inverosimilitudes, repetidas hasta lo infinito. Se reía en los pasajes en que el autor decía la frase que debía hacer reír, anunciándolo de nuevo, a fin de que tuviese tiempo de prepararse a reír. Se limpiaba ruidosamente las narices y tosía, profundamente conmovido, en los momentos en que los maniqués trágicos hipaban, se ruborizaban o se desmayaban, según ritos consagrados.

—¡Y luego dicen que los franceses son ligeros! —exclamó Cristóbal, al salir de la representación.

—Hay tiempo para todo —dijo Silvano Kohn, con sorna—. ¿No quería usted virtud? Ya ve usted que la hay en Francia.

—¡Eso no es virtud! —exclamó Cristóbal—. ¡Eso es elocuencia!

—Entre nosotros —dijo Silvano—, la virtud es siempre elocuente en el teatro.

—Virtud de pretorio —dijo Cristóbal—; se lleva la palma el más hablador. Detesto a los abogados. ¿No tienen ustedes poetas en Francia?

Silvano lo llevó a teatros poéticos.



Había poetas en Francia, hasta grandes poetas; pero no se había hecho el teatro para ellos, sino para los rimadores. El teatro es para la poesía lo que la ópera para la música, como decía Berlioz: *Situc amori lupanar*<sup>9</sup>.

Cristóbal vio princesas hechas cortesanas por virtud, que tenían a gran honra el prostituirse, y que alguno comparaba con Cristo al subir al Calvario. Amigos que engañaban a su amigo con abnegación hacia él —cornudos heroicos, el tipo, como el de la santa prostituida, se había convertido en artículo europeo; el ejemplo del rey Mark les había hecho perder la cabeza: como el ciervo de San Huberto, no podían presentarse sino con una aureola—. Cristóbal vio también mujeres galantes, que luchaban entre la pasión y el deber; la pasión las impulsa a seguir a un nuevo amante, y el deber a quedarse al lado del antiguo, un viejo que les daba dinero y a quien, por otra parte, engañaban. Al fin, escogían heroicamente el deber. A Cristóbal le parecía que aquel deber se parecía mucho al sórdido interés; pero el público quedaba contento. Le bastaba la palabra deber; lo que esta significaba no venía al caso: el pabellón cubría la mercancía.

El colmo del arte y lo que más entusiasmaba, era cuando podían ponerse de acuerdo, del modo más paradójico, la inmoralidad sexual con el heroísmo corneliano. De esta suerte, todo quedaba satisfecho en aquel público parisiense: su mente, sus sentidos y su retórica. Por otra parte, había que hacerle justicia; era más hablador que desvergonzado. La elocuencia hacía sus delicias.

---

9. Así como la prostitución en el amor.

Se hubiera hecho azotar por oír un hermoso discurso. Virtud o vicio, heroísmo extraordinario o bajeza crapulosa, no había píl-dora que no se le hiciese tragar si se le doraba con rimas sonoras y con palabras redundantes. Todo servía para hacer coplas, antí-tesis y argumentos: el amor, el sufrimiento y la muerte. Y una vez hecho esto, creían haber sentido y expresado el amor, el sufrimiento y la muerte. Todo eran frases y cosas de juego. Cuando Víctor Hugo hacía oír su trueno, inmediatamente —como decía uno de sus apóstoles— le ponía una sordina para no asustar ni aun a un niño de teta. El apóstol estaba persuadido de que dirigía un cumplido a su héroe. Jamás se sentía en el arte de aquella gente una fuerza de la naturaleza. A todo le daban aspecto mundano. Como en música —más aún que en ella—, que era un arte más nuevo en Francia y relativamente más cándido, tenían miedo a lo “ya dicho”. Los de más talento ponían el mayor empeño en decir lo contrario. El procedimiento presentaba una sencillez infantil; se elegía una hermosa leyenda o un cuento de niños, y se le hacía expresar lo contrario de lo que querían decir. De esta suerte resul-taba un barba azul apaleado por sus mujeres, o un Polifemo que se saltaba el ojo, por pura bondad, a fin de sacrificarse por la felici-dad de Acis y de Galatea. En todo esto no había nada serio más que la forma. Aun así le parecía a Cristóbal —aunque era mal juez en la materia— que aquellos maestros de la forma eran más bien petimetres y grandes imitadores de los escritores célebres, creadores de su estilo y que pintaban con amplitud.

Se las echaban de artistas y de poetas. En ninguna parte se ostentaba la mentira poética con más insolencia que en el drama heroico. Se habían forjado una concepción burlesca del héroe.

*L'important, c'est d'avoir une âme magnifique,  
un oeil d'aigle, un front large et haut comme un portique  
un air puissant et grave, émouvant, radieux,  
un coeur plein de frissons, du rêve plein les yeux*<sup>10</sup>.

10. Lo importante es haber tenido un alma magnífica, un ojo de águila, una frente ancha y alta como un pórtico, un aire poderoso y grave, conmovedor, radiante, un corazón lleno de escalofríos, los ojos llenos de sueños.

Semejantes versos eran tomados en serio. Bajo aquellas ampulósidades y frases empenachadas, bajo aquellos simulacros teatrales con espadas de hojalata y cascos de cartón, se hallaba siempre la incurable futilidad de un Sardou, el intrépido *vodevilésco* que hace títeres con la historia. ¿A qué podía corresponder, en realidad el heroísmo de un Cirano? Aquella gente revolvió cielo y tierra, hacía salir de sus tumbas al emperador y a sus legiones, a los bandos de la Liga, a los *condottieri* del Renacimiento, en fin, todos los ciclones humanos que devastaron el universo, y esto sin más objeto que el mostrar algún fante impasible en medio de las matanzas, rodeado de ejércitos de pícaros y de serrallos de cautivas, que se consumía en el fuego de un amorcillo necio y romántico por una mujer a quien había visto diez o quince años antes, o al rey Enrique, que corría a hacerse asesinar porque ya no lo amaba su querida.

Así es como aquella buena gente jugaba a los reyes y a los *condottieri* de salón y representaba la pasión heroica. Dignos retoños de aquellos ilustres pánfilos de la época de *Gran Ciro*, aquellos gascones del ideal, Scudéry y la Calprenède —semilla indestructible, cantores del falso heroísmo, del heroísmo imposible, que es el enemigo del verdadero—. Cristóbal observaba con asombro que los franceses a quienes se tenían por tan listos, carecían del sentido de lo ridículo.

Y había que dar gracias, cuando no estaba de moda el sacar a las tablas la religión. Entonces, durante la cuaresma, leían los cómicos en La Gaîté los Sermones de Bossuet, con acompañamiento de órgano. Autores israelitas escribían para actrices israelitas tragedias sobre Santa Teresa: Se representaba el *Vía Crucis* en la Bodinière, el *Niño Jesús* en el Ambigú, la *Pasión* en la Porte-Saint-Martin, *Jesús* en el Odeón, y se ejecutaban composiciones sobre Cristo, en el Jardín de Aclimatación. No faltaba un brillante *causeur*, un poeta del amor voluptuoso, que hiciese en el Châtelet una conferencia sobre *la Redención*. Naturalmente, todo lo que mejor recordaba aquella gente mundana del Evangelio, eran Pilatos y la Magdalena: “¿Qué es la Verdad?”, y la Santa Virgen Loca. Y sus Cristos boulevardescos se mostraban espantosamente

habladores, y muy al corriente de todos los intrínquilis de la casuística mundana.

Cristóbal dijo:

—Eso es lo peor de todo. Eso es la mentira encarnada. Me ahogo. Salgamos de aquí.

Había, sin embargo, un gran arte clásico que subsistiría en medio de aquellas industrias modernas, como las ruinas de los nobles templos antiguos entre las aparatosas construcciones de la Roma de hoy día. Pero, fuera de Molière, Cristóbal no se hallaba aún en estado de apreciarlo. Le faltaba el sentido íntimo de la lengua, y, por lo tanto, del genio de la raza. Nada era tan abstruso para él como la tragedia del siglo XVIII —una de las regiones del arte francés menos accesibles a los extranjeros, precisamente porque se halla situada en el corazón mismo de Francia—; hallábala abrumadoramente fastidiosa, fría, seca, descorazonadora a causa de sus melindres y pedantismo. Sólo veía en ella una acción indigente o forzada, y personajes abstractos como argumentos de retórica o insípidos como una conversación de señoras de la buena sociedad; una caricatura de los asuntos y de los héroes antiguos; un alarde de razón, de razones, de argucias, de psicología y de arqueología pasada de moda; en resumen, discursos y discursos: la eterna palabrería francesa. Cristóbal se negaba irónicamente a decidir si aquello era o no hermoso, pues no hallaba en ello ningún interés; cualesquiera que fuesen las tesis sostenidas alternativamente por los oradores de *Cinna*, le era perfectamente indiferente el que al fin triunfase una de ellas.

Echaba de ver, por otra parte, que el público francés no era de su parecer y que aplaudía aquellas piezas que le fastidiaban. Esto no contribuía en modo alguno a disipar el error, pues veía aquel teatro a través del público, y reconocía en los franceses modernos ciertos rasgos, aunque deformados, de los clásicos. No de otra suerte una mirada demasiado lúcida lograría descubrir en el ajado rostro de una vieja coqueta los rasgos delicados y puros de su hija

—el espectáculo es poco a propósito para dar origen a la ilusión amorosa—. Como individuos de una misma familia, acostumbrados a verse constantemente, los franceses no echaban de ver el parecido. Cristóbal lo observaba con asombro y hasta lo exageraba: era lo único que veía. El arte que lo rodeaba parecía representar caricaturas de los grandes antepasados; y estos últimos se le aparecían, a su vez, en caricatura. Por eso no distinguía ya a Corneille de su descendencia de retóricos poéticos, emperrados en sembrar por todas partes casos de conciencia sublimes y absurdos, al paso que Racine se confundía con su cortejo de pequeños psicólogos parisienses inclinados con pretensiones de investigar sus corazones.

Toda aquella gente no se salía de sus clásicos. Los críticos continuaban discutiendo indefinidamente acerca de *Tartufo* y de *Fedra*. No se cansaban de oír las mismas piezas. Se deleitaban con las mismas palabras y, ya ancianos, se reían de las mismas ocurrencias que habían hecho sus delicias cuando eran niños. Así debía continuar hasta el fin de la raza. No había país en el mundo que conservase tan arraigado el culto de sus tatarabuelos. No les interesaba el resto del Universo. ¡Cuántos hombres, aún de los más inteligentes, no habían leído ni querían leer nada fuera de lo que se había escrito en Francia en la época del gran Rey! Sus teatros no representaban ni a Goethe, ni a Schiller, ni a Kleist, ni a Grillparzer, ni a Hebbel, ni a ninguno de los grandes hombres de ninguna de las demás naciones fuera de la Grecia antigua, de la que se llamaban herederos —como los demás pueblos de Europa—. De tarde en tarde, experimentaban la necesidad de meter a Shakespeare en el repertorio. Era la piedra de toque. Había entre ellos dos escuelas de intérpretes: unos representaban al *Rey Lear* con un realismo burgués, como una comedia de Emilio Augier; otros hacían de *Hamlet* una ópera, con aire bravucón y vocalizaciones a lo Víctor Hugo. No se les ocurría la idea de que la realidad pudiese ser poética, ni la poesía una lengua espontánea para corazones rebosantes de vida. Shakespeare les parecía falso y no tardaban en volver a Rostand.

Sin embargo, hacía veinte años que se venía haciendo un esfuerzo considerable para renovar el teatro; el estrecho círculo

de los temas de la literatura parisiense se había ensanchado: tocaba a todo, con cierta apariencia de audacia. Es más: dos o tres veces la lucha exterior y la vida pública habían roto con un vigoroso impulso el telón de lo convencional; pero se apresuraban a remendar los rasgones. Eran padres delicados que tenían miedo de ver las cosas como eran. Cierta espíritu de sociedad, la tradición clásica, la rutina del espíritu y de la forma y la profunda falta de seriedad les impedían ir hasta el fin de sus atrevimientos. Los problemas más conmovedores se convertían en ingeniosos juegos y todo se reducía siempre a cuestiones de mujerzuelas. ¡Qué triste figura hacían en sus escenarios los fantasmas de los grandes hombres: la anarquía irónica de Ibsen, el evangelio de Tolstoi, el superhombre de Nietzsche!

367

Los escritores de París se tomaban grandísimo trabajo para hacer ver que pensaban cosas nuevas. En el fondo, todos eran conservadores. No había literatura europea en que dominase más general y más inconscientemente lo pasado, lo viejo, “el eterno ayer”: en las grandes revistas, en los grandes periódicos, en los teatros subvencionados y en las academias, París era, en materia de literatura, lo que Londres en política: el freno moderador del espíritu europeo. La Academia francesa era una Cámara de los Lores. Había cierto número de instituciones del Antiguo régimen que persistían en imponer su espíritu de otra época a la sociedad presente. Los elementos revolucionarios eran rechazados o asimilados con rapidez y no pedían otra cosa. En vano adoptaban los gobiernos, en política, ademanes socialistas. En el arte, todo el mundo iba a remolque de las academias y de las escuelas académicas. Contra las academias no había más lucha que la de los cenáculos que luchaban en malas condiciones, porque, tan pronto como un cenáculo podía hacerlo, se metía en una Academia y se hacía más académico que las demás. En resumen, ya figurase el escritor en la vanguardia, o en los furgones del ejército, era casi siempre prisionero de su grupo y de las ideas del mismo. Los unos se acantonaban en su credo académico, los otros en su credo revolucionario; y, en fin de cuentas, todo venía a ser lo mismo.

Para despertar a Cristóbal, a quien parecía adormecer el arte académico, le propuso Silvano llevarle a ciertos teatros de un género especial, la última palabra del refinamiento. Allí se veían asesinatos, violaciones, locuras, torturas, ojos arrancados, vientres destripados, todo lo que podía excitar los nervios y satisfacer la barbarie oculta de una sociedad escogida y demasiado civilizada. Aquello ejercía el mayor atractivo sobre un público de lindas mujeres y de hombres de mundo, los mismos que iban a encerrarse durante las tardes en las salas sin aire del Palacio de Justicia, para seguir los procesos escandalosos, charlando, riendo y comiendo bombones. Cristóbal se negó a ello con indignación. Cuanto más avanzaba en aquel arte, más se determinaba el olor que desde los primeros pasos se había ido apoderando de él, solapado, pero tenaz y sofocante: el olor de la muerte.

La muerte se hallaba por todas partes, debajo de aquel lujo aparente y en medio de aquel ruido. Cristóbal se explicaba ya ahora la repulsión que en un principio le habían inspirado ciertas obras. No le chocaba su inmoralidad. Moralidad, inmoralidad, amoralidad, todas estas palabras nada significan. Cristóbal no se había forjado nunca teorías morales. Gustábanle, en lo pasado, muchos y muy grandes poetas, muy grandes músicos, que no habían sido santos; cuando tenía la suerte de tropezar con un gran artista, no le pedía su cédula de confesión; le preguntaba únicamente:

—¿Estás sano?

Estar sano era lo principal. Como dice Goethe: “Si el poeta está enfermo, empiece por curarse. Cuando se haya curado, escribirá”.



Los escritores parisienses estaban enfermos; o, cuando uno de ellos estaba sano, era raro que no se avergonzase de ello; lo ocultaba como un defecto y procuraba atrapar una buena enfermedad. Su mal no se revelaba en tal o cual rasgo de su arte: en su afición al placer, en la licencia extrema del pensamiento, y en la crítica universal, que ponía de nuevo en tela de juicio las afirmaciones del espíritu. Todos estos rasgos podían ser, y lo eran, según los casos, sanos o malsanos; pero no había en ellos ningún germen de muerte. Si había allí signos de muerte, no procedía ésta de semejantes fuerzas, sino del empleo que de ellas hacían; residía en ellos mismos. A él también le gustaban el placer y la libertad. En su modesta ciudad alemana había suscitado contra sí la opinión pública por su franqueza en defender muchas cosas que hallaba ahora ensalzadas por aquellos parisienses y que, sin embargo, ensalzadas por ellos, le causaban asco. Eran, no obstante, las mismas cosas. Pero no tenían el mismo sentido en él y en aquellos parisienses. Cuando Cristóbal, impaciente, sacudía el yugo de los grandes maestros del pasado, cuando declaraba la guerra a la estética y a la moral fariseas, no lo hacía como cosa de juego, a semejanza de aquellos brillantes ingenios; él era serio, terriblemente serio, y su rebelión tenía por objeto la vida, la vida fecunda, engendradora de los siglos futuros, mientras que en aquella gente todo se reducía al goce puramente estéril. Esta era la clave del enigma; un desenfreno infecundo del pensamiento y de los sentidos. Un arte brillante, lleno de ingenio y de habilidad —una hermosa forma, de seguro, una tradición de la belleza que se mantenía indestructible a pesar de los aluviones extranjeros—, un teatro que era verdadero teatro, un estilo que era verdadero estilo, autores que conocían su oficio, escritores que sabían escribir, en resumen, el esqueleto bastante hermoso de un arte y de un pensamiento que habían sido potentes; pero nada más que un esqueleto. Palabras que tañen, frases que suenan, choques metálicos de ideas que tropiezan en el vacío. Juegos de ingenio, cerebros poseídos de la obsesión de la sensualidad y sentidos razonadores. Todo aquello para nada servía, sino para gozar de un modo egoísta. Todo ello iba derecho a la muerte. Era un

fenómeno análogo al de la espantosa despoblación de Francia, que Europa observaba y descontaba en silencio.

370 Tanto ingenio, tanta inteligencia y sentidos tan refinados se empleaban en una especie de onanismo vergonzoso. No se daban cuenta de ello ni querían dársela, y seguían riendo. Es más, esta era la sola cosa que tranquilizaba algo a Cristóbal: aquella gente sabía aún reír; luego, no estaba todo perdido. Le gustaban mucho menos cuando querían echárselas de serios; y nada le molestaba tanto como ver a escritores que sólo buscaban en el arte un instrumento de placer, echárselas de sacerdotes de una religión desinteresada.

—Nosotros somos artistas —repetía con complacencia Silvano Kohn—. Hacemos el arte por el arte. El arte es siempre puro; en él es todo casto. Exploramos la vida, a manera de turistas a quienes todo les divierte, sentimos curiosidad de experimentar sensaciones raras, somos los enamorados de la belleza.

—Son ustedes hipócritas —acabó por responder, sin rodeos, Cristóbal—. Dispénsenme ustedes que se los diga. Hasta aquí creí que sólo en mi país existía la hipocresía. En Alemania, tenemos la hipocresía de hablar siempre de idealismo sin dejar de atender un momento a nuestro interés y hasta de pensar que somos idealistas, cuando sólo nos ocupamos en satisfacer nuestro egoísmo. Pero ustedes son peores, mucho peores; encubren, con el nombre de Artes y de Belleza (con mayúscula), su lujuria nacional, cuando no abrigan su Pilatismo moral con el nombre de Verdad, Ciencia y Deber intelectual, lavándose las manos como para librarse de las consecuencias posibles de sus altaneras investigaciones. ¡El arte por el arte!... ¡Una fe magnífica! Pero, ¡si la fe sólo es propia de los fuertes! ¡El Arte! ¡Estrechar la vida como el águila su presa y llevársela por los aires, elevarse con ella al espacio sereno!... Para eso se necesitan garras, amplias alas y un corazón potente, siendo así que ustedes no son sino gorriones que, cuando encuentran un pedazo de carne podrida, lo despedazan en el mismo sitio y se lo disputan piando... ¡El Arte por el Arte!... ¡Desdichados!... El Arte no es un pasto vil entregado a todos los viles transeúntes. Es ciertamente un goce y el más embriagador

de todos. Pero es un goce que sólo es la recompensa de una lucha encarnizada, un laurel que corona la victoria de la fuerza. El Arte es la vida domada. El Arte es el emperador de la vida. Cuando se quiere ser César hay que tener alma; pero ustedes no son sino reyes de teatro: están desempeñando un papel y ni siquiera creen en él. Y como esos autores, que se vanaglorian de sus deformidades, fabrican ustedes literatura con las suyas y las del público. Cultivan amorosamente las enfermedades de su pueblo, su miedo a todo esfuerzo, su afición al placer, a las ideologías sensuales, al humanitarismo quimérico, a todo lo que adormece voluptuosamente la voluntad y puede quitarle todo pretexto para obrar. Le conducen ustedes directamente a los fumaderos de opio. Y lo saben de sobra, pero no lo dicen: allí está la muerte. Pues bien, yo digo: donde está la muerte no puede estar el Arte. El Arte es lo que da vida. Pero los más honrados de vuestros escritores son tan cobardes que, hasta cuando se les cae la venda de los ojos, fingen no ver; tienen el tupé de decir:

—Confieso que eso es peligroso; hay en ello veneno; ¡pero, está hecho con tanto talento!

Como si, en el tribunal correccional, dijese el juez, hablando de un bellaco:

—Es un bandido, es cierto; pero, ¡tiene tanto talento!

Se preguntaba Cristóbal para qué servía la crítica francesa. Sin embargo, no eran críticos lo que faltaba; pululaban en lo relativo al arte francés. No se lograba llegar a ver las obras, pues desaparecían bajo la balumba de la crítica.

Cristóbal no se mostraba, en general, blando con la crítica. Le costaba ya trabajo admitir la utilidad de aquella multitud de artistas que formaban como un cuarto, o un quinto estado en la sociedad moderna; veía en ello el indicio, de una época de fatiga que confía a otros el cuidado de mirar la vida y que siente por procuración. Con mayor razón hallaba algo vergonzoso que no fuese ya siquiera capaz de ver con sus ojos aquellos reflejos de la vida, que necesitase otros intermediarios, reflejos de reflejos, en una palabra, críticos. A lo menos, hubiera sido preciso que semejantes reflejos fuesen fieles. Pero solo reflejaban la incertidumbre de la multitud que se agolpaba en torno, a semejanza de esos espejos de museo en los que se reflejan en un cielo raso pintado, los semblantes de los curiosos que quieren mirarse en ellos.

Hubo un tiempo en que estos críticos gozaron en Francia de inmensa autoridad. El público se inclinaba ante sus sentencias, y no estaba lejos de mirarlos como superiores a los artistas, como artistas inteligentes: ambas palabras no parecían hechas para hallarse juntas. Después se fueron multiplicando con rapidez excesiva; había demasiados augures y esto echa a perder el oficio. Cuando hay tantos que afirmen, cada uno por su parte, que son los únicos poseedores de la única verdad, no hay medio de creerles, y acaban por no creerse a sí mismos. Había llegado la hora del desaliento: de un día a otro, según la costumbre

francesa, pasaron de un extremo al opuesto. Después de haber proclamado que lo sabían todo, proclamaban ahora que no sabían nada. Ponían en ello su pundonor y hasta su fatuidad. Renan había enseñado a aquellas generaciones degeneradas que no es elegante afirmar nada sin negarlo inmediatamente, por lo menos sin ponerlo en duda. Pertenecía al número de aquellos de que habla San Pablo, *en quienes hay siempre sí, sí, y después no, no*. Toda la intelectualidad francesa se había entusiasmado con este credo anfibio. La pereza del espíritu y la debilidad de carácter, se avenían perfectamente con él. No se decía de una obra que fuese buena o mala, verdadera o falsa, inteligente o necia. Se decía: puede ser... no hay imposibilidad... no sé... me lavo las manos...

373

Si se representaba alguna porquería, no decían:

—Eso es una porquería.

Sino que decían:

—Señor Sganarelle, cambiad, si no tenéis inconveniente en ello, de modo de hablar. Nuestra filosofía ordena que se hable de todo con incertidumbre, y por esta razón, no debéis decir: “Eso es una porquería”, sino: “Me parece... Creo que eso es una porquería... Pero no es seguro que lo sea... Podría suceder que fuese una obra maestra... ¿Y quién sabe si lo será?...”. No había peligro de que los acusasen de tiranizar las artes. En otro tiempo, les había enseñado Schiller la lección y había recordado a los tiranuelos de la Prensa de su tiempo lo que él llamaba con crudeza:

“El deber de los domésticos:

Ante todo, que la casa que debe visitar la reina esté limpia. ¡Alerta pues! Limpiad las habitaciones. Para eso estáis aquí, señores.

Pero, una vez que ella aparece, a la puerta inmediatamente, criados. ¡La sirvienta no debe arrellanarse en el sillón de la dama!”.

Había que hacer justicia a los del día. Ya no se sentaban en el sillón de la dama. Se pretendía que fuesen domésticos y lo eran. Pero eran muy malos domésticos: no barrían nada y la habitación estaba convertida en un tugurio. Antes que restablecer el orden y

la limpieza, se cruzaban de brazos y dejaban el fallo a cargo del amo, de la divinidad del día, del Sufragio Universal.

374 En verdad, iba dibujándose desde hacía algún tiempo cierto movimiento de reacción en la conciencia burguesa. Algunos hombres de bien habían emprendido una campaña —muy débil aún— de salubridad pública. Pero Cristóbal nada veía en el medio que frecuentaba. Por otra parte, no les daban oídos y hasta se burlaban de ellos. Cuando ocurría, de tarde en tarde, que un hombre honrado alzase la voz contra el arte desvergonzado, los autores replicaban con soberbia que tenían razón, puesto que el público estaba satisfecho, esto bastaba para cerrar la boca a todas las objeciones. El público había hablado: ¡suprema ley del arte!

A nadie se le ocurría que fuese posible recusar el testimonio de un público desenfrenado en favor de los que contribuían a su desenfreno, ni que el artista tuviese por misión mandar al público y no dejarse gobernar por éste. El respeto del número, del número de espectadores y de las cifras de las entradas, dominaba el pensamiento artístico de aquella democracia mercantilizada. En pos de los autores, los críticos decretaban dócilmente que el oficio esencial de la obra de arte consiste en agrandar. El éxito es la ley; y cuando el éxito dura, no hay más que inclinarse. Aplicábanse, pues, a notar minuciosamente las fluctuaciones de la Bolsa del placer, a leer en la vista del público lo que le parecían las obras. Lo más gracioso es que el público se esforzaba por su lado para leer en los ojos de la crítica lo que había que pensar de dichas obras. De suerte que se miraban mutuamente sin contemplar en sus ojos otra cosa que su propia indecisión.

Sin embargo, jamás hubiera sido tan necesaria una crítica intrépida. En una República anárquica, la moda, que es omnipotente en materia de arte rara vez da un salto atrás, como en un estado conservador; va siempre hacia adelante. Es una constante puja de falsa libertad de espíritu a la que casi nadie se atreve a resistir. La multitud es incapaz de dictar su fallo; en el fondo, le choca aquello; pero como nadie se atreve a decir lo que todos sienten en secreto, se calla. ¡Si los críticos fuesen fuertes, si se atreviesen a ser fuertes, cuánto no sería su poder! Un vigoroso

crítico podría, en pocos años, convertirse en el Napoleón del gusto público y encerrar en Bicêtre a los enfermos del arte. Pero no existe tal Napoleón. En primer lugar, todos los críticos viven en esa atmósfera viciada y no se dan cuenta de ello. Además, no se atreven a hablar. Todos se conocen, forman como una sociedad en que todos se hallan más o menos ligados y tienen que guardarse mutuas consideraciones: no hay nadie independiente. Para serlo, habría que renunciar a la vida de sociedad y casi a las amistades mismas. ¿Quién tendría ese valor, en una época de flaqueza, en que los mejores dudan de que la exactitud de una crítica valga los inconvenientes que puede causar al que la hace y al que la recibe? ¿Quién, pues, se condenaría, por deber, a llevar una vida infernal, a atreverse a hacer frente a la opinión, a luchar contra la imbecilidad pública, a poner al vivo la medianía de los triunfadores del día, a defender al artista desconocido, solo y entregado a las bestias, a imponer los espíritus-reyes a los espíritus formados para obedecer? Ocurríale a Cristóbal oír decir a los críticos en una primera representación, en los pasillos del teatro:

375

—Vamos, ¿se puede dar nada más malo? ¡Qué fracaso!

Al día siguiente, en sus crónicas, hablaban de las obras maestras, de Shakespeare y de las alas del genio cuyo rumor habían sentido pasar sobre su cabeza.

—Más que el talento —decía Cristóbal a Silvano Kohn—, lo que le falta al arte de ustedes es el carácter. Haría falta un gran crítico, un Lessing, un...

—¿Un Boileau? —dijo Silvano Kohn, con sorna.

—Tal vez un Boileau, más bien que diez artistas geniales.

—Si tuviéramos un Boileau —dijo Silvano—, nadie lo escucharía.

—Si no lo escuchaba, es que no sería un Boileau —replicó Cristóbal—. Le aseguro a usted que el día en que yo quisiera decirles las verdades del barquero, por poca habilidad que yo tenga, las oirían y tendrían que tragarlas.

—¡Pobre amigo mío! —dijo, sarcásticamente, Silvano.

Y esta fue toda su respuesta. Parecía tan seguro y tan satisfecho del rebajamiento general, que Cristóbal, fijándose en él, experimentó de repente la impresión de que aquel hombre era cien veces más extranjero en Francia que él mismo; y sintió oprimirse el corazón.

—No es posible —dijo de nuevo, como la noche en que salió lleno de asco de un teatro de los bulevares—. Debe haber otra cosa.

—¿Qué más quiere usted? —preguntó Kohn.

Cristóbal repetía con obstinación:

—La Francia.

—Francia, somos nosotros —dijo Silvano, soltando una carcajada.

Cristóbal lo miró fijamente durante un momento, movió la cabeza y repitió su estribillo:

—Debe haber otra cosa.

—Pues bien, amigo mío, búsquela —dijo Silvano, riendo a más y mejor.

Cristóbal podía buscarla. La habían escondido muy bien.



A medida que Cristóbal veía claro en la cuba de las ideas en que fermentaba el arte parisiense, se imponía a su ánimo una impresión cada vez más fuerte: la supremacía de la mujer sobre aquella sociedad cosmopolita. Ocupaba en ella un lugar absurdo, desmesurado. No le bastaba ya ser la compañera del hombre, ni siquiera convertirse en su igual. Era preciso que su placer constituyese la primera ley para ella y para el hombre, y éste se prestaba a ello. Cuando un pueblo envejece, abdica su fe, su voluntad y todos sus motivos de vivir, en manos de la dispensadora del placer. Los hombres ejecutan las obras; pero las mujeres hacen a los hombres —cuando no se meten a hacer también las obras, como sucedía entonces en Francia—; y más que hacerlas, debería decirse que las deshacen. El eterno femenino ha ejercido siempre, sin duda, una fuerza exaltadora sobre los mejores; pero en cuanto al común de los hombres, y en las épocas de cansancio, ha existido, como ha dicho alguien, otro femenino, igualmente eterno, que los atrae hacia abajo. Este era el dueño del pensamiento parisiense, el rey de la República.

## XXII

Cristóbal observaba curiosamente a las parisienses en los salones en que había sido admitido gracias a su talento musical y a la presentación de Silvano. Como la mayor parte de los extranjeros, extendía de un modo general a todas las francesas sus observaciones poco indulgentes, originadas por dos o tres tipos que había encontrado: mujeres jóvenes, no muy altas, algo ajadas, de talle esbelto, con los cabellos teñidos, un gran sombrero sobre su amable cabeza, poco en proporción con el resto del cuerpo, facciones marcadas, carne floja, nariz bastante bien formada, generalmente vulgar y siempre sin carácter, ojos constantemente despiertos, pero sin ninguna vida profunda, que procuraban parecer lo más brillantes y lo más grandes posible, una boca de correcto dibujo y en que se leía el dominio de sí misma; barba grasa: toda la parte inferior del rostro indicaba el carácter materialista de tan elegantes personas, que, por muy ocupadas que se vieses en intrigas amorosas, no perdían nunca de vista los cuidados del mundo y de su hogar. Eran lindas, pero no tenían caracteres de nobleza. Todas aquellas mundanas olían a burguesa pervertida o que aspiraba a serlo, conservando las tradiciones de su clase: prudencia, economía, frialdad, sentido práctico y egoísmo. Una vida pobre. Un deseo de placer que procedía más bien de la curiosidad cerebral que de la necesidad de los sentidos. Una voluntad de mediana calidad, pero resuelta. Estaban admirablemente vestidas y tenían menudos gestos automáticos; constantemente daban golpecitos delicados en sus cabellos y en sus peinetas con el revés o con el hueco de la mano. Se sentaban siempre de modo que pudiesen mirarse y vigilar a los demás en

un espejo inmediato o lejano, sin contar, en la comida o en el té, las cucharas, los cuchillos, las cafeteras de plata pulidas y relucientes en que no dejaban de sorprender al paso el reflejo de su rostro, que les interesaba mucho más que todo. Observaban en la mesa una higiene severa: bebían agua y se privaban de todos los manjares que hubieran podido perjudicar a su ideal de blancura empolvada.

La proporción de judías era bastante notable en los salones que frecuentaba Cristóbal, y siempre se sentía atraído por ellas, aunque, después de su encuentro con Judith Mannheim, no se forjaba ilusiones con respecto a las mismas. Silvano Kohn lo había introducido en algunos salones israelitas, donde había sido recibido con la inteligencia habitual de esta raza, que rinde culto a la inteligencia. Cristóbal solía hallarse a la mesa con banqueros, ingenieros, lanzadores de periódicos, corredores internacionales, especie de negreros argelinos —hombres de negocios de la República—. Eran lúcidos y enérgicos, indiferentes para con los demás, sonrientes, expansivos y cerrados. A veces experimentaba Cristóbal la sensación de que, bajo aquellas frentes duras, en el pasado y en el porvenir de aquellos hombres reunidos en torno de la mesa suntuosa, cargada de viandas, de flores y de vinos, debía haber crímenes. Casi todos eran feos. Pero el rebaño de las mujeres, en su conjunto y visto de lejos, era bastante brillante. No había que mirarlas de muy cerca: la mayor parte carecían de finura en el color, pero en todas había brillo, una apariencia de vida material bastante enérgica, hermosos hombros que se ostentaban orgullosamente ante la vista de todos, y cierto genio para hacer de su belleza, y hasta de su fealdad, un lazo en que cayese el hombre. Un artista hubiera hallado en algunas de ellas el antiguo tipo romano, mujeres de la época de Nerón y de Adriano. Se veían también rostros a lo Palma, de expresión carnal, de barba pesada, sólidamente unida al cuello, pero que no carecían de cierta belleza bestial. Otras tenían cabellos abundantes y rizados, ojos ardientes y atrevidos: se adivinaba que eran vivas, incisivas, siempre dispuestas a todo, más viriles que las otras mujeres y, sin embargo, más mujeres. En medio del rebaño, se destacaba

acá y acullá algún perfil más espiritualizado. Sus rasgos puros, pasando por encima de Roma, se remontaban hasta el Oriente, al país de Laban: sentíase en ellas como una poesía de silencio y de desierto. Pero cuando Cristóbal se acercaba y escuchaba las frases que cambiaban Rebeca con Faustina la romana, o con Santa Bárbara la veneciana, hallaba una judía parisiense como las demás, más parisiense que una parisiense misma, pero más facticia y más estropeada, que decía picardías con voz tranquila, desnudando el alma y el cuerpo de la gente con sus ojos de madona.

Cristóbal andaba errante, de grupo en grupo, sin poder mezclarse con ninguno. Los hombres hablaban de caza con ferocidad, de amor con brutalidad y de dinero sólo con exactitud matemática, fría y socarrona. En el mismo fumadero tomaban notas de negocios. Cristóbal oía decir de un Don Juan presumido, que se paseaba entre las butacas de las señoras con una condecoración en el ojal, ceceando flores de mal gusto:

—¡Cómo! ¿Está ya en libertad?

En un rincón de la sala, dos señoras hablaban de los amores de una actriz joven y de una alta dama. A veces había concierto y rogaban a Cristóbal que tocara. Algunas poetisas, faltas de aliento y sudorosas, proferían, con tono apocalíptico, versos de Sully-Prudhomme y de Augusto Dorchain. Un ilustre cómico declamaba solemnemente una *Balada Mística*, con acompañamiento de órgano. Música y versos eran tan estúpidos que Cristóbal se ponía malo de oírlos. Las romanas estaban encantadas y reían de buen grado enseñando sus magníficos dientes. También se representaba algo de Ibsen. Epílogo de la lucha de un hombre ilustre contra los sostenes de la sociedad que venía a parar en servirles de diversión.

Después de esto, todos se creían naturalmente obligados a hablar de arte, y era lo que causaba náuseas. Sobre todo, las mujeres se ponían a hablar de Ibsen, de Wagner y de Tolstoi por coquetería, por política, por fastidio o por necedad. Una vez planteada la conversación en ese terreno, no había medio de cortarla. El mal era contagioso. Había que escuchar los pensamientos de los banqueros, de los corredores y de los negreros acerca del arte.

En vano intentaba Cristóbal evitar el responder y dar nuevo giro a la conversación, pues se encarnizaban en hablarle de música y de alta poesía. Como decía Berlioz, “esa gente emplea tales términos con la mayor sangre fría; se diría que habla de vino, de mujeres o de otras porquerías”. Un médico alienista reconocía en la heroína de Ibsen a una de sus clientes, pero mucho más necia. Aseguraba de buena fe un ingeniero que en: *Casa de muñecas*, el personaje más simpático era el marido. El ilustre cómico, un cómico ya famoso, ensartaba con voz vibrante profundos pensamientos sobre Nietzsche y Carlyle; le contaba a Cristóbal que no podía ver un cuadro de Velázquez, era el dios del día, “sin que se le saltasen las lágrimas”. Sin embargo, seguía diciendo en confianza al mismo Cristóbal que, por muy alto que colocase el arte, colocaba aún más alto el arte en la vida, la acción, y que si le hubieran dado a elegir el papel que debía desempeñar, hubiera escogido el de Bismarck. A veces había por allí uno de esos hombres que tienen fama de ingeniosos; pero la conversación no se resentía de ello. Cristóbal podía comparar lo que tenían fama de decir, con lo que decían en realidad. Con mucha frecuencia no decían nada; se contentaban con ciertas brusquedades afectadas o con sonrisas enigmáticas; vivían de su reputación, y no se tomaban el menor trabajo, excepto algunos habladores, en general meridionales, los cuales hablaban de todo sin tener la menor conciencia de los valores; para ellos, todo figuraba en el mismo plano. Fulano era un Shakespeare, Zutano un Molière, Mengano un Pascal, o también un Jesucristo. Comparaban a Ibsen con Dumas hijo o a Tolstoi con Jorge Sand; y naturalmente, hacían esto para demostrar que Francia lo había inventado todo. Generalmente no conocían ninguna lengua extranjera, pero esto no les embarazaba. ¡Importaba tan poco a su público que dijese la verdad! Lo que importaba era que dijese cosas divertidas y en lo posible lisonjeras para el amor propio nacional. Los extranjeros tenían buenas espaldas, fuera del ídolo del día, porque era necesario tener uno siguiendo la moda, ya fuese Grieg, ya Wagner, ya Nietzsche, ya Gorki, ya D’Annunzio. Esto no duraba largo tiempo y el ídolo estaba seguro de ir a parar cualquier mañana al basurero.

Por el momento, el ídolo era Beethoven. Beethoven —¿quién lo hubiera creído?— era un hombre a la moda, por lo menos entre la buena sociedad y los literatos, porque los músicos inmediatamente le habían vuelto las espaldas, según el sistema de báscula, que es una de las leyes del gusto artístico en Francia. Para saber lo que piensa, un francés tiene necesidad de saber lo que piensa su vecino, a fin de pensar de la misma manera o de pensar lo contrario. Así fue que, al ver que Beethoven se hacía popular, los músicos más distinguidos habían empezado por no hallarle por su parte suficiente distinción; pretendían anticiparse a la opinión y no seguirla nunca; antes que estar de acuerdo con ella, le hubiesen vuelto la espalda. Habían empezado, pues, a tratar a Beethoven de viejo sordo que gritaba con voz áspera; y afirmaban algunos que era tal vez un moralista estimable, pero un músico inferior a su reputación. Estas bromas de mal género no eran del gusto de Cristóbal, ni tampoco le satisfacía el entusiasmo de los salones. Si Beethoven hubiera llegado a París en aquel momento, hubiera sido el héroe del día: era lástima que hubiese muerto un siglo antes. Por otra parte, su música entraba por mucho menos en esta boga que las circunstancias más o menos románticas de su vida, popularizada por biografías sentimentales y virtuosas. Su rostro violento, su morro de león, se había convertido en una figura de romanza. Las señoras se compadecían de él, y daban a entender que si ellas lo hubieran conocido, no hubiera sido tan desgraciado; y su gran corazón se mostraba tanto más dispuesto a ofrecerse cuanto que no había riesgo alguno de que Beethoven les cogiese la palabra: el buen viejo no tenía ya necesidad de nada. He aquí por qué los “virtuosos”, los directores de orquesta y los empresarios, descubrían en el fondo de sus corazones tesoros de piedad con respecto a él; y, en su calidad de representantes de Beethoven, recogían los homenajes destinados al mismo. Suntuosos festivales, a precios muy elevados, procuraban a la gente rica ocasión de dar pruebas de su generosidad y a veces también permitían descubrir las sinfonías de Beethoven. Comités de cómicos, de gente del gran mundo, de otros de medio pelo, y de políticos encargados por la República de velar por los destinos del arte, hacían saber al mundo que iban

a erigir un monumento a Beethoven; en la lista figuraban, con alguna gente honrada que servía de pasaporte a los otros, toda aquella canalla que Beethoven, en vida, hubiera hollado bajo sus pies o aplastado.

Cristóbal miraba y escuchaba y apretaba los dientes para no decir una barbaridad. Toda la velada se mantenía crispado y sumamente nervioso. No podía ni hablar ni callarse. Hablar, no por placer o por necesidad, sino por cortesía, porque es necesario hablar, le parecía humillante y vergonzoso. Declarar el fondo de su pensamiento no le era permitido ni tampoco estaba a su alcance el decir vulgaridades. Además, ni siquiera tenía el talento de mostrarse cortés cuando no decía nada. Si miraba a su vecino, lo hacía de una manera demasiado fija e intensa; a pesar suyo, lo estudiaba, y el otro se sentía molesto. Si hablaba, daba demasiado crédito a sus palabras, lo cual era chocante para todo el mundo y aun para sí mismo. Hacíase perfectamente cargo de que no estaba en su lugar y, como era bastante inteligente para tener el sentimiento de la armonía del medio, en que su presencia se hallaba fuera de lugar, le chocaban a él mismo sus maneras tanto como a los demás. No se lo perdonaba a sí mismo ni a ellos. Cuando al fin se encontraba solo en la calle, en medio de la noche, sentía de tal modo el peso del fastidio, que no tenía fuerzas para volver a pie a su casa; le daban ganas de acostarse en el suelo, en medio de la calle, como había estado a punto de hacerlo veinte veces, cuando siendo muchacho volvía de tocar en el castillo del gran duque. A veces, aunque no tenía más que cinco o seis francos para acabar la semana, gastaba dos en un coche. Se metía en él, precipitadamente, a fin de huir más pronto, y mientras el coche corría, su enervamiento lo hacía gemir. En su casa, ya en la cama y en medio del sueño, continuaba gimiendo. Y después, bruscamente, prorrumpía en una carcajada al recordar una palabra burlesca. Sin darse cuenta de ello, la repetía mimando los gestos. Al día siguiente, y varios días después, solía ocurrirle, cuando se paseaba solo, gruñir de pronto como un animal... ¿Por qué iba a ver a aquella gente? ¿Por qué volvía a verla? ¿Por qué imponerse la obligación de hacer gestos y muecas como los demás, y fingir

que se interesaba por lo que ningún interés tenía para él? —¿Era verdaderamente cierto que aquello no le interesaba?— Hacía un año, jamás hubiera podido soportar semejante sociedad. Ahora le divertía en el fondo, sin dejar de irritarle. ¿Quería decir esto que se iba insinuando en él la indiferencia parisiense? Se preguntaba a veces con inquietud si había perdido algo de su vigor; pero al contrario, había adquirido más y tenía más libertad de espíritu en un medio extraño. El espectáculo empezaba a interesarle, fuera de sí mismo; a pesar suyo, se abrían sus ojos para contemplar la gran comedia.

Por otra parte, le gustase o no, había que continuar aquella vida, si quería que su arte fuese conocido del mundo parisiense, que sólo se interesa por las obras en la proporción en que conoce a los artistas. Y era preciso que procurase ser conocido, si quería hallar lecciones que dar entre aquellos filisteos, de quienes necesitaba para vivir.

Además, todo el mundo tiene su corazón, y, a pesar suyo, el corazón cobra apego; cualquiera que sea el medio en que se encuentre, sin el corazón no se podría vivir.



Entre las jóvenes de buena familia —poco numerosas por lo demás— que Cristóbal tenía por discípulas, se hallaba la hija de un rico fabricante de automóviles, Colette Stevens. Su padre era belga, se había naturalizado francés y era hijo de un angloamericano establecido en Amberes y de una holandesa. Su madre era italiana. Era una familia muy parisiense. Para Cristóbal —y para otros muchos—, Colette Stevens era el tipo de la joven francesa.

Tenía dieciocho años, ojos negros aterciopelados, que miraban con dulzura a los jóvenes; pupilas de española, que llenaban toda la órbita con su húmedo brillo; una naricilla algo larga y caprichosa, que fruncía y movía ligeramente al hablar, con muecas aniñadas; los cabellos, en desorden; el rostro, irregular; la piel, mediana y llena de polvos, y las facciones, abultadas: parecía un gatito hinchado.

Muy menuda y muy bien vestida, seductora, excitante, tenía maneras melindrosas, llenas de preciosismo y algo tontas; se las echaba de niña, meciéndose durante dos horas en su mecedora, y lanzando exclamaciones como ésta:

—Pero, ¿es posible?...

Golpeando en la mesa con las manos cuando había un plato que le gustaba; fumando cigarrillos en el salón; aparentando, en presencia de los hombres, un cariño exuberante hacia sus amigas, echándose al cuello de éstas, acariciándoles la mano, cuchicheando al oído, diciendo candideces, y a veces picardías de un modo admirable, con una voz suave y fina que, en ocasiones, hasta sabía decir cosas muy atrevidas como si no se diese cuenta de ello —y que sabía mejor aún hacer que los demás las dijeren—,

con el aspecto cándido de una muchachita muy bien educada, con los ojos brillantes, los párpados caídos, voluptuosos y solapados que miraban de reojo, con malignidad, acechando todos los chismes, atrapando al paso todas las desvergüenzas de la conversación y procurando pescar acá y acullá algún corazón.

386 Todas aquellas monerías, aquellos jugueteos de perrillo, aquella ingenuidad de mala ley, desagradaban a Cristóbal. Tenía otras cosas duras de pelar antes que prestarse a los caprichos de una muchacha astuta y divertirse con ellos. Tenía que ganar el pan y salvar de la muerte su vida y sus pensamientos. El único interés que para él tenían aquellas cotorras de salón era el suministrarle medios de vida. A cambio de su dinero, les daba concienzudas lecciones con la frente arrugada y con el espíritu completamente atento al trabajo a fin de no dejarse distraer ni por el tedio que éste le causaba ni por los arrumacos de sus discípulas, cuando eran tan coquetas como Colette Stevens. No hacía más caso de ésta que de su primita, una niña de doce años, silenciosa y tímida, a quien los Stevens habían acogido en su casa y a quien Cristóbal enseñaba también el piano.

Pero, Colette era demasiado inteligente para no comprender que con Cristóbal eran inútiles todas sus gracias, y, al mismo tiempo, sobrado dúctil para no adaptarse instantáneamente a su modo de ser. Ni siquiera tenía necesidad de aplicarse para conseguirlo: era instintivo en ella. Era mujer y como una onda sin forma. Todas las almas que encontraba le servían como de vasijas, y, por curiosidad o por necesidad, inmediatamente se adaptaba a sus formas. Para existir, era preciso que siempre fuese otra. Toda su personalidad estribaba en que no seguía siendo la misma. Cambiaba con frecuencia de recipientes.

Cristóbal le atraía por muchas razones, siendo la primera que él no se sentía atraído por ella. Le atraía, además, porque era enteramente distinto de todos los jóvenes que ella conocía: jamás se había encontrado con una vasija de aquella forma y erizada de tantas asperezas. Le atraía, por último, porque siendo perita, por su raza, en estimar al primer golpe de vista el precio exacto de las brujerías y de las personas, se daba perfectamente cuenta de que,

a falta de elegancia, poseía Cristóbal una solidez que no podía ofrecerle ninguno de sus chirimbolos parisienses.

Hacía música, como la mayor parte de las jóvenes ociosas de ahora. Hacía mucha y poca; es decir, que siempre estaba ocupada con la música y, sin embargo, no conocía casi nada de ella. Tecleaba en su piano todo el día, por ociosidad, por afectación y por deleite. Manejaba este instrumento como la bicicleta, y hasta era capaz de tocar muy bien, muy bien, con gusto, con alma —se hubiera podido afirmar casi que tenía una—; para ello bastaba que se pusiese en lugar de alguien que la tuviese. Era capaz de sentir afición hacia Massenet, Grieg y Thomé, antes de conocer a Cristóbal; pero era también capaz de no gustar de aquéllos, desde que conocía éste. Y al presente, tocaba a Bach y a Beethoven con bastante maestría —lo cual en verdad no es mucho decir—, pero lo más extraordinario, es que les tenía afición. En el fondo, no la tenía ni a Beethoven, ni a Tomé, ni a Bach, ni a Grieg; se la tenía únicamente a las notas, a los sonidos, a sus dedos que corrían por el teclado, a las vibraciones de las cuerdas, que le hacían cosquillas en los nervios como otras tantas cuerdas, y a su epidermis delicada.

387

En el salón del aristocrático hotel, decorado con tapicerías algo pálidas, con un caballete en medio, que contenía el retrato de la robusta señora Stevens, hecho por un pintor de moda, que la había representado lánguida como una flor sin agua, con los ojos moribundos y el cuerpo torcido en espiral para expresar lo raro de su alma millonaria. En el gran salón de anchas ventanas a través de las cuales se divisaban antiguos árboles blanqueados por la nieve, hallaba siempre Cristóbal a Colette sentada ante su piano, repitiendo indefinidamente las mismas frases, acariciándose los oídos con blandas disonancias.

—¡Ah! —decía Cristóbal al entrar—. ¡Ya está la gata haciendo ronrón!

—¡Mal educado! —decía ella riendo. Y le alargaba su mano algo húmeda.

—...Oiga usted esto. ¿Acaso no es bonito?

—Muy bonito —decía él, con indiferencia.

—¡Pero si no escucha usted!... ¿Hace usted el favor de escuchar?

—¡Ah!, veo que no es usted músico —decía con despecho.

—¡Como si se tratase de música!

—¡Cómo! ¿No se trata de música? ¿De qué se trata entonces?

—Ya lo sabe usted muy bien, y no se lo repetiré porque no  
388 estaría bien de mi parte.

—Razón de más para decirlo.

—¿Se empeña usted?... ¡Tanto peor! Pues bien. ¿Sabe usted lo que está haciendo con el piano?... Está usted flirteando.

—¡Qué ocurrencia!

—Como se lo acabo de decir. Le dice usted: “¡Querido piano, dime palabras graciosas, acaríciame, dame un besito!”.

—¿Quiere usted callarse? —dijo Colette, medio risueña, medio incomodada—. No tiene usted la menor idea de lo que se llama respeto.

—En efecto.

—Es usted un impertinente... Y además, aun cuando fuese lo que dice, ¿no es esa la verdadera manera de tener cariño a la música?

—¡Oh!, le ruego que no mezclemos en eso la música.

—¡Pero si eso es la música misma! Un beso es un acorde perfecto.

—Yo no se lo he hecho decir a usted.

—¿Acaso no es cierto? ¿Por qué se encoge usted de hombros? ¿Por qué hace muecas?

—Porque eso me repugna.

—¡Mejor que mejor!

—Me repugna oír hablar de la música como de un libertinaje... ¡Oh!, no tiene usted la culpa. La tiene la sociedad en que usted vive. Esa sociedad insulsa que la rodea considera el arte como una especie de desenfreno tolerable... ¡En fin, basta de este asunto! ¡Tóqueme una sonata!

—Pero no, hablemos un poco.

—No estoy aquí para hablar, sino para dar a usted lecciones de piano. ¡Adelante! ¡Marche!

—¡De veras es usted cortés! —decía Colette, resentida, pero en el fondo encantada de que la tratarasen con aquella rudeza.

Tocaba el trozo que le pedían, poniendo grandísimo cuidado; y como era hábil, lo hacía pasablemente y hasta a veces bastante bien. Cristóbal, que no se dejaba engañar, se reía en su interior de la destreza “de aquella pícara astuta que tocaba como si sintiese lo que tocaba, aunque nada sentía”. No dejaba de sentir hacia ella una simpatía divertida.

389

Colette, por su parte, aprovechaba todos los pretextos para reanudar la conversación que le interesaba mucho más que la lección de piano. Por más que Cristóbal se defendía, alegando que no podía decir lo que pensaba sin exponerse a mortificarla, lograba ella siempre hacérselo decir, y cuanto más mortificante era, menos herida se sentía por ello: era un verdadero entretenimiento; pero, como se daba cuenta de que Cristóbal nada apreciaba tanto como la sinceridad, le respondía osadamente y discutían con tenacidad separándose muy buenos amigos.

Sin embargo, jamás se hubiera hecho Cristóbal la menor ilusión acerca de esta amistad de salón ni se hubiera establecido jamás entre ellos la menor intimidad, a no ser por las confianzas que Colette le hizo cierto día, tanto por sorpresa como por instinto de seducción.

Había habido el día antes gran recepción en casa de sus padres. Ella había reído, charlado y flirteado como una loca. Pero, a la mañana siguiente, cuando Cristóbal llegó a darle la lección, se hallaba cansada, con el rostro ajado, la tez gris y la cabeza entumecida. Apenas le dijo algunas palabras: parecía una luz moribunda. Se sentó al piano, tocó sin energía, se equivocó varias veces, trató de enmendar la equivocación y se equivocó de nuevo, hasta que dejó de tocar bruscamente y dijo:

—No puedo... Dispense usted... ¿Quiere que esperemos un poco?...

Le preguntó él si estaba indispuesta, pero le respondió que no.

Únicamente no estaba de ánimos... Había momentos en que le sucedía esto. Era una cosa ridícula y no había que guardarle rencor por ello.

Le propuso él que volvería otro día; pero ella insistió en que se quedase. —Sólo un instante... Seguramente esto pasará... Dentro de poco me habré repuesto... ¡Qué tonta soy! ¿No es verdad?

Él comprendía que no se hallaba la joven en su estado normal, pero no quiso preguntarle y dijo, para hablar de otra cosa:

—¡He ahí las consecuencias de haberse mostrado tan brillante ayer por la noche! ¡Se excedió usted a sí misma! Ella respondió con sonrisa irónica:

—No es posible decirle a usted otro tanto. Él se echó a reír con franqueza.

—Creo que no dijo usted ni una palabra —añadió.

—Ni una.

—Había, sin embargo, personas muy interesantes.

—Sí, famosos charladores, gentes de ingenio. Me encuentro perdido en medio de esos franceses desarticulados que lo comprenden todo, que lo explican todo, que lo excusan todo y que no sienten nada. Son capaces de hablar horas y horas de amor y de arte. ¿No es cosa capaz de descorazonar?

—Sin embargo, eso debería interesarle a usted, sobre todo el arte, ya que no el amor.

—De esas cosas no se habla: se hacen.

—Pero, ¿y cuándo no es posible hacerlas? —dijo Colette, con una ligera mueca.

—Entonces hay que dejar ese cuidado a otros. Todo el mundo no está hecho para el arte.

—¿Ni para el amor?

—Ni para el amor.

—¡Válgame el cielo! ¿Qué nos queda entonces?

—Los cuidados de la casa.

—¡Gracias! —dijo Colette, picada.

Volvió a poner sus manos sobre el piano, hizo un nuevo intento con el mismo éxito de antes, golpeó las teclas, y dijo, lamentándose:

—¡No puedo!... Decididamente, no sirvo para nada. Creo que tiene usted razón. Las mujeres no sirven para nada.

—Ya es algo reconocerlo —dijo Cristóbal con amable sencillez.

Lo miró ella con la cara de una niña a quien regañan, y dijo:

—¡No sea usted tan cruel!

—Yo no hablo mal de las buenas mujeres —replicó alegremente Cristóbal—. Una mujer es el paraíso en la tierra. Sin embargo, ese paraíso...

—Sí, nadie lo ha visto.

—No soy tan pesimista. Yo digo que no lo he visto nunca; mas puede ser muy bien que exista. Es más, estoy decidido a

hallarlo, si existe. Sólo que no es cosa fácil. Una mujer buena y un hombre de genio son sumamente raros.

—Y fuera de ellos, ¿nada significan los hombres y las mujeres?

—¡Al contrario! ¡Sólo ellos cuentan en el mundo!

—Pero, ¿y para usted?

—Para mí no existen.

—¡Qué duro es usted! —repitió Colette.

392 —Un poco. Es preciso que alguien lo sea, aun cuando sólo fuese por el interés general... Si no hubiese algunos guijarros acá y acullá en el mundo, todo se reduciría a polvo.

—Sí, tiene razón: usted es feliz, por ser fuerte —dijo Colette, con tristeza—. Pero no se muestre demasiado severo con los que —y, sobre todo—, con las que no lo son... No sabe cuánto nos pesa nuestra flaqueza. Porque usted nos ve reír, flirtear, hacer monadas, se figura que no tenemos nada en la cabeza y nos desprecia. ¡Ah!, ¡si leyese todo lo que pasa por la cabeza de las muchachas de quince a diez y ocho años, que frecuentan la buena sociedad y que obtienen el éxito que corresponde a su vida exuberante cuando han bailado bien, dicho necedades, paradojas y frases amargas de que todos ríen, porque ríen ellas; cuando han entregado algo de sí mismas, como pasto a los imbéciles, y buscado en el fondo de los ojos de cada uno esa luz que jamás se encuentra en ellos, si usted las viese cuando se retiran por la noche y se encierran en su silencioso dormitorio y se arrodillan en medio de las agonías de la soledad!...

—¿Es posible? —dijo Cristóbal estupefacto—. ¡Cómo! ¿Usted sufre de esa suerte?

Colette no respondió; pero se le saltaron las lágrimas. Trató de sonreír, y alargó la mano a Cristóbal, el cual la cogió conmovido.

—¡Pobre niña! —decía—. Si sufre usted, ¿por qué no hace algo para salir de esa vida?

—¿Qué quiere que hagamos? No hay nada que hacer. Ustedes, los hombres, pueden librarse del yugo y hacer lo que quieren. Pero nosotras nos hallamos encerradas para siempre en el círculo de los deberes y de los placeres mundanos: no podemos salir de él.



—¿Quién le impide a usted sacudir dicho yugo como nosotros, dedicarse a una tarea que le agrade y que, como a nosotros, le asegure la independencia?

—¿Cómo a usted? ¡Pobre señor Krafft! ¡No se la asegura demasiado!...

¡En fin, a lo menos le agrada! Pero nosotras, ¿en qué podemos ocuparnos? No hay nada que nos interese. Sí, ya sé muy bien que ahora nos metemos en todo y fingimos interesarnos por una multitud de cosas que no nos atañen: ¡nos gustaría tanto interesarnos en algo! Yo hago como las demás. Me ocupo en los Patronatos y Comités de beneficencia. Sigo los cursos de la Sorbona, las conferencias de Bergson y de Jules Lemaître, los conciertos históricos, las *matinéés* clásicas... Y tomo notas... Muchas notas... ¡No sé lo que escribo!... Y procuro persuadirme de que aquello me entusiasma o de que por lo menos me es útil. ¡Ah! ¡Cuan convencida estoy de lo contrario! ¡Cuan poco me importa todo ello y cuánto me fastidia!... No vuelva a menospreciarme porque le digo francamente lo que todo el mundo piensa. Yo no soy más boba que las demás. Pero, ¿qué me pueden importar la filosofía, y la historia, y la ciencia? Por lo que hace el arte —ya ve usted— tecleo, emborrono y hago horrorcillos con nombre de acuarelas; pero, ¿basta eso para llenar una vida? La nuestra sólo tiene un fin: el matrimonio. Pero, ¿se figura usted que es cosa de gusto casarse con cualquiera de esos individuos que yo conozco tan bien como usted? Los veo como son. No tengo la suerte de ser como las Gretchens alemanas que siempre saben forjarse ilusiones... ¿No es esto en verdad terrible? Mirar en torno suyo, ver a las que ya están casadas, a los que son sus maridos, y pensar que será preciso hacer como ellas, es decir, deformarse el cuerpo y el espíritu; convertirse, como ellas, en seres vulgares... Le aseguro a usted que se necesita estoicismo para aceptar esa vida con sus obligaciones. No todas las mujeres son capaces de ello... Y el tiempo pasa, se deslizan los años, se va la juventud; y, sin embargo, había en nosotras lindas y excelentes cosas, ¡que no servirán para nada, que mueren diariamente y que será preciso resignarse a confiarlas a unos necios, a gente a quien se desprecia y que nos despreciará!...

¡Y lo más triste es que nadie nos comprende! Se diría que somos un enigma para la gente. ¡Pase aún lo tocante a los hombres que nos hallan insípidas y caprichosas! ¡Pero, a lo menos, las mujeres deberían comprendernos! Han sido como nosotras y les bastaría recordar. Nada de eso... No hay que esperar de su parte auxilio alguno. Hasta nuestras madres nos desconocen y no procuran conocernos de veras. Sólo procuran casarnos. Por lo que hace a lo demás, ¡vive, muere y arréglate como puedas! La sociedad nos deja en grandísimo abandono.

—No se desaliente usted —dijo Cristóbal—. Es preciso que cada uno, a su vez, rehaga la experiencia de la vida. Si usted es animosa, todo irá bien. Busque algo fuera de su círculo. Seguramente debe haber aún algunos hombres honrados en Francia.

—Los hay y los conozco. ¡Pero son tan fastidiosos! Además, le diré a usted: el mundo en que vivo me desagrada; pero no creo que al presente me sería posible vivir fuera de él. Ya estoy acostumbrada. Necesito cierto bienestar, ciertos refinamientos de lujo y de sociedad que tal vez no se consigan exclusivamente con el dinero; lo exigen como condición indispensable. Esto no es muy brillante, lo sé; pero me conozco y soy débil. Le ruego que no se aleje de mí a fin de que pueda confiarle mis pequeñas cobardías. Escúcheme con bondad. Me hace mucho bien hablar con usted. Me doy cuenta de que es usted fuerte y de que está sano; tengo gran confianza en usted. Sea mi amigo. ¿Consiente en ello?

—Con mucho gusto —dijo Cristóbal—. Pero, ¿qué es lo que puedo hacer en su obsequio?

—Escucharme, aconsejarme, darme valor. ¡Me encuentro a veces tan desorientada, que no sé qué hacer! Entonces me digo: “¿Para qué luchar? ¿Para qué atormentarme? ¿Qué me importa esto o lo de más allá? ¡Todo me es igual!”. Es un estado horrible y no quisiera caer en él. ¡Ayúdeme usted! ¡Ayúdeme!

Parecía abrumada, envejecida y miraba a Cristóbal con ojos llenos de bondad, sumisos y suplicantes. Prometió él todo lo que ella quiso. Entonces se reanimó, sonrió y recobró la alegría.

Por la noche reía y flirteaba, como de costumbre.

A partir de aquel día tuvieron regularmente coloquios íntimos. Cuando se hallaban solos, ella le confiaba lo que quería, y él se tomaba el mayor trabajo para comprenderla y para aconsejarle. Escuchaba ella los consejos y hasta los regaños, grave y atentamente, como una muchacha muy juiciosa: esto la distraía, lo interesaba y hasta le daba alientos, y ella lo recompensaba con una mirada coqueta y llena de emoción. No había el menor cambio en su vida; sólo una distracción más.

Sus días eran una serie de metamorfosis. Se levantaba muy tarde, a eso de mediodía. Padecía insomnios y sólo se quedaba dormida al amanecer. En todo el día no hacía nada. Pensaba indefinidamente en un verso, en una idea, en un jirón de idea, en un recuerdo de conversación, en una frase musical, en la imagen de una cara que le había agradado. Sólo se hallaba enteramente despierta a partir de las cuatro o las cinco de la tarde. Hasta entonces tenía los párpados pesados, el rostro abotagado, el aspecto gruñón y medio dormido. Se reanimaba cuando llegaban algunas buenas amigas, habladoras como ella, a quienes interesaban tanto como a ella los chismes de París. Discutían juntas largo y tendido acerca del amor. La psicología amorosa: tal era el eterno asunto de la conversación juntamente con los trajes, las indiscreciones y las maledicencias. Tenía también su círculo de jóvenes ociosos, que tenía necesidad de pasar dos o tres horas al día entre faldas y que hubieran sido capaces de llevarlas, porque tenían almas y conversaciones de muchachas. Cristóbal tenía su hora: la hora del confesor. Colette se tornaba instantáneamente grave y recogida. Era como la joven francesa de que habla Bodley que, en el confesionario,

“desarrollaba un tema tranquilamente preparado, modelo de disposición luminosa y de claridad, en que todo lo que había de decir se hallaba dispuesto en buen orden y clasificado en categorías distintas”. Después de lo cual se divertía a más y mejor. A medida que iba avanzando el día, se volvía más joven. Por la noche iban al teatro, a disfrutar el eterno placer de reconocer en la sala a las mismas caras de siempre; el placer, no de la obra que se representaba, sino de los actores a quienes se conocía, cuyos defectos se ponían de relieve una vez más. Se cambiaban con los que acudían a los palcos frases malignas acerca de los que ocupaban los demás palcos, o también acerca de las actrices. Se observaba que la dama joven tenía un hilillo de voz “como una mayonesa cortada” o que la dama principal estaba vestida “como una pantalla”. A veces se asistía a una velada y allí todo el placer estribaba en hacerse ver, si se era linda; esto dependía de los días: no hay nada más caprichoso que una beldad de París —se renovaba la provisión de críticas acerca de la gente, de sus trajes y de sus defectos físicos—. Verdaderas conversaciones, no las había. Se volvía a casa tarde y costaba trabajo acostarse —era la hora en que más despiertas se sentían—: se canceaba en torno de la mesa. Se hojeaba un libro y se reía a solas, al recordar una palabra o un gesto. En resumen, se fastidiaba y se era muy desgraciada. No había medio de dormirse. Y de pronto, en medio de la noche, se sentían crisis de desesperación. Cristóbal, que no veía a Colette sino algunas horas, de tarde en tarde, y no podía asistir sino a algunas de sus transformaciones, no acertaba fácilmente a comprenderla. Se preguntaba cuándo era sincera —o si es que lo era siempre— o si no lo era nunca. Colette misma no hubiera podido decirlo. Ella era como la mayor parte de las jóvenes, que no son sino un deseo ocioso y cohibido. No sabía lo que era, porque no sabía lo que quería y porque no podía saberlo sin haberlo probado. Entonces, procuraba probarlo, a su manera, con la mayor libertad y el menor riesgo posible, procurando calcar su conducta sobre la de los que la rodeaban, y tomar su medida moral. No se apresuraba a escoger. Hubiera querido no tener que desechar nada, a fin de aprovecharlo todo. Pero, con un amigo como Cristóbal, no era esto cómodo. Admitía que se le

antepusiesen seres a quienes no estimaba o a quienes despreciaba; pero no admitía que se le igualase con ellos. Cada uno es libre de tener su gusto; pero, a lo menos, había que tener uno.

Se hallaba tanto menos dispuesto a la paciencia, cuanto que Colette parecía tener un placer especial en coleccionar en torno suyo a todos los jovenzuelos que más podían irritar a Cristóbal: pequeños *esnobs* ridículos, ricos en su mayor parte, en todo caso ociosos, o provistos de alguna canonjía en algún ministerio —lo cual es lo mismo—. Todos escribían, o pretendían escribir. Era esto una neurosis bajo la tercera República. Era, sobre todo, una forma de pereza vanidosa —pues el trabajo intelectual es, entre todos, el más difícil de comprobar y el que se presta más al *bluff*—. De sus grandes trabajos sólo decían algunas palabras discretas, pero respetuosas. Parecían penetrados de la importancia de su labor y abrumados bajo su peso. En un principio, experimentaba Cristóbal cierta molestia en ignorar tan en absoluto sus obras y sus nombres. Trató de informarse con timidez, pues deseaba principalmente saber lo que había escrito uno de ellos, cuyos discursos parecían propios de un maestro del teatro. Quedó sorprendido al saber que aquel dramaturgo había producido un solo acto, sacado de una novela, que, a su vez, estaba sacada de una serie de cuentos o, mejor dicho, de notas que había publicado en una de sus revistas, durante los diez años últimos. Los demás no eran más ricos en producción literaria: algunos actos, algunos cuentos y algunos versos. Los había que se habían hecho célebres con un artículo. Otros lo eran a causa de un libro “que se proponían escribir”. Profesaban olímpico desdén hacia las obras de gran empeño. Parecían atribuir importancia extraordinaria a la disposición de las palabras en una frase. Sin embargo, con frecuencia se oía en sus labios la palabra “pensamiento”; pero no tenía el mismo sentido que en el lenguaje corriente, pues la aplicaban a detalles de estilo. Sin embargo, había también entre ellos grandes pensadores y grandes ironistas que, cuando escribían, ponían en cursiva sus palabras profundas y sutiles.

Todos tenían el culto del Yo, único que en realidad tenían, y procuraban propagarlo a los demás. Lo malo es que los demás

se hallaban en el mismo caso. Tenían la preocupación constante del público en su manera de hablar, de andar, de fumar, de leer un periódico, de mover la cabeza y los ojos y de saludarse entre sí. El histrionismo es natural en los jóvenes, y tanto más cuanto más insignificantes son, es decir, cuanto más ociosos. Sólo procuran lucirse con la mujer; porque la codician, y desean más aún ser codiciados por ella. Hasta hacen la rueda por el primero que se presenta, por un transeúnte con quien se cruzan en la calle, y del que sólo pueden esperar una mirada de asombro. Cristóbal encontraba con frecuencia esta clase de pavitos reales: pintorcillos, “virtuosos” de la música, comiquillos de afición que procuran imitar a un tipo conocido: Van Dyck, Rembrandt, Velázquez y Beethoven; o que se proponen representar un papel; el del buen pintor, el buen músico, el buen obrero, el pensador profundo, el calavera alegre, el aldeano del Danubio, el hombre de la naturaleza... Al pasar, echaban una ojeada en torno suyo para ver si se fijaban en ellos. Cristóbal los veía venir, y, cuando estaban cerca, volvía maliciosamente los ojos a otro lado con indiferencia. Pero su desilusión no duraba mucho: dos pasos más allá, pifaban a beneficio de un nuevo transeúnte. Los del salón de Colette eran más refinados, pues sólo procuraban disfrazar su ingenio: copiaban dos o tres modelos que, a su vez, no eran originales. O bien, remedaban una idea: la Fuerza, la Alegría, la Piedad, la Solidaridad, el Socialismo, el Anarquismo, la Fe, la Libertad: eran para ellos otros tantos papeles. Tenían la habilidad de convertir los pensamientos más queridos en asunto de literatura, y de reducir los más heroicos impulsos del alma humana al mero papel de artículos de salón, de corbatas de moda.

Pero, donde se mostraban por completo en su elemento, era en el amor: era su dominio exclusivo. La casuística del placer no tenía secretos para ellos; en medio de su virtuosismo, inventaban casos nuevos, a fin de tener el honor de resolverlos. Esta ha sido siempre la ocupación de los que no tienen ninguna otra: ya que no saben amar, “hacen el amor”, y sobre todo lo explican. Los comentarios eran mucho más abundantes que el texto, que en ellos se reducía a muy poca cosa. La sociología daba cierto

picante sabor a los pensamientos más atrevidos: todo se cubría entonces con el pabellón de la sociología; por mucho placer que se tuviese en satisfacer sus vicios, hubiera faltado alguna cosa si no se hubiera estado persuadido de que, al satisfacerlos, se trabajaba por la renovación social. Era un género de socialismo eminentemente parisiense: el socialismo erótico.

Entre los problemas que apasionaban entonces a esta pequeña corte de amor, figuraba la igualdad de las mujeres y de los hombres en el matrimonio y sus derechos al amor. Había buenos muchachos protestantes, algo ridículos, escandinavos o suizos, que habían reclamado la igualdad en la virtud: los hombres debían llegar al matrimonio vírgenes como las mujeres. Los casuistas parisienses pedían una igualdad distinta: la igualdad en la corrupción, pues, según ellos, las mujeres debían llegar al matrimonio tan corrompidas como los hombres, y defendían el derecho a los amantes. Los parisienses habían hecho tal consumo del adulterio, imaginario y práctico, que ya empezaba a parecerles insípido y procuraban sustituir a él, en el mundo de las letras, una invención más original: la prostitución de las jóvenes, quiero decir la prostitución regular, universal, virtuosa, decente, familiar y, sobre todo, social. Acababa de aparecer un libro lleno de talento que hacía ley en el asunto: estudiaba en cuatrocientas páginas de un pedantismo superficial, “según todas las reglas del método baconiano”: “La mejor disposición para el placer sexual”. Era un curso de amor libre en el que se hablaba sin cesar de elegancia, de conveniencias sociales, de buen gusto, de nobleza, de belleza, de verdad, de pudor, de moral —un Berquin para las jóvenes de buena sociedad que querían seguir mal camino—. Por el momento, era el Evangelio que hacía las delicias de la pequeña corte de Colette y que ella parafraseaba. Dicho se está que, como suelen hacer todos los discípulos, dejaban a un lado lo que aquellas paradojas podían contener de justo, de bien observado y hasta de muy humano, para no fijarse sino en lo peor. En aquel arriete de florecillas azucaradas, no dejaban nunca de coger las más venenosas, aforismos del género siguiente: “La afición al deleite contribuye de un modo especial a excitar la afición al trabajo”; “es monstruoso que una

virgen llegue a ser madre antes de haber gozado”; “la posesión de un hombre virgen era para una mujer la preparación natural a la maternidad reflexiva”, “el papel de las madres consistía en organizar la libertad de las jóvenes, con ese espíritu de delicadeza y decencia que emplean para proteger la libertad de sus hijos”; y, en fin, que “llegaría tiempo en que las jóvenes volvieran de casa de su amante con tanta naturalidad como vuelven ahora de un curso o de tomar el té en casa de una amiga”. Colette declaraba, riendo, que semejantes preceptos eran muy razonables.

A Cristóbal le inspiraban horror semejantes proposiciones, y ponderaba su importancia y el mal que podían hacer. Los franceses tienen demasiado ingenio para aplicar su literatura. Esos Diderot de menor cuantía, esos imitadores en pequeño del gran Dionisio son, en la vida ordinaria, como el genial Panurgo de la enciclopedia, burgueses tan honrados y a veces tan timoratos como los demás. Precisamente porque son tan tímidos en la acción, se divierten en exagerar la acción —con el pensamiento— cuanto les es posible. Es un juego en el que nada arriesgan.

Pero Cristóbal no era un diletante francés.



Entre todos los jóvenes que rodeaban a Colette había uno al que ella parecía dar la preferencia, y, naturalmente, era el más insoportable para Cristóbal.

Era uno de esos hijos de burgueses enriquecidos que hacen literatura aristocrática y se las echan de patricios de la tercera República. Se llamaba Luciano Lévy-Coeur. Tenía los ojos separados, la mirada viva, la nariz aguileña, los labios fuertes, la barba rubia, cortada en punta, a lo Van Dyck, y un principio de precoz calvicie, que no le sentaba mal. Palabra acariciadora, elegantes modales, y manos finas y suaves que parecían derretirse en la mano. Hacía siempre gala de grandísima y muy refinada cortesía hasta con aquellos que le desagradaban y de quienes procuraba deshacerse.

Cristóbal lo había encontrado ya en la primera comida de literatos a que le llevó Silvano Kohn; aunque no se habían hablado, le había bastado oír el metal de su voz para sentir hacia él una aversión que no lograba explicarse, y cuyas profundas razones sólo debía comprender más tarde. Así como hay latigazos eléctricos en materia de amor, los hay también en materia de odio —o, para no chocar con las almas tranquilas que tienen miedo a esta palabra, como en todas las pasiones—; es el instinto del ser sano que siente la presencia del enemigo y se defiende.

Enfrente de Cristóbal, representaba el espíritu de ironía y de descomposición que iba minando suave, cortés y sordamente, todo lo que había de más grande en la sociedad moribunda: la familia, el matrimonio, la religión y la patria, en materia de arte, todo lo que era vivir, puro, sano y popular; y, por último, toda fe

en las ideas, en los sentimientos, en los grandes hombres y en el hombre. En el fondo de aquel pensamiento no había más que un placer mecánico de análisis, de análisis a todo trance; una especie de necesidad animal de roer el pensamiento: un instinto de gusano. Y alternando con aquel ideal de roedor intelectual, una sensualidad de muchacha, pero sobre todo de muchacha dada a la literatura, porque en él todo era o se convertía en literario. Todo le servía de materia para hacer literatura: sus conquistas, sus vicios y los de sus amigos. Había escrito novelas y obras de teatro, en que narraba con mucho talento la vida privada de sus padres, sus aventuras íntimas, las de sus amigos, las suyas, sus enredos amorosos; entre otros, uno que había tenido con la esposa de su mejor amigo: los retratos estaban hechos con muchísimo arte; todo el mundo alababa la exactitud: el público, la esposa y el amigo. No podía conseguir las confidencias o favores de alguna mujer sin publicarlos en un libro. Hubiera parecido natural que sus indiscreciones lo indispusiesen con sus “asociadas”. Pero no sucedía así; apenas si se sentían algo molestas; protestaban por la forma; en el fondo se alegraban de que las expusiesen a los ojos de los transeúntes completamente desnudas; con tal que les dejaran un antifaz sobre el rostro, su pudor no se alteraba. Por su parte, en todos aquellos chismes de comadres no ponía él ningún espíritu de venganza, ni siquiera de escándalo. No era ni peor hijo ni peor amante que la mayor parte de la gente. En los mismos capítulos en que exponía a la vergüenza, y con descaro, a su padre, a su madre y a su querida, había páginas en que hablaba de ellos con ternura y encanto verdaderamente poéticos. En realidad, era un espíritu extraordinariamente familiar, pero de esos que no tienen necesidad de respetar lo que aman; antes por el contrario, aman con preferencia lo que pueden despreciar algo; el objeto de su afecto les parece más cerca de ellos y más humano. Son la gente menos capaz de comprender el heroísmo y, sobre todo, la pureza, y hasta no andan muy lejos de considerarlos como una mentira y una flaqueza de espíritu. Dicho se está, por otra parte, que están convencidos de que comprenden mejor que nadie a los héroes del arte, y que los juzgan con protectora familiaridad.

Entendíase admirablemente con las jóvenes a un tiempo ingenuas y pervertidas de la sociedad burguesa, rica y holgazana. Era para ellas como una compañera, una especie de criada depravada, más libre y más lista, que las iba enseñando y a quien ellas tenían envidia. Con él no tenían que andarse con rodeos; y, con la lámpara de Psiquis en la mano, estudiaban curiosamente al andrógino desnudo, que no ponía dificultad en ello.

Cristóbal no podía comprender cómo una joven como Colette, que parecía poseer una naturaleza delicada y sentir el conmovedor deseo de librarse de la degradación constante de la vida, podía complacerse con la compañía de aquel hombre. Cristóbal no era psicólogo. Lévy-Coeur lo era cien veces más que él. Cristóbal era el confidente de Colette, pero ésta era la confidenta de Luciano Lévy-Coeur, lo cual constituía una gran superioridad para éste. Lisonjea mucho a una mujer el creer que tiene que habérselas con un hombre más débil que ella. De esta suerte, encuentra medio de satisfacer, al mismo tiempo que lo peor que hay en ella, lo mejor que tiene: su instinto maternal. Luciano Lévy-Coeur lo sabía muy bien: uno de los medios más seguros para conmover el corazón de las mujeres es despertar esa cuerda misteriosa. Además, Colette se sentía débil, bastante cobarde, con instintos de que no tenía para qué enorgullecerse, pero que se hubiera guardado muy bien de rechazar; le agradaba dejarse persuadir por las confesiones audazmente calculadas de su amigo, “que a las demás les sucedía lo mismo, y que era preciso tomar la naturaleza humana como era”. Experimentaba entonces la satisfacción de no combatir inclinaciones que le eran agradables, y se permitía el lujo de decir que así debía ser, que la prudencia consistía en no rebelarse y en ser indulgente con lo que, por desgracia, no era posible impedir. Era ésta una sabiduría, cuya práctica nada tenía de penosa.

Para quien sabe contemplar la vida con serenidad, hay un sabor muy marcado en el contraste perpetuo que existe, en el seno de la sociedad, entre el extremado refinamiento de la civilización aparente y la animalidad profunda. Todo salón que no está lleno de fósiles y de almas petrificadas presenta a nuestros

ojos, como dos capas de terrenos, dos capas de conversaciones superpuestas: una, que todo el mundo oye, entre las inteligencias; otra, que muy poca gente percibe y que, sin embargo, es la más fuerte, entre los instintos, entre las bestias. Ambas conversaciones son con frecuencia contradictorias. Mientras los espíritus cambian monedas convencionales, los cuerpos dicen: deseo, aversión, o más frecuentemente: curiosidad, fastidio, asco. La bestia, aunque domada por muchos siglos de civilización, y tan embrutecida como los miserables leones en la jaula de un domador, sueña siempre con su alimento natural.

Pero Cristóbal no había llegado todavía a ese desinterés del espíritu que sólo traen consigo la edad y la muerte de las pasiones. Había tomado muy en serio su papel de consejero de Colette. Ésta le había pedido auxilio, y él la veía exponerse alegremente al peligro. Por eso, no ocultaba su hostilidad a Luciano Lévy-Coeur; éste se había mantenido, en un principio, con respecto a Cristóbal, en una actitud de cortesía irreprochable e irónica. Él también olía al enemigo; pero no le juzgaba temible y le ponía en ridículo sin parecerlo. Por lo demás, no hubiera deseado sino que Cristóbal le admirase para ser amigo suyo; pero esto no podría conseguirlo jamás, y lo comprendía muy bien, porque Cristóbal no poseía el arte de fingir. Entonces, Luciano Lévy-Coeur hubo de pasar insensiblemente de una oposición completamente abstracta de pensamientos a una guerra personal cuidadosamente velada en la que Colette debía ser la recompensa del vencedor.

Entre sus dos amigos, mantenía ella la balanza en el fiel. Gustábanle la superioridad moral y el talento de Cristóbal; pero también le gustaban la inmoralidad divertida y el ingenio de Luciano Lévy-Coeur y, en el fondo, hallaba en éste más placer. Cristóbal no le escatimaba las reprensiones: ella las escuchaba con tal humildad conmovedora, que le desarmaba. Era bastante buena, pero carecía de franqueza, por debilidad y hasta por bondad misma. Representaba a medias una comedia; fingía pensar como Cristóbal. En realidad conocía perfectamente el valor de un amigo como él; pero no quería hacer ningún sacrificio a la amistad; no quería hacer ningún sacrificio a nada ni

a nadie; y quería únicamente lo que le era más cómodo y más agradable. Ocultaba, pues, a Cristóbal, que recibía constantemente a Luciano Lévy-Coeur. Mentía con ese natural encanto de las jóvenes del gran mundo expertas desde su infancia en este ejercicio, necesario para quien debe poseer el arte de conservar todos sus amigos y de contentarlos a todos. Se daba a sí misma como excusa que lo hacía por no contrariar a Cristóbal; pero en realidad era porque sabía que éste tenía razón: sin embargo, no quería privarse de hacer lo que a ella le agradaba, sin necesidad de indisponerse con él. A veces sospechaba Cristóbal semejantes astucias; entonces gruñía y alzaba la voz, pero ella seguía haciendo el papel de niñita afectuosa, contrita y un poco triste, y le miraba con dulces ojos: *feminae ultima ratio*<sup>11</sup>. La contristaba verdaderamente la idea de perder la amistad de Cristóbal, desplegaba su seducción y se hacía sería, consiguiendo, en efecto, desarmarle por algún tiempo. Pero tarde o temprano tenía que llegar el rompimiento. En la irritación de Cristóbal, entraban por algo los celos, aunque él no se daba cuenta de tal cosa. Y en las astutas carantoñas de Colette, había también algo de amor. La ruptura tenía que ser forzosamente más viva.

405

Cierto día cuando Cristóbal sorprendió a Colette en una mentira, la obligó resueltamente a escoger entre Luciano Lévy-Coeur y él. Trató ella de eludir la cuestión y, por último, reivindicó su derecho de tener los amigos que le diese la gana. Tenía perfectamente razón y Cristóbal se dio cuenta de que su pretensión era ridícula; pero sabía también que no se mostraba exigente por egoísmo, sino porque sentía hacia Colette un verdadero afecto; quería salvarla, aunque fuese contra su voluntad. Insistió, pues, con poco acierto, y como ella se negase a responder, le dijo:

—Colette, ¿quiere usted que dejemos de ser amigos?

Ella le dijo:

—No, se lo suplico. Eso me causaría muy vivo pesar.

—Pero, ¿no sería usted capaz de hacer a nuestra amistad el menor sacrificio?

11. En la mujer la razón está de último.

—¡Sacrificio! ¡Qué palabra tan absurda! —dijo—. ¿Por qué sacrificar siempre una cosa a otra? Esas son ideas cristianas: necias. En el fondo, es usted un clerical atrasado sin saberlo.

—Es posible —dijo—. Para mí, hay que escoger entre lo uno y lo otro, entre el bien o el mal no hallo medio, ni aun para colocar un cabello.

—Sí, lo sé —dijo—, y por eso le quiero a usted; le quiero de veras, se lo aseguro, pero...

—¿Quiere usted también al otro?

Se rió ella, y dijo mirándole con mucho mimo y dirigiéndole la palabra con cariñosísimo acento:

—¡Quédese usted!

Estaba ya a punto de ceder; pero entró Luciano Lévy-Coeur y aquellos mismos ojos mimosos y aquella voz sirvieron para recibirle. Cristóbal miró a Colette en silencio, durante algún tiempo, representar su pequeña comedia y al fin se marchó, decidido a romper. Tenía el corazón apesadumbrado. ¡Era tan necio ape- garse siempre a alguien y dejarse coger en el lazo!

Al volver a su casa y al arreglar maquinalmente sus libros, abrió distraídamente su Biblia y leyó:... El Señor ha dicho: Porque las hijas de Sión van irguiendo el cuello, moviendo los ojos, caminando con afectación y haciendo resonar las ajorcas de sus pies, el Señor dejará calva la cabeza de las doncellas de Sión y descubrirá sus desnudeces...

Prorrumpió en una carcajada al pensar en las mañas de Colette y se acostó de buen humor. Pensó después que era preciso verse contagiado a su vez por la corrupción de París para que la lectura de la Biblia le hiciese un efecto cómico. Pero, sin embargo, no dejó de repetirse, mientras estaba en la cama, la sentencia del gran justiciero que le había hecho reír; y trataba de imaginarse el efecto que haría en la cabeza de su amiguita. Se quedó dormido riendo como un muchacho. No pensaba ya en su nueva pena. ¡Qué importaba una más o una menos!... Empezaba a acostumbrarse.

No dejó de dar lecciones de piano a Colette; pero evitó en adelante todas las ocasiones que ella le procuraba para continuar sus amistosos coloquios. Por más que se entristeció, se picó y echó mano de todos sus ardides, se obstinó él y se enfriaron sus relaciones. Al fin, acabó Colette por hallar pretextos para espaciar las lecciones, y él, por su parte, los halló también para excusar los convites de los Stevens.

Estaba harto de la sociedad parisiense; no podía sufrir aquel vacío, aquella impotencia moral, aquella neurastenia, aquella hipercrítica, sin fundamento y sin objetivo, que se devoraba a sí misma. Se preguntaba cómo podía un pueblo vivir en aquella atmósfera empantanada de arte por el arte y del placer por el placer. Sin embargo, aquel pueblo vivía, había sido grande y hacía todavía bastante buen papel en el mundo. A lo menos, el que lo veía desde lejos se hacía la ilusión de ello. ¿De dónde podía sacar sus razones de vida? No creía en nada más que en el placer...

Había llegado Cristóbal a este punto de sus reflexiones, cuando tropezó en la calle con una muchedumbre alborozada de jóvenes y mujeres, que tiraban de un carruaje donde iba sentado un sacerdote anciano que bendecía a derecha e izquierda. Un poco más lejos, vio a unos soldados franceses que hundían a hachazos las puertas de una iglesia, y a quienes recibían a silletazos unos señores condecorados. Echó de ver que los franceses creían, sin embargo, en algo —aunque no comprendía en qué—. Explicáronle que el Estado se separaba de la Iglesia, al cabo de un siglo de vida común, y que, como ella no quería irse de buen grado, él la plantaba en la calle echando mano de su derecho y

de su fuerza. Cristóbal no halló el procedimiento galante; pero estaba tan harto de diletantismo anárquico de los artistas parisienses, que experimentó cierto placer al encontrarse con gente dispuesta a hacerse romper la cabeza por una causa, cualquiera que fuese.

408 No tardó en reconocer que había mucha gente de esta en Francia. Los periódicos políticos luchaban diariamente como los héroes de Homero y publicaban sin cesar llamamientos a la guerra civil. Verdad es que esto no pasaba de palabras, y que rara vez llegaban a las manos. Sin embargo, no faltaban cándidos para poner en acción la moral que los otros escribían. Se asistía entonces a espectáculos curiosos: departamentos que pretendían separarse de Francia, regimientos que desertaban, prefecturas incendiadas, cobradores de contribuciones a caballo a la cabeza de compañías de gendarmes, aldeanos armados de hoces que hacían hervir unas calderas para defender las iglesias, atacadas por los librepensadores en nombre de la libertad; redentores populares que se subían a los árboles para hablar a las provincias del Vino, sublevadas contra las provincias del Alcohol. Se veían acá y acullá aquellos millones de hombres que se enseñaban los puños, que se habían puesto colorados a fuerza de gritar y que acababan por pegarse de veras. La República adulaba al pueblo y luego hacía que le dieran sablazos. El pueblo, por su parte, le rompía la cabeza a algunos de sus hijos —oficiales y soldados—. De esta manera probaba cada uno a los demás la excelencia de su causa y de sus puños. Cuando se contemplaba esto desde lejos, a través de los periódicos, se creía uno haber vuelto muchos siglos atrás. Cristóbal descubría que Francia —aquella Francia escéptica— era un pueblo fanático. Pero, érale imposible saber en qué sentido. ¿Pro o contra la religión? ¿Pro o contra la razón? ¿Pro o contra la patria? Lo era en todos los sentidos. Parecía serlo única y exclusivamente por el placer que esto le procuraba.



Una noche habló casualmente de ello con un diputado socialista, a quien encontraba en casa de los Stevens. Aunque ya le había hablado otras veces, no conocía la cualidad de su interlocutor: hasta entonces sólo habían hablado de música. Mucho lo maravilló el saber que aquel hombre de mundo era un violento jefe de partido.

Aquiles Roussin era un buen mozo, de barba rubia, de hablar ceceoso, de buen color, de maneras cordiales, de cierta elegancia mezclada con un fondo de vulgaridad y de gestos de rústico que se le escapaban de vez en cuando; por ejemplo, cierta manía de arreglarse las uñas en sociedad y cierto hábito enteramente popular de no poder hablar con nadie sin cogerle de la levita o del brazo. Era hombre de buen diente, gran bebedor, vividor, burlón, con todos los apetitos de un hombre del pueblo que se lanza a la conquista del poder; flexible y hábil para cambiar de modales según el medio y el interlocutor, exuberante de un modo razonado, pues sabía escuchar y se asimilaba inmediatamente todo lo que oía; por lo demás, simpático, inteligente y que, por gusto natural, por educación o por vanidad, se interesaba por todo. Por último, era honrado, en cuanto se lo permitía su interés y cuando había peligro en no serlo.

Tenía una mujer bastante linda, alta, bien formada, de recia constitución, de talle esbelto, demasiado ajustada, pues sus elegantes trajes marcaban exageradamente las robustas morbideces de su anatomía. Tenía abundantes cabellos negros y rizados, ojos grandes, negros y profundos, y la barba algo saliente.

Su rostro era abultado, aunque, sin embargo, de aspecto bastante gracioso; pero perjudicaban al conjunto el parpadeo de sus ojos miopes y los movimientos de su hociquito fruncido.

410 Tenía un andar ficticio, pues andaba a saltitos como ciertos pájaros, y un modo de hablar melindroso, pero, al mismo tiempo, gracioso y amable. Perteneía a una rica familia burguesa del comercio, de espíritu libre y de costumbres virtuosas, apegada a los innumerables deberes de sociedad como a una religión, prescindiendo de los que se imponía, como tener un salón, difundir el arte en las Universidades populares, ocuparse en obras filantrópicas o de psicología de la infancia —sin gran calor y sin profundo interés—, merced a una mezcla de bondad natural, de esnobismo y de pedantismo inocente de joven instruida que parece estar recitando perpetuamente una lección y que pone su amor propio en recitarla bien. Tenía necesidad de ocuparse, pero no de interesarse en aquello en que se ocupaba. Parecía en esto imitar el trabajo febril de esas mujeres que tienen siempre una labor de aguja entre los dedos, y que mueven estos sin tregua, como si la salvación del mundo dependiera de dicho trabajo, que ni siquiera saben cómo emplear. Además, había en ella —como en las citadas mujeres— la pequeña vanidad de la mujer honrada que pretende, con su ejemplo, dar lección a las demás.

El diputado sentía hacia ella un desprecio cariñoso. Había sabido escogerla para su placer y para su tranquilidad. Era hermosa, con lo que estaba satisfecho y no le pedía nada más; tampoco ella le pedía otra cosa. Él la quería y la engañaba; pero ella no se daba por ofendida con tal de tener su parte. Hasta tal vez hallaba en ello cierto placer. Era tranquila y sensual; tenía la mentalidad de una mujer de harén.

Tenían dos lindos niños de cuatro a cinco años, de los que ella cuidaba, como buena madre de familia, con la misma aplicación amable y fría que empleaba en seguir la política de su marido y las últimas manifestaciones de la moda y del arte. Todo esto formaba la más singular mezcla de teorías avanzadas, de arte ultradecadente, de agitación mundana y de sentimiento burgués.

Invitaron a Cristóbal a visitarlos. La señora Roussin era excelente música y tocaba el piano de una manera encantadora; su tecleo era delicado y firme; con su cabecita, que miraba fijamente a las teclas, y sus manos que daban saltitos de una en otra, parecía una gallina que anduviese picoteando. Esta mujer amable, inteligente, sencilla y siempre dispuesta a hacer favores, acogió a Cristóbal con la graciosa amabilidad que empleaba con todos. Cristóbal no se lo agradecía grandemente, pues no sentía mucha simpatía hacia ella: la hallaba inexistente. Acaso no le perdonaba tampoco, sin darse cuenta de ello, la complacencia con que aceptaba las infidelidades de su marido, que no ignoraba. De todos los vicios, el que menos excusa tenía a sus ojos, era la pasividad. Trabajó más íntimas relaciones con Aquiles Roussin. Era éste aficionado a la música, como a las demás artes, de un modo vulgar, pero sincero. Cuando le gustaba una sinfonía, no podía disimular su entusiasmo. Tenía una cultura superficial de la que sacaba buen partido; en esto le había sido muy útil su mujer. Se interesó por Cristóbal, porque veía en él un plebeyo vigoroso, como él lo era a su vez. Por otra parte, sentía curiosidad de observar de cerca un original de aquel género —su curiosidad para observar a los hombres era incansable— y de conocer sus impresiones acerca de París. Le divertieron la franqueza y rudeza de las observaciones de Cristóbal. Era bastante escéptico para admitir su exactitud. ¡Nada le importaba que Cristóbal fuese alemán! Antes al contrario se vanagloriaba de hallarse muy por encima de las preocupaciones de patria. En suma, era sinceramente “humano” —era ésta su principal cualidad—, simpatizaba con todo lo que era hombre; lo cual no le impedía tener la plena convicción de la superioridad del francés —raza antigua, antigua civilización— sobre el alemán... y reírse del alemán.

## XXIX

Veía Cristóbal en casa de Aquiles Roussin a otros hombres políticos, ministros de la víspera o que debían serlo al día siguiente. Hubiera tenido bastante placer en hablar individualmente con cada uno de ellos, si aquellos ilustres personajes le hubiesen juzgado digno de su conversación. Al revés de la opinión generalmente admitida, hallaba su compañía más interesante que la de los demás franceses que conocía. Tenían una inteligencia más viva, más abierta a las pasiones y a los grandes intereses de la Humanidad. Brillantes conversadores, en su mayor parte meridionales, eran extraordinariamente diletantes. Considerados en particular, lo eran casi tanto como los literatos. Dicho se está que eran muy ignorantes en materia de arte, sobre todo, de arte extranjero; pero todos tenían más o menos pretensiones en la materia, y, con frecuencia, sentían hacia él verdadera afición. Había Consejos de Ministros que se parecían a los cenáculos de las revistas literarias. Uno hacía piezas para el teatro; otro rasaba el violín y era un wagneriano furibundo; otro pintorreaba y todos coleccionaban cuadros impresionistas, leían libros decadentes y ponían cierta coquetería en mostrar afición a un arte ultra-aristocrático, que era casi siempre el enemigo mortal de sus ideas. Cristóbal se sentía algo violento al ver aquellos ministros socialistas, o radicales-socialistas, a aquellos apóstoles de las clases miserables y hambrientas, echárselas de maestros en materia de goces refinados. Seguramente tenían derecho a ello; pero no le parecía muy leal. Lo que más lo maravillaba, era el ver que aquella gente que en la conversación particular, se mostraba escéptica, sensualista, nihilista y anarquista, en cuanto se trataba

de la acción, se convertía en fanática. Los más diletantes de entre ellos, apenas llegaban al Poder, se convertían en pequeños déspotas orientales; sentían la manía de dirigirlo todo y de no dejar libertad para nada: tenían el espíritu escéptico y el temperamento tiránico. Era demasiado fuerte la tentación de poder emplear el formidable mecanismo de la centralización administrativa, constituido en otros tiempos por el más grande de los déspotas, sin incurrir en la veleidad de abusar de él. Seguía-se de esto una especie de imperialismo republicano, en el que, a mayor abundamiento, había venido a injertarse en los últimos años, un catolicismo ateo. Durante cierto tiempo, los políticos sólo habían aspirado a la dominación de los cuerpos, es decir, de la riqueza; dejaban las almas casi tranquilas, pues éstas no podían convertirse en moneda. Por su parte, las almas no se ocupaban en política, que pasaba por encima y por debajo de ellas; la política, en Francia, era considerada como un ramo, si lucrativo, poco elevado, del comercio y de la industria; los intelectuales despreciaban a los políticos, y éstos a los intelectuales. Pero después se había realizado una aproximación, que no tardó en convertirse en alianza, entre los políticos y la peor clase de los intelectuales. Había entrado en escena un nuevo Poder, que se había arrogado el gobierno absoluto de los pensamientos: formaban este Poder los librepensadores. Se habían coligado con el otro Poder, que había visto en ellos una rueda perfeccionada del despotismo político. Más que a destruir la Iglesia tendían a reemplazarla, y en realidad, formaban una Iglesia de Libre Pensamiento que tenía sus catecismos y sus ceremonias, sus bautismos, sus primeras comuniones, sus matrimonios, sus consejos regionales, nacionales y hasta ecuménicos en Roma. Era una bufonada imposible de describir, el ver aquellos millares de pobres bestias que tenían necesidad de reunirse formando un rebaño para “pensar libremente”. Verdad es que su libertad de pensamiento consistía en poner trabas a la de los demás en nombre de la Razón; porque creían en la Razón, como los católicos en la Santísima Virgen, sin sospechar, ni unos ni otros, que la Razón, lo mismo que la Santísima Virgen, tiene su fuente en otra parte. Y de igual manera

que la Iglesia católica tenía sus ejércitos de monjes y sus congregaciones, que de modo sordo caminaban por las venas de la nación, propagaban sus ideas y anonadaban toda vitalidad rival, la Iglesia anticatólica tenía sus francmasones, cuya Iglesia madre, el Gran Oriente, llevaba un registro exacto de todos los informes secretos que le dirigían diariamente, desde todos los puntos de Francia, sus piadosos delatores. El Estado republicano alentaba, bajo cuerda, el espionaje secreto de aquellos monjes mendicantes y de aquellos jesuitas de la razón que aterrorizaban el ejército, la Universidad y todos los Cuerpos del Estado; y no se percataba de que, sirviéndolos al parecer, se proponían como objetivo el reemplazarlos poco a poco, y de que caminaban suavemente a una teocracia atea que no tuviese nada que envidiar a la de los jesuitas del Paraguay.

Cristóbal vio en casa de Roussin algunos de estos clericales de nuevo cuño. Eran a cuál más fetichista. Por entonces, estaban muy satisfechos de haber hecho quitar los crucifijos de los tribunales. Creían haber destruido la religión porque destruían algunos pedazos de madera o de marfil. Otros, acaparaban a Juana de Arco y su bandera de la Virgen que acababan de arrancar a los católicos. Unos de los Padres de la nueva Iglesia, un general que hacía la guerra a los franceses de la otra Iglesia, acababa de pronunciar un discurso anticlerical en honor a Vercingetorix. Celebraba al Breno galo, a quien el libre pensamiento había erigido una estatua a un hijo del pueblo y al primer campeón de Francia, contra la Iglesia de Roma. Los ministros de la Marina, para purificar la flota y manifestar su horror a la guerra, llamaban a los acorazados *Descartes* y *Ernesto Renan*. Otros espíritus libres se consagraban a purificar el arte; expurgaban los clásicos del siglo XVII, y no permitían que el nombre de Dios manchase las fábulas de La Fontaine. Tampoco lo permitían en la música antigua, y Cristóbal oyó a uno de ellos, antiguo radical —*ser radical en la vejez*, dice Goethe, *es el colmo de la locura*— que se indignaba de que se hubiesen atrevido a dar en un concierto popular los *Lieder* religiosos de Beethoven. Exigía que se reemplazase la letra de los mismos.

—¿Cómo? —preguntó Cristóbal, irritado—. ¿Es eso la República?

Otros, más radicales aún, no admitían esas componendas y querían que se suprimiese pura y simplemente toda música religiosa y las escuelas en que se enseñaba. En vano trataba de explicar un director de Bellas Artes, que en aquella Beocia pasaba por un ateniense, que era preciso, sin embargo, enseñar música a los músicos, porque, decía él con gran elevación de pensamiento “cuando enviáis un soldado al cuartel, le enseñáis progresivamente a servirse del fusil y a tirar; lo mismo sucede con el compositor joven, hormiguean las ideas en su cabeza, pero no se hallan aún clasificadas” y, algo asustado de su valor, protestaba a cada frase: “Yo soy antiguo libre pensador... soy antiguo republicano...”. Proclamaba audazmente que “poco le importaba saber si las composiciones de Pergolese eran óperas o misas; se trataba de saber si eran obras de arte humano”. Pero la implacable lógica de un interlocutor replicaba al “viejo libre pensador”, al “viejo republicano” que “había dos músicas: la que se cantaba en las iglesias y la que se cantaba en otros sitios”. La primera era enemiga de la razón y del Estado, y la razón de Estado debía suprimirla.

Todos aquellos bobos hubieran sido más ridículos que peligrosos, si no hubieran tenido detrás a hombres de verdadero valer, en los que se apoyaban y que eran como ellos —acaso, aún más—, fanáticos de la razón. Tolstoi habla en un pasaje de sus obras, de esas “influencias epidémicas” que reinan en religión, en filosofía, en política, en arte y en ciencia; de esas influencias “insensatas”, cuya locura no conocen los hombres hasta que se ven libres de ella, pero que, mientras se hallan sometidos a su influjo, les parecen tan verdaderas que ni siquiera juzgan necesario discutir las. A este género pertenecen la pasión por los tulipanes, la creencia en las brujas y las aberraciones de las modas literarias. La religión de la razón era una de estas locuras. Era común a los más tontos y a los más cultivados, a los “sub-veterinarios” de la Cámara de Diputados y a ciertos espíritus sobrado inteligentes de la Universidad. Era más peligrosa aún en éstos que en aquellos; porque en éstos, se acomodaba fácilmente con cierto

optimismo beato y estúpido que le quitaba algo de su energía; mientras que en los otros todos los resortes estaban tirantes y el filo aguzado por un pesimismo fanático, que no se forjaba ilusiones acerca del antagonismo fundamental entre la naturaleza y la razón y que, no por eso, se mostraba menos encarnizado en sostener el combate de la libertad abstracta, de la justicia abstracta y de la verdad abstracta, contra la corrompida naturaleza.

416 Había en esto un fondo de idealismo calvinista, jansenista y jacobino, algo de la antigua creencia en la irremediable perversidad del hombre, que sólo puede y debe quebrantar el orgullo implacable de los elegidos, que reciben las inspiraciones de la Razón —el Espíritu de Dios—. Era éste un tipo muy francés, el del francés inteligente, que no es “humano”. Un pedernal duro como el hierro, nada puede penetrarlo, y rompe cuanto toca.

A Cristóbal le causaron terror las conversaciones que tuvo en casa de Aquiles Roussin con algunos de estos locos razonadores. Esto trastornaba por completo sus ideas acerca de Francia. Creía, según la opinión corriente, que los franceses eran un pueblo ponderado, sociable y amigo de la libertad, y se encontraba con unos maniáticos de ideas abstractas, enfermos de lógica, siempre dispuestos a sacrificar a los demás, y a sí mismos, en aras de uno de sus silogismos. Hablaban constantemente de libertad, y nadie había menos capaz que ellos de comprenderla y sobrellevarla. En ninguna parte podían hallarse caracteres más fría y atrozmente despóticos, por pasión intelectual o por pasión de querer siempre tener razón.

Y no era esto exclusivo de un partido, sino que en todos se hallaban ejemplos. No podían ni querían ver nada fuera de su formulario político y religioso, de su patria, de su provincia, de su grupo, de su estrecho cerebro. Había antisemitas que empleaban todas las fuerzas de su ser en un odio furibundo e impotente contra todos los privilegiados de la fortuna: porque odiaban a todos los judíos, y llamaban judíos a todos los que odiaban. Había nacionalistas que odiaban —cuando eran muy buenos se contentaban con despreciar— a todas las demás naciones, y, en su nación misma, llamaban extranjeros o renegados o traidores



a todos los que no pensaban como ellos. Había antiprotestantes que se persuadían de que todos los protestantes eran ingleses o alemanes y que hubieran querido desterrarlos a todos de Francia. Había la gente de Occidente que no admitía nada al Este de la línea del Rin; y la gente del Norte, que no admitía nada tampoco al Sur de la línea del Loira; y la gente del Mediodía, que llamaba bárbaros a los del Norte de la línea del Loira; y los que se vanagloriaban de ser de raza germánica, y los que se gloriaban también de ser de raza gala; y, los más locos de todos, los “romanos”, que se enorgullecían de la derrota de sus antepasados; y los bretones, y los loreneses, y los felibres, y los albigenses, y los de Carpentras, de Pontoise y de Quimper-Corentin: cada uno de ellos no admitía sino a sí mismo. Se hacía un título de nobleza de su personalidad y no toleraba que se pudiese ser otra cosa. Contra semejante especie de hombres no hay nada que hacer: no atienden sino a su propio razonamiento; están hechos para destruir el resto del mundo o para ser destruidos.

417

Pensaba Cristóbal que era una suerte que un pueblo semejante tuviese por gobierno la república; porque todos aquellos despotillas se aniquilaban, por lo menos, unos a otros. Pero si uno de ellos hubiera llegado a ser emperador o rey, hubiera habido que renunciar a la vida.

## XXX

No sabía que a los pueblos razonadores les queda una virtud que los salva: la inconsecuencia. Los políticos franceses no dejaban de tenerla. Su despotismo tenía cierta mezcla de anarquismo; oscilaban sin cesar entre los dos polos. Si se apoyaban en la izquierda, en los fanáticos del pensamiento, se apoyaban igualmente a la derecha, en los anarquistas del mismo. Se veía en su compañía toda una turba de socialistas diletantes, de jóvenes arrivistas que se habían guardado muy bien de tomar parte en el combate, mientras estaba indeciso; pero que seguían las huellas del ejército del libre pensamiento y, después de cada una de sus victorias, caían sobre los despojos de los vencidos. Los campeones de la razón no trabajaban para la razón... *Sic vos non vobis*<sup>12</sup>... Trabajaban para aquellos burgueses cosmopolitas, que hollaban gozosos las tradiciones del país y que no se proponían destruir una fe para poner otra en su lugar, sino para instalarse ellos mismos y no tener quien les fuera a las manos.

Cristóbal encontró allí a Luciano Lévy-Coeur. No se admiró mucho de saber que era socialista; pensó únicamente que era preciso que el socialismo estuviese muy seguro del triunfo para que Luciano Lévy-Coeur se alistase en sus filas. Pero no sabía que éste había hallado medio de figurar igualmente en el campo opuesto, donde logró hacerse amigo de los personajes más antiliberales y hasta antisemitas, de la política y del arte. Preguntó a Aquiles Roussin:

---

12. Más bien, para vosotros, no con vosotros.

—¿Cómo pueden tener ustedes a semejantes hombres a su lado?

Roussin respondió:

—¡Tiene tanto talento! Además, trabaja para nosotros, pues destruye lo antiguo.

—¡Ya lo creo que destruye! —dijo Cristóbal—. Destruye de tal manera, que no sé con qué podrán ustedes reconstruir. ¿Están muy seguros de que quedará suficiente madera para la casa nueva? ¿Están ustedes seguros de que no han entrado ya los gusanos en la obra?

419

Luciano Lévy-Coeur no era el único que roía al socialismo. Los periódicos socialistas estaban llenos de esos hombrecillos de letras, de los del arte por el arte, anarquistas de lujo, que se habían apoderado de todas las avenidas que podían conducir al éxito. Cerraban el paso a los demás y llenaban los periódicos, que se apellidaban los órganos del pueblo, con su diletantismo decadente y su *struggle for life*<sup>13</sup>. No se contentaban con empleos: necesitaban gloria. En ninguna época se habían visto tantas estatuas erigidas de prisa y corriendo, y tantos discursos ante aquellos genios de yeso. Lo más cómico eran los banquetes ofrecidos periódicamente a uno de los grandes hombres de la cofradía por los conocidos comensales de la gloria, no porque lo motivara alguno de sus trabajos, sino con el pretexto de haber recibido una condecoración cualquiera, lo cual era lo que más les afectaba. Estetas, superhombres, *metecos*, ministros socialistas, estaban enteramente de acuerdo para celebrar una promoción en la Legión de Honor instituida por aquel famoso oficial corso.

A Roussin le encantaban los asombros de Cristóbal. No le parecía mal que el alemán juzgase con tanto rigor a sus compañeros. Él mismo, cuando estaban solos, los trataba sin consideración. Conocía su necedad o sus dobleces mejor que nadie; pero esto no le impedía sostenerlos, a fin de que le sostuvieran. Y si, en la intimidad, no se andaba con paños calientes para hablar del pueblo en términos despectivos, en la tribuna se convertía

---

13. Lucha por la vida.

en otro hombre. Adoptaba una voz de cabeza, de tonos agudos, gangosos, martilleados, solemnes con trémolos, balidos, amplios y temblorosos gestos como aleteos: imitaba a Mounet-Sully.

420 Cristóbal se devanaba los sesos para adivinar hasta qué punto creía Roussin en su socialismo. Era evidente que en el fondo no creía: era demasiado escéptico; creía en él, sin embargo, con una parte de su pensamiento; y aunque sabía perfectamente que sólo era con una parte —y tal vez la más importante—, había organizado con arreglo a ella su vida y su conducta porque esto era lo más cómodo. No se hallaba solamente en juego su interés práctico, sino también su interés vital y su razón de ser y de obrar. Su fe socialista era para él una especie de religión de estado, la mayoría de la gente no vive de otra manera. Su vida descansa en creencias religiosas, morales, sociales, o puramente prácticas —creencia en su oficio, en su trabajo, en la utilidad de su papel en la vida— en las que no creen en el fondo. Pero no quieren saberlo: porque, para vivir, necesitan esa apariencia de fe, esa “religión de estado” de que cada uno es sacerdote.

Roussin no era de los peores. ¡Cuántos otros hacían en su partido socialismo o radicalismo ni aun podía decirse que por ambición; pues esta era de tan corto vuelo, que no pasaba del saqueo inmediato y de la reelección! No obstante parecían creer en una sociedad nueva. Acaso creyeran en otro tiempo, y seguían haciendo como que creían; pero, en realidad, sólo pensaban en vivir de los despojos de la sociedad moribunda. Al servicio de este nihilismo amigo de los goces, había un oportunismo miope. Los grandes intereses de lo porvenir se veían sacrificados al egoísmo de la hora presente. Se desorganizaba el ejército y se hubiera desorganizado la patria para dar gusto a los electores. No faltaba inteligencia; comprendían perfectamente lo que hubiera habido que hacer; pero no lo hacían, porque les hubiera costado grandes esfuerzos, y no eran capaces de hacerlos. Querían arreglar su vida y la de la nación con la menor cantidad de trabajo y de sacrificio. Desde lo más alto hasta lo más bajo de la escala, reinaba la misma moral, la de la mayor cantidad de placer posible con el menor esfuerzo posible. Esta moral inmoral era el único hilo conductor en medio del baturrillo político en que los jefes daban ejemplo de anarquía y en que se veía una política incoherente que perseguía diez liebres a la vez, abandonándolas una tras otra en el camino; una diplomacia belicosa al lado de un Ministerio de la Guerra pacifista; ministros de la Guerra que destruían el ejército a fin de purificarlo; ministros de Marina que sublevaban a los obreros de los arsenales; profesores del arte de la guerra que predicaban el horror a la misma; oficiales, jueces, revolucionarios y patriotas diletantes. En fin, una desmoralización política universal. Todos

esperaban que el Estado los proveyese de empleos, de condecoraciones, pensiones e indemnizaciones; y, en efecto, el Estado no dejaba de derramar su lluvia benéfica sobre su clientela: la ralea de los honores y de los empleos ofrecida a los hijos, a los sobrinos y a los criados del Poder; los diputados votando el aumento de su sueldo; el despilfarro desenfrenado de la Hacienda, de los puestos, de los títulos y de todas las fuerzas del Estado. Y, como un siniestro eco del ejemplo que venía de arriba, la chapucería en las clases inferiores: maestros que enseñaban el desprecio de la autoridad y la rebelión contra la patria; empleados de Correos que quemaban cartas y telegramas; obreros de las fábricas que echaban arena o polvo de esmeril en el engranaje de las máquinas; obreros de los arsenales que los destruían; barcos incendiados, el deterioro monstruoso por medio de los trabajadores, la destrucción, no de los ricos, sino de la riqueza del mundo.

Para coronar la obra, ciertos elementos intelectuales se divertían en fundar en la razón y en el derecho este suicidio de un pueblo, en nombre de los sagrados derechos de la persona humana a la felicidad. Un humanitarismo mórbido iba royendo la distinción entre el bien y el mal, y se apiadaba de la persona “irresponsable y sagrada” de los criminales, con un sentimentalismo senil, que capitulaba ante el crimen y le entregaba la sociedad. Cristóbal pensaba para sí:

Francia está ebria de libertad. Después de haber delirado a sus anchas, caerá borracha perdida, y cuando se despierte, se encontrará en la prevención. Lo que más mortificaba a Cristóbal en aquella demagogia, era el ver que se realizaban fríamente las peores violencias políticas por hombres cuya falta de creencias conocía. Era demasiado escandalosa la desproporción entre aquellos seres ondulantes y la violenta acción que desencadenaban o que parecían autorizar. Se hubiera dicho que había en ellos dos cosas contradictorias: un carácter inconsistente, que no creía en nada, y una razón razonadora que cortaba, segaba y saqueaba la vida, sin querer fijarse en nada. Se preguntaba Cristóbal cómo la apacible burguesía, los católicos y los oficiales a quienes se hostigaba de mil maneras, no los arrojaban por la ventana. No se

atreví a decírselo a Roussin; pero como no sabía ocultar nada, no le costó trabajo a Roussin adivinar su pensamiento. Se echó a reír y dijo:

—Seguramente haríamos eso usted y yo, ¿no es verdad? Pero tratándose de ellos, no hay peligro. Son pobres de espíritu, incapaces de adoptar la menor resolución enérgica; sólo saben recriminar. Una aristocracia decaída, chocha, embrutecida por los clubs y los deportes, que se prostituye con los americanos y los judíos, y que para demostrar su modernismo se divierte con el insultante papel que le hacen representar en las obras a la moda, y festeja a sus insultadores. Una burguesía apática y gruñona, que no lee nada ni comprende nada, que no quiere comprender, que no sabe sino denigrar, y denigrar en el vacío, con acritud y sin ninguna utilidad, que sólo siente una pasión: la de dormir, la de aletargarse en su sueño, sobre sus talegas, sintiendo odio a los que quieren molestarla y aun a los que no quieren hacer como ella: ¡porque precisamente le molesta que los otros trabajen mientras ella ronca!... Si usted conociera a esa gente, acabaría por hallarnos simpáticos.

Pero Cristóbal sentía grandísimo asco lo mismo hacia unos que hacia otros; porque no creía que la bajeza de los perseguidos fuese una excusa para los perseguidores. Con frecuencia había encontrado en casa de las Stevens tipos de aquella burguesía rica y huraña, que le pintaba Roussin.

*...l'anime triste di coloro,  
che visser senza infamia e senza lodo<sup>14</sup>...*

Veía de sobra las razones que Roussin y sus amigos tenían para estar seguros, no sólo de su fuerza, sino de su derecho para abusar de aquella gente. No les faltaban instrumentos de dominación. Millares de funcionarios sin voluntad, que habían abdicado toda personalidad, les obedecían ciegamente. Costumbres cortesanas, una república sin republicanos; periódicos socialistas y

14. (Dante: *Inferno* III) Las almas tristes de esa gente que vivieron sin infamia y sin elogio.

elegidos socialistas que se humillaban de bruces ante los reyes que venían de visita, almas de criados que se quedaban embobados ante los títulos, galones y condecoraciones: para mantenerlos tranquilos no había más que arrojarles algún hueso que roer o la Legión de Honor. Si los reyes hubiesen ennoblecido a todos los ciudadanos de Francia, todos ellos hubieran sido realistas.

424 Los políticos no tenían quien les fuera a la mano. De los tres Estados del 89, el primero se hallaba anonadado; el segundo proscrito, emigrado o sospechoso; el tercero dormía, haciendo la digestión de su victoria. Y en cuanto al cuarto Estado, que se había levantado después, amenazador y envidioso, no era difícil triunfar de él. La República decadente lo trataba, como la Roma decadente trataba a las hordas bárbaras que no había podido expulsar de sus fronteras: se las incorporaba; no tardaban en convertirse en sus mejores perros de presa. Los ministros burgueses, que se llamaban socialistas, atraían solapadamente y agregaban a la burguesía a los más inteligentes y vigorosos de entre los obreros; privaban de jefes al partido de los proletarios, se infundían sangre nueva y, en recompensa, los ahitaban de ciencia indigesta y de ideología burguesa.



Uno de los ejemplares más curiosos de estas tentativas de secuestro del pueblo por medio de la burguesía, eran las Universidades populares. Eran como pequeños bazares de conocimientos confusos de todas las épocas y de todos los países. Se pretendía enseñar en ellas, como rezaba un programa, todos los ramos del saber físico, biológico y sociológico: astronomía, cosmología, antropología, etnología fisiología, psicología, psiquiatría, geografía, lingüística, estética, lógica, etc. Con todo esto había con hacer estallar el cerebro de Pico de la Mirandola.

Seguramente, había habido en su origen y aún conservando algunas de ellas, una grandeza de idealismo, una necesidad de difundir la verdad, la belleza y la vida moral entre todos, que eran ciertamente magníficas. Aquellos obreros que, después de un día de duro trabajo, acudían a amontonarse en las salas de conferencias, estrechas y ahogadas, y cuya sed de saber era más fuerte que la fatiga y el hambre, ofrecían un espectáculo admirable y conmovedor; pero, ¡cómo habían abusado de ellos! Para algunos verdaderos apóstoles inteligentes y humanos y para algunos corazones excelentes, dotados de mejores intenciones que de acierto, ¡cuántos tontos, habladores, intrigantes, escritores sin lectores, oradores sin público, profesores, pastores, parlanchines, pianistas, críticos y anarquistas que inundaban al pueblo con sus productos! Cada “quisque” buscaba el medio de dar salida a su mercancía. Los más favorecidos por la clientela eran, naturalmente, los charlatanes de oficio, los discurredores filosóficos, que agitaban gran número de ideas generales, mezclándolas con algunos hechos, nociones científicas y conclusiones cosmológicas.

Las Universidades populares eran también un mercado para las obras de arte ultra aristocráticas: grabados, poesías y música decadentes. Se quería el advenimiento del pueblo para rejuvenecer el pensamiento y regenerar la raza, y se empezaba por inocularle todos los refinamientos de la burguesía; él los aceptaba con avidez, no porque le agradasen, sino porque eran burgueses. Cristóbal, a quien llevó a una de aquellas Universidades populares la señora Roussin, la oyó tocar música de Debussy al pueblo, alternando con la *Bonne Chanson* de Gabriel Fauré y uno de los últimos *quatuors* de Beethoven. Él, que sólo había llegado a la comprensión de las últimas obras de Beethoven después de muchos años, merced a una lenta educación de su gusto y de su pensamiento, preguntó, lleno de compasión, a uno de sus vecinos:

—¿Comprende usted eso?

El otro se puso de uñas y gritó, colérico:

—¡Ya lo creo! ¿Por qué no lo habría de comprender tan bien como usted?

Y para demostrar que lo había comprendido, pidió que repitiesen una fuga, mientras miraba a Cristóbal de un modo provocativo.

Cristóbal salió de allí consternado, pensando que aquellos animales habían logrado emponzoñar hasta las fuentes vivas de la nación: ya no había pueblo.

—¡Pueblo es usted! —como decía un obrero a uno de aquellos bien intencionados individuos que trataban de fundar teatros del Pueblo—. ¡Yo soy tan burgués como usted!

Cierta hermosa noche en que el cielo, suave como un tapiz de Oriente, de cálidos tintes, algo amortiguados, se extendía sobre la ciudad hundida en las sombra, seguía Cristóbal los muelles del Sena, desde Nuestra Señora hasta los Inválidos. En medio de la noche que iba cayendo, se erguían las torres de la catedral, como los brazos de Moisés durante la batalla. La lanza de oro cincelada de la Santa Capilla, la espina santa floreciente, brotaba entre las apiñadas casas. Al otro lado del río, presentaba el Louvre su real fachada, en cuyos mortecinos ojos ponían los reflejos del sol poniente como un postrer resplandor de vida. En el fondo de la Explanada de los Inválidos, detrás de sus fosos y sus altivas murallas, en su majestuoso desierto, se cernía la cúpula de oro, melancólica como una sinfonía de victorias lejanas. Y el Arco de Triunfo abría sobre la colina, cual una marcha heroica, el paso sobrehumano de las legiones imperiales.

Cristóbal experimentó de repente la impresión de un gigante muerto cuyos inmensos miembros cubrían la llanura. Con el corazón oprimido de espanto, se detuvo para contemplar los fósiles gigantes, de una especie fabulosa desaparecida de la tierra, y cuyos pasos habían resonado en todo el globo, la raza que llevaba por casco la cúpula de los Inválidos y por cinturón el Louvre; la raza que estrechaba el cielo con los mil brazos de sus catedrales y que apoyaba fuertemente en el mundo los dos pies triunfadores del arco napoleónico, bajo el cual hormiguea hoy Liliput...

Sin buscarla, había adquirido Cristóbal alguna notoriedad en los medios parisienses en que lo habían introducido Silvano Kohn y Goujart. La originalidad de su rostro, que se veía siempre con uno u otro de sus dos amigos en las primeras representaciones y en los conciertos, su fealdad enérgica, las mismas ridiculeces de su persona, de su traje, de sus maneras bruscas y torpes, las salidas paradójicas que solía tener de vez en cuando, su inteligencia mal desbastada, pero amplia y robusta, y los románticos relatos que Silvano Kohn había hecho de sus calaveradas en Alemania, de sus dificultades con la Policía y de su huida a Francia, le habían hecho objeto de la curiosidad ociosa y atareada del gran salón cosmopolita que forma el todo París. Mientras, se mantuvo reservado, observando, escuchando, procurando comprender, antes de dar su opinión, mientras se desconocieron sus obras y el fondo de su pensamiento, le hicieron buena acogida. Los franceses le agradecían el que no hubiera podido quedarse en Alemania. Los músicos franceses agradecían, como un homenaje que se les hacía, la injusticia de los juicios de Cristóbal sobre la música alemana —se trataba, a decir verdad, de juicios ya antiguos, la mayor parte de los cuales no hubiera firmado al presente, de algunos artículos publicados en otro tiempo en una revista alemana, y cuyas paradojas habían sido difundidas y amplificadas por Silvano Kohn—. Cristóbal interesaba y no estorbaba; no le quitaba el sitio a nadie. De él sólo hubiera dependido el ser un grande hombre de cenáculo. Lo único que tenía que hacer era no escribir, o escribir lo menos posible, y, sobre todo, no hacer oír nada suyo y suministrar ideas a los Goujart y a sus iguales, toda

esa caterva que ha tomado por divisa —modificándola algo—, la frase famosa:

“Mi caso no es grande; pero bebo... en el de los demás”.

Una personalidad vigorosa ejerce su influencia principalmente en los jóvenes, más ocupados en sentir que en obrar, y no faltaban éstos, por cierto, en torno de Cristóbal. Eran en general seres ociosos, sin voluntad, sin objetivo, sin razón de ser, que tienen miedo a la mesa de trabajo y a hallarse a solas consigo mismos, que se eternizan en una butaca, que van vagando de un café a un teatro, buscando siempre pretextos para no volver a su casa y para no verse frente a frente consigo mismos. Llegaban, se instalaban y pasaban las horas muertas en esas conversaciones insípidas, de las que sale uno con una dilatación de estómago, desalentado, saturado y, sin embargo, hambriento, sintiendo a la vez necesidad y hastío de continuar. Rodeaban a Cristóbal, como al barbo de Goethe, “las larvas en acecho que esperan un alma para tragársela al paso y agarrarse a la vida”.

429

Un tonto vanidoso hubiera estado con muchísimo mayor placer en aquella corte de parásitos; pero a Cristóbal no le gustaba el papel de ídolo. Le horripilaba, por otra parte, la sutileza idiota de sus admiradores, que en todo lo que hacía hallaban intenciones extravagantes, renanas, nietzscheanas y hermafroditas; así es que los echó a la calle. No había nacido para desempeñar un papel pasivo. En él todo estaba organizado para la acción. Observaba para comprender, y quería comprender para obrar. Libre de sujeciones de escuela y de preocupaciones, se informaba acerca de todo, y estudiaba en su arte todas las formas de pensamiento y los recursos de expresión de los demás países y épocas. Cada uno de ellos constituía su presa si los consideraba eficaces y verdaderos. A diferencia de aquellos artistas franceses que estudiaba, ingeniosos inventores de formas nuevas, que agotan sus fuerzas en inventar de continuo y dejan sus invenciones a medio acabar, se proponía más bien hablar con mayor energía que introducir innovaciones en la lengua musical; no se cuidaba

de ser raro, sino de ser fuerte. Este vigor apasionado se oponía al genio francés lleno de delicadeza y de mesura. Desdeñaba el estilo por el estilo y el arte por el arte. Los mejores artistas franceses le parecían obreros de lujo. Uno de los poetas parisienses más perfectos, se había entretenido en formar “la lista obrera de la poesía francesa contemporánea” señalando en cada poeta su género, su producto o sus ganancias, y enumeraba “las arañas de cristal, las telas de oriente, las medallas de oro y de bronce, los guipures para señoras respetables, las esculturas policromas y las lozas con flores” que salían de la fábrica de éste o del de más allá. Él mismo se representaba, “en un rincón del vasto taller de las letras, remendando antiguos tapices, o quitando el moho a las artesanas arrumbadas”. Esta concepción del artista, como de un excelente obrero, atento únicamente a la perfección del oficio, no dejaba de tener grandeza. Pero no satisfacía a Cristóbal; y, sin dejar de reconocer en ella una dignidad profesional, menospreciaba la pobreza de vida que encubría de ordinario. No concebía que se escribiese por escribir, ni que se hablase por hablar. No decía palabras, sino que se proponía decir cosas.

*Ei dice cose, e voi dite parole*<sup>15</sup>.

Tras un período de descanso, en que sólo se había ocupado en absorber un mundo nuevo, el espíritu de Cristóbal se había sentido bruscamente acometido de la necesidad de crear. El antagonismo que sentía entre París y su persona, centuplicaba su fuerza dando mayor relieve a su personalidad. Era un desbordamiento de pasiones que exigían imperiosamente salir a luz. Eran de todas clases y todas lo solicitaban con igual ardor. Necesitaba forjar obras en que se descargase del amor que hinchaba su pecho, y también del odio, así como de la voluntad y también del renunciamiento y de todos los demonios que luchaban en su interior y que tenían igual derecho a la vida. Apenas había desahogado una pasión en una obra —a veces ni siquiera tenía paciencia

15. Él dice cosas, y usted dice palabras.

de llegar hasta el fin de la misma—, cuando se dejaba arrastrar de la pasión contraria. La contradicción era sólo aparente: aunque cambiaba constantemente, permanecía siempre el mismo. Todas sus obras eran caminos distintos que conducían a idéntico fin; su alma era como una montaña y él seguía todos sus senderos, unos se paraban a la sombra formando suaves recodos; otros subían, ásperos y áridos, bajo las caricias del sol; todos conducían a Dios, que tenía su asiento en la cima. Amor, odio, voluntad, renunciamiento, todas las fuerzas humanas llevadas al paroxismo, tocan a la eternidad y participan de ella. Cada uno las lleva en sí: el religioso y el ateo, el que ve la vida en todas partes, el que en todas las niega y el que duda de todo, así de la vida como de la negación, y Cristóbal, cuya alma los abrazaba a todos a la vez, las llevaba igualmente. Todas las cosas contrarias se funden en la fuerza eterna. Lo importante para Cristóbal era despertar estas fuerzas en sí mismo y en los demás, echar brazadas de leña en la hoguera, haciendo que brillase más la eternidad. Se había levantado en su corazón una inmensa llama en medio de la noche voluptuosa de París. Se creía libre de toda fe, y todo él no era, en realidad, sino una antorcha de fe.

Nada podía dar mayores pretextos a la ironía francesa. La fe es uno de los sentimientos que menos perdona una sociedad muy refinada; porque la ha perdido, no quiere que otros la posean. En medio de la hostilidad sorda o burlona de la mayor parte de la gente para los sueños de los jóvenes, entra por mucho el amargo pensamiento de que ellos fueron así en otro tiempo, abrigaron las mismas ambiciones y no las realizaron. Todos los que han renegado de su alma, todos los que tuvieron en sí una obra y no la realizaron para aceptar la seguridad de una vida fácil y honrosa, piensan:

—Puesto que no he podido hacer lo que he soñado, ¿por qué han de hacerlo los demás? No quiero que lo hagan.

¡Cuántos Hedda Gabler hay entre los hombres! ¡Qué lucha sorda para aniquilar las fuerzas nuevas y libres, qué ciencia para matarlas por medio del silencio, de la ironía, del desgaste y el desaliento, cuántas seducciones péfidas se emplean en el momento

oportuno!... Este tipo se da en todos los países. Cristóbal lo conocía por haberlo encontrado en Alemania, y estaba acorazado contra sus tiros. Su sistema de defensa era sencillo: consistía en atacar él primero; desde las primeras de cambio le declaraba la guerra, obligaba a aquellos peligrosos amigos a declararse enemigos suyos; pero si esta política franca era la más a propósito para poner a salvo su personalidad, lo era mucho menos para facilitar su carrera de artista, Cristóbal volvía a las andadas que tanto le hicieron sufrir en Alemania. No podía remediarlo. Sólo había cambiado su humor, que se había hecho muy alegre.

A todo el que quería oírle, le expresaba atrevidamente sus críticas poco mesuradas acerca de los artistas franceses, y esto le atraía muchas enemistades. Ni siquiera tomaba la precaución de procurarse, como hace la gente sensata, el apoyo de un pequeño bando. No le hubiera costado trabajo encontrar en torno suyo artistas enteramente dispuestos a admirarle, con tal que él los admirase. Hasta había quienes lo admiraban de antemano, a cambio de desquite. Consideraban al que alababan como un deudor al que, llegado el momento oportuno, podían reclamar el reembolso de su deuda. Era dinero bien colocado. Sin embargo, con Cristóbal no regía la regla corriente, pues a nadie reembolsaba. Y lo que es peor aún, tenía el descaro de hallar mediocres las obras de los que hallaban buenas las suyas. Sin declarárselo, le guardaban muchísimo rencor y hacían propósito de cobrarse a la primera ocasión pagándole exactamente en la misma moneda.

Entre todas las torpezas cometidas, incurrió Cristóbal en la de declarar la guerra a Luciano Lévy-Coeur. Lo hallaba por todas partes en su camino, y no podía ocultar una antipatía exagerada hacia aquel ser dulce, cortés, que no hacía ningún daño en apariencia, que hasta parecía tener más bondad que él y que, en todo caso, era mucho más comedido. Le provocaba a discusión; y, por insignificante que fuese el motivo de la misma, tomaba siempre, por parte de Cristóbal, una dureza súbita, que sorprendía al auditorio. Parecía que buscaba toda clase de pretextos para lanzarse, con la cabeza baja, contra Luciano; pero jamás podía alcanzarle. Su enemigo tenía siempre la suprema habilidad, hasta cuando



carecía claramente de razón, de adjudicarse el mejor papel; y se defendía con una cortesía que hacía resaltar la falta de tacto de Cristóbal. Por otra parte, éste, que hablaba muy mal el francés, mezclando palabras de caló —hasta palabras de muy grueso calibre— que había aprendido en seguida y que empleaba fuera de propósito, como muchos extranjeros, era incapaz de burlar la táctica de Luciano Lévy-Coeur, y se estrellaba furiosamente contra su dulzura irónica. Todo el mundo se declaraba en contra suya, porque nadie veía lo que Cristóbal comprendía de un modo oscuro: la hipocresía de aquella dulzura, que, cuando tropezaba con una fuerza, en la que no podía hacer mella, procuraba ahogarla, sin aparato y en silencio. No tenía prisa ninguna, pues pertenecía al número de los que, como Cristóbal, contaban con el tiempo: pero mientras el uno quería destruir, Cristóbal se proponía edificar. No le costó trabajo separar de Cristóbal a Silvano Kohn y a Goujart, del mismo modo que le había enajenado poco a poco la amistad de los Stevens. Hizo el vacío en torno suyo.

Cristóbal lo ayudaba por su parte, pues no contentaba a nadie por no ser de ningún partido, o mejor dicho, por ser enemigo de todos los partidos. No le gustaban los judíos; pero le gustaban menos aún los antisemitas. Esta cobardía de las masas sublevadas contra una minoría poderosa, no porque fuese mala, sino porque era potente, este incitamiento a los bajos instintos de envidia y de odio, le repugnaba. Se hacía considerar por los judíos como antisemita, y por los antisemitas como judío. En cuanto a los artistas, veían en él instintivamente a un enemigo. Además, Cristóbal, sin darse cuenta de ello, se hacía cada vez más alemán en materia de arte. Por oposición con la voluptuosa ataraxia de cierta música parisiense, celebraba el vigor violento, un pesimismo viril y sano. Cuando se dejaba ver la alegría, se notaba una falta de gusto y un ardor plebeyo, muy a propósito para excitar la ira de los aristocráticos patronos del arte popular. Su forma era sabia y ruda. Es más, no estaba lejos de afectar, por espíritu de reacción, un descuido aparente en el estilo y un desdén de la originalidad exterior, que debían lastimar sensiblemente a los músicos franceses. Por eso, aquellos a quienes comunicó algunos

trozos de sus obras, lo englobaron, sin andarse con más investigaciones, en el desprecio que sentían hacia el wagnerismo caduco de la escuela alemana contemporánea. Cristóbal no se cuidaba de ello, se reía interiormente, repitiendo estos versos de un encantador músico del renacimiento francés, adaptados a su uso:

434

*Va, va ne t'esbahy de ceux la qui diront:  
ce Christophe n'a pas d'un tel le contrepoint,  
il n'a pas de cestuy la pareille harmonie.  
J'ai quelque chose aussi que les autres n'ont point*<sup>16</sup>.

Cuando quiso tratar de hacer ejecutar sus obras en los conciertos, halló las puertas cerradas. Ya tenían bastante con hacer ejecutar o no, las obras de los músicos franceses jóvenes, para no inquietarse por las de un alemán desconocido.

Cristóbal no se obstinó en dar pasos inútiles. Se encerró en su casa, y se puso a escribir. Poco le importaba que la gente de París lo oyese o no. Escribía por su gusto y no para triunfar. El verdadero artista no se ocupa del porvenir de su obra. Es como esos pintores del Renacimiento que pintaban alegremente fachadas de casas, sabiendo que a los diez años no quedaría nada.

Cristóbal trabajaba, pues, en paz, resignado de buen grado a esperar tiempos mejores, cuando recibió auxilio de donde no lo esperaba.

---

16. Ya, ya, no le hagas caso a esas cosas que dice: "Ese Cristóbal no tiene tal contrapunto, él no tiene una armonía semejante a la de ellos; yo tengo algo que los otros no tienen".

Cristóbal se sentía entonces atraído por la forma dramática; pero no se atrevía a dejarse llevar aún del torrente de su lirismo interior. Tenía necesidad de canalizarlo dirigiéndolo hacia asuntos determinados. Seguramente, es bueno para un genio joven, que no es aún dueño de sí mismo y que ni siquiera sabe todavía exactamente lo que es crearse límites voluntarios en que encerrar su alma, que se oculta a sí misma. Son éstos los diques y esclusas necesarios que permiten dirigir el curso del pensamiento. Desgraciadamente le faltaba a Cristóbal un poeta. Se veía obligado a buscar él mismo sus asuntos en la leyenda o en la historia.

Entre las visiones que flotaban en su espíritu, desde hacía algunos meses, había imágenes de la *Biblia*. La *Biblia* que su madre le había dado como compañera de destierro, había sido para él un manantial de sueños. Aunque no la leyese con espíritu religioso, la energía moral o, por mejor decir vital, de esta *Íliada* hebraica, era para él una fuente en que, por la noche, lavaba su alma desnuda y manchada por el humo y el lodo de París. No se cuidaba del sentido sagrado del libro; sin embargo, no dejaba de ser para él un libro sagrado, por el aliento de naturaleza salvaje y de individualidades primitivas que en la misma respiraba. Bebía aquellos himnos de la tierra devorada por la fe, de las montañas palpitantes, de los cielos que se regocijan y de los leones humanos.

Una de las figuras del libro que le inspiraba especial ternura, era la de David adolescente. No le atribuía la irónica sonrisa de pilluelo de Florencia, ni la tensión trágica que Verrochio y Miguel Ángel habían dado a sus obras sublimes: no las conocía. Veía a

su David como un pastorcillo poético, de corazón virgen, donde dormía el heroísmo, un *Sigfredo del Mediodía*, de raza más afinada, más hermoso y más armonioso de cuerpo y de pensamiento. Porque, por más que se rebelaba contra el espíritu latino, éste había empezado a infiltrarse en él sin que se diera cuenta de ello. No es solamente el arte el que influye en el arte, ni exclusivamente el pensamiento, sino todo lo que nos rodea: la gente, las cosas, los gestos, los movimientos, las líneas y la luz de cada ciudad. La atmósfera de París es muy fuerte y modela las almas más rebeldes. Un alma germánica es menos capaz de resistir a ella que cualquiera otra: en vano se envuelve en los pliegues de su orgullo nacional; de todas las almas europeas es la que más pronto se desnacionaliza. La de Cristóbal había empezado ya, sin que él lo sospechase, a tomar del arte latino una claridad, una sobriedad, una inteligencia de los sentimientos, y hasta, en cierta medida, una belleza plástica, que jamás hubiera tenido, a no ser por eso. Su *David* era prueba de ello.

Se había propuesto trazar varios episodios de su adolescencia: el encuentro con Saúl, el combate con Goliat, y había empezado por escribir la primera de dichas escenas, concibiéndola como un cuadro sinfónico de dos personajes.

En medio de una meseta desierta, de una landa de brezos en flor, se hallaba acostado el pastorcillo y soñaba mirando al sol. La luz serena, el zumbido de los seres, el dulce estremecimiento de las ondulantes hierbas, los argentinos cascabeles de los rebaños que pacían, y la fuerza de la tierra, mecían venas de la tierra. En tanto, seguía resonando tranquilo el canto de la flauta, la imaginación del joven inconsciente de sus divinos destinos. Indolentemente, mezclaba su voz y los sonidos de una flauta al silencio armonioso; y aquel canto respiraba una alegría tan tranquila y tan límpida, que al oírla, ni siquiera se pensaba en la alegría o en el dolor, sino que parecía que era así y que no podía ser de otro modo. De pronto, se extendieron por la landa grandes sombras, y calló la voz del viento. La vida parecía retirarse al interior de las venas de la tierra. En tanto seguía resonando tranquilo el canto de la flauta. Pasaba en esto Saúl alucinado. El rey

demente, roído por la nada, se agitaba como una llama furiosa que se devora y que retuerce el huracán. Suplicaba, injuriaba y desafiaba al vacío que lo rodeaba y que llevaba en su interior, y cuando, falto de aliento, caía en la landa, reaparecía en medio del silencio la sonrisa apacible del canto del pastorcillo, que no había cesado un momento. Entonces Saúl, comprimiendo los latidos de su corazón tumultuoso, se acercaba en silencio al muchacho tendido, y en silencio también, lo contemplaba; se sentaba junto a él y posaba su mano febril en la cabeza del pastor. David, sin experimentar turbación, se volvía sonriente y miraba al rey. Apoyaba la cabeza en las rodillas de Saúl y reanudaba su música. Iba cayendo la tarde. David se quedaba dormido cantando, y Saúl lloraba. Y en medio de la estrellada noche, se alzaba de nuevo el himno de alegría serena de la naturaleza resucitada y el canto de gracias del alma convaleciente.

437

Cristóbal, al escribir esta escena, no había pensado sino en su propio goce, y no en los medios de ejecución; sobre todo, nunca se le hubiera ocurrido que pudiese ser representada... La destinaba a los conciertos, para el día en que éstos se dignasen acogerla.

Cierta noche en que hablaba con Aquiles Roussin y en que, a petición suya, había intentado darle una idea de su obra en el piano, quedó admirado de ver a Roussin entusiasmarse con la obra y declarar que a toda costa era preciso que fuera ejecutada en un escenario parisiense y que él se encargaba de ello. Más asombro aún le causó, cuando, al cabo de algunos días, vio que Roussin tomaba la cosa en serio; y su asombro llegó hasta el estupor, cuando supo que Silvano Kohn, Goujart, y el mismo Luciano Lévy-Coeur, tomaban interés en el asunto. Érale preciso admitir que los rencores personales de aquellos cedían ante su amor al arte, y esto lo sorprendía mucho. El que menos interés mostraba en que se ejecutase su obra era él. No estaba en manera alguna compuesta para el teatro: era un contrasentido y hasta una cosa monstruosa el llevarla a las tablas; pero Roussin se mostró tan insistente, Silvano tan persuasivo y Goujart tan afirmativo, que Cristóbal se dejó tentar, tuvo un momento de cobardía. ¡Sentía tantas ganas de oír su música!

Todo fue fácil para Roussin. Directores y artistas se apresuraban a complacerle. Precisamente organizaba un periódico, una *matinée* de gala en beneficio de una obra de caridad, y quedó convenido en que se representaría el *David*, para lo cual se reunió una excelente orquesta. En cuanto a los cantores, pretendía Roussin haber hallado un intérprete ideal para el papel de David.

438 Empezaron los ensayos. La orquesta salió bastante bien de la primera lectura, aunque se mostró algo indisciplinada, según estilo francés. El *Saúl* tenía voz algo fatigada, pero bastante aceptable; además, conocía su oficio. En cuanto al papel de David, se había encargado de él una hermosa joven, alta, gruesa y bien formada, pero de voz sentimental y vulgar, que se extendía pesadamente con trémolos de melodrama y gracias de café cantante. Cristóbal puso mala cara. Desde los primeros compases que cantó, resultó evidente para él que no podría conservar el papel. En el primer descanso de la orquesta, fue a ver al empresario, que se había encargado de la organización material del concierto, y que, acompañado de Silvano Kohn, asistía a la representación. El empresario, al verle llegar, le dijo con rostro resplandeciente:

—¿Qué tal? ¿Está usted contento?

—Sí —dijo Cristóbal—, creo que esto se arreglará. Sólo hay una cosa que no anda bien, y es la cantante. Habrá que cambiarla. Dígaselo usted de buena manera, pues usted es persona de tacto... Además, le será fácil hallar otra.

El empresario pareció quedar estupefacto; miró a Cristóbal para convencerse de que hablaba seriamente, y dijo:

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué no ha de ser posible? —preguntó Cristóbal.

El empresario cambió una rápida ojeada con Silvano Kohn y repuso:

—¡Pero si tiene mucho talento!

—No tiene ni pizca —dijo Cristóbal.

—¡Cómo!... ¡Una voz tan hermosa!

—No tiene ninguna.

—Además, ¡una muchacha tan hermosa!

—Me importa un comino.

—Sin embargo, eso no daña —dijo Silvano Kohn, sonriendo.

—Necesito un David, y un David que sepa cantar; para nada me sirve la bella Helena —dijo Cristóbal.

El empresario se rascaba la nariz con cierto embarazo.

—Es fastidioso, muy fastidioso —dijo—. No obstante, es una excelente artista... ¡Se lo aseguro a usted! Tal vez no dispone hoy de todos sus recursos. Debería usted hacer un nuevo ensayo.

—No tengo inconveniente —dijo Cristóbal—, pero es tiempo perdido.

Volvió a ensayar y resultó peor aún. Costó trabajo llegar hasta el fin: se ponía nervioso; sus observaciones a la cantante, frías en un principio, pero corteses, se iban haciendo secas e incisivas, a pesar del trabajo que ella se tomaba por complacerle y de las ojeadas que le dirigía para conquistar su favor. El empresario interrumpió prudentemente el ensayo en el momento en que las cosas parecían echarse por completo a perder. Para paliar el mal efecto de las observaciones de Cristóbal, se mostraba obsequioso con la cantante y le prodigaba vulgares galanterías, cuando Cristóbal, que presenciaba este manejo, le hizo, con impaciencia mal disimulada, una señal imperiosa para que se acercase, y dijo:

—No hay que discutir. No quiero semejante artista. Esto es desagradable, lo sé; pero no soy yo quien la ha escogido. Arréglese usted como pueda.

El empresario se inclinó bastante fastidiado y dijo con indiferencia:

—No puedo hacer nada en eso. Diríjase usted al señor Roussin.

—¿Qué tiene que ver en esto el señor Roussin? —preguntó Cristóbal—. No voy ahora a molestarle con estos asuntos.

—No le molestará —dijo Silvano Kohn, irónicamente. Y le mostró a Roussin, que entraba precisamente en aquel instante.

Cristóbal salió a su encuentro, y Roussin, de muy buen humor, exclamó al verle:

—¡Cómo! ¿Ya ha terminado? Esperaba oír siquiera una parte. ¿Qué tal, querido maestro? ¿Qué me cuenta usted? ¿Está usted satisfecho?

—Todo va perfectamente —dijo Cristóbal—. No tengo palabras para darle a usted las gracias.

—¡De ninguna manera! ¡De ninguna manera!

—Sólo hay un detalle que no anda bien.

—Diga usted, diga usted lo que sea y lo arreglaremos. Tengo interés en que quede usted contento.

—Pues bien, se trata de la cantante. En confianza, le declaro  
440 a usted que es execrable.

El rostro resplandeciente de Roussin se heló de repente y dijo con aire severo:

—¡Me admira usted, amigo mío!

—No vale nada, absolutamente nada —continuó Cristóbal—. No tiene ni voz, ni gusto, ni conoce el oficio, ni hay en ella sombra de talento. Tiene usted la suerte de no haberla oído hace poco...

Roussin, cada vez más resentido, cortó la palabra a Cristóbal, dijo, con acento incisivo:

—Conozco a la señorita de Sainte-Ygraine. Es una artista de gran talento, y la admiro muchísimo. Todas las personas de gusto que hay en París piensan como yo.

Volvió la espalda a Cristóbal, y este le vio ofrecer el brazo a la actriz y salir con ella.

Como se había quedado estupefacto, Silvano Kohn, que había seguido toda la escena con íntimo regocijo, lo cogió del brazo, y le dijo riendo, mientras bajaban juntos la escalera del teatro:

—Pero, ¿no sabe usted que es su querida?

Cristóbal comprendió. ¡Así, pues, no se ponía en escena la obra por él, sino por ella! Se explicó el entusiasmo de Roussin, sus gastos y la obsequiosidad de sus acólitos. Escuchaba a Silvano Kohn, que le refería la historia de la Sainte-Ygraine. Una *diveta* de café cantante que, después de haberse exhibido con éxito en diversos teatrillos de género, había sentido la ambición, común a muchas de sus iguales, de hacerse oír en un escenario más digno de su talento. Contaba con Roussin para hacerse admitir en la Ópera o en la Ópera-cómica, y Roussin, que no pedía otra cosa,



había hallado en la representación de *David* una ocasión para revelar al público parisiense, sin riesgo alguno, los dones líricos de la nueva artista trágica, en un papel que no exigía casi ninguna acción dramática y que ponía muy de relieve la elegancia de sus formas.

Cristóbal escuchó la historia hasta el fin; después, se desprendió del brazo de Silvano Kohn y lanzó una carcajada. Siguió riendo largo tiempo. Y cuando hubo acabado de reír, dijo:

—Me repugnan ustedes. Me repugnan ustedes todos. A sus ojos nada significa el arte; todo lo hacen siempre cuestión de mujeres. Se representa una ópera para una bailarina, para una cantante, para la querida del señor Fulano o del señor Zutano. No piensan más que en porquerías. Por mi parte, no les guardo rencor: son ustedes así, y así pueden quedarse si les agrada y continuar hozando en su comedero. Pero separémonos: no estamos hechos para vivir juntos. Buenas noches.

Se separó de él, y de vuelta en su casa, escribió a Roussin que retiraba su pieza, sin ocultarle las razones que tenía para ello. Fue aquello la ruptura con Roussin y con toda su pandilla. Las consecuencias no tardaron en hacerse sentir. Los periódicos habían hecho cierto ruido acerca de la representación proyectada, y la historia de la ruptura del compositor con su intérprete, no dejó de dar que hablar. Un director de concierto tuvo la curiosidad de dar la obra en una de sus *matinéés* del domingo. Aquella buena suerte fue un desastre para Cristóbal. La obra fue ejecutada y silbada, pues todos los amigos de la cantante se habían dado cita para propinar una buena lección al insolente músico; y el resto del público, al que había fastidiado el poema sinfónico, se asoció muy complaciente al veredicto de las personas competentes. Para colmo de desdicha, a fin de poner de relieve su talento de ejecutante, había tenido Cristóbal la imprudencia de aceptar el hacerse oír, en el mismo concierto, en una fantasía para piano y orquesta. Las disposiciones malévolas del público, contenidas dentro de ciertos límites, durante la ejecución del *David*, por consideración a los intérpretes, se manifestaron a rienda suelta cuando sólo tuvieron que habérselas con el autor, cuya ejecución no era, por otra parte,

demasiado correcta. Enervado Cristóbal por el ruido de la sala, se paró bruscamente en medio de un trozo, y mirando con aire burlón al público, que se había callado de repente, tocó: *Mambrú\* se va a la guerra...*, y dijo con insolencia:

—Eso es lo que ustedes necesitan.

Después, se levantó y se marchó.

442 Hubo un verdadero escándalo. Gritaban que había insultado al público y que debía salir a pedir excusas. Al día siguiente, los periódicos, con gran unanimidad, se mostraron implacables con el alemán grotesco, a quien había hecho justicia el buen gusto parisiense.

Después, se hizo de nuevo, en torno suyo, el vacío más completo. Cristóbal volvía a hallarse solo una vez más, y más solo que nunca, en la gran ciudad extranjera y hostil; pero nada le importaba ya. Empezaba a creer que aquel era su destino y que así debía seguir toda su vida.

No sabía que un alma grande no se halla nunca sola; que por muy privada de amigos que se encuentre por su mala suerte, acaba siempre por creárselos; que irradia en torno suyo el amor que la inunda y que, en aquella hora misma en que se creía aislado para siempre, era más rico en amor que los más felices del mundo.

\* Del original *Malbrough s'en va-t-en guerre*, canción popular infantil, burlesca y francesa del siglo XVIII, durante la guerra de Sucesión Española (Nota del editor).

Había en casa de los Stevens una muchachita, de trece a catorce años, a quien Cristóbal había dado lecciones, al mismo tiempo que a Colette. Era prima hermana de ésta, y se llamaba Grazia Bountempi. Era una joven de tez dorada, de mejillas delicadamente sonrosadas y llenas de salud robusta, como de campesina; naricilla algo remangada; boca grande y rasgada, casi siempre entreabierta; barba redonda, muy blanca; ojos tranquilos, dulcemente sonrientes; frente redonda, a la que formaban marco profusos cabellos, largos y sedosos, que bajaban a lo largo de las mejillas, sin formar bucles, con ligeras y plácidas ondulaciones. Era una virgencita de Andrea del Sarto, de rostro ancho y de hermosa y profunda mirada.

Era italiana. Sus padres habitaban casi todo el año en el campo, en una gran propiedad del Norte de Italia, donde había llanuras, prados y pequeñas acequias. Desde la azotea veía uno extenderse a sus pies olas de doradas vides, entre las que sobresalían, de trecho en trecho, los husos de los negros cipreses. Más allá se aparecían los campos, que se perdían en el horizonte. Por todas partes reinaba el silencio; se oían el mugir de los bueyes que araban y los agudos gritos de los campesinos que manejaban el arado: *Ih!... Fat innanz!*<sup>17</sup>. Cantaban las cigarras en los árboles y las ranas a orillas de las acequias. Por la noche reinaba un silencio infinito, bajo los argentados rayos de la luna. De vez en cuando, los guardas de las cosechas, que dormitaban en unos candeluchos formados con ramas, disparaban tiros para advertir

---

17. ¡Anda, haz las amarras!

a los ladrones que estaban despiertos. Para los que los oían entre sueños, aquel ruido no tenía otro sentido que el tintineo de un pacífico reloj, que daba allí, a lo lejos, las horas durante la noche. Y volvía a reinar el silencio, como un suave manto que abrigaba al alma bajo sus vastos pliegues.

444 En torno de la pequeña Gracia, parecía dormida la vida. No se ocupaban mucho de ella, y crecía tranquilamente en la hermosa calma que por todas partes la circundaba. No sentía ni fiebre ni apresuramiento. Era perezosa, y le gustaba vagar y dormir largo tiempo. A veces se quedaba tendida horas y horas en el jardín, y se dejaba flotar sobre el silencio como una mosca sobre un riachuelo de verano. A veces echaba a correr bruscamente y sin motivo alguno. Corría, como un animalito, con la cabeza y el busto ligeramente inclinados hacia la derecha, sin ninguna tiesura. Parecía un verdadero cabritillo que trepaba y se deslizaba entre las piedras, por el solo placer de saltar. Hablaba con los perros, con las ranas, con las hierbas y los árboles, con los campesinos y con las aves del corral. Adoraba a todos los pequeños seres que la rodeaban y también a los grandes: pero con éstos se mostraba menos expansiva. Veía muy poca gente. La propiedad estaba lejos de la ciudad y muy aislada. Muy rara vez pasaba por el polvoriento camino, arrastrando el paso, algún grave campesino o alguna hermosa labriega, de ojos luminosos y de rostro atezado, que caminaba balanceando rítmicamente la erguida cabeza y el abultado seno. Grazia vivía días enteros sola en el silencioso parque; no veía a nadie, no se fastidiaba nunca, ni tenía miedo de nada. Una vez entró en la desierta granja un vagabundo para robar una gallina, y se quedó cortado ante la niña tendida en la hierba que se estaba comiendo una gran rebanada de pan con dulce, canturreando una canción. Le miró ella tranquilamente y le preguntó qué quería. Él le respondió:

—Deme usted algo o si no seré malo.

Le ofreció ella su rebanada y le dijo, con risueños ojos:

—No hay que ser malo.

Y el vagabundo se marchó.

Murió su madre. Su padre, muy bueno y muy débil, era un italiano de buena cepa, robusto, jovial, afectuoso; pero algo infantil y enteramente incapaz de dirigir la educación de la niña. La hermana del viejo Buontempi, señora Stevens, que había acudido pata el entierro y a quien le había extrañado mucho el aislamiento de la niña, decidió llevársela una temporada a París para distraerla de su pena. Lloró Grazia y su anciano padre también; pero cuando la señora Stevens decidía algo, no había más que resignarse: nadie era capaz de resistirle. Era la cabeza de la familia; y, en su casa de París, lo dirigía todo y dominaba a todo el mundo: a su marido, a su hija y a sus amantes —porque no se había privado de tenerlos—; atendía al mismo tiempo a sus deberes y a sus placeres: era una mujer práctica y apasionada, y por lo demás, muy mundana y de vida muy agitada.

Transplantada a París, la tranquila Grazia sintió adoración por su linda prima Colette, a quien esto divirtió mucho. Presentaron en sociedad a la dulce salvajilla y la llevaron al teatro. Seguían tratándola como niña, y ella misma se consideraba como tal, cuando ya había dejado de serlo. Ocultaba sus sentimientos y tenía miedo de ellos: sentía inmensos arranques de ternura hacia un objeto o hacia un ser. Se había enamorado en secreto de Colette: le robaba ya una cinta, ya un pañuelo; a veces no podía decir una sola palabra en su presencia; y cuando su prima la esperaba y sabía que iba a verla, temblaba de impaciencia y de felicidad. Cuando veía en el teatro a su linda prima descotada, entrar en el palco y atraer a sí todas las miradas, iluminaba su semblante una sonrisa bondadosa, humilde, afectuosa desbordante de amor; y su corazón se derretía cuando Colette le dirigía la palabra. Con su vestido blanco, sus hermosos cabellos sueltos que caían sobre sus morenos hombros, mordiéndose la punta de sus largos guantes de hilo blanco, en cuya abertura metía los dedos por distraerse, a cada momento, durante la representación, se volvía hacia Colette, como solicitando una mirada amistosa, para compartir el placer que ella experimentaba y para decir con sus castaños y límpidos ojos:

—Te quiero mucho.

En los paseos, por los bosques, en los alrededores de París, no se separaba de Colette, se sentaba a sus pies, corría delante de ella, arrancaba las ramitas que hubieran podido molestarla y ponía piedras para que pasase los charcos. Y una noche que Colette, sintiendo frío en el jardín, le pidió su toquilla, lanzó un rugido de placer —del que después se avergonzó—, de verdadera dicha, al pensar que su muy amada se envolvía en algo suyo; y se lo devolvió después impregnado en el perfume de su cuerpo.

Había también libros, ciertas páginas de poetas, que leía a escondidas —porque seguían dándole libros de niñas—, que le causaban turbación deliciosa. Más aún, ciertas músicas, aunque le decían que no podía comprenderlas, y ella se persuadía de que no las comprendía, la hacían palidecer y cubrirse de sudor bajo el impulso de la emoción. En aquellos momentos nadie sabía lo que pasaba en ella.

Fuera de esto, era siempre una niña dócil, aturdida, perezosa, bastante golosa, que se ruborizaba por nada, que ya se callaba durante horas y horas o ya hablaba con volubilidad, y que reía y lloraba fácilmente, prorrumpiendo de pronto en sollozos o en una risa infantil. Le gustaba reír y se divertía con nonadas. Jamás quería echárselas de mujer. Seguía siendo niña. Sobre todo, era buena, y no podía tolerar que hiciesen daño a nadie, y la menor palabra de enfado que le dirigían la afligía grandemente. Muy modesta, dispuesta siempre a esquivarse, y a amar y a admirar todo lo que creía bello y bueno, suponía en los demás cualidades que no tenían.

Se ocuparon en su educación, que estaba muy atrasada, y de esta suerte fue como tomó lecciones de piano con Cristóbal.

Lo vio por primera vez en una velada de su tía, a la que asistió mucha gente. Cristóbal, incapaz de adaptarse a ningún público, tocó un interminable *adagio* que hacía bostezar a todo el mundo: cuando parecía que iba a acabar, empezaba de nuevo, y todos se preguntaban si acabaría alguna vez. La señora Stevens no cabía en sí de impaciencia. Colette, en cambio, se divertía de un modo extraordinario: saboreaba todo lo ridículo de la escena y agradecía a Cristóbal el que se mostrase insensible hasta tal

punto; comprendía que era una fuerza, y eso atraía sus simpatías. También era cómico y se hubiera guardado de tomar su defensa. Sólo la pequeña Grazia se sentía penetrada por aquella música, hasta el punto de derramar lágrimas. Habíase refugiado en un extremo del salón, y al fin, se esquivó para que no notasen su turbación, y al mismo tiempo porque le causaba pena que se burlasen de Cristóbal.

Algunos días después, durante la comida, la señora Stevens habló en su presencia de hacer que Cristóbal le diese lecciones de piano. Grazia experimentó tal turbación, que dejó caer la cuchara en el plato de la sopa y se salpicó, y salpicó también a su prima. Dijo Colette que antes que lecciones de música, habría que darle lecciones para que supiese conducirse en la mesa. La señora Stevens añadió que, en tal caso, no se las podría dar Cristóbal. Grazia se alegró de verse censurada al mismo tiempo que Cristóbal.

Empezó éste sus lecciones. La joven estaba helada y muy tiesa. Tenía los brazos pegados al cuerpo y casi no podía moverse. Cuando Cristóbal ponía la mano en su manita para rectificar la posición de los dedos y para extenderlos sobre las teclas, se sentía desfallecer. Tenía miedo de tocar mal en su presencia; pero por más que estudiaba hasta ponerse enferma, y hasta el punto de impacientar a su prima, cuando Cristóbal estaba presente, tocaba siempre mal. Le faltaba el aliento, se ponían sus dedos tiesos como palillos de madera o flojos como un venado; lo hacía todo al revés y Cristóbal le reñía y se iba enfadando: entonces sentía ganas de morir.

El maestro no hacía caso de ella, y sólo se ocupaba en atender a Colette. Grazia envidiaba la intimidad de su prima con Cristóbal; pero aunque esto la hacía sufrir, su bondadoso corazóncito se regocijaba por Colette y por Cristóbal. Consideraba a su prima tan superior a sí misma, que le parecía natural que absorbiese todos los homenajes. Sólo cuando hubo que escoger entre su prima y Cristóbal, se dio cuenta de que su corazón se declaraba en contra de aquélla. Con su intuición de mujercita, comprendió que Cristóbal sufría mucho con las coqueterías de Colette y con los asiduos galanteos de Lévy-Coeur. Por instinto,

érale ya éste antipático, y acabó por detestarle cuando supo que Cristóbal lo aborrecía. No podía comprender cómo se divertía Colette en hacerle rivalizar con Cristóbal. Empezó a juzgarla severamente en secreto, sorprendió algunas de sus mentirillas y cambió de pronto su conducta con respecto a ella. Colette lo notó, sin adivinar la causa, atribuyéndolo, al parecer, a caprichos de muchacha. Lo cierto es que había perdido toda la influencia que ejercía sobre Grazia, y vino a demostrárselo un hecho insignificante. Cierta noche, en que paseándose ambas por el jardín, quiso Colette, con una ternura llena de coquetería, abrigar a Grazia bajo los pliegues de su abrigo, de un chaparrón que había empezado a caer. La joven, para quien hubiera sido muy inefable algunas semanas antes cobijarse contra el seno de su querida prima, se desvió fríamente y se mantuvo en silencio a algunos pasos. Y cuando Colette decía que le parecía feo un trozo de música que tocaba Grazia, no le impedía esto a la joven tocarla y mostrar afición al mismo.

Ya sólo atendía a Cristóbal. Tenía la adivinación de la ternura, y echaba de ver que sufría en silencio. Verdad es que ella exageraba algo, gracias a su atención inquieta e infantil. Se figuraba que Cristóbal estaba enamorado de Colette cuando sólo sentía hacia ella amistad, sobrado exigente. Creía que era desgraciado y esto la hacía desgraciada a ella. La pobrecilla no veía recompensada su solicitud, y cuando Colette hacía rabiar a Cristóbal, ella pagaba por su prima. Él desahogaba su mal humor en la pobre muchacha, haciendo notar con impaciencia las faltas en que incurría. Cierta mañana que Colette le había irritado más que de ordinario, se sentó al piano con tanta brusquedad, que Grazia acabó por perder la poca serenidad que tenía: empezó a atascarse y él le echó en cara con ira sus equivocaciones; entonces, la pobre, perdió pie por completo; él se enfadó y le sacudió las manos; gritó que jamás haría nada de provecho, que debía dedicarse a la cocina, a la costura, cualquier cosa; pero que, por todos los santos, debía renunciar a la música. No era cosa de martirizar a la gente haciéndole oír notas falsas. Después de esto, la dejó plantada a media lección y se fue furioso.



La pobre Grazia lloró cuantas lágrimas tuvo en sus ojos, menos por la pena que le causaban aquellas humillantes palabras, que por la que le producía el no poder complacer a Cristóbal a pesar de su deseo, y más aún porque aumentaba con su torpeza la pena de aquel a quien amaba.

Mucho más sufrió cuando Cristóbal dejó de ir a casa de los Stevens. Hubiera querido volver a su país. Aquella muchacha, tan sana hasta en sus ensueños, y que conservaba en el fondo de su ser la serenidad de los rústicos, no se sentía a su gusto en aquella ciudad, en medio de aquellas parisienses neurasténicas y agitados. Sin atreverse a manifestarlo, había acabado por juzgar con bastante exactitud a los que la rodeaban. Pero era tímida y débil como su padre, por bondad, por modestia, por desconfianza de sí misma. Se dejaba dominar por su autoritaria tía y por su prima, habituada a ejercer en todo su tiranía. No se atrevía a escribir a su anciano padre, a quien enviaba regularmente largas y afectuosas cartas:

449

—¡Te ruego que vengas por mí!

Y su papá no se atrevía a llevársela, a pesar de su deseo; porque la señora Stevens había respondido a sus tímidas insinuaciones que Grazia estaba muy bien donde estaba, mucho mejor de lo que estaría en su compañía y que era preciso que siguiese allí para completar su educación.

Empero, llegó un momento en que el destierro resultó sobrado doloroso para aquella pobre alma meridional y en que fue preciso que volviese a emprender su vuelo hacia la luz. Tuvo esto lugar después del concierto de Cristóbal. Había acudido a él con los Stevens; y su corazón se desgarró al tener que asistir al espectáculo repugnante de una multitud que se divertía en ultrajar a un artista... ¿A un artista? Él, que, a los ojos de Grazia, era la imagen misma del arte, la personificación de cuanto había de divino en la vida. Sentía ganas de llorar y de huir. Tuvo que oír hasta el fin, el escándalo, los silbidos, las burlas, y al volver a casa de su tía, las reflexiones agresivas, la linda risa de Colette, que cambiaba con Luciano Lévy-Coeur irónicas frases de compasión. Refugiada en su habitación y en su cama, pasó sollozando

una parte de la noche: hablaba a Cristóbal, lo consolaba, hubiera querido dar su vida por él, y se desesperaba de no poder hacer nada por su felicidad. Le fue imposible en adelante permanecer en París. Suplicó a su padre que se la llevase consigo, diciéndole:

—Ya no puedo vivir más aquí, me es imposible, y me moriré si me dejas más tiempo.

Acudió en seguida su padre, y, aunque fuese muy penoso para ambos el hacer frente a la terrible tía, hicieron un esfuerzo de voluntad desesperado.

Grazia volvió a sus olivos. Encontró de nuevo, con grandísimo júbilo, su querida naturaleza y los seres que tanto amaba. Había llevado consigo y conservó algún tiempo aún en su corazón dolorido, que se iba serenando poco a poco, algo de la melancolía del norte, como un velo de bruma, que no siempre lograba disipar el sol. Pensaba de vez en cuando en el desdichado Cristóbal. Tendida en la hierba, escuchando a las ranas y a las cigarras familiares, o sentada en el piano con el que se entretenía más frecuentemente que antes, soñaba con el amigo que había escogido, hablaba con él en voz baja durante horas y horas, y no le hubiera parecido imposible que el día menos pensado abriese la puerta y entrase. Le escribió y, después de haber vacilado largo tiempo, le envió una carta, no firmada, que fue a echar en el buzón de la aldea, una mañana, con el corazón palpitante y a escondidas; la aldea distaba tres kilómetros de allí y se hallaba al otro extremo de inmensas tierras de labor. La carta estaba llena de bondad, y era conmovedora; le decía en ella que no estaba solo, que no debía desalentarse, que había quien pensaba en él y lo amaba y quien rogaba a Dios por él. Era aquella una carta que se extravió en el camino y nunca llegó a sus manos.

Después, fueron desarrollándose los días uniformes y serenos en la vida de la joven. Y la gran calma italiana, el genio de la paz, de la dicha tranquila y de la contemplación muda, volvieron a apoderarse de aquel corazón casto y silencioso, en cuyo fondo seguía ardiendo, como una llamita inmóvil, el recuerdo de Cristóbal.

Cristóbal ignoraba el cándido afecto que velaba por él desde lejos y que más tarde debía ocupar tan importante lugar en su existencia. Ignoraba también que en aquel mismo concierto, en el que había sido insultado, se hallaba igualmente el que iba a ser el amigo, el compañero querido, que debía caminar a su lado, de la mano.

Estaba solo o, por lo menos, así lo creía; pero no por eso se sentía abrumado. No experimentaba aquella amarga tristeza que, en otro tiempo, le llenaba de angustia en Alemania; se sentía más fuerte y maduro: sabía que las cosas debían ser así. Se habían disipado sus ilusiones acerca de París; todos los hombres eran iguales en todas partes; era preciso resignarse y no empeñarse en una lucha infantil contra el mundo; había que mantener su personalidad con calma. Como decía Beethoven, “si entregamos a la vida las fuerzas de nuestra existencia, ¿qué nos quedará para lo más noble y lo mejor?”. Había adquirido plena conciencia de su naturaleza y de su raza, a las que tan severamente había juzgado antes. A medida que se sentía más oprimido por la atmósfera parisiense, experimentaba la necesidad de refugiarse en la idea de su patria, en brazos de los poetas y de los músicos, que eran como lo mejor de la misma. Tan pronto como abría sus libros, llenaban su cuarto los rumores del Rin bañado por el sol, y de la cariñosa sonrisa de los antiguos amigos abandonados.

¡Cuán ingrato había sido con ellos! ¿Cómo no había sentido antes el tesoro de su cándida bondad? Recordaba, avergonzado, los injustos ultrajes que contra ellos había lanzado, cuando estaba en Alemania. Entonces, sólo veía sus defectos, sus modales torpes

y ceremoniosos, su lacrimoso idealismo, sus tímidas mentiras de pensamiento y sus pequeñas cobardías. ¡Ah! ¡Cuán poco era todo esto comparado con sus grandes virtudes! ¡Cómo había podido mostrarse tan cruel con unas flaquezas que en aquel momento casi los hacían más conmovedores a sus ojos, puesto que se los mostraban más humanos! Gracias a esta reacción, se sentía más atraído por aquellos con quienes más injusto se había mostrado. ¡Cuánto no había dicho contra Schubert y contra Bach! Y ahora se sentía íntimamente ligado a ellos. Aquellas grandes almas, cuyas ridiculeces había notado con impaciencia, se inclinaban hacia él, ahora que se hallaba en el destierro, lejos de los suyos, y le decían, con bondadosa sonrisa:

—¡Hermano, aquí estamos! ¡Ánimo! ¡Nosotros también hemos tenido nuestra parte de miserias! ¡Bah!, al fin, de todo se triunfa.

Oía rugir el océano del alma de Juan Sebastián Bach: los huracanes, los vientos que soplan con furia, las nubes de la vida que huyen —los pueblos ebrios de alegría, de dolor y de furor, y a Cristo, lleno de mansedumbre, el Príncipe de la Paz que se cierne sobre sus cabezas—, las ciudades despertadas por los gritos de los serenos y precipitándose, con clamores de alegría, al encuentro del Esposo Divino, cuyos pasos ponen en conmoción al mundo, el prodigioso depósito de pensamientos, de pasiones, de formas musicales, de vida heroica, de alucinaciones shakespearianas, de profecías a lo Savonarola, de misiones pastorales, épicas, apocalípticas, encerradas en el canijo cuerpo del modesto cantor de Turingia, de doble papada, de ojillos brillantes, bajo los caídos párpados y las pestañas levantadas... ¡Cómo le parecía verle, ora sombrío, ora jovial, algo ridículo, con el cerebro atestado de alegorías y de símbolos, gótico y arcaico, colérico, testarudo, sereno, animado por la pasión de la vida y la nostalgia de la muerte!... Lo veía en su escuela, como un pedante de genio, en medio de sus discípulos, sucios, groseros, indigentes, sarnosos, de voces enronquecidas, aquellos granujas con quienes reñía y se pegaba a veces como un mozo de cuerda, y uno de los cuales lo molió a golpes... Lo veía en el seno de la familia, en medio de

sus veintiún hijos, trece de los cuales murieron antes que él y uno de ellos fue idiota; los otros, excelentes músicos, le procuraban pequeños conciertos... Enfermedades, entierros, agrias disputas, los apuros, su genio desconocido —y por encima de todo esto su música, su fe, la libertad y la luz, la alegría entrevista, presentida, ardientemente deseada, conquistada—, Dios, el soplo de Dios, que abrasaba sus huesos, que hacía erizarse sus cabellos y que brotaba cual rayo por su boca... ¡Oh, fuerza! ¡Oh, fuerza! ¡Oh, rayo bienaventurado de la fuerza!...

## XXXVIII

Había abandonado la modesta habitación —demasiado cara— que ocupaba, para alquilar en el barrio de Montrouge, una buhardilla, que a falta de otras ventajas, tenía la de ser muy ventilada. Era una corriente de aire perpetua. Pero necesitaba respirar. Desde su ventana, dominaba todas las chimeneas de París, y divisaba allá, en el fondo, a Montmartre. La mudanza no fue larga: había bastado un carrito de mano, y el mismo Cristóbal se encargó de tirar de él. El objeto más precioso que poseía, después de su vieja maleta, era uno de esos moldes de yeso, tan vulgarizados últimamente y que representaba la máscara de Beethoven. La había empaquetado con tanto cuidado como si se tratase de una obra de arte de mucho precio y no se separaba de ella jamás. Era su isla en medio de París. Era también su barómetro moral. La máscara le indicaba, con más claridad que su propia conciencia, la temperatura de su alma, sus más secretos pensamientos: ora un cielo cargado de nubes, ora el huracán de las pasiones, ora la calma poderosa.

Había tenido que cercenar mucho en lo relativo a su alimento. Sólo comía una vez al día, a la una de la tarde. Había comprado un grueso salchichón que tenía colgado en su ventana; con una buena rebanada, con un buen canto de pan y una taza de café, que él mismo hacía, comía como los dioses. Pero, seguramente hubiera deseado repetir. Sentía de veras tener tan buen apetito. Se apostrofaba con severidad y se trataba de tragón, que sólo pensaba en el vientre. En cuanto a vientre, apenas tenía; estaba más flaco que un galgo. Por lo demás, se mantenía sólido, tenía una constitución de hierro y la cabeza libre. No se

inquietaba demasiado por el mañana, aunque no le faltaban razones para ello. Mientras tenía por delante el dinero del día, no se apuraba. El día en que no le quedó nada, se decidió al fin a empezar sus visitas a los editores. No halló trabajo en ninguna parte. Volvía a su casa con el rabo entre piernas, cuando, al pasar cerca de un almacén de música, donde había sido presentado en otro tiempo por Silvano Kohn, a Daniel Hetch, entró, sin acordarse de que había estado ya allí en circunstancias poco agradables. La primera persona con que tropezó fue Hetch. Estuvo a punto de volver atrás, pero era demasiado tarde. Hetch lo había visto y Cristóbal no quiso que se creyera que retrocedía; avanzó, pues, hacia el editor, no sabiendo lo que iba a decirle y dispuesto a responderle con toda la arrogancia necesaria: porque estaba convencido de que Hetch no dejaría de mostrarse insolente, mas no fue así. Le tendió la mano fríamente, y con una fórmula de vulgar cortesía, le preguntó por su salud. Después, sin esperar a que Cristóbal le dirigiese su petición, le indicó la puerta de su despacho y se apartó para dejarle pasar. Se alegraba en secreto de aquella visita, que su orgullo había previsto, pero que no esperaba. Como quien no hace nada, había seguido muy atentamente a Cristóbal y no había dejado pasar ninguna ocasión de poder conocer su música; había asistido al famoso concierto del *David*, y la hostil acogida del público, al que despreciaba profundamente, le había causado tanto menor sorpresa cuanto que había comprendido perfectamente toda la belleza de la obra. Acaso no había en París dos personas que fuesen más capaces que Hetch de apreciar la originalidad artística de Cristóbal. Pero se hubiera guardado muy bien de decírselo, no sólo porque estaba picado por la actitud de Cristóbal con respecto a su persona, sino porque le era imposible mostrarse amable: era esto una desgracia especial de su carácter. Se hallaba sinceramente dispuesto a ayudar a Cristóbal, pero no hubiera dado un paso para ello, esperaba que el joven fuese a pedírselo. Y ahora que lo tenía en su presencia, en lugar de aprovechar generosamente la ocasión de borrar el recuerdo de su disputa, ahorrando a su visitante todo paso humillante, tuvo la satisfacción de dejarle exponer largamente su

demanda; y puso empeño en imponerle, a lo menos por una vez, los trabajos que Cristóbal había rehusado en otro tiempo. Le dio, para el día siguiente, cincuenta páginas de música que debía transcribir para mandolina y guitarra. Y después de esto, satisfecho con haberle hecho doblegarse, le procuró ocupaciones menos desagradables, pero siempre con tan poca afabilidad que era imposible agradecersele: era preciso que Cristóbal se viese

456 hostigado por la necesidad para recurrir de nuevo a él. En todo caso, prefería ganar el dinero con aquellos trabajos, por muy irritantes que fuesen, a recibirlo como don de Hetch, según se lo ofreció éste una vez y con muy buen deseo; pero Cristóbal comprendió la intención que al principio tuvo Hetch de humillarle; si se vio forzado a aceptar sus condiciones, se negó después a aceptar sus beneficios; no tenía inconveniente en trabajar para él, porque dando trabajo por dinero, quedaban en paz; lo que no quería era deberle nada. No era como Wagner, aquel mendigo impudente para su arte; no ponía éste sobre sí; el pan que no hubiera ganado, le hubiera ahogado. Cierta día que fue a llevar la tarea que estuvo haciendo durante la noche, halló a Hetch sentado a la mesa. Éste notó su palidez y las miradas involuntarias que dirigía a los platos, y tuvo la certeza de que no había comido en todo el día. Lo invitó a almorzar con la mejor intención; pero dejó entrever tan a las claras que había visto la miseria de Cristóbal, que su invitación parecía una limosna: Cristóbal se hubiera muerto de hambre antes que aceptar. No pudo negarse a sentarse a la mesa —le había dicho Hetch que tenía que hablarle—, pero no tocó nada, alegando como pretexto que acababa de almorzar, mientras su estómago se crispaba de necesidad.

Cristóbal hubiera querido prescindir de Hetch, pero los demás editores eran peores aún. Había además los ricos aficionados, que daban a luz cualquier aborto musical y que hasta eran incapaces de escribirlo. Llamaban a Cristóbal y le cantaban su lucubración:

—¿Qué tal? ¿Le parece bien?

Le encargaban que la desarrollase —es decir, que escribiese el trozo por completo—, y aquello aparecía con su nombre en



casa de un gran editor. Después, acababan de persuadirse de que aquella música era suya. Cristóbal conocía a uno de éstos, un noble de buen cuño, lleno de gran vivacidad, que inmediatamente lo llamó “querido amigo”, lo cogió del brazo, prodigándole demostraciones de tempestuoso entusiasmo, diciéndole bromas al oído, mezclando perogrulladas y frases incongruentes con gritos de éxtasis: Beethoven, Verlaine, Fauré, Yvette Guilbert... Lo hacía trabajar, pero se olvidaba de pagarle; para saldar su cuenta, lo convidaba a almorzar y le prodigaba apretones de manos. Al fin, envió a Cristóbal veinte francos, que éste se permitió el estúpido lujo de devolverle. Aquel día no tenía veinte sueldos en el bolsillo y había tenido que comprar un sello de veinticinco céntimos para escribir a su madre. Era el día onomástico de la anciana Luisa, y por nada del mundo hubiera consentido en dejar de felicitarla. La buena anciana contaba con la carta de su hijo y no hubiera podido pasar sin ella. Desde hacía algunas semanas le escribía con alguna más frecuencia, a pesar del trabajo que le costaba escribir. Le pesaba terriblemente su soledad, pero no hubiera podido resolverse a ir a unirse con Cristóbal en París: era demasiado timorata, tenía demasiado miedo a los viajes y sobrado apego a su pueblo, a su iglesia y a su casa. Además, aun cuando hubiera querido venir, Cristóbal no tenía dinero para permitírselo; más de cuatro veces le faltaba para sus propias necesidades.

En esto recibió un regalo que le causó muchísima alegría: venía de parte de Lorchen, la joven campesina por cuya causa tuvo una riña con unos soldados prusianos. Le anunciaba que se iba a casar. Le daba noticias de su madre y le enviaba un cesto de manzanas y una buena parte de torta para que se la comiese en recuerdo suyo. No pudo llegar el regalo más a propósito. Aquella noche había en casa de Cristóbal, ayuno, témporas y cuaresma: del salchichón colgado del clavo, cerca de la ventana, sólo quedaba la cuerda. Se comparó Cristóbal a los santos anacoretas a quienes alimentaba un cuervo en lo alto de su roca; pero el cuervo tenía, sin duda, mucho que hacer con alimentar a los otros anacoretas, porque no volvió.

A pesar de todas estas molestias, conservaba Cristóbal su buen humor. Él mismo lavaba su ropa blanca en la jofaina y embetunaba sus zapatos silbando como un mirlo. Se consolaba con las palabras de Berlioz: “Elevémonos por encima de las miserias de la vida y cantemos con voz regocijada el alegre y conocido estribillo: *Dies irae...*”<sup>18</sup>. Lo cantaba a veces, con gran escándalo de sus vecinos, que se quedaban estupefactos, al oírle interrumpir su canto con alegres carcajadas.

Hacía una vida rigurosamente casta. Como dijo el otro, “la carrera de amantes es propia de ociosos y de ricos”. La miseria de Cristóbal, su necesidad de andar siempre en busca del pan cotidiano, su sobriedad excesiva y su fiebre creadora, no le dejaban ni tiempo ni gusto para pensar en el placer. No era solamente indiferente, sino que, por reacción en contra de París, se había consagrado a una especie de ascetismo moral. Sentía una ardiente necesidad de pureza y horror a toda mancha. No quiere decir esto que se hallase al abrigo de las pasiones. En otras circunstancias se había entregado a ellas. Semejantes pasiones no dejaban de ser castas, hasta cuando a ellas se entregaba; porque no buscaba el placer, sino el don absoluto de sí mismo y la plenitud del ser, y cuando veía que se había engañado, lo rechazaba con furor. La lujuria no era para él un pecado como los demás. Era el mayor pecado, el que envenena las fuentes de la vida. Todos aquéllos en quienes las antiguas ideas cristianas no han quedado sepultadas bajo los aluviones extranjeros, todos los que aun hoy día se consideran como hijos de razas vigorosas, que crearon la civilización de Occidente a costa de una disciplina heroica, lo comprenderán fácilmente. Cristóbal despreciaba a la sociedad cosmopolita, que tiene el placer como único fin y credo. Seguramente es bueno buscar la felicidad, desearla para los hombres, y combatir las creencias pesimistas y deprimentes que han ido amontonando sobre la Humanidad veinte siglos de cristianismo gótico. Pero, esto se entiende a condición de que se posea una fe generosa, que pretenda el bien de los demás. ¿De qué se trata en vez de esto?

---

18. Días de ira.

Del egoísmo más vergonzoso: un puñado de hombres sedientos de goces que procuran proporcionar a sus sentidos el máximo de placer con el mínimo de riesgo, importándoles poco que los demás sufran las consecuencias. —¡Sí, seguramente, conocemos su socialismo de salón!— Pero, ¿no saben esos mismos que sus doctrinas voluptuosas sólo son buenas para el pueblo de los “gordos”, para una “selección” de cebones como ellos, mientras que para los pobres es un veneno?...

“¡La carrera del placer es carrera de gente rica!”.

## XXXIX

Cristóbal no era rico ni estaba llamado a serlo. Apenas acababa de ganar algún dinero, se apresuraba a gastarlo inmediatamente en música. Se privaba de comer para ir al concierto. Tomaba asientos de los más baratos, en el paraíso del Châtelet, y allí se sumergía en la música como en un baño: aquello era su cena y su querida. Acudía allí con tal hambre de felicidad y tanta aptitud para gozar de ella, que no llegaban a turbarle las imperfecciones de la orquesta; allí permanecía dos o tres horas sumido en un estado de beatitud, sin que las faltas de gusto o las notas falsas provocasen en él otra cosa que una sonrisa indulgente: se había dejado al crítico en la puerta; iba para gozar y no para juzgar. En torno suyo, el público se abandonaba, como él, inmóvil y con los ojos medios cerrados, a la corriente del gran torrente de los sueños. A Cristóbal le parecía ver a un pueblo acurrucado en la sombra, reconcentrado en sí mismo, como un enorme gato, entregado a las alucinaciones del deleite y de la matanza. En las semitinieblas, espesas y doradas, se modelaban delicadamente ciertos rostros, cuyo desconocido encanto y mudo éxtasis atraían el corazón de Cristóbal; se apegaba a ellos, escuchaba en su compañía, y acababa por asimilarse a los mismos en cuerpo y alma. Solía ocurrir que uno de ellos lo notase y se estableciese entre ambos, durante el concierto, una de esas simpatías oscuras, que llegan hasta lo más profundo del ser, sin que nuestra conciencia se dé cuenta precisa de ello y de que nada queda, una vez terminado el concierto e interrumpida la corriente que ponía en contacto a las almas. Es éste un estado que conocen perfectamente los aficionados a la música, sobre todo, cuando son jóvenes y se dan a

ella con pasión: la esencia de la música participa tanto de la del amor, que no es posible gustarla si no se gusta en compañía de otro, y, para eso, en un concierto, se buscan instintivamente unos ojos en medio de la multitud, un amigo con quien compartir una alegría demasiado grande para sí solo.

Entre aquellos amigos de una hora, que a veces escogía Cristóbal para saborear mejor la dulzura de la música, le atraía un rostro que veía en todos los conciertos. Era el de una modistilla que debía adorar la música sin comprenderla. Tenía un perfil de animalillo, una naricilla recta que apenas excedía de la línea de la boca, ligeramente saliente, y de la barba delicada, cejas finas y levantadas y ojos llenos de claridad: era uno de esos rostros, en que se lee el descuido y que respiran alegría y risa, alternando con la paz de la indiferencia. Son, precisamente, esas muchachas viciosas, esas obrerillas, las que reflejan en alto grado, la serenidad desaparecida de las estatuas antiguas y de las figuras de Rafael. Esto no dura más que un momento en su vida: el despertar del placer; se agostan inmediatamente; pero a lo menos han vivido alegremente una hora.

Cristóbal se complacía en mirarla; era un rostro gracioso que le hacía mucho bien al corazón; sabía gozar sin desearla; le procuraba placer, vigor y tranquilidad —sí, casi virtud—. Ella —excusado es decirlo— no había tardado en notar que la miraba, y, sin pensarlo, se había establecido entre ellos una corriente magnética; y como se encontraban, por lo regular, en los mismos asientos, en casi todos los conciertos, no habían tardado en conocer mutuamente sus gustos. En ciertos pasajes, cambiaban una mirada de inteligencia; cuando a ella le gustaba de un modo especial una frase, sacaba ligeramente la lengua, como para relamerse; y para demostrar que no encontraba algo de su gusto, sacaba, desdeñosamente, su gracioso hociquito. Con estas ligeras muecas, se mezclaba algo de inocente histrionismo del que, difícilmente, puede prescindir uno cuando comprende que le observan. Durante los pasajes serios, pretendía a veces adoptar una expresión grave, y, vuelta de perfil, con aire absorto y con cara sonriente, observaba con el rabillo del ojo si la miraban. Sin

haberse dicho nunca una palabra y sin intentar siquiera —a lo menos Cristóbal— encontrarse a la salida, se habían hecho muy buenos amigos. Quiso al fin la casualidad que, en un concierto nocturno, se encontrasen sentados uno junto a otro. Tras un momento de risueña vacilación, empezaron a hablar amistosamente. Ella tenía una voz encantadora y decía muchas tonterías acerca de la música, porque no entendía nada de ella y parecía querer pasar por entendida; pero le gustaba apasionadamente. Le gustaba la peor y la mejor, Massenet y Wagner; sólo la mediocre la fastidiaba. Para ella la música era un deleite y la absorbía por todos los poros de su cuerpo como Dánae la lluvia de oro.

El preludio de *Tristán* le causaba una especie de delirio; y gozaba con sentirse arrastrada, como una presa en la batalla, por la *Sinfonía Heroica*. Refirió a Cristóbal que Beethoven era sordomudo, y que, a pesar de eso, si lo hubiera conocido, lo hubiera querido mucho, aunque era terriblemente feo. Cristóbal protestó diciendo que Beethoven no era tan feo; después discutieron acerca de la belleza y de la fealdad, y convino ella en que todo dependía de los gustos; lo que era hermoso para uno no lo era para otro: “no es una moneda de oro para agradar a todo el mundo”. Prefería él que no hablase, pues así la oía mejor. Durante *La muerte de Isolda*, le alargó ella la mano, la tenía enteramente tibia y él la conservó entre las suyas hasta el fin del pasaje; a través de sus dedos entrelazados, sentían circular la misma ola de vida.

Salieron juntos; ya era cerca de media noche. Subieron hablando hacia el barrio latino; ella le había cogido el brazo y él la acompañó casi hasta su casa; pero al llegar a la puerta, se separó de ella, sin cuidarse de su sonrisa y de su incitante mirada. Por el momento, se quedó estupefacta y casi furiosa; luego rió a carcajadas al pensar en su tontería; después, una vez en su cuarto y en el momento de desnudarse, sintió una nueva irritación y, finalmente, lloró en silencio. Cuando lo volvió a ver en el concierto, quiso mostrarse picada, indiferente y algo mordaz. Era él tan buen muchacho que no pudo mantenerse en su resolución. Volvieron a hablar, mas ella guardaba con respecto a él cierta reserva. Le hablaba él cordialmente, pero con la mayor cortesía,

y de cosas serias, de cosas hermosas, de la música que oían y de lo que ésta significaba para él. Lo escuchaba ella atentamente y procuraba pensar como él. Con frecuencia no comprendía el sentido de las palabras, pero, no obstante, les daba crédito. Sentía hacia Cristóbal un respeto agradecido, del que apenas le daba pruebas. En virtud de un acuerdo tácito, no se hablaban sino en el concierto. En cierta ocasión, la encontró en medio de unos estudiantes: se saludaron gravemente y a nadie le habló de él. En el fondo de su alma había un rinconcillo secreto, un algo hermoso, puro y consolador.

463

De esta suerte empezaba Cristóbal a ejercer con su sola presencia, y por el solo hecho de existir, una influencia tranquila y fortificante. Por dondequiera que pasaba dejaba, inconscientemente, huellas de su luz interior. Era el último en darse cuenta de ello. Había cerca de él, en su casa, personas a quienes no había visto nunca y que, sin sospecharlo ellas mismas, experimentaban poco a poco su benéfica irradiación.

Hacía varias semanas que Cristóbal no tenía dinero para ir al concierto, ni aun ayunando como en Cuaresma; y en su habitación inmediata al cielo, se sentía transido de frío con la entrada del invierno; no podía permanecer inmóvil sentado a su mesa. Entonces bajaba y caminaba por París, a fin de calentarse. Tenía la facultad de olvidar por momentos la hormigueante ciudad que le rodeaba, y de refugiarse en los espacios y en lo infinito del tiempo. Le bastaba ver encima de la calle tumultuosa la Luna muerta y helada, como suspendida en el abismo del cielo, o el disco del Sol, rodando en medio de la blanca niebla para que desapareciese el ruido, para que París se hundiese en el vacío sin límites, y para que toda aquella vida sólo apareciese a sus ojos como el fantasma de una vida que había existido, hacía largo tiempo, largo tiempo... Hacía siglos... La menor señal de la gran vida salvaje de la Naturaleza, imperceptible para el común de los hombres, que encubre mejor o peor la librea de la civilización, bastaba para hacerla surgir enteramente a sus ojos. La hierba que crecía entre las piedras, el retoño de un árbol estrangulado dentro de su argolla de hierro, falto de aire y de tierra, en un bulevar árido; un perro, un pájaro que pasaban, últimos vestigios de la fauna que llenaba el universo primitivo y que el hombre ha destruido; una nube de mosquitos; la epidemia invisible que diezmaba a un barrio: todo era suficiente para que, en medio de la asfixia de aquel invernadero humano, soplo de espíritu de la tierra, viniese a azotar su rostro y a sacudir su energía.

En medio de sus largos paseos, en ayunas con frecuencia, y no habiendo hablado con nadie durante varios días, soñaba sin



interrupción. Las privaciones y el silencio sobreexcitaban aquella disposición mórbida. Por la noche tenía sueños penosos, fatigosas pesadillas; volvía a ver sin cesar su vetusta casa, la habitación donde había vivido de niño; se sentía perseguido por obsesiones musicales. De día conversaba sin cesar con sus seres interiores y con todos aquéllos a quienes amaba, ausentes o difuntos.

Una tarde de diciembre húmedo, en que la escarcha cubría las plantas de los jardines, y en que los tejados de las casas y las cúpulas grises se diluían en medio de la niebla, y los árboles de ramas desnudas, delgadas y tortuosas, en medio del vapor que los envolvía, parecían vegetaciones marítimas del fondo del océano, Cristóbal, que desde la víspera sentía repelos de frío y no lograba entrar en calor, penetró en el Louvre, que apenas conocía.

Hasta entonces, no le había hecho gran impresión la pintura. Se sentía demasiado absorbido por el universo interior para comprender bien el mundo de los colores y de las formas. No obraban sobre él sino por medio de sus resonancias musicales, que sólo llevaban a su alma un eco deforme. Sin duda, su instinto percibía oscuramente las leyes idénticas que rigen tanto la armonía de las formas visuales y de las formas sonoras, como las capas profundas del alma, de donde nacen esos dos ríos de colores y de sonidos que bañan las opuestas vertientes de la vida. Pero no conocía más que una de las dos vertientes y se sentía perdido en el reino de los ojos, que no era el suyo. Por eso no percibía el secreto del encanto más exquisito y natural que tiene tal vez Francia, la de clara mirada, la reina en el mundo de la luz. Aun cuando por otra parte, le hubiese interesado más la pintura, Cristóbal era demasiado alemán para adaptarse fácilmente a una visión de cosas tan diferente. No era de esos alemanes a la última moda que reniegan del modo de sentir germánico y que están persuadidos de que adoran el impresionismo o el siglo XVIII francés, cuando tal vez no tienen la firme seguridad de que lo comprenden mejor que los franceses.

Cristóbal era tal vez un bárbaro, pero lo era francamente. Los sonrosados traseros de Boucher, las caras gordinflonas de Watteau, los pastores fastidiados y las pastorcillas rechonchas,

con el corsé ajustado y las almas de crema batida, las virtuosas ojeadas de Greuze, las camisas remangadas de Fragonard, toda esa poética desnudez, no le inspiraba más interés que un periódico elegante y licencioso. No percibía su rica y brillante armonía; los ensueños voluptuosos a veces melancólicos de esa vieja civilización, la más refinada de Europa, eran para él cosa extraña. En cuanto al siglo XVII francés, no le inspiraban mayor afición su devoción ceremoniosa y sus retratos de aparato. La reserva algo fría de los más graves de sus maestros, cierto tinte gris del alma, difundido en las altivas obras de Nicolás Poussin y en los pálidos rostros de Felipe de Champaigne, alejaban a Cristóbal del antiguo arte francés. En cuanto al nuevo nada conocía. Si lo hubiese conocido, lo hubiese desdeñado. El único pintor moderno que lo había entusiasmado en Alemania, Boecklin, el de Basilea, no lo había preparado a contemplar el arte latino. Cristóbal conservaba en su interior el choque de aquel genio brutal que olía a tierra y de cuyas obras se desprendía cierto relente del vestuario heroico que había hecho salir de la misma. A sus ojos, quemados por la luz cruda, acostumbrados al frenético abigarramiento de aquel salvaje borracho, les costaba gran trabajo acomodarse a las medias tintas, a las armonías diluidas y suaves del arte francés.

No se vive impunemente en un mundo extranjero. Sin darse cuenta de ello, se ve uno sometido a su influencia. Por mucho que uno se encastille en sí mismo, echa de ver un día que se ha verificado un cambio en su modo de ser.

Aquella tarde en que Cristóbal andaba errante por las salas del Louvre, había algo cambiado en su alma. Estaba cansado, tenía frío y hambre, y se hallaba solo. En torno suyo iba invadiendo la sombra las desiertas galerías y se animaban las dormidas formas. Pasaba Cristóbal, helado y silencioso, por entre las esfinges de Egipto, por entre los monstruos asirios, los toros de Persépolis y las pegajosas serpientes de Palissy. Se sentía en una atmósfera de cuento de hadas, e invadía su corazón una emoción misteriosa. Lo envolvía el sueño de la humanidad, las flores extrañas del alma...

En medio del dorado centelleo de las galerías de pintura, de los jardines de resplandecientes colores, de las praderas de

cuadros, faltas de atmósfera, Cristóbal, febril, y en los umbrales de la enfermedad, se sintió como herido por el rayo. Pasaba, casi sin ver, aturdido por la necesidad, por la tibia atmósfera de las salas y por aquella orgía de imágenes: la cabeza le daba vueltas.

Llegado al final de la galería que da a la orilla del río, ante el *Buen Samaritano*, de Rembrandt, se apoyó con ambas manos, para no caer, en la verja de hierro que rodea los cuadros y cerró los ojos un instante. Cuando los volvió a abrir para fijarse en la obra que tenía delante, casi pegada a la cara, se sintió fascinado...

467

El día iba bajando, el sol, invisible, se hundía en las sombras... Era la hora mágica en que las alucinaciones están a punto de salir del alma dolorida y como inmóvil y embotada por los trabajos del día. Todo calla, sólo se oye el latir de las arterias; no se sienten ganas de moverse y apenas de respirar. Se siente uno triste y abatido, se experimenta una inmensa necesidad de abandonarse en brazos de un amigo, se implora un milagro, se adivina que va a venir... ¡Ahí está! En medio del crepúsculo, resplandece un dorado haz que se refleja en el muro de la casa y en el hombro del que conduce al moribundo, baña aquellos humildes objetos y aquellos seres insignificantes, y todo adquiere una dulzura y una gloria divina. Es Dios mismo que estrecha en sus brazos terribles y cariñosos, a aquellos miserables, débiles, feos, pobres y sucios, a aquel criado piojoso que lleva las medias en los talones, aquellos rostros deformes y miedosos que se agolpan pesadamente a la ventana a aquellos seres apáticos que se callan abrumados por el terror —toda aquella humanidad lamentable de Rembrandt, rebaño de almas oscuras y encadenadas, rebaño que no sabe nada, ni nada puede sino esperar, temblar, llorar y rogar—. Pero allí está el Amo; va a venir, se sabe que va a venir. No se le ve a Él mismo, pero se ven su aureola y la sombra de luz que proyecta sobre los hombres...

Cristóbal salió del Louvre con paso inseguro. Le dolía la cabeza y no veía nada. En la calle, en medio de la lluvia, apenas veía los charcos entre las piedras y el agua que chorreaban sus zapatos. El cielo amarillento se encendía encima del Sena, al caer

el día, con una llama interior —como la luz de una lámpara—. Cristóbal llevaba en sus pupilas la fascinación de una mirada. Le parecía que nada existía: no, los coches no hacían vibrar la calle con implacable ruido, los transeúntes no tropezaban con él con sus paraguas mojados; tal vez estaba sentado en su casa y soñaba; tal vez no existía... De pronto —¡estaba tan débil!—, le acometió un desmayo y estuvo a punto de caer como una masa con la cabeza hacia delante... Fue cosa de un segundo: apretó los puños, se afirmó en las piernas y recobró el aplomo.

En aquel momento preciso, en aquel segundo en que su conciencia salía del abismo, tropezó su mirada, al otro lado de la calle, con una mirada que conocía muy bien, y que parecía llamarle. Se paró sin saber qué hacer, tratando de averiguar dónde la había visto. Sólo al cabo de un momento reconoció aquellos ojos tristes y dulces: era la institutriz francesa a quien sin quererlo había hecho peder su empleo en Alemania, y a quien tanto había buscado después para pedirle perdón. Se había parado ella también, en medio de la ola de los transeúntes y lo miraba. De pronto, la vio tratando de remontar la corriente de la multitud y bajar a la calzada para llegar hasta él. Se lanzó a su encuentro, pero los separó un inextricable enredo de carruajes; la vio un momento luchando al otro lado de aquella muralla viviente; quiso atreverse a pesar de todo, fue atropellado por un caballo, se escurrió, cayó sobre el asfalto escurridizo y estuvo a punto de ser aplastado. Cuando se levantó cubierto de lodo y logró pasar al otro lado, ya había desaparecido ella.

Quiso correr en su busca; pero aumentaba su mareo y tuvo que renunciar a ello. Se acercaba la enfermedad, la sentía llegar, pero no quería creerlo. Se obstinó en no volver en seguida a su casa y en tomar el camino más largo. Tortura inútil: tuvo que darse por vencido; tenía las piernas cansadísimas, andaba casi a rastras y le costó trabajo volver a su casa. En la escalera, le faltó el aliento y tuvo que sentarse en los peldaños. Una vez en su helada habitación, se obstinó en no acostarse; permaneció en su silla, hecho una sopa, con la cabeza pesada y el pecho anhelante, quedándose como embotado en medio de su alucinación

musical. Oía pasar frases de la *Sinfonía no terminada*, de Schubert. ¡Pobrecillo Schubert! Cuando la escribía, estaba solo, febril y soñoliento, en ese estado de adormilamiento que precede al gran sueño; soñaba junto a la lumbre; flotaban en torno suyo músicas lánguidas como aguas casi estancadas; se complacía en ellas como un muchacho que se queda medio dormido mientras le cuentan una historia; repitiendo el mismo pasaje veinte veces, llega el sueño: llega la muerte... Y Cristóbal oía pasar también aquella otra música de manos ardientes, de ojos cerrados, de sonrisa cansada, con el corazón henchido de suspiros, soñando con la muerte que libera: el primer coro de la Cantata de J. S. Bach: *Dios mío, ¿cuándo moriré?*... ¡Cuán agradable era engolfarse en las suaves frases que se desarrollaban con lentas ondulaciones, oyendo el zumbido de las campanas lejanas y veladas!... ¡Morir! ¡Hundirse en la paz de la tierra! *Und dann selber Erde werden*... (“Y luego convertirse uno mismo en tierra”).

469

Sacudió Cristóbal de sí estos pensamientos enfermizos, mortífera sonrisa de la sirena que acecha a las almas debilitadas. Se levantó e intentó pasear por su habitación. Pero no pudo tenerse de pie. Tiritaba de fiebre y tuvo que meterse en la cama. Comprendía que la cosa era seria; pero no se daba por vencido; no era de los que, cuando están enfermos, se abandonan a la enfermedad; luchaba, no quería estar enfermo, y sobre todo estaba perfectamente decidido a no morir. Tenía su pobre madre que lo esperaba allá en su país. Tenía además que realizar su obra: no se dejaría matar. Apretaba los dientes que castañeaban, y procuraba vigorizar su voluntad que se le escapaba, a la manera de un buen nadador que sigue luchando en medio de las olas que lo cubren. A cada momento se hundía: todo eran divagaciones, imágenes sin ilación, recuerdos de su país o de los salones parisienses, y también obsesiones de ritmos y de frases, que giraban indefinidamente como caballos de circo; el choque repentino de la luz de oro del *Buen Samaritano*; las caras llenas de espanto en medio de la sombra, y, por último, abismos, noches... Después, volvía a sobrenadar, desgarraba las nubes que parecían hacer muecas, crispaba los puños y la mandíbula. Se agarraba a todos

los que amaba en lo presente y en lo pasado, el rostro amigo que había visto poco antes, a su querida mamá, y también a su ser indestructible, que era para él como una roca: “la Muerte no hace mella en ella”. Pero nuevamente se veía a la roca cubierta por el mar; el choque de las olas obligaba al alma a soltar su presa, y se veía arrebatada por la espuma. Y Cristóbal luchaba entre el delirio, pronunciando palabras insensatas, y dirigía y tocaba una orquesta imaginaria: trombones, trompetas, címbalos, bajos y contrabajos... Rascaba, soplaba, repiqueteaba con frenesí. El desdichado sentía en su interior un hervor inmenso de música contenida. Hacía semanas que no podía ya oírla ni tocarla y se hallaba como una caldera bajo presión, pronta a estallar. Ciertas frases obstinadas se hundían en su cerebro como barrenas, le perforaban el tímpano y le hacían sufrir horriblemente. Al salir de esas crisis, volvía a caer sobre la almohada, muerto de fatiga, sudoroso, molido, anhelante y falto de aliento. Había puesto a su cabecera el jarro del agua, del que bebía algunos tragos. Le hacían estremecerse los ruidos de las habitaciones inmediatas, las puertas de las buhardillas que se cerraban bruscamente. Sentía el hastío alucinado hacia aquellos seres amontonados en torno suyo. Pero su voluntad seguía luchando, tocaba aires belicosos, el combate contra los diablos... *Und wenn die Welt voll Teufel wär, und wollten uns verschlingen, so fürchten wir uns nicht so sehr...* (“Y aun cuando el mundo estuviese lleno de diablos, y quisiesen tragarnos, no temeríamos nada...”).

Y en el océano de ardientes tinieblas que arrastraba su ser, reinó de pronto un momento de calma, brilló un momento la luz y percibió un murmullo apacible de violines y violas, de plácidas tocatas de gloria ejecutadas por trompas y trompetas, mientras que, casi inmóvil, como un alto muro, se alzaba en el alma enferma un canto inmovible como un coral de Juan Sebastián Bach.

Mientras luchaba con los fantasmas de la fiebre y con el ahogo que invadía su pecho, tuvo vagamente conciencia de que abrían la puerta de su habitación, y de que entraba una mujer con una bujía en la mano. Creyó que era una nueva alucinación y quiso hablar. No pudo, y volvió a caer inerte. Cuando, de tarde en tarde, lo volvía a sacar del fondo a la superficie una ola de conciencia, se daba cuenta de que habían levantado su almohada, de que le habían puesto una manta sobre los pies, de que tenía en la espalda algo que le quemaba; o bien, veía sentada al pie de su cama, a aquella mujer cuyo rostro no le era enteramente desconocido. Vino después otra cara, la del médico que lo auscultó. Cristóbal no oía lo que decían; pero adivinó que se hablaba de llevarle al hospital. Trató de protestar, de gritar que no quería, que quería morir allí solo; pero sólo salían de su boca sonidos incomprensibles. Sin embargo, lo comprendió la mujer, porque tomó su defensa y lo calmó. Trataba en vano de saber quién era. Tan pronto como pudo formular una frase a costa de esfuerzos inauditos, se lo preguntó. Respondió ella que era su vecina de buhardilla, que le había oído gemir a través de la pared, y que se había tomado la libertad de entrar, figurándose que tenía necesidad de auxilio. Le suplicó respetuosamente que no se fatigase hablando, y él le obedeció. Por lo demás, el esfuerzo que había hecho lo había dejado sin aliento; permaneció, pues, inmóvil, y se calló; pero su cerebro seguía trabajando, reuniendo penosamente sus recuerdos confusos. ¿Dónde la había visto?... Al fin, acabó por acordarse: la había encontrado en el pasillo de las buhardillas; era criada y se llamaba Sidonia.

Con los ojos medio cerrados, la miraba sin que ella lo viese; era pequeña, de rostro serio, de frente abombada, con los cabellos peinados hacia arriba, dejando al descubierto la parte superior de las mejillas y las sienes, pálidas y de robusta osatura; tenía la nariz corta, los ojos de color azul claro, la mirada dulce y obstinada, los labios gruesos y apretados, la tez anémica, y el aspecto humilde, concentrado y algo tieso. Se cuidaba de Cristóbal con una abnegación activa y silenciosa, sin familiaridad, sin prescindir jamás de la reserva de una criada que no olvida la diferencia de clases.

Sin embargo, poco a poco, cuando fue estando mejor y pudo hablar con ella, su afectuosa franqueza consiguió que Sidonia le hablase con algo más de libertad; pero no prescindía de su reserva; se veía muy bien que había ciertas cosas que no decía. Había en ella una mezcla de humildad y de altivez. Supo Cristóbal que era bretona. Había dejado en su país a su padre, del que hablaba con mucha discreción; pero no le costó trabajo a Cristóbal adivinar que pasaba el tiempo, bebiendo, holgando y explotando a su hija; ella se dejaba explotar, sin decir palabra, por orgullo, y nunca dejaba de enviarle una parte de su mesada, pero no se dejaba engañar. Tenía también una hermana más joven, que se preparaba para examinarse de maestra y de quien ella estaba muy orgullosa; pagaba casi todos los gastos de su educación, y se encarnizaba en el trabajo, con grandísima obstinación.

Le preguntó Cristóbal si tenía un buen acomodo.

Ella respondió que sí, pero que pensaba dejarlo.

—¿Por qué? ¿Tenía motivos de queja de sus amos?

—¡Oh!, no, eran muy buenos con ella.

—¿No ganaba bastante?

—Sí...

Cristóbal no acertaba a comprender, por más esfuerzos que hacía, y la animaba a hablar. Ella tan sólo tenía que contarle su vida monótona, el trabajo que se daba para ganar su salario, y, a ese respecto, no insistía: el trabajo no le asustaba. Hasta era una necesidad para ella y casi un placer. No hablaba de lo que más le abrumaba: el hastío; pero él lo adivinaba. Poco a poco, iba



leyendo en ella, con esa intuición de gran simpatía, que la enfermedad había aguzado y que hacía más penetrante el recuerdo de las pruebas soportadas, en una vida análoga, por su querida mamá.

Veía, como si fuera suya propia, aquella existencia sin brillo, malsana, antinatural, la existencia ordinaria que la sociedad burguesa impone a los criados: unos amos no malos, pero indiferentes, que la dejaban a veces varios días sin dirigirle la palabra, fuera de las cosas de servicio. ¡Cuán largas eran las horas pasadas en la asfixiadora cocina, cuyo ventanucho, obstruido en parte por una fresquera, daba a una pared de color blanco sucio! Todas sus alegrías consistían en que le dijese con negligencia que la salsa estaba buena, o el asado a punto. Era aquella una vida amurallada, sin aire, sin porvenir, sin un destello de deseo y de esperanza, sin interés para nada.

473

La época peor para ella era cuando sus amos se iban al campo. No la llevaban consigo por economía; le pagaban el mes, pero no le pagaban el viaje para volver a su tierra; la dejaban en libertad para que fuese a su costa. Ella no quería ni podía hacerlo. Así, pues, se quedaba sola en la casa, casi abandonada. No tenía ganas de salir, ni hablaba siquiera con los demás criados, a quienes despreciaba en parte por su grosería y su inmoralidad. No iba a divertirse: era seria por naturaleza, económica, y temía los malos encuentros. Se quedaba sentada en su cocina o en su cuartucho, desde donde descubría, por encima de las chimeneas, la copa de un árbol en el jardín de un hospital. No leía, intentaba trabajar, se quedaba como embotada, se fastidiaba y lloraba de hastío; tenía el privilegio singular de poder llorar de un modo indefinido; era su mayor placer. Pero, cuando se hastiaba demasiado, ni siquiera podía llorar; se quedaba como helada, con el corazón muerto. Después, procuraba sacudir el fastidio, o la vida volvía por sí misma. Pensaba en su hermana; se complacía en escuchar un organillo lejano; forjaba sueños; contaba largamente los días que necesitaría para acabar tal o cual trabajo y para ganar tal cual cantidad; se equivocaba en sus cuentas, pero volvía a contar, y se quedaba dormida. Así pasaban los días. Con estos accesos de

depresión, alternaban manifestaciones de alegría infantil y burlesca. Se burlaba de los demás y de sí misma. No dejaba de comprender y saber juzgar a sus amos; los cuidados que les creaba su holganza; los vapores y melancolías de la señora; las supuestas ocupaciones de aquella supuesta clase elegida; el interés que les inspiraba un cuadro, un trozo de música o un libro de poesías. Con su buen sentido algo grosero, tan distante del esnobismo de los criados muy parisienses, como de la profunda estupidez de los criados muy provincianos, que no admiran sino lo que no comprenden, sentía un menosprecio respetuoso hacia aquellos tecleos, aquellas charlas insípidas y todas aquellas cosas intelectuales perfectamente inútiles, y fastidiosas por añadidura, que ocupaban tan gran lugar en esas existencias de pura apariencia. No podía menos de comparar silenciosamente la vida real, a la que ella se veía sujeta, con los placeres y pesares imaginarios de aquella vida de lujo, en que todo parece fabricado por el hastío. Por lo demás, no era una rebelde. Era así por su condición. Todo lo admitía, lo mismo los malos que los tontos, y decía:

—Hace falta todo para formar un mundo.

Se figuraba Cristóbal que se hallaba sostenida por su fe religiosa; pero cierto día le dijo, a propósito de los demás, más ricos y más felices:

—En fin de cuentas, todos seremos iguales más tarde.

—¿Cuándo? —le preguntó él—. ¿Después de la revolución social?...

—¿De la revolución? —dijo ella—. ¡Bah! Ha de pasar mucha agua bajo el puente antes de que yo crea en esas tonterías. Siempre seguirá todo lo mismo.

—Entonces, ¿cuándo seremos todos iguales?

—¡Claro está que después de la muerte! Entonces, no queda nada de nadie.

Le admiró mucho aquel materialismo tranquilo, y no se atrevió a decirle:

—¿No es horrible, en tal caso, si no hay más que una vida, que sea como la de usted mientras que hay otros que son felices?

Ella pareció haber adivinado lo que pensaba y continuó diciendo, con su flema resignada y algo irónica:

—Hay que ser razonable: todo el mundo no puede ganar el premio gordo. ¡Tanto peor para el que le ha caído uno pequeño!

No intentaba siquiera buscar fuera de Francia —como le habían ofrecido en América— un empleo que le proporcionase más ganancia, pues no podía entrar en su cabeza la idea de abandonar a su país, y decía:

—En todas partes son duras las piedras.

Había en ella un fondo de fatalismo escéptico y burlón. Per-tenecía a la raza que tiene menguada o ninguna fe, pocas razones intelectuales para vivir, y, sin embargo, una vitalidad enorme, a ese pueblo de los campos de Francia, laborioso y apático, ligeramente revolucionario y sumiso, que no estima mucho la vida, pero que se aferra a ella, y que no necesita alientos facticios para no perder el valor.

Cristóbal, que no le conocía aún, se admiraba de hallar en aquella sencilla muchacha el más completo desinterés respecto de toda fe; admiraba su apego a la vida, sin placer y sin fin, y más que todo, su robusto sentido moral, que no se fundaba en nada. Hasta entonces, sólo había visto a la gente del pueblo francés a través de las novelas naturalistas y de las teorías de los literatillos contemporáneos, que al revés de los del siglo de las pastorales y de la Revolución, se complacían en representarse al hombre de la naturaleza como un animal vicioso, a fin de legitimar sus propios vicios... Descubría con sorpresa la intransigente honradez de Sidonia. No era cuestión de moral, era cuestión de instinto y de altivez. Tenía su orgullo aristocrático. Porque es una tontería creer que quien dice pueblo dice popular. El pueblo tiene sus aristócratas, del mismo modo que la burguesía tiene sus almas plebeyas. Aristócratas, es decir, seres que tienen instintos, y tal vez sangre, más puros que los demás y que lo saben, y tienen conciencia de lo que son justamente con la altivez de no rebajarse. Los demás se ven obligados a tomarlos por modelo o a hacer como que los toman por tal. Cada provincia, cada aldea, cada agrupación de hombres, es, en cierta medida, lo que son sus aristócratas; y

según ellos son, la opinión se muestra, en unas partes, demasiado severa, y en otras relajada. En el momento actual, el desbordamiento anárquico de las mayorías no cambiará nada en esa autoridad inmanente de las minorías mudas. Más peligroso es para ellas su desarraigamiento del suelo natal y su desparramamiento por las grandes ciudades. Pero aun así, perdidas en medios extraños, aisladas unas de otras, persisten las individualidades de buena raza, sin mezclarse con lo que las rodea. De todo lo que Cristóbal había visto de París, Sidonia no conocía casi nada, ni tenía interés en conocerlo. La literatura sentimental y nada limpia de los periódicos, se hallaba tan lejos de ella como las noticias políticas. Ni siquiera sabía que hubiese Universidades populares, y si lo hubiese sabido, es posible que le hubiera importado tanto como el ir a un sermón. Desempeñaba su oficio y rumiaba sus pensamientos; no se inquietaba por conocer los de los demás. Cristóbal la felicitó.

—¿Qué hay en esto de extraño? —dijo—; soy como todo el mundo.

—¿No ha visto usted franceses?

—Hace un año que vivo entre ellos, y no he encontrado uno sólo que pareciese pensar en otra cosa que en arrendar a los que se divierten.

—¡Ah!, sí —dijo Sidonia—; usted no ha visto sino a los ricos, que son por todas partes los mismos. Usted no ha visto nada aún.

—Sí, por cierto —dijo Cristóbal—; empiezo a ver.

En efecto, por vez primera, entreveía al pueblo de Francia, que produce la impresión de una duración eterna, que forma cuerpo con su tierra, que ha visto pasar, como ella, tantas razas conquistadoras, tantos amos de un día y que, por su parte, no pasa.

Iba ya mucho mejor y empezaba a levantarse.

Lo primero en que pensó, fue en rembolsar a Sidonia los gastos que por él había hecho mientras estuvo enfermo. En la imposibilidad en que se hallaba de recorrer las calles de París para buscar trabajo, tuvo que resolverse a escribir a Hetch, pidiéndole que se dignase adelantarle algún dinero sobre su próximo trabajo. Con su extraordinaria mezcla de indiferencia y de benevolencia, le hizo esperar Hetch más de quince días la respuesta, quince días, durante los cuales, se torturó Cristóbal, negándose casi a tocar el alimento que le llevaba Sidonia, no aceptando sino un poco de leche y pan que ella le obligaba a tomar y echándose después a sí mismo en cara porque no lo había ganado. Al cabo de este tiempo, recibió de Hetch, sin una palabra escrita, la suma que le pedía; y ni una sola vez, durante el mes que duró la enfermedad de Cristóbal, procuró Hetch enterarse de cómo iba. Poseía el genio de no hacerse querer, hasta cuando hacía algún bien. Por lo demás, aun haciendo el bien, no sentía cariño a nadie.

Sidonia iba diariamente un momento por la tarde y por la noche a preparar la comida de Cristóbal. No hacía ruido ninguno, se cuidaba discretamente de todas sus cosas; y habiendo observado el mal estado de su ropa blanca, sin decirle una palabra, se la llevaba a su cuarto para remendársela. Insensiblemente se había ido insinuando en sus relaciones un afecto más intenso. Cristóbal hablaba largamente de su anciana madre, y Sidonia lo oía conmovida; se ponía en el lugar de Luisa, sola allá en su país, y experimentaba hacia Cristóbal un sentimiento maternal. Él mismo, al hablar con ella, se esforzaba por engañar

su necesidad de afecto familiar, cuya falta se siente mucho más cuando se es débil y se está enfermo. Se sentía más cerca de Luisa con Sidonia que con cualquier otra persona. Le confiaba a veces sus penas de artista. Lo compadecía ella tiernamente con algo de ironía para sus tristezas intelectuales. Esto también le recordaba a Cristóbal a su madre y le hacía bien.

478 Procuraba provocar sus confidencias, pero ella se mostraba mucho menos expansiva que él. Le preguntaba, bromeando, si no pensaba casarse. Ella respondía, con su tono habitual de burlona resignación, que “cuando una es criada, no está permitido, pues es una complicación”. Además, es preciso saber escoger, lo cual no es cómodo. Los hombres son unos verdaderos canallas. Vienen a hacerle a una la corte cuando ven que tiene dinero; se comen el dinero y después la dejan plantada. Había visto sobrados ejemplos en torno suyo y “no sentía tentaciones de hacer otro tanto”. No le decía que había estado a punto de casarse y que su “futuro” la había dejado cuando se enteró de que daba a los suyos todo lo que ganaba. Cristóbal la veía jugar maternalmente en el patio con los niños de una familia que habitaba en la casa. Cuando los encontraba solos en la escalera, solía besarlos con pasión. Cristóbal se la imaginaba en lugar de una de las señoras que conocía; no era tonta, ni más fea que otra cualquiera: se decía a sí mismo, que, en lugar de ellas, Sidonia desempeñaría mejor papel. ¡Qué vida tan potente, enterrada sin que nadie se cuidase de ella! Y, en cambio, ¡cuántos muertos vivos, que llenan la tierra y que roban la felicidad y el puesto a los demás!

Cristóbal no tenía recelo alguno. Se mostraba muy afectuoso, demasiado afectuoso con ella, y se hacía mimar como un niño grande.

Ciertos días parecía Sidonia abatida, pero él lo atribuía al trabajo. En una ocasión, en medio de la conversación, se levantó bruscamente so pretexto de que tenía que hacer. Por último, después de un día en que Cristóbal le había demostrado más confianza aún que de ordinario, interrumpió sus visitas durante algún tiempo, y cuando volvió, no le habló sino cohibida. Se preguntaba él en qué había podido ofenderla y trató de averiguarlo.

Le respondió ella con vivacidad que no la había ofendido en nada; pero siguió alejándose de él. Algunos días después, le anunció que se marchaba de la casa. En términos fríos y ceremoniosos, le dio las gracias por las bondades que con ella había tenido, hizo votos por su salud y la de su madre y se despidió de él. Quedó tan admirado de esta brusca partida, que no supo qué decir; trató de conocer los motivos que a ella la determinaban, pero Sidonia contestó de un modo evasivo. Le preguntó dónde iba a colocarse; mas ella esquivó la respuesta y, para evitar preguntas, se despidió. En el umbral de la puerta, le dio él la mano y ella la estrechó con alguna viveza; pero su rostro permaneció impassible, y conservó hasta el fin su aire tieso y helado. Se fue Sidonia y él no llegó a comprender jamás por qué.

El invierno se eternizaba: un invierno húmedo, brumoso y lodiento. Había semanas enteras sin sol. Aunque Cristóbal iba mejor, no estaba completamente curado. Tenía siempre una punzada dolorosa en el pulmón derecho, una lesión que se cicatrizaba lentamente, y ataques de tos nerviosa que le impedían dormir por la noche. Le había prohibido el médico que saliese. Del mismo modo le hubiera podido mandar que se fuese a la Costa Azul o a las Canarias. ¡No tenía más remedio que salir! Si no hubiera ido a buscarle a él. También le recetaban drogas, pero no tenía dinero para comprarlas. Así, pues, había renunciado a pedir consejo a los facultativos: era dinero perdido; además, no se entendía bien con los médicos: eran dos mundos opuestos. Sentían ellos una compasión irónica y algo desdeñosa hacia aquel pobre diablo de artista que pretendía ser un mundo por sí solo, y que era barrido como una paja por el río de la vida. Le humillaba el que lo mirasen, palpasen y traqueteasen aquellos hombres. Se avergonzaba de su cuerpo enfermo, y pensaba:

—¡Qué contento estaré cuando *él* haya muerto!

A pesar de la soledad, de las dolencias y de la miseria, motivos más que suficientes para sufrir, Cristóbal soportaba su suerte con paciencia. Jamás se había mostrado tan sufrido; él mismo se asombraba. La enfermedad suele ser benéfica; quebrantado el cuerpo, pone en libertad al alma y la purifica: en las noches y en los días de inacción forzada, surgen pensamientos que tienen miedo de la luz demasiado cruda, y que son agostados por el sol de la salud. Quien no ha estado nunca enfermo, no ha llegado a conocerse por completo.



La enfermedad había comunicado a Cristóbal una serenidad particular. Lo había despojado de lo más tosco que había en su ser. Percibía, con órganos más sutiles, el mundo de las fuerzas misteriosas que hay en cada uno de nosotros y cuya existencia nos oculta el tumulto de la vida. Después de su visita al Louvre, en aquellas horas de fiebre, cuyos menores recuerdos se habían grabado en su alma, vivía en una atmósfera análoga a la del cuadro de Rembrant, cálida, profunda y dulce. Sentía él también en su corazón los mágicos reflejos de un sol invisible. Y aunque ya no creía, sabía que no estaba solo: un dios lo conducía de la mano al punto adonde era preciso que llegase, y él se dejaba llevar como un niño.

481

Por la primera vez, desde hacía años, se veía obligado a descansar. La misma lasitud de la convalecencia le servía de reposo, después de la extraordinaria tensión intelectual que había precedido a la enfermedad, y que lo tenía abrumado aún. Cristóbal, que, desde hacía varios meses, hacía grandísimos esfuerzos para estar de continuo sobre el quien vive, sentía aflojarse poco a poco la fijeza de su mirada. No era menos fuerte, pero sí más humano. La vida poderosa, pero algo monstruosa, del genio había pasado al segundo plano; se encontraba convertido en un hombre como los demás, despojado de todos sus fanatismos de espíritu y de todo lo que tiene de duro y de implacable la acción. No odiaba nada, ni pensaba ya en las cosas irritantes, y cuando más, se encogía de hombros; pensaba menos en sus penas, y más en las de los otros. Desde que Sidonia le recordó los sufrimientos silenciosos de las almas humildes que luchaban sin quejarse, en todos los puntos de la tierra, se olvidaba de sí mismo pensando en ellas. Aunque de ordinario no era sentimental, sentía ahora accesos de esa ternura mística que es la flor de la debilidad y de la enfermedad. Por la noche, echado de codos en su ventana, encima del patio, escuchaba los ruidos misteriosos... Una voz que cantaba en una casa vecina, y que, a causa de la distancia, parecía conmovedora; una niña que teclaba cándidamente música de Mozart...

—¡Vosotros todos los que amo y a quienes no conozco, vosotros a quienes no ha marchitado la vida, que soñáis cosas

grandes que sabéis son imposibles, y que lucháis contra el mundo hostil, deseo que seáis felices!... ¡Es tan hermoso ser felices!... ¡Oh! Amigos míos, ya sé que estáis ahí y os tiendo mis brazos... Hay un muro entre nosotros. Piedra a piedra lo voy desgastando, pero también me desgasto al mismo tiempo. ¿Nos reuniremos algún día? ¿Llegaré hasta vosotros antes de que nos separe el muro de la muerte? No importa. ¡Esté yo solo toda mi vida, con tal que trabaje para vosotros, con tal que os haga bien, y con tal que más tarde, después de mi muerte, me améis algo!

De esta suerte bebía Cristóbal, convaleciente, la leche de dos buenas nodrizas: *Liebe und Not* (Amor y Miseria).

En medio de aquella tregua de su voluntad, sentía la necesidad de acercarse a los demás. Aunque estaba aún muy débil, y no era cosa prudente, salía por la mañana muy temprano, a la hora en que la ola popular descendía por las calles populosas en busca del trabajo lejano, o por la noche, cuando volvía del mismo. Quería sumergirse en el refrescante baño de la simpatía humana. No quería esto decir que hablase a nadie: ni siquiera lo intentaba. Le bastaba ver pasar la gente, adivinarla y quererla. Observaba, con afectuosa compasión, a aquellos trabajadores que se dirigían apresurados al trabajo, como si sintiesen de antemano la lasitud del día —aquellos rostros de jóvenes, de muchachas de tez marchita, de expresión viva y de sonrisa extraña—, aquellas caras transparentes y movibles, por las cuales se veían pasar las olas de los deseos, de los cuidados y de las volubles ironías; aquel pueblo tan inteligente, demasiado inteligente y algo mórbido, de las grandes ciudades. Caminaban todos de prisa: los hombres leyendo los periódicos, y las mujeres comiéndose un panecillo. Cristóbal hubiera dado un mes de su vida porque la rubita mal peinada, de facciones abotagadas por el sueño, que acababa de pasar a su lado, con pasitos de cabra, nerviosos y secos, hubiese podido dormir una hora o dos más. Seguramente ella no hubiera dicho que no, si se lo hubieran ofrecido. Hubiera querido arrancar de sus habitaciones, herméticamente cerradas a semejante hora, a todas las ricas ociosas, que gozan, llenas de hastío, de su bienestar, y poner en su lugar, sus camas, y en medio de su vida tranquila, a aquellos cuerpecitos ardientes y cansados, a aquellas almas ni hastiadas ni ricas, sino vivas y ansiosas de

vivir. Se sentía lleno de indulgencia para con ellas, y sonreía al ver aquellas caritas despiertas y cansadas, en que se leía astucia e ingenuidad, un deseo descarado y cándido de placer, y en el fondo una pobrecilla alma honrada y trabajadora. Y no se incomodaba si se le reían en sus barbas o se daban con el codo, señalándose mutuamente a aquel muchachote de ojos expresivos.

484 A veces se paraba en los muelles para soñar: era su paseo de predilección. Calmaba en parte su nostalgia del gran río que había mecido su infancia. ¡Ah! ¡No era, seguramente, el *Vater Rhein!* No tenía su fuerza omnipotente, ni sus amplios horizontes, ni las vastas llanuras en que se cierne y se pierde el espíritu. Era un río de ojos tristes, de vestido de color verde pálido, de facciones finas y marcadas, un río lleno de gracia, de flexibles movimientos, que se estira con espiritual indolencia, en medio del suntuoso y sobrio adorno de su ciudad, con los brazaletes de sus puentes, con los collares de sus monumentos, y que al ver su belleza, sonríe como una linda perezosa... ¡Qué deliciosa luz la de París! Era lo primero que Cristóbal había amado en esta ciudad; lo penetraba muy suavemente, y, poco a poco, iba transformando su corazón sin que se diese cuenta de ello. Era para él la más bella de las músicas, la única música parisiense. Pasaba las horas muertas, por la tarde, a lo largo de los muelles, o en los jardines de la antigua Francia, saboreando las armonías de la luz sobre los grandes árboles bañados de bruma violácea, sobre las estatuas y los jarrones grises, sobre esa piedra con pátina de los monumentos reales, que ha bebido la luz de tantos siglos, aquella atmósfera sutil formada de sol delicado y de vapor lechoso, en la que flota, envuelto en argentado polvo, el espíritu risueño de la raza.

Cierta noche, se hallaba echado de codos cerca del puente de San Miguel, y al mismo tiempo que miraba el agua, hojeaba los libros de un librero viejo que tenía sus cajones sobre el parapeto. Abrió por casualidad un volumen descabalado de Michelet. Había ya leído algunas páginas de dicho historiador, que no le habían agradado mucho, por su facundia francesa, su facultad para embriagarse con palabras, y su estilo trepidante. Pero

aquella tarde, desde las primeras líneas, se sintió conmovido: se trataba del final del proceso de Juana de Arco. Conocía por Schiller a la doncella de Orleans; pero hasta entonces no había sido para él sino una heroína romántica, a la que había prestado un gran poeta una vida imaginaria. De repente, se le apareció la realidad y lo estrechó, por decirlo así, entre sus brazos. Seguía leyendo, leyendo, con el corazón oprimido por el horror trágico del sublime relato, y cuando llegó al momento en que Juana se entera de que va a morir por la tarde, y en que desfallece de espanto, sus manos se pusieron a temblar, las lágrimas se le saltaron y tuvo que interrumpir su lectura; la enfermedad lo había debilitado: había adquirido una sensibilidad ridícula que le irritaba; cuando quiso acabar su lectura era tarde y el librero estaba cerrando sus cajas. Resolvió, pues, comprar el libro, y buscó en el bolsillo: le quedaban seis sueldos. No era raro que se viese tan falto de fondos, cosa que no le inquietaba; acababa de comprar su comida, y contaba con cobrar al día siguiente algún dinero en casa de Hetch por una copia de música. Pero, esperar hasta el día siguiente, era, demasiado duro. ¿Por qué iba justamente a gastar en comer lo poco que le quedaba? ¡Ah! ¡Si hubiera podido ofrecer en pago al librero el pan y el salchichón que llevaba en el bolsillo!

Al día siguiente, muy temprano, fue a casa de Hetch para buscar dinero; mas, al pasar cerca del puente que lleva el nombre del arcángel de las batallas, “el hermano de paraíso de Juana”, le faltó valor para no detenerse. Halló el citado librito en las cajas del librero; lo leyó todo entero; pasó cerca de dos horas en leerlo; faltó a una cita en casa de Hetch, y, para encontrarle después, tuvo que perder casi todo el día. Por último, logró obtener un nuevo trabajo y hacerse pagar. Inmediatamente corrió a comprar el libro, aunque lo había leído todo. Tenía miedo de que otro comprador se lo hubiese llevado. Seguramente el daño no hubiera sido grande, pues era fácil procurarse otros ejemplares; pero Cristóbal no sabía si el libro era raro o no; además, era aquel volumen el que quería y no otro. Los aficionados a los libros son algo fetichistas. Las páginas, aún sucias y manchadas, que han sido manantial de sueños, son para ellos cosa sagrada.

Cristóbal volvió a releer en su casa, en el silencio de la noche, el *Evangelio* y la *Pasión de Juana* y no hubo respeto humano que lo obligase ya a contener su emoción. Experimentaba una ternura, una compasión y un dolor infinitos hacia la pobre pastorcilla, con su rústico traje rojo de campesina, alta, tímida, de dulce voz, que soñaba al oír el canto de las campanas —a él también le gustaba mucho—; con su hermosa sonrisa llena de inteligencia y de bondad, con sus lágrimas siempre dispuestas a correr de amor, de piedad y de flaqueza: pues la pura y valerosa doncella, era a la vez tan varonil y tan mujer, que domaba las voluntades salvajes de un ejército de bandidos, y tranquilamente, con su intrépido buen sentido, su sutileza femenina y su dulce obstinación, sola y traicionada por todos, burlaba durante meses las amenazas e hipócritas astucias de una jauría de eclesiásticos y golillas —lobos y zorros de ojos y colmillos sangrientos—, que la rodeaban por todas partes.

Lo que más vivamente llegaba al alma a Cristóbal eran su bondad y su ternura de corazón; lloraba después de las victorias, por los enemigos muertos, por los que la habían insultado; los consolaba cuando estaban heridos, los ayudaba a bien morir, no sentía amargura contra los que la entregaron, y, en la hoguera misma, cuando las llamas se alzaban, no pensando en sí, sino en el religioso que la auxiliaba, lo obligó a retirarse. Era dulce, en medio de la lucha más áspera; buena entre los malos y pacífica en la guerra misma. Introdujo en la guerra, ese triunfo del diablo, el espíritu de Dios.

Y Cristóbal, echando una ojeada sobre su vida anterior, pensaba: “Yo no me he dejado llevar suficientemente del espíritu de Dios”.

Volvió a leer las palabras del evangelista de Juana:

“Ser bueno, permanecer bueno en medio de las injusticias de los hombres y las severidades de la suerte... Conservar la dulzura y la benevolencia en medio de tan agrias disputas, atravesar la experiencia, sin permitirle hacer mella en este tesoro interior...”.

Y el joven repetía:

—He pecado, no he sido bueno. Me ha faltado la benevolencia. He sido demasiado severo. Perdón. ¡No creáis que soy vuestro enemigo, vosotros a quienes combato! Desearía haceros bien a todos... Pero hay que impedirlos obrar mal...

Y como no era un santo, le bastaba pensar en ellos para que se despertara su odio. Lo que menos les perdonaba, era que, al verlos, al ver a Francia a través de los mismos, le parecía imposible imaginar que hubiese podido brotar jamás en aquella tierra semejante flor de pureza y de poesía heroica. Y, sin embargo, así era. ¿Quién podría afirmar que no había de salir otra Juana de Arco, por segunda vez? La Francia de hoy no podía ser peor que la de Carlos VII, nación prostituida, de donde brotó la doncella. El templo estaba vacío a la sazón, profanado y medio arruinado. ¡No importa! ¡Dios había hablado!

487

Cristóbal buscaba un francés a quien querer por amor a Francia.

Se acercaba el fin de marzo. Hacía meses que Cristóbal no había hablado con nadie, ni recibido ninguna carta, excepto, de tarde en tarde, algunas palabras de la anciana mamá, que no sabía que estaba enfermo y que no le decía a su vez, lo estaba también. Todas sus relaciones con el mundo se reducían a sus visitas al almacén de música, para llevar o tomar trabajo. Iba a ciertas horas en que sabía que Hetch no estaba allí, a fin de no tener que hablar con él. Precaución superflua, porque la única vez que encontró a Hetch, éste apenas le dirigió algunas frases indiferentes acerca de su salud.

Se hallaba, pues, bloqueado en una cárcel de silencio, cuando una mañana llegó a sus manos una invitación de la señora Roussin para una velada musical, en la que debía tocar un cuarteto famoso. La carta era muy amable, y Roussin había agregado algunas líneas cordiales. No estaba muy satisfecho de su ruptura con Cristóbal, con tanta más razón cuanto que después había reñido con su cantante, y la juzgaba sin consideración. Era un buen muchacho y no guardaba torpe rencor a aquellos a quienes había hecho algún daño. Le hubiera parecido ridículo que sus víctimas se mostrasen más quisquillosas que él. Así es que, cuando tenía el gusto de volverlas a ver, no vacilaba en alargarles la mano.

El primer movimiento de Cristóbal, fue encogerse de hombros y jurar que no iría. A medida que se acercaba el día del concierto, se mostraba menos resuelto. Se ahogaba de no oír una palabra humana y, sobre todo, una nota de música. Sin embargo, se repetía a sí mismo que no volvería a poner los pies en casa de



aquella gente. Pero llegada la noche, fue allá, avergonzado de su cobardía.

No tardó en arrepentirse de ello. Apenas se volvió a hallar en aquel medio de políticos y de *snoobs*, cuando volvió a experimentar hacia ellos una aversión más violenta que antes; porque, en sus meses de soledad, había perdido el hábito de andar entre ellos. Era imposible oír música allí: era una profanación. Cristóbal se decidió a partir inmediatamente después del primer trozo.

489

Recorría con la vista todo aquel círculo de caras y de cuerpos antipáticos. Al otro extremo del salón, encontró unos que lo miraban y se apartaban en seguida de él; entre aquellas miradas de gente hastiada, se notaba en ellos cierto candor que le llamó la atención. Eran unos ojos tímidos, pero claros, determinados, ojos a la francesa, que, una vez que se fijaban en uno lo miraban con verdad absoluta, sin ocultar nada de sí mismos y sin que tal vez quedase nada oculto para ellos. Conocía aquellos ojos. Sin embargo, no conocía la cara que iluminaban. Era la de un joven de veinticinco años, de baja estatura, algo cargado de hombros, de aspecto débil, de rostro imberbe y enfermizo, de cabellos castaños, de rasgos irregulares y finos, con cierta asimetría que comunicaba a la expresión una intranquilidad que no dejaba de tener su encanto y parecía contradecir la serenidad de su mirada. Estaba de pie en el marco de una puerta y nadie se fijaba en él. Lo miró de nuevo Cristóbal, y cada vez que lo miraba se encontraba con aquellos ojos que se desviaban tímidamente, con amable torpeza; y cada vez los “reconocía”: tenía la impresión de haberlos visto ya en otra cara.

Incapaz de ocultar lo que sentía, según su costumbre, se dirigió Cristóbal al joven; pero, al mismo tiempo que se acercaba a él, se preguntaba qué podría decirle; e indeciso aflojaba el paso, mirando a derecha e izquierda, cual si caminase a la ventura. El otro no se dejaba engañar por aquel manejo y comprendía que Cristóbal iba hacia él; se sentía tan intimidado ante la idea de hablarle, que pensaba en pasar a la habitación inmediata, pero su misma timidez lo tenía clavado en el mismo sitio. Se hallaron

uno frente a otro y permanecieron algunos momentos antes de hallar pretexto para entrar en materia. A medida que la situación se prolongaba, cada uno de ellos se creía ridículo a los ojos del otro. Al fin, Cristóbal miró frente a frente al joven, y, sin más preámbulo, le dijo sonriendo, con tono brusco.

—¿No es usted parisiense?

490 Ante esta pregunta inesperada, sonrió el joven, a pesar de lo cohibido que estaba, y respondió que no. Su voz débil y de sonoridad velada, era como un instrumento frágil.

—Lo sospechaba —dijo Cristóbal.

Y como lo viese algo confuso por esta singular observación, añadió:

—No es un reproche.

Esto no hizo más que aumentar el embarazo del otro. El joven hacía esfuerzos por hablar, sus labios temblaban; se comprendía que tenía una frase en la punta de la lengua, pero que no se decidía a pronunciarla. Cristóbal estudiaba con curiosidad aquel rostro movable, bajo cuya piel transparente sorprendía ligeros estremecimientos. No parecía de la misma esencia de los que lo rodeaban en aquel salón con sus caras macizas y su carne pesadota, que no eran más que una prolongación del cuello, un pedazo del cuerpo: Allí se veía el alma en la superficie; en cada partícula de carne, había una vida moral.

Como no consiguiese romper a hablar, Cristóbal continuó con bondad:

—¿Qué hace usted aquí, en medio de toda esta gente?

Hablaba en alta voz con esa extraña libertad que era la causa de que lo aborreciesen. El joven, algo cohibido, no pudo menos de mirar en torno suyo, para ver si los oían; y este movimiento desagradó a Cristóbal. Después, en lugar de responder, preguntó con graciosa y tímida sonrisa:

—¿Y usted?

Cristóbal se echó a reír con su risa algo pesada.

—Sí, ¿y yo? —dijo con buen humor.

El joven se decidió a hablar bruscamente:

—¡Cuánto me gusta su música! —dijo con voz ahogada. Después se detuvo haciendo nuevos inauditos esfuerzos para vencer su timidez. Se ruborizaba y se daba cuenta de ello, y su rubor iba en aumento. Cristóbal lo miraba sonriente y sentía ganas de abrazarle. El joven lo miró con desaliento.

—No, decididamente —dijo—; no puedo, no puedo hablar de eso... aquí.

Cristóbal lo cogió la mano, mientras vagaba por su ancha boca cerrada una sonrisa muda. Sintió que los delgados dedos del desconocido temblaban ligeramente en contacto con su mano, que lo estrechaban con involuntaria ternura, y el joven sintió que la robusta mano de Cristóbal aplastaba afectuosamente la suya. Desapareció en torno de ellos el ruido del salón. Estaban solos los dos y comprendieron que eran amigos. No duró esto más que un segundo, después del cual, la señora Roussin, tocándole ligeramente a Cristóbal en el brazo con su abanico, le dijo:

—Veo que ya se conocen ustedes y que es inútil presentarlos uno a otro. Este joven ha venido por usted esta noche.

Entonces, se separaron uno de otro con cierto embarazo.

Cristóbal preguntó a la señora Roussin:

—¿Quién es?

—¡Cómo! —dijo—. ¿No le conoce? Es un poeta joven, que escribe muy bien. Es uno de los admiradores de usted. Es buen músico y toca bien el piano. En su presencia, no hay que discutirle a usted, porque es su enamorado. El otro día estuvo a punto de disputar con Luciano Lévy-Coeur, a propósito de usted.

—¡Ah! ¡Qué buen muchacho! —dijo Cristóbal.

—Sí, ya sé que es usted injusto con ese pobre Luciano. Sin embargo, lo quiere también.

—¡No me diga eso! Me aborrecería a mí mismo.

—Se lo aseguro.

—¡Jamás! ¡Jamás! ¡Se lo prohíbo!

—Precisamente es lo que ha hecho su enamorado. Son ustedes tan locos el uno como el otro. Luciano estaba explicándonos una de las obras de usted. Este tímido jovencito que acaba de ver, se levantó, temblando de ira, y le prohibió que hablase de

usted. ¡Has visto semejante pretensión!... Felizmente estaba yo presente, y lo tomé a risa; Luciano hizo como yo; y el otro se calló confuso, y acabó por pedir que lo excusasen.

—¡Pobre muchacho! —dijo Cristóbal.

—¿Dónde se ha metido? —continuó él, sin escuchar a la señora Roussin que le hablaba de otra cosa.

Se puso a buscarlo; pero el amigo desconocido había desaparecido. Cristóbal volvió a la señora Roussin:

—Dígame usted cómo se llama.

—¿Quién? —preguntó ella.

—El joven de que usted me habló.

—¿Su poeta? —dijo—. Se llama Olivier Jeannin.

El eco de aquel nombre sonó en los oídos de Cristóbal como una música conocida. Flotó un segundo, en el fondo de sus ojos, la silueta de una joven. Pero la nueva imagen, la del amigo, la borró en seguida.

*Antonieta*



Los Jeannin eran una de esas antiguas familias francesas que, desde hace siglos, permanecen como incrustadas en el mismo rincón de provincias, sin mezcla de sangre extranjera. Hay aún en Francia más de las que se cree, a pesar de todos los cambios que han trastornado la sociedad; es preciso un cataclismo muy grande para arrancarlas del suelo en que se hallan profundamente sujetas por multitud de lazos que ellas mismas ignoran. En su apego a la tierra natal no entra por nada la razón, y el interés entra por muy poco; en cuanto al sentimentalismo erudito de los recuerdos históricos, sólo tiene valor para algunos literatos. Lo que liga con invencibles lazos, es la oscura y potente sensación, común así a los más groseros como a los más inteligentes, de constituir desde hace muchos siglos un pedazo de aquella tierra, de vivir de su vida, de respirar su aliento, de oír latir el corazón de la misma al unísono con su propio corazón, como dos seres acostados en el mismo lecho uno al lado de otro; de sorprender esos estremecimientos imperceptibles, los mil matices de las horas, de las estaciones, de los días claros o nublados, y la voz y el silencio de las cosas. No son tal vez los países más hermosos ni aquellos en que la vida es más agradable, los que adquieren mayor imperio sobre el corazón, sino aquellos en que la tierra es más desnuda, más humilde, se halla más cerca del hombre y le habla con lenguaje íntimo y familiar.

Tal era el humilde rincón del centro de Francia, en que vivían los Jeannin. País llano y húmedo, antigua villa dormida que refleja su hastiado rostro en las turbias aguas de un canal inmóvil; alrededor, tierras labradas, praderas, arroyuelos, grandes bosques, campos monótonos... No hay ningún lugar ameno, ningún

monumento, ningún recuerdo. No hay nada capaz de atraer y todo parece a propósito para retener. En aquella especie de modorra y embotamiento, hay como una fuerza secreta. El espíritu que los prueba por vez primera, sufre a causa de ellos y se rebela. Pero el que, después de varias generaciones, ha sufrido su influencia, no sabría desprenderse de ella, pues lo penetra hasta los huesos. Esa inmovilidad de las cosas, ese armonioso fastidio, esa monotonía, tienen para él un encanto y una dulzura de que no se da cuenta, que al mismo tiempo denigra y ama y que no le sería posible olvidar.

\* \* \*

Los Jeannin habían vivido siempre allí. Podían seguirse las huellas de la familia hasta el siglo XVI, lo mismo en la ciudad que en los alrededores; porque, naturalmente, hubo un tío que había consagrado su vida a trazar la genealogía de aquella raza de oscuros y laboriosos aldeanos, colonos, artesanos de aldea, más tarde pasantes de notario y notarios rurales, que habían ido por último a instalarse en la Subprefectura del distrito, donde Agustín Jeannin, el padre del Jeannin actual, había sabido manejar sus asuntos con destreza como banquero. Hombre hábil, astuto y tenaz como un aldeano honrado, en la acepción corriente de la palabra, aunque sin exagerados escrúpulos, muy trabajador y amigo de la buena vida, se había hecho respetar y temer, en diez leguas a la redonda, por su maliciosa jovialidad, su lenguaje franco y su fortuna. Bajo, rechoncho y vigoroso, con unos ojuelos muy vivos en su ancho y colorado rostro picado de viruelas, había dado mucho que hablar en otro tiempo por su afición a las faldas, que no había perdido por completo. Le gustaban los cuentos verdes y las buenas comidas. Había que verle en la mesa en compañía de su hijo, que le hacía dúo, y de algunos antiguos amigos de su calaña —el juez de paz, el notario y el arcediano de la catedral—. El anciano Jeannin no era muy aficionado a los curas, sin embargo, no desdeñaba su compañía cuando éstos comían bien; todos ellos hombres robustos, cortados con arreglo al modelo de los compatriotas de Rabelais. Aquellos banquetes eran un fuego graneado



de bromas de color subido, de puñetazos en la mesa y de rugidos de risa. Las convulsiones de semejante alegría se comunicaban a los criados en la cocina y a los vecinos en la calle.

Al fin, el anciano Agustín había cogido una pulmonía cierto día muy cálido del verano, en que había tenido la ocurrencia de bajar a su bodega en mangas de camisa para embotellar vino. En veinticuatro horas se fue al otro mundo en el que no creía, provisto, naturalmente, de todos los sacramentos de la Iglesia, como buen burgués volteriano de provincias, que consiente en todo en sus últimos instantes para que las mujeres lo dejen tranquilo y porque, después de todo, lo mismo le da... y, por último, porque nunca se está bien seguro...

497

Lo había sucedido en los negocios su hijo Antonio. Era éste un hombrecillo gordo, rubicundo y regocijado, de afeitado rostro, de patillas en forma de chuletas, de palabra precipitada y tartajosa —el cual hacía mucho ruido y se movía de continuo haciendo multitud de gestos vivos y rápidos—. Carecía de la inteligencia financiera del padre, pero era bastante buen administrador. No tenía más que continuar tranquilamente las empresas empezadas que, por el solo hecho de su duración, iban adquiriendo mayor desarrollo cada día. Todo esto le había creado en la comarca una reputación de hombre inteligente en los negocios, por más que hubiese tenido muy poca parte en el éxito de los mismos. Sólo aportaba a ellos regularidad y aplicación. Por lo demás, era perfectamente respetable, e inspiraba a todo el mundo merecida estima. Sus modales, afables y francos, acaso demasiado familiares para algunos, demasiado expresivos y algo vulgares, le habían conquistado en su pueblo y en los alrededores una popularidad de buena ley. Sin prodigar su dinero, prodigaba su sensibilidad; fácilmente asomaban las lágrimas a sus ojos, y el espectáculo de una miseria lo conmovía sinceramente, de un modo que no dejaba de agradecer la víctima.

Como la mayor parte de los hombres de la ciudad, consagraba importante atención a la política. Era republicano ardientemente moderado, liberal con intolerancia, patriota, y, a imagen de su padre, anticlerical en extremo. Formaba parte del Ayuntamiento, y

lo mismo para él que para sus colegas, era un placer el jugar alguna mala partida al cura de la parroquia o al predicador cuaresmal que excitaba el mayor entusiasmo entre las señoras de la ciudad. No hay que olvidar, en efecto, que este anticlericalismo de las ciudades de provincia francesas es siempre, en mayor o menor grado, un episodio de la guerra de familia, una forma solapada de esa lucha sorda y ruda entre maridos y mujeres, que se observa en casi todas las cosas.

Antonio Jeannin tenía también pretensiones literarias. Como los provincianos de su generación, se había alimentado con los clásicos latinos, de los que sabía de memoria algunas páginas, así como gran cantidad de proverbios; con la Fontaine, con Boileau —el *Arte Poética* y sobre todo el del *Facistol*—, con el autor de *la Pucelle* y con otros poetas *minores* del siglo XVIII francés, conforme a cuyo gusto solía rimar algunas poesías. Entre sus conocimientos, no era el único atacado de esta manía, la cual contribuía a aumentar su reputación. Se repetían algunos epigramas, cuartetas, acrósticos y canciones de su cosecha, que no dejaban de tener ingenio, aunque eran a veces bastante atrevidos. En esos trabajos poéticos, no quedaban olvidados los misterios de la digestión: la Musa de las regiones del Loira hace sonar con frecuencia su trompa a la manera del diablo famoso del Dante:

...*Ed elli avea del cul fatto trombetta*<sup>19</sup>.

Aquel hombrecillo robusto, jovial y activo, se había casado con una mujer que era todo lo contrario en cuanto al carácter; se llamaba Lucía de Villiers y era hija de un magistrado de la comarca. Los Villiers o más bien Devilliers, porque su nombre se había dividido durante el curso del tiempo —como esos guijarros que se parten en dos, al rodar por una cuesta—, eran magistrados de generación en generación y pertenecían a la antigua raza parlamentaria francesa que tan elevada idea se había formado de la ley, del deber, de las conveniencias sociales, de la dignidad personal y, sobre todo,

19. “Él hizo del culo una trompeta”, *Infierno*, XXI, 139.

profesional, fortalecida con una honradez perfecta y con cierto matiz pedantesco. En el siglo anterior se habían contagiado con el jansenismo revolucionario, y les había quedado, a consecuencia de ello, al mismo tiempo que el desprecio del espíritu jesuita, algo de pesimista y de gruñón. No veían la vida con muy bellos colores y, lejos de allanar las dificultades que la misma presentaba, hubieran agregado más bien algunas por su parte, para tener el derecho de quejarse. Lucía de Villiers poseía algunos de estos rasgos que se oponían al optimismo no muy refinado de su marido. Bastante más alta que él, pues le llevaba toda la cabeza, flaca, bien formada, con gusto en el vestir, aunque de una elegancia algo acompasada que siempre la hacía aparecer —como de intento— de más edad que la que realmente tenía, estaba dotada de gran valor moral; pero era severa con los demás; no admitía ninguna falta, ni casi ningún defecto, pasaba por ser fría y desdeñosa. Era muy piadosa y esto daba motivo a eternas discusiones entre ambos esposos. Por lo demás, se querían mucho y, aunque disputaban con frecuencia, no hubieran podido vivir el uno sin la otra. En cuanto a prácticos, allá se iban los dos: él por falta de psicología —estaba siempre en peligro de ser víctima de las buenas caras y de las buenas palabras—, ella por inexperiencia total en materia de negocios —no entendía nada de ellos y, como siempre la habían tenido alejada de los mismos, no le inspiraban ningún interés—.

\* \* \*

Tenían dos hijos: una hija, Antonieta, la mayor, y un hijo, Olivier, que tenía cinco años menos.

Era Antonieta una linda morenilla, que tenía una carita graciosa y honrada, a la francesa, redonda con ojillos vivos, frente abombada, barba fina, una naricilla recta —“una de esas narices pequeñas, finas y nobles *au plus joli*<sup>20</sup>”, como dice lindamente un antiguo retratista francés— en la cual tenía lugar cierto juego imperceptible que animaba la fisonomía e indicaba la delicadeza

---

20. De lo más bonitas.

de los movimientos que se verificaban en su interior, a medida que hablaba o escuchaba. Había heredado de su padre el buen humor y la despreocupación.

500 Olivier era un rubio delicado, de corta estatura, como su padre, pero de naturaleza enteramente distinta. Durante su infancia, había comprometido gravemente su salud una serie de enfermedades; y, aunque se había visto muy mimado por todos los suyos, su debilidad física le había hecho desde muy temprano un muchachuelo melancólico, soñador, que tenía miedo de la muerte y que estaba muy mal apercibido para la vida. Le gustaba andar solo, ya por afición, ya por su carácter huraño; huía de la compañía de los demás muchachos, en la que no hallaba placer alguno; le repugnaban sus juegos y sus peleas y le inspiraba horror su brutalidad. Se dejaba pegar por ellos, no por falta de valor, sino por timidez, porque tenía miedo de defenderse y hacer daño: lo hubieran martirizado sus compañeros si no lo hubiese protegido la situación de su padre. Era cariñoso y estaba dotado de una sensibilidad enfermiza: una palabra, una prueba de simpatía o un reproche lo hacían prorrumpir en llanto. Su hermana, mucho más sana, se burlaba de él y lo llamaba fuentecilla. Ambos niños se querían de todo corazón; pero eran demasiado diferentes para vivir juntos. Cada uno de ellos se iba por su lado persiguiendo sus quimeras. A medida que iba creciendo Antonieta, se hacía más linda; se lo decían, y ella lo sabía muy bien: esto la hacía feliz y ya se empezaba a forjar novelas para lo porvenir. Olivier, enfermizo y triste, se sentía constantemente molesto por el contacto con el mundo exterior y se refugiaba en su absurdo y pequeño cerebro: se contaba a sí mismo cuentos. Tenía una necesidad ardiente y femenina de amar y de ser amado; y, como vivía solo, apartado de todos los muchachos de su edad, se había creado dos o tres amigos imaginarios: el uno se llamaba Juan, el otro Esteban y el otro Francisco; siempre estaba con ellos y, por lo mismo, jamás estaba en compañía de los que lo rodeaban. No dormía mucho y soñaba sin cesar. Por la mañana, cuando lograban arrancarle de su cama, se quedaba soñando con sus dos piernecillas desnudas colgando fuera de la cama o, con

mucha frecuencia, con las dos medias puestas en la misma pierna. Se distraía cuando estaba lavándose, cuando estaba en su mesa de trabajo, escribiendo o aprendiendo su lección. Soñaba durante horas y horas y, de pronto, echaba de ver con terror que no había aprendido nada. Durante la comida, se quedaba con la boca abierta cuando le dirigían la palabra, y respondía dos minutos después de haberle hecho la pregunta; en medio de su frase ya no sabía lo que quería decir. Se quedaba como embobado oyendo el murmullo de su pensamiento, en medio de las sensaciones familiares de los días de provincia monótonos y que se deslizaban con lentitud: la casa grande y medio vacía, pues sólo se habitaba una parte de ella; las bodegas y los graneros inmensos y temibles; las habitaciones misteriosamente cerradas, las persianas echadas, los muebles enfundados, los espejos y los candelabros envueltos; los antiguos retratos de familia cuya sonrisa era una obsesión; los grabados de la época del imperio, de un heroísmo virtuoso y desvergonzado: *Alcibíades y Sócrates en casa de la cortesana*, *Antíoco y Estratónice*, la *Historia de Epaminondas*, *Belisario mendigando...*; fuera, el ruido del herrador en la danza irregular de los martillos sobre el yunque, el anhelar del cansado fuelle, el olor de cuerno quemado, las palas de las lavanderas acurrucadas a orillas del agua, los sordos golpes de la cuchilla del carnicero en la casa inmediata, el sonar de los cascos de un caballo en el empedrado de la calle, el rechinar de una bomba de pozo, el puente giratorio sobre el canal, los pesados barcos cargados de pilas de leña, que iban desfilando lentamente sujetos al extremo de una gran cuerda; delante del jardín, el patinillo embaldosado con un cuadrado de tierra en el que brotan dos lilas en medio de un macizo de geranios y de petunias, las cajas de los laureles y de los granados en flor sobre el terrado, encima del canal; a veces el bullicio de una feria en la plaza vecina en la que se mezclaban los aldeanos de azules blusas y los gruñidores cerdos... Y el domingo, en la Iglesia, el cantor que cantaba mal, el anciano cura que parecía quedarse dormido diciendo la misa; el paseo en familia por la Avenida de la estación, donde se pasaba el tiempo cambiando ceremoniosos saludos con otros desdichados, que

se creían igualmente obligados a pasearse en cuadrilla —hasta que, al fin, se llegaba a los campos bañados por el sol, sobre los que se cernían invisibles alondras— o a las orillas del canal, cuyas muertas aguas despedían reflejos y a cuyas orillas temblaban ligeramente los alineados álamos... A esto se unían, por último, las grandes comidas de provincias, esas comidas interminables, donde se hablaba de gastronomía con profundo saber y deleite, porque allí todos eran peritos en la materia, y la gula es, en provincias, la gran ocupación, el arte por excelencia. Se hablaba también de negocios y de enfermedades con detalles sin fin, alternando en la conversación los cuentos de color subido...; y nuestro pobre niño, sentado en su rincón, no hacía más ruido que un ratoncillo, comiendo apenas y escuchando con atención todas las conversaciones. Nada se le escapaba, y cuando había algo que no comprendía bien, entraba en campaña su imaginación para explicarlo. Tenía ese don singular —que se observa en los niños de las antiguas familias y de las antiguas razas, en los que ha abierto profundo surco la huella de los siglos— de adivinar pensamientos que jamás se le habían ocurrido y que apenas comprendía. Había, además, la cocina, donde se elaboraban misterios sangrientos y succulentos, y la anciana criada, que contaba cuentos burlescos y espantosos... Por último, por la noche, el silencioso vuelo de los murciélagos, el terror de las vidas monstruosas, que se sabía anidaban en las entrañas de la vieja casa; las enormes ratas y las grandes y velludas arañas; la oración al pie de la cama con palabras de que no se daba uno cuenta; el esquilón que sonaba acompasado en el inmediato hospicio a la hora de acostarse las religiosas, y la cama, isla de los sueños.

Los mejores momentos del año eran los que pasaban en una finca de la familia, a algunas leguas de la ciudad, en la primavera y el otoño. Allí podía uno soñar a sus anchas, porque no se veía a nadie. Como la mayor parte de los niños burgueses, los dos hermanitos se veían separados de la gente del pueblo: criados y colonos, que, en el fondo, les inspiraban cierto temor y repugnancia. Habían heredado de su madre un desdén aristocrático —o, más bien, esencialmente burgués— hacia los

trabajadores manuales. Olivier pasaba los días encaramado en las ramas de un fresno, leyendo historias maravillosas: la deliciosa mitología, los *Cuentos* de Musset o de madama d'Aulnoy o *Las mil y una noches*, o novelas de aventuras y viajes. Porque sentía esa extraña nostalgia de las tierras lejanas, “esos sueños oceánicos” que atormentan a veces a los muchachos de las pequeñas ciudades de provincia francesas. Una espesura le ocultaba la casa, y podía creerse muy lejos. Sabía que estaba muy cerca y se alegraba de ello, pues no le gustaba alejarse demasiado solo; se sentía perdido en medio de la naturaleza. Los árboles se agitaban en torno suyo. A través del toldo de follaje, veía a lo lejos viñas que amarilleaban y las praderas donde pacían las vacas abigarradas, cuyos lentos y quejumbrosos mugidos llenaban el silencio del adormecido campo. Los gallos se respondían con su penetrante grito de una granja a otra. Se oía el ritmo desigual de los mayales en las granjas. En medio de aquella paz de las cosas, continuaba desbordándose la vida febril de miríadas de seres. Olivier vigilaba con inquieta mirada las columnas de hormigas en perpetuo apresuramiento y las abejas cargadas con el botín, que roncaban como cañones de órgano, y las avispas soberbias y estúpidas, que no saben lo que quieren; todo un mundo de animales atareados que parecen devorados por el deseo de llegar a alguna parte... ¿Adónde? No lo saben. ¡Qué importa! A alguna parte... Olivier sentía cierto estremecimiento en medio de aquel universo ciego y hostil. Se sobresaltaba como un lebrato al ruido de una piña que caía de un pino o de una rama seca que se quebraba... Se tranquilizaba, al oír, al otro extremo del jardín, rechinar los anillos del mecedor donde Antonieta se mecía con gran entusiasmo.

Ella también soñaba, pero era a su manera. Pasaba el día escudriñando en el jardín, golosa, curiosa y alegre, picoteando los racimos de las viñas como un zorzal, cogiendo a escondidas un melocotón de la espaldera, encaramándose a un ciruelo o dándole al pasar golpecitos solapados para hacer caer una lluvia de doradas ciruelas que se derretían en la boca como perfumada miel. A veces cogía flores, aunque le estaba prohibido; rápidamente tronchaba una rosa que le inspiraba deseos desde por la mañana y huía a

refugiarse con ella en el cenador que había en el fondo del jardín. Entonces, hundía voluptuosamente su naricilla en la embriagadora flor, la besaba, la mordía y la chupaba; y luego ocultaba su hurto, metiéndoselo en el seno a raíz de la piel bajo su entreabierto camisa. Sentía también un exquisito y prohibido deleite en quitarse zapatos y medias, en caminar con los pies desnudos en la arena fina y fresca de las calles, en la hierba mojada y en las piedras heladas que estaban a la sombra, o que ardían bajo las caricias del sol, y en el arroyuelo que corría por el lindero del bosque; y en besar con sus pies, sus piernas y sus rodillas el agua, la tierra y la luz. Tendida a la sombra de los pinos, miraba cómo se transparentaban sus manos al sol, y paseaba maquinalmente sus labios por el satinado tejido de sus brazos finos y regordetes. Se tejía coronas, collares y túnicas de hiedra y de hojas de encina, adornándolos con cardos azules, rojos agracejos y ramitas de pino con sus frutos verdes: parecía una princesita bárbara. Y bailaba, enteramente sola, en torno del surtidor y, con los brazos extendidos, daba vueltas y más vueltas, hasta que se le iba la cabeza y se dejaba caer sobre la hierba en la que ocultaba el rostro, riendo a carcajadas durante varios minutos, sin poder contenerse y sin saber por qué.

Así transcurrían los días de los dos niños, a algunos pasos de distancia y sin preocuparse el uno del otro, excepto cuando, al pasar, se le ocurría a Antonieta darle una broma a su hermano, arrojarle a la nariz un puñado de agujas de pino o sacudir su árbol, poniéndole a pique de caer, o causarle miedo, gritando a su lado bruscamente:

—¡Bú!...

A veces se sentía acometida del furor de mortificarle. Lo hacía bajar de su árbol, so pretexto de que lo llamaba su madre. Después, cuando él estaba en tierra, se subía a ocupar su sitio y no consentía en moverse de allí. Olivier gemía y amenazaba con quejarse; pero no había miedo de que Antonieta permaneciese largo tiempo en el árbol: no podía estar dos minutos en calma. Una vez que se había burlado a su gusto de Olivier, desde lo alto de su rama, y lo había hecho rabiar a su antojo, hasta el punto de llorar, se echaba al suelo, se arrojaba sobre él, lo sacudía riendo,



lo llamaba simple y lo hacía rodar por el suelo, frotándole la nariz con puñados de hierba. Él procuraba defenderse; pero no tenía fuerza para ello. Entonces se quedaba sin movimiento, tendido boca arriba, como un abejorro, sujetos sus flacos brazos sobre la hierba por las robustas manos de Antonieta y adoptaba un aire lamentable y resignado. Antonieta no podía resistir más: le veía vencido y sumiso, prorrumplía en una carcajada, lo besaba bruscamente y lo dejaba —no sin haberle metido antes, a guisa de adiós, un puñado de hierba fresca en la boca, cosa que él aborrecía en extremo, porque era muy escrupuloso—. Escupía, se limpiaba la boca y protestaba con indignación mientras ella escapaba a todo correr, riendo a más y mejor.

505

La muchacha reía sin cesar, hasta de noche, mientras dormía. Olivier, acostado en la habitación inmediata y que no dormía, se estremecía en medio de las historias que se contaba a sí mismo, al oír aquellas locas carcajadas y las entrecortadas palabras que la joven decía en medio del silencio de la noche.

En el exterior gemían los árboles bajo las caricias del viento, se lamentaba un mochuelo y aullaban los perros de las aldeas allá a lo lejos y de las granjas situadas en el fondo de los bosques. A la indecisa fosforescencia de la noche, veía moverse Olivier ante su ventana, a manera de espectros, las ramas pesadas y oscuras de los abetos, y la risa de Antonieta era para él como un alivio.

\* \* \*

Ambos niños eran muy religiosos, sobre todo Olivier. Su padre los escandalizaba con sus profesiones de fe anticlericales; pero los dejaba en libertad, y, en el fondo, como otros muchos burgueses que carecen de fe, no sentía que los suyos creyesen por él: porque es siempre bueno tener aliados en el campo enemigo y no se sabe nunca hacia qué parte se inclinará el éxito. En suma, era deísta y se reservaba hacer llamar a un cura, como lo había hecho su padre, cuando llegara el caso: si esto no hace provecho, no puede hacer daño; no hay necesidad de creer que va uno a arder para tomar una póliza de seguros contra incendios.

506 Olivier, por su naturaleza enfermiza, tenía inclinaciones al misticismo. Le parecía a veces haber dejado de existir. Crédulo y cariñoso, tenía necesidad de un apoyo; gustaba en la confesión un placer doloroso, el beneficio de confiarse al amigo invisible, cuyos brazos están siempre abiertos; a quien puede uno decirselo todo y que todo lo comprende y excusa; saboreaba la dulzura de este baño de humildad y de amor, del que sale el alma enteramente pura, lavada y reposada. Érale tan natural creer que no comprendía que se pudiese dudar; pensaba que se hacía por mala voluntad o porque Dios castigaba al incrédulo. Hacía oración con frecuencia porque la gracia divina tocase a su padre, y experimentó el más vivo placer cierto día en que, visitando con él una iglesia de aldea, lo vio hacer maquinalmente la señal de la cruz. En su mente se habían mezclado los relatos de la Historia Sagrada con las maravillosas de Rübezahl, de Graciosa y Percinet, y del califa Hārūn al-Raschid. Cuando era pequeño creía con igual fe en unas y otras. Y de la misma manera que no tenía seguridad de no conocer a Chakabac, el de los labios hendidos, al barbero hablador y al jorobadillo de Casgard, siempre que se paseaba por el campo buscaba con la vista el pájaro carpintero que lleva en su pico la raíz mágica del buscador de tesoros; y Canaán y la Tierra prometida se convertían, gracias a su imaginación infantil, en localidades de Borgoña o del Berry. Una colina del país, redonda y con un arbolillo en la cima como un antiguo plumero ajado, le parecía la montaña donde Abrahán había erigido su pira. Y un gran zarzal seco, en el lindero de una heredad, era la zarza ardiente que se había apagado con el transcurso de los siglos. Hasta cuando tuvo ya más edad y cuando su sentido crítico empezaba a despertarse, se complacía en dar crédito a las leyendas populares con que se adorna la fe; y hallaba en ellas tanto placer que, sin darles crédito por completo, se divertía cual si se lo diera. De esta suerte, y durante largo tiempo, acechó el Sábado Santo el regreso de las campanas de Pascuas, que habían ido a Roma el jueves anterior y que volvían por los aires adornadas con banderitas. Había acabado de darse cuenta de que no había tal cosa; pero no por eso dejaba de mirar al cielo cuando las

oía repicar; y, en cierta ocasión, se le figuró ver desaparecer una por encima de la casa, adornada con cintas azules, aunque sabía perfectamente que la cosa no podía suceder.

Sentía imperiosa necesidad de bañarse en ese mundo de leyenda y de fe. Huía de la vida y de sí mismo. Flaco, pálido y enfermizo, padecía al verse de aquel modo y no podía soportar que se lo dijese. Llevaba en el fondo de su ser un pesimismo nativo que, sin duda, procedía de su madre, y que había hallado un terreno favorable en aquel niño desmedrado. No tenía conciencia de ello: creía que todo el mundo era como él; y aquel hombrecillo de diez años, en las horas de recreo, en lugar de jugar en el jardín, se encerraba en su cuarto y, al mismo tiempo que tomaba su merienda, escribía su testamento.

Escribía mucho. Se encarnizaba en escribir todas las noches su diario a escondidas —no sabía por qué—, porque, en realidad, nada tenía que decir y sólo decía simplezas. Escribir era en él una manía hereditaria, esa necesidad secular del burgués de las provincias francesas —la vieja raza indestructible—, que cada día escribe para sí, hasta el día de su muerte, con paciencia idiota y casi heroica, de lo que diariamente ve, dice, hace, oye, come y bebe. Para sí y para nadie más. Sabe que nadie leerá aquello jamás y él mismo no lo volverá a leer.

\* \* \*

La música le servía, como la fe, de abrigo y pantalla contra la luz demasiado cruda del día. Ambos, hermano y hermana, eran músicos de corazón —sobre todo Olivier que había heredado este don de su madre—. Por lo demás estaban muy lejos de poseer excelente gusto. Nadie hubiera sido capaz de formárselo en aquella provincia donde sólo se oía, en materia de música, la charanga local que tocaba pasos dobles —en los días de gala, *pot-pourris* de Adolfo Adam—, el órgano de la Iglesia que ejecutaba charangas, y los ejercicios de piano de las señoritas de la burguesía que tecleaban en instrumentos mal afinados algunos valeses y polcas, la obertura del *Califa de Bagdad* o de *La casa de Enrique*

*el Joven* y dos o tres sonatas de Mozart, siempre las mismas y siempre con las mismas notas falsas. Esto formaba parte del invariable programa de las veladas, cuando había recepción. Después de comer, los que tenían alguna habilidad se veían solicitados para que la manifestasen: al principio se negaban a ello ruborizándose; pero al fin acababan por ceder a las instancias de la asamblea y ejecutaban de memoria su trozo de combate. Todos admiraban la gran memoria del artista y su notable ejecución.

Esta ceremonia, que se renovaba casi todas las noches, aguaba para ambos niños todo el placer de la comida. A lo menos, cuando tenían que tocar a cuatro manos el *Viaje a China* de Bazin o unos trocitos de Weber, estaban seguros uno de otro y no tenían demasiado miedo. Pero cuando tenían que tocar solos, era un suplicio para ellos. Como siempre, Antonieta era la más valiente. Aunque le causaba un fastidio mortal, como sabía que no había medio de librarse de ello, se echaba el alma atrás, iba a sentarse al piano con ademán resuelto y galopaba su rondó de cualquier manera tartamudeando en ciertos pasajes, embarrancándose en otros, parándose, volviendo la cabeza y diciendo sonriente:

—¡Ah!, ya no me acuerdo...

Después volvía a la carga animosamente y llegaba hasta el fin. Conseguido esto, no ocultaba su satisfacción, y cuando volvía a su puesto, en medio de los cumplidos que le hacían, se reía diciendo:

—¡He dado algunas notas falsas!...

Pero Olivier se mostraba menos complaciente. No podía sobrellevar el exhibirse en público y el servir de punto de mira a la tertulia. Para él era ya un sufrimiento el hablar cuando había gente. Tocar, sobre todo, para gente no aficionada a la música —¡ya lo veía él bien a las claras!—, a quienes más bien les fastidiaba y que lo hacían tocar sólo por costumbre, le parecía una tiranía contra la cual intentaba rebelarse en vano. Se negaba obstinadamente a tocar. Algunas noches, se escapaba e iba a ocultarse en un cuarto oscuro, en el corredor y hasta en el granero, a pesar del horrible miedo que le inspiraban las arañas. Su

resistencia hacía que los convidados insistiesen más vivamente y con más socarronería; a esto se unían los ruegos de los padres, con los que alternaban alguno que otro pescozón, cuando el espíritu de rebeldía se mostraba sobrado impertinente. Al fin tenía que tocar —como es natural— a despecho del buen sentido. Después sufría durante toda la noche por haber tocado mal, porque tenía amor propio y porque en verdad le gustaba la música.

El gusto de la población no había estado siempre a tan bajo nivel. Recordaban una época en que se ejecutaba excelente música en casa de dos o tres burgueses. Madama Jeannin hablaba con frecuencia de su abuelo, que rascaba el violonchelo con pasión y que cantaba arias de Gluck, de Delayrac y de Berton. Aún se conservaba en la casa un enorme cuaderno y un rollo de arias italianas. Porque el amable anciano era como el señor Andrieux, de quien decía Berlioz “que le *gustaba mucho Gluck*”, y añadía con amargura: “también le *gustaba mucho Piccinni*” —tal vez le gustaba más este último—. En todo caso, en la colección del abuelo, figuraban en mucho mayor número las arias italianas, que habían sido el pan musical del pequeño Olivier. Era alimento poco sustancioso y algo parecido a esos dulces de provincia con que se suele atracar a los niños: bastardean el gusto, echan a perder el estómago y están a pique de quitar para siempre la afición a los alimentos más serios. Pero la golosina de Olivier no entraba en juego, pues en materia de alimentos más sólidos, no le ofrecían otra cosa. No tenía pan y se contentaba con comer torta. De esta suerte, y por la fuerza de las cosas, llegaron a ser Cimarosa, Paisiello y Rossini, las amas de cría musicales de aquel muchachuelo melancólico y místico, a quien se le iba algo la cabeza al beber el *asti espumoso* que le escanciaban, en lugar de leche, aquellos silenos alegres y descarados y las dos bacantes de Nápoles y de Catana de sonrisa ingenua y lasciva: Pergolese y Bellini.

Tocaba mucho a solas y para su propio recreo. Se hallaba impregnado en aquella música. No procuraba comprender lo que tocaba, contentándose con gozar de un modo pasivo. Nadie pensaba en hacerle aprender la armonía, ni él mismo se cuidaba de ello. Todo lo que era ciencia y espíritu científico era cosa extraña

a la familia, sobre todo, por la línea materna. Todos aquellos legistas, hombres de ingenio y humanistas, se sentían perdidos ante un problema. Se citaba como un fenómeno a un miembro de la familia —un primo lejano— que había entrado en la Oficina de Longitudes. Hasta añadían que se había vuelto loco. La antigua burguesía de provincia, de espíritu robusto y positivo, pero embotado por sus largas digestiones y por la monotonía de la vida diaria, se halla repleta de su buen sentido; tiene tal fe en sí misma, que se vanagloria de no hallar ninguna dificultad que no pueda resolver; y no está muy lejos de considerar a los hombres de ciencia como una especie de artistas, más útiles que los otros, pero de menos relieve, porque a lo menos los artistas no sirven para nada, y esta especie de holgazanería no deja de constituir una distinción —por otra parte, cada burgués se lisonjea de que, si hubiera querido, hubiera sido artista, en tanto que los sabios son casi siempre trabajadores manuales, lo cual es deshonroso—, contra maestros más instruidos y algo chiflados; son muy fuertes con el papel en la mano; pero, una vez que se los saca de sus cifras, no sirven para nada. No harían gran carrera si no tuviesen, para dirigirlos, personas de buen sentido que poseen la experiencia de la vida y de los negocios.

Lo malo es que no se ha demostrado aún que semejante experiencia de la vida y de los negocios sea tan sólida como pretende hacerlo creer esa gente de buen sentido. Más bien se trata de una rutina, limitada a muy corto número de casos muy fáciles. Si sobreviene algún caso imprevisto, en el que hay que adoptar una resolución pronta y vigorosa, se los ve desarmados.

El banquero Jeannin pertenecía a esta especie. Todo se hallaba tan previsto de antemano y se repetía con tal exactitud en el ritmo de la vida provinciana, que jamás había encontrado dificultades serias en sus negocios. Había sucedido a su padre sin tener aptitud especial para aquella profesión; y, como todo había marchado perfectamente hasta entonces, atribuía el mérito a sus dotes naturales. Se complacía en decir que bastaba ser honrado, laborioso y tener buen sentido; y pensaba transmitir su casa a su hijo sin inquietarse por las aficiones de éste más de lo que su padre

se había inquietado por las suyas. No pensaba en prepararle para su futura profesión. Dejaba a sus hijos que creciesen a su antojo con tal que fuesen honrados y sobre todo felices: porque los adoraba. Por eso los dos niños se hallaban lo peor preparados que darse puede para la lucha por la vida: eran flores de invernadero. Pero, ¿no estaban destinados a vivir siempre del mismo modo? En su muelle provincia, en su familia rica y considerada, con un padre amable, alegre, cordial, rodeado de amigos y que disfrutaba de envidiable situación en la comarca, la vida no podía ser más fácil ni risueña.

511

\* \* \*

Antonietta tenía diez y seis años y Olivier se disponía a hacer su primera comunión. Se hallaba como adormecido por sus ensueños místicos. Antonietta oía cantar el voluptuoso gorjeo de la esperanza embriagada que, como el ruiseñor en abril, llena los corazones primaverales; gozaba con sentir florecer su cuerpo y su alma, con saber que era linda y con oír que se lo decían. Los elogios de su padre, sus palabras imprudentes hubiesen bastado para hacerle perder la cabeza.

Se extasiaba ante ella; se divertía con su coquetería, con sus miradas lánguidas delante de su espejo y con sus picardías inocentes y malignas: se la sentaba en sus rodillas, le hacía bromas acerca de su corazoncito, de las conquistas que hacía y de las demandas matrimoniales que pretendía haber recibido, se las enumeraba: todos los pretendientes eran burgueses respetables a cual más viejo y más feo. Ella lanzaba exclamaciones de horror con grandes carcajadas, abrazada a su padre y ocultando el rostro contra su mejilla. Le preguntaba él cuál era el elegido de su corazón: si se trataba del procurador de la República, de quien decía la anciana criada de los Jeannin que era más feo que los siete pecados capitales, o tal vez del gordo notario. Ella le daba palmaditas para que se callara, o le cerraba la boca con sus manos. Besaba él las manecitas y cantaba, haciéndola saltar en sus rodillas, la conocida canción:

*Que voulez-vous, la belle?  
Est-ce qu'un mari bien laid?*<sup>21</sup>.

Ella respondía con una carcajada, anudándole las patillas bajo la barba y agregando el estribillo:

*Plutôt joli que laid,  
Madame, s'il vous plaît?*<sup>22</sup>.

512

Ella estaba decidida a hacer la elección por sí misma. Sabía que era o que debía ser muy rica —su padre se lo repetía en todos los tonos—: era lo que se llama un “buen partido”. Las familias distinguidas de la comarca que tenían hijos, empezaban ya a cortejarla, disponiendo en torno suyo una red de lisonjas y de ingeniosos manejos, que no hubieran engañado al menos listo para pescar aquel lindo pez de plata; pero el pececillo no parecía dispuesto a dejarse coger, porque Antonieta, que era muy viva, observaba todos sus manejos, que le divertían en gran manera; quería hacerse coger, pero no quería que la cogiesen. Allá, en su interior, había decidido quién debía ser su esposo. La familia noble del país —no suele haber más que una en cada comarca— pretende descender de los antiguos señores de la provincia, y tal vez descende, muy frecuentemente, de algún comprador de bienes nacionales, de algún intendente del siglo XVIII o de algún proveedor de los ejércitos de Napoleón. Los Bonnivet, que poseían a dos leguas de la ciudad un castillo con torres puntiagudas, cubiertas de brillantes pizarras, en medio de extensos bosques sembrados de estanques, abundantes en pesca, se mostraban muy obsequiosos con los Jeannin. El joven Bonnivet hacía la corte a Antonieta. Era buen mozo, robusto y corpulento para su edad, y no hacía en todo el santo día más que cazar, comer, beber y dormir; montaba a caballo, sabía bailar, tenía buenos modales y no era más tonto que cualquier otro. De vez en cuando iba del castillo a la ciudad

21. ¿Qué queréis, niña bonita, acaso un marido feo? (Traducción de la edición original).

22. Más bien bonito que feo, si no os disgusta, señora (Traducción de la edición original).



con botas de montar a caballo o en tílburí; visitaba al banquero so pretexto de negocios y, a veces, llevaba una cesta de caza o un gran ramillete de flores para las señoras, y aprovechaba la ocasión para galantear a Antonietta. Paseaban juntos por el jardín. Él le dirigía cumplidos de grueso calibre y amables bromas, retoriéndose el bigote y haciendo resonar sus espuelas sobre el enlozado. Antonietta lo hallaba encantador; su orgullo y su corazón se sentían deliciosamente acariciados. Se abandonaba a aquellas primeras horas tan halagüeñas de amor infantil. Olivier detestaba al hidalguillo porque era fuerte, pesado y brutal; porque se reía a carcajadas, porque tenía unas manos que apretaban como tenazas y una manera desdeñosa de llamarle siempre “pequeño...” pellizcándole la mejilla. Lo detestaba sobre todo —sin saberlo—, porque aquel extraño quería a su hermana... ¡a su hermana, que era su bien propio y de nadie más!

513

\* \* \*

Entretanto se iba acercando la catástrofe. Tarde o temprano ocurre siempre una, en la vida de esas viejas familias burguesas que, desde hace siglos, se hallan incrustadas en el mismo rincón de tierra y han agotado todos sus jugos. Dormitan tranquilamente y se creen tan eternas como el suelo que las sostiene. Pero el suelo que pisan ha muerto, y ya no tiene raíces: basta un golpe de azadón para dar con todo en tierra. Entonces se habla de mala suerte, de desgracia imprevista. No hubiera habido mala suerte si el árbol hubiese tenido más resistencia; a lo menos hubiera pasado el momento de prueba como una tormenta, que arranca algunas ramas, pero no conmueve el árbol.

El banquero Jeannin era débil, confiado y algo vanidoso. Le gustaba deslumbrar a los demás y confundía de buen grado el “ser” con el “parecer”. Gastaba mucho sin ton ni son sin que sus despilfarros, que de vez en cuando se veían moderados, hay que confesarlo, por accesos de economía secular —gastaba un estéreo de leña y ahorrraba una cerilla—, comprometiesen seriamente su hacienda. Tampoco se mostraba muy prudente en sus

negocios. Jamás se negaba a prestar dinero a los amigos y no era muy difícil formar parte de este número. Ni siquiera se tomaba el trabajo de exigir recibo, llevaba una cuenta bastante descuidada de todo lo que le debían, y que no reclamaba nunca, si no se lo pagaban. Confiaba en la buena fe de los demás, del mismo modo que pretendía que confiaran en la suya.

514 Por otra parte, era más tímido de lo que hubiera podido creerse a juzgar por sus maneras abiertas y francas. Jamás se hubiera atrevido a rechazar a ciertos pedigüeños indiscretos ni a manifestar temores con respecto a su solvencia. Obraba así por bondad y por pusilanimidad. No quería herir a nadie y temía una afrenta. Por eso cedía siempre. Y, para engañarse a sí mismo, lo hacía con entusiasmo como si fuese hacerle un favor el tomar su dinero. No estaba muy lejos de creerlo: su amor propio y su optimismo lo persuadían fácilmente de que todo negocio que hacía era un excelente negocio.

Este modo de obrar no era, como puede comprenderse, el más a propósito para enajenarle las simpatías de los deudores; lo adoraban los campesinos que sabían que podían acudir siempre a su amabilidad y que no dejaban de hacerlo. Pero el agradecimiento de la gente —hasta de la más honrada—, es una fruta que hay que coger a tiempo. Si se deja en el árbol, no tarda en echarse a perder. Cuando habían pasado algunos meses, los favorecidos por el señor Jeannin se acostumbraban a pensar que se merecían aquel favor, y hasta se inclinaban a creer que, desde el momento que el señor Jeannin había mostrado tanto gusto en ayudarles, debía tener interés en ello. Los más delicados creían cumplir —si no con su deuda, por lo menos con la gratitud que debían—, enviándole una liebre que habían matado o un cesto de huevos de su gallinero, que ofrecían al banquero el día de la feria.

Como hasta entonces, no se había tratado en definitiva sino de sumas insignificantes y como el señor Jeannin sólo había tenido que habérselas con gente bastante honrada, la cosa no había ofrecido graves inconvenientes, y las pérdidas de dinero —a las que el banquero jamás aludía—, eran mínimas. Pero el asunto cambió de aspecto el día en que el señor Jeannin tropezó

en su camino con cierto intrigante que se proponía lanzar un gran negocio industrial, y que había oído la complacencia del banquero y sus grandes recursos. El tal personaje, que se daba aires de importancia, que tenía la Legión de Honor, y se daba por amigo de dos o tres ministros, de un arzobispo, de una porción de senadores, de varias notabilidades del mundo de las letras y de la banca y de un periódico omnipotente, supo adoptar maravillosamente el tono autoritario y familiar que convenía a nuestro banquero. A título de recomendación exhibía, con una grosería que hubiera debido dar que sospechar a otro más listo que el señor Jeannin, las vulgares cartas de cumplido que había recibido de sus ilustres amigos para darle las gracias por una invitación a una comida, o para invitarle a su vez: porque es sabido que los franceses no se muestran nunca avaros en esta moneda epistolar ni escrupulosos en aceptar un apretón de manos o una comida de un individuo a quien sólo conocen desde hace una hora —con tal que los distraigan y no les pidan dinero. Es más, hay muchos que no se lo negarían al nuevo amigo si otros hiciesen lo mismo. Y sería una verdadera mala suerte para un hombre inteligente, que procura aliviar a su prójimo del peso del dinero, el no acabar por hallar un primer borrego que consintiese en saltar para arrastrar con su ejemplo a los demás—. Aunque no hubiera habido otros borregos antes que él, el señor Jeannin estaba indicado para tal empleo. Pertenece a esa excelente especie lanar que parece hecha para el esquileo. Quedó encantado con las brillantes relaciones, la facundia, las lisonjas de su visitante y también con los buenos resultados que dieron al principio sus consejos. Al principio arriesgó poco y con buen éxito, entonces se atrevió a arriesgar mucho y, por último, lo arriesgó todo, y no sólo su dinero, sino también el de sus clientes. Se guardaba muy bien de darles aviso, pues estaba seguro de ganar y quería deslumbrarlos con las ganancias. La empresa fracasó. Lo supo de un modo indirecto por uno de sus corresponsales parisienses que le daba cuenta, como de paso, del nuevo *crash*, sin sospechar que Jeannin era una de las víctimas: porque el banquero, con inconcebible ligereza, había desdeñado —o más bien evitado— tomar consejo de los

que eran capaces de ponerle al corriente; lo había hecho todo en secreto, infatuado con su infalible buen sentido y se había contentado con los informes más vagos. Se ven en la vida aberraciones semejantes, diríase que en ciertos momentos es de absoluta necesidad que uno se pierda; parece que se tiene miedo de que alguien venga a salvarnos; huye uno de todo consejo, se oculta y corre con febril apresuramiento a fin de poder dar el gran chapuzón con toda comodidad.

516 El señor Jeannin corrió a la estación y con el corazón lleno de angustia, tomó el tren para París. Iba en busca de su hombre. Se lisonjeaba todavía con la esperanza de que las noticias serían falsas o, por lo menos, exageradas. Como es natural, no encontró al tal individuo y recibió confirmación del desastre, que tenía las mayores proporciones posibles. Volvió loco ocultando el suceso a todo el mundo. Nadie tenía aún la menor sospecha. Procuró ganar algunas semanas y algunos días. En medio de su incurable optimismo, se esforzaba por creer que hallaría un medio de reparar, si no sus pérdidas, las que habían experimentado sus clientes. Echó mano de diversos recursos, con torpe precipitación que le hubiera anulado toda probabilidad de éxito si hubiera podido tenerla. Por todas partes le negaron los préstamos que solicitaba. Las especulaciones aventuradas en que, viéndose ya perdido, comprometió lo poco que le quedaba, acabaron de perderle. A partir de aquel momento, se realizó un cambio completo en su carácter. Cayó en un espantoso estado de terror: no hablaba de nada; pero se tornó violento, duro, de mal genio y horriblemente taciturno. Cuando se hallaba con extraños, hacía aún esfuerzos por fingir alegría; pero todo el mundo comprendía que había cambiado y lo atribuía al estado de su salud. Con los suyos no andaba con tanto miramiento, y notaron en seguida, que ocultaba algo grave. Se había puesto desconocido. Penetraba, de pronto, en una habitación revolviendo un mueble, echando todos los papeles al suelo y experimentando accesos de terrible cólera porque no hallaba nada, ni quien quisiera ayudarle. Después se quedaba como perdido en medio de aquel desorden; y cuando le preguntaban qué buscaba, no lo sabía él mismo. No parecía ya

interesarse por los suyos o los besaba con las lágrimas en los ojos. No dormía ni comía.

La señora Jeannin veía muy bien que estaban en vísperas de una catástrofe; pero jamás había tomado parte en los negocios de su marido y no sabía una palabra de ellos. Le preguntó y él la rechazó brutalmente; entonces ella, herida en su dignidad, no insistió más; pero temblaba sin saber por qué.

Los niños no podían sospechar el peligro. Seguramente Antonieta era demasiado inteligente para no presentir, como su madre, alguna desgracia; pero se hallaba enteramente entregada al placer de su amor naciente; no quería pensar en cosas desagradables y se persuadía de que las nubes se disiparían por sí mismas, o de que siempre estaría a tiempo para verlas cuando ya no hubiese otro remedio.

El que más cerca estaba de comprender lo que pasaba en el alma del desdichado banquero era Olivier. Comprendía que su padre sufría, y sufría en secreto con él. No se atrevió a decirle nada y, naturalmente, nada podía hacer ni sabía nada. Además, él también apartaba su pensamiento de aquellas cosas tristes que no comprendía; como su madre y su hermana, tenía una tendencia supersticiosa a creer que, cuando uno se obstina en no querer ver venir la desgracia, tal vez logre impedir su venida. Los desgraciados que se sienten amenazados suelen hacer como el avestruz: ocultan la cabeza detrás de una piedra y se figuran que la desgracia pasará sin verlos.

\* \* \*

Empezaban a circular rumores alarmantes. Se decía que el crédito de la Casa de Banca había sufrido algún quebranto. Por más que el banquero procuraba mostrar la mayor tranquilidad con sus clientes, algunos de ellos, más suspicaces, reclamaron sus fondos con diversos pretextos. El señor Jeannin comprendió que estaba perdido; se defendió desesperadamente haciendo como que se indignaba y quejándose con altivez y hasta con amargura de que desconfiasen de él; es más, con algunos clientes antiguos, tuvo

escenas violentas que acabaron de perderle ante la opinión pública. Entonces afluyeron las peticiones de reembolso, y, viéndose acorralado y sin salida, perdió por completo la cabeza. Hizo un rápido viaje a fin de jugar sus últimos billetes de Banco en una estación balnearia no lejana, donde lo despojaron en un cuarto de hora.

518 Su inesperada partida había acabado de revolucionar la pequeña ciudad donde se decía ya que había huido; y la señora Jeannin había tenido que hacer los mayores esfuerzos para hacer frente a la furiosa inquietud de la gente: les suplicaba que tuviesen paciencia y juraba que su marido iba a volver. No lo creían, aunque hubieran querido creerlo a pesar suyo. Así es que, cuando se supo que había vuelto, todo el mundo se sintió libre de un gran peso: muchos llegaron casi a creer que no habían tenido motivo para inquietarse y que los Jeannin eran demasiado listos para no salir siempre de un mal paso, aun suponiendo que se viesen en él. La actitud del banquero confirmaba esta impresión. Una vez libre de dudas con respecto a lo que le quedaba que hacer, parecía fatigado, pero muy tranquilo. En la avenida de la estación, al bajar del tren, habló tranquilamente con algunos amigos a quienes encontró, sobre la sequía que reinaba en los campos desde hacía algunas semanas, sobre el magnífico estado de las viñas y sobre la caída del Ministerio anunciada por los periódicos de la noche.

Al llegar a su casa, fingió no darse cuenta de la agitación de su esposa, que acudió a su encuentro al oírle entrar, y que le refería con volubilidad confusa lo que había pasado durante su ausencia. Procuraba leer en sus rasgos si había logrado conjurar el peligro desconocido; sin embargo, no le preguntó nada por orgullo. Esperaba que él hablase primero. Pero no dijo una palabra de lo que a ambos les causaba tanto tormento. Esquivó silenciosamente el deseo que ella manifestaba de abrirle su corazón y de provocar sus confidencias. Habló del calor, del cansancio, se quejó de que le dolía terriblemente la cabeza y se sentó a la mesa como de costumbre.

Hablaba poco; parecía cansado y abstraído y tenía fruncido el entrecejo. Golpeaba con los dedos el mantel, se esforzaba por comer, sabiendo que lo observaban, y miraba de un modo vago a

sus hijos, intimidados por el silencio, y a su esposa, herida en su amor propio, los cuales, sin mirarle, espían todos sus gestos. Al fin de la comida, pareció despertarse y trató de hablar con Antonieta y Olivier. Les preguntó lo que habían hecho durante su viaje; pero no escuchaba sus respuestas, pues sólo oía el sonido de sus voces, y, aunque tenía fijos en ellos los ojos, su mirada estaba en otra parte. Olivier se daba cuenta de ello y se paraba en medio de su relato, sin ganas de continuarlo, pero en Antonieta; había recobrado su imperio, la alegría después de haberse contenido un momento; charlaba como una alegre cotorra, poniendo la mano en la de su padre o tocándole el brazo para que oyese bien lo que le contaba. El señor Jeannin se callaba; sus ojos pasaban de Antonieta a Olivier y la arruga de su frente se marcaba cada vez más. En medio del relato de su hija ya no pudo más, se levantó de la mesa y se dirigió a la ventana para ocultar su emoción. Los niños doblaron sus servilletas y se levantaron también. La señora Jeannin los envió a jugar al jardín, donde no tardaron en oír sus agudos gritos al perseguirse por las calles. La señora Jeannin miraba a su marido, que le volvía la espalda y daba vueltas a la mesa como para arreglar algo. De pronto se acercó a él y le dijo con voz ahogada, por miedo de que pudiesen oírla los criados y debido también a su propia angustia:

—En fin, Antonio, ¿qué tienes? A ti te pasa algo... ¡Sí, tú ocultas algo!... ¿Ocurre alguna desgracia? ¿Estás enfermo?

Pero el señor Jeannin la apartó de sí una vez más, encogiéndose de hombros con impaciencia y diciendo con duro acento:

—¡No, no!, te repito. ¡Déjame!

Ella se alejó, indignada, y, en medio de su ciega cólera, decía para sí que poco le importaría el que ocurriese algo a su marido, fuese lo que fuese.

El señor Jeannin bajó al jardín. Antonieta continuaba loqueando y hostigaba a su hermano, a fin de hacerle correr. El niño declaró de pronto que no quería jugar más y se echó de codos sobre el pretil de la terraza, a algunos pasos de su padre. Antonieta trató de hostigarle nuevamente, pero él la rechazó de mal humor; entonces le dijo ella algunas impertinencias y, en

vista de que ya no le quedaba medio de divertirse allí, entró en la casa y se puso a tocar el piano.

Se quedaron solos el señor Jeannin y Olivier.

—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Por qué no quieres jugar? —le preguntó el padre, con dulzura.

—Estoy fatigado, papá.

—Pues bien, sentémonos los dos en el banco.

520 Se sentaron, en efecto. Se hallaban en una hermosa noche de septiembre y el cielo estaba límpido y oscuro. El olor azucarado de las petunias se mezclaba con el olor algo desagradable del sombrío canal que dormía al pie del muro de la terraza. Algunas mariposas nocturnas, grandes esfinges rubias, batían sus alas en torno de las flores, produciendo como un rumor de diminuta rueca.

En medio del silencio resonaban las tranquilas voces de los vecinos, sentados a las puertas de sus casas al otro lado del canal. Dentro de la casa tocaba Antonieta en el piano cavatinas con *fiorituras* italianas. El señor Jeannin había cogido la mano de Olivier y fumaba. El niño veía, en medio de la oscuridad que le ocultaba, en parte, los rasgos de su padre, el fuego de la pipa que se encendía de nuevo y parecía apagarse a cada chupada hasta que acabó por apagarse del todo. Permanecían en silencio. Olivier preguntó el nombre de algunas estrellas; pero el señor Jeannin, bastante ignorante de las cosas de la naturaleza, como casi todos los burgueses de provincias, no conocía ninguno fuera de las grandes constelaciones, que nadie ignora; pero fingió creer que eran éstas las que el niño le preguntaba y se las nombró. Olivier no reclamó: siempre había experimentado el mayor placer en oír las nombrar y en repetir a media voz sus hermosos y misteriosos nombres. Por otra parte, más que el deseo de saber, experimentaba el de acercarse instintivamente a su padre. Se callaron nuevamente. Olivier, con la cabeza apoyada en el espaldar del banco y con la boca abierta, miraba a las estrellas y se quedaba como adormecido; el tibio calor de la mano de su padre lo penetraba. De pronto, empezó a temblar dicha mano. Olivier encontró la cosa extraña y dijo con voz risueña y medio dormida:

—¡Oh!, papá, ¡cómo te tiembla la mano!



El señor Jeannin la retiró bruscamente.

Al cabo de un momento, Olivier, cuya cabecita seguía trabajando en silencio, dijo:

—¿Estás tú también cansado, papá?

—Sí, hijo mío.

La voz cariñosa del niño repuso:

—No debes fatigarte tanto, papá.

El señor Jeannin atrajo hacia sí la cabeza de Olivier y, apoyándose contra su pecho, murmuró:

—¡Pobre hijo mío!

Pero ya habían tomado otro curso los pensamientos de Olivier. Acababan de dar las ocho en el reloj de la torre, y desprendiéndose de su padre, dijo:

—Voy a leer.

El jueves tenía permiso para leer una hora después de comer hasta el momento de acostarse; era ésta su mayor felicidad y por nada del mundo hubiera consentido en sacrificar un minuto.

El señor Jeannin lo dejó marcharse. Se paseó aún algún tiempo de un lado para otro en la oscura terraza y al fin entró en la casa a su vez.

En la habitación se hallaban reunidos los niños y la madre alrededor de la lámpara. Antonieta cosía una cinta de seda en un cuerpo sin dejar un momento de hablar o de tararear, con gran descontento de Olivier que, sentado ante su libro, con el entrecejo fruncido y los codos en la mesa, se tapaba ambas orejas para no oír nada. La señora Jeannin cosía unas medias y hablaba con la anciana criada que, de pie a su lado, hacía la cuenta de los gastos del día y aprovechaba la ocasión para charlar un poco; siempre tenía alguna divertida historia que contar, en una jerga deliciosa que les hacía reír a carcajadas y que procuraba imitar Antonieta. El señor Jeannin los miró en silencio; pero nadie hizo caso de él. Permaneció indeciso un instante, se sentó, tomó un libro, lo abrió al azar, lo volvió a cerrar y se levantó: decididamente, no podía permanecer tranquilo. Encendió una vela y dio las buenas noches. Se acercó a los niños y los besó con emoción: respondieron ellos distraídamente, sin levantar los ojos por estar Antonieta ocupada

en su labor y Olivier en su libro. Este último ni siquiera apartó las manos de los oídos y gruñó con acento aburrido las buenas noches, continuando su lectura —cuando estaba leyendo, aunque algunos de los suyos se hubiera caído al fuego no se hubiera molestado—. El señor Jeannin salió de la habitación y permaneció aún algún tiempo en la habitación de al lado. Poco después, llegó su esposa, después de marcharse la criada, para colocar unas sábanas en un armario, e hizo como que no lo veía. Él vaciló y por último se acercó a ella y le dijo:

—Perdóname si te he hablado hace poco con alguna brusquedad.

Ella sintió ganas de decirle:

—Pobre esposo mío, no te guardo rencor. Pero, ¿qué es lo que te pasa? Dime lo que te hace sufrir.

Sin embargo, muy contenta con tomar su desquite, dijo:

—¡Déjame tranquila! Te conduces conmigo de una manera verdaderamente odiosa. Me tratas como no tratarías a una criada.

Y en este mismo tono, fue enumerando sus motivos de queja con dura y rencorosa volubilidad.

Él hizo un gesto de cansancio, sonrió amargamente y se separó de ella.

\* \* \*

Nadie oyó el disparo del revólver. Sólo al día siguiente, cuando se supo lo que había ocurrido, recordaron algunos vecinos haber oído, a eso de media noche, en medio del silencio de la calle, un ruido seco, como el chasquido de un látigo, pero no hicieron caso. La paz de la noche volvió a reinar sobre la ciudad, envolviendo en sus pesados pliegues a los vivos y a los muertos.

La señora Jeannin, que dormía, se despertó, una o dos horas más tarde. No viendo a su marido a su lado, se levantó inquieta, recorrió todas las habitaciones, bajó al piso bajo y llegó a las oficinas del Banco, que se hallaban en un cuerpo del edificio contiguo a la casa. Allí, en su gabinete de trabajo, halló a su marido

en su sillón caído sobre la mesa de despacho, en medio de la sangre que seguía goteando sobre el pavimento. Lanzó un grito penetrante, dejó caer la vela que tenía en la mano y se desmayó. La oyeron desde la casa y acudieron los criados; la levantaron, le prestaron los auxilios necesarios y llevaron el cuerpo del señor Jeannin a una cama. La habitación de los niños estaba cerrada. Antonieta dormía como una bienaventurada. Olivier oyó ruido de voces y de pasos, y hubiera querido enterarse; pero temió despertar a su hermana y se volvió a dormir.

523

Al día siguiente, por la mañana, ya circulaba la noticia por la ciudad antes de que ellos supiesen una palabra. Se encargó de decírselo lloriqueando la anciana criada. Su madre no se hallaba en estado de pensar en nada; es más, su salud inspiraba serias inquietudes. Ambos niños se encontraron solos en presencia de la muerte; en aquellos momentos su espanto era aún mayor que su dolor. Por lo demás, no les dejaron tiempo para llorar en paz. Desde por la mañana empezaron las crueles formalidades judiciales. Antonieta, refugiada en su cuarto, concentraba todas las fuerzas de su egoísmo juvenil en un solo pensamiento, que era el único capaz de ayudarle a rechazar el horror de la realidad que la ahogaba: era éste el pensamiento de su amigo y esperaba su visita de hora en hora. Jamás se había mostrado más obsequioso con ella que la última vez que la vio; no dudaba de que inmediatamente que supiese la catástrofe, acudiría para acompañarla en su pena. Pero no acudió nadie, ni recibió una sola palabra ni la más ligera prueba de simpatía. En cambio, a la primera noticia del suicidio, la gente que había confiado su dinero al banquero, se precipitó hacia la casa, forzó la entrada y con implacable ferocidad insultaron a la esposa y a los hijos. En breves días se acumularon todas las ruinas: pérdida de un ser querido, de toda su fortuna, de la situación que gozaban, de la estima pública y abandono de los amigos. Fue una ruina total. No quedó de pie nada de lo que les hacía vivir. Los tres tenían un sentimiento intransigente de pureza moral que les hacía sufrir mucho más por una deshonra de la que eran completamente inocentes. En la que mayores estragos hizo el dolor, fue en Antonieta, porque era la que estaba más lejos

de él. Por mucho que sufrieran la señora Jeannin y Olivier, no era para ellos cosa extraña el sufrimiento. Pesimistas por instinto, más se sintieron sorprendidos que abrumados. El pensamiento de la muerte había sido siempre para ellos un refugio y ahora lo era más que nunca; deseaban morir. Lamentable resignación, sin duda; pero, sin embargo, menos terrible que la rebelión de un ser joven, lleno de confianza, feliz, ansioso de vivir y que se ve de pronto acosado hacia esa tristeza sin remedio y sin fondo o hacia esa muerte que le causa horror.

Antonieta descubrió de una sola ojeada la fealdad del mundo. Se abrieron sus ojos y contempló la vida y los hombres; juzgó a su padre, a su madre y a su hermano. Mientras Olivier y la señora Jeannin lloraban juntos, se aislaba ella en medio de su dolor. Su pequeño cerebro desesperado reflexionaba sobre lo pasado, lo presente y lo porvenir; y vio que ya no había nada para ella, ninguna esperanza ni ningún apoyo: no tenía que contar con nadie.

Tuvo lugar el entierro lúgubre y vergonzoso, pues la Iglesia se había negado a recibir el cuerpo del suicida. La cobardía de sus antiguos amigos dejó abandonados a la viuda y a los huérfanos. Apenas si se atrevieron a asomar un momento dos o tres, y su actitud cohibida fue aún más penosa que la ausencia de los demás. Parecían hacerles un favor al ir, y su silencio estaba lleno de censura y de una compasión desdeñosa. Por parte de la familia, fue aún peor; no sólo no recibieron una palabra de consuelo, sino que, en cambio, se vieron abrumados con amargos reproches. El suicidio del banquero, lejos de acallar los rencores, casi parecía tan criminal como su quiebra. La burguesía no perdona a los que se matan. Le parece monstruoso que se prefiera la muerte a la vida más deshonrosa e invocaría de buen grado todos los rigores de la ley contra el que parece decir: No hay mayor desgracia que la de vivir en vuestra compañía.

Los más cobardes no son los que menos se apresuran a motejar su acto de cobardía. Y, cuando el que se mata, al borrarse de la vida, daña por añadidura sus intereses y su venganza, se ponen como locos. Ni por un momento pensaban en todo lo que había debido sufrir el desdichado Jeannin para llegar a tal extremo.

Hubieran querido hacerle sufrir mil veces más. Y, como se les escapaba, hacían recaer su reprobación sobre su familia. Sabían que esto era injusto, aunque no querían confesárselo a sí mismos; pero no dejaban de hacerlo porque necesitaban una víctima.

La señora Jeannin, que ya no parecía buena sino para lamentarse, recobraba toda su energía cuando atacaban a su marido. Entonces comprendía cuánto lo había querido, y aquellos tres seres, que no tenían idea alguna de lo que encerraba para ellos el mañana, estuvieron completamente de acuerdo para renunciar a la dote de la madre y a toda su fortuna personal, a fin de pagar, en lo posible, las deudas del padre. Y no pudiendo ya permanecer en la comarca, decidieron ir a París.

525

\* \* \*

La marcha fue una especie de huida.

La víspera, por la tarde —una triste tarde de septiembre; los campos desaparecían bajo el velo de las grandes nieblas blancas, de las que surgían a ambos lados de la carretera, a medida que se adelantaba por ella, los esqueletos de los zarzales, temblorosos y húmedos como plantas de acuario—, fueron juntos al cementerio para dar el último adiós. Se arrodillaron los tres sobre la piedra que rodeaba la recién cerrada fosa. Corrían sus lágrimas en silencio. Olivier tenía hipo y la señora Jeannin se sonaba a cada instante. Aumentaba su dolor y se torturaba repitiéndose incansablemente las palabras que había dicho a su marido la última vez que lo había visto en vida. Olivier pensaba en la conversación que tuvo con él en el banco de la terraza, y Antonieta en lo que sería de ellos. Ninguno abrigaba en su corazón la sombra del menor reproche hacia el desdichado que los había perdido al perderse. Pero Antonieta pensaba allá entre sí:

—¡Ah!, querido papá. ¡Cómo vamos a sufrir!

La niebla se hacía cada vez más oscura y se sentían penetrados por la humedad. Pero la señora Jeannin no podía decidirse a partir. Antonieta vio a Olivier que se estremecía, y dijo a su madre:

—Mamá, tengo frío.

Se levantaron, y en el momento de irse, la señora Jeannin se volvió por última vez hacia la tumba y dijo:

—¡Pobre amigo mío!

526 Salieron del cementerio cuando ya iba oscureciendo. Antonieta tenía entre sus manos la mano helada de Olivier. Volvieron a la vieja casa. Era aquélla la última noche que pasaban en el nido donde habían dormido siempre, donde había transcurrido su vida y la de sus padres —aquellas paredes, aquel hogar, aquel cuadrado de tierra a los que se hallaban indisolublemente unidos todos los dolores y alegrías de la familia, de tal modo, que parecían formar parte de ella y de la vida y que no era posible abandonarlos sino para morir.

Su equipaje estaba preparado. Debían tomar el primer tren del día siguiente antes de que los vecinos abriesen sus tiendas: querían evitar su curiosidad y sus comentarios malévolos. Tenían necesidad de estar estrechamente unidos, y, sin embargo, cada uno de ellos se dirigió por instinto a su habitación y permaneció en ella algún tiempo: estaban de pie, sin moverse, sin pensar siquiera en quitarse el sombrero y el manto, tocando las paredes, los muebles, todo lo que iban a dejar, apoyando la frente contra los cristales y procurando conservar en sí el contacto de las cosas amadas. Por último, hicieron un esfuerzo para liberarse del egoísmo de sus dolorosos pensamientos y se reunieron en la habitación de la señora Jeannin, la habitación familiar, que tenía en el fondo una gran alcoba; allí era donde en otro tiempo se recibían por la noche, después de la comida, cuando no había visita. ¡En otro tiempo!... Todo aquello les parecía ya tan lejos... Permanecieron en silencio en torno de una triste lumbre; por último, rezaron juntos arrodillados ante el lecho y se acostaron en seguida, porque había que levantarse antes de amanecer. Pero tardaron largo tiempo en dormirse.

A eso de las cuatro de la madrugada, la señora Jeannin, que había mirado su reloj a cada hora a fin de ver si era ya tiempo de prepararse, encendió su vela y se levantó. Antonieta, que no había dormido tampoco, la oyó y se levantó también. Olivier se hallaba

sumido en profundo sueño. La señora Jeannin le contempló con emoción y no pudo decidirse a despertarle. Se alejó de puntillas y dijo a Antonieta:

—No hagamos ruido; dejemos que el pobre disfrute aquí sus últimos minutos.

Ambas mujeres acabaron de vestirse y de hacer sus bultos. En torno de la casa reinaba ese gran silencio de las noches en que hace frío, durante las cuales todo lo que vive, hombres y animales, se sumerge con más avidez en el tibio calor del sueño. Antonieta tiritaba: su corazón y su cuerpo se hallaban helados. Resonó en medio de frío silencio la puerta de la calle. La vieja criada, que tenía la llave, llegaba por última vez a servir a sus amos. Pequeña y rechoncha, corta de aliento y embarazada, además, por la gordura, pero, singularmente, ágil para su edad, apareció con su bondadoso rostro arrebuñado, con la nariz roja y los ojos lacrimosos. Se desoló al ver que la señora Jeannin se había levantado sin esperarla y que había encendido el hornillo de la cocina. Olivier despertó cuando ella entraba. Su primer movimiento fue volver a cerrar los ojos y meterse de nuevo bajo las mantas para seguir durmiendo. Antonieta puso la mano con suavidad en el hombro de su hermano y le dijo a media voz:

—Olivier, hijo mío, ya es hora.

Suspiró, abrió los ojos, y vio el rostro de su hermana inclinado sobre el suyo que le sonreía melancólicamente. Acariciándole la frente con la mano, repetía la joven:

—¡Vamos!

Se levantó el niño y salieron de la casa sin hacer ruido, como ladrones. Cada uno llevaba unos bultos en la mano. Iba delante la anciana criada conduciendo el baúl en un carrillo de mano. Dejaban casi todo lo que poseían; no se llevaban, por decirlo así, sino lo puesto y algunas prendas de vestir. Después debían enviarles algunos pobres recuerdos: algunos libros, retratos y el antiguo reloj, cuyo tic tac les parecía el latido mismo de su vida. El aire cortaba la cara. Nadie se había levantado aún en la ciudad; todas las ventanas estaban cerradas y las calles desiertas. Se callaban los tres y sólo hablaba la criada. La señora Jeannin pro-

curaba grabar en su mente, por última vez, aquellas imágenes que le recordaban todo su pasado. Una vez en la estación, la señora Jeannin tomó billetes de segunda clase, aunque había hecho el propósito de tomarlos de tercera; pero no tuvo valor para semejante humillación, en presencia de los dos o tres empleados del ferrocarril que la conocían. Se deslizó con precipitación hacia un vagón vacío y se encerró en él con sus hijos. Ocultos tras las cortinillas, temían ver aparecer a cada momento alguna cara conocida. Pero nadie se presentó: la ciudad se iba despertando apenas a la hora en que ellos partían; el tren estaba vacío, apenas iban en él tres o cuatro campesinos y algunos bueyes que, pasando la cabeza por encima del borde del vagón, mugían melancólicamente. Tras una larga espera, silbó la locomotora y el tren se puso en marcha en medio de la niebla. Los tres emigrantes apartaron las cortinillas, y con el rostro pegado a la ventanilla, miraron por última vez la pequeña ciudad, cuya gótica torre apenas se divisaba a través del velo de la bruma, sobre la colina cubierta de chozas, y las praderas que humeaban cubiertas de escarcha: era ya aquel un paisaje de ensueño, lejano y casi sin existencia. Cuando hubo desaparecido en un recodo de la vía que penetraba entre unos taludes, seguros de no ser ya observados, dieron rienda suelta a su dolor. La señora Jeannin sollozaba con el pañuelo en la boca. Olivier se había echado sobre ella, y con la cabeza en sus rodillas, le cubría las manos de besos y de lágrimas. Antonieta, sentada en el otro extremo del coche, lloraba en silencio; pero no lloraban los tres por la misma causa. La señora Jeannin y Olivier sólo pensaban en lo que dejaban detrás de sí. Antonieta pensaba más aún en lo que iban a encontrar, y se lo reprochaba, pues hubiera deseado absorberse en sus recuerdos... Tenía razón en pensar en lo porvenir: tenía una visión más exacta de las cosas que su madre y su hermano, los cuales se forjaban ilusiones acerca de París. Antonieta misma estaba lejos de sospechar lo que allí les esperaba. No habían estado nunca en la gran ciudad. La señora Jeannin se figuraba que, por muy triste que fuese su situación, no era demasiado alarmante. Tenía en París una hermana muy bien casada con un magistrado y contaba con su ayuda. Por otra parte, estaba convencida de que



sus hijos, con la educación que habían recibido y sus dones naturales, acerca de los cuales se equivocaba como todas las madres, no tendrían gran trabajo en ganarse honradamente la vida.

\* \* \*

La impresión de la llegada fue siniestra. Desde que pusieron el pie en la estación quedaron consternados al ver el atropello de la gente en el despacho de equipajes y el tumulto de los carruajes que se cruzaban a la salida. Llovía y no era posible hallar un simón. Hubo que ir bastante lejos cargados con los pesados bultos que los obligaban a detenerse en medio de la calle con peligro de que los atropellasen los coches o por lo menos los llenasen de barro. Ningún cochero les hacía caso. Al fin lograron parar uno que conducía un coche destartado y viejo y de suciedad repugnante. Al colocar los bultos dejaron caer un lío de mantas en el barro. El mozo de la estación que llevaba su baúl y el cochero abusaron de su ignorancia para hacerse pagar el doble.

529

La señora Jeannin había dado las señas de uno de esos hoteles de medio pelo y caros, que tienen parroquia de provincianos, los cuales siguen acudiendo a ellos, a pesar de todos los inconvenientes, porque uno de sus antepasados había ido allí treinta años antes. Claro es que los desollaron. El hotel estaba lleno, según decían; los amontonaron juntos en un local estrecho, haciéndoles pagar el precio de tres habitaciones. En la comida quisieron hacer economías absteniéndose de la mesa redonda; encargaron una modesta comida, que les costó igualmente cara y los dejó con hambre. Desde los primeros momentos de su llegada se habían deshecho sus ilusiones. Y en aquella primera noche de hotel donde, amontonados en una habitación sin aire, molestados ya por el frío, ya por el calor, no lograban dormir ni podían respirar, sobresaltándose al ruido de los pasos en el corredor, de las puertas que se cerraban y de los timbres eléctricos; con el cerebro martirizado por el incesante rodar de coches y de pesados camiones, experimentaron la terrífica impresión de aquella

ciudad monstruosa adonde habían ido a refugiarse y donde se hallaban perdidos.

530 Al día siguiente, la señora Jeannin corrió a casa de su hermana, que habitaba un lujoso cuarto en el boulevard Haussmann. Se lisonjaba con la esperanza de que les ofrecerían darles albergue en la casa hasta que saliesen del paso; pero la primera acogida bastó para desengañarla. Los Poyet-Delorme estaban furiosos por la quiebra de su pariente. En particular la mujer, que temía que se la echasen a ellos en cara y que esto perjudicase al ascenso de su marido, juzgaba muy poco decente que la familia arruinada se refugiase a su lado y los comprometiese más aún. El magistrado pensaba de igual modo; pero era bastante buen hombre, y se hubiera mostrado más caritativo si su mujer no le hubiera ido a la mano —de lo cual se alegraba grandemente—. La señora Poyet-Delorme recibió, pues, a su hermana, con una frialdad glacial. La señora Jeannin recibió un rudo golpe y se vio obligada a prescindir de su altivez, dando a entender, con palabras veladas, las dificultades con que luchaba y lo que hubiera deseado por parte de los Poyet. Hicieron como si no la hubiesen comprendido. Ni siquiera los invitaron a quedarse a comer por la noche; únicamente, los invitaron ceremoniosamente para fines de semana. Aún así, la invitación no salió de la señora Poyet, sino del magistrado que, algo cohibido por la acogida de su esposa, procuraba atenuar la sequedad de la misma: quería pasar por amable; pero se comprendía que no era muy franco y que era sumamente egoísta. Los desdichados Jeannin volvieron al hotel sin atreverse a cambiar sus impresiones acerca de aquella primera visita.

Pasaron los días siguientes vagando por París, en busca de un cuarto, fatigados a fuerza de subir pisos y descorazonados al ver aquellos cuarteles en que se amontonan los cuerpos, aquellas escaleras sucias y aquellas habitaciones sin luz, tan tristes, comparadas con las casas de provincias. Se sentían cada vez más oprimidos y experimentaban constantemente el mismo azoramiento en las calles, en los almacenes y en los restaurantes, lo cual hacía que todos los engañasen. Todo lo que pedían costaba un dineral: se hubiera dicho que tenían la facilidad de transformar en oro

todo lo que tocaban: sólo que dicho oro eran ellos quienes debían pagarlo. Estaban dotados de una torpeza imposible de imaginar y carecían de fuerza para defenderse.

Por pocas esperanzas que abrigase con respecto a su hermana, la señora Jeannin se forjaba aún ilusiones con respecto a la comida a que habían sido invitados. Se prepararon a ella sintiendo que les latía el corazón. Fueron recibidos como convidados y no como parientes, sin que, por otra parte, hubiesen agregado a la comida ordinaria otra cosa que aquel recibimiento ceremonioso. Los niños vieron a sus primos, casi de su edad, que no se mostraron más amables que sus padres. La muchacha, muy elegante y muy coqueta, les hablaba ceceando con aire de superioridad cortés, y con maneras almibaradas y llenas de afectación, que los desconcertaban. Su hermano estaba fastidiado por tener que comer con los parientes pobres, y se mostró lo más huraño posible. La señora Poyet-Delorme, erguida y tiesa en su silla, parecía siempre querer dar una lección a su hermana hasta cuando ofrecía algún plato. El señor Poyet-Delorme hablaba de bagatelas para evitar que se hablase de cosas serias. La insípida conversación no salía de los temas comunes por temor de que recayese sobre asunto íntimo y peligroso. La señora Jeannin hizo un esfuerzo para llevar la conversación al punto que le interesaba; pero la señora Poyet-Delorme le cortó la palabra con una frase insignificante, y a la primera no le quedaron ganas de volver a empezar.

Después de la comida, obligó a su hija a tocar una piececita para dar muestra de su habilidad. La niña, cortada y descontenta, tocó muy mal. Los Poyet aguardaban fastidiados a que acabase. La señora Poyet miraba a su hija plegando irónicamente los labios; y como la música se prolongaba demasiado, se puso a hablar de cosas indiferentes con la señora Jeannin. Por último, Antonieta, que había perdido pie completamente y que echaba de ver con terror que en un pasaje determinado, en lugar de continuar, había vuelto al principio y que no había motivo para que lo acabase nunca, cortó por lo sano y acabó con dos acordes que no eran muy perfectos y otro que era falso. El señor Poyet dijo:

—¡Bravo!

Y pidió el café. La señora Poyet dijo que su hija tomaba lecciones de Pugno. La señorita “que tomaba lecciones de Pugno”, dijo.

—Muy bonita, hija mía...

Y preguntó dónde había estudiado Antonieta.

La conversación andaba lánguida. Se habían agotado el tema de las bujerías del salón y de los trajes de las señoras Poyet.

532 La señora Jeannin se decía en su interior:

—Ha llegado el momento de hablar; es preciso que yo hable...

Cuando, haciendo un esfuerzo enérgico, iba a decidirse al fin, la señora Poyet indicó de un modo incidental, pero con un tono que no encerraba ninguna excusa, que sentían mucho tener que salir a las nueve y media, pues tenían una invitación que no habían podido rehusar. Los Jeannin, ofendidos, se levantaron en seguida para marcharse, pero sus parientes hicieron además de retenerlos. Un cuarto de hora después llamaron a la puerta, y el criado anunció a unos amigos de los Poyet, que habitaban en el piso inferior. Los esposos Poyet cambiaron algunas ojeadas y hablaron precipitadamente, por lo bajo con los criados. Poyet, tartamudeando un pretexto cualquiera, hizo pasar a los Jeannin a una habitación inmediata. Quería ocultar a sus amigos la existencia, y sobre todo la presencia en su casa, de la familia comprometedora. Dejaron a los Jeannin solos en aquella habitación sin lumbre. Los niños estaban fuera de sí ante tales humillaciones. Antonieta tenía lágrimas en los ojos; quería que se marchasen en seguida. Su madre resistió en un principio; pero, como la espera se prolongaba, se decidió al fin y salieron. Poyet, avisado por un criado, los alcanzó en la antesala, excusándose con algunas frases vulgares; fingió querer retenerlos; pero se veía muy bien que tenía ganas de verlos fuera. Los ayudó a ponerse sus abrigos, los empujó hacia la puerta con sonrisas y apretones de manos y amabilidades dichas en voz baja, y los echó fuera —una vez de vuelta en su hotel, los niños lloraron de cólera—. Antonieta pateaba y juraba que no volvería a poner más los pies en casa de aquella gente.

La señora Jeannin alquiló un cuarto piso en las cercanías del Jardín Botánico. Las alcobas daban a las leprosas paredes de un patio oscuro, el comedor y el salón —porque la señora Jeannin quería tener un salón—, daban a una calle populosa. Todo el día pasaban tranvías de vapor, y entierros cuyos cortejos iban a perderse en el cementerio de Ivry. En los bancos de la calle, vagabundeaban italianos piojosos, con una cáfila de chiquillos, vagabundeaban en los bancos, o disputaban con acritud. No era posible dejar las ventanas abiertas a causa del ruido, y por la noche, cuando volvían a su casa, había que abrirse paso por entre una muchedumbre afanosa y mal oliente, atravesar las calles llenas de coches y de enlodado pavimento, pasar por delante de una cervecería instalada en el piso bajo de la casa inmediata, y a cuya puerta se veían unas muchachas grandotas y abotagadas de cabellos amarillos y con la cara llena de emplastos y afeites, las cuales dirigían a los transeúntes significativas miradas.

533

El escaso peculio de los Jeannin iba desapareciendo rápidamente. Echaban de ver, cada noche, con gran terror, la ancha brecha que se iba abriendo en su bolsillo. Trataban de privarse de algo, pero no sabían; es ésta una ciencia que necesita varios años de pruebas para aprenderse, cuando no se ha practicado desde la infancia. Los que no son económicos por naturaleza, pierden el tiempo en querer serlo; tan pronto como se presenta una nueva ocasión de gastar, ceden a la tentación, la economía se queda siempre para la próxima vez, y, cuando por casualidad ganan o creen haber ganado algo, se apresuran a gastar diez veces más de lo que representa la ganancia.

Al cabo de algunas semanas, se habían agotado los recursos de los Jeannin. La mamá tuvo que abdicar todo lo que le quedaba de amor propio y fue, sin que lo supieran sus hijos, a pedir dinero a Poyet. Se arregló a fin de hallarle solo en su gabinete y le suplicó que le prestase una pequeña cantidad mientras hallaban una situación que les permitiese vivir. El otro, que era débil y bastante humano, después de haber intentado aplazar su respuesta para más tarde, cedió y prestó doscientos francos en un movimiento de emoción, que no pudo dominar y del que por otra

parte se arrepintió inmediatamente, sobre todo, cuando tuvo que contar el caso a la señora Poyet, que se irritó por la debilidad de su marido y por la conducta intrigante de su hermana.

\* \* \*

534 Los Jeannin pasaron el tiempo recorriendo las calles de París para encontrar empleo. La señora Jeannin, con sus preocupaciones de burguesa rica de provincias, no podía admitir, para ella y para sus hijos, la idea de una profesión distinta de las que se ha convenido en llamar “liberales” —sin duda porque ayudan a morir de hambre—. Es más, no hubiera permitido que su hija se colocase como institutriz en una familia. Únicamente no le parecían deshonorosos los empleos oficiales, en servicios del Estado. Se trataba de hallar medio de que Olivier acabase su educación para profesor. Con respecto a Antonieta, la señora Jeannin hubiera querido que entrase en algún colegio para dar lecciones o en el Conservatorio para obtener el premio de piano. Pero los colegios a los que se dirigió tenían todos un cuerpo de profesores, con más títulos que su hija, la cual sólo poseía su triste diploma elemental; y en cuanto a la música, hubo que reconocer que el talento de Antonieta no tenía nada de particular, comparado con el de tantas otras que ni siquiera llegaban a abrirse camino. Descubrieron la espantosa lucha por la vida y el insensato consumo de talentos cortos y grandes que hace París sin poder sacar provecho de ellos.

Los dos niños experimentaron un gran desaliento y una desconfianza exagerada con respecto a su valer: se creyeron bastante medianos y se encarnizaban en demostrárselo a sí mismos y en demostrárselo a su madre. Olivier que, en su colegio de provincias, no había tenido trabajo para pasar por un águila, se sentía anonadado por semejantes pruebas: parecía haber perdido el dominio de todos sus dones. En el liceo donde lo pusieron y donde había conseguido obtener una beca, obtuvo tan malas calificaciones al principio que le quitaron dicha beca. Se creyó por completo estúpido. Al mismo tiempo tenía horror a París,

a ese hormiguero de seres, a la repugnante inmoralidad de sus camaradas, a sus conversaciones innobles y a la bestialidad de algunos de ellos, que no tenían reparo en hacerle abominables proposiciones. Ni aun tenía fuerzas para expresarles su desprecio. Se sentía envilecido por el solo pensamiento del envilecimiento de aquéllos. Se refugiaba con su madre y su hermana en las apasionadas oraciones que hacían juntos todas las noches, después de un nuevo día de desengaños y humillaciones íntimas, que parecían una mancha a aquellos inocentes corazones y que ni siquiera se atrevían a contárselas. Pero, en contacto con el espíritu de ateísmo latente que se respira en París, la de Olivier empezaba ya a desmoronarse, sin que él lo echase de ver, del mismo modo que la cal demasiado fresca cae de las paredes a impulsos de la lluvia. Continuaba creyendo, pero Dios iba muriendo en torno suyo.

Su madre y su hermana no cesaban en sus gestiones inútiles. La señora Jeannin había vuelto a ver a los Poyet que, deseosos de desembarazarse de ellos, le ofrecieron empleos. Se trataba de que la señora Jeannin entrase como lectora en casa de una señora anciana que pasaba el invierno en el Mediodía. Por lo que hace a Antonieta, le habían hallado un empleo de institutriz en una familia del Oeste de Francia, que vivía todo el año en el campo. Las condiciones no eran demasiado malas; pero la señora Jeannin se negó a ello. Más que la humillación de servir ella misma, le costaba el que su hija se viese reducida a servir y, sobre todo, el que tuviese que separarse de ella. Por muy desgraciados que fuesen, y precisamente porque lo eran, querían permanecer juntos. La señora Poyet tomó la cosa muy a mal. Dijo que, cuando no se tenían medios de vivir, no había que echárselas de orgullosos. La señora Jeannin no pudo menos de echarle en cara su falta de corazón, y su hermana le contestó con palabras ofensivas acerca de la quiebra y del dinero que la señora Jeannin le debía. Se separaron en muy malos términos y cesaron entre ellas toda clase de relaciones. La señora Jeannin no tuvo más que un deseo: el de devolver el dinero que le habían prestado; pero no le era posible.

Continuó dando pasos inútiles. Fue a ver al diputado y al senador de su departamento, a quienes el señor Jeannin había

hecho favores en otro tiempo. Por todas partes tropezó con la ingratitud y el egoísmo. El diputado ni siquiera respondió a sus cartas y, cuando fue a llamar a su puerta, hizo decir que había salido. El senador le habló con grosera lástima de su situación, que imputó al “miserable Jeannin”, cuyo suicidio calificó duramente. La señora Jeannin tomó la defensa de su marido. El senador dijo que sabía muy bien que no era por falta de probidad sino por tontería, por lo que había quebrado el banquero, el cual era un bobo, un estornino, que no sabía nada y que siempre quería obrar a su antojo, sin pedir consejo a nadie y sin escuchar advertencias. Si se hubiera perdido solo, no hubiera habido nada que decir, pues le hubiera estado bien empleado. Pero —sin hablar de otras ruinas— el hecho de haber sumido a su mujer y a sus hijos en la miseria y de haberlos dejado en el mayor abandono para que saliesen del paso como pudiesen..., la señora Jeannin podía perdonárselo, si era una santa; en cuanto a él, senador, que no era un santo y que se lisonjeaba únicamente de ser un hombre sano, sensato y razonable, no tenía motivos para perdonárselo; el individuo que se suicida en tales casos, es un miserable. La única circunstancia atenuante que se podía invocar en favor de Jeannin, es que no era enteramente responsable. Dicho esto, se excusó con la señora Jeannin por haberse expresado de un modo algo vivo con respecto a su marido; dio por excusa la simpatía que ella le inspiraba y, abriendo su gaveta, le ofreció un billete de cincuenta francos —una limosna—, que ella no aceptó.

Buscó un empleo en las oficinas de una gran administración. Pero sus gestiones eran torpes y no persistía en ellas. Se armaba de valor para hacer una petición; pero volvía después tan desalentada, que, durante varios días, no tenía fuerzas para moverse, y cuando volvía a ponerse en campaña, ya era tarde. No halló mayores auxilios en la gente de iglesia, ya porque ésta no viese ventaja en ello, ya porque no les inspirase gran interés una familia arruinada, cuyo jefe había sido notoriamente anticlerical. Todo lo que la señora Jeannin logró hallar, después de mil esfuerzos, fue un empleo de profesora de piano en un convento —oficio ingrato y ridículamente pagado—. A fin de ganar algo



más, copiaba, por la noche, manuscritos para una agencia, donde se mostraban muy duros con ella. Su letra y su aturdimiento, que a veces lo hacía saltar una palabra o una línea, a pesar de su aplicación —¡tenía tantas otras cosas en qué pensar!—, dieron lugar a que le hiciesen observaciones molestas. Sucedió al fin que, después de haberse quemado las cejas y de haberse derrengado a fuerza de escribir hasta media noche, no le quisieron dar más trabajo. Volvió a casa trastornada y pasaba los días gimiendo sin adoptar ningún partido. Hacía largo tiempo que padecía una enfermedad del corazón, agravada por tantas pruebas y que le inspiraba siniestros presentimientos. Sentía a veces ahogos y angustias como si estuviese a punto de morir. No salía ya sin llevar en el bolsillo su nombre y sus señas escritos para el caso en que pudiese caer en la calle. ¿Qué sucedería si ella llegaba a desaparecer? Antonieta la alentaba como podía, fingiendo una tranquilidad que no tenía; le suplicaba que se cuidase y que la dejase trabajar en su lugar. Pero la señora Jeannin ponía los últimos restos de su orgullo en que a lo menos no conociese su hija las humillaciones que tanto lo hacían sufrir.

537

Por muchos esfuerzos que hacía para trabajar y para reducir sus gastos, lo que podía ganar no bastaba para mantenerlos. Hubo que vender las pocas joyas que habían conservado. Y lo peor es que dicho dinero, del que tanta necesidad tenía, se lo robaron a la señora Jeannin el mismo día en que acababa de cobrarlo. La pobre mujer, que vivía en perpetuo aturdimiento, pensó utilizar su salida para entrar en el Bon Marché, que estaba al paso; al día siguiente era la fiesta de Antonieta y quería hacerle un regalito. Llevaba el portamonedas en la mano, a fin de no perderlo, y lo dejó maquinalmente sobre un mostrador, mientras examinaba un objeto. Cuando quiso recobrarlo, había desaparecido. Esto fue para ella el último golpe.

Pocos días después, una tarde abrasadora de fines de agosto —se extendía pesadamente sobre la ciudad una especie de neblina grasa como de estufa— volvía la señora Jeannin de su agencia, donde había tenido que entregar un trabajo de copia. Como estaba retrasada para la comida y quería ahorrar los tres sueldos

del ómnibus, se había cansado demasiado por andar de prisa a fin de que sus hijos no estuviesen inquietos. Cuando llegó a su cuarto piso no podía hablar ni respirar. No era la primera vez que volvía en aquel estado, y los dos hermanos habían acabado por no darle importancia. Se esforzó por sentarse inmediatamente a la mesa con ellos. Desanimados por el calor, no tenían ganas de comer ni uno ni otra; tenían que esforzarse por tragar con repugnancia algunos bocados de carne y algunos tragos de agua insípida. Para dar a su madre tiempo para reponerse, no hablaban —no tenían ganas de hablar—, y miraban por la ventana.

De repente, la señora Jeannin agitó las manos, se agarró a la mesa, miró a sus hijos, gimió y se dejó caer. Antonieta y Olivier acudieron a tiempo para recibirla en sus brazos. Estaban como locos y gritaban con voz suplicante:

—¡Mamá! ¡Querida mamá!

Pero ella no respondía. Perdieron la cabeza. Antonieta estrechaba convulsivamente el cuerpo de su madre besándola y llamándola. Olivier abrió la puerta del cuarto y gritó:

—¡Socorro!

La portera subió la escalera y, cuando vio lo que ocurría, corrió a buscar a un médico de la vecindad. Pero cuando éste llegó, todo había terminado. Felizmente, para la señora Jeannin, la muerte había sido inmediata, aunque no pudo saberse lo que había tenido tiempo de pensar, en sus últimos instantes, al ver que se moría y que dejaba a sus hijos solos en semejante miseria.

\* \* \*

Solos estuvieron para soportar el horror de la catástrofe, solos para llorar, solos para atender a los angustiosos cuidados que siguen a la muerte. La portera, que era una buena mujer, los ayudaba algo, y acudieron también del convento donde la señora Jeannin daba lecciones; pero no había en esto ninguna verdadera simpatía.

Es imposible expresar la desesperación de los primeros instantes. Lo único que los salvó fue precisamente el exceso de la

misma pena que hizo caer a Olivier presa de verdaderas convulsiones. Esto distrajo a Antonieta de su propio dolor, pues sólo pensó en salvar a su hermano; y su amor profundo conmovió a Olivier y lo libró de los peligrosos transportes a que le hubiera arrastrado el dolor.

Abrazados mutuamente junto a la cama en que descansaba el cadáver de su madre a la luz de una mariposa, repetía Olivier que era preciso que muriesen ambos y que muriesen en seguida; diciendo esto, señalaba la ventana. Antonieta sentía también este funesto deseo; pero luchaba contra él: quería vivir...

539

—¿Para qué?

—Por ella —dijo Antonieta, señalando a su madre—. Ella está siempre con nosotros. Después de todo lo que ha sufrido por causa nuestra, ten presente que debemos evitarle el peor de los dolores, el de vernos morir desdichados. ¡Ah! —repuso con arrebatado acento—. Además, no es cosa de resignarse de este modo. ¡No lo consiento! Me rebelo al fin. Quiero que seas feliz algún día.

—¡Jamás!

—Sí, serás feliz. Hemos tenido demasiadas desgracias. Es preciso que esto cambie. Quiero que tú mismo te labres tu vida, que tengas una familia y que seas feliz. ¡Lo quiero!

—¿Cómo es posible vivir? Jamás lo conseguiremos...

—¿Por qué no? ¿De qué se trata? De vivir hasta que puedas ganarte la vida. Yo me encargo de ello. Ya verás como lo conseguiré. ¡Ah!, mi mamá me hubiera dejado obrar, ya hace tiempo que hubiera podido...

—¿Qué vas a hacer? No quiero que hagas cosas humillantes. Además no podrías hacerlas.

—Podré... No hay nada de humillante en ganarse la vida trabajando, con tal que el trabajo sea honrado. No te inquietes por eso, te lo suplico: Ya verás, querido Olivier, cómo todo se arregla y serás feliz, y ambos seremos felices, y ella lo será también al ver que lo somos...

Los dos niños siguieron solos el féretro de su madre. De común acuerdo, decidieron no decir una palabra a los Poyet, que habían dejado de existir para ellos; habían sido demasiado

cruels con su madre y habían contribuido a su muerte. Y cuando la portera les preguntó si no tenían parientes, respondieron:

—No, nadie.

Ante la fosa desnuda, oraron con las manos juntas. Se sobreponían a su desgracia con una intransigencia y un orgullo desesperados que les hacía preferir aquella soledad a la presencia de parientes indiferentes e hipócritas. Volvieron a pie por entre aquella multitud extraña a su duelo, a sus pensamientos, a todo su ser y que no tenía de común con ellos sino la lengua que hablaban.

Tomaron en la misma casa, en el último piso, un cuartito, dos habitaciones buhardillas, una antesala minúscula, que debía servirles de comedor, y una cocina tan grande como una alacena. Hubieran podido encontrar algo mejor en otro barrio; pero les parecía que allí estaban aún en compañía de su madre.

La portera les manifestaba algún interés; pero no tardó en volver a pensar en sus propios asuntos y nadie se ocupó más de ellos. No los conocía ningún inquilino de la casa, y ellos ni siquiera sabían quién vivía a su lado.

Antonieta obtuvo el reemplazar a su madre como profesora de música en el convento. Buscó además otras lecciones. Sólo tenía una idea: educar a su hermano hasta que entrase en la Escuela Normal. Después de maduras reflexiones, había adoptado esta decisión por sí sola; había estudiado los programas, había tomado informes y también había procurado conocer el parecer de Olivier; pero como éste no lo tenía, ella escogió en su lugar. Una vez en la Escuela Normal, tendría el pan asegurado para el resto de su vida y sería dueño de su porvenir. Era preciso que entrase en ella y que a toda costa pudiesen vivir hasta entonces. Se trataba de pasar cinco o seis años terribles; pero lo conseguiría. Esta idea se arraigó con tal fuerza en Antonieta, que acabó por llenarla por completo. La vida solitaria y de miseria que iba a llevar y que veía desarrollarse con claridad ante sus ojos, no era posible sino gracias a la exaltación apasionada que se apoderó de ella: la idea de salvar a su hermano, de hacer que fuese feliz, si ella no podía serlo. Esta muchacha de diecisiete a dieciocho años, frívola y cariñosa, se vio transformada gracias

a su resolución heroica. Había en ella una abnegación tan ardorosa y un orgulloso deseo de lucha que nadie hubiera podido sospechar, y ella menos que nadie. En esa edad crítica de la mujer, en esos primeros días de febril primavera, en que impregnan el ser tantas fuerzas de amor a manera de un arroyuelo oculto que murmura bajo el suelo, y lo envuelven, lo inundan y lo mantienen en un estado de obsesión perpetua, el amor adopta todas las formas; sólo desea prodigarse, ofrecerse como alimento; para él son buenos todos los pretextos, y su sensualidad inocente y profunda está dispuesta a toda clase de sacrificios. El amor convirtió a Antonieta en presa de la amistad.

541

Su hermano, menos apasionado, carecía de este resorte. Además, era ella quien se sacrificaba por él y no él el que se sacrificaba —lo cual es mucho más fácil y más agradable cuando se ama—; por el contrario, experimentaba remordimientos de ver a su hermana gastar sus fuerzas en provecho suyo y se lo decía, pero ella le respondía:

—¡Ah! ¡Hermano mío!... ¿No ves que es eso lo que me hace vivir? Sin ese trabajo que tú me procuras, ¿qué razón tendría yo para vivir?

Él lo comprendía muy bien. En lugar de Antonieta se hubiera mostrado celoso de un sufrimiento tan amado; pero como él era la causa del mismo, padecían su orgullo y su corazón. Y, ¡qué abrumador para un ser débil como él, la responsabilidad que habían echado encima de sus hombros, la obligación de triunfar, puesto que su hermana jugaba su vida entera a esta carta! Érale insoporrible semejante pensamiento, y lejos de duplicar sus fuerzas, lo abrumaba en ciertos momentos. Sin embargo, ella lo obligaba a resistir a pesar de todo, a trabajar y a vivir; el joven hubiera sido incapaz de ello a no sentir semejante obligación. Había en él una predisposición a la derrota —tal vez al suicidio—; quizá hubiera sucumbido si su hermana no hubiera tenido, en lugar suyo, la voluntad de que fuese ambicioso y feliz. Sufría al ver combatida su naturaleza y, sin embargo, en esto estaba la salvación. Él también atravesaba una edad crítica, esa edad temible en que sucumben millares de jóvenes, que se abandonan a las aberraciones de sus

sentidos y de su cerebro y que, por dos o tres años de locura, sacrifican irremediamente el resto de su vida. Si hubiese tenido tiempo de entregarse a sus pensamientos, hubiera caído en el desaliento o en la disipación; cada vez que le ocurría examinar su interior, se sentía dominado nuevamente por sus enfermizos ensueños, por el hastío de la vida de París y de la impura fermentación de aquellos millones de seres que se mezclan y pudren juntos.

542 Pero la vista de su hermana disipaba aquella pesadilla; y puesto que ella no vivía sino para que él viviese, viviría y sería feliz a despecho de sí mismo.

\* \* \*

De esta suerte, organizaron su vida fundada en una fe ardiente, mezcla de estoicismo, de religión y de noble ambición. A este fin único, el triunfo de Olivier, tendrían todos los esfuerzos de ambos niños. Antonieta aceptó todas las tareas y todas las humillaciones: fue institutriz en casas particulares, donde la trataban casi como criada; debía acompañar a sus discípulas a paseo como una doméstica, trotar horas y horas en su compañía por calles y plazas so pretexto de enseñarles alemán. Su amor a su hermano, y su mismo orgullo, hallaban en estos sufrimientos morales y en estas fatigas cierto goce.

Volvía a su casa sin fuerzas para cuidar de Olivier, que pasaba el día en el liceo como medio interno y no volvía hasta por la tarde. Preparaba su pobre comida en un hornillo de gas o en un infiernillo. Olivier nunca tenía hambre y todo le repugnaba; sentía repulsión invencible hacia la carne; había que obligarle a comer o ingeniarse para aderezar platos que le agradasen, siendo así que la pobre Antonieta estaba muy lejos de ser una gran cocinera. Después de haberse dado el mayor trabajo, tenía la mortificación de oírle declarar que su cocina era imposible de comer. Sólo después de desesperarse mucho y en silencio ante su hornillo de cocina —martirio que conocen muchas jóvenes recién casadas, poco prácticas en el arte culinario y que envenenan su vida y a veces pierden el sueño sin que nadie lo sospeche—, logró adquirir alguna maestría.

Después de la comida, una vez fregados los pocos platos que usaban —él quería ayudarle en esta ocupación, pero Antonieta no lo consentía—, se ocupaba maternalmente del trabajo de su hermano. Lo hacía recitar sus lecciones, leía sus deberes escritos y hasta lo ayudaba en ciertas investigaciones, cuidando siempre de no herir a aquel ser tan susceptible. Pasaban la velada en la única mesa que les servía a la vez para comer y para trabajar. Mientras él estudiaba y escribía, ella cosía o copiaba. Después que él se acostaba, cuidaba la joven de sus vestidos o trabajaba para sí.

Por grandes que fuesen sus dificultades para salir de tantos apuros, decidieron ambos de común acuerdo que todo el dinero que pudiesen ahorrar serviría ante todo para pagar la deuda que su madre había contraído con los Poyet. No quiere decir esto que aquéllos fuesen acreedores molestos: ni siquiera habían dado señales de vida y no pensaban ya en aquel dinero que creían definitivamente perdido, considerándose en el fondo muy felices con haberse visto libres a tan poca costa de aquellos parientes comprometedores. Pero el orgullo de los dos niños y su piedad filial no podían tolerar que su madre debiese nada a aquella gente para ellos tan despreciable.

Se impusieron mil privaciones y economizaron céntimos hasta en sus menores distracciones, en sus vestidos y en su alimento para llegar a reunir los doscientos francos —suma enorme para ellos—. Hubiera deseado Antonieta reservar las privaciones para sí sola; pero cuando su hermano se enteró de lo que pretendía hacer, no hubo medio de impedirle que imitase su conducta. Ambos agotaban sus fuerzas en esta tarea, juzgándose muy felices cuando podían ahorrar algunos sueldos por día.

A fuerza de privaciones, lograron reunir dicha suma en tres años sueldo a sueldo. Fue aquello una inmensa alegría para ambos. Antonieta se dirigió a casa de los Poyet una tarde. La recibieron sin benevolencia, porque creían que iba a pedirles auxilio, y creyeron conveniente tomar la delantera, reprochándole secamente que no les hubiesen dado noticia ninguna acerca de la enfermedad y de la muerte de su madre y de que sólo fuese a su casa cuando tenía necesidad de ellos. Los interrumpió tranquilamente la joven diciendo

que no tenía intención de molestarlos: iba simplemente a llevarles el dinero que su madre les había pedido prestado; y, colocando en la mesa los dos billetes de Banco, les pidió un recibo. Inmediatamente cambiaron de modales y fingieron no querer aceptar el dinero: experimentaban hacia ella ese afecto repentino que experimenta el acreedor hacia el deudor que, al cabo de muchos años, le lleva el dinero de una deuda con la que ya no contaba. Trataron de averiguar dónde vivía con su hermano y cómo. Ella excusó la respuesta, pidió de nuevo el recibo diciendo que tenía prisa, saludó fríamente y partió. Los Poyet se indignaron al ver la ingratitud de aquella muchacha.

Libre ya de semejante obsesión, continuó Antonieta el mismo género de vida y con las mismas privaciones; pero ya sólo tenían por objeto a su hermano. Sólo que se ocultaba más a fin de que él no lo supiese; economizaba en su vestido y a veces en su comida para atender al vestido de su hermano y a sus distracciones, con objeto de hacer su vida más agradable y con más atractivos, y con objeto de permitirle ir de vez en cuando a un concierto, o a un teatro de música, que era la mayor felicidad de Olivier. Él no hubiera querido ir sino con su hermana; pero ella encontraba siempre pretexto para excusarse y evitarle todo remordimiento: pretendía que estaba demasiado cansada o que no tenía ganas de salir; hasta llegaba a asegurar que aquella diversión le fastidiaba. Él no se dejaba engañar por aquella mentira cariñosa; pero triunfaba su egoísmo de niño. Iba al teatro y, una vez que estaba en él, volvía a ser presa de sus remordimientos; pensaba en ellos mientras duraba la función y esto echaba a perder toda su alegría. Cierta domingo que le envió su hermana al concierto del Châtelet, volvió, al cabo de media hora, diciendo a Antonieta que, al llegar al puente de San Miguel, no había tenido valor para seguir más adelante: el concierto no le interesaba; es más, le causa demasiada pena el distraerse sin tenerla a su lado. No pudo haber nada más dulce para Antonieta, a pesar de la pena que sintió de que su hermano se viese privado, por su causa, de su distracción dominical. Pero Olivier no pensaba ya en ello; cuando vio, al volver, resplandecer la alegría en el rostro



de su hermana, aunque ella se esforzaba en vano por ocultarla, se sintió más feliz de lo que hubiera podido serlo oyendo la más hermosa música del mundo. Pasaron aquella tarde sentados uno enfrente de otro, cerca de la ventana, él con un libro en la mano y ella con su labor; pero ni ella cosía ni él leía, y hablaban de mil asuntos baladíes que ningún interés tenían para ambos. Jamás habían pasado un domingo más agradable. Convinieron en no separarse más para ir al concierto. Eran incapaces de disfrutar ningún placer estando solos.

545

Consiguió ella economizar, a escondidas, lo suficiente para procurar a Olivier la sorpresa de un piano alquilado que, gracias al sistema de alquiler, llegaría a ser su propiedad al cabo de cierto número de meses. ¡Era pesada la obligación que se imponía de nuevo! Con frecuencia, el pago de los plazos fue para ella una pesadilla, y arruinaba su salud para hallar el dinero necesario.

¡Pero esta locura les procuraba tal felicidad a ambos! La música era su paraíso en medio de aquella dura existencia, y llegó a ocupar un lugar inmenso en ella. Se entregaban a sus dulzuras para olvidar el resto del mundo; pero esto no dejaba de ofrecer peligro. La música es uno de los grandes disolventes modernos. Su cálida languidez de estufa o de otoño, en alto grado enervadora, sobreexcita los sentidos y mata la voluntad. Pero, para un alma obligada a una actividad incesante y desprovista de goces, como la de Antonieta, era como un desahogo. El concierto del domingo era la única luz que brillaba en la semana del incesante trabajo. Vivían del recuerdo del último concierto y con la esperanza del próximo, pensando en las dos o tres horas que pasaban fuera de París y fuera del tiempo. Al cabo de una larga espera en la calle, con lluvia o con nieve, con viento y con frío, pegándose uno a otro y temblando por miedo de no encontrar sitio, penetraban en el teatro donde iban a perderse en medio de la muchedumbre, ocupando asientos estrechos y oscuros. Se ahogaban, estaban apretados y, a veces, casi estaban a punto de ponerse malos a causa del calor y de la molestia; sin embargo, eran felices con su propia dicha y con la del otro. Felices con sentir inundar sus corazones las olas de bondad, de luz y de fuerza que manaban

de las grandes almas de Beethoven y de Wagner; felices con ver cada uno iluminarse el rostro fraterno, aquel rostro empalidecido por las fatigas y los cuidados prematuros. Antonietta se sentía presa de gran cansancio y como en los brazos de una madre que la estrechase contra su seno, se apelonaba en el dulce y tibio nido y lloraba en silencio. Olivier le estrechaba la mano. En medio de la sombra de la inmensa sala, donde no eran las suyas las únicas

almas doloridas que buscasen refugio bajo las maternales alas de la música, nadie se fijaba en ellos.

Antonietta tenía además la religión que seguía sosteniéndola. Era muy piadosa y no dejaba nunca de hacer, diariamente, largas y ardientes oraciones ni de ir todos los domingos a misa. En medio de la injusta miseria de su vida, no podía dejar de creer en el amor del amigo divino, que sufre con nosotros y que algún día nos consuela. Más aún que con Dios, se mantenía en comunión íntima con sus muertos y los asociaba en secreto a todas sus pruebas. Pero su espíritu era independiente y su razón firme; se mantenía aparte de los demás católicos y no era muy bien vista de ellos, pues la juzgaban animada de un espíritu avieso; no estaban lejos de considerarla como una libre pensadora, o en camino de serlo, porque, como buena francesa, no consentía en renunciar a su libre juicio: creía, no por obediencia, como el vil rebaño, sino por amor.

Olivier había dejado de creer. El lento trabajo de disgregación de su fe, iniciado en los primeros meses de su estancia en París, la había destruido por completo. Esto le había producido crueles sufrimientos porque no pertenecía al número de los que son bastantes fuertes o bastantes vulgares para prescindir de la fe: por eso había atravesado crisis de mortal angustia. Pero su corazón seguía siendo místico; y aunque se había hecho incrédulo, no había pensamiento más inmediato al suyo que el de su hermana. Vivían ambos en una atmósfera religiosa. Cuando volvían a casa, cada uno por su lado, al anoecer, después de haber estado separados todo el día, su cuartito era para ellos el puerto, el asilo inviolable, pobre y helado, pero puro. ¡Cuán lejos se sentían en él del ruido y de los pensamientos corrompidos de París!...

No hablaban mucho de sus quehaceres porque, cuando se vuelve fatigado a casa, no se sienten ganas de renovar, por medio de la narración, los trabajos de un día penoso. Instintivamente procuraban olvidarlo juntos. Sobre todo, durante la primera hora en que se hallaban juntos a la mesa, cuidaban mucho de no hacerse preguntas. Se saludaban con la vista y a veces no pronunciaban una sola palabra en toda la comida. Antonieta miraba a su hermano que se quedaba como soñando ante su plato, cual en otro tiempo, en su niñez. Le acariciaba dulcemente la mano y le decía sonriendo:

—¡Vamos! ¡Ánimo!

Sonreía él también y volvía a comer. De esta suerte transcurría la comida sin que hiciesen el menor esfuerzo para hablar. Estaban hambrientos de silencio. Sólo al fin, se soltaba un tanto su lengua, una vez que habían cobrado algún descanso y que, animados mutuamente por su discreto amor, habían hecho desaparecer de su ser las huellas impuras del día.

Olivier se sentaba al piano. Antonieta iba perdiendo la costumbre de tocar, a fin de dejarle a él, porque era la única distracción que tenía, y a ella se entregaba con todas sus fuerzas. Tenía dotes excepcionales para la música: su naturaleza femenina, más a propósito para el amor que para la acción, hacía amorosamente suyos los pensamientos de los músicos que interpretaba. Se fundía con ellos y expresaba con fidelidad apasionada sus menores matices, a lo menos en la medida que se lo permitían sus brazos y su aliento débiles bajo el titánico esfuerzo de *Tristán* o de las últimas sonatas de Beethoven. Por eso se refugiaba con preferencia en Mozart y en Gluck; y ésta era igualmente la música que ella prefería.

A veces cantaba ella también, pero canciones muy sencillas, antiguas melodías. Tenía una voz de *mezzosoprano* velada, grave y frágil. Era tan tímida que no podía cantar delante de nadie; apenas si se atrevía a hacerlo delante de Olivier: se le apretaba la garganta. Había una aria de Beethoven, con letra escocesa, por la que sentía especial predilección, se titulaba: *le Fidèle Johnnie*; era tan plácida, tan plácida... y tan llena de ternura..., tenía mucho

parecido con ella. Olivier no podía oírse la cantar sin sentir llenársele de lágrimas los ojos.

548 Antonieta prefería escuchar a su hermano. Se apresuraba a terminar los quehaceres de la casa y dejaba abierta la puerta de la cocina, a fin de oír mejor a Olivier; pero a pesar de las precauciones que tomaba, se quejaba él con impaciencia de que hiciera ruido con los platos. Entonces cerraba ella la puerta y una vez que había terminado, iba a instalarse en una silla baja no muy cerca del piano —porque él no podía tolerar que hubiese alguien a su lado cuando tocaba—, sino junto a la chimenea; y allí, acurrucada como un gatito, vuelta de espaldas al piano y con los ojos fijos en los ojos de oro del hogar, donde se consumía en silencio un ladrillo de carbón, se quedaba como embebecida en las imágenes de lo pasado. Cuando daban las nueve, tenía que hacer un esfuerzo para recordar a Olivier que era tiempo de acabar. Era muy penoso arrancarlo y arrancarse a sí misma de aquellos ensueños; pero Olivier tenía aún trabajo para la velada y era menester que no se acostase demasiado tarde. Él no obedecía inmediatamente; necesitaba siempre algún tiempo para poner seriamente manos al trabajo, al acabar de tocar. Seguía aún flotando su pensamiento lejos de allí y solía dar la media antes de que se viese completamente libre de nieblas. Antonieta, inclinada sobre su labor, sentada al otro lado de la mesa, sabía que no hacía nada, pero no se atrevía a mirar hacia su lado por temor de impacientarlo haciéndole creer que lo vigilaba.

Se hallaba el joven en la edad ingrata —la edad feliz—, en que se pasan los días vagueando. Tenía una frente pura, ojos femeniles, llenos a un tiempo de candidez y astucia y cercados con frecuencia de grandes ojeras, una boca grande, de labios hinchados, como de niño que mama, con sonrisa algo soslayada, vaga, distraída y picaresca; su cabellera abundante le bajaba hasta los ojos y formaba casi un moño en la nuca con un mechón rebelde que se erguía por detrás; adornaba su cuello una corbata floja —su hermana se la anudaba con cuidado todas las mañanas—, llevaba una cazadora cuyos botones siempre estaban cayéndose, a pesar de que pasaba ella el tiempo en recoserlos; no usaba puños,

tenía las manos grandes y las muñecas huesosas. Con aire burlón, como soñoliento y voluptuoso, permanecía a veces horas enteras mirando al cielo. Sus ojos que andaban vagando daban la vuelta al cuarto de Antonieta —en él se hallaba instalada la mesa de trabajo—, iban alternativamente desde la camita de hierro, encima de la cual se veía colgado un crucifijo de marfil, con una ramita de boj, a los retratos de sus padres y a una antigua fotografía que representaba la humilde ciudad de provincias con su torre y el humilde espejo de sus aguas. Cuando llegaban al rostro paliduchado de su hermana, que trabajaba en silencio, sentíase lleno de inmensa piedad hacia ella y de cólera contra sí mismo; irritado de holgazanería, hacía entonces un esfuerzo y trabajaba enérgicamente para ganar el tiempo perdido.

Los días de asueto leían, leían ambos cada uno por su lado. A pesar del mutuo cariño que se profesaban, no podían leer juntos el mismo libro en voz alta. Les mortificaba esto como una falta de pudor. Un hermoso libro era para ellos un secreto que sólo debía murmurarse en el silencio del corazón.

Cuando les encantaba alguna página, en lugar de leérsela el uno al otro, se pasaban el libro y se decían, señalando con el dedo el pasaje:

—Lee.

Entonces, mientras el uno leía, el otro lo seguía con la vista, leyendo con animados ojos en el rostro de su hermano las emociones que antes había sentido, y gozaba con él.

Con frecuencia, puestos de codos ante su libro, no leían, sino que charlaban. A medida que la noche avanzaba, sentían necesidad de espontanearse y les costaba menos trabajo el hablar. Olivier tenía pensamientos tristes y aquel ser débil necesitaba aliviarse de sus tormentos confiándolos a un corazón amigo. Le roían las dudas, y Antonieta tenía que alentarle y defenderlo contra sí mismo: era aquella una lucha incesante, que se renovaba cada día. Olivier decía cosas amargas y lúgubres y, después de decirlas, se sentía aliviado; pero no se inquietaba por saber si iban a atormentar a su hermana. Al fin, aunque tarde, echó de ver cuánto agotaba su energía, cuántas fuerzas le quitaba, cómo infiltraba en

ella sus propias dudas. Antonieta no daba señales de ello. Valiente y alegre por naturaleza, hacía esfuerzos por permanecer alegre en apariencia, aunque hacía tiempo que había perdido la alegría.

550 Tenía momentos de lasitud profunda y de rebelión contra la vida, de perpetuo sacrificio a que se había consagrado. Pero condenaba estos pensamientos y no quería analizarlos; no los aceptaba sino que se le imponían, a pesar suyo; le servía de ayuda la oración, excepto en los casos en que el corazón no podía orar —esto suele suceder— por sentirse como falto enteramente de jugo. Entonces, sólo le quedaba por recurso esperar, febril y avergonzado, a que volviese la gracia. Olivier jamás se daba cuenta de tales angustias. En aquellos momentos hallaba pretexto Antonieta para alejarse o para encerrarse en su habitación. Y no volvía a mostrarse hasta que había pasado la crisis; entonces parecía sonriente y dolorida, más cariñosa que antes, como si sintiese remordimientos por haber sufrido.

Sus habitaciones estaban contiguas y sus camas se hallaban pegadas a los dos lados del mismo tabique; así es que podían hablarse a media voz a través del mismo, y cuando padecían insomnios, daban suavemente algunos golpecitos en el tabique, como diciendo:

—¿Duermes? Yo no duermo.

Tan delgado era el tabique, que parecían dos amigos castamente acostados en el mismo lecho. La puerta de comunicación estaba siempre cerrada por la noche, en virtud de un pudor instintivo y profundo, un sentimiento sagrado; sólo permanecía abierta cuando Olivier estaba enfermo, lo cual ocurría con demasiada frecuencia.

Su frágil salud no acababa de restablecerse. Parecía más bien alterarse en mayor grado. Padecía constantemente de la garganta, del pecho, de la cabeza y del corazón; el menor catarro corría riesgo de degenerar en él en una bronquitis; tuvo la escarlatina y estuvo a punto de morir; hasta sin estar enfermo presentaba extraños síntomas de enfermedades graves, que, felizmente, no llegaban a manifestarse; a veces tenía punzantes dolores en los pulmones y en el corazón. Cierta día el médico que lo

auscultaba, diagnosticó una pericarditis o una neumonía, y el gran médico especialista a quien consultaron, en seguida, confirmó semejantes temores. Sin embargo, no resultó nada. En el fondo era todo ello cuestión de nervios, que en él estaban siempre enfermos; y sabido es que esta clase de padecimientos presenta las formas más inesperadas; mas queda uno libre de ellas con unos días de inquietud. Pero, ¡cuán crueles eran para Antonieta! ¡Cuántas noches sin sueño! En su cama, en donde se levantaba con frecuencia para espiar desde la puerta la respiración de su hermano, se sentía sobrecogida de terror. Se le figuraba que iba a morir, que ella lo sabía y estaba segura de ello; se erguía estremecida y juntando las manos, las apretaba y las crispaba contra su boca para no gritar.

551

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —decía con voz suplicante—. ¡No me lo quitéis! ¡No, no, no tenéis derecho para eso!... ¡Os lo suplico, os lo suplico con toda mi alma! ¡Oh! ¡Querida mamá! ¡Ven en mi auxilio! ¡Sálvalo! ¡Haz que viva!...

Sentía una gran tensión en todo su cuerpo.

¡Ah! ¡Morir a mitad del camino, cuando habían hecho tanto, cuando se estaba a punto de llegar, cuando iba a ser feliz!... ¡No, eso no podía ser; sería demasiado cruel!

\* \* \*

Olivier no tardó en causarle otro género de inquietudes.

Era profundamente honrado como ella; pero de voluntad débil y de inteligencia demasiado libre y demasiado compleja para que no se mostrase indecisa, escéptica e indulgente con respecto a lo que sabía que era malo, y atraída por el placer. Antonieta era tan pura que tardó mucho en comprender lo que pasaba en el espíritu de su hermano. Lo descubrió un día bruscamente.

Creía Olivier que había salido, pues tenía una lección a la misma hora todos los días; pero en el último instante había recibido la joven dos palabras de su discípula advirtiéndole que no fuese aquel día. Había experimentado cierto secreto placer, aunque esto representaba la supresión de algunos francos en su

módico presupuesto; pero estaba muy cansada y se tendió en su cama: estaba contenta de poder descansar un día sin remordimiento. En esto entró Olivier del liceo acompañado de un camarada. Se instalaron en la habitación de al lado y empezaron a hablar. Se oía perfectamente todo lo que decían, y como creían estar solos, hablaban sin miramiento. Antonieta escuchaba sonriendo la regocijada voz de su hermano. Pero no tardó en dejar de sonreír y se le heló la sangre en las venas. Hablaban de cosas brutales, con una crudeza de lenguaje abominable y parecían tener en ello gran contentamiento. Oía ella reír a Olivier, a su pequeño Olivier, y de sus labios, que creía inocentes, salían palabras obscenas que la helaban de terror. Sintió en el fondo de su ser un dolor agudo y penetrante. Aquello duró largo tiempo, pues no se cansaban de hablar, y ella no podía menos de escuchar. Al fin salieron y se quedó sola Antonieta.

Lloró con abundancia: sentía que en su interior había muerto algo; la imagen ideal que ella se había forjado de su hermano —de su niño—, estaba manchada: esto era para ella un sufrimiento mortal. Cuando volvieron a encontrarse por la noche, no le dijo nada; pero él vio que había llorado y no pudo saber por qué. No comprendió la causa del cambio que notaba en sus maneras con él. Fue preciso que pasara algún tiempo antes de que ella pudiese recobrase por completo.

El golpe más doloroso que le asestó fue el quedarse fuera de casa una noche. Lo estuvo esperando sin acostarse. No sufría solamente en su pureza moral, sino que sufría también hasta en los más recónditos repliegues de su corazón, en esos repliegues profundos donde se agitan sentimientos temibles sobre los que ella echaba, para no verlos, un velo, que no es lícito desgarrar.

Olivier había querido, sobre todo, afirmar su independencia. Volvió por la mañana resuelto a responder de un modo insolente a su hermana si ésta le hacía alguna observación. Entró en la habitación de puntillas para no despertarla. Cuando la vio, de pie, esperándole, pálida, con los ojos enrojecidos por el llanto, y cuando vio que, en lugar de dirigirle el menor reproche, se cuidaba de él en silencio, preparando su desayuno antes de que



saliese para el liceo y que no le decía nada, antes bien parecía abrumada, y que todo su ser era un reproche vivo, no pudo resistir más: se echó a sus pies, ocultó la cabeza en su falda y lloraron ambos. Estaba avergonzado de sí mismo, lleno de asco por la noche que acababa de pasar; se sentía envilecido. Quiso hablar, pero ella se lo impidió poniéndole la mano sobre la boca, y él besó aquella mano. No se dijeron una palabra, pero se comprendían. Olivier juró no volver a hacer sufrir más a Antonieta y ser lo que ella esperaba que fuese. La joven, por más que hizo, no pudo olvidar tan pronto su herida: estaba como una convaleciente. Había entre ellos cierto embarazo. Su amor seguía siendo igualmente fuerte; pero había visto en el alma de su hermano algo que era extraño para ella y que le inspiraba miedo.

553

\* \* \*

Se sentía tanto más trastornada por lo que entreveía en el corazón de Olivier, cuanto que, por aquella misma época, se había visto perseguida por ciertos hombres. Cuando volvía por la tarde, a la caída de la noche, y sobre todo cuando tenía que salir después de comer para ir a llevar o buscar algún trabajo de copia, le causaba una angustia insoportable el temor de que se le acercasen o la siguiesen, como le sucedía, y de oír proposiciones groseras. Siempre que podía llevaba a su hermano consigo, so pretexto de obligarle a pasear, pero él no se prestaba a ello de buen grado y Antonieta no se atrevía a insistir; no quería turbar su trabajo. Su alma virginal y provinciana no podía hacerse a semejantes costumbres. París, de noche, era para ella una selva inmunda, y temblaba ante la idea de salir de su albergue. Sin embargo, había que salir. Vaciló largo tiempo antes de adoptar semejante resolución y siempre le hizo sufrir. Y cuando pensaba que su pequeño Olivier sería, y tal vez lo era, como uno de aquellos hombres que la perseguían y asediaban, le costaba trabajo, al volver, darle la mano para darle las buenas noches. Él no podía imaginar la prevención que ella abrigaba en contra suya, y ella misma se la reprochaba.

Sin ser muy linda, tenía gran encanto y llamaba la atención, aunque nada hacía para ello. Vestida con mucha sencillez y casi siempre de luto, no muy alta, delgada, de aspecto delicado, nada locuaz, cruzando silenciosamente por en medio de la multitud y tratando de no llamar la atención, la llamaba, a pesar suyo, merced a la expresión de profunda suavidad de sus dulces y fatigados ojos y de su boquita llena de pureza. A veces echaba de ver que gustaba y esto le causaba cierta confusión, aunque en el fondo la satisfacía. ¿Quién puede saber la cantidad de graciosa y casta coquetería que puede penetrar, sin que ella se dé cuenta, en un alma tranquila, que siente el contacto simpático de otras almas? Esto se revelaba en ella por una ligera turbación en sus modales y por la timidez de su mirada, lo cual era a la vez gracioso y conmovedor. Esta turbación le prestaba mayor atractivo. Excitaba los deseos y, como era una muchacha pobre y sin protector en la vida, no andaban con rodeos para dárselo a conocer.

Iba algunas veces a un salón de israelitas ricos, los Nathan, que se interesaban por ella, por haberla encontrado en casa de una familia amiga, donde daba lecciones; y hasta, a pesar de su carácter huraño, no había podido menos de asistir una o dos veces a sus veladas. El señor Alfredo Nathan era un profesor muy conocido en París, sabio eminente y al mismo tiempo muy mundano, con esa mezcla extraña de ciencia y de frivolidad, tan común en la sociedad judía. En la señora Nathan, alternaban en igual proporción una benevolencia real y una excesiva afición al mundo. Ambos esposos se habían mostrado con Antonieta pródigos en demostraciones de simpatía llamativa y sincera aunque intermitente. En general, Antonieta había hallado más bondad entre los judíos que entre sus correligionarios. Tienen sus defectos; pero poseen una gran cualidad, acaso la primera de todas: son verdaderamente humanos y nada humano les es extraño; se interesan por todos los que viven. Hasta cuando carecen de una verdadera y viva simpatía, experimentan una curiosidad perpetua que les hace buscar las almas y los pensamientos que tienen algún valor aunque difieran extraordinariamente de los suyos. No quiere decir que hagan en general gran cosa por ayudarles, porque se

sienten solicitados a la vez por demasiados intereses y, a pesar de que se proclaman libres, se pagan más que nadie de las vanidades mundanas. Pero a lo menos hacen algo; y, en medio de la apatía de la sociedad contemporánea, es ya bastante. Son en ella como un fermento de acción y una levadura de vida. Antonietta, que había tropezado, entre los católicos, con un muro de indiferencia glacial, estimaba más que nadie el valor del interés que le manifestaban los Nathan, por muy superficial que fuese. La señora Nathan había entrevisto la vida de abnegación de Antonietta; se mostraba sensible a sus encantos físicos y morales y había pretendido tomarla bajo su protección. No tenía hijos, pero le gustaba la juventud y la reunía con frecuencia en su casa. Había insistido para que Antonietta asistiese a dichas reuniones, a fin de que saliese de su aislamiento y se distrajese algo. Y como le era fácil adivinar que la esquivez de Antonietta obedecía, en gran parte, a la escasez en que vivía, hasta había querido regalarle lindos trajes que la altivez de Antonietta había rehusado; pero la amable protectora se había conducido con tal destreza, que había logrado hacerle aceptar algunos de esos regalitos que tanto halagan la inocente vanidad femenina; la joven se sentía a la vez agradecida y confusa. Procuraba asistir, de tarde en tarde, a las veladas de la señora Nathan y, como era joven, hallaba gusto en ello a pesar de todo.

En aquella sociedad, a la que acudían jóvenes de todas clases, la protegida de la señora Nathan, pobre y linda, había sido en seguida el punto de mira de dos o tres perdidos que se habían propuesto conquistarla y estaban seguros de su triunfo. Para ello, contaban con su timidez. Hasta había sido la pobre joven objeto de una apuesta entre ellos.

Cierto día, recibió unas cartas anónimas —o para hablar con más exactitud, firmadas por un noble seudónimo—, las cuales contenían una declaración; en un principio eran cartas de amor, lisonjeras y apremiantes, que le pedían una cita; después no tardaron en hacerse más atrevidas y hasta amenazadoras; por último, llegaron hasta la injuria y a las más bajas calumnias; los anónimos corresponsales la desnudaban y detallaban todos los

secretos de su cuerpo con grosera y torpe codicia: trataban de burlarse de la candidez de Antonieta haciéndole temer un ultraje público si no acudía a la cita. Lloraba ella de dolor al verse objeto de semejantes proposiciones; y aquellas injurias eran un cauterio terrible para el orgullo de su cuerpo y de su corazón. No sabía cómo salir del atolladero. No quería hablar de ello a su hermano, pues sabía que además de sufrir mucho con ello, daría al asunto un carácter más grave aún. No tenía amigos. ¿Recurriría a la Policía? Se resistía a ello por temor al escándalo. Sin embargo, era preciso acabar. Comprendía que su silencio no bastaría para defenderla y que el canalla que la perseguía sería tenaz y llegaría hasta el último límite, es decir, hasta que juzgase el juego peligroso.

Acababa de enviarle una especie de ultimátum intimándola que se hallase al día siguiente en el Museo de Luxemburgo. Acudió allá. A fuerza de devanarse los sesos, había llegado a convencerse de que su perseguidor había debido encontrarla en casa de la señora Nathan. Ciertas palabras de una de las cartas aludían a un suceso que sólo había podido pasar allí. Rogó, pues, a la señora Nathan que le hiciese un gran favor, el de acompañarla en carruaje hasta el museo y esperarla en la puerta un instante. Entró, y delante del cuadro convenido se acercó a ella el de los anónimos y se puso a hablarle con aire triunfante y con afectada cortesía. Le miró ella fijamente en silencio. Cuando hubo acabado, le preguntó él, bromeando por qué le miraba de aquel modo, y ella respondió:

—Estoy mirando a un cobarde.

No se arredró él por tan poco y empezó a mostrarse más familiar. Entonces, le dijo ella:

—Ha querido usted amenazarme con un escándalo. Vengo a ofrecérselo, puesto que usted lo quiere.

Estaba temblorosa, hablaba en voz alta y se mostraba dispuesta a llamar la atención. Empezaban a mirarlos. Él comprendió que la joven no retrocedía ante nada y bajó el tono. Entonces, le dijo ella por última vez:

—¡Es usted un cobarde!

Y le volvió la espalda. No queriendo él pasar por derrotado, la siguió. Salió la joven del museo siguiéndola él de cerca. Se dirigió Antonieta al carruaje que estaba esperando, abrió bruscamente la portezuela y su perseguidor se halló de manos a boca con la señora Nathan, que lo reconoció y lo saludó por su nombre. Esto acabó de desconcertarlo, y se esquivó. Antonieta tuvo que contar la historia a su amiga, aunque lo hizo con gran pena y con extraordinaria reserva. Le era penoso introducir a una extraña en el secreto de su vida interior y de los sufrimientos de su pudor herido. La señora Nathan le echó en cara el que no le hubiese avisado antes. Antonieta le suplicó que no dijese nada a nadie, y la aventura no pasó adelante. La amiga de Antonieta ni siquiera tuvo necesidad de cerrar su puerta al individuo en cuestión, pues se guardó muy bien de volver.

557

\* \* \*

Casi por el mismo tiempo tuvo Antonieta otro pesar, aunque de género muy distinto.

Un hombre muy honrado, de unos cuarenta años, encargado de un empleo consular en el Extremo Oriente y que había venido a pasar algunos meses de licencia en Francia, encontró a Antonieta en casa de los Nathan y se enamoró de ella. El encuentro había sido algo premeditado, a espaldas de Antonieta, por la señora Nathan, a quien se le había metido en la cabeza la idea de casar a su amiguita. El individuo en cuestión era también israelita y no era ni joven ni buen mozo. Estaba algo calvo y era algo cargado de espaldas; pero tenía buenos ojos, modales afectuosos y un corazón que sabía compadecerse de los sufrimientos por haber sufrido él mismo. Antonieta no era ya la muchacha romántica de otros tiempos, la niña mimada que soñaba con la vida como se sueña con un paseo que se da en un hermoso día en compañía de su novio; ahora la veía como un duro combate que hay que renovar cada día, sin descansar un momento so pena de perder en un instante todo el terreno ganado palmo a palmo en muchos años de fatiga; y pensaba que sería muy dulce poder

apoyarse en el brazo de un amigo, compartir con él las penas y poder cerrar un poco los ojos mientras él velaba sobre ella. Sabía que esto era un sueño; pero no tenía aún valor para renunciar por completo a él. En el fondo, no ignoraba que una muchacha sin dote no tenía nada que esperar en el mundo en que vivía. La antigua burguesía francesa tiene fama en el mundo entero por el espíritu de sórdido interés que pone en los matrimonios. Los judíos se muestran menos bajamente ávidos de dinero. No es raro entre ellos ver a un joven rico escoger por esposa a una muchacha pobre, o a una joven que tiene gran fortuna buscar apasionadamente a un hombre que tenga inteligencia. Entre los burgueses franceses, católicos y provincianos, casi siempre la talega busca la talega y, después de todo, ¿para qué obran así los desdichados? Sólo tienen necesidades módicas; no saben sino comer, bostezar, dormir... y economizar. Antonieta los conocía, pues los había visto desde la infancia. Los había visto con los anteojos de la riqueza y con los de la pobreza. No tenía la menor ilusión con respecto a lo que de los mismos podía esperar. Así es que la demanda de aquel hombre, que ambicionaba ser su esposo, la hizo gustar una dulzura inesperada. Sin que pensase en amarle por de pronto, se sentía penetrada hacia él, poco a poco, de un agradecimiento y de una ternura profundas. Hubiera aceptado su petición si no hubiera tenido que seguirle a las colonias y abandonar, por consiguiente, a su hermano. Así es que rehusó; y, sin embargo, sin dejar él de comprender la nobleza de sus razones, no se lo perdonó: el egoísmo del amor no admite que no se le haga hasta el sacrificio de las virtudes que más estima en el ser amado.

Dejó de verla y de escribirle luego que partió; no volvió a tener noticias suyas hasta que supo —cinco o seis meses más tarde— por una esquela de matrimonio, cuyo sobre estaba escrito de su mano, que se había casado con otra mujer.

Fue aquello una gran tristeza para Antonieta. Herida una vez más, ofreció su sufrimiento a Dios; trató de persuadirse de que se veía justamente castigada por haber perdido un momento de vista su única empresa, que era la de consagrarse a su hermano; y se absorbió en ella cada vez más.

Se retiró por completo del trato social. Hasta había dejado de visitar a los Nathan, que estaban algo resentidos con ella desde que rehusó el partido que le habían procurado: tampoco habían admitido ellos sus razones. La señora Nathan, que había decretado de antemano que se realizaría aquel matrimonio y que sería perfecto, se había sentido mortificada en su amor propio, achacando el fracaso a Antonieta. Hallaba sus escrúpulos muy dignos de consideración, seguramente; pero de un sentimentalismo exagerado; y después de esto, dejó de interesarse por aquella pavita. Su necesidad de hacer bien a la gente, con o sin el consentimiento de la misma, acababa de fijarse en otra protegida que absorbía por el momento toda la suma de interés y de abnegación de que ella podía disponer.

559

Olivier no sabía nada de las dolorosas novelas que torturaban el corazón de su hermana. Era un muchacho sentimental y ligero que vivía entregado a sus ensueños. Era empresa aleatoria fundar esperanzas en él a pesar de su ingenio vivo y encantador y de su corazón que era un tesoro de ternura, como el de Antonieta. Constantemente comprometía meses de esfuerzos con inconsecuencias, desalientos, holganzas y enamoramientos en que perdía el tiempo y la fuerza. Se enamoraba de lindas caras vistas de paso, de muchachas coquetas con quienes había hablado una sola vez en un salón y que no hacían caso ninguno de él. Se entusiasma con una lectura, con un poeta o un músico, y se entregaba a ellos durante meses de un modo exclusivo con detrimento de sus estudios. Había que vigilarle sin cesar, cuidando de que no lo echase de ver para no herir su susceptibilidad. Tenía esa sobrexcitación febril, esa falta de equilibrio, esa trepidación inquieta que se suele encontrar con frecuencia entre los candidatos a la tisis. El médico no había ocultado a Antonieta el peligro. Aquella planta de suyo enfermiza, trasplantada de provincias a París, hubiera necesitado buen aire y luz. Antonieta no podía procurárselo. No tenían bastante dinero para alejarse de París durante las vacaciones. El resto del año se veían sometidos a sus tareas durante toda la semana; y el domingo, estaban tan fatigados, que no sentían ganas de salir sino para ir al concierto.

Algunos domingos de verano, hacía, sin embargo, un esfuerzo Antonieta, y se llevaba a Olivier a los bosques de los alrededores, por la parte de Chaville o de Saint-Cloud. Pero dichos bosques estaban llenos de parejas bullangueras, de canciones de café cantante y de papeles grasientos; no era ésta la divina soledad que purifica y da reposo. Por la noche, al volver, se encontraban con la barahúnda de los trenes, con el amontonamiento sofocante en los vergonzosos vagones, bajos, estrechos y oscuros, con lo escandaloso de ciertas escenas, con el ruido, las risas, los cantos, la hediondez y el humo del tabaco. Antonieta y Olivier, que no tenían ni uno ni otro el alma popular, volvían llenos de hastío y desmoralizados. Olivier suplicaba a Antonieta que renunciase a tales paseos, y ella no tenía empeño en hacerlos, hasta pasado cierto tiempo. Persistía, sin embargo, aunque aquello le era más desagradable que al mismo Olivier; pero creía que era necesario para la salud de su hermano. Lo obligaba, pues, a pasearse de nuevo, y como los últimos experimentos no eran más felices, Olivier se los reprochaba amargamente. Entonces, se quedaban encerrados en la asfixiadora ciudad y desde el patio de su prisión suspiraban por los campos.

\* \* \*

Había llegado el último año de estudios que debían terminar con los exámenes de la Escuela Normal. Ya era tiempo. Antonieta empezaba a sentirse muy cansada. Contaba con el éxito, pues su hermano tenía en su favor todas las probabilidades. En el liceo lo consideraban como uno de los mejores candidatos; y todos sus profesores estaban de acuerdo en alabar su trabajo y su inteligencia, prescindiendo de cierto espíritu de indisciplina, que lo hacía poco apto para plegarse a ningún plan, fuese el que fuese. Pero la responsabilidad que pesaba sobre Olivier le abrumaba de tal modo que, a medida que se acercaba el examen, iban disminuyendo sus facultades. Lo paralizaban de antemano una extraordinaria fatiga, el temor de fracasar y una timidez enfermiza. Temblaba ante el pensamiento de mostrarse en público en



presencia de sus jueces. Siempre le había hecho sufrir su timidez; en clase, se ruborizaba y se le oprimía la garganta cuando tenía que hablar; en un principio, todo lo más que podía hacer era responder cuando lo llamaban por su nombre. Casi le era mucho más fácil responder de improviso que cuando sabía que le iban a interrogar: entonces, se ponía enfermo; su cabeza no dejaba de trabajar representándole lo que iba a ocurrir; y cuanta mayor era la expectativa, mayor era la obsesión. Podía decirse que no había examen que no hubiese pasado por lo menos dos veces: porque primero lo pasaba en sueños durante las noches que precedían al mismo y en ello empleaba toda su energía, de suerte que ya no le quedaba ninguna para el examen verdadero.

561

Ni siquiera llegó al terrible examen oral, cuyo pensamiento le producía, durante la noche, sudores fríos. En el examen escrito y acerca de un tema de filosofía, capaz de apasionarle en tiempo ordinario, ni aun logró escribir dos páginas en seis horas. Durante las primeras horas sentía un vacío en el cerebro y no pensaba absolutamente en nada. Había como un muro negro contra el que iba a estrellarse. Después, una hora antes del final de la composición, se abrió el muro y por las grietas brotaron algunos rayos de luz. Entonces escribió algunas líneas excelentes, pero que no bastaban para clasificarle. Por el anonadamiento en que se hallaba al salir de esta prueba, previó Antonieta el fracaso inevitable, y se sintió tan abrumada como él, pero no lo manifestó. Por lo demás, hasta en las situaciones más desesperadas, su esperanza se mostraba infatigable.

Olivier fue reprobado.

Se sentía aterrado. Antonieta fingió sonreír, como si no se tratase de una cosa grave; pero sus labios temblaban. Consoló a su hermano, le dijo que aquello era una falta de suerte, fácil de reparar, y que seguramente sería recibido el año venidero tal vez en mejores condiciones. No le dijo: ¡cuánto hubiera importado para ella el que triunfase aquel año! ¡Cuán gastada se hallaba de cuerpo y alma! Y, ¡cuántas inquietudes sentía ante el temor de no poder llevar otro año como aquel! Sin embargo, era preciso. Si ella desaparecía antes de que Olivier fuese admitido, una vez

solo, jamás tendría valor para continuar la lucha y sería devorado por la vida.

Le ocultó sus fatigas y hasta redobló sus esfuerzos. Hizo los imposibles para procurarle algunas distracciones durante las vacaciones, a fin de que a la apertura de curso pudiese volver al trabajo con más vigor y confianza. Cuando llegó la apertura, su módica reserva se halló comprometida; y, para mayor desdicha, 562 perdió algunas lecciones que eran las que más le producían.

¡Un año más!... Los dos jóvenes se veían sometidos a la mayor tensión, lo cual hacía temer que estallasen antes de la prueba final. Ante todo había que vivir y buscar otros recursos. Antonieta aceptó un empleo de institutriz que le ofrecían en Alemania gracias a los Nathan. Le costaba mucho resignarse a semejante partido; pero por el momento no le quedaba otro ni había medio de esperar. Jamás se había separado de su hermano un solo día, desde hacía seis años, y ni siquiera concebía lo que podría ser su vida, privada de verle y oírle diariamente. A Olivier le inspiraba terror pensar en ello, pero no se atrevía a decir una palabra: de aquella miseria él tenía la culpa; si él hubiera sido aprobado, Antonieta no se hubiera visto reducida a semejante extremo; no tenía, pues, derecho para oponerse a ello ni a hacer valer su propio pesar: ella sola debía decidir.

Pasaron los dos últimos días juntos, sumidos en un dolor mudo, como si uno de ellos estuviese a punto de morir. Cuando su pena era demasiado intensa, iban a esconderse. Antonieta buscaba un consejo en los ojos de Olivier. Si él le hubiera dicho:

—¡No partas!

No hubiera partido, aunque hubiera sido necesario. Hasta el último instante en el coche que los conducía a ambos a la estación del Este, estuvo a punto de renunciar a su resolución: no se sentía ya con fuerzas para llevar la carga. Hubiera bastado una sola palabra de su hermano... Pero éste no la dijo. Se hacía violencia como ella. Le hizo prometer Antonieta que le escribiría todos los días, que no le ocultaría nada, y que a la menor alarma, la haría volver.

\* \* \*

Partió ella, mientras Olivier volvía con el corazón helado al dormitorio de la Escuela Normal donde había aceptado entrar como interno. Entretanto, el tren arrastraba en sus alas a Antonieta transida de dolor. Con los ojos abiertos en medio de la oscura noche, ambos sentían a cada minuto separarse más uno de otro y se invocaban en voz baja.

563

Antonieta sentía espanto al pensar en el mundo donde iba a entrar.

Había cambiado mucho desde hacía seis años. Ella, tan atrevida en otro tiempo, y a la que nada intimidaba, había adquirido de tal manera la costumbre del silencio y del aislamiento, que era para ella un sufrimiento salir de ellos. Ya no existía la Antonieta risueña, habladora y alegre de los días felices; había muerto con ellos. La desgracia la había hecho esquiva. Seguramente, a fuerza de vivir con Olivier, había acabado por sufrir el contagio de su timidez. Salvo con su hermano, le costaba trabajo hablar con nadie. Todo la intimidaba y el hacer una visita le causaba miedo. Por eso experimentaba una angustia nerviosa al pensar que tendría que vivir en adelante en una casa extraña, hablar con extraños y estar constantemente en escena. Por otra parte, la pobre niña no tenía, en mayor grado que su hermano, la vocación del profesorado: cumplía su misión a conciencia; pero no creía en ella y no podía sentirse sostenida por el pensamiento de la utilidad de su trabajo. Había nacido para amar y no para enseñar, y nadie se cuidaba de su amor.

En ninguna parte halló éste menos ocasión de emplearse que en la casa donde fue a desempeñar su cargo en Alemania. Los Grünebaum, a cuyos hijos iba a enseñar el francés, no le manifestaron el menor interés. Eran orgullosos y familiares, indiferentes e indiscretos; pagaban bastante bien y con eso se consideraban favorecedores del que cobraba su dinero y todo se lo creían permitido. Trataban a Antonieta como a una especie de doméstica, algo más elevada, y no le dejaban casi ninguna libertad. Ni siquiera tenía habitación propia, pues dormía en un

gabinete inmediato a la alcoba de los niños, y cuya puerta permanecía abierta de noche. Jamás estaba sola. No respetaban la necesidad que tenía de refugiarse de vez en cuando en sí misma—el derecho sagrado que todo ser tiene a la soledad interior—. Toda su felicidad consistía en reunirse mentalmente con su hermano y en conversar con él; aprovechaba los menores instantes de libertad, pero se los disputaban. Tan pronto como se ponía a escribir, andaban rondando en torno suyo por la habitación y le preguntaban acerca de lo que escribía. Cuando leía una carta, le preguntaban lo que decía y, con una familiaridad burlona, le preguntaban por su “hermanito”. Tenía que ocultarse. Sería vergonzoso el referir a qué expedientes se veía obligada a recurrir y en qué sitios tenía que encerrarse para leer, sin que la vieran, las cartas de Olivier. Si dejaba una carta por casualidad en su habitación, estaba segura de que se la leían; y como, fuera de su baúl, no había ningún mueble que pudiese cerrar con llave, se veía obligada a llevar consigo todos los papeles que no quería que leyesen: constantemente escudriñaban todas las cosas de su uso y hasta su mismo corazón, esforzándose por hurtar los secretos de su pensamiento. No quiere decir esto que los Grünebaum se interesasen por ella. Se figuraban que les pertenecía, puesto que la pagaban. Por lo demás, lo hacían sin malicia: la indiscreción era en ellos una costumbre inveterada y no le daban importancia.

No podía haber cosa más intolerable para Antonieta que aquel espionaje, aquella falta de pudor moral, que no le permitía, ni una hora al día, librarse de miradas indiscretas. La reserva algo altanera que oponía a los Grünebaum, los mortificaba. Naturalmente, hallaban razones de alta moralidad para legitimar su grosera curiosidad y para condenar la pretensión de Antonieta de librarse de ella: Tenían el deber, así lo pensaban, de conocer la vida íntima de una joven alojada bajo su techo, que formaba parte de su casa y a la que habían confiado la educación de sus hijos: hasta eran responsables de ella. Eso dicen, de sus criadas, muchas amas de casa, cuya “responsabilidad” no llega hasta el punto de evitar a esas desdichadas un solo momento de fatiga ni un mal rato, sino que se limita a prohibirles toda

distracción. Para que Antonieta se negase a reconocer este deber de conciencia, era preciso, según ellos, que no se sintiese por completo al abrigo de todo reproche: “una muchacha honrada nada tiene que ocultar”.

De esta suerte se iba estableciendo, alrededor de Antonieta, una persecución de todos los momentos contra lo que se mantenía constantemente a la defensiva, y que la obligaba a mostrarse más fría y más concentrada aún que de ordinario.

565

Le escribía su hermano cada día cartas de doce cartillas, y ella lograba también, cada día, escribirle aunque sólo fuesen dos o tres líneas. Se esforzaba Olivier por mostrarse animoso y por no hacer ver demasiado su pena. Pero se moría de fastidio. Su vida había estado siempre tan indisolublemente ligada a la de su hermana, que, al verse separado de ella, le parecía haber perdido la mitad de su ser: no sabía qué hacer con sus brazos, con sus piernas ni con su pensamiento; no sabía ya pasearse, ni tocar el piano, ni trabajar, ni hacer nada, ni siquiera soñar —a no ser con ella—, se encarnizaba en sus libros desde por la mañana hasta la noche; pero sin gran provecho, pues su pensamiento estaba en otra parte; sufría o pensaba en ella y en su carta de la víspera; con los ojos fijos en el reloj esperaba la carta del día y, cuando ésta llegaba, temblaban sus dedos de alegría —y también de miedo— al romper el sobre. Jamás produjo carta de enamorada, en manos de su amante, tal estremecimiento de inquieta ternura. Se ocultaba, como Antonieta, para leer aquellas cartas; las llevaba siempre consigo, y, por la noche, guardaba bajo la almohada la última recibida, y la tocaba de vez en cuando para asegurarse de que seguía siempre allí, durante los largos insomnios en que soñaba con su querida hermanita. ¡Cuán lejos se sentía de ella! Experimentaba una opresión particular cuando llegaba la carta con un ligero retraso de un día a causa del correo —¡dos días, dos noches de distancia...!—. Exageraba tanto más el tiempo y la distancia cuanto que jamás había viajado. Su imaginación no cesaba de trabajar: ¡Dios mío! ¡Si fuese a caer enferma! ¡Tendría tiempo de morir antes de que pudiese volverla a ver...! ¿Por qué no le había escrito sino algunas líneas la víspera...? ¿Estaría enferma...? Sí,

seguramente estaba enferma...”. Sólo de pensarlo se ahogaba —con más frecuencia aún, le inspiraba espanto el pensamiento de morir lejos de ella, solo, en medio de tantos indiferentes, en aquel liceo repugnante, y en aquel triste París. A fuerza de pensar en ello se ponía enfermo... ¿Le escribiría que volviese...?—. Pero se avergonzaba de su cobardía. Por otra parte, cuando le escribía, sentía tanto placer en conversar con ella, que se le olvidaba todo lo que sufría. Se forjaba la ilusión de verla y oírla; él se lo contaba todo; jamás le había hablado con tanta intimidad y apasionamiento cuando estaban juntos; la llamaba: “mi fiel, mi animosa, mi muy querida bondadosa hermanita, a la que amo más que a mi vida”. Eran verdaderas cartas de amor. Ellas bañaban con su ternura a Antonieta y constituían todo el aire respirable de sus días. Cuando no llegaban por la mañana, a la hora de costumbre, se sentía desgraciada. Dos o tres veces ocurrió que los Grünebaum, por indiferencia —o quién sabe si por una especie de perversa broma—, se olvidaron de entregarle las cartas hasta la noche, y, una vez, hasta el día siguiente por la mañana: aquel día tuvo fiebre. Para el día de año nuevo, ambos hermanos tuvieron la misma idea sin ponerse de acuerdo: se procuraron mutuamente la sorpresa de enviarse un largo telegrama —era capricho bastante caro que les llegó a la misma hora a ambos—. Olivier seguía consultando a Antonieta acerca de sus trabajos y de sus dudas, y Antonieta lo aconsejaba, lo sostenía y le comunicaba su valor.

Sin embargo, no tenía mucho por su parte. Se ahogaba en aquel país extraño, donde no conocía a nadie y donde nadie se interesaba por ella, fuera de la esposa de un profesor, instalado hacía poco en la ciudad y que se sentía en ella tan fuera de su centro como la joven. La buena mujer era bastante cariñosa y se compadecía de la pena de los dos muchachos que tanto se querían y vivían separados (porque había logrado arrancar a Antonieta una parte de su historia) pero era tan expansiva, tan vulgar y, sin darse cuenta de ello, mostraba tal falta de tacto y discreción que la aristocrática alma de Antonieta se replegaba en sí misma, asustada. No pudiendo confiar sus penas a nadie, las iba acumulando en su

interior, lo cual constituía un peso harto grave. Por momentos creía que iba a sucumbir; pero apretaba los labios y volvía a continuar su marcha. Su salud se hallaba quebrantada: había enflaquecido mucho. Las cartas de su hermano mostraban cada vez mayor desaliento. En medio de una crisis de abatimiento le escribía “¡Vuelve, vuelve!...”. No bien había partido la carta, cuando se avergonzaba y escribía otra, en la que suplicaba a Antonieta que rompiese la primera y no pensase más en ella. Hasta hacía por parecer alegre y por no tener necesidad de su hermana. Su amor propio quisquilloso sufría ante la idea de que le creyesen incapaz de vivir sin ella. Antonieta no se equivocaba y adivinaba todos sus pensamientos; pero no sabía qué hacer. Cierta día estaba ya a punto de partir; se dirigió a la estación para saber exactamente la hora del tren que salía para París. Al mismo tiempo decía para sí que aquello era una locura: el dinero que allí ganaba servía para pagar la pensión de Olivier; había, pues, que tener paciencia mientras fuese posible. Ya no tenía ni energía para adoptar una decisión. Por la mañana renacía su valor; pero, a medida que se iban acercando las sombras de la noche, desfallecían sus fuerzas y pensaba en huir. Sentía nostalgia, echaba muy de menos aquella tierra que tan dura había sido para ella; pero donde se hallaban sepultadas todas las reliquias de su pasado; echaba también de menos aquella lengua que hablaba su hermano y en la que ella le expresaba su cariño. Por aquel entonces, llegó a la ciudad alemana una compañía de cómicos franceses. Antonieta, que iba rara vez al teatro —no tenía ni tiempo ni gusto para ello—, se sintió acometida de la necesidad irresistible de oír hablar su lengua y de refugiarse en Francia. (Los lectores conocen lo demás).

No había ya localidades en el teatro; se encontró con el joven músico, Juan Cristóbal, a quien no conocía, pero que, al ver su decepción, le ofreció compartir con ella el palco de que disponía; ella aceptó sin darse cuenta de lo que hacía. Su presencia con Cristóbal dio que hablar en la ciudad; y no tardaron en llegar aquellos rumores malévolos a oídos de los Grünebaum que, predispuestos ya a admitir todas las suposiciones desfavorables respecto a la joven francesa, e irritados contra Juan Cristóbal a

consecuencia de ciertas circunstancias que ya relatamos en otro lugar, despidieron brutalmente a Antonieta.

568 Aquella alma casta y pudorosa, a la que su amor fraternal había envuelto por completo y salvado hasta de todo pensamiento pecaminoso, creyó morir de vergüenza cuando comprendió la acusación que se le dirigía. Ni por un instante guardó rencor a Cristóbal. Sabía que estaba tan inocente como ella y que, si le había hecho daño, lo había hecho queriendo hacerle bien; le estaba agradecida. No sabía nada de él sino que era músico y que le criticaban mucho; pero, en su ignorancia de la vida y de los hombres, poseía una intuición natural de las almas, aguzada por la miseria, y que le había hecho reconocer en su vecino de teatro, mal educado y algo loco, un candor igual al suyo y una bondad varonil cuyo solo recuerdo era para ella un beneficio. Las críticas que había oído acerca de él, no disminuían la confianza que Cristóbal le había inspirado. Víctima a su vez, no dudaba de que él fuese también otra víctima que sufría como ella y desde hacía más largo tiempo, a consecuencia de la perversidad de aquella gente que lo ultrajaba. Y como había tomado la costumbre de olvidarse de sí misma para pensar en los demás, la distraía un poco de su propio pesar la idea de lo que Cristóbal había debido sufrir. Por nada del mundo hubiera intentado verle o escribirle, se lo prohibía un sentimiento de pudor y de altivez. Suponía que él ignoraba el daño que le había causado y, movida por su bondad, deseó que siguiese ignorándolo largo tiempo.

Partió, pues. Quiso la casualidad que, a una hora de distancia de la ciudad, se cruzase el tren en que iba con el que conducía a Cristóbal, procedente de una ciudad inmediata donde había pasado el día.

Desde sus vagones, que estuvieron parados durante algunos minutos uno junto a otro, se vieron los dos en medio del silencio de la noche y no se hablaron. ¿Qué hubieran podido decirse sino palabras vulgares? Hubieran profanado el sentimiento indefinible de piedad común y de simpatía misteriosa que en ambos había nacido y que sólo tenía por base la certitud de su visión



interior. En aquel último instante en que, desconocidos el uno para el otro, se estuvieron mirando, se vieron ambos como ninguno de los que vivían con ellos los habían visto jamás. Todo pasa: el recuerdo de las palabras, de los besos y de las caricias de los enamorados; pero el contacto de almas que se han reconocido y tocado una sola vez entre la multitud de formas efímeras, no se borra nunca. Antonietta se lo llevó en el secreto de su corazón, aquel corazón lleno de tristezas; pero en cuyo centro sonreía una luz velada que parecía difundir suave claridad, una luz pálida y tierna semejante a la que baña las sombras del *Elíseo* de Gluck.

569

\* \* \*

Volvió a ver a Olivier. Ya era tiempo de que tornase, pues su hermano acababa de caer enfermo, y aquel muchacho enfermo y atormentado, que temblaba ante la enfermedad, ahora que se hallaba realmente enfermo, se negaba a escribir a su hermana para no inquietarla. Mentalmente la llamaba y la imploraba como un milagro.

Cuando esto se produjo, se hallaba acostado en la enfermería del liceo, con fiebre y delirando. No gritó al verla. ¡Cuántas veces se había forjado la ilusión de que la veía entrar!... Se irguió en la cama con la boca abierta, temblando ante la idea de que fuese una ilusión más. Y cuando la vio sentada a su cabecera, cuando ella lo hubo estrechado entre sus brazos y él a su vez a ella entre los suyos; cuando sintió bajo sus labios las mejillas delicadas de su hermana y en sus manos las manos heladas por una noche de viaje; cuando estuvo seguro de que era en realidad su hermana, su niña, se echó a llorar. Era lo único que sabía hacer: parecía que el tiempo no había pasado por él, y seguía siendo tan niño como en su infancia. La estrechaba de nuevo contra su seno por miedo de que se le escapase. ¡Cuán cambiados estaban ambos! ¡Qué triste cara tenían!... ¡No importa! Habían vuelto a reunirse, todo se tornaba luminoso, la enfermería, el liceo y la oscuridad del día. Ya estaban juntos y no volverían a separarse más. Antes de que ella le dijese una palabra, la hizo jurar que no

volvería a partir. No tenía necesidad de hacérselo jurar: no, no volvería a partir; habían sido demasiado desgraciados separados uno de otro; su madre tenía razón: todo valía más que la separación. Hasta la miseria y hasta la muerte, con tal de que la padeciesen juntos.

Se apresuraron a alquilar un cuarto. Hubieran querido volver a ocupar su antigua vivienda, por fea que fuese; pero 570 estaba ya ocupada. El nuevo cuarto daba también a un patio; pero por encima de una pared se divisaba la copa de una humilde acacia y no tardaron en apegarse a ella como a un amigo del campo, preso como ellos en medio de las piedras de la ciudad. Olivier recobró rápidamente la salud, o lo que en él solía pasar por tal —porque lo que en él era salud, en otro más fuerte hubiera parecido enfermedad—. La triste permanencia de Antonieta en Alemania le había producido por lo menos algún dinero, al que se agregó el importe de la traducción de un libro alemán que un editor consintió en aceptar. Por algún tiempo se hallaban libres de inquietudes materiales; todo iría bien, con tal que Olivier fuese recibido a fin de año. Pero, ¿y si no lo era?

Se apoderó nuevamente de ellos la obsesión del examen, tan pronto como se habituaron a la dulzura de vivir juntos. Evitaban hablar de él; pero, por más que hacían, siempre volvían al mismo asunto. Esta idea fija los perseguía constantemente hasta cuando trataban de distraerse: en el concierto, surgía bruscamente en medio de un trozo de música; por la noche, cuando se despertaban, se abría ante ellos como un abismo. Al ardiente deseo de aliviar a su hermana y de corresponder al sacrificio que había hecho de su juventud, se agregaba en Olivier el terror del servicio militar, que no podría evitar, si era rechazado —en aquel tiempo la admisión a las grandes Escuelas servía todavía de dispensa para el servicio militar—; le inspiraba una repugnancia invencible la promiscuidad física y moral y esa especie de degradación intelectual que, con razón o sin ella, veía en la vida de cuartel. Se rebelaba contra semejante obligación todo lo que en él había de aristocrático y de virginal: no estaba seguro de que no hubiese preferido la muerte. Es éste un sentimiento, que es hoy

lícito tomar a broma y hasta condenar, en nombre de una moral social que, por el momento, se ha convertido en una especie de fe. Sin embargo, los que lo nieguen están ciegos: no hay nada más profundamente arraigado que ese sufrimiento de la soledad moral violada por el comunismo generoso y grosero de hoy día.

Empezaron de nuevo los exámenes. Olivier estuvo a punto de no poder tomar parte en ellos: estaba indispuerto, y tenía tanto miedo de las angustias porque tendría que pasar, fuese o no recibido, que casi hubiera deseado caer enfermo de veras. Salió bastante bien esta vez en el ejercicio escrito. Pero le fue muy duro esperar los resultados de la admisibilidad. Según uso inmemorial del país de la Revolución, que es el país más rutinario del mundo, los exámenes tienen lugar durante los días más tórridos del año: como si tuviese la intención decidida de acabar con los desdichados, abrumados ya por la preparación de programas monstruosos, de los que ninguno de sus jueces sabía la décima parte. Se publicaba el resultado de las composiciones al día siguiente de la fiesta del 14 de julio y de la barahúnda popular, de ese regocijo público tan penoso para los que no están alegres y tienen necesidad de silencio. En la plaza inmediata a la casa se habían instalado algunos feriantes; se oía el chasquido de los tiros, mugían los caballitos del *tiovivo*, movidos al vapor, y machacaban los organillos desde medio día a media noche.

571

Este imbécil estruendo duró ocho días. Después, un Presidente de la República, para granjearse popularidad, concedió a los aulladores media semana más. Después de todo, no le costaba nada, porque no los oía. Pero Olivier y Antonieta, con el cerebro martilleado y dolorido por tanto ruido, obligados a tener constantemente cerradas sus ventanas y a ahogarse en sus estrechas habitaciones, tapándose los oídos y procurando en vano librarse de la punzante obsesión de aquellos estribillos idiotas, que rechinaban desde por la mañana hasta por la noche, y que se les metían en la cabeza a manera de cuchilladas, se crispaban de dolor.

Los exámenes orales empezaban casi inmediatamente después de declarados admisibles los candidatos. Olivier suplicó a

Antonieta que no asistiese a ellos. Ella le esperaba a la puerta, más temblorosa que él. Naturalmente, jamás le dijo su hermano que estaba satisfecho por la manera como había respondido. La atormentaba con lo que había dicho o con lo que había dejado de decir.

572 Llegó el día del resultado final. Los nombres de los candidatos admitidos eran expuestos en un cartel en el patio de la Sorbona. Antonieta no quiso dejar a Olivier que fuese solo. Al salir de casa, pensaron, sin decírselo, que cuando volbiesen ya lo sabrían, y que entonces tal vez echarían de menos aquel minuto de temor durante el cual siquiera tenían esperanza. Cuando divisaron la Sorbona, sintieron que les flaqueaban las piernas. Antonieta, tan valiente, dijo a su hermano:

—No tan de prisa, te lo suplico.

Olivier miró a su hermana, que se esforzaba por sonreír, y le dijo:

—¿Quieres que nos sentemos un momento en este banco?

Hubiera querido no llegar hasta el fin. Pero, al cabo de un instante, ella le estrechó la mano, y dijo:

—No es nada, hijo mío, sigamos.

No encontraron en seguida la lista. Leyeron varias en que no figuraba el nombre de Jeannin. Cuando lo vieron al fin, no comprendieron al principio y lo releieron varias veces, pues les costaba trabajo creerlo. Después, cuando estuvieron completamente seguros de que era cierto, de que Jeannin había sido recibido, no dijeron una palabra y se volvieron a su casa: ella le había cogido el brazo, y lo tenía sujeto por el puño; él se apoyaba en su hermana; casi corrían sin ver nada de lo que pasaba en torno suyo; al atravesar el Bulevar, estuvieron a punto de ser atropellados. No dejaban de repetirse:

—¡Hermano mío!... ¡Hermana mía!...

Volvieron a subir, de cuatro en cuatro, los escalones de su casa y, al hallarse en su cuarto, se echaron uno en brazos de otro. Antonieta cogió a su hermano de la mano y lo llevó ante las fotografías de su padre y de su madre, que tenía junto a su cama en un rincón de su habitación que era como su santuario; se arrodilló con él ante aquellas queridas imágenes y oraron y lloraron en silencio.

Antonieta quiso que les sirvieran de fuera una buena comida; pero ninguno de los dos la tocó, pues no tenían hambre. Pasaron la velada, Olivier arrodillado a los pies de su hermana o sentado en sus rodillas y haciéndose acariciar como un niño. Apenas hablaban. Les faltaban fuerzas para ser felices y estaban como rendidos. Se acostaron antes de las nueve y durmieron con un sueño pesado.

Al día siguiente, Antonieta se sentía muy mal de la cabeza, pero, ¡qué peso se le había quitado de encima del corazón! Le parecía a Olivier que al fin respiraba por primera vez. Estaba salvado, ella lo había salvado y había llevado a cabo su empresa; y él, ¡no se había mostrado indigno de lo que su hermana esperaba de él!... Por primera vez desde hacía años se abandonaron a la pereza. Hasta el medio día se quedaron en la cama, hablando, pues habían dejado abierta la puerta de comunicación; se veían en un espejo, contemplaban su rostro feliz y como abotagado por el cansancio; se sonreían y se enviaban besos, volvían a quedarse adormilados, y se veían dormir molidos y rendidos sin tener apenas fuerzas para dirigirse otra cosa que cariñosos monosílabos.

\* \* \*

Antonieta no había dejado de economizar sueldo a sueldo, a fin de tener algunos ahorros para tener de que echar mano en caso de enfermedad. No había dicho a su hermano la sorpresa que le preparaba. Al día siguiente de su examen, le anunció que iban a pasar un mes en Suiza, para desquitarse ambos de sus años de trabajo. Ahora que Olivier estaba seguro de pasar tres años en la Escuela Normal a expensas del Estado, y de hallar un empleo, al salir de la escuela, podían hacer locuras y gastar todo lo que habían ahorrado. Olivier lanzó gritos de alegría ante semejante noticia. Antonieta fue más feliz aún que él, primero por la felicidad de su hermano, y segundo con el pensamiento de que al fin iba a disfrutar del campo que tanto echaba de menos.

Los preparativos de viaje fueron un asunto muy serio, pero les preocupaban el mayor placer. Ya estaba bastante adelantado

el mes de agosto cuando partieron. Estaban poco acostumbrados a viajar. Olivier no durmió la noche antes, ni tampoco durmió la noche que pasó en el tren. Todo el día había tenido miedo de que llegasen tarde. Habían acudido febrilmente a la estación donde se habían visto atropellados por la muchedumbre de viajeros y habían sido amontonados en un departamento de segunda clase donde ni siquiera podían echarse de codos para dormir: —Es éste uno de los privilegios de que las Compañías francesas, tan eminentemente democráticas, se desviven por privar a los viajeros que no son ricos a fin de que, los que lo son, tengan el placer de pensar que son los únicos en gozar de tal privilegio—. Oliver no cerró los ojos un momento: no estaba aún seguro de que habían tomado el verdadero tren y escudriñaba con cuidado el nombre de cada estación. Antonieta dormitaba a medias y se despertaba sin cesar; los traqueteos del vagón hacían oscilar a un lado y a otro su cabeza. Olivier la contemplaba a la luz de la lámpara funeraria que brilla en la cima de esos sarcófagos ambulantes; y le llamó de pronto la atención la alteración de sus facciones. Tenía profundas ojeras; la boca, de dibujo infantil, se entreabría con cansancio; la tez había tomado tonos amarillentos y se notaban algunas ligeras arrugas acá y acullá en las mejillas, como huellas de los tristes días de luto y de desilusiones. Parecía envejecida y enferma. ¡Estaba la pobre tan fatigada! A decir verdad, si se hubiera atrevido, hubiera retrasado el viaje. Pero no hubiera consentido en aguar el placer de su hermano; quería persuadirse de que su mal sólo era debido a la fatiga y que en el campo se repondría. ¡Ah! ¡Cuánto miedo sentía de ponerse enferma estando en camino! Echó de ver que su hermano la miraba y haciendo un esfuerzo por salir del embotamiento que la abrumaba, abrió nuevamente los ojos, aquellos ojos tan jóvenes, tan claros, tan lípidos, por los que de vez en cuando pasaba una angustia involuntaria como las nubes que pasan por un pequeño lago. Le preguntó en voz baja con tierna inquietud, cómo se sentía: ella le estrechó la mano y le aseguró que estaba bien. Una palabra de cariño bastaba para reanimarla.

Por lo demás, cuando el alba empezó a colorear los amarillentos campos que hay entre Dôle y Pontarlier, el espectáculo de la tierra que se despertaba, el alegre sol que se alzaba en el horizonte —aquel sol que parecía huir como ellos de la prisión de las calles, de las casas polvorientas y de los humos grasos de París—; las praderas ondulantes que envolvía un ligero vaho, blanco como la leche; los más insignificantes detalles del camino: un campanario de aldea, un hilillo de agua apenas entrevisto, una línea azul de colinas que flotaba en el fondo del horizonte; el toque de oraciones casi imperceptible y conmovedor, que les llevaba el viento desde lejos al pararse el tren en medio del campo adormecido; las graves siluetas de un rebaño de vacas que soñaban en un ribazo encima del camino, todo absorbía la atención de Antonieta y la de su hermano, todo les parecía nuevo. Eran como dos árboles agostados por la sequía, que beben con delicia el agua del cielo.

Ya de mañana llegaron a la aduana suiza, donde hubo que bajarse. La estación estaba en campo raso. No se sentían muy bien a causa de la mala noche, y la húmeda frescura de la mañana les hacía tiritar; pero el tiempo estaba tranquilo, el cielo puro, y subía en torno de ellos el aliento de las praderas deslizándose por su boca, su lengua y su garganta hasta el fondo del pecho, como un arroyuelo; de pie, junto a una mesa, al aire libre, tomaron el café caliente que reanima, con la leche espesa y dulce, como la miel, que despedía el agradable olor de la hierba y de las flores del campo.

Subieron en los vagones suizos, cuya disposición, nueva para ellos, les produjo un placer infantil. Pero, ¡que cansada estaba Antonieta! No se explicaba el malestar que la dominaba. ¿Por qué le parecía todo aquello en torno suyo tan lindo y tan interesante y, sin embargo, le producía en el fondo tan escaso placer? ¿No era aquello lo que había soñado desde hacía tantos años: un agradable viaje, con su hermano a su lado, en medio de la amable naturaleza, y libres de cuidados en cuanto al porvenir? ¿Qué le ocurría, pues? Se lo reprochaba y hacía esfuerzos por admirar y por participar de la alegría cándida de su hermano.

Se detuvieron en Thun. Debían partir al día siguiente por la mañana para la montaña. Pero, durante la noche, Antonieta se sintió acometida de una gran fiebre con vómitos y dolores de cabeza. Olivier perdió en seguida la suya y pasó la noche con la mayor inquietud. Había que llamar a un médico apenas amaneciera: un aumento de gastos no previsto y que no era de despreciar tratándose de una bolsa no muy llena. El médico no halló nada grave por el momento, sino una extremada fatiga y una constitución muy debilitada. No era cosa de continuar el viaje en seguida. El doctor prohibió a Antonieta que se levantase en todo el día y dio a entender que tal vez tendrían que permanecer algún tiempo más en Thun. Se hallaban desolados —aunque contentos en medio de todo, de salir del paso a tan poca costa, después de los temores que habían tenido—. Pero era muy duro haber ido de tan lejos para quedarse encerrados en una mala habitación de hotel donde daba el sol ardiente como en un invernadero. Antonieta se empeñó en que su hermano fuese a dar un paseo. No se alejó mucho del hotel; vio el Aar con su hermoso vestido verde y divisó, allá en las lejanías del horizonte, una cima blanca, que parecía flotar: sintiose trastornado de alegría, pero de una alegría que necesitaba compartir. Volvió precipitadamente a la habitación de su hermana y le contó lleno de emoción lo que acababa de ver; y como ella se admiraba de que hubiese vuelto tan pronto y lo incitaba a pasearse de nuevo, le dijo como en otro tiempo, cuando había vuelto del concierto del Châtelet:

—No, no. Es demasiado hermoso: me hace daño verlo sin ti.

Este sentimiento no ofrecía nada nuevo para ellos: sabían que para estar completos necesitaban estar juntos. Pero siempre era bueno hacérselo repetir. Estas cariñosas palabras hicieron más provecho a Antonieta que todas las medicinas. Sonreía ya feliz y llena de languidez. Después de pasar una buena noche, aunque no fuese muy prudente ponerse en marcha, decidió que saldrían temprano sin avisar al médico, el cual se hubiera empeñado en retenerlos aún. El aire puro y el placer de contemplar todas aquellas bellezas juntas, hicieron que no tuviese que pagar cara aquella imprudencia, y llegaron, sin más contratiempo, al



fin de su viaje, una aldea en la montaña, encima del lago, a alguna distancia de Spiez. Allí pasaron tres o cuatro semanas en un hotelito. Antonietta no volvió a tener ningún nuevo ataque de fiebre; pero no se acabó de reponer. Sentía siempre un peso insopor-  
table en la cabeza, y un continuo malestar. Olivier le preguntaba con frecuencia acerca de su salud; hubiera querido verla menos pálida; pero se sentía embriagado por la belleza del paisaje y, por instinto, echaba lejos de sí todo pensamiento triste; cuando ella le aseguraba que se hallaba perfectamente bien, quería creerlo aunque estuviese seguro de lo contrario. Por otra parte, gozaba ella en alto grado con la exuberancia de su hermano, y le hacía mucho bien el aire y sobre todo el descanso. ¡Qué bueno era descansar al fin al cabo de tan terribles años!

577

Olivier quería que lo acompañase en sus paseos y para ella hubiera sido una felicidad el tomar parte en ellos; pero más de una vez después de haberse puesto en marcha animosamente, se había visto obligada a detenerse, al cabo de veinte minutos, falta de aliento y con el corazón desfallecido. Entonces hacía él solo sus excursiones, ascensiones inofensivas, pero que la tenían muy intranquila hasta que volvía. Otras veces daban juntos cortos paseos: apoyada ella en su brazo, andaban despacio, hablando ambos; él sobre todo se había vuelto muy locuaz; reía, le daba cuenta de sus proyectos y le contaba cosas de risa. Desde la mitad de la cuesta que domina el valle, veían las nubes blancas reflejarse en el inmóvil lago, y nadar los barquichuelos como insectos sobre la superficie de una charca; aspiraban el aire tibio y la música de las campanillas de los rebaños que el viento les llevaba, en sus oleadas, desde muy lejos, envuelto en el olor de los henos segados y de la resina caliente. Y soñaban juntos en el pasado, en el porvenir y en el presente, que les parecía el menos real y más embriagador de los sueños. Antonietta se dejaba a veces dominar por el infantil buen humor de su hermano: jugaban a perseguirse y a echarse en la hierba. Y un día, la vio él reír, como en otro tiempo, cuando eran niños, con aquella risa bondadosa y alocada de niña libre de cuidados, risa transparente como el agua de un manantial y que hacía años no había vuelto a oír.

Pero con más frecuencia, no resistía Olivier al placer de dar largas caminatas. Sentía después algún remordimiento; más tarde debía reprocharse el no haber aprovechado bastante las cariñosas conversaciones con su hermana. Hasta en el hotel, la dejaba con frecuencia sola. Había en el hotel un pequeño círculo de jóvenes de ambos sexos; al principio se habían mantenido lejos de él. Más tarde, Olivier, tímido y atraído por ellos, se había unido al grupo. ¡Había tenido tan pocos amigos! —fuera de su hermana, no había conocido sino a sus groseros camaradas de Liceo y, a las queridas de éstos, que le inspiraban repugnancia—. Era muy agradable para él hallarse en medio de muchachos y muchachas de su edad, bien educados, amables y alegres. Aunque era muy huraño, tenía una curiosidad cándida, un corazón sentimental y castamente sensual, que se sentía hipnotizado por todas aquellas llamitas paliduchas y temblorosas que brillaban en los ojos femeninos. Él mismo, a pesar de su timidez, podía agradar. La cándida necesidad que sentía de amar y ser amado le comunicaba, sin que él se diera cuenta de ello, una gracia juvenil, y le hacía encontrar frases, gestos y atenciones afectuosas que resultaban más llenas de atractivo por su misma timidez. Tenía el don de la simpatía. Aunque su inteligencia, que se había hecho muy irónica en la soledad, le hizo ver algo de la vulgaridad de la gente y de sus defectos, que, con frecuencia, le inspiraban odio; cuando estaba en su compañía no veía más que sus ojos, en los que se leía la expresión de un ser que moriría algún día, de un ser que sólo poseía una vida, como él, y que, como él también, acaso la perdería muy pronto, entonces le inspiraba aquel ser un afecto involuntario; por nada del mundo hubiera consentido en aquel momento en hacerle sufrir; quisiera o no, tenía que ser amable con él. Era débil, y esto sólo bastaba para hacerle amable “en sociedad”, la cual perdona todos los vicios y hasta todas las virtudes, excepto una sola: la fortaleza, que es la condición de todas las demás.

Antonietta no se mezclaba con aquellos jóvenes de su edad. La paralizaban su salud, el cansancio y un abatimiento moral que no tenía causa aparente. En el curso de aquellos largos años de desvelos y encarnizado trabajo, que gastan el alma y el cuerpo, se

habían trocado los papeles entre su hermano y ella; ¡se sentía ahora lejos del mundo, lejos de todo, y tan lejos!... No podía volver a él; todas aquellas conversaciones, aquel ruido, aquellas risas y aquellos intereses mezquinos, le causaban fastidio y cansancio y hasta casi la ofendían. Le causaba pena el ser así: hubiera querido parecerse a aquellas otras jóvenes, sentir interés por lo que las interesaba y reír por lo que les hacía reír... ¡No le era ya posible!... Tenía el corazón oprimido y le parecía que estaba ya muerta. Por la noche se encerraba en su cuarto y con frecuencia ni siquiera encendía la luz; permanecía sentada en la oscuridad, mientras Olivier se divertía, abajo, en el salón, abandonándose a la dulzura de uno de esos amorcillos románticos, a que tan aficionado era. Ella no salía de su embotamiento sino cuando lo oía subir riendo y charlando aún con sus amigas cambiando interminables despedidas y saludos en sus puertas, sin decidirse a separarse de ellas. Entonces, sonreía Antonieta en medio de la oscuridad y se levantaba para encender la luz eléctrica. La risa de su hermano la reanimaba.

Avanzaba el otoño y el sol iba empalideciendo. La naturaleza parecía agostarse. Bajo el manto de brumas y nubes de octubre, se amortiguaron los colores, cubrió la nieve las alturas y la niebla el llano. Los viajeros fueron desfilando uno a uno o en bandadas. Entonces, llegó la tristeza de ver partir a los amigos, aún a los indiferentes y, más que todo, la de ver acabarse el estío, tiempo tranquilo y de dicha que había sido como oasis en la vida. Dieron juntos su último paseo por el bosque, a lo largo de la montaña, un nublado día de otoño. No hablaban; pero soñaban algo melancólicos, estrechándose uno contra otro envueltos en sus abrigo con el cuello levantado y mutuamente enlazados sus dedos. Se callaban los húmedos bosques llorando en silencio. Se oía en el fondo el suave y quejumbroso grito de un pájaro solitario que sentía aproximarse el invierno. Tintineaba en medio de la niebla la campanilla de un rebaño, casi imperceptible allá a lo lejos, como si resonase en el fondo de sus pechos.

Volvieron a París tristes y Antonieta no había recobrado la salud.



580

Era preciso ocuparse en el ajuar que Olivier debía llevar a la escuela. Antonieta empleó en ellos sus últimas economías, y hasta vendió en secreto algunas joyas. ¿Qué importa? ¿No se lo pagaría él más tarde? Además, tenía ella tan pocas necesidades una vez que se quedara sola... No quería pensar en lo que sucedería cuando él no estuviese a su lado; trabajaba en el ajuar con toda la cariñosa ternura que profesaba a su hermano y como si tuviese el presentimiento de que sería lo último que hiciese para él.

Los últimos días que tenían que pasar juntos, no se separaban ni un momento; tenían miedo de perder un solo instante. La última noche, permanecieron hasta muy tarde junto a la lumbre. Antonieta estaba sentada en la única butaca del cuarto y Olivier en un taburete a sus pies, haciéndose acariciar según su costumbre de niño mimado. Le inspiraba curiosidad y cuidado la nueva vida que iba a empezar. Antonieta no dejaba de pensar que estaba a punto de acabar su querida intimidad y se preguntaba con terror qué sería de ella. Como si él se propusiese hacer más cariñoso que aquella última noche, con la coquetería instintiva e inocente de esos seres que esperan la hora de la partida para mostrar todo lo mejor y lo más encantador que hay en ellos. Se sentó al piano y le tocó durante largo rato las páginas que más les gustaban de Mozart y de Gluck, esas visiones de tierna felicidad y de serena tristeza, a las que en tanto grado se hallaba asociada su vida pasada.

Llegada la hora de la separación, Antonieta acompañó a Olivier hasta la puerta de la escuela. Al volver, se halló sola de nuevo. Pero no era ya, como durante el viaje a Alemania, una separación a la que ella misma podía poner término, cuando no le fuera posible soportarla. Esta vez se quedaba ella y partía él por largo tiempo y tal vez por toda la vida. Sin embargo, era tan maternal que, pasado el primer momento, pensó más en él que en sí misma; se preocupaba de los primeros días que había de pasar en una vida tan diferente para él, de las novatadas de la escuela, y de esas ligeras e inofensivas molestias que adquieren fácilmente

inquietadoras proporciones en el cerebro de la gente que vive sola y que tiene por costumbre atormentarse por lo que ama. Este cuidado produjo por lo menos el beneficio de distraerla un poco en medio de su soledad. Pensaba ya en la media hora durante la cual podría verle, al día siguiente, en el locutorio. Llegó un cuarto de hora antes. Se mostró él muy amable con ella; pero enteramente preocupado y divertido con todo lo que había visto. Los días siguientes, en los cuales acudía ella siempre llena de inquieta ternura, se fue marcando más el contraste entre lo que eran aquellos momentos de conversación para él y para ella. Para ella constituían toda su vida. Él amaba, seguramente, mucho a Antonieta; pero no era posible exigirle que pensase únicamente en ella del mismo modo que ella pensaba en él. Una o dos veces llegó tarde al locutorio. Otro día, habiéndole preguntado ella si se fastidiaba, respondió que no. Eran pequeñas puñaladas asestadas al corazón de Antonieta. Sentía ella ser calificada de egoísta, sabía muy bien que sería absurdo, malo, y hasta contrario a la naturaleza el que él no pudiese pasar sin ella ni ella sin él, y el que no tuviese otro objetivo en la vida. Todo eso lo sabía; pero, ¿de qué le servía saberlo? No era culpa suya si, al cabo de diez años, había concentrado su vida entera en su hermano, que era su único pensamiento.

Ahora, que se veía privada de este único interés de su vida, no le quedaba ya nada.

Intentó reanudar animosamente sus ocupaciones y entregarse a la lectura, a la música y a sus queridos libros... ¡Dios mío! ¡Qué vacíos le parecían sin él Shakespeare y Beethoven! Si, seguramente era aquello hermoso... pero él no estaba a su lado. ¿De qué sirven la bondad y hasta la alegría si no puede uno gustar el efecto que producen en el *otro*?

Si hubiera sido más fuerte, hubiera procurado rehacer por completo su vida y señalarle otro objetivo. Pero no tenía fuerzas. Desde el momento que nada la obligaba ya a mantener a toda costa el esfuerzo de voluntad que se había impuesto, se anuló éste por completo: cayó enferma. La enfermedad que se iba desarrollando en ella desde hacía más de un año y que su energía

lograba contener, halló en adelante el campo libre. Sola, en su casa, pasaba las noches atormentándose junto a la lumbre apagada; no tenía valor para volverla a encender ni siquiera fuerza para acostarse; permanecía sentada hasta media noche, medio adormecida, soñando y tiritando. Recordaba toda su vida, se veía de nuevo en medio de sus queridos muertos y veía sus ilusiones destruidas; se apoderaba de ella una horrible tristeza al pensar en su juventud perdida, sin amor y sin esperanza de amor. Era aquel un dolor sordo, oscuro, callado... La risa de un niño en la calle, su andar vacilante en el piso de encima... Aquellos piecillos parecía que andaban sobre su corazón. La asaltaban dudas y malos pensamientos, que eran el contagio del alma de aquella ciudad de egoísmo y de placer en su alma debilitada. Luchaba con estos pensamientos y se avergonzaba de ciertos deseos que juzgaba criminales; no podía comprender lo que la hacía sufrir y lo atribuía a sus malos instintos. La pobre Ofelia, roída por un mal misterioso, sentía con horror subir del fondo de su ser el soplo perturbador y brutal que sube de las profundidades de la vida. No trabajaba y había abandonado la mayor parte de sus lecciones. Ella, que era tan valiente y tan madrugadora, se quedaba a veces en la cama hasta por la tarde; ya no tenía motivo para levantarse ni para acostarse, comía apenas o no comía nada.

Únicamente los días en que su hermano tenía asueto —el jueves por la tarde y el domingo por la mañana—, hacía un esfuerzo por mostrarse con él como siempre.

Él no echaba de ver nada. Le divertía o le distraía demasiado su vida nueva para observar con atención a su hermana. Se hallaba en ese período de la juventud en que cuesta trabajo entregarse y en que parece uno indiferente a las cosas que antes nos causaban impresión y que nos han de conmover más tarde. Las personas de alguna edad parecen a veces tener impresiones más frescas y goces más cándidos, acerca de la naturaleza y de la vida, que los jóvenes de veinte a treinta años. En esos casos, suele decirse que los jóvenes son menos jóvenes de corazón y están más hastiados. Generalmente es esto un error. No es que

parezcan insensibles porque están hastiados. Es porque tienen el alma absorbida por las pasiones, las ambiciones, los deseos y las ideas fijas. Cuando el cuerpo está gastado y no hay ya nada que aguarde la vida, vuelven a renacer las emociones desinteresadas, y se abre de nuevo el manantial de las lágrimas infantiles. Olivier se hallaba dominado por mil pequeñas preocupaciones, la más importante de las cuales era una pasioncilla —siempre tenía alguna nueva—, que lo asediaba hasta el punto de ponerle ciego e indiferente para todo lo demás. Antonietta no sabía lo que pasaba en su hermano; veía únicamente que se alejaba de ella. No era toda la culpa de Olivier. A veces se regocijaba de verla y hablarle cuando iba a su casa. Pero entraba y se quedaba helado en seguida. El afecto inquieto y febril con que se colgaba a él, bebía sus palabras y lo colmaba de atenciones; aquel exceso de cariño y de cuidado le quitaba inmediatamente todo deseo de espontanearse. Hubiera debido pensar que Antonietta no se hallaba en su estado normal, pues no había nada más lejos que aquella conducta de la discreción que observaba de ordinario. Pero no reflexionaba en ello. A sus preguntas, oponía un sí o un no muy secos. Se encerraba en su mutismo cuando más empeño ponía ella en hacerla salir de él; es más, a veces la mortificaba con una respuesta brusca. Entonces ella se callaba a su vez, como abrumada. Se pasaba, pues, el día completamente perdido. Apenas había cruzado él el umbral de la casa para volver a la escuela, se sentía inconsolable por su manera de obrar. Durante toda la noche, le atormentaba el pensamiento del pesar que le había causado. A veces le ocurría escribir a su hermana una carta llena de efusión, apenas se hallaba de vuelta en la escuela. Pero al día siguiente por la mañana, cuando la volvía a leer, la rompía. Y Antonietta, que nada de esto sabía, se figuraba que ya no la quería.

\* \* \*

Aún experimentó la joven —si no una última alegría— un postrer estremecimiento de ternura juvenil en que su corazón pareció recobrar la esperanza de la vida como un despertar

desesperado de su fuerza de amor y de su sueño de felicidad. ¡Fue, por otra parte, tan absurdo y tan contrario a su tranquila naturaleza! Para ello fue necesario la turbación en que se hallaba, aquel estado de embotamiento y de sobre excitación, precursor de la enfermedad. Se hallaba en un concierto del Châtelet con su hermano. Como acababa de encargarse de la crítica musical en una modesta revista, se hallaban algo mejor colocados que en otro tiempo, pero en medio de un público mucho más antipático. Tenían traspuntines de orquesta junto al escenario, y debía tocar Cristóbal Krafft. No conocían ni uno ni otra a aquel músico alemán. Cuando ella lo vio aparecer, sintió que toda su sangre afluía a su corazón. Aunque sus ojos fatigados sólo lo vieron como a través de una niebla, le reconoció sin duda alguna cuando entró: reconoció en él al amigo desconocido de los malos días de Alemania. Jamás había hablado de él a su hermano y apenas si había podido hablarse a sí misma, pues todo su pensamiento se había visto después absorbido por los cuidados de la vida. Además, era una joven francesa razonable, que se negaba a admitir un sentimiento oscuro, cuya fuente desconocía y que no tenía porvenir. Encerraba su alma una región de no sospechadas profundidades, donde dormían otros muchos sentimientos, cuya vista le hubiera causado vergüenza; sabía que estaban allí, pero apartaba de ellos la vista merced a una especie de terror religioso hacia aquel ser que se oculta a las investigaciones del espíritu.

Una vez algo repuesta de su turbación, tomó el antejo de su hermano para mirar a Cristóbal. Lo veía de perfil ante el pupitre de director de orquesta y reconoció su expresión violenta y concentrada. Llevaba un frac raído que le sentaba muy mal. Antonieta asistió, muda y helada, a las peripecias de aquel lamentable concierto en que Cristóbal tropezó con la malevolencia no disimulada de un público mal dispuesto en aquel momento en favor de los artitas alemanes y que halló su música insoportable.

Cuando después de una sinfonía sobrado larga, volvió a salir a escena para tocar algunas piezas al piano, fue acogido con exclamaciones burlonas, que no dejaban duda acerca del escaso placer que sentía el público en oírle de nuevo. Empezó,



sin embargo, a tocar en medio del resignado fastidio del público; pero las poco amables observaciones cambiadas en voz alta entre dos espectadores de las últimas galerías, fueron en aumento, para regocijo del auditorio. Entonces interrumpió su música el ejecutante y con una salida propia de un *enfant terrible*, tocó con un dedo el aire de: *Mambrú se va a la guerra* y, levantándose del piano, dijo dirigiéndose al público:

—¡He aquí lo que necesitáis!

585

El público, indeciso un momento acerca de las intenciones del músico, prorrumpió en vociferaciones. Siguió a esto una escena de inverosímil barahúnda. Todos silbaban y gritaban:

—¡Que pida excusas! ¡Que venga a pedir excusas!

La gente, roja de ira, se excitaba procurando persuadirse de que estaba realmente indignada; y tal vez lo estaba, pero, sobre todo, estaba encantada de tener aquella ocasión de hacer ruido y de explayarse como colegiales al cabo de dos horas de clase.

Antonietta no había tenido fuerza para moverse; estaba como petrificada; sus dedos crispados desgarraban en silencio uno de sus guantes. Desde las primeras notas de la sinfonía había previsto claramente lo que iba a pasar; echaba de ver la hostilidad sorda del público, iba sintiendo cómo crecía, leía en Cristóbal, y estaba segura de que no llegaría hasta el fin sin armar un escándalo; lo esperaba con angustia creciente y hubiera hecho todo lo imposible para impedirlo. Cuando llegó, realizó de tal modo sus previsiones, que se sintió como aplastada por una fatalidad contra la que no tenía ningún recurso. Y como seguía mirando a Cristóbal, que fijaba con insolencia su vista en el público, se cruzaron sus miradas. Los ojos de Cristóbal la reconocieron tal vez un segundo; pero en medio de la borrasca que lo arrastraba, su espíritu no la reconoció —hacia mucho tiempo que no pensaba en ella—. Desapareció en medio de los silbidos.

Hubiera querido gritar, decir o hacer algo, pero se sentía encadenada como en una pesadilla. Era un consuelo para ella oír a su hermano, que, sin sospechar lo que pasaba en su interior, había participado de sus angustias y su indignación. Olivier era profundamente músico, y tenía un gusto tan independiente, que

nada hubiera podido hacer mella en él: cuando le gustaba algo, le hubiera importado poco llevarle la contra al mundo entero. Desde los primeros compases de la sinfonía, había sentido algo grande, algo que jamás había encontrado en la vida, y repetía a media voz con ardor profundo:

—¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso!

Mientras que su hermana se apretaba contra él instintivamente, con agradecimiento. Después de la sinfonía, había él aplaudido a rabiar para protestar contra la indiferencia irónica del público. Cuando llegó el gran escándalo, lo puso fuera de sí: se levantó, gritando que Cristóbal tenía razón e interpellando a los que silbaban, parecía tener ganas de batirse: nadie hubiera reconocido entonces a aquel muchacho tímido. Su voz se perdía en medio del ruido; y logró que lo apostrofaran groseramente, que lo tratasen de mocoso y que lo mandasen a acostarse. Antonieta, que conocía la inutilidad de toda rebelión, lo cogió del brazo, diciendo:

—¡Cállate, te lo suplico! ¡Cállate!

Se sentó él desesperado y siguió lamentándose...

—¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso! ¡Qué miserables...!

Ella no decía nada, pero sufría en silencio; la creyó insensible a aquella música y le dijo:

—Pero, ¿es que no encuentras tú esto hermoso, Antonieta?

Ella respondió que sí con una señal. Estaba como paralizada y no podía reanimarse. Pero cuando la orquesta estuvo a punto de empezar otro trozo, se levantó bruscamente, diciendo por lo bajo a su hermano con una especie de odio:

—¡Vente, vente! ¡No puedo ver ya a esa gente!

Partieron precipitadamente. Ya en la calle, cogidos del brazo, Olivier seguía hablando con arrebatos y Antonieta callaba.

\* \* \*

Aquel día y los siguientes, sola en su habitación, se hallaba como embebida en una especie de sentimiento, que no quería mirar de frente pero que persistía a través de todos sus pensamientos, como el latido sordo de la sangre en las sienas que le hacían daño.

Algún tiempo después le llevó Olivier la colección de los *lieder* de Cristóbal, que acababa de descubrir en casa de un editor. La abrió a la aventura. En la primera página que miró, leyó al frente de un trozo esta dedicatoria en alemán:

“A mi pobrecita querida víctima”.

Y debajo había una fecha.

587

Ella conocía perfectamente aquella fecha, y experimentó tal turbación que no pudo continuar. Dejó el cuaderno, y, rogando a su hermano que tocara, fue a encerrarse en su habitación. Entregado por completo al placer de aquella música nueva, se puso Olivier a tocar, sin echar de ver la emoción de su hermana. Antonieta, sentada en la habitación de al lado, comprimía los latidos de su corazón. De pronto se levantó y buscó en su armario un cuadercito de notas de gastos para encontrar la fecha de su salida de Alemania y la fecha misteriosa. Lo sabía de antemano: era en verdad la noche de la representación a que ella asistió con Cristóbal. Se acostó en su cama y cerró los ojos ruborizada, oprimiéndose el pecho con las manos y escuchando aquella música querida. Su corazón se hallaba inundado en agradecimiento... ¡Ah! ¿Por qué le hacía tanto daño la cabeza?

No viendo Olivier reaparecer a su hermana, entró en su habitación, cuando acabó de tocar, y la halló echada. Le preguntó si estaba enferma; dijo ella que sentía algún cansancio y se levantó para hacerle compañía. Hablaron, pero no respondía inmediatamente a sus preguntas; se decía que volvía de muy lejos; sonreía, se ruborizaba y se excusaba con un fuerte dolor de cabeza que la ponía tonta. Al fin partió Olivier. Ella le pidió que le dejase el cuaderno de melodías. Se quedó largo tiempo sola durante la noche, leyéndolas en el piano, sin tocar, rozando apenas una que otra nota muy suavemente, por miedo de que se quejasen sus vecinos. La mayor parte del tiempo, ni siquiera leía, sino que soñaba; se sentía arrastrada por un impulso de gratitud y de cariño hacia aquella alma que había tenido piedad de ella, que había leído en el fondo de su ser con la intuición misteriosa

de la bondad. No lograba fijar sus pensamientos. Se sentía feliz y triste. ¡Triste! ¡Ah! ¡Cuánto daño le hacía la cabeza!

588 Pasó la noche en dulces y penosos ensueños, sumida en una melancolía abrumadora. Durante el día, para sacudir su embotamiento, quiso salir un poco. Aunque seguía doliéndole la cabeza, para tener un objeto, fue a hacer algunas compras a un gran almacén. No pensaba en lo que hacía. Constantemente, y sin querer confesarlo, pensaba en Cristóbal. Cuando salía, cansada y terriblemente triste en medio de la multitud, divisó en la acera de enfrente a Cristóbal que pasaba. Él la vio al mismo tiempo. Inmediatamente —fue un movimiento irreflexivo y súbito— extendió las manos hacia él. Cristóbal se paró y la reconoció. Ya se disponía a dejar la acera para llegar adonde estaba Antonieta y ésta se esforzaba por salir a su encuentro. Pero la ola brutal de la muchedumbre la arrastró como una paja, en tanto que un caballo de ómnibus, cayendo sobre el escurridizo asfalto, formaba ante Cristóbal un dique, en el que se estrelló inmediatamente la doble corriente de carruajes, constituyendo, durante algunos instantes, una barrera inexpugnable. Cristóbal, a pesar de todo, se obstinaba en pasar, y se halló cogida, en medio de los carruajes sin poder adelantar ni retroceder. Cuando consiguió desprenderse, al fin, y llegar al sitio en que había visto a Antonieta, ésta se hallaba ya lejos; había hecho inútiles esfuerzos por luchar contra el torrente humano, y, al fin, se resignó, no pudiendo luchar más. Tenía el sentimiento de que pesaba sobre ella una fatalidad que se oponía a su encuentro con Cristóbal, y contra la fatalidad no era posible luchar. Cuando logró salir de entre la multitud, ni siquiera intentó volver atrás. De pronto, se sintió avergonzada; ¿qué se atrevería ella a decirle? ¿Qué había osado hacer? ¿Qué había podido pensar él? Huyó a refugiarse en su casa.

No se sintió tranquila hasta que se vio en ella; pero una vez en su habitación, en medio de la oscuridad, se quedó sentada ante su mesa sin tener ánimo para quitarse el sombrero y los guantes. Se sentía desgraciada por no haber podido hablarle, y, al mismo tiempo, tenía como una luz en el corazón; ya no veía la sombra ni el mal que la iba minando. Recordaba sin cansarse todos los

detalles de la escena que acababa de tener lugar, y los cambiaba, figurándose lo que hubiera ocurrido, si hubiera surgido tal o cual circunstancia. Se veía tendiendo los brazos hacia Cristóbal, contemplaba la expresión de alegría de Cristóbal al reconocerla, y se reía y se ruborizaba. Sin embargo, allí a solas, en la oscuridad de su habitación, donde nadie podía verla, ni apenas podía verse ella misma, le tendía de nuevo los brazos. ¡Ah!, no podía dominarse: se sentía desaparecer y procuraba agarrarse instintivamente a la poderosa vida que pasaba a su lado y que había tenido para ella una mirada de bondad. Su corazón, lleno de ternura y de angustia, le gritaba, en medio de la noche:

—¡Socorro! ¡Salvadme!

Se irguió, llena de fiebre, para encender la lámpara y para tomar papel y pluma. En seguida se puso a escribir a Cristóbal. Jamás hubiera pensado en tal cosa aquella doncella ruborosa y altiva si no se hubiese sentido presa de la enfermedad. No sabía lo que escribía. No era dueña de sus acciones. Lo llamaba y le decía que lo amaba... En medio de su carta, se detuvo espantada. Quiso rehacerla, pero se había desvanecido el impulso que la movía. Sentía su cabeza vacía y ardorosa: le costaba un trabajo horrible el hallar las palabras, y la abrumaba la fatiga. Estaba avergonzada... ¿Para qué todo aquello? Sabía muy bien que se forjaba ilusiones y que jamás enviaría aquella carta... Aun cuando hubiese querido hacerlo, ¿cómo se hubiera arreglado para que llegase a sus manos? No conocía las señas de Cristóbal... ¡Pobre Cristóbal! ¿Y qué podía hacer por ella aun cuando lo supiese todo y aunque se sintiese animado de los mejores sentimientos?... Era demasiado tarde. No, no, todo era inútil; aquello era el último esfuerzo del ave que se ahoga y que bate las alas desesperadamente. Había que resignarse.

Permaneció largo rato aún ante la mesa, absorta, sin poder arrancarse de su inmovilidad. Era más de media noche cuando se levantó penosa y animosamente. En virtud de un hábito maquina, metió los borradores de su carta en un libro de su modesta biblioteca, por no tener valor ni para guardarlos ni para romperlos. Después se acostó tiritando de fiebre. Se descubría

ante sus ojos la clave del enigma: sentía cumplirse la voluntad de Dios y su alma se veía invadida por una paz inmensa.

\* \* \*

590 El domingo por la mañana, al llegar Olivier de la escuela, halló a Antonieta en cama con algo de delirio. Se llamó a un médico, el cual diagnosticó una tisis aguda.

Antonieta se había dado cuenta de su estado en los últimos días; había descubierto al fin la causa de la turbación moral que le producía espanto. Para la pobre niña, que se avergonzaba de sí misma, era casi un alivio pensar que de todo aquello tenía la culpa la enfermedad sin que su voluntad entrase por nada. Había tenido la fuerza suficiente para adoptar algunas precauciones, para quemar sus papeles y preparar una carta para la señora Nathan: le suplicaba que se dignase velar por su hermano en las primeras semanas después de su “muerte” —no se atrevía a escribir esta palabra—. El médico no pudo hacer nada: el mal era demasiado violento y la constitución de Antonieta se hallaba gastada hasta más no poder por tantos años de excesivas fatigas.

Antonieta estaba tranquila. Desde el momento que se sintió perdida, se vio libre de angustias. Recordaba todas las pruebas que había sufrido, veía de nuevo la obra realizada, a su querido Olivier salvado, y penetrada de una inefable alegría, se decía a sí misma:

—Yo he hecho todo eso.

Pero inmediatamente se reprochaba su orgullo y añadía:

—Yo sola no hubiera podido. Dios me ha ayudado.

Y daba gracias al Señor por haberle concedido poder vivir hasta realizar su empresa. Algo le contristaba la idea de morir tan joven, pero no osaba quejarse: sería una ingratitud para con Dios, el cual hubiera podido llamarla mucho antes. ¿Y qué habría sucedido si ella hubiese muerto un año antes? Suspiraba y se humillaba con agradecimiento. A pesar de su opresión no se quejaba, salvo durante su pesado sueño, en el cual gemía, a veces, como un niño. Contemplaba las cosas y los seres con sonrisa resignada. La vista de Olivier era para ella una alegría perpetua. Le llamaba con los

labios sin poder hablar, le gustaba tener su mano entre las suyas y que posase su cabeza en la almohada junto a ella y, con los ojos fijos en los de su hermano, lo miraba largamente en silencio. Por último, se incorporaba, estrechando su cabeza entre sus manos, y decía:

—¡Ay Olivier!... ¡Olivier!...

Se quitó del cuello la medalla que llevaba y se la puso a su hermano.

Recomendó su querido Olivier a su confesor, a su médico y a todo el mundo. Se comprendía bien que en adelante vivía en él, y que, a punto de morir, se refugiaba en aquella vida como en una isla. Había momentos en que, como embriagada por una exaltación mística de ternura y de fe, no sentía ya su mal, y la tristeza se había convertido en una alegría verdaderamente divina que resplandecía en su boca y en sus ojos y que lo hacía repetir:

—Soy feliz...

Poco a poco, iban embotándose sus facultades. En los últimos instantes de conciencia, se agitaban sus labios como si rezase alguna cosa. Olivier llegó a su cabecera y se inclinó sobre ella. Lo reconoció todavía y le dirigió una débil sonrisa; sus labios seguían moviéndose, sus ojos estaban llenos de lágrimas. No se oía lo que quería decir... Pero al fin acabó Olivier por percibir, como un soplo, estas palabras de la antigua y querida canción, que tanto él como ella habían cantado muchas veces:

*I will come again, my sweet and bonny,  
I will come again.*

(“Volveré, amado mío, volveré”).

Después cayó de nuevo en su desmayo y no volvió a salir de él.

\* \* \*

Inspiraba, sin saberlo, profunda simpatía a muchas personas, a quienes ni siquiera conocía: por ejemplo en su propia casa donde ni siquiera conocía de nombre a los inquilinos.

Olivier recibió pruebas de simpatía y de compasión por parte de personas que le eran extrañas. El entierro de Antonieta no fue solitario como lo había sido el de su madre.

592 Siguieron su cadáver hasta el cementerio amigos y camaradas de su hermano, antiguos discípulos, seres ante los que había pasado muda sin revelar una palabra de su vida, y que nada le decían, pero que la admiraban en secreto conociendo su abnegación; y hasta la gente más pobre, como la asistente que la ayudaba a cuidar su casa en los últimos tiempos, y los humildes tenderos del barrio. Olivier había sido recogido, desde la noche de la muerte de su hermana, por la señora Nathan, que le llevó a su casa y procuró distraerle, a pesar suyo, de su dolor.

Era aquél el único momento de su vida en que le hubiera sido posible resistir a semejante catástrofe, el único en que le hubiera sido permitido entregarse por completo a su desesperación. Acababa de empezar una vida nueva, formaba parte de un grupo y se sentía arrastrado por la corriente a pesar suyo. Las ocupaciones y cuidados de su escuela, la fiebre intelectual, los exámenes, la lucha por la vida, le impedían encerrarse en sí mismo: no podía estar solo. Esto lo hacía sufrir, pero fue su salvación. Un año antes o algunos años después, hubiera sido su perdición.

Sin embargo, se aisló cuanto le fue posible en el recuerdo de su hermana. Tuvo el pesar de no poder conservar el cuarto en que habían vivido juntos, pero no tenía dinero. Esperaba que los que parecían interesarse por él comprenderían la angustia que experimentaba al no poder salvar lo que había sido de su hermana. Pero nadie pareció comprenderle. Con dinero prestado en parte, y en parte ganado con lecciones, alquiló una bohardilla, donde amontonó todos los muebles que cabían: la cama de su hermana, su mesa y su sillón. Allí estableció el santuario de sus recuerdos y allí iba a refugiarse cuando se sentía abatido.

Sus camaradas se figuraban que tenía algún enredo amoroso. En aquel tugurio permanecía durante horas soñando en ella con la frente apoyada en las manos: porque tenía la desgracia de no poseer ningún retrato suyo, sino una pequeña fotografía, sacada en su niñez y en la que estaban ambos juntos. Le hablaba y



lloraba... ¿Dónde estaba? ¡Ah! Si siquiera hubiera estado al otro extremo del mundo, en cualquier sitio, por inaccesible que fuese, ¡con qué alegría, con qué ardor invencible se hubiera lanzado en busca suya, a costa de mil sufrimientos, aunque hubiera tenido que andar con los pies desnudos y caminar durante siglos, con tal que cada uno de sus pasos lo acercase a ella!... Sí, aun cuando sólo hubiera tenido una probabilidad entre mil de llegar a ella... Pero nada... En ninguna parte... ¡Qué soledad lo rodeaba en el presente! ¡Cómo se sentía entregado a la corriente de la vida, falto de experiencia, siendo aún un niño, ahora que no la tenía ya a su lado para amarlo, aconsejarlo y consolarlo!

593

El que ha tenido la dicha de conocer, una vez en el mundo, la intimidad completa y sin límites de un alma amiga, ha conocido la más divina de las alegrías, una alegría que le hará miserable para el resto de su vida...

*Nessum maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*<sup>23</sup>.

La peor de las desgracias para los corazones débiles y tiernos es haber conocido una sola vez siquiera la mayor de las dichas.

Pero, por triste que parezca perder, al principio de su vida, a aquellos a quienes se ama, es menos horrible aún que perderlos más tarde, cuando están ya agostadas las fuentes de la vida. Olivier era joven; y, a pesar de su pesimismo nativo, a pesar de su infortunio, sentía la necesidad de vivir. Como se suele notar con frecuencia después de la muerte de un ser querido, parecía que Antonieta, al morir, había transmitido a su hermano una parte de su alma.

Lo creía él, y, sin tener la fe de Antonieta, se persuadía de un modo oscuro de que su hermana no estaba enteramente muerta y de que vivía en él, según se lo había prometido. Según una creencia común en Bretaña, los que mueren jóvenes no mueren por completo: siguen flotando en los lugares donde vivieron hasta que han terminado la duración normal de su existencia. De esta suerte seguía Antonieta creciendo al lado de Olivier.

23. No hay mayor dolor que acordarse, del tiempo feliz en la miseria.

Releía éste los papeles que había encontrado; pero, por desgracia, su hermana los había quemado casi todos. Por otra parte, no era mujer capaz de escribir un diario de su vida interior. Se hubiera avergonzado de exponer desnudo su pensamiento, por una curiosidad indiscreta y malsana. Solamente tenía un cuadernito de notas, casi incomprensible para quien no fuese ella, una agenda minúscula, en la que había ido inscribiendo, sin ninguna indicación, ciertas fechas, ciertos humildes acontecimientos de su vida diaria que habían sido para ella ocasión de alegría y de emociones, que no tenía necesidad de anotar detalladamente para recordarlas. Casi todas estas fechas se relacionaban con un hecho de la vida de Olivier. Había conservado, sin perder una sola, todas las cartas que él le había escrito. ¡Desgraciadamente él no había sido tan cuidadoso, pues había dejado que se perdieran casi todas las que de ella había recibido! ¿Qué necesidad tenía de cartas? Se figuraba que tendría siempre su hermana a su lado, pues aquella amada fuente de ternura parecía inagotable; se creía seguro de poder refrescar siempre en ella sus labios y su corazón; había despilfarrado con gran imprevisión el amor que de ella había recibido y del que hubiera querido recoger ahora hasta las más insignificantes gotitas... ¡Qué emoción tuvo, cuando, hojeando uno de los libros de poesía de Antonieta, halló en un trozo de papel estas palabras escritas con lápiz!:

“¡Olivier! ¡Mi querido Olivier!”.

Estuvo a punto de desfallecer. Sollozaba, estrechando contra sus labios la boca invisible que le hablaba desde la tumba. Desde aquel día fue tomando uno por uno los libros y buscó, página por página, si había dejado en ellos alguna otra confidencia. Halló el borrador de la carta a Cristóbal. Conoció entonces el silencioso idilio que se había esbozado en ella; penetró por vez primera en su vida sentimental, que ignoraba hasta aquel momento y que no había procurado conocer; volvió a vivir los últimos días de turbación en que, abandonada por él, tendía los brazos hacia el amigo desconocido. Jamás le había confiado que conocía ya a Cristóbal. Algunas líneas de su carta le revelaban que se habían encontrado en otro tiempo en Alemania. Comprendía que Cristóbal había

sido bueno con Antonieta por una circunstancia cuyos detalles no conocía y de la que databa el sentimiento de Antonieta, cuyo secreto había guardado hasta el fin.

Cristóbal, a quien amaba ya por la belleza de su arte, fue a partir de aquel momento objeto de su más profundo cariño. Ella lo había amado y le parecía a Olivier que, al querer a Cristóbal, seguía amándola a ella.

Hizo todo lo posible por ponerse en contacto con él, pero no era fácil dar con sus huellas. 595

Después de su fracaso, Cristóbal había desaparecido en la inmensidad de París; se había retirado de todos y nadie se ocupaba ya de él.

Al cabo de algunos meses, quiso la casualidad que encontrase Olivier en la calle a Cristóbal, pálido y enflaquecido por una enfermedad que acababa de pasar. Pero le faltó valor para detenerlo. Lo siguió desde lejos hasta su casa. Quiso escribirle, pero no pudo decidirse a ello. ¿Qué le iba a decir? Olivier no estaba solo. Antonieta estaba con él, su amor y su pudor habían pasado al joven; el pensamiento de que su hermana había amado a Cristóbal le hacía ruborizarse, en presencia de éste, como se hubiera ruborizado ella. Y, sin embargo, ¡cuánto hubiera querido hablar de ella con el joven! Pero no podía, pues su secreto le sellaba los labios.

Hacía lo posible por encontrarse con Cristóbal. Iba adonde quiera que pensaba hallarle. Ardía en deseos de tenderle su mano, y tan pronto como le veía, se ocultaba para no ser visto por él.

\* \* \*

Al fin se fijó en él Cristóbal en casa de unos amigos, donde se hallaron una noche. Olivier se mantenía lejos de él y no decía una palabra. Seguramente aquella noche flotaba Antonieta en torno de Olivier, porque Cristóbal la vio en los ojos de su hermano, y aquella imagen, bruscamente evocada, fue la que lo hizo llegar, atravesando el salón, hasta aquel mensajero desconocido, que le llevaba, como un Hermes joven, el saludo melancólico de la sombra bienaventurada.



## Índice

---

La rebelión	
I Arenas movedizas	11
II Hundiéndose más y más	95
III La libertad	179
La feria en la plaza	
I	279
II	285
III	291
IV	297
V	300
VI	308
VII	319
VIII	322
IX	326
X	331
XI	337
XII	340
XIII	343
XIV	348
XV	354
XVI	358
XVII	361
XVIII	365
XIX	368
XX	372
XXI	377

XXII	378
XXIII	385
XXIV	390
XXV	395
XXVI	401
XXVII	407
XXVIII	409
XXIX	412
XXX	418
XXXI	421
XXXII	425
XXXIII	427
XXXIV	428
XXXV	435
XXXVI	443
XXXVII	451
XXXVIII	454
XXXIX	460
XL	464
XLI	471
XLII	477
XLIII	480
XLIV	483
XLV	488
Antonieta	495











Los 3000 ejemplares de este título  
se terminaron de imprimir durante el mes de  
**JULIO DE 2008**  
en **Fundación Imprenta Ministerio de la Cultura**



**CARACAS, VENEZUELA**









